Cristina Prada

#nosotros #juntos #siempre



Matchstories

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67

Epílogo
Epílogo + 1
Epílogo + 2
Agradecimientos
Banda sonora
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

Sinopsis

Hannah no quiere saber nada de Luke, su novio el último verano que pasó en Paradise, ni de Jamie, su estúpido mejor amigo, ni de ninguno de los populares cuando todos estaban en el instituto.

Pero Avery va a casarse y Hannah haría cualquier cosa por su mejor amiga.

Ese es el principio de la historia de Hannah, aunque también podría ser muchas más partes, porque se ha reencontrado de golpe con el chico que más daño le hizo y con el chico al que más quiso. Lo que no espera es que en toda esta locura tendrá de aliado a la última persona que habría imaginado.

Hay veces que creemos que el destino ya lo ha decidido todo… y justo entonces nos equivocamos.

#NOSOTROS
#JUNTOS
#SIEMPRE

Cristina Prada

matchstories

Para todos a los que les han hecho daño alguna vez y se volvieron pequeñitos
e incluso pensaron que tuvieron la culpa cuando no es verdad.
Vais a resurgir de vuestras cenizas aún más fuertes y el amor
va a llegar y os hará invencibles.

Capítulo 1



Estoy nerviosa. Mucho. Y no debería estarlo por la sencilla razón de que no debería estar aquí. Resoplo. ¿Cuándo voy a aprender a decir que no? Sería genial. Resoplo otra vez y echo un vistazo al interior del bar poniéndome de puntillas con mis botas para intentar ganar un poco más de campo de visión.

—¿Por qué he dicho que sí? —gruño.

Porque tengo una amiga superentrometida llamada Callie y se ha empeñado en que necesito una cita... Bueno, ella no utilizó esa palabra. Se refirió específicamente a una cosa que se suele hacer después de tener una y la verdad es que no me vendría naaada mal...

¡Pero ¿tenía que ser una cita a ciegas?!

Tercer resoplido. Casi un bufido.

Podría fingir que estoy enferma o una emergencia en el trabajo. Sonrío. Seguro que cuela. Estoy haciendo prácticas (una manera muy interesante, ironía modo *on,* y muy poco innovadora de decir que tengo el peor contrato del mundo) en una oficina gigantesca. Eso son muchas cosas que pueden salir mal. Muchas personas que podrían estar llamándome ahora mismo. «Señorita Martínez, la oficina está en llamas y la necesitamos aquí para que, como firmó en su contrato barra certificado de esclavitud, muera custodiando documentos que en el fondo nadie lee [insertar risa malvada aquí].»

Me encojo de hombros. Me vale. Puedo pulir la mentirijilla sobre la marcha.

Saco el móvil para que parezca que acaban de llamarme y entro en el local con paso decidido.

—Hola —me saluda Callie levantándose de la mesa y moviendo los hombros, aunque no al ritmo de la música. Traducción de ese gesto muy poco discreto: mi amiga, la que últimamente siempre está dándole vueltas a todo, ha decidido dejar los libros, las series de Netflix y el chocolate para salir a un bar. Sí, esa soy yo.

Me da un abrazo de esos que te estrujan y automáticamente me siento culpable. Solo se está preocupando por mí.

Eres una blanda, Martínez... Y una pringada.

—Hola —respondo con una sonrisa cuando nos separamos.

—¿Qué tal estás? —inquiere veloz.

Nerviosa nivel salir huyendo. Ni siquiera necesito una puerta. Puedo lanzar una bomba de humo y desaparecer como un mago de los noventa de Las Vegas.

—Bien —miento, aunque diría que más bien sintetizo en favor de lo que me conviene y le coloco un bonito lazo encima para no despertar sospechas. Soy toda una experta—. Todo va bien. —Por ejemplo, las clases de esta mañana han ido bien.

Ella sonríe y da unas palmaditas y a mí se me ablanda el corazoncito. Quiero muchísimo a esta metomentodo. Supongo que por eso he aceptado que me organice una cita a ciegas. Dios. Suena horriblemente mal y cualquier persona con sentido común sabría que va a salir aún peor. Las citas a ciegas son un mal plan. Siempre. Por eso se inventó Tinder... y por más cosas que no voy a comentar (muchas tienen que ver con que la población a la que le gusta hacerse fotos sin camiseta necesita un lugar donde colgarlas y comentar con otros sin camiseta sus discretos *selfies* ante el espejo y de paso cómo les va la vida).

—Cariño...

La voz de Eddie, el novio de Callie, que también se levanta y da un paso hacia nosotras, atraviesa el ambiente despacio y lleno de cautela.

Lo miro y enarco las cejas a modo de saludo.

—Hola —pronuncio con una sonrisa.

—Hola —responde rápido antes de centrarse de nuevo en mi amiga—. Cariño, deberíamos hablar.

El bar es una chulada. Siempre me ha gustado este sitio. Además, está cerca del campus, lo que se convierte en una superventaja teniendo en cuenta lo que cuesta encontrar un taxi un viernes o un sábado por la noche. Precisamente ese detalle hace que media universidad esté aquí bebiendo cerveza y escuchando la lista de Spotify de turno a través de los altavoces.

—¿Qué pasa? —pregunta ella confusa.

—Solos —puntualiza él.

—Qué tontería —bufa Callie—. Es Hannah.

Llevamos cuatro años siendo compañeras. Primero en la residencia y después en un piso diminuto sin ascensor.

—Es que ese es el problema. —¿Perdón? Eso sí que no me lo esperaba—. No te ofendas —se dirige a mí aún más deprisa que antes—, pero... —deja en el aire.

Vale. No voy a negar que ahora me ha entrado curiosidad.

—¿Qué ocurre? —se parafrasea Callie y está empezando a enfadarse. Es el instinto ultraprotector de los Wong.

—Es mejor que nos olvidemos de lo de la cita a ciegas. No va a salir bien —se rinde

Eddie alzando las manos en señal de tregua.

—¿Por qué?

—¿Por mí? —planteo señalándome con el índice.

—¿Por ella?

Tres preguntas a toda velocidad. La cosa se está complicando para Eddie. Y si contesta con un «sí» a alguna de las dos últimas, creo que también se va a complicar un poco para mí. ¿No estoy al nivel para una cita a ciegas? Se supone que cualquiera lo está, ¡por eso es a ciegas! Además, qué demonios, sé que lo estoy. Todo el mundo está al mismo maldito nivel.

—No... bueno, sí... un poco... No —fija su opinión fingiendo no tener una sola duda cuando se da cuenta de que mi amiga lo está fulminando con la mirada. Yo también lo hago, pero lo mío va más en la línea de ¿en serio, tío? Te defendí cuando le dijiste a Callie que, si viviéramos en una distopia futurista rollo *Los juegos del hambre,* te pondrías del lado de la gente con peinados raros para poder sobrevivir.

—Dijiste que a él le vendría bien conocer a su chica para, cito textualmente, «ver si así deja de estar todo el santo día de malhumor» —le recuerda su novia.

—Vaya, soy la cita de un supergruñón —me quejo, aunque nadie me hace caso.

—No —le contesta Eddie—. Lo que dije fue que le vendría bien conocer a una chica para ver si así deja de estar todo el santo día de malhumor.

Es la misma frase, pero el tono de voz, completamente diferente. El de Callie acaba en boda. El de su novio, en una palmadita en el culo la mañana siguiente.

Esto mejora por momentos.

—Creo que debería irme —comento, a lo que Eddie asiente aliviado.

Al menos me ahorro la excusa y toda la culpa es suya. Se lo merece y el distrito doce está conmigo.

Nuevo plan: irme a casa, ponerme el pijama y leerme el libro que me compré hace dos días y que lleva llamándome con voz sugerente desde entonces. Voy a arrasar. Solo tengo que hacer una pequeña parada para comprar provisiones. Me encanta este plan.

—No. No te vayas —me detiene Callie. Mierda. Ya casi podía saborear las *cookies* —. Estoy convencida de que puede funcionar. A veces la gente no sabe lo que quiere hasta que lo tiene delante.

Me recuerda a mi familia. Puede que ese sea el don de los Martínez Martín: estar completamente seguros de que los demás no saben lo que les conviene tan bien como ellos. Por eso mi madre consiguió que mi tía Natalia se mudase de su piso de renta antigua porque estaba convencida de que tenía fantasmas... lo estaba mi madre, no mi tía, y mi hermana obligó a nuestro primo Toni a no verse más con su compañero de trabajo Oliver porque no era de fiar. No estuve para nada de acuerdo. Oliver trabajaba

en una pastelería y tenía libre acceso a *brownies* artesanales. Con lo de mi tía Natalia, sí. Yo también tenía clarísimo que en esa casa había fantasmas.

—Nos tomamos unas copas. Si os gustáis, genial. —Nuevo meneo de hombros muy poco discreto—. Si no, tan amigos y al menos habremos pasado la noche juntos. ¿Qué podemos perder?

Tiempo, historias de amor alucinantes y chocolatinas.

Obviamente me guardo esa respuesta para mí.

—Está bien —me resigno. Conozco a mi amiga. Es el camino más fácil para terminar con todo esto. Además, ya es demasiado tarde para fingir mi superllamada de emergencia.

Eddie duda. ¿A quién demonios piensa traer? Pero Callie le pone morritos y acaba cediendo.

—No me hago responsable de cómo vaya a salir —nos advierte levantando suavemente las manos.

Callie le quita importancia con un gesto de la suya y se gira hacia mí.

—¿Pues cómo va a salir? Alucinantemente bien —se autorresponde—. Tengo un pálpito. Vamos a pedirnos unas cervezas —añade entrelazando su brazo con el mío y guiándome hacia la barra.

Yo sonrío. Ya que estoy aquí (y no puedo escapar), prefiero creer que ella tiene razón y va a molar mucho.

Cotilleamos un poco en la barra y regresamos con un botellín cada una. El día ha sido un pelín estresante y sigo dándole demasiadas vueltas a lo mismo desde hace semanas, así que la birra me sienta de miedo.

Suena *Somebody to you,* de The Vamps.

—Ey. Ya estás aquí —saluda Eddie cuando aún estamos a unos pasos de él, pero no nos lo dice a nosotras, sino a alguien a nuestra espalda.

¿Mi cita a ciegas?

Vuelvo a estar un poco nerviosa, no voy a negarlo. Callie se gira sin ningún disimulo para comprobarlo por ella misma. Yo, aprovechando que ni mi amiga ni su novio me prestan atención, cierro los ojos.

—Dios, por favor, que sea simpático —pido en un murmullo. Vale. Estar rezando en un bar es raro y tener los ojos cerrados lo hace más inquietante, pero siempre he pensado que las plegarias surten más efecto de esta forma, como que estás más entregado... Sin embargo, estoy rodeada de gente, así que... ¿abro?, ¿cierro? Abro solo uno por si fuese necesario esquivar a alguien o algo, pero que mi mensaje siga aterrizando en la bandeja de cosas SUPERIMPORTANTES—. Y que esté bueno. Sé que suena superficial, por eso lo he puesto en segundo lugar. Primero simpático y buena persona —añado para demostrar que, que tenga el aspecto de un cantante

protagonista de un libro romántico, es secundario para mí— y después que esté buenísimo. De esos con los que te sales de lo bien que te quedan. Por cierto, Michael B. Jordan, un grandísimo trabajo. Eso es todo. Gracias y suerte con el curro.

Abro el otro ojo al mismo tiempo que Callie se da la vuelta hacia mí con una sonrisa.

—Está como un queso —me dice para que solo yo pueda oírla, pero exagerando cada letra para dejarme claro que el único motivo por el que no grita es para que podamos ir de interesantes un poco más.

Bien hecho, amiga.

Yo también sonrío. Gracias, Dios. Eres lo más.

Estoy a punto de volverme para encontrarme con mi cita cuando una voz se me adelanta.

—Siento llegar tarde —se disculpa educado.

Es como si hubiera un enorme botón rojo y redondo. De esos que solo con verlo sabes que es el peligroso, el que nunca debes pulsar, pero que si por algún caso, no sé, salvar el planeta en el último microsegundo, has de hacerlo, tendrá que ser con el puño y no con un dedo. Es un botón de esos supertrascendentales.

Pues esa voz pulsa el mío con una maldita patada ninja.

Un enfado gigantesco e incontrolable me arrasa de pies a cabeza increíblemente rápido e increíblemente intenso. No necesito mirarlo. Sé quién es el dueño de esa voz.

Y-lo-odio-a-muerte.

—No voy a poder quedarme —digo veloz sin ni siquiera girarme dándole un rápido abrazo a Callie—. Tengo que irme. Me ha surgido algo.

—Pero, Hannah... —me llama mi amiga completamente descolocada agarrándome de la muñeca para que me detenga.

—Está todo bien —sintetizo la verdad porque, de no hacerlo, habría gritos y con toda probabilidad más patadas, mías y ninjas también. Tengo que aprender a hacer Wing-Tin-Su o como se llame esa cosa que hace Jason Statham cuando pelea en sus pelis —. No te preocupes.

Noto su mirada clavada en mi nuca. Está inmóvil. Detrás de mí. Sin duda compartimos eso de ser la última persona que el otro esperaba en una cita a ciegas. Mi odio no es unilateral. Él también me odia a mí. La desgracia es que tengamos que compartir universidad.

Los recuerdos amenazan con escapárseme demasiado rápido. El instituto. Su sonrisa, que no sale así como así, pero, cuando ocurría, sentías que era casi como un regalo. Sus ojos de ese tono de castaño tan brillante y diferente buscándome en clase.

—Nos vemos después en casa —añado otra vez deprisa para que Callie se quede más tranquila, resistiendo la tentación de girarme hacia él y lanzarle la primera copa que encuentre a la cara.

—Hannah —oigo que me llama él con la voz ronca.

Más recuerdos. Más momentos que yo creí que eran especiales, pero, como quedó claro, solo lo fueron para mí. Por eso. Por todo lo que pasó. Por su culpa y por la de Luke, entendí que no podía ser tan ingenua ni confiar. Esa palabra nunca sale barata. Supongo que en el fondo tendría que darles las gracias.

—Disfrutad de la cena —me despido de Callie y de Eddie ignorándolo a él y echando a andar hacia la salida.

Me freno en el borde de la acera buscando un taxi. En cualquier dirección me vale. Solo quiero largarme. Aparece uno calle arriba. Levanto la mano. Lo llamo. Pasa de mí. Era de esperar. ¿Por qué tiene que ser tan ridículamente difícil encontrar un taxi un fin de semana en la dichosa Stanford?

Trato de tranquilizarme, pero es muy difícil. ¡Más que eso! Han pasado cuatro años y aquel maldito verano y sigo odiándolo con cada célula de...

—Hannah —me llama de nuevo.

Cierro los ojos y doy una bocanada de aire. El enfado y todo lo que siento ahora mismo hacen que mi respiración suene temblorosa, aunque no case con el odio que siento. Callie tiene razón. Es guapo, estúpidamente guapo en realidad, con el pelo oscuro cayéndole desordenado sobre la frente, esos ojos infinitos y cara de actor de Hollywood. Recuerdo nuestras miradas encontrarse en clase. Él sentado junto a Luke. Sus codos apoyados en la mesa. El cuerpo echado sobre ella. Cómo buscaba mi mirada por encima de su hombro. El inicio de una sonrisa. Ya casi era verano. Y todo olía a los días en la casa del lago.

Tengo un nudo en la garganta y los ojos se me llenan de lágrimas... ¡Basta! No voy a derramar ni una sola. Nunca más por ninguno de ellos ni su estúpida pandilla. Elijo no sentirme así. ¡Quiero estar cabreada! ¡Solo eso!

Y eso es lo único que voy a demostrarle.

Mascullo entre dientes todos los insultos que me sé en español. No lo dudo y echo a andar. El transporte del núcleo urbano de Stanford se niega a colaborar. Me da igual. No lo necesito. Iré andando hasta el condenado campus. Lo haría hasta la luna si fuera necesario.

—Hannah —repite saliendo tras de mí.

¿Por qué no se larga? ¡Me odia tanto como yo a él!

Encima se atreve a sonar condescendiente, casi hastiado, como si todo esto fuera una tontería y le cansase. ¡A él! ¡Yo confiaba en él!

Aprieto los labios hasta convertirlos en una fina línea.

No puedes recurrir a la violencia física, Hannah. ¿Qué te dice siempre tu madre? «Si alguna vez alguien te molesta, llama a tus primos y diles a quién tienen que darle una paliza.» Vale. Eso no me ayuda en estos momentos. ¿Qué me dice mi abuela?

«Asegúrate de que siempre vayan al menos dos primos.» Hay momentos en los que mi familia se comporta como si estuviese en un capítulo de *Peaky Blinders.* Piensa. Piensa. Piensa. ¿Qué me dice mi padre? «La gente que no merece la pena, no merece un hueco en tu vida.» Me quedo con eso y lo aplico a la perfección: Jamie McQueen ni siquiera se merece que le dedique el tiempo suficiente para odiarlo.

—¿Quieres parar? —me pide, pero no suena amable en absoluto.

Por supuesto. Está cansado de que la estúpida Hannah Martínez no entienda cómo son las cosas.

—No. Claro que no voy a parar —le escupo sin ni siquiera relajar el paso.

—Por Dios, ¿siempre tienes que ser tan terca? —protesta.

Lo poco zen que quedaba dentro de mí estalla como una de esas bombas que en el primer segundo son solo silencio para que después el sonido más atronador lo inunde todo.

—¿En serio te has atrevido a decirme eso? —pregunto mientras me giro entrecerrando los ojos sobre él.

Él me mantiene la mirada con la mandíbula tensa que ya sabía que tendría.

Recuerdo cómo mis zapatos empapados mojaban el porche de la casa del lago mientras esperaba a que él saliera. La cara llena de lágrimas. Pero no lo hizo.

Jamie McQueen no tiene sentimientos.

—Solo quiero que hablemos.

—Yo no tengo nada que hablar contigo.

—Hannah, esto es una estupidez.

Suelto una carcajada. Solo una y muy irónica.

—¿Quieres que hablemos? —replico—. De acuerdo, hagámoslo —continúo sin darle margen a responder— porque todavía no entiendo lo que pasó. ¿Fui una broma?

Jamie aprieta los dientes un poco más.

—No —contesta sin dudar.

—¿Una apuesta? —sigo beligerante.

—No —gruñe.

—Entonces, ¡¿qué demonios fui?! —le exijo dando un paso al frente.

—¡¿Por qué no se lo preguntas a Luke?!

Yo... Justo en ese instante me doy cuenta de lo rápido que me late el corazón, de que tengo la respiración agitada y los puños apretados con rabia junto a los costados. Estoy demasiado enfadada con él, con Luke, con la maldita situación, conmigo misma por haber sido tan ingenua hace cuatro años.

—Olvídalo —le dejo claro—. No quiero escuchar nada de lo que tengas que decirme. Solo quiero largarme.

Odio que mi voz suene un poco triste. Odio que él pueda pensar que ha conseguido

afectarme de esa manera.

Cabecea. Parece que le duele. Pero es solo una mentira. A Jamie McQueen, la idiota de Hannah Martínez no le importa absolutamente nada.

—Hannah, vuelve dentro. —Su voz suena ronca otra vez—. Quédate con Callie. Yo me marcharé.

Otro chispazo me quema por dentro. No va a decidir por mí. Él puede seguir creyendo que soy una cría, aunque tengamos la misma edad, que es demasiado inocente para su propio bien, pero eso ya no es verdad. Me he esforzado muchísimo en no serlo nunca más.

—No podría importarme menos lo que hagas —replico mirándolo directamente a los ojos. Jamie me mantiene el gesto. El rey de los sin sentimientos nunca tiene problemas en mantener una mirada (ni en resoplar engreído ni en apretar la mandíbula. Es un maldito gruñón, como uno de esos leñadores que viven aislados en un bosque, como Lobezno en esa peli en la que se dedica a talar árboles en mitad de las Rocosas canadienses)—. Lo único que me interesa ahora mismo es perderte de vista.

No le doy oportunidad a decir nada más. Giro sobre mis botas y me alejo caminando en dirección al campus. Sin mirar atrás una sola vez. Recuerdo a pies juntillas lo que dice mi padre, pero ahora mismo es muy difícil no querer enviarle una camioneta llena de primos.

Recojo uno a uno el resto de recuerdos y los meto en la caja al fondo de mi corazón, de donde nunca han debido salir. Si fuese posible, los habría quemado. ¿A qué están esperando los japoneses para inventar ese aparatito? Mírelo fijamente y el recuerdo en el que esté pensando en ese momento se desintegrará instantáneamente. Solo conmigo, Olivia Rodrigo y todas las exnovias de Leo DiCaprio se harían de oro.

Capítulo 2



Un puñado de meses y un puñado de días después

Paradise Falls. Siempre ha sido mi lugar en el mundo. Soy consciente de que suena raro teniendo en cuenta que estudio prácticamente en la otra punta del país, diferencia horaria incluida, y que... digamos que no he sido la más entusiasta seguidora de eso de volver a casa en vacaciones (en cambio, fingir tener una supervida social o una supervida laboral cuando en realidad lo que estaba era aprendiéndome de memoria cada serie de instituto de Netflix se me da de cine). La culpa de esta situación podría decir que la tienen nombres y apellidos muy concretos, pero en el fondo solo estaría mintiendo. La culpa de esta situación la tengo yo por ser una COBARDE.

Algo dentro de mí menea la cabeza con desaprobación. Vale. Quizá *cobarde* no sea la palabra apropiada (y mucho menos en mayúsculas). Tal vez solo sea una escapista profesional. Hannah Martínez, especialista en huir de lo que le hizo daño, aunque eso pasara en el último año de instituto y ahora acabe de terminar la universidad y esté a punto de empezar en la Escuela de Negocios de Harvard y sea una persona completamente diferente. *Bye-bye* inocencia e ingenuidad y confianza ciega en todas las personas. Da igual que haga más de cuatro años que ya no veo a Luke Davis.

Luke Davis. Cuando pienso en su nombre, suspiro. No en el sentido romántico, ni siquiera en el bueno. Es como si fuese mi mecanismo de defensa para poner las cosas en su lugar. Solo que nunca se ponen en su lugar. Supongo que sería más fácil si pudiese entender lo que pasó. Ey, Hannah, hice lo que hice, pero tenía un motivo cojonudo para hacerlo. A estas alturas creo que me conformaría con que confesara que lo hizo porque estaba aburrido. Cualquier cosa que sustituya el único motivo que se me ocurre a mí y que odio con todas mis fuerzas: lo hizo porque yo fui tan estúpidamente inocente que me lo merecí.

—¡Has venido! —grita emocionada Avery corriendo hacia mí en mitad de la calle principal de nuestro pequeño (y superpintoresco; quien sea que hace las postales del

estado de Georgia, aquí tiene su filón) pueblo y tirándoseme al cuello para darme un abrazo de oso en toda regla.

Mejor amiga igual a abrazos de oso si habéis estado más de tres días sin veros. Eso es una norma universal.

—Hablas como si me hubieses dado opción a no hacerlo —le recuerdo burlona.

Ella se separa y arruga el gesto conteniendo una sonrisa en absoluto arrepentida.

Avery se casa (¡brutal!) y como lo de que Paradise Falls parece un anuncio de lugares con encanto va en serio lo hará aquí. Aunque, siendo técnicos, eso ocurrirá dentro de cinco semanas. Lo que nos ha traído (o arrastrado) hasta el sureste del estado ahora es su fiesta de compromiso. Yo no podía huir de ninguna de las maneras. Soy su dama de honor.

—En el fondo, te he hecho un favor —responde—. Mira este sitio —continúa alzando suavemente las manos—. Seguro que ya habías olvidado lo bonito que es, Pequeña Hannah —pronuncia socarrona las dos últimas palabras.

Pequeña Hannah. El mote que me persigue sin piedad cada vez que pongo los pies en este pueblo. No sé muy bien quién me lo puso, pero nadie lo olvida. Todo porque, cuando nací, ya había, y hay, una Hannah en Paradise Falls, Hannah Wheeler, nuestra alcaldesa. Consiguió que Paradise entrase en la guía de pueblos con encanto del estado, que rodasen aquí un capítulo de *Crónicas vampíricas* e incluso fue a unas olimpiadas con el equipo de tiro con arco. No ganó ninguna medalla, pero aun así era imposible que yo me quedara con el Hannah y ella se convirtiera en Sénior Hannah o algo por el estilo.

Mi amiga lo sabe y ahora lo usa para reírse de mí. Tengo que cambiar de amiga.

—No se me ha olvidado lo bonito que es —respondo torciendo los labios para no devolverle la sonrisa.

Una calle principal llena de tiendecitas, todas con esa simpática campanita que la puerta hace sonar cada vez que entras. Un precioso templete frente al ayuntamiento alrededor del que se colocan los puestos en el mercado de artesanía de verano. Las aceras se llenan de hojas en otoño. Casitas con porche. Árboles por todos lados...

—¿Y que tienes familia? —plantea chistosa.

Los Martínez Martín. Olvidarse de ellos es imposible. Ni siquiera hay una metáfora lo suficientemente buena para explicar el grado de dificultad que supondría.

—Eso tampoco.

—Entonces di que me echabas de menos porque yo te echo un montón de menos a ti.

Ya soy incapaz de esconder la sonrisa. Es mi mejor amiga. La echo de menos todos los días.

—Claro que sí —concedo a regañadientes para fastidiarla un poco.

Ella vuelve a abrazarme y yo me dejo hacer. No podemos vernos todo lo que nos gustaría. Yo he estado estudiando los últimos cuatro años en California y ella, en Ohio. Así que pienso aprovechar todo el tiempo que pueda a su lado.

—No me habría perdido esto por nada del mundo —afirmo. Y da igual todo lo que haya pasado o las veces que me haya escabullido de venir, incluso el miedo y las charlas motivacionales que he tenido que soltarme desde hace un mes. (En el avión lo he hecho en voz alta y la señora que estaba sentada a mi lado me ha mirado supermal).

—¡Voy a casarme! —grita emocionada al separarse alzando los brazos de nuevo, con la sonrisa más grande que he visto en todos los días de mi vida—. ¡¿Te lo puedes creer?!

Niego con la cabeza y una sonrisa.

—Si me lo hubiesen dicho en el instituto... —deja en el aire con nostalgia.

Que el instituto es como una microsociedad en ciernes y mucha mala leche no sorprende a nadie y que la separación más básica es populares y todo lo demás, aunque ese «lo demás» sea un proyecto de premio nobel o la futura primer violín de la filarmónica de Nueva York, tampoco. Avery y yo éramos militantes de todo lo demás, pero Teagan, su prometido, era de los populares. Quarterback y capitán del equipo de fútbol, rubio y guapísimo, el lote completo de canción de Taylor Swift. Así que, sí, si alguien nos hubiese dicho en el instituto que Teagan Seaver perdería la cabeza por mi amiga, las dos nos habríamos estado riendo dos días seguidos y suspirado un poco (o mucho, hay que ser realistas).

—Vamos a tomarnos un café —me propone cogiendo el asa de mi maleta y haciéndola rodar.

—Avery... —La freno porque no quiero ir ni por un millón de pavos a la única cafetería del pueblo.

—No vamos a ir allí —replica a punto de poner los ojos en blanco divertida.

Otra vez sí, a mi mejor amiga le encanta reírse de mis problemas actuales derivados de mis problemas sentimentales en el instituto. Y otra vez sí, debería buscarme una nueva mejor amiga.

—Lorelai Mitchell ha abierto una heladería —me explica y automáticamente, y superaliviada también, suelto todo el aire que sin darme cuenta había retenido—. ¿Ves como tienes que venir más?

Me riñe, pero yo ya estoy sonriendo y corro hasta colocarme a su lado. La posibilidad de que haya otro sitio donde tomarme un café además del Meredith’s me ha puesto de muy buen humor.

Estar de nuevo con mi mejor amiga. Mi familia. Volver a Paradise Falls. El millón de dudas sobre mi futuro en las que no puedo dejar de pensar. Las antiguas animadoras...

Luke.

Hannah Martínez, más te vale estar preparada (recemos para que sea así).

Capítulo 3



—¡Ven aquí, señorita súper, voy a Stanford y voy a convertirme en la próxima presidenta de la NASA! —grita mi prima Amalia estrujándome entre sus brazos.

Triana, nuestra perra desde que era pequeña, yo, no la perra, una labrador color vainilla guapísima, la perra, no yo, levanta la cabeza desde su camita donde está tumbada para comprobar que no me están secuestrando. Al ver que solo es el miembro cuatro mil del clan de los Martínez Martín que ha venido a casa a saludarme y tomarse un cafelito con leche, vuelve a dormirse. Está hecha una vaga. Mi padre dice que lo único que pasa es que se ha vuelto más sabia y tiene claro que no hay de qué preocuparse.

—La NASA no tiene presidenta —la corrige su hermana pequeña, Jane—. Eres lo peor de lo peor.

Sonrío mientras recibo un nuevo abrazo. Puede que haya estado evitando venir, pero no puedo negar que los extrañaba un montón.

Mis padres se mudaron a Estados Unidos desde el sur de España cuando tenían veintipocos en busca del sueño americano y conforme más se asentaron aquí sus hermanos y hermanas los fueron siguiendo. Algunos llegaron con su familia, otros solteros, y muchos se casaron luego y casi todos tienen hijos, así que eso me da un número incalculable de tíos, tías y un millón de primos.

En teoría tendríamos que ser solo los Martínez, el apellido de mi padre, pero mi madre no dudó en exigir que, si ella tenía que convertirse en María del Mar Martínez «porque hace treinta y cinco años estos guiris no veían normal que no te cambiaras el apellido por el de tu marido», según sus propias palabras, el de la unidad familiar fuera Martínez Martín porque el de ella contaba lo mismo y, ya puestos, también sería el suyo propio «como la Liz Taylor».

—Aunque no te equivocas en que la prima Hannah va a ser algo alucinante —continúa Jane dándole la razón en eso a su hermana.

Primera reacción: borrar la sonrisa de golpe. Segunda reacción: recordar que tengo que disimular porque, si hay más de dos Martínez Martín en una misma habitación, no

se les pierde un detalle. Reacción final: esforzarme en seguir sonriendo como si no pasara nada.

Mierda. Supongo que todo sería más fácil si me sincerara con mis padres y les dijera la verdad: no tengo ni idea de cuál quiero que sea mi futuro y eso lleva machacándome meses casi sin dejarme pensar en otra cosa. Me pasé todo el instituto estudiando hasta quemarme las pestañas, esforzándome en las actividades extraescolares para tener el mejor expediente posible y conseguir una beca completa. Seguí dándolo todo en la universidad para entrar en la Escuela de Negocios de Harvard. Me va bien en mi trabajo como becaria y tengo unas notas geniales. Mis profesores y mis jefes están muy contentos conmigo. Me han ofrecido un empleo cuando me gradúe en la costa este, pero... yo... no sé si es lo que quiero. No sé si quiero seguir trabajando en la empresa. No sé si quiero seguir estudiando Económicas, si es a lo que quiero dedicarme el resto de mi vida, porque «el resto de mi vida» suena MUY GRANDE. No sé si me equivoqué cuando decidí estudiar esa carrera o lo estoy haciendo ahora. ¡No sé nada! ¡Y debería saberlo porque es mi maldito futuro! El plan era esforzarme al máximo y la vida poco a poco iría despejando las dudas por mí. Me he dejado la piel, ¡¿por qué el universo no ha cumplido su parte del trato?!

Estoy averiada. Sí, eso es. Debe de faltarme una pieza por dentro de esas supertrascendentales, un chacra o algo. ¿Qué clase de persona no sabe qué quiere hacer? Hay niños de cinco años que lo tienen clarísimo. El tiempo para elegir se me acaba. ¿Qué pasa si no tomo la decisión correcta, si acabo donde después me doy cuenta de que no quiero estar, si pierdo la oportunidad de mi vida por no entender qué era eso en lo que quería invertir mi futuro?

Empiezo a agobiarme. MUCHO.

—Tengo que salir un momento. Me he olvidado algo en el local de Lorelai —miento, pero es la única excusa que se me ocurre ahora mismo.

—Ay —cae en la cuenta mi madre—, pues ya que sales ve a recoger la tarta que le he encargado para ti a Joe. Tu favorita.

Asiento, aunque en realidad no le estoy prestando atención. Necesito salir de aquí.

Recupero mi bolso poniendo mis dedos temblorosos en marcha lo más deprisa que puedo. Cuando la puerta principal por fin se cierra a mi espalda, doy una bocanada de aire... pero tengo la sensación de que llega vacía.

—Hannah, cálmate —me digo en un susurro rogando a Dios por hacerme caso. El corazón me late descontrolado y todo el cuerpo me va a un ritmo mucho más rápido del que llevo yo. Siento como si estuviésemos a punto de descompasarnos—. Puedes con esto. Tú puedes con esto. Solo tienes que respirar.

Vuelvo a tomar aire, pero mis pulmones se niegan a cooperar. Maldita sea. No puedo tener un ataque de ansiedad en la puerta de mi casa. Hay tres Martínez Martín

ahí dentro. Me llevarán al hospital dando por hecho que me estoy muriendo. Y cuando el doctor les diga que no, se pasarán dos días buscando el mejor psicólogo del estado y todos venderán sus muebles para pagarlo. Y me harán algo así como un millón de preguntas. Y si nada funciona, me llevarán al Vaticano a ver al papa.

—Respira, por lo que más quieras —me imploro.

Una nueva bocanada. Dos.

—Puedes con esto. Tienes que poder, Hannah. Averiguarás qué es lo que quieres hacer. Tomarás la decisión correcta. Aún te quedan unos meses. Vas a encontrar tu camino.

Cojo aire de nuevo. Cierro los ojos. Por favor.

Es como ir en un coche, conduciendo por un acantilado e intentando hacerlo girar para no despeñarme, pero no lo consigo y, mientras, tengo el pie atascado en el acelerador.

Me quedan unos meses. Me quedan seis semanas para tomar una decisión y antes de que se cumpla ese plazo lo averiguaré.

Lo haré.

Mis pulmones, casi milagrosamente, se llenan de aire, disipando todo lo demás. Logro levantar el pie del acelerador del coche loco imaginario, dar un volantazo. FRENAR.

Doy otra bocanada y los latidos de mi corazón van calmándose mientras un alivio alucinante me sacude.

Resoplo o suspiro. No lo tengo muy claro.

—Por qué poco —me digo.

Ya me veía en un avión de Air Italia entre mi madre y mi tía Manuela.

Empiezo a caminar despacio. Las piernas aún me tiemblan un poquito, pero la alegría de haber evitado un ataque de ansiedad ahora mismo lo eclipsa todo. Voy a dar un paseo, tengo que hacer tiempo para fingir que realmente he ido donde Lorelai. Ahora que me acuerdo... mi madre me ha pedido que hiciese algo. Me fuerzo a recordar.

Joe...

Mi tarta favorita...

Mierda. No quiero ir al Meredith’s.

Capítulo 4



El Meredith’s es la única cafetería de Paradise Falls. Es muy bonita. Muy típica, supongo, como todos en todo el mundo se imaginan que es un local así gracias a las películas. Una enorme barra y un montón de mullidos taburetes. Una cocina comunicada por una ventana rectangular. Mesas con bancos corredizos. Ventanales que lo llenan todo de luz. Y camareras sirviendo café de mesa en mesa.

Cierto hasta la última palabra. Solo que el café es el mejor de la historia. La camarera principal, Meredith, como ya imaginaréis, también es la dueña del local junto a su marido, Joe, el cocinero, y también son...

—Pero mira a quién tenemos aquí —me saluda precisamente Meredith con una mano en la cadera y la otra sosteniendo una jarra de café—, a Pequeña Hannah.

Una canción, no reconozco cuál, empieza a sonar desde un móvil. Meredith se gira hacia un par de chicas sentadas en una de las mesas, que no dejan de charlar y contemplan la pantalla emocionadas. La canción debe de ser de su grupo preferido. La dueña las reprende con la mirada, pero, cuando las dos le piden por favor, juntando las manos, que las deje seguir escuchándola, ella finge sopesarlo un par de segundos y resopla simulándose cansadísima, girándose de nuevo hacia mí, aunque en el fondo está conteniendo una sonrisa. Les acaba de dar vía libre. Meredith, con sus camisetas de Van Halen y su pelo rubio ceniza largo y rizado, siempre ha dado la sensación de ser una tía dura, y lo es, pero también muy guay.

—¿Cómo estás, cielo? —me pregunta.

Me dedica una sonrisa enorme y cálida y yo tengo que controlar al monstruo de la nostalgia que amenaza con arrasarlo todo. Me encantaba estar aquí. Era uno de mis lugares favoritos en el mundo.

—Estoy bien —sintetizo—. Acabo de llegar.

—Me alegro de verte —responde sincera.

—¡Pero si es Pequeña Hannah! —gritan desde detrás de la barra haciéndonos sonreír a las dos. Es Joe—. ¿Qué tal las cosas por el norte de California?

—¿Qué tal todo por aquí? —replico veloz. Me estoy cansando de sintetizar.

—Muy bien —responde feliz antes de mirar a su izquierda—. Tienes que ver quién

está aquí.

Su frase avisando a alguien coincide con ese alguien abriendo la puerta del diminuto almacén junto a la cocina. La canción desde el móvil de las chicas cambia y *Ghost of you,* de 5 Seconds of Summer, comienza a sonar. Todo pasa tan rápido que no me da tiempo a buscar una excusa o huir cuando esa persona cruza el umbral y se gira para que las dos cajas enormes que lleva entre las manos no le impidan la visión.

¿Por qué pensé que tendría alguna oportunidad de no encontrármelo?

—Hannah —murmura Jamie. Su hijo. Jamie McQueen. Porque ellos son los McQueen y por eso yo no quería poner los pies aquí. (Diría que no todavía, pero eso solo sería hacerme la valiente.)

Camina hasta la barra, donde deja las cajas, que tienen pinta de ser muy pesadas aunque a él no le haya supuesto ningún esfuerzo cargar con ellas.

El monstruo de la nostalgia se libra de mi agarre y se dedica a dar saltitos a mi alrededor con una faldita y unas cintas rosas.

Lo recuerdo absolutamente todo de este lugar. Cada rincón. Todas las veces que los observaba desde el coche cuando mi padre se detenía en el semáforo. Luke, Joey, Joy Ann, Jennifer, Zoe, Teagan y Jamie, el grupo de los populares del instituto, en la cafetería cerrada, riéndose y charlando. Recuerdo cómo me sentí la primera vez que me invitaron a venir. Todas las que me pasaba a ver a Jamie y él me pedía que le hiciese compañía cuando llegaba la hora de echar el cierre. Mientras él limpiaba, me invitaba a tomar un trozo de tarta. Después de probarlas todas tuve claro cuál era mi preferida. No puedo decir cuántas noches acabamos así porque fueron muchísimas. Tantas que se convirtió en una tradición. Sin duda alguna mi tradición favorita.

—Hola, Jamie —lo saludo porque, por mucho que lo odie, tengo que mantener la fachada y, más que nada, porque lo que pasó en esa estúpida cita a ciegas no puede volver a repetirse. Lo tengo superado y no pienso darle la satisfacción de creer que aún me afecta verlo.

—¿Cómo estás? —pregunta dando un paso hacia mí.

El gesto le sale seguro, acelerado, pero tan pronto como lo da se queda clavado, como si acabase de acordarse de que yo no lo quiero cerca y él tampoco tuviera el más mínimo interés.

—Estoy genial —miento, pero no me importa porque es a él. En lo que a Jamie, Luke y las estúpidas exanimadoras respecta, yo estoy tan bien que en cualquier momento voy a batir un récord olímpico a la vida más alucinante del planeta tierra—. ¿Y tú? —inquiero por seguir con la farsa, que quede claro.

Jamie busca mis ojos verdes con los suyos castaños. El pelo negro le cae desordenado sobre la frente. Siempre ha sido guapísimo, pero siempre ha tenido algo

más, esa cosa que no se puede explicar y que al mismo tiempo hace que sea imposible apartar la mirada de él.

No dice nada. Yo tampoco. Sin embargo, DESGRACIADAMENTE, eso no significa que no tenga la sensación de que podríamos mantener una conversación entera así si quisiéramos. Maldita complicidad. Debería existir un botón para poder desconectarla.

Da un paso más. Toma una bocanada de aire armándose de valor, creo que para decirme algo. El corazón comienza a latirme con fuerza sin que nadie le haya dado permiso. ¿Qué es lo que quiere decirme? Ya nos lo dijimos todo. Bueno, eso no es verdad, pero yo... no... yo ya no quiero escuchar nada de lo que tenga que contarme.

—Hannah... —susurra.

No es justo que no use mi mote.

Pero no soy capaz de apartar mi mirada de la suya, de poner una excusa, darme media vuelta y largarme.

Los hechizos. Esos también deberían tener un puto botón de autodestrucción.

—¡Va a fichar por los Chiefs! —rompe el conjuro su padre por los dos. Gracias, señor McQueen—. ¿Has visto alguna vez a un viejo más orgulloso de su hijo? —añade justo antes de soltar una risotada feliz.

Yo sonrío aturdida por haber vuelto al aquí y ahora de una patada y Jamie resopla molesto. Nuestra animadversión es completamente mutua y estoy segura de que él odia tanto como yo que sin quererlo hayamos regresado de golpe al pasado, a cuando todavía (solo la idiota de Hannah lo creía) éramos amigos.

Mi mente racionaliza las palabras del señor McQueen. Había oído rumores en el campus, algo sobre que un ojeador había estado en Stanford viéndolo jugar, pero no sabía hasta qué punto podían ser reales.

—¿Los Chiefs? —le pregunto a él y no a su hijo y sé que queda raro, pero tampoco importa.

—Uno de los equipos más importantes de toda la NFL, un buen contrato y un cheque con muchos ceros —responde pletórico—. Mi chico se ha esforzado muchísimo y se lo merece.

—No es oficial —le recuerda Jamie.

—Solo falta que aceptes —replica su padre con una sonrisa.

—Ya —sentencia con la voz ronca y durante un segundo pierde su mirada en el suelo frente a él.

Puede que a cualquier otra persona se le hubiese escapado ese gesto, pero a mí no. Para Jamie no está todo tan claro.

—Te están esperando a que digas que sí y no al revés y, además, te ofrecen todo lo que uno pueda imaginar —hace recuento Roy, uno de los clientes habituales de la

cafetería... aunque, bueno, en realidad todo el pueblo lo es—. Eso son palabras mayores.

—Hay otras posibilidades —explica Jamie.

—Tonterías, chico —zanja el tema el parroquiano, a lo que el señor McQueen asiente—. ¿Qué puede ser mejor?

La verdad es que es imposible no darle la razón. El Kansas City Chiefs es uno de los mejores equipos de toda la liga, incluso alguien que pasa del fútbol como yo sabe eso. Además, que hayan ido a buscarlo hasta Stanford, que le dejen tomarse el verano a su aire antes de incorporarse y todo lo que le han ofrecido pinta mejor que inmejorable. Sin embargo, es más que obvio que a Jamie no termina de cerrarle este tema y también que se lo está guardando para él. ¿Qué le ocurrirá? ¿Y por qué no está siendo sincero con su padre...?

Hannah-María-Martínez-Martín, ¿qué demonios estás haciendo?

Cabeceo con discreción. Eso digo yo, ¿qué estoy haciendo? Si Jamie tiene problemas con su vida de chico de oro universitario y futuro miembro de la clase alta de la NFL, es asunto suyo. Es la última persona de la que pienso preocuparme.

—Venía a recoger un pastel, señor McQueen —reconduzco la conversación, dejando de mirar a Jamie inmediatamente; de hecho, probando eso de ignorarlo estoicamente (*estoicamente,* qué palabreja más rara).

—Ahora mismo, Pequeña Hannah —responde diligente volviendo a la cocina.

Noto la mirada de Jamie clavada sobre mí un par de segundos más hasta que lo oigo resoplar, girar sobre sus talones y dirigirse de nuevo hacia el almacén. Eso es lo que mejor se le da: resoplar y comportarse como un idiota.

La campanita de la puerta principal suena en ese momento.

—Nueces y arándanos —comenta Joe McQueen dejando la caja de cartón en la barra frente a mí—. Casi nadie pide este pastel, ¿sabes?

Sonrío. Motivo número uno: puedo oler la tarta desde aquí y ya estoy deseando hincarle el diente. Es mi favorita. Motivo número dos (muy relacionado con el uno): precisamente porque es mi preferida, mi familia, que la odia a muerte, consiente que la pidamos cuando la ocasión especial tiene que ver conmigo. Esta es una de esas veces. La hija pródiga ha vuelto y elije tarta.

—Si no la hemos quitado ya del menú, ha sido porque...

—Papá —lo interrumpe Jamie—, deberíamos echarle una mano a Adam.

Me giro a la vez que el señor McQueen mira a mi espalda y que Jamie empieza a caminar hacia allí. Hay un chico solo un poco mayor que yo tratando de hacer entrar una carretilla hasta arriba de cajas con pinta de ser más pesadas que él y, con toda probabilidad, que el estado de Georgia.

Los McQueen se acercan y entre los tres comienzan a descargar y llevar el pedido al

almacén.

Otra vez a Jamie no parece costarle ningún trabajo cargar con el mismo peso que a Adam parece estar robándole la vida lentamente. Supongo que entrenar horas y horas en un campo de fútbol tiene ventajas aplicadas a la vida diaria.

Me encojo de hombros. No me interesa.

Me meto la mano en el bolsillo de los vaqueros y saco un par de billetes de diez. Pago y recojo el cambio.

—Muchas gracias, señora McQueen —digo guardándomelo en el bolsillo y pillando la tarta.

Una de las mesas llama a Meredith pidiendo más café. Yo me vuelvo con el dulce entre las manos y no sé qué pasa primero, si uno de los clientes se levanta sin percatarse de lo cerca que estoy y me empuja, si Adam no se da cuenta de que va directo hacia mí (no puedo culparlo, imposible verme con tanta caja) o si mis pies se hacen un completo embrollo tratando de esquivarlos a los dos, pero voy directa al suelo.

¡No! ¡No! ¡No!

Aprieto los ojos como si eso fuese a salvarme de acabar con el culo magullado en tres, dos, uno...

Nada.

Abro los ojos confusa en el mismo segundo que mi cuerpo cae en el hecho de que unas manos grandes me están sosteniendo por la cintura, manteniéndome en pie y apartándome del desastre. La sorpresa inicial se transforma en confusión y también hay un poquito de un calor superintenso cuando comprendo que esas manos pertenecen a Jamie.

Levanto la mirada. Me encuentro directamente con sus ojos castaños. Las palabras se me hacen un lío en la punta de la lengua.

—Gracias —digo al fin.

Eso resulta aún más raro. Él salvándome del bochorno, yo mostrándome agradecida. Esas cosas ya no pasan entre nosotros. Ignorarnos cuando nos cruzamos en el campus, resoplidos y algún gruñido. Esa es nuestra única manera de comunicarnos.

—¿Estás bien? —me pregunta con la voz ronca.

Yo asiento. Parece que las palabras siguen un pelín atascadas, igual que sus manos siguen sobre mi piel.

Él me devuelve el gesto. Retira los dedos de mi cintura y el calor se transforma en frío de repente. Me aparto un paso más y luego otro, obviando cómo me siento ahora mismo y concentrándome solo en lo que quiero sentir: absolutamente nada si Jamie McQueen está al otro lado.

No vuelvo a abrir la boca y camino decidida hacia la puerta. Fingir seguridad se me da de miedo. Tenerla de verdad... digamos que cuesta un poco más.

—Adiós, señor McQueen —me despido, aunque, como está muy ocupado echándole la bronca al repartidor y a sus dos parroquianos por no tener más cuidado, ni siquiera me oye—. Hasta luego, señora McQueen —añado al pasar junto a ella.

—Adiós, cielo.

De reojo puedo ver cómo Meredith clava la mirada en su hijo. No creo que sepa que nos odiamos, pero la verdad es que no puedo decirlo con seguridad.

Voy tan distraída que no me doy cuenta de que la campanita suena justo cuando voy a salir. Esta vez no hay repartidor y esquivo el golpe yo solita. Con lo que no contaba era con...

—¿Pequeña Hannah? —pregunta con la voz llena de sorpresa.

... que me toparía directamente con Luke Davis.

Estúpido Paradise Falls.

Capítulo 5



Mi vida en el instituto era de lo más normal. Nadie me hacía la vida imposible, pero tampoco nadie se fijaba en mí. Era una abejita más de la clase obrera. Tenía a Avery y a June, había tenido un par de citas (básicamente ir al cine y unos cuantos besos algo torpes) y estudiar no se me daba mal, aunque fuese el mayor coñazo sobre el planeta tierra.

Sin embargo, todo eso siempre quedaba al margen cada vez que estaba en mi taquilla y los veía aparecer: a los populares, los chicos del equipo de fútbol y la jefa de las animadoras y sus lugartenientes. Ahora soy consciente de lo estúpido que es. Ellos no eran más que estudiantes tan normales y corrientes como cualquier otro. Pero en aquel momento yo tenía diecisiete años y, como todos los demás en aquel instituto, cuando los observábamos, era como si ellos fuesen estrellas de cine y nosotros los que están agolpados al otro lado de la valla.

Sonaba a magia, pero no lo era. Los diecisiete son complicados.

Ellos tampoco ayudaban mucho a no agrandar la leyenda. Los chicos eran guapísimos y se dejaban la piel en el campo, así que no solo ganaban, sino que también estaban buenísimos, y las chicas iban siempre perfectamente maquilladas, peinadas y vestidas. Listas para ganar cualquier concurso de belleza en cualquier momento si hubiesen decidido presentarse. Solo se relacionaban entre ellos e incluso para las fiestas tenían una norma: nada de invitados de invitados. Solo podías ir si ellos te lo proponían directamente. Las mejores eran las de la casa del lago.

A Avery y a mí —June pasaba de estas cosas— nos encantaba tumbarnos en el suelo de mi habitación mientras escuchábamos música y fantaseábamos con cómo serían las cosas si una mañana Joy Ann Seaver, la capitana de las animadoras, se acercara a nosotras y nos dijera que quería desesperadamente que formáramos parte de su escuadrón o, aún mejor, si uno de los chicos barra estrellas del equipo, en mi caso, Luke Davis, nos mirara a los ojos y nos dijera que llevaba secreta y también desesperadamente enamorado de nosotras años. Esa era mi fantasía favorita porque puede que estuviera un pelín, nada importante, SUPERENAMORADÍSIMA de Luke.

Lo dicho: diecisiete, Paradise High y amores imposibles.

Mola poder decir que sabes el momento exacto en el que algo cambió, y en esta historia fue exactamente un mes antes del último examen de Historia de nuestro último curso. El profesor Woo nos mandó un trabajo que había que entregar precisamente el día del último parcial. Él mismo asignó las parejas. Y a mí me tocó con Jamie McQueen.

Por aquel entonces yo pensaba que ya lo sabía todo de él: estrella del equipo de fútbol, estaba liado intermitentemente con Jennifer, animadora y una de las mejores amigas de Joy Ann. Sus padres eran los dueños del Meredith's y él los ayudaba la mayoría de los días después del entrenamiento. Era más callado y más reservado que Luke y era su mejor amigo. Estaban todo el día juntos. También di por hecho que se pasaría las horas mirando el móvil, tratando de camelarme para que yo hiciera el trabajo y pusiera el nombre de los dos, preparando alguna estúpida trastada con sus colegas del equipo o simplemente pasando de mí.

Pero me equivoqué. Del todo.

Jamie era muy trabajador y muy inteligente. Sus comentarios resultaban muy acertados y era muy fácil trabajar con él. Me gustaba trabajar con él. Nos pasamos cuatro semanas quedando todos los días en la cafetería de sus padres. Ocupábamos una de las mesas hasta la hora de cerrar, cuando mi hermana Clara venía a recogerme.

Nos contamos cosas que nunca le habíamos contado a nadie. Descubrimos que íbamos a ir juntos a Stanford (él con una beca deportiva y yo con otra por mis notas). Incluso le confesé estar un poco colgada de Luke. Yo se lo dije como si fuese el mayor secreto que hubiese salido de mis labios. Nunca, jamás, lo había reconocido ante nadie, ni siquiera ante Avery o June, pero él sonrió y susurró divertido «No me digas. Creo que nunca me había dado cuenta». Parecía que no se me daba demasiado bien eso de guardar secretos supermegaimportantes o a lo mejor iba más en la línea de que no sabía disimular cuando Luke estaba cerca. Los ojitos de enamorada, ya se sabe.

Una tarde Jamie me preguntó si no me importaba quedarme después de la hora del cierre y que siguiéramos trabajando mientras él subía las sillas y limpiaba el suelo. Me lo pidió con una sonrisa que yo estaba aprendiendo que era irresistible y con esos ojos castaños que parecían contener todos los otoños del mundo. Dije que sí.

Lo curioso es que ni esa noche cuando cerró ni todas las que vinieron después, una vez que corría el pestillo de la puerta, seguimos trabajando en el proyecto de Historia. Solo charlábamos, escuchábamos música. Le conté que no tenía un sabor de tarta favorito y él me sacó una porción diferente cada noche para ayudarme a encontrarlo. «¿Qué pasa contigo? Todo el mundo debe tener uno», me picaba divertido. Así que yo daba buena cuenta de un trozo de pastel de Joe McQueen mientras él limpiaba el suelo. Creo que nunca me he reído tanto como aquellas noches y nunca jamás me he

sentido así de bien. Teníamos algo. Ni siquiera puedo explicarlo con palabras y cuando estábamos juntos todo se llenaba de complicidad.

Jamie nunca me llamaba Pequeña Hannah, solo Hannah, y eso me hacía sentir especial, como si pudiese ser yo misma sin esconderme ni guardarme nada para mí y pudiese decir cualquier cosa que se me pasara por la mente y cantar a pleno pulmón aunque no se me diera bien y reírme hasta que se me escaparan las lágrimas.

También existía la posibilidad de que todo aquello fuera solo por el trabajo y una vez que se terminara ni siquiera volviera a hablar conmigo. Esa idea me daba un miedo terrible. Me gustaba muchísimo estar cerca de Jamie.

El día del examen no había estado más nerviosa en toda mi vida. Daba igual todo lo que había estudiado y que me supiese cada línea del libro. Lo más extraño es que fue precisamente al acabar el parcial y la clase cuando, literalmente, estaba a punto del paro cardiaco por corazón latiendo mucho más deprisa de lo que recomiendan nueve de cada diez cardiólogos. Oficialmente, Jamie y yo éramos libres. Ya no tenía por qué quedar con él en la cafetería ni Jamie pedirme que no me fuese cuando giraba el cartelito de la puerta a cerrado y odiaba pensar en esas horribles posibilidades.

Me hice la remolona recogiendo los libros haciendo tiempo para que Teagan terminara de decirle lo que quiera que fuese y quedarnos solos. Y eso pasó. Y mi mirada se encontró con esos ojos castaños que me había aprendido de memoria. No sabía muy bien qué esperar, pero sí qué quería: que me dijese que me esperaba en la cafetería después del entrenamiento, exactamente como el día anterior a ese y todos los que había sido tan feliz sin ni siquiera darme cuenta.

—Ey, Pequeña Hannah —me llamó Luke.

El mismísimo Luke Davis.

—Hola —saludé tímida después de haber tardado un par de segundos de más en apartar mi vista de Jamie.

—¿Te vienes hoy al Meredith’s? —me preguntó—. Después de cerrar.

¿Me estaba invitando a ir con él? ¡Se parecía a todas las veces que Avery y yo habíamos fantaseado con ello!... pero yo no me sentía como había creído que me sentiría. Estaba superconfusa.

Miré a Jamie por inercia. Él ya tenía sus ojos sobre mí. No dijo nada.

—No te parece mal, ¿no? —le preguntó Luke.

Tuve la sensación de que él se tomó un momento extra para responder, pero finalmente negó con la cabeza.

—Paso a buscarte a las diez, ¿vale? —me propuso Luke señalándome.

Yo asentí y él sonrió dejándome ver el hoyuelo que siempre se le formaba en la mejilla izquierda.

Lo observé hasta que salió. Debería haber estado contenta, ¿no? Rollo marcarme

un baile con saltitos y palmaditas, pero lo cierto es que estaba aún más confundida que antes. Odiaba esa sensación y, sobre todo, no saber qué la provocaba. ¡Vamos! ¡Era Luke Davis! ¡Mi Luke Davis! ¡¿Qué demonios me pasaba?!

Me giré para poner todo eso en palabras y compartirlo con Jamie. Al fin y al cabo, en esas cuatro semanas había demostrado que a veces me conocía mejor que yo misma... Pero cuando entró en mi campo de visión, ya se estaba dirigiendo a la puerta sin ni siquiera despedirse.

Estaba claro que me había equivocado.

No éramos amigos.

Solo nos había unido un estúpido proyecto de Historia.

Y dolió. Un montón. Porque yo no lo había sentido así.

Me pasé el resto del día tratando de hablar con Jamie, pero era como si de pronto ni siquiera quisiese tenerme cerca. Pasó lo mismo aquella noche en la cafetería de sus padres y los días siguientes. Cuanto más se acercaba Luke, más parecía alejarse Jamie. Yo no me rendía y seguía intentando hablar con él. Tenía que haber una explicación.

Cuando la última mañana de clase antes del verano lo encontré en su taquilla, en el pasillo desierto, decidí que era la oportunidad perfecta.

—Ey —lo saludé acercándome. Las piernas me temblaban y ni siquiera sabía por qué.

Él me miró, pero no dijo nada.

—Tengo que irme a clase —puso como excusa, pero no se movió. Además, era el puñetero último día de nuestro último año. A esas alturas ni siquiera los profesores se tomaban en serio lo de ir a clase.

—¿Por qué estás enfadado conmigo?

—No estoy enfadado contigo —dijo y resopló, y no resoplas a no ser que estés enfadado o cansado de la persona que tienes enfrente.

—Pues no es lo que parece.

Yo también me estaba cabreando. ¡No tenía sentido!

Me miró, a los ojos, de verdad y el corazón comenzó a latirme demasiado deprisa. Empezaba a pensar que tenía los ojos más bonitos que había visto nunca.

—Jamie... —pronuncié, aunque no tenía muy claro cómo continuar esa frase. Odiaba con todas mis fuerzas estar tan confusa, pero es que no era capaz de adivinar nada de lo que yo misma sentía.

Di un paso adelante. Él no levantó su mirada de mí. Era como un hechizo desplegándose despacio a nuestro alrededor y sabía a magia y me hacía sentir bien...

Pero todo dio igual porque, de repente, él cabeceó, cerró su taquilla y empezó a caminar alejándose de mí.

—¿Por qué ya no quieres tenerme cerca? —pregunté.

Soné enfadada, ¡maldita sea, lo estaba!, y soné triste porque eso lo estaba también.

Él se detuvo y volvió a dejarnos frente a frente.

—¿Y qué te importa lo que yo quiera? Ya tienes a Luke, ¿no?

Solo tardé dos frases en darme cuenta de que lo estaba malinterpretando, pero en ese momento tuve la sensación de que él también había sonado enfadado y triste.

—Creía que éramos amigos —respondí.

No podía haberlo imaginado. No hablas de todo. No te ríes así con alguien. No sientes que estás en el lugar más increíble del mundo, aunque solo estés sentada en el taburete de una cafetería, si él está a dos asientos de distancia. Teníamos que ser amigos.

Nuestras miradas volvieron a conectar y por un segundo tuve clarísimo que él también había llegado a la misma conclusión que yo.

Otra vez lo malinterpreté.

—No sé tú, Pequeña Hannah —replicó encogiéndose de hombros—, pero yo solo estaba haciendo un trabajo de Historia.

Nunca me había importado ese estúpido mote hasta que le oí decírmelo a él. Yo no quería ser esa persona para Jamie, alguien a quien llamas como todos los demás, que no conoces, que no ves de verdad. Yo quería ser Hannah.

Volvimos a mirarnos. Los ojos se me llenaron de lágrimas. No le importaba absolutamente nada.

Jamie se marchó y yo me juré que jamás volvería a buscarlo. Su mensaje había quedado muy claro.

Una semana después Luke Davis me besó por primera vez en la pared junto a la salida trasera del Meredith’s.

A partir de aquel momento, otro de esos trascendentales en los que se puede decir que tu vida cambia, la mía dio un giro de ciento ochenta grados. Luke empezó a invitarme a todas las cosas que hacían los populares: fiestas, quedarnos en la cafetería después de cerrar o cualquiera que fuera el plan. Y el instante *top:* oficialmente estaba invitada a la casa del lago.

¡La casa del lago!

Aquel lugar era sin dudas la cima de la vida social en el Paradise High. El señor Seaver, el padre de Joy Ann y Teagan, tenía una casa a orillas del Big Lake y se la dejaba a sus hijos durante el verano. Era una pasada.

Una parte de mí estaba completamente entregada a la causa, allí, en el epicentro de la popularidad en forma de casa de dos plantas de madera increíblemente cuidada y un precioso jardín que acababa directamente en el lago por un lado y en frondosas arboledas por todos los demás, pero la otra estaba triste. Y el motivo era Jamie. Le

había dicho a Avery, a June, incluso a Luke, que lo odiaba. Me lo había dicho a mí misma. Pero, por mucho que eso fuera cierto, ¡no tenía ningún derecho a comportarse así conmigo!, también lo echaba de menos porque seguía siendo la idiota que de verdad pensaba que nos habíamos convertido en amigos.

No hablábamos, a no ser que nos viéramos atrapados en el mismo lugar, por ejemplo, juntos y solos frente al barril de cerveza en una fiesta o siendo los únicos que no habían corrido a tirarse de cabeza al lago. En mi defensa diré que el agua estaba helada... y que he visto demasiadas pelis de monstruos, pirañas y/o tiburones asesinos. En esas ocasiones solo había las palabras justas y algún gruñido por su parte.

Además, había un pequeño problema añadido para que yo no lo pasase tan increíblemente bien como siempre creí que lo haría: Joy Ann, Jennifer y Zoe. Yo no era animadora y, por mucho que Luke me invitase, ellas consideraban que no tenía nada que hacer allí. Así que mientras las tres se sentaban juntas y charlaban o cotilleaban o lo que quiera que hicieran, yo me pasaba el día prácticamente sola, paseando, leyendo sentada en la orilla del lago o recogiendo piedrecitas y cristales que la erosión había desgastado hasta llenar la vieja pecera redonda de mi habitación.

Conclusión: éramos ocho personas en aquella casa, cuatro no me hablaban, otra, Teagan, pasaba de todo y lo único que le interesaba era tumbarse en una colchoneta en el centro del lago a beber cerveza, con Joey apenas tenía confianza y Luke se pasaba casi todo el día con los chicos, bebiendo, ideando estúpidas trastadas o jugando al fútbol.

Aquello no se parecía en nada a pasar el rato con Avery y June o... bueno, con Jamie, aunque eso estaba claro, él lo había dejado muy claro y yo no pensaba volver a intentarlo, ya no era una posibilidad.

Yo debería haber sido más lista, entender que a veces las fantasías no molan tanto cuando se cumplen, como aquello de que nunca conozcas a tus ídolos, y largarme a aguas más acogedoras. Pero, cuando más claro lo tenía, aparecía la persona número siete. Luke me cogía de la mano con una sonrisa y el pelo húmedo echado hacia atrás. Me pedía que lo acompañara a dar una vuelta por el bosque o a coger algo a la parte de atrás de la casa... En cuanto nos quedábamos solos y sus manos se anclaban en mi cintura, su hoyuelo hecho de sonrisas me tocaba el corazón. Me decía que le encantaba estar conmigo. Me besaba. Me tocaba. Y yo sentía que volaba. ¡El amor de mi vida me decía que le encantaba! ¿Qué más se podía pedir?

Supongo que que fuese de verdad.

Yo nunca había llegado hasta el final con un chico y Luke ya era cinturón negro en ese tema. ¿Eso me generaba inseguridad? Bastante. ¿Me había negado siempre que él había intentado ir más allá? Sí.

Pero un día, en una de las habitaciones de la planta de arriba de la casa del lago,

Luke me dijo «Te quiero, Pequeña Hannah» con la voz ronca y sus ojos fijos en los míos. Nunca me gustó más mi apodo. Nunca me hizo más feliz. Todas mis murallas cayeron como si cada ladrillo se hubiese transformado en una mariposa. Y cuando él empezó a desabrocharme el vestido, esa vez no lo detuve.

Mi primera vez.

Da igual que hubiese dolido un poco y también me hubiese dado un poco de vergüenza, había sido especial porque lo había hecho con el amor de mi vida y estaba feliz.

Cuando regresé del baño, fruncí el ceño al ver que Luke ya no estaba en la habitación. Cuando bajé al salón y pregunté por él, ni siquiera estaba en la casa. Se había marchado con Teagan a comprar más alcohol.

Tendría que haberme inquietado, pero no lo hice y regresé caminando sola a casa. Era un buen trecho, pero ya lo había hecho otros días.

A la mañana siguiente fui hasta la de Luke para irnos al lago, pero al llegar todo parecía diferente. Otro momento de esos que te cambian la vida, aunque tendría que haberme dado cuenta de que aquel iba a ser EL momento y no sería de los buenos.

Luke ni siquiera me miró cuando lo saludé. Se limitó a montarse en su coche, donde ya estaban subidos Jennifer, Zoe, Joey y Teagan.

—¿Ha pasado algo? —pregunté y no había sonado tan insegura en toda mi vida.

Él, con la cabeza apoyada en el asiento y las gafas de sol puestas, giró la cara para tenerme de frente y... no dijo nada. Solo suspiró desganado sin levantar su vista de mí para dejarme claro que todo el hastío de ese gesto se lo provocaba yo.

—Míralas —comentó Jennifer burlona como si yo fuera el ejemplo más obvio de un tipo concreto de chica—, les dicen lo que quieren oír para echar un polvo y caen del todo.

Rompió a reír como Zoe y Joey, pero a mí no se me rompió el corazón hasta que no vi sonreír a Luke. Hasta lo hizo orgulloso.

—Vámonos de aquí —los apremió Teagan completamente ajeno a la conversación y la vista clavada en lo que quiera que estuviese pasando en su móvil.

Miré a Luke completamente perdida, más que eso, en aquel momento yo era todas las palabras tristes del diccionario.

Jennifer no podía estar hablando en serio. Tenía que ser alguna estúpida broma, pero él no dejó de sonreír. Llevó sus ojos azules hacia la carretera al tiempo que arrancaba y justo en ese instante la inocente e idiota de Hannah Martínez dejó de existir para él.

—No estés triste —me pidió Zoe, pero yo era incapaz de levantar mi mirada de Luke —. Yo también te quiero, Pequeña Hannah.

Esas palabras estallaron dentro de mí. Eran las mismas que él me había dicho la

noche anterior. Se lo había contado todo y lo había hecho porque era verdad: yo no significaba nada para él.

—Te quiero, Pequeña Hannah —repitió Joey burlándose de mí.

Jennifer, Zoe, Joey y Luke rompieron a reír. El coche empezó a moverse.

—¡Te quiero, Pequeña Hannah! —gritó Jennifer para que pudiese oírla a pesar de que ya se estaban alejando. Cada palabra sonó como el insulto que era: pringada, inocente, idiota, ingenua—. ¡Eres un romántico, Luke! —añadió levantando los dos brazos y los cuatro volvieron a partirse de risa, de mí.

Me quedé de pie en mitad de su acera, con la cara llena de lágrimas, el corazón roto y mi mente jugando al escondite conmigo misma, negándose a presentarse al servicio y asumir que Luke me había engañado, que todo había sido una mentira, que se había reído de mí.

No me quería.

Yo no era especial.

Me fui a casa de Avery. No podía ir a la mía y llorar, que era lo único que quería hacer, sin que algún Martínez Martín diese la voz de alarma a los Martínez o a los Martín y tuviese a todos mis primos clamando venganza.

No regresé hasta que hubo anochecido. A nadie le extrañó. Se suponía que estaba en la casa del lago (¡yuuujuuu!).

—¿Cómo te lo has pasado? —me preguntó mi madre desde la cocina.

Tragué saliva. Tendría que haberme pasado en casa de Avery los tres días siguientes.

—Muy bien —mentí desde el vestíbulo rezando porque colara.

—Me alegro, mi niña.

Coló porque no me estaba viendo la cara.

Respiré hondo conteniendo las lágrimas.

—Me voy a mi cuarto, mamá.

—Vale —respondió—. Oye —me detuvo cuando ya había subido los primeros escalones y yo maldije en español y bajito—. Han venido a buscarte.

Fruncí el ceño.

—¿Quién? —indagué bajando mientras mi madre iba hasta el recibidor.

Íbamos a encontrarnos cara a cara con el peligro que eso suponía, pero tenía demasiada curiosidad y demasiadas ganas de que fuera algo que mágicamente lo arreglara todo como para dejarlo pasar.

¿Y si había sido Luke?

—El chiquillo de los McQueen —respondió sin darle importancia.

Pero, maldita sea, ¡la tenía! ¡Jamie había estado allí! Tal vez él podría explicarme lo que había pasado. Algo dentro de mí respiró aliviado al recordar que Jamie no estaba

en el coche de Luke esa mañana e internamente, a pesar de que no necesitaba que nadie me defendiese, me gustó la idea de pensar que había puesto en su sitio a Jennifer, Joey y Zoe... a Luke.

—¿Estás bien? —preguntó mi madre dando un paso hacia mí.

Estaba claro que solo iba a necesitar echarme un minivistazo para darse cuenta.

—Tengo que irme —anuncié rápidamente esquivándola y marchándome antes de que pudiera decir nada—. Préstame tu coche.

Cogí las llaves del pequeño cuenco que estaba en el mueblecito de la entrada y salí disparada mientras mi madre no dejaba de hacer preguntas y protestar. Iba a caerme una buena bronca cuando regresara, pero merecería la pena. Necesitaba ir a la casa del lago. Tenía que ver a Jamie.

¿Era una mala idea?

Era la reina de todas ellas.

Pero debía hacerlo.

Tardé menos que nunca en llegar. Ni siquiera me importó que a medio camino empezase a diluviar.

La casa estaba iluminada en mitad de la arboleda. Las gotas de lluvia rebotaban contra el lago, la hierba y el porche creando su propia canción. En el coche, a pesar de que el corazón me había latido como un loco, tuve tiempo para pensar. Quería saber por qué Luke había hecho lo que había hecho, pero, sobre todo, quería ver a Jamie, aunque no pudiese explicar el motivo.

Creo que lo necesitaba.

Habíamos pasado un mes juntos, nos lo habíamos contado todo, nos habíamos reído, con él podía ser yo misma y era la sensación más bonita del mundo. Puede que en ese momento estuviésemos enfadados, pero él era... él y mi corazón había decidido que podía confiar en Jamie. Daba igual lo que había dicho en el instituto el último día. Sabía que en el fondo tenía que haber una explicación y ese era el motivo por el que, aunque me lo hubiese negado a mí misma muchas veces, nunca me había rendido con él.

Puede que otra vez no lo entendiese ni fuese capaz de explicarlo, pero, en realidad, creo que el que estuviera allí ya ni siquiera tenía nada que ver con Luke.

Llamé a la puerta mientras mis pies empapaban la madera de la entrada. Cuando empezó a abrirse, en serio temí que mi corazón no fuera a resistir tantos latidos tan rápido. Cuando vi a quién tenía enfrente, se me cayó a los pies.

—Tú otra vez —gruñó fastidiada Jennifer.

—Estoy buscando a Jamie.

Quería marcharme corriendo. Incluso tenía miedo, como si mi instinto de supervivencia estuviese activando todas mis alarmas, pero es que necesitaba verlo.

Jennifer me observó de arriba abajo y ya supe que iba a doler.

—Claro —dijo haciéndose a un lado con la puerta.

El alivio me sacudió. Iba a verlo y yo... él... no sé cómo, pero conseguiría estar mejor.

—Jamie está dentro con Luke —me explicó con maldad cuando solo había dado un paso—, riéndose de ti.

No sé si fue una coincidencia o una pista del universo, pero las carcajadas de Luke, Joey y juraría que de Teagan llegaron desde el interior. Seguro que Jamie estaba con ellos.

¿Por eso había ido a buscarme? ¿Para reírse de mí? Pensé que el corazón se me había hecho pedazos aquella mañana frente a la casa de Luke, pero cuando se rompió de verdad fue en ese momento. Yo era la idiota a la que no solo un chico había engañado para que se acostara con él, sino que había creído que le importaba a alguien para quien no significaba nada. Yo no significaba nada para Jamie. Confiaba en él a pesar de todo y él... bueno, él estaba con sus amigos ahí dentro riéndose de mí.

Lo de Luke dolió. Lo de Jamie dolió mucho más.

Sabía que debía entrar, gritarles de todo, demostrarles que no podían jugar conmigo... pero no fui capaz.

Giré sobre mis talones y me marché corriendo de allí.

No volví a la casa del lago.

No volví a hablar con Jamie ni con Luke ni con ninguno de ellos.

Aproveché que mi hermana Clara y cuatro de mis primas se iban de acampada y me fui con ellas.

Dos semanas después me marché a la universidad. Jamie y yo coincidimos en la charla de bienvenida. En el momento en el que nuestras miradas se cruzaron, en lugar de apartarla, como supongo que Jamie imaginó que haría, se la mantuve y le demostré a él, y a mí, que no iba a permitir que siguiesen haciéndome daño. La pringada de la Pequeña Hannah estaba muerta y enterrada. Ya solo quedaba Hannah e iba a aprender a dejar de echarlo de menos.

Capítulo 6



—Hola —le devuelvo el saludo a Luke sin bajar la cabeza.

No pienso volver a bajarla por ninguno de ellos.

Y salgo del Meredith's.

Creo que nunca había caminado hasta casa tan rápido. Si sigo así, puede que al final también termine en unas olimpiadas. Quizá, así deje de ser la Pequeña Hannah.

—Ay, ya estás aquí —dice mi madre con una sonrisa enorme abrazándome de nuevo como si acabase de llegar a casa por primera vez.

—Solo he ido a por una tarta —me quejo paciente, aunque solo lo hago porque me siento culpable. Si viniese a casa más a menudo, no me recibiría como si llevara cinco años perdida en una expedición en el Amazonas... o puede que sí, mi familia es un poco particular (y exagerada).

Triana viene a saludarme y yo me agacho para acariciarla. Me lame la cara y yo me muero de risa y la acaricio todavía más hasta que prácticamente acabamos abrazadas en el suelo. Los perros son la mejor terapia para absolutamente cualquier cosa.

—No entiendo por qué seguimos comprando esta tarta —protesta Clara cuando abre la caja que he dejado en la mesa de la cocina con felicidad absoluta y tuerce los labios al darse cuenta del sabor que es.

Yo sonrío orgullosa sin separarme de *Triana*.

—Es la preferida de tu hermana —le recuerda mi madre.

Clara me mira mal y yo le saco la lengua. Un desafío en toda regla.

—De todas formas, hay que reconocer que es un sabor un poco raro —continúa mi madre—. Solo se le podía ocurrir a un guiri.

Guiri. Sin duda alguna, la palabra más española del mundo. Da igual que no lleve eñe ni nada.

—Vives en Estados Unidos. No puedes llamarlos guiris —le dice mi hermana estirando todas las letras. Sí, no es la primera vez que mantenemos esta conversación con ella.

—Un guiri es un guiri —le deja claro mi madre pendiente de lo que tiene en el fuego —. Da igual dónde vivan ellos y dónde vivamos nosotros.

—Entonces, ¿nosotras somos guiris? —inquiero socarrona incorporándome y observando a Clara.

Ella se encoge de hombros siguiéndome el juego.

—Vosotras sois españolas.

—Nacimos aquí —contraataca mi hermana.

—¿Y qué tendrá que ver? —replica mi madre cogiendo la pala de madera que tiene sobre la encimera y removiendo la salsa para las albóndigas sin molestarse en mirarnos—. Vosotras sois como el canal de noticias internacional ese de Televisión Española. Lo puedes ver en todo el mundo, pero es español.

Clara y yo volvemos a cruzar una mirada y las dos sonreímos. Ella incluso niega con la cabeza. La comida casera, su país de origen y José Coronado son temas que mi madre se toma muy en serio.

Estoy robando un trozo de tomate justo cuando mi móvil comienza a sonar. Es Avery.

—¿Sí? —pregunto con la boca llena.

—¿Quieres acompañarme? —pregunta superfeliz. Automáticamente sonrío. Es genial verla (u oírla) así.

—¿Tardaremos mucho? —tan pronto como pronuncio esas palabras mi madre me fulmina con la mirada—. He prometido que cenaría en casa —añado mirándola con una sonrisa burlona. No lo he olvidado.

Mi madre asiente. En los eventos de los Martínez Martín no puede faltar un solo Martínez Martín.

—No, será una hora como mucho. Tengo que ir al hotel. Teagan dice que estoy exagerando, pero quiero asegurarme de que lo tienen todo listo para mañana.

Tuerzo el gesto. Mañana por la noche es la fiesta de compromiso de Avery y Teagan... y no quiero ir. Resoplido mental ultramegalargo. Las cosas que tiene que hacer una por su mejor amiga.

—Sí, claro. ¿Me recoges? Ya estoy lista.

—Genial —contesta entusiasmada—. Y debo decir que me alegra que hayas superado esta prueba de dama de honor a la que te he sometido. Es un puesto de mucha responsabilidad.

—¿Vas a convertirte en una de esas novias locas que acaban agrediendo a su *wedding planner?* —planteo divertida.

—No tengo *wedding planner.*

—Deberías haber dicho que no vas a agredir a nadie —replico achinando los ojos.

—Detalles.

Sonrío, casi río de nuevo.

—Estoy ahí en dos minutos.

No le he preguntado dónde será la fiesta de compromiso porque lo sé de sobra y no tiene nada que ver con supertelepatía de amigas. Ni siquiera con que solo haya un hotel en el pueblo porque ese hotel es el Bluebelle Inn. [Insertar suspiro de amor total aquí.] Tiene el encanto de esos hotelitos pequeños donde sabes que se cuidará hasta el último detalle. Todo huele a lavanda. En invierno puedes ir a tomar café delante de la chimenea y leer un libro de su enorme biblioteca y en verano, pasar las noches en un patio alucinante lleno de árboles donde hacen conciertos de música acústica. Además, el edificio, los jardines, el interior, todo es sencillamente precioso, como si lo hubiesen sacado de un cuento.

Cada vez que alguien tiene algo importante que celebrar en Paradise, siempre vamos allí.

—Mañana nos lo vamos a pasar de cine —me explica Avery mientras recorremos el camino de piedra hasta la entrada principal del Bluebelle—. Lo tengo todo planeado. La cena será...

La frase se evapora en sus labios y las dos fruncimos el ceño a la vez cuando Helen, la gerente del hotel, sale hablando por teléfono muy agobiada. Cuelga, maldice y suspira y ni siquiera estoy segura de que haya sucedido en ese orden.

—¿Qué habrá pasado? —murmuro.

Pero tampoco me da tiempo a mucho más. La mujer nos ve y viene hasta nosotras superrápido, lo que tiene un montón de mérito teniendo en cuenta los tacones que lleva y que el suelo es de pequeños cantos rodados.

—Avery —pronuncia su nombre angustiada—, estaba a punto de llamarla. Hemos tenido un problema terrible.

—¿Qué problema? —prácticamente tartamudea mi amiga.

—El salón principal... —deja en el aire. Su móvil vuelve a sonar y descuelga a la velocidad del rayo.

Yo me giro hacia Avery. Decir que está preocupada es quedarse muy muy corta.

—Ey —llamo su atención igual de rápido que está sucediendo todo lo demás—. No te angusties. No sabemos cuál es el problema, pero está claro que ya están haciendo lo necesario para solucionarlo.

Avery me mira asustada y yo asiento para que ella haga lo mismo y convencerla de que todo va a ir bien...

Mi amiga cierra los ojos y da una bocanada de aire y yo observo a Helen, uniformada con una chaqueta azul marino y una falda con un poco de vuelo hasta las rodillas a juego, que se ha alejado unos pasos para hablar por teléfono. Está frenética. Quiero considerarlo una buena señal, de quien está recuperando el control de la situación, y no una mala, de la que está desesperada por no perderlo.

—Se ha inundado —suelta la gerente al regresar.

Era frenetismo opción dos.

—¿Qué? —murmura Avery.

—Estamos intentando arreglarlo, pero nos está siendo imposible. Lamento muchísimo tener que decirle que tendremos que suspender su fiesta de compromiso.

—No. No. No —musita.

No sé cuál de las dos está a punto de echarse a llorar primero. Avery lleva soñando con su boda desde que tiene seis años y jamás ha imaginado, para ningún acontecimiento relacionado con ella, otro sitio que no fuera el Bluebelle, ni siquiera cuando tenía claro que se casaría con Timothée Chalamet.

—Lo arreglaremos nosotras —decido de pronto con una convicción absoluta.

No voy a dejar que uno de los días más felices de una de mis mejores amigas se arruine por un salón inundado.

—Pero está inundado... —precisamente me recuerda Helen.

—Pues habrá que buscar una solución —digo cogiendo a Avery de la mano y tirando de ella hacia el interior del hotel—, pero mi amiga tiene que celebrar su fiesta de compromiso mañana y aquí.

No le doy tiempo a responder y entro en el bonito edificio. Camino decidida hasta el salón principal y... sí, el desastre es ENORME. Avery suelta un gemido a mi lado y yo me arrepiento de haberla traído hasta aquí antes de poder valorar la situación con mis propios ojos. Hay dos palmos de agua y lo peor es que no deja de caer más de una tubería gigantesca que asoma desde una pared, rollo diluvio *indoor.*

—No pasa nada —me obligo a seguir sonando optimista. Cuesta. ¿Eso que está pasando junto a las mesas es un pato?—. Está claro que no podemos usar esta sala, pero el hotel tendrá más.

—Sí —responde la gerente, que se esfuerza en colocar su carpeta como paraguas para Avery—, pero no son lo suficientemente grandes para todos los invitados.

Observo a mi alrededor tratando de buscar una solución, pero no se me ocurre nada. Mi mirada se topa con mi amiga, con la cabeza baja, a punto de echarse a llorar.

Piensa, Hannah. ¡Piensa!

—El patio —se me enciende la bombilla y sonrío. ¡Puede funcionar!—. Hace buen tiempo y en la previsión para mañana no dice nada de lluvia. Podemos montarlo todo allí. Colocar luces, adornar las sillas...

Me giro hacia Avery. Ella me observa esperanzada.

—El patio es precioso —comenta nerviosa, pero al menos ya no parece tener ganas de llorar.

Yo asiento y mi sonrisa se hace un poco mayor.

—¿Lo tienen reservado o algo así? —le pregunto a Helen.

—No, pero el encargado de mantenimiento se ha marchado a Saint Anthony —un

pueblo a un par de horas de camino— a buscar materiales para intentar reparar la tubería y se ha llevado a los dos botones y al pinche. No tengo personal para que todo esté listo a tiempo.

—No pasa nada —replico y otra vez no dudo—. Nos encargamos nosotras. Llama a Teagan —le pido a Avery mientras saco mi teléfono del bolso—. Vamos a necesitar refuerzos.

Teagan y mi hermana Clara llegan a la vez. Estamos en la recepción.

—¿Estás bien, cariño? —le pregunta caminando hacia ella como si no hubiese nada más en el mundo y abrazándola con fuerza.

No puedo evitar mirarlos embobada y sonreír. Es bonito ver a dos personas que se quieren de verdad.

—Mamá ha amenazado con echarte de la familia por no ir a cenar, pero le he explicado lo que ha pasado y ha dicho que lo entiende. Dice que llames a los primos si los necesitas. Ah —continúa desviando su atención hacia Avery—, y que te pases a comer albóndigas cuando terminemos, para animarte.

Mi hermana sonríe para subirle un poco más la moral y ella le devuelve el gesto aún en los brazos de su prometido.

—¿Qué tenemos que hacer? —pregunta Clara llevándose las manos a las caderas.

Mi hermana es la persona más práctica y eficiente que conozco. Por eso sabía que tenía que ser mi primera llamada. Además, da un montón de miedo cuando se enfada.

—Eso. ¿Qué tenemos que hacer? —continúa otra voz, divertida, rubia y con el pelo corto.

Mi segunda llamada: mi otra mejor amiga, June.

Mi sonrisa se hace gigante y voy hasta ella para darle un abrazo enorme. La he echado muchísimo de menos. El MIT está a más de tres mil millas de Stanford.

—Tenía muchas ganas de verte —digo achuchándola.

Avery y yo somos amigas desde siempre, en serio, no tengo un solo recuerdo donde no aparezca ella, y en el instituto conocí a June. No teníamos mucho en común, por no decir nada. No nos gustaba la misma música. Mi grupo preferido era (y es) 5 Seconds of Summer y a ella le encantaba Metallica. Tampoco las mismas pelis. Cualquier cosa que te hiciera suspirar, a mí. Cualquier cosa con sangre y un asesino en serie, a ella. A June le iba la ciencia y las botas negras militares. Yo iba en Converse y mi deporte favorito era soñar despierta con ser la futura señora Davis. Sin embargo, todo eso dio igual y tardamos muy poco en convertirnos en inseparables. Así que tenía a Avery por un lado y a June por otro y yo hacía un poco de punto de unión entre las dos.

—Yo también te he echado mucho de menos. Tendrás muchas cosas que contarme y quiero saberlo *todo* —me advierte haciendo hincapié en la última palabra cuando nos separamos.

No sé qué hacer con mi vida. No le he contado a nadie que tengo ataques de ansiedad y ahora me da una ansiedad brutal pensar que voy a tener uno y alguien va a descubrirme (es lo que me gusta llamar ansiedad *meets* ansiedad).

Es un error haber vuelto a Paradise Falls...

—No hay nada que contar —sintetizo—. Estoy bien —sintetizo un poquito más.

June me estudia con la mirada sin dejar de sonreír. No se la he colado. Lo sé.

—Pues entonces yo hablo. Tú escuchas —concede al fin dándome un poco de cuerda.

Gran plan.

—Trato hecho —respondo.

Mi hermana va a buscar a Helen y June está abrazando y consolando un poquito más a Avery cuando unos ruidos nos distraen a todos. Menos de un minuto después, Joy Ann, la hermana de Teagan, está entrando en la sala, seguida de Jennifer y Zoe. Al verlas, se me revuelve el estómago, como si de golpe hubiésemos regresado al instituto o a la casa del lago y pudiesen seguir riéndose de mí cuando quisieran. Mi yo de diecisiete años tomando los mandos. No lo puedo controlar y lo odio precisamente porque no puedo hacerlo. Sin embargo, ME NIEGO A DEMOSTRARLO y, mientras eso me está pasando por dentro y vuelvo a estar nerviosa e insegura, incluso asustada, por fuera lo disimulo de maravilla. Esbozo una media sonrisa y respondo al saludo de Joy Ann y a la mirada fría de Jennifer y Zoe sin bajar ni siquiera un poquito la cabeza.

Olé-tú.

La hermana de Teagan se acerca a Avery y mi instinto de protección se activa enseguida. Si se le ocurre hacer un comentario desagradable a mi amiga en estos momentos, va a acordarse de mí el resto de su vida... pero, no... es amable, mucho, y parece preocupada de verdad por la fiesta y, sobre todo, por Avery. Eso sí que no me lo esperaba.

El ruido vuelve. Se oyen más pasos y voces y lo siguiente que pasa es un poquito más difícil de controlar aunque me concedo un ochenta por ciento de éxito. Joey aparece en la sala principal. Con Luke. Y con Jamie.

Capítulo 7



Tengo el impulso de apartar la mirada. De tomar aire. De marcharme, no sé, a buscar al de mantenimiento y ayudarlo a comprar todas las tuberías del estado de Georgia. Pero no me permito hacer ninguna de esas cosas. Puedo con esto.

La mirada de Jamie recorre la habitación y sus ojos se encuentran con los míos antes que con los de cualquier otra persona. Yo se la mantengo y me cuesta un mundo porque una especie de terremoto se está desatando en mi interior. Tendría que ser más fácil controlar los recuerdos o decidir que una persona ya no te importa. Indiferencia total. Ni siquiera necesitar odiarlo. Pero, maldita sea, yo sigo odiándolo.

Jamie, con las manos en los bolsillos de su chaqueta vaquera, y Luke, los dos juntos como siempre, se quedan a unos metros de nosotros.

—Teagan... —murmura Avery mortificada al darse cuenta de quién ha llegado y pasando la mirada de ellos a mí y, finalmente, a su novio. Genial. No quiero que en mitad de este desastre tenga que preocuparse por mí. Estoy bien—, ¿qué hacen ellos aquí?

—Cuando me has contado lo que ha pasado, he pensado que necesitaríamos refuerzos. —Chico listo—. Pues ellos son los refuerzos. —Chico no tan listo.

Mi amiga me mira y tuerce los labios llena de empatía, pero yo rápidamente niego con la cabeza. Estoy aquí por ella y tenemos que arreglar esto. Puedo lidiar con el grupito de los populares. Además, ya me había mentalizado de tener que hacerlo en la fiesta de compromiso. Se trata de ampliarlo a una noche más.

—Vosotros lo que tenéis que hacer es marcharos —le digo.

Ahora es Avery la que niega enérgicamente.

—Quiero ayudar.

—No —le dejo claro—. Tienes que relajarte y pensar, no sé, de qué color pintarte las uñas o si tu novio bailará bien vuestra canción mañana —añado con una sonrisa—. Esas tienen que ser tus únicas preocupaciones. Preocupaciones de felicidad.

Ella sigue dudando, así que me dirijo directamente a Teagan.

—Llévatela a cenar y haz que se distraiga —le pido.

Él asiente y tira de su chica con su brazo rodeando sus hombros. Avery protesta un

poco, pero se deja hacer bajo mi atenta mirada, bueno, y la de todos.

—Que sea un restaurante caro —lo pica June a mi lado.

—¿Quién lo duda? —replica burlón Teagan—. Y que sepáis que bailo de miedo.

—Ahora son dos cosas de las que dudo —sentencia June insolente.

Yo sonrío. Sigue haciendo lo mismo que en el instituto: fastidiar a los que se supone que son *infastidiables.* Nunca permitió que ninguno de los chicos del equipo ni de las animadoras le tosiera ni siquiera un poquito. Siempre tenía la respuesta perfecta preparada. Es la tía más guay que conozco.

—Lo tengo todo controlado —prácticamente grito para que Avery me oiga y se quede tranquila.

Cuando al fin salen del hotel, suelto un suspiro gigantesco.

No pasa nada.

Hay mucho trabajo que hacer, pero estoy segura de que lo conseguiremos. Lo primero es ver cómo está el patio.

—Eso es lo que pasa cuando dejas que tu mejor amiga se case con el capitán del equipo de fútbol —comenta burlona June caminando a mi lado.

Mi sonrisa se ensancha.

Teagan ya no es como el Teagan del instituto, bueno, sigue teniendo los mismos horribles amigos y también sigue siendo mucho menos gracioso de lo que piensa, pero es un buen tío y quiere a Avery con locura. Solo necesitas verlos juntos cinco segundos para darte cuenta. Y lo más importante: ella no podría ser más feliz, que es lo único que nos importa a nosotras. Si no, de verdad que habría impedido esta boda, rollo novia a la fuga escoltada por dama de honor advirtiéndole al novio que se meta en sus asuntos.

—Va a convertirse en médico —le recuerdo divertida.

—¿Y tú arriesgarías a que Teagan Seaver te operara de algo?

Tengo que contenerme para no romper a reír.

—La gente cambia.

—¿Y eso es aplicable a Luke? —plantea socarrona.

—No —respondo sin dudar, sin arrepentirme y aprovechando para reírme un poquito de ellos con mi otra mejor amiga, no lo voy a negar.

—¿Y a Jamie?

—No. —Ídem y de nuevo no lo pienso negar.

—Cómo me gusta cuando repartes tu bondad de esta manera tan global y objetiva —sentencia.

Giro la cabeza para mirarla y las dos sonreímos.

—¿Cómo? —finjo que ha dicho algo y no he podido oírla—, ¿que vas a apuntarte a la lista de espera del doctor Seaver?

June resopla melodramática.

—No, estaba diciéndote que tendríamos que haber impedido esta boda hace mucho —comenta pasándome el brazo por los hombros—. Por tu culpa nos espera un futuro escuchando cantidad de chistes malos sobre auscultar gente.

Un segundo y las dos rompemos a reír.

Cruzamos las enormes puertas de cristal, salimos al patio y... ¡genial! A pesar de que no estamos oficialmente en su temporada de uso, está muy cuidado. Los árboles son preciosos y es lo suficientemente espacioso para que quepan todas las mesas que necesitamos.

—¿Por dónde empezamos? —preguntan a nuestra espalda.

June y yo nos giramos y nos topamos con todo el grupito de populares frente a nosotras. Es como un *déjà vu* gigante.

Vale. Chasqueo los dedos interiormente. Hora de ser práctica, Hannah.

—Lo primero es saber qué se puede salvar del interior, limpiarlo muy bien y sacarlo fuera.

—Yo me encargo —se ofrece Joy Ann.

Otra vez me sorprende. Había dado por hecho que se quejaría por tener que hacer cualquier esfuerzo físico y que se acabaría marchando.

Regresa al interior y Zoe y Jennifer la siguen. Eso sí cumple con mis expectativas.

—La música es importante —continúo—. Sé que aquí se celebran pequeñas actuaciones acústicas, pero molaría saber si hay algún tipo de equipo de sonido o algo de eso. ¿Te encargas tú? —le pregunto a June. Es un hacha de la ingeniería, así que, si hay que montar, desmontar o conectar un millón de cables, es la más indicada.

—Cosa mía —responde echando a andar.

—También necesitaremos luces, pequeñitas, rollo Navidad pero solo blancas. Podría molar bastante si conseguimos colocarlas en los árboles. —Alzo la cabeza para mirar las enormes copas siguiendo mi propio argumento.

—Mi padre debe de tener algo en el almacén —comenta Joey. Su padre es el dueño de la ferretería del pueblo.

De reojo veo cómo le da una palmada con el reverso de la mano a Luke en el pecho para que lo siga, pero él no se mueve. Sus ojos siguen clavados en mí. Mi cuerpo capta enseguida la situación y ni siquiera entiendo por qué. ¿Qué demonios quiere? Jamie también me está observando. Y yo estoy aquí contemplando un árbol, parece que indefinidamente, fingiendo que las circunstancias actuales no van conmigo.

—Vamos —lo azuza Joey.

Luke por fin se da por aludido y los dos se van. Genial y no tengo ni la más remota idea de si es un «genial» irónico o no porque acabo de quedarme a solas con Jamie McQueen.

¿Por qué tiene que afectarme así? Es de lo más molesto y, otra vez, ni siquiera lo

entiendo.

—Deberías entrar —suelto las palabras al tiempo que empiezo a moverme para alejarme de él y ponerme en marcha con lo que sea que vaya a hacer... humm... limpiar el patio. Las dos cosas pasan antes de que el pensamiento cristalice en mi mente, como si fuesen una especie de mecanismo de defensa que se activa automáticamente —. Seguro que Joy Ann se alegra de que le eches una mano.

Arrastro a un lado una de las mesas con las que está salpicado el suelo color teja.

—Ya hay dos personas ayudándola ahí dentro —me recuerda. Yo me sacudo el polvo de las manos mientras regreso a por otra de las mesas—. En cambio, tú piensas limpiar este patio enorme sola.

Finjo no oírlo, pero lo cierto es que me molesta y mucho. ¿Por qué tiene que darme su estúpida opinión de lo que yo piense o no piense hacer? No es su problema. Por si fuera poco, siempre tiene que sonar tan condescendiente. Siempre a punto del maldito resoplido. Puedo con esta mesa y con diez mesas iguales que esta porque no soy ninguna damisela en apuros.

—Joder... —Se me evapora el aire cuando protesto, involuntariamente, porque esta mesa pesa mucho más que la otra. Pruebo a moverla otra vez. ¿De qué la han hecho? ¿De cemento armado?

—Dios de mi vida —se queja caminando hacia mí—. No se puede ser más terca que tú.

Pero porque lo soy o porque es él y haría cualquier cosa por que se comiera sus palabras, saco fuerzas de flaqueza y la empujo y la muevo, y con toda probabilidad he consumido todos los músculos del resto de mi vida en esto, pero merece la pena solo por callarle la boca.

Jamie me observa con la mandíbula tensa mientras sigo arrastrando la mesa, en serio, ¿con qué la han fabricado?, y regreso victoriosa a por otra.

—Sé que tú y yo no nos llevamos bien, pero creo que iríamos mucho más rápido si me dejaras ayudarte.

—No necesito tu ayuda —le dejo clarísimo. No quiero que le quede una mísera duda al respecto.

Su mandíbula se tensa un poco más.

—Y no la quiero —añado. Tampoco puede haber dudas en ese punto.

—Lo tengo claro, Hannah.

Los ojos de Jamie se clavan en los míos y por un momento puedo verme reflejada en el otoño más bonito del mundo. En ese mismo momento también todo se queda en silencio.

—Pequeña Hannah para ti —replico beligerante.

Suelta una única carcajada llena de ironía. Sí, yo tampoco me imaginé nunca

pidiendo que me llamaran así, pero esto es una excepción completamente justificada.

—Muy bien —contesta pronunciando esas dos palabras con un tonillo de lo más irritante—, pero esto no va de ti y de mí. Es por Avery y por Teagan. Así que, te guste o no, vamos a tener que trabajar juntos.

Lo fulmino con la mirada. Eso no ha molado nada porque, maldita sea, tiene razón. Necesitamos tener todo esto listo para mañana y no voy a dejar que lo mucho que odio a Jamie McQueen se interponga en hacer feliz a Avery. Gruño en español un montón de insultos para desahogarme y me mentalizo de que me va a tocar aguantarlo muchas horas esta noche.

—No te preocupes. Esta tampoco es mi situación ideal —continúa molesto, empujando otra de las mesas.

Nos odiamos. Es obvio. Recíproco.

Por supuesto, él la mueve como si estuviera hecha de mantequilla. Tendría que haber probado yo con esa mesa. Seguro que tiene truco.

Me niego a seguir hablando con él, así que simplemente me pongo a trabajar. Al principio es raro. Jamie y yo, en un mismo lugar, juntos, y sin querer matarnos. No es algo que haya pasado desde hace mucho. Da igual que hayamos compartido universidad los últimos cuatro años. Pero, poco a poco, empiezo a no poder definir ese «raro». No sé si el sinónimo más adecuado sería extraño, incómodo o, simplemente, surrealista. Puede que me descubra un par de veces girando la cabeza cuando sé que él no va a verme y me quede observándolo, tratando de descubrir qué está pensando. ¿Cuál de esos tres adjetivos aplicaría a esta situación?

Estoy barriendo las hojas del suelo cuando me vuelvo de nuevo hacia Jamie, que está limpiando los parterres de los árboles. Hace un par de horas que se ha quitado la cazadora vaquera y la camiseta blanca se le ha manchado un poco de tierra. El pelo negro le cae desordenado sobre la frente y esos preciosos ojos marrones están muy concentrados en lo que hace. No quiero. Que quede claro. Es una de esas reacciones espontáneas que tu cuerpo decide tener por su cuenta, como respirar o pasarte la punta de la lengua por la heridita que tienes en el interior de la mejilla. Pero me pregunto si a él también le costará tan poco trabajo recordar nuestro último mes de instituto. Me gustaba tanto estar con él, hablar con él, reírme con él...

Error. Error. Error.

Pensar en él es un error.

Tomándome por sorpresa, Jamie gira la cabeza y nuestras miradas chocan. Ninguno de los dos la aparta. Creo que ninguno quiere hacerlo. Estoy empezando a comprender lo poderoso que puede ser el odio. No nos va a dejar olvidarnos jamás.

Jamie da una bocanada de aire despacio sin apartar sus ojos de mí.

—Aquí están las luces —comenta Luke irrumpiendo en el patio seguido de Joey—.

Hemos traído varios rollos de cincuenta metros. Creo que tendremos suficientes.

La interrupción me devuelve a la realidad, asesino a Jamie con la mirada y vuelvo a la tarea de barrer.

—Estaría bien que empezarais a colgarlas —digo tratando de que mi voz suene neutra.

—¿Me ayudas? —me pregunta Luke deteniéndose frente a mí.

—No —respondo sin ni siquiera pensarlo, pero a cambio el estómago se me encoge como si tuviera derecho a opinar.

No sé por qué, pero alzo la cabeza, y debería saberlo porque ya no tengo diecisiete años ni estoy encandilada con el chico guapísimo y popular que juega al fútbol.

Tarda un segundo en sonreír de medio lado, su gesto estrella, y a mí —otra vez no tengo ni la más remota idea de cuál es el motivo— me tiemblan las piernas. Mi respiración se acelera igual que mi corazón. Supongo que una no olvida así como así al amor de su vida, ¿no? Da igual cuántas ganas le ponga.

Estúpido corazón.

Estúpido Luke Davis.

Estúpido Paradise Falls.

No digo nada más. No dejo que él lo haga. Le paso de malos modos el escobón estrellando el palo contra su pecho y me largo de aquí.

Capítulo 8



—Cortas aquí —me explica June al tiempo que va haciéndolo—, unes estos cables y listo.

Me enseña la hilera de lucecitas blancas perfectamente cortada al tamaño que necesitamos con sus cables perfectamente empalmados.

—Eres una supercerebrito de ingeniería —sentencio con una sonrisa enorme.

Ella le resta importancia encogiéndose de hombros.

—Es una tontería —responde, pero a mí me da igual. Estoy superorgullosa de ella.

Jamie, Joey y Luke están colocando las guirnaldas luminosas en las copas de los árboles. El de mantenimiento se ha llevado la escalera, Dios sabrá por qué la necesitaba para ir a comprar una tubería, y han tenido que subirse a los árboles trepando por ellos como monos. Prefiero definirlo así en lugar de decir que están siendo sorprendentemente ágiles. Suena demasiado bien para esos tres.

—Claro, porque es una tontería estudiar en el MIT —me burlo—. Sabes que solo con pronunciar lo que estudias sin equivocarme ya sueno un poco más lista —le cuento entrecerrando los ojos y ella sonríe concentrada en lo que sus manos hacen. Lo que no sabe es que hablo completamente en serio—. Ingeniería aeroespacial —pronuncio recalcando cada letra—. Y estoy segura de que eres la dueña del chiringuito. La tía más guay e inteligente.

—Para ya con tu amor de amiga —se queja divertida dando un paso hacia mí y colocándome una de las hileras de luces a modo de corona.

—Pero es que es verdad. Estoy superorgullosa de ti.

Se asegura de que tengo la miniguirnalda bien colocada, pasando de todas las cosas bonitas que le estoy diciendo porque mi amiga es una de esas personas que se avergüenzan un poquito cuando le recuerdan lo increíble que es. Si viviese con mi madre, ya habría muerto. Una vez hizo una paella y nos escribió a mi hermana y a mí «Sois las mejores niñas del mundo» combinando las judías verdes y los pimientos morrones.

June pulsa un interruptor que lleva en la mano y la hilera-corona se ilumina.

—Ahora todas tus ideas son tan buenas que se encienden las bombillas —

argumenta con una sonrisa.

Yo alzo la mirada absorta en las pequeñas lucecitas blancas.

—Mi cociente intelectual acaba de aumentar a doscientos.

—Doscientos treinta —replica—. No te quites méritos.

Las dos rompemos a reír y queremos parar, pero, cada vez que nos miramos, nos morimos de risa de nuevo.

—Estaría bien que dejarais de perder el tiempo y trabajarais un poco —gruñe una voz justo después de que unos pies aterricen en el suelo con un salto perfecto—. Teagan y Avery están a punto de llegar.

Es Jamie, cómo no. Don «se me da muy bien ser un absoluto gruñón si Hannah anda cerca». Eso me enfada aún más. Me importa bastante poco cómo se comporte o no conmigo, pero ¿por qué tiene que ser tan amable con todos los demás? El buen chico que ayuda a sus padres en la cafetería, el alumno responsable y trabajador. Mientras que conmigo solo sabe resoplar y gruñir. Lo que me hace sonreír internamente es que llegará el día en que se le caerá la careta y todos se darán cuenta de cómo es en realidad. Pienso aprender a bailar claqué solo para marcarme una coreografía con sombrero de copa y bastón en su cara cuando eso ocurra. Puede que contrate a un grupo de baile y a una orquesta. Merecería la pena.

Se ha bajado del árbol donde acaba de colocar las luces y camina hasta el siguiente sin ni siquiera dedicarnos una mirada después de decirnos semejante lindeza, aunque, nuevamente, ¿de qué me sorprendo? Es un idiota integral.

—Capullo —farfullo quitándome la corona y dejándola sobre la mesa.

June me mira hasta que yo, enfurruñada, levanto la cabeza y nuestros ojos conectan. Está sonriendo y diciéndome mentalmente que pase de todo y sonría con ella. Obedezco de inmediato. Ninguno de ellos va a quitarme el buen humor. Y si me río con una amiga, Jamie McQueen va a tener que aguantarse. No todos perdimos la capacidad de sonreír en un pacto con el diablo. Seguro que la intercambió por ser capaz de trepar así u otra cosa superpráctica.



Un par de horas más y ya lo tenemos todo casi listo. Está quedando realmente precioso. Las luces, los manteles, las flores. Va a ser fantástico. Sonrío feliz al imaginar la cara que pondrá Avery.

—Ey —llaman mi atención a mi espalda.

Me giro y absolutamente en contra de mi voluntad mi estómago se vuelve pequeñito al ver a Luke frente a mí.

¡Todos los mecanismos de defensa activados!

—¿Qué quieres? —inquiero esforzándome en sonar hostil, cruzándome de brazos y dando un paso hacia atrás.

Hay cosas que siempre te complican la vida; que todo lo que lleve chocolate engorde, que los libros siempre se pongan interesantes cuando prometes que será el último capítulo, que los chicos como Luke tengan ese aspecto. El pelo castaño, los ojos azules y jodidamente guapo. Además se alían los recuerdos, de los que mi mente, por algún extraño problema sin diagnosticar, ha decidido seleccionar solo los buenos para refregármelos por la cara: cómo dibujaba círculos en la parte baja de mi espalda por encima de mi camiseta, cómo me miraba justo antes de besarme. Su sonrisa. Su hoyuelo.

—Hablar contigo.

—¿De qué? —replico.

Hannah Martínez Martín no va a salir corriendo como si tuviese en mente batir un récord mundial. Yo me quedo aquí, mirándolo, mal.

—No sé, Pequeña Hannah. Hace cuatro años que no nos vemos.

Esa frase despierta muchas cosas dentro de mí. La primera, la palabra *mentira* rebotando en mi mente, porque yo sí que lo he visto, aunque no lo hubiese buscado y, por supuesto, no hubiese llamado su atención cuando él no se daba cuenta de que estaba allí. Paradise es un sitio demasiado pequeño para no encontrarte con quien no quieres.

La segunda, me enfado. Mucho. Porque la última vez que nos vimos fue cuando él ni siquiera se dignó hablar conmigo y se rio con sus amigos de mí después de engañarme diciéndome que me quería para que nos acostáramos. Así que, si llevamos cuatro años sin mandarnos un privado por Insta, es solo culpa suya.

—No tengo nada que hablar contigo —le dejo claro.

—¿Segura? —insiste con esa estúpida sonrisa.

—Segurísima.

Lo de no salir corriendo va en serio, pero me marcho con el paso decidido como si tuviera algo importantísimo que hacer.

Voy hasta la máquina de *vending* y pago mi rabia metiéndome las manos en los bolsillos tratando de encontrar algún billete de un pavo. ¡Necesito chocolate! ¡Pero nada!

—¿Cómo es posible que no lleve un puñetero billete encima? —gruño molesta, enfadada, CABREADA.

Doy un paso hacia la máquina, me pongo de puntillas y palpo la parte superior esperando que las tradiciones de Stanford se hayan extendido al sur, pero, de nuevo, nada.

Luke Davis no tiene que querer hablar conmigo y mucho menos comportarse como si no hubiese pasado nada. ¡Eso es... egoísta y de ser un capullo egocéntrico de mierda con cero empatía!

Me rindo en lo de buscar los «tres pavos del buen samaritano» y dejo caer mi frente contra el frío cartel de Coca-Cola al tiempo que resoplo muy fuerte.

¿Por qué sigue afectándome así? No debería afectarme. No debería tener ningún poder sobre mí. Y desde luego yo no debería recordar cómo me sentía cada vez que me besaba. Error. Error. Y otra vez error.

Tuerzo los labios aún de peor humor que cuando he llegado a este rincón del Bluebelle y le suelto una patada a la máquina expendedora. Sí, he decidido pagar todas mis frustraciones con maquinaria inocente. Soy una sucia criminal.

—Si yo fuera tú, no haría eso. Seguro que los de Coca-Cola instalan cámaras en todas sus máquinas expendedoras para mirar muy mal a la gente que solo compra agua.

Me giro y miro mal a June, pero a ella no le importa.

—Estoy convencida de que tienen una lista y, en el momento en el que menos lo esperemos, irán a buscarlos, rollo *V de Vendetta,* y los meterán en centros secretos donde los atiborrarán de azúcar hasta hacerlos adictos —sigue caminando hasta situarse a mi lado.

—Eso suena a una película distópica escrita por el tigre de los Cheetos.

—Y dirigida.

Me río porque ha tenido gracia, pero no quiero. Mi vida es un desastre. Miro a mi amiga con un puchero, pero ella responde poniendo los ojos bizcos y estirando los labios al máximo, enseñándome los dientes en la mueca más ridícula del mundo. No me queda otra que morirme de risa.

—¿Qué quieres? ¿Una Snickers? —pregunta apiadándose de mí cuando nuestras carcajadas se calman y sacándose un par de billetes doblados del bolsillo trasero de sus vaqueros.

—Una Reese’s con mantequilla de cacahuete.

June busca las chocolatinas y marca los números correspondientes.

—Me explicas cómo consigues alimentarte en la universidad teniendo en cuenta que nunca recuerdas coger dinero para la máquina de *vending.*

Los engranajes empiezan a funcionar y las chocolatinas hacen un ruido seco al caer.

—Los tres pavos del buen samaritano —contesto agachándome a coger los dulces. Ella me mira igual que si le hubiese dicho que todos los días baja un extraterrestre y me presta su tarjeta de crédito—. En Stanford hay una tradición —me explico—. Se dejan billetes de un pavo encima de la máquina para quien olvida el dinero y, a cambio, quien los coje comparte su comida poniendo una chocolatina en el sitio de la pasta.

Sonrío. No sé quién la inventó ni cuándo, pero me parece una costumbre muy chula, y muy práctica: la máquina de la biblioteca y mi estómago han dado cuenta de ello muchas veces.

June asiente abriendo su Snickers.

—En el MIT literalmente matarían por el último Twix, imagínate pensar en compartirlo.

Sonrío mientras me zampo una de las dos galletas de mi paquete. La necesitaba.

—Y hablando de cosas más importantes...

—Más que el chocolate, lo dudo —replico.

—¿Estabas hablando con Luke Davis? —inquiere con tonillo y una sonrisilla, ambos con mucho recochineo—. ¿Sabes que ha fichado por los Jets?

Niego solemne con la cabeza.

—Él quería hablar conmigo y yo le he dicho que antes me cortaría una mano. —Más o menos.

June me observa un momento estudiándome mientras yo finjo que no pasa nada, aunque la verdad es que puede que me sienta un pelín incómoda. Finalmente parece que toma algún tipo de decisión interna y tira el envoltorio de su chocolatina a la papelera.

—Estoy muy orgullosa de ti.

—¿Por qué? —pregunto y lo hago con la boca llena, lo que claramente hace que su sentimiento sea aún más inexplicable.

Soy un desastre, aunque me doy un par de puntos por tener claro que lo soy. Mi vida sentimental parece anclada en lo que ocurrió cuando tenía diecisiete años (supermaduro, Hannah Montana) y no tengo ni idea de lo que quiero para mi futuro. Futuro no sentimental obviamente. En el sentimental, quiero a Thomas Doherty, gracias.

—Porque, mírate —responde como si fuera obvio—: estás aquí, donde claramente no querías estar, enfrentándote a Luke y a Jamie y a las exanimadoras y saliendo airosa.

No tan airosa.

—Me importan menos que nada —sentencio con la seguridad que elijo sentir.

—Pensaba que lo llevarías mucho peor.

—No es el caso.

Niego con la cabeza para acompañar mi respuesta, pero también miro al suelo. No volvería con Luke ni aunque mi vida dependiese de ello, pero también creo que es más complicado que eso. ¡Es el maldito amor de mi vida! ¿Cómo escapas de esa sensación? ¡Es superfrustrante!

—¿Lo has perdonado?

—No.

—¿Y qué quieres hacer con él, entonces?

—Quiero vengarme —contesto exasperada, dejando que lo descontrolado que me está recorriendo por dentro tirando de mí en mil doscientas direcciones a la vez tome el mando.

June no me juzga y se lo agradezco un montón.

—Quiero que lo pase al menos la mitad de mal que lo pasé yo porque va por ahí como si no hubiese sucedido nada y no es justo —argumento mis ganas de gritar *«vendetta»* mientras lo señalo y un dragón le lanza una bola de fuego—. No deberías hacerle creer a una chica que estás enamorado de ella, conseguir que pierda la virginidad contigo aprovechándote de lo que siente por ti, después dejarla tirada, reírte con tus amigos de ella y no pagar ni siquiera un poquito las consecuencias —sentencio separando muy poquito el índice y el pulgar.

—¿Y cómo piensas lograrlo?

—No tengo ni idea.

Resoplo y supongo que es algo hipotético, ¿no? Una de esas cosas con las que te permites soltar la rabia mentalmente y poco más...

—Pero pienso encontrar la manera.

... O no y se convierte en el *leitmotiv* de tu vida. Soy como Wonder Woman luchando contra los tíos que no merecen el aspecto que tienen y se comportan como si no hubiesen hecho nada. Iba a tener más hermanas en mi lucha que guerreras en Wakanda. Arrasaríamos.

Capítulo 9



—No llegas.

Tan pronto como su irritante voz atraviesa el ambiente, cierro los ojos y gruño en español lo mismo que mi padre dice cuando se hace daño en un dedo con alguna herramienta en el taller.

Pon la mente en blanco, Hannah. Convence a tu cerebro de que Jamie McQueen y tú no compartís continente.

Me pongo de puntillas sobre el último peldaño de la escalera y, agarrándome con una mano a la pared, alzo la otra estirándome todo lo que puedo para alcanzar el cable. Nivel de peligrosidad: ocho sobre diez. Nivel de satisfacción personal si lo consigo (más aún cuando se lo restriegue por la cara): infinito más uno.

—¿Por qué no te rindes ante la evidencia? —insiste condescendiente y engreído.

—¿Y tú por qué no te metes en tus asuntos?

El plan era estar calladita e ignorarlo... ¿cómo era? Ah, ya, estoicamente, pero es que no lo soporto.

Miro el cable. Casi lo pillo. Me estiro un poco más. Solo me falta un poquito, un poquito pequeñito...

—Porque eres incapaz de entender que mides uno sesenta y que el cable está a casi cuatro metros del suelo.

—Para eso se inventaron las escaleras —replico muy orgullosa de mi afirmación—. Por otra parte, habría que ser bastante idiota para no darse cuenta de que estoy subida a una. Interprétalo como quieras.

—Y seguirás sin llegar —contesta ignorando la segunda parte de mi superingenioso comentario—. Te diría cuánto mide la escalera para que lo entendieras, pero no serviría de nada.

Otra vez ese tonillo a medio camino entre «oh, qué tonto es todo el mundo» y «oh, qué listo soy yo». *No-lo-soporto.*

—¿De verdad no tienes nada que hacer? —le suelto.

Bajo la mano exasperada. Me duele el hombro de intentar llegar, pero no pienso rendirme y mucho menos delante de él.

—Si te bajas, yo me encargaré del cable y podremos terminar.

Ni de coña.

—Del cable me encargo yo —le dejo claro—. Tú puedes irte, no sé... al infierno —sentencio con mi sonrisa más falsa.

Jamie entrecierra los ojos sobre mí y traga saliva molesto. ¿No le ha parecido bien mi sugerencia de viaje indefinido? Mejor. Por mí puede sacarse una tarjeta de metro e ir y volver cada día.

Vale. Piensa, Hannah. Eres una tía competente. Observo el cable. Efectivamente está muy alto. Intento buscar una solución alternativa que no incluya ese maldito cable para poder colocar el proyector donde lo necesitamos —Avery ha hecho un montaje muy chulo con fotos de todos y quiere enseñárnoslo—, pero no la hay. Conclusión: cable, no vas a poder conmigo.

Miro la escalera y ladeo la cabeza. Hay un peldaño más. Técnicamente el tope de la escalera y técnicamente donde no debes subirte. Nivel de peligrosidad: diez de diez, pero ya no habría satisfacción personal, habría gloria porque soy Wonder Woman y porque mido uno sesenta y dos.

—Mala idea —pronuncia Jamie a mi espalda leyendo mis intenciones.

—La historia está llena de intrépidos visionarios y cobardes que dijeron que lo que tenían eran malas ideas.

Me he venido un poco arriba, pero fastidiarlo vale la pena. Levanto el primer pie y lo pongo en el escalón prohibido. Aprieto un poco para comprobar la estabilidad. Seguro que esto es como la fecha de caducidad de los yogures, algo orientativo no de obligado cumplimiento.

—Vamos, baja. —Tengo la sensación de que algo en su voz cambia a... ¿preocupación? No me importa. Seguro que es solo una artimaña. Me tiende la mano para ayudarme a volver al suelo, pero yo no le hago ni puñetero caso—. Te ayudaré y lo tendremos listo en un minuto.

—No te necesito para nada.

—Hannah, por favor.

No sé si es la manera en la que pronuncia mi nombre, que diga «Hannah» y no «Pequeña Hannah» o que ya no haya dudas de que eso que resuena en su voz es preocupación, de verdad... Sin embargo, da igual porque parece ser que los fabricantes de escaleras SÍ se toman en serio lo que escriben en sus artículos. El metal se vence, la escalera se abre en dos como un cuchillo caliente atravesando un montón de nata montada y yo soy la guinda de ese pastel.

Grito como si eso fuese a protegerme algo de la caída y cierro los ojos. Si voy a pegármela, no quiero ser mi propio testigo...

Pero es que eso también da igual porque el suelo se queda donde está y yo estoy

entre sus brazos. Pegada a su cuerpo. Vertical contra vertical. Con sus manos agarrando con fuerza mi cintura, estrechándome contra él. Con las mías en sus hombros, retorciendo su camisa, aferrándome a él como si fuese mi salvavidas favorito.

Estoy en el centro de un mar lleno de olas, pero yo me siento extrañamente en calma.

Me encuentro con sus ojos castaños y de pronto el caballo más salvaje del mundo se transforma en color. El corazón me late tan rápido que empiezo a pensar que, quizá, sí que me he caído y me están dando electroshocks.

—¿Estás bien? —susurra. Su voz suena un poco más acelerada, más ronca y me pregunto a qué velocidad le latirá a él el corazón.

—Mido uno sesenta y dos —suelto... Dios sabrá por qué, yo ya me rindo.

Jamie frunce el ceño suavemente, pero justo a la vez una sonrisa poco a poco va tirando de sus labios. Por Dios, otra vez, ahí, nombrándolo en vano. Voy a ganarme el infierno. Pero es que no es en vano. Se me había olvidado que tiene la sonrisa más bonita del mundo. No importa que sea una pequeñita como ahora. Esa sonrisa vale al menos tres discos completos de Harry Styles.

—¿Eso significa que te has golpeado la cabeza o algo parecido?

Niego precisamente con la cabeza.

—Antes has dicho uno sesenta y te has equivocado —murmuro—. No me conoces tan bien.

Su sonrisa se borra y deja escapar todo el aire de sus pulmones.

—Ojalá fuese verdad.

No dice nada más. Despacio, casi agónicamente, al ritmo de una canción que solo oímos los dos empieza a bajarme, consiguiendo que mi cuerpo se encuentre con el suyo centímetro a centímetro. No sé poner en las palabras exactas cómo huele, pero sé que no voy a olvidarlo en lo que me queda de vida.

Cuando mis pies tocan el suelo, las manos de Jamie se quedan en mi cintura, como si hubiesen decidido ponérselo difícil en lo de separarse de mí y yo no quiero que lo haga...

Y esa es la maldita señal de alarma.

¿Qué estamos haciendo? ¿A qué se refería con eso de que ojalá fuese verdad? Y, más que nada, ¡¿qué estoy haciendo yo?!

—Gracias por salvarme del golpe —digo dando un paso atrás para obligar a sus manos a separarse de mi piel. Él las deja caer junto a sus costados y todo mi cuerpo protesta llamándome idiota, pero en mayúsculas y con muy mala leche—. Otra vez —añado al recordar lo que ha ocurrido esta mañana en el Meredith’s con el repartidor—. ¡Joey! —lo llamo cuando lo veo cruzar el salón por el rabillo del ojo porque no puedo

levantar mi mirada de la de Jamie—. ¿Te importa ayudar a McQueen? Hay que colocar un cable.

—Claro —responde.

Pero yo ya me estoy marchando antes de que conteste. Puedo sentir los ojos de Jamie clavados en mí. ¿Cuántos tonos de castaño hay? Porque creo que él se los ha quedado todos.

Capítulo 10



Huir.

¿Es eso lo que estoy haciendo?

[Mente en funcionamiento. Buscando una respuesta adecuada que no me haga sentir como una tarada total.]

No. No he huido. Solo he dejado atrás una situación potencialmente peligrosa para mi corazón. Si le pones una palabra acabada en «-mente» a cualquier frase, parece más meditada, más madura (viene genial para el autoengaño).

—Pequeña Hannah.

Me giro con el ceño fruncido. ¿Qué quiere Jennifer Morris ahora?

La miro esperando a que hable y puede que la mire un poco mal.

—¿Querías algo? —inquiero al ver que no lo hace.

Ella me mantiene la mirada y después de lo que me parece un tiempo superlargo —estoy a punto de preguntarle si se está reiniciando o algo así— suelta un suspiro. ¿De qué va todo esto?

—Me gustaría pedirte perdón —pronuncia al fin.

Automáticamente me pongo en guardia porque seguro que no es más que una de sus estúpidas bromas de animadora y Zoe está escondida en alguna parte grabándonos con el móvil.

Enarco las cejas tratando de reflejar que esta situación me parece bastante ridícula.

—Vale, Jennifer —respondo en el tono más indiferente de la historia—. Adiós —me despido antes de volverme sobre mis Converse para largarme de aquí.

—No, Pequeña Hannah, espera —insiste avanzando un par de pasos hacia mí.

Me detengo a regañadientes. Empiezo a estar un poco enfadada.

—Mira, no sé de qué va esto —señalo girándome de nuevo—, pero paso.

Voy a reanudar la marcha otra vez, pero ella es más rápida. Se acerca a la vez que alza la mano suavemente en señal de tregua. Parece... angustiada... de verdad.

—Lo estoy diciendo en serio —me explica veloz, como si temiese que no voy a darle tiempo a decir todo lo que quiere decir—. Quiero disculparme contigo. Por todo lo que ocurrió.

El tono que le da a esa última frase hace que tenga clarísimo a qué momento de nuestra historia en común se refiere: ella riéndose de mí gracias a Luke.

—Sé que ya hace cuatro años y tú habrás pasado página y seguido adelante con tu vida —buenooooo, más o menos—, pero yo necesito que sepas que me arrepiento de haber contribuido. Nunca debí reírme de ti.

Vale. ¿Ahora qué demonios digo? Nunca me había planteado qué haría si Jennifer, Zoe o Joey se disculpasen, tampoco pensé que fuese una posibilidad. Pero el caso es que está aquí, pidiendo perdón, y eso tampoco debe de ser fácil para ella. Jennifer nunca ha sido precisamente amable. Quizá, se haya dado cuenta de que cuando alguien se comporta como una rata miserable hay que ponerse del lado de la persona que va a sufrir, no darle alas a la susodicha rata... o quizá es que ha descubierto que le quedan cuatro días de vida.

—Humm... gracias, supongo —respondo y me cuesta muchísimo vocalizar la palabra importante de esas tres.

Ella sonríe aliviada.

—Esto no significa que vayamos a ser amigas —me especifica.

Eso me suena mucho más a la Jennifer que conozco.

—Tranquila. No entra en mis planes.

Ni de coña.

—La verdad es que ni siquiera sabía si querrías hablar conmigo —confiesa.

Otra cosa a la que no sé qué responder. ¿Soy sincera? Porque ha dado en el clavo. Hablar con ella o con cualquiera de las antiguas animadoras es lo último que quiero.

—Todavía me quedan un par de cosas que hacer —pongo como excusa señalando a mi espalda. Bien hecho, Hannah—. Será mejor que me vaya.

Jennifer asiente, pero cuando empiezo a moverme me detiene de nuevo y mi cuerpo vuelve a entrar en tensión por confusión. Lleva arriba y abajo los últimos diez minutos. Tiene que dejar que me vaya ya.

—También quería decirte que me parece muy valiente lo que estás haciendo.

Entrecierro los ojos completamente perdida. Esta conversación cada vez se pone más surrealista.

—¿A qué te refieres?

—A que puedo llegar a entender lo de Luke porque, bueno, estabais superenamorados, pero lo de Jamie... Es una gran muestra de madurez.

Oficialmente no entiendo nada.

Primero que use ese plural en «superenamorados» cuando es más que evidente que la única que estaba colada ahí era yo y después... ¿A qué viene mencionar a Jamie? Y, para rematar, ¿lo último ha sido un cumplido? No deben de quedarle cuatro días, deben de ser cuatro horas.

—Jennifer, en serio, ¿de qué estás hablando?

Me mira como si no entendiese por qué no lo pillo.

—Después de que ideara todo aquello de que te dijera «te quiero» para que tú bajaras la guardia y te acostaras con él, dejarte tirada y contárnoslo todo, me parece muy maduro que puedas estar en la misma habitación que Jamie sin llamarlo de todo. Yo desde luego no podría.

—Querrás decir Luke —la corrijo.

—No —responde como si fuera obvio—. Quiero decir Jamie.

¿Qué?

Mi cara debe de ser de lo más expresiva ahora mismo porque Jennifer sigue hablando sin que haga falta que yo empiece a gritar que necesito respuestas como un abogado de una peli de los noventa.

—Todo fue cosa de Jamie —sentencia.

Creo que el mundo se tambalea un poco a mi alrededor.

—No —murmuro sintiéndome demasiado insegura—. Fue Luke.

—Fue Jamie —replica a punto de poner los ojos en blanco—. Un día llegó a la casa del lago cabreadísimo. No quiso explicarnos por qué y a nadie le sorprendió porque aquel verano se pasaba casi todos los días en plan muy gruñón. Dijo que estaba aburrido, que teníamos que hacer alguna trastada y la trastada que tenía en mente eras tú. Luke no quiso y Jamie sabía que no podría convencerlo, así que le contó que te había oído hablar con June o con Avery o con no sé quién, no presté mucha atención a esa parte, pero, bueno, tampoco es que tuvieras más amigas —comenta con una sonrisa falsa aprovechando las circunstancias para reírse de mí, pero yo estoy en *shock*—. El caso es que le soltó que tú solo estabas con él porque era popular y tu pasaporte para serlo tú también porque te habías cansado de ser una don nadie. Luke parecía muy dolido. Creo que ese fue el único motivo por el que aceptó.

No se tambalea. Se deshace. Despacio. A mis pies.

—Joey se apuntó porque es imbécil y Zoe y yo... —se queda callada. No quiere tener que seguir—... porque no te queríamos allí. No eras una de las nuestras. Sé lo mal que suena y cómo me hace quedar, pero estoy siendo sincera.

Me mira esperando a que responda, pero ¿qué demonios pretende que diga? ¿Te lo agradezco? ¡Mierda, quiero morirme!

—¿Por qué me lo estás contando ahora? —alcanzo a preguntar.

Jennifer evita mi mirada y acaba clavándola en sus propios pies al tiempo que se cruza de brazos. Está a la defensiva, pero tengo claro que no es conmigo.

—A principios de año conocí a un chico —me explica—. No me ocurrió lo mismo que a ti porque, en fin... —alza una mano sin descruzar los brazos del todo y hace un mohín. Sin palabras me está diciendo que el barco de su virginidad zarpó hace mucho

tiempo—, pero fue parecido y fue horrible y dolió muchísimo. Así que, cuando me di cuenta de que yo había contribuido a que tú lo pasaras igual de mal, aunque me parezcas insufrible —Jenn, tú siempre tan empática—, me sentí aún peor. Quiero equilibrar mi karma porque, si esa chorrada es verdad, paso de volver a sufrir así. No, gracias —sentencia haciendo grande cada vocal.

Sin quererlo mis ojos se llenan de lágrimas. No puede ser verdad. Yo... no quiero que sea verdad.

—Ahora sí que tengo que irme —vuelvo a poner la misma estúpida excusa—. En serio que lo que tengo que hacer no puede esperar.

¿Estoy huyendo? SÍ.

¿Necesito hacerlo? Desesperadamente. Ahí está el puto adverbio para que todo suene más meditado.

Camino todo lo deprisa que puedo para no romper a correr, aunque sea lo único que quiero. Llego a un pasillo que en realidad no sé a dónde lleva, pero no me importa porque lo único que cuenta es que está vacío.

Empiezo a andar de un lado a otro.

Fue Jamie.

Me llevo las palmas de las manos a los ojos. Respiro hondo. Trato de pensar. No pudo ser él. Yo confiaba en él. Entre nosotros había una conexión. Era especial. Éramos amigos.

Las lágrimas empiezan a caer. El estómago se me cierra de golpe. Los recuerdos comienzan a pasar demasiado rápido. Todas las noches en la cafetería cerrada. Cómo me hacía reír, su risa, las confesiones, las canciones. Estar con él me hacía feliz.

Y entonces otros recuerdos llegan para eclipsar la calidez. Las risas de Jennifer, Zoe y Joey, cómo Luke ni siquiera me miró.... Jamie junto a su taquilla diciéndome que no éramos amigos.

Todo fue culpa suya. ¿Por qué le mintió? ¿Por qué hizo algo así? ¿Porque estaba aburrido?

La palabra se queda rebotando a la vez que un sollozo hincha mi pecho y empiezo a llorar... Pero no quiero. ME NIEGO. Me seco las lágrimas con rabia.

—No vas a volver a llorar por ninguno de ellos, Hannah.

No se lo merecían entonces y no se lo merecen ahora.

Él no se lo merece. Y me alegro de haberme pasado los últimos cuatro años odiándolo porque es lo único que quiero sentir por Jamie McQueen.

—Ey —me llama June deteniéndose en su camino a la recepción cuando me ve salir del pasillo a Narnia—. Te estaba buscando.

—Dime —contesto llevándome las dos manos a las caderas.

Solo necesita observarme un segundo.

—¿Ha ocurrido algo?

Niego con la cabeza.

—Nada en absoluto —le confirmo porque no me pasa nada porque eso es lo que elijo sentir—. ¿Qué necesitas?

Mi amiga frunce el ceño confusa.

—Estaba comprobando las luces de los árboles. Hay uno que no se ilumina. Supongo que la guirnalda se habrá fundido. Hay que cambiarla... —Duda un momento —. ¿Seguro que estás bien?

—Sí, claro.

Sé que sospecha que no es verdad, pero de verdad que lo estoy. En el instituto fui una idiota integral y puede que me haya pasado los cuatro años siguientes siéndolo sin saberlo al pensar que las cosas fueron de una manera cuando, en realidad, fueron de otra. No he cambiado de opinión respecto a Luke. Siento que lo engañaran, pero no debió reaccionar así. Debió hablar conmigo. Lo que ha cambiado es que antes sentía que tenía que enfrentarme a dos villanos y ahora tengo muy claro que ese puesto solo le pertenece a Jamie, y Luke pasa al papel de maldito cómplice imbécil que no fue capaz de confiar en la chica enamorada hasta las trancas de él... ¿Un poco largo? Pues que le jodan.

—Hay que buscar a los trepa árboles —digo y, sí, sueno bastante despectiva— y que hagan bien lo que tenían que hacer.

June arruga aún más la frente. No suelo ir de dura, pero es que esta vez me han tocado demasiado la moral.

—Vale, voy a...

—Yo me encargo —decido de pronto echando a andar hacia la salida del Bluebelle.

¿Por qué tengo que guardarme toda esta ira para mí cuando puede explotar contra la cara de la persona justa?

Capítulo 11



No tardo en dar con ellos. Están sentados en el muro bajo que rodea una parte del edificio con una misión más decorativa que otra cosa. Joey y Jamie. Fumándose un cigarrillo. Como en el instituto.

No hay rastro de Luke. Siguiendo esta especie de *déjà vu,* debe de estar dentro tirándose a alguna animadora. La sola idea hace que mi corazón pierda un latido. Estúpido corazón.

—Sería genial que en vez de estar aquí fumándote un cigarrillo como si tuvieras diecisiete años movieras el culo, entraras e hicieras bien lo único que te he pedido que hagas.

Se lo suelto plantándome frente a él y, por supuesto, utilizo el singular porque por mí Joey puede enrolarse en la misión a Marte.

Jamie me observa como si todavía pudiese leer en mí ¡y me niego! No solo no éramos amigos, sino que me jodió aquel maldito verano, ¡el que tenía que haber sido el más romántico de mi vida! Y todo porque estaba cabreado y aburrido.

—¿Qué ha pasado, Hannah? —pregunta porque sabe, aunque no sepa por qué lo sabe, que esto no tiene nada que ver con los preparativos de la fiesta de compromiso de Teagan y Avery.

—Vuelve a llamarme Hannah —le advierto dando un paso en su dirección y apuntándolo con el índice— y te paso por encima con tu estúpido coche.

Joey suelta un silbido y una sonrisita, pero ni siquiera pierdo el tiempo de fulminarlo con la mirada. Estoy demasiado ocupada deseándole telepáticamente un montón de desgracias a otra persona.

—¿Todo bien? —pregunta June, que acaba de llegar hasta nosotros.

Y voy a decir que sí, ¡pero es que es un NO tamaño industrial! ¡¿Por qué tuvo que hacerlo?! ¡¿Por qué tiene que doler un millón de veces más que cuando pensaba que lo había hecho Luke?!

Porque confiabas en él, de verdad, y solo con él has sentido que podías ser tú misma, de verdad.

Los ojos se me llenan de lágrimas otra vez. Pero ¿quién está dispuesto a llorar?

Porque yo desde luego que no. Los sentimientos bajo llave. Cuando se trata de Jamie McQueen, nunca están lo suficientemente bien escondidos.

—Estoy harta de ti —le escupo—. Ojalá no tuviese que volver a verte nunca.

Doy media vuelta y echo a andar hacia... los coches, me da igual. Necesito aire fresco y lo necesito lejos de él.

—Han-Han —me llama June saliendo tras de mí sin dudarlo un segundo.

Está claro que este no era el plan. Tenía que ser fría, echarle la bronca por lo del árbol e implícitamente por todo lo demás, pero es que...¡¡¡Ahhh!!! Solo he necesitado estar un segundo en el Meredith's esta mañana para sentirme como en casa, aunque ya no quiera que esa sea mi casa nunca más y yo a él nunca le haya importado absolutamente nada.

—Hannah —me busca otra voz saliendo también tras de mí.

Y sé que es él y odio saberlo, pero yo qué sé, tengo ese superpoder que ni siquiera quiero tener.

Por supuesto, no me paro. No lo haría ni aunque enfrente tuviese al mismísimo Azotamentes de *Stranger things.*

—Tenemos que hablar —me pide.

¿Hay alguien dirigiéndose a mí? No oigo nada. Debemos estar pillando interferencias, McQueen.

—¿Quieres parar? —gruñe hastiado.

—¡No! ¡No quiero! —estallo y puede que me pare y me gire, pero es solo para poder mirarlo a la cara y que él vea en la mía que todo lo que deseo ahora mismo, muy por encima de que la medicina descubra que es necesario comer chocolate cuatro veces al día, es *no-haberlo-conocido-NUNCA.*

Jamie lo entiende a la perfección porque puede que yo tenga la estúpida habilidad de poder saber que es él, pero él siempre ha podido leer en mí mucho mejor que yo.

—¿Se puede saber qué te pasa? —pregunta. Es obvio que está al límite de su paciencia—. Porque la estupidez de que estás así porque he olvidado hacer algo para la fiesta no se la cree nadie.

—Cree lo que te dé la gana —siseo dando un paso hacia él con los puños apretados con rabia junto a mis costados—. No es mi problema.

—¿Por qué siempre tienes que hacerlo todo tan difícil? —protesta.

—¿Y a ti qué te importa?

—Hannah...

—No vuelvas a llamarme así —le advierto parándome en cada sílaba.

No se merece que haya nada especial entre nosotros. Ni siquiera eso.

Voy a darme media vuelta y a alejarme, pero entonces me toma suavemente de la muñeca, con mimo, para que me quede frente a él y ese gesto cortocircuita todo mi

cuerpo.

—¿Qué te ha pasado? —inquiere y suena preocupado de verdad. Me mira de verdad. Y eso y cómo me ha cogido de la mano me dejan en un completo y total estado de *shock.* ¿Qué puedo decir? Si me está engañando, es el mejor mentiroso del mundo entero.

Niego con la cabeza. Es lo único que puedo hacer mientras trato de lidiar con esta rabia casi infinita, con las lágrimas quemándome los ojos y con la sensación de estar en casa, aunque no quiera.

—Cuéntamelo, por favor —susurra.

Su voz suena más ronca y yo me siento más metida de cabeza en todo esto. Es ridículo. Lo odio a muerte y eso es lo único que quiero sentir por él, y, sin embargo, aquí estamos, maldita sea.

—He hablado con Jennifer.

Él frunce el ceño sin levantar su mirada de la mía pidiéndome que continúe.

—Se ha disculpado por todo lo que pasó hace cuatro años y me ha contado que fuiste tú y no Luke quien lo ideó todo, que incluso tuviste que mentirle para convencerlo.

—Pero ¿qué cojones...? —murmura June alucinada.

Se me había olvidado que estaba aquí.

Yo me muerdo el labio inferior para contener una sonrisa irónica y triste. La entiendo. Es para fliparlo muchísimo.

Una parte de mí quiere bajar la cabeza, largarse de aquí y lamerse las heridas, pero no voy a hacerlo porque ya no soy una cría. La otra empieza a pensar que quizá Jennifer se lo haya inventado todo, que Jamie va a desmentirla. En cualquier caso, me quedo aquí, sin apartar la mirada porque para bien o para mal quiero una respuesta.

—¿Y tú qué crees? —me pregunta.

Me encojo de hombros. Las lágrimas empiezan a caer por mis mejillas.

—No lo sé —respondo desesperada—. No tengo ni idea de qué creer. Y estoy más enfadada que nunca y te odio más que nunca, pero, si es verdad y fuiste tú, al menos podría parar de pensar que soy la persona más estúpida de toda la tierra, porque desde aquella noche no he podido dejar de darle vueltas a que me gané lo que pasó por haber sido tan idiota de no ver lo que había. Dejé que mi estúpido corazón decidiese y acabó hecho pedazos —sentencio con rabia porque, ¡mierda!, ¡duele un montón!—. No volvería con Luke ni en un millón de años, pero no puedo evitar sentir que sigue siendo el amor de mi vida. Soy imbécil.

Ahora sí bajo la cabeza mientras me sorbo los mocos. Hay cosas que, por mucho que las odiemos, no podemos cambiar. Me he pasado cuatro años maldiciendo el

nombre de Luke Davis y teniendo claro que él es mi ÉL. ¿Posibilidades de que mi vida sentimental haya sido alucinante en este tiempo en Stanford? Menos infinito.

Tengo la sensación de que la mano de Jamie aprieta la mía y yo alzo la cabeza buscando su mirada.

—Es verdad —responde.

¿Qué?

Esas dos palabras se clavan en mi corazón y mi cerebro.

—No —murmuro negando también con la cabeza.

No puede ser.

—Jennifer te ha contado la verdad. Yo lo hice. Luke ni siquiera quería.

Me sigo negando a creerlo, pero ¿qué sentido tiene cuando todas las malditas piezas encajan? Me dejó claro que no éramos amigos. No me dirigió la palabra ni una sola vez en la casa del lago. Estaba allí, riéndose de mí con sus amigos cuando volví aquella noche mientras no dejaba de llover.

—¿Por qué? —pregunto con la voz llena de lágrimas.

Jamie traga saliva.

—Porque no quería tenerte cerca.

Otro golpe más. Justo en el centro del pecho.

¿Qué más pruebas necesitas para espabilar, Hannah?

Me doy cuenta de que aún tiene agarrada mi mano. Me suelto de un tirón y me seco las lágrimas con las manos y mucha rabia. Mis gestos parecen quemarlo. Aparta la mirada por un segundo y, cuando vuelve a posarla sobre la mía, sus ojos castaños han recuperado toda la determinación.

—Eres una persona horrible —le tiro a la cara.

Él aprieta los dientes y aguanta el tirón.

—Bueno, no es nada que hayas descubierto ahora, ¿no?

Está enfadado como yo y sigue interpretando de maravilla porque juraría que también está triste.

Doy un paso hacia atrás. Sin desconectar mis ojos de los suyos para que pueda ver cuánto lo odio.

Nunca voy a olvidar esto.

Echo a andar, paso por su lado y cojo a June de la mano, que lo observa cabreadísima, para que me siga al interior del hotel.

Nunca voy a dejar de odiarlo.

Jamie McQueen es el villano de mi historia.

Capítulo 12



—Todo ha quedado genial —dice Avery emocionada mordiéndose el labio inferior sin poder dejar de mirar a su alrededor—. Sabía que podía confiar en ti —añade refiriéndose a mí—, pero esto es demasiado.

—No he sido solo yo —respondo sin poder dejar de sonreír. Me hace superfeliz verla así—. Todos hemos ayudado.

No miento. Ni June ni los demás (incluida la persona a la que más odio sobre la faz de la tierra. Sí, a partir de ahora pienso dirigirme a él de esa manera) han parado un solo segundo. Incluso Joy Ann lo ha dado todo. (Sí, sigue sorprendiéndome incluso recordarlo.)

Y yo, después del *shock* posverdad contada por arpía animadora, me siento mejor porque lo he hablado con June y toda la tristeza y la rabia y el dolor se han unido al odio que ya sentía por el idiota odioso de Jamie (lo sé, muchos odios, pero todos supernecesarios) y me he convertido en uno de esos dibujitos animados japoneses a los que con una sobrecarga de energía les cambia el pelo de color y, aunque parecen más calmados, también son más poderosos. Yo soy igual. Solo que con ganas de que una horda de cocodrilos gigantes se coma a alguien. Todo muy zen.

El corazón lleno de tiritas, pero la cabeza alta, siempre.

—Muchas gracias a todos —dice sin tardar un solo segundo y sonreímos sin excepción—. ¡La fiesta va a ser increíble! —grita contentísima y las sonrisas se transforman en vítores y aplausos.

—Con toda esta euforia creo que es el momento perfecto para que os cuente cuál va a ser mi regalo —comenta Luke mirando a los novios.

—Los regalos se dan mañana, tarado —le recuerda Joy Ann con una sonrisa maliciosa que él le devuelve.

—Ya lo sé, sabionda —le contesta—, pero este mola tanto que no van a querer esperar para escucharlo.

Luke enarca las cejas tentándolos.

—Suéltalo —rompe el hielo Avery muerta de curiosidad.

Él la observa a ella y a todos haciéndose el interesante. June y yo nos miramos y mi

amiga pone los ojos en blanco melodramática. Le doy un par de segundos antes de que sea la propia June la que suelte un «tengo cosas mejores que hacer» y se largue sin echar la vista atrás.

—He conseguido la casa del lago —anuncia con una sonrisa enorme—. La tendremos durante cuatro semanas. Va a ser la hostia estar todos allí.

Los aplausos y los vítores vuelven. Joey incluso aúlla. Y el Óscar es para... Hannah Martínez Martín (cualquiera aguanta a mi madre si me dan un premio de talla mundial y olvido mi segundo apellido) por sonreír como si no quisiera salir corriendo. Se supone que la casa del lago no entraba en los planes y yo estaba la mar de contenta con ese detalle. El señor Seaver, el padre de Teagan y Joy Ann, la vendió cuando llevábamos un par de años en la universidad.

—Chicas —nos llama Avery aún más emocionada que antes, escabulléndose hasta nosotras cuando los populares empiezan a recordar anécdotas—. La casa del lago. Va a ser una pasada.

Yo sonrío otra vez, pero el corazón se me está revolucionando. Ni de coña voy a ir. No hay ni una mísera posibilidad de que vuelva a poner los pies allí. Una cosa es llevar la cabeza alta, y la llevo, y otra, ir al epicentro de mis desgracias sentimentales. Seguro que Taylor Swift no vuelve al bosque ese donde Jake Gyllenhaal le tiró las llaves del coche y ella le cantó que se joda el patriarcado. Hay que ser chicas listas.

—Me encantaría acompañarte, pero no puedo —se excusa June—. Tendré que estar yendo y viniendo de Atlanta. Mi departamento expone un tablón en el congreso de microingeniería de cohetes.

Se hace la luz.

—Yo tampoco podré —añado más veloz que un gato.

—¿Tú también tienes que trabajar?

Escondo un labio en otro y asiento.

—¿En Atlanta?

¿Por qué no? Asiento de nuevo... Ah, sí, ¡porque yo no pienso antes de hablar!

Avery me mira mal.

—¿Microingeniería de cohetes?

—Cómo pagar los cohetes —improviso sobre la marcha—. Los economistas siempre hacemos falta.

June se parte de risa a mi costa. No la culpo. Y Avery me observa dejándome superclaro que ha sido, con diferencia, la peor trola que han intentado colarle nunca.

—No voy a ir —sentencio siendo sincera... y adulta, que nunca está de más.

Mi amiga se acuerda de que nos queremos y sabe ser empática por encima de casas de lagos y tuerce los labios.

—Por favor, ven.

Abro la boca dispuesta a decir que lo siento un montón, de verdad lo siento, pero no puedo.

—Prometo no dejarte sola un solo segundo. Y si Luke o Jamie se acercan a menos de diez metros, le diré a Teagan que les dé una paliza.

—¿Eso vale si es ella la que se acerca? —plantea June burlona.

—No le des ideas —se queja Avery.

—Yo ya lo veo como un aliciente —comenta June—. Que el doctor Seaver les cosa la cara a estetoscopiazos.

No quiero reírme, pero es imposible y Avery se lo toma como que estoy a punto de ceder.

—Por favor, por favor, por favor.

—Esa casa no es para tanto —me tiro el farol.

—Mentira —me pilla.

Resoplo.

—Por favor —vuelve a la carga alargando todas las vocales y juntando las manos—. No será lo mismo sin ti.

Ahí está, jugando la carta de mejor amiga mezclada con chantaje emocional. Qué bien se le da a la tía.

—Está bien —claudico y ya noto el vértigo levantando mis Converse del suelo.

Avery da un saltito de pura felicidad y me abraza con fuerza mientras June nos observa a las dos con una sonrisa.

Cuando nos separamos, sin quererlo o, no sé, tal vez es mi propio subconsciente avisándome del desastre, mi mirada viaja hasta los populares y mis ojos se encuentran con unos azules primero y con otros castaños después.

Suelto todo el aire de mis pulmones.

Google Maps de las desgracias sentimentales pasadas, prepárame la ruta más corta, por favor.

Capítulo 13



—Este vestido es como un sueño —dice Avery girando sobre sí misma delante del espejo de cuerpo entero.

Estamos en la pequeña habitación de la planta baja de casa de mis padres, donde mi madre instaló su taller de costura.

Yo sonrío observándola. Desde el mismo segundo en el que María del Mar Martínez Martín se enteró de que Avery iba a casarse, decidió que sería la encargada de hacerle los dos vestidos, el de novia y el de la fiesta de compromiso, sin posibilidad de réplicas. No por nada es su «guiri» favorita.

Avery se pasea feliz mirando las fotos que mi madre tiene colgadas por las paredes mientras se agarra el bajo de su vestido negro y brillante como si fuese una princesa.

Triana contempla toda la escena desde su cama junto a la mesa donde está la máquina de coser.

—No me canso de ver estas fotos —comenta.

Son dos en las que sale mi madre en una actuación cuando tenía diecinueve años. Su sueño era convertirse en bailaora flamenca. Tenía muchísimo talento. Pero cuando mis padres decidieron mudarse a Estados Unidos todo eso quedó aparcado.

Mi madre sonríe orgullosa.

—Debía de ser una bailarina alucinante, señora Martínez.

—Martínez Martín, que contamos los dos —la corrige como siempre. Está revisando que el bajo de mi vestido esté perfecto mientras me tiene subida a su taburete de pruebas—, y se dice «bailaora».

Avery asiente asimilando toda la información y vuelve a perderse en las fotografías. La verdad es que a mí también me encantan. Se puede notar la pasión que siente por el flamenco.

Mi madre me deja libre por fin y corro a mirarme al espejo. Justo en ese instante suena el timbre.

Mi reacción también es sonreír, como la de Avery. Me siento guapa y me gusta porque, siendo sinceras, no pasa muy a menudo. El vestido rojo me llega hasta los pies

y tiene un escote muy discreto y sencillo por delante y la espalda descubierta por detrás. Me siento muy cómoda y eso también mola muchísimo.

—Hola, chicas —nos saluda June entrando en el taller. Otra que está hecha un bellezón—. Buenas noches, señora Martínez Martín.

Dos apellidos. Mi madre asiente satisfecha.

—Hola, chiquilla.

Nos damos un último retoque y mi madre, el último vistazo a los vestidos para asegurarse de que están perfectos, incluido el de June, aunque no lo haya hecho ella.

Diez minutos después estamos en el coche y otros diez más tarde caminando por el sendero de piedras hacia la entrada del Bluebelle. Diez segundos es lo que tarda Teagan en divisar a su chica y salir disparado hacia ella para darle un beso de película.

—Estás preciosa —le dice contra sus labios—. Aunque no sé de qué me sorprendo si siempre lo estás.

June y yo sonreímos. Por mucho que bromeemos sobre el futuro doctor Seaver, es imposible no darse cuenta de cuánto se quieren. Teagan adora a Avery y es completamente recíproco.

—Hola, Pequeña Hannah.

—Buenas noches, señor Thorne —saludo al padre de Avery, que me hace un gesto para que me acerque.

June me indica que nos vemos dentro y yo asiento.

—¿Cómo te va todo? —me pregunta el señor Thorne.

—Bien —sintetizo. Hoy solo he visto a tres Martínez Martín, así que he sintetizado poco.

—¿Qué tal la escuela de negocios? He oído que la de Harvard es un hueso duro de roer.

Alerta roja. Alerta roja. Tema sobre el que no queremos hablar a la vista. Retirada en cuatro segundos.

—Supongo que todas lo son.

—¿Y el trabajo? Tu padre me contó que la empresa donde estás de prácticas te ha ofrecido un puesto para cuando te gradúes. ¿Vas a quedarte en Boston?

Recalculando. Retirada en dos segundos.

—Aún no lo sé.

No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? —plantea burlón—. Ese tipo de decisiones son las que marcan tu futuro. Debes tener un plan, Pequeña Hannah, con todo perfectamente estudiado y decidido.

El estómago se me encoge de golpe y el corazón empieza a galoparme tan rápido como un sudor frío y desagradable me recorre el cuerpo. No sé qué voy a hacer con mi

vida. Esa es la verdad. No sé dónde quiero estar. Ni qué quiero hacer. Ni quién quiero ser. Y debería saberlo. Y no lo sé.

—Intento tenerlo todo lo más claro posible —contesto tratando de que me sirva para dejar la conversación y que no suene a mentira total. Además, intentarlo, lo intento, otra cosa muy diferente es que lo esté consiguiendo.

—Lo sé —replica convencidísimo—. Te conozco desde siempre y sé que eres una chica responsable y trabajadora.

Asiento. Lo soy. Eso está bien... Pero ¿qué pasa si aun así me equivoco?, ¿si elijo mal?

Voy a elegir mal.

El corazón va a escapárseme del pecho.

Sacudo discretamente la cabeza. No voy a elegir mal. Eso es una estupidez. Solo necesito algo más de tiempo... Aunque dentro de poco más de un mes debo tener una decisión tomada porque se acaba el plazo para formalizar la matrícula. No es mucho tiempo. Un mes y una semana. Maldita sea, un mes. Eso no es nada.

Tranquilízate. Por favor. No puedes tener un ataque de ansiedad ahora.

Trato de pensar en cualquier cosa... pero es que no sé qué voy a hacer con mi futuro y no voy a saberlo y escogeré el peor camino posible.

—Estoy seguro de que ya has tomado la mejor decisión.

Ese «ya» no suena como dos letras, lo hace como un cañonazo anunciando que TODO va a ir mal y que no voy a poder hacer NADA por arreglarlo.

Presión. No puedo pensar en otra palabra. Bueno, sí, en *error* y en *arrepentimiento* y en *decepción.* Voy a tomar la peor decisión. Voy a arrepentirme el resto de mi vida y voy a decepcionarlos a todos.

Respiro o finjo que lo hago porque el aire no me llega a los pulmones mientras intento que la sonrisa no me quede demasiado falsa.

—Todos confiamos en ti —sentencia sin una maldita duda, ni una pequeñita—. Vas a conseguirlo.

No. No voy a conseguirlo porque no sé lo que quiero y nunca lo voy a saber.

—Muchas gracias, señor Thorne. Si no le importa, tengo que entrar —me disculpo de manera automática sin entender muy bien cómo lo estoy haciendo.

Él asiente con una sonrisa y yo enfilo la entrada del Bluebelle.

La música y el bullicio de una treintena de personas llega desde el patio. Ese es el último lugar donde quiero estar ahora mismo. Me falta el aire. Tengo la boca seca. Oigo mis latidos martillearme los oídos.

—Joder, joder, joder —murmuro muy bajito y muy rápido.

Sin pensarlo dos veces tomo el pasillo a mi derecha. No sé a dónde me va a llevar, pero confío en que sea a algún sitio donde no haya nadie más. Me cuesta un minuto

caminando mucho más deprisa de lo que debería con estos tacones, pero llego a otro pasillo donde no hay un alma y apenas se distinguen los sonidos de la fiesta.

Me apoyo contra la pared. Las piernas empiezan a temblarme, todo mi cuerpo en realidad, y siento como si me ardiesen y no me fueran a sostener. La sensación se propaga como la pólvora y me estruja el estómago. Un millón de ideas cruzan mi cerebro demasiado rápido y todas son feas y me entristecen y me agobian y me asustan.

No sabes qué quieres y nunca lo vas a saber.

Nunca vas a ser feliz.

Me dejo caer hasta sentarme en el suelo. Rodeo mis rodillas con mis brazos. Estoy asustada. Estoy agobiada. Estoy triste.

No puedo respirar.

El corazón me rebota descontrolado contra el pecho.

—Sí que puedes respirar.

No sé qué me llega antes, si su voz en un reconfortante susurro o sus manos agarrando las mías para que deje de retorcerme los dedos.

Alzo la cabeza y me encuentro con esos ojos coloreados con un millón de otoños. Jamie está agachado frente a mí y yo no tengo ni idea de si es de verdad o un sueño porque hace diez segundos que me he desmayado y estoy tirada en el suelo de este pasillo a ninguna parte conocida.

—Solo tienes que intentarlo —me asegura—. Respirar cuatro segundos, aguantar el aire otros cuatro, soltarlo durante seis.

Habla despacio, con una suave sonrisa en los labios para que me sienta mejor, consolándome.

—¿Lo haces conmigo? —me pide.

Me pierdo en sus ojos alucinantemente bonitos. No tengo alternativa.

Inspira observándome, incitándome a que haga lo mismo. Yo obedezco sin entender por qué pero sin oponerme. Aguanta el aire y yo lo hago. Exhala y lo imito. No sé cuántas veces lo repetimos. La mente me funciona muy rápido. No soy capaz de apartar mi mirada de la suya.

—¿Estás mejor?

Sé lo que tendría que hacer: contestar que sí, levantarme y buscar un sitio mejor donde esconderme para vivir mi ataque de ansiedad en soledad, pero no me sale y, tan rápido que da miedo, los mismos pensamientos horribles vuelven a machacarme: nunca vas a saber lo que quieres, vas a equivocarte, vas a decepcionar a todo el mundo.

—No —murmuro.

Él asiente diciéndome sin palabras que no pasa nada, que tengo que sentirme como

necesite sentirme.

—Tenemos que distraer tu mente para que se centre en otra cosa que no sea en cómo te sientes ahora mismo y así consigas relajarte —dice convencido y sé que tiene razón porque es lo mismo que siempre me dice el psicólogo del campus cuando hablamos de técnicas para superar un ataque de ansiedad.

Jamie me mira esperando a que le dé alguna señal de que lo he entendido y yo me esfuerzo en asentir. Estoy muerta de miedo.

—¿Cuánto son dieciocho por ciento veintiséis?

Lo observo sin entender a qué se refiere. Va a ser cierto que me he desmayado, me he dado un golpe en la cabeza y ahora estoy en una realidad alternativa donde la gente se pide que se multiplique por dos en vez de saludarse.

—Las operaciones matemáticas te ayudarán a distraerte —me explica.

No estoy en condiciones de discutir, así que lo intento. Sin embargo, tan pronto como trato de poner mi mente a funcionar, la misma frase me atraviesa de pies a cabeza. No sabes qué quieres y no vas a saberlo nunca, FRACASADA.

Me falta el aire.

Me estoy agobiando. Mucho.

—No puedo... —gimoteo a la vez que cierro los ojos con fuerza y aprieto la cara contra mis rodillas.

—Ey —me interrumpe con la voz más dulce del mundo. Sus manos se separan de las mías y se me quedan frías, pero entonces siento sus dedos en mi cuello perderse bajo mi pelo mientras se inclina suavemente sobre mí y la calidez vuelve—. Sí que puedes —susurra—. Tú puedes con todo.

No entiendo cómo cuatro palabras hacen que de pronto tenga tan calentito el corazón.

—Abre los ojos, por favor, Hannah —me pide separándose de mi piel.

Sigo su voz como si fuera un canto de sirena y vuelvo a encontrarme con su mirada. Jamie sonríe diciéndome que está orgulloso de mí. Está siendo tierno y dulce y en mitad de lo rota que estoy ahora mismo me está haciendo sentir mejor solo con estar aquí.

—¿Dieciocho por ciento veintiséis? —repite en un susurro.

Me guarda un mechón de pelo tras la oreja y el reverso de sus dedos acarician despacio mi mejilla.

Mi mente elige concentrarse en ese movimiento y eso me da la lucidez necesaria para centrarme en lo de multiplicar.

—Eres lo peor. Has puesto el número más corto delante, así es más difícil —me lamento, pero también se me escapa una sonrisa un setenta por ciento nerviosa, con un treinta que no lo es, porque solo es sonrisa.

Él me devuelve el gesto.

—No pensarías que iba a ponértelo fácil.

Mi sonrisa se ensancha y pongo todas mis neuronas a trabajar.

—Dos mil... —Maldita sea. Es más complicado de lo que parece. Ignoro lo rápido que me late el corazón e imagino una pizarra en mi cabeza en la que hago la cuenta—. Dos mil doscientos... sesenta y ocho.

Su sonrisa se hace un poco más grande y me guiña un ojo. Yo trato de aprovechar esta victoria y normalizar mi respiración, pero no soy capaz.

—¿Mejor?

Niego con la cabeza y, antes de que pueda controlarlo, los ojos se me llenan de lágrimas. ¡Esto es ridículo! Debería poder enfrentarme a las cosas sin tener un jodido ataque de ansiedad. ¡Estoy muerta de miedo y ni siquiera soy capaz de comprender del todo por qué!

—Habrá que pasar a la tercera opción.

Lo miro confusa sin saber a qué se refiere y él... simplemente comienza a... cantar, bajito. Solo necesito una línea completa para saber que es *Best years,* de 5 Seconds of Summer, mi canción favorita.

Sonrío y el gesto va luchando por quedarse y va ganando, consiguiendo que el alivio llegue con él. Está cuidando de mí y, aunque no sé cómo encajarlo con nuestra historia, mi corazón toma su propia decisión y elije sentirse bien.

Jamie susurra las últimas palabras y la canción se apaga en sus labios.

—Es mi canción favorita —murmuro incapaz de pensar en otra cosa.

—He pensado que sería la que más te ayudaría.

Asiento.

—¿Y ha funcionado?

Repito el gesto. Estoy como hechizada.

—Sí.

Ya vuelvo a sentir el aire entrar y salir de mis pulmones. Estoy segura de que las piernas me sostendrían si me levantara. Y ya no estoy muerta de miedo al mil doscientos por cien.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —pregunto.

—Te he visto coger este pasillo a toda velocidad en cuanto has entrado en el hotel. No parecías estar pasándolo bien.

No quiero tener que asentir, pero no me queda otra. No hay ninguna manera en el mundo de sintetizar y hacerle creer que estaba de cine después de lo que ha visto.

Jamie me estudia unos segundos más. Vuelvo a tener la sensación de que puede leer en mí.

¡Alarma!

¡No puedo quedarme aquí!

¡No con él!

—Hannah...

—Gracias por ayudarme —lo interrumpo tratando de recogerme el vestido para poder ponerme en pie.

Esa sensación ha sido como un letrero luminoso de advertencia. De verdad que le agradezco que me haya ayudado, aunque no entienda por qué lo ha hecho, pero no puedo permitirme dejar que lea en mí, ni siquiera que esté cerca. Es un error. Mostrarme vulnerable delante de él ha sido un error. Es el camino más rápido para que me hagan daño otra vez.

—Hannah, puedes confiar en mí.

Una risa irónica se me escapa, aunque creo que también es un poco triste y no estoy muy segura de que no la haya dejado salir a propósito.

—No, no puedo.

Mi cerebro elige justo este momento para darse cuenta de que fue precisamente en este pasillo donde acabé cabreadísima y no llorando cuando Jennifer me contó que fue él y no Luke quien lo ideó todo.

Jamie da una bocanada de aire sin levantar sus ojos de mí. Me da igual que no esté de acuerdo porque la única que acabó con el corazón roto la última vez que confié en él fui yo.

No dice nada más y se pone en pie como si me hubiese dado por imposible. Mejor. No quiero nada de él. Ha hecho algo por mí y yo le he dado las gracias. Teniendo en cuenta nuestra historia, con eso estamos más que en paz.

Me tiende la mano para ayudarme a levantarme, pero yo paso y me incorporo con mi propio esfuerzo, aunque los malditos tacones me lo pongan difícil.

En cuanto lo consigo, me marcho sin mirar atrás.

Capítulo 14



Voy hacia el patio con el paso acelerado. Estoy nerviosa pero a nivel normal. Puede que un poquito más, rollo acabo de vivir un momento con quien ya no quiero tener ninguno, pero lo superaré.

Me obligo a sonreír para no levantar sospechas, paso de tener que sintetizar más, y mi gesto se vuelve auténtico cuando salgo y veo cómo ha quedado todo. Es cierto que ayer probamos las luces y la música, pero no tiene nada que ver con cómo está ahora, con la gente especial de Avery y Teagan charlando y riendo, las mesas perfectamente montadas y los camareros sirviendo *champagne.*

—Te encontré —dice June acercándose a mí.

—¿Dónde te habías metido? —interviene Avery caminando deprisa hasta nosotras.

Le brilla la mirada.

Eso me hace aún más feliz.

—Estaba buscando un baño.

Téééécnicamente, no estoy mintiendo, ni sintetizando. Si lo hubiese encontrado, me habría encerrado en él.

—¿Estás bien? —me pregunta Avery.

Asiento.

—Sin problemas —certifico.

Las dos se quedan tranquilas y yo suspiro mentalmente. En ese momento, Dios sabrá por qué, mi mirada vuela hacia la puerta y veo cómo Jamie sale al patio. Es ridículo lo bien que le sienta el traje negro y la camisa blanca con los primeros botones desabrochados. Aunque lo peor es esa forma de andar, de moverse, como si el mundo le perteneciese un poquito a cada paso. Estúpido, engreído... odioso.

¿Por qué se ha preocupado por mí? ¿Cómo ha sabido cuál es mi canción favorita? No consigo entenderlo... y sin duda alguna la segunda pregunta es la más importante... Mi vida es un desastre (actualmente hay un muñequito superconseguido de mí misma sentado en una mesa en el centro de mi mente dándose de cabezazos contra la madera).

Nuestros ojos se encuentran y empiezo a cansarme de que parezca que estemos

conectados cuando obviamente no es lo que ninguno de los dos quiere. No tengo ni idea de por qué me he girado para mirar justo cuando él entraba ni por qué él me está mirando a mí.

¡¿Y qué demonios hago observándolo todavía?!

Bien visto. Vuelvo a concentrarme en las chicas. Por lo que a mí respecta, Jamie McQueen no se ha evaporado y así pienso comportarme el resto de la noche.

Sin embargo...

Elementos que me lo ponen complicado: Avery insiste en que me siente en la mesa principal con Teagan, los padres de los dos y, sí, el padrino, la persona anteriormente conocida como Jamie McQueen y que ahora no existe. Abro la boca dispuesta a negarme, pero ella es más rápida alzando las manos para frenarme.

—Tú estarás sentada entre mi madre y tu persona favorita en el mundo, yo —comenta señalándose y no me queda otra que sonreír—. A mi lado estará Teagan y, a *su lado* —recalca las últimas dos palabras para indicarme la cantidad de gente descomunal, en realidad solo dos, mi amiga siempre ha sido muy exagerada, que habrá entre nosotros —, Jamie. No vais ni a veros. Será genial —añade entusiasmada.

¿Cómo era eso de buscar un seminario para aprender a decir que no?

—Está bien —cedo a regañadientes.

Pues eso, que tengo que encontrarlo urgentemente, apuntarme y sentarme en primera fila.

Por suerte los camareros sirven la cena en cuanto nos sentamos y la madre de Avery no para de charlar; esas cosas me mantienen ocupada. Me niego en rotundo a mirar a Jamie. Ese es el punto número uno de mi plan.

Un poco de alboroto roba la atención de mi amiga y la mía. Es la mesa de enfrente, donde están el resto de populares y June, ¡viva June!, y a donde Luke acaba de llegar... tarde y con una chica.

Vale. Por fuera finjo superbién, nivel Broadway, que no pasa nada, que me da igual que sea un clon de Sabrina Carpenter y que incluso parezca simpática. Por dentro, la cosa es un pelín más complicada porque no tengo ni idea de cómo me siento. Luke no me importa, o eso llevo repitiéndome cuatro años y ahora está delante de mí con una chica... Soy patética. Mucho. ¿Se puede odiar a una persona y querer que esté sola, pero no en plan que muera sola, con maldad, sino porque tú también estás sola y, aunque te has prohibido pensar en que quizá en un futuro podríais no estar solos juntos, ahora estás demasiado enfadada para sopesarlo, y lo odias pero él sigue siendo el amor de tu vida porque el amor es ciego y al parecer idiota y con nula capacidad de aprender, y ya no estás hablando del amor, estás hablando de ti misma, y sigue teniendo el mismo hoyuelo cuando sonríe y... no tienes ni pajolera idea de cómo sentirte?

—No es tan guapa —sentencia Avery en un susurro que solo yo puedo oír, sacándome de mi ensoñación— y Luke meterá la pata antes de los postres y ella lo abandonará, en plan dramático.

Sonrío. Por eso la quiero. Es puro amor de amiga al mil por mil.

Pincho un tomate diminuto asado con el tenedor y decido dejar de pensar en Luke. Es lo más inteligente y solo quiero disfrutar de mis amigas en esta noche tan bonita.

—¿No te resulta un poco raro ver a June en la misma mesa que Joy Ann y las animadoras? —me pregunta Avery con la mirada perdida en la mesa de enfrente. Acabamos de terminar con el segundo plato.

Yo también me fijo. Tiene razón. Es superraro. Sin embargo, tengo claro que June sabrá controlar la situación. Nada más hay que ver la media sonrisa que tiene en la cara. Si alguien puede manejar a ese grupito, es ella... Hablando de Joy Ann, tengo una pregunta que lleva rondándome desde ayer.

—¿Es cosa mía o Joy Ann ya no es una...? —Me cuesta encontrar las palabras adecuadas, más que nada porque Teagan y sus padres están sentados justo al lado.

—¿Una zorra total? —completa Avery por mí.

Echo un vistazo a nuestro alrededor superalarmada. Por suerte nadie nos está prestando atención.

—Sí —respondo.

Pasado el susto inicial por si ofendíamos a alguien, lo cierto es que yo no lo habría descrito mejor.

Avery asiente entendiéndome a la perfección, tanto mi pregunta como mi «sí».

—No sé qué ha pasado, pero es verdad que ahora es diferente. Es simpática y tiene... empatía —pronuncia con un tono que demuestra que incluso ella misma se sorprende de mencionar esa cualidad refiriéndose a la exjefa de animadoras del Paradise High—. Cuando Teagan y yo empezamos a salir, una de las cosas que más me preocupaban era tener que relacionarme con ella, hacerlo para siempre si nos convertíamos en familia. Al fin y al cabo, es su hermana. Pero ya te digo que ha cambiado y claramente a mejor. Quién sabe —añade con una sonrisilla—, tal vez le han hecho una lobotomía en secreto.

—O la ha visitado el fantasma de las Navidades futuras.

Las dos sonreímos. Eso le pega bastante. Una adaptación del cuento de Dickens con una animadora como fantasma del pasado y una mujer divorciada tres veces y dueña de un viñedo a lo mala de *Dinastía* como el del futuro.

—Lo que sea —conviene Avery—. Ahora que va a ser mi cuñada me viene de lujo que no sea una arpía total.

Estoy a punto de señalarla y decirle que tiene razón cuando un sonido roba toda mi atención. Me pilla completamente desprevenida y me deja completamente congelada.

No sé qué es lo que le ha dicho Teagan, pero Jamie ha roto a reír. El sonido flota por la mesa y me envuelve haciendo que pase de mi plan y lo mire.

Uau.

Había olvidado lo guay que es oírlo reír y cuánto lo había echado de menos... aunque puede que esté mintiendo un poquito porque puede también que no lo hubiese olvidado para nada.

Esa te ha pillado con la guardia baja, Hannah.

Cabeceo y aparto la mirada antes de que él me pille contemplándolo embobada y carraspeo como si estuviese tratando de recordar algo y no lo lograra cuando vuelvo a centrar mi atención en Avery. Por suerte ella está ocupada hablando con uno de los camareros que se ha acercado para preguntarle si quiere que ya sirvan los postres: encanto de chocolate, con caviar de frambuesas e hilos de caramelo de sal. Me apunto. No sé qué es y suena pijo de morirse, pero me centro en la palabra *chocolate.*



Más o menos una hora después la treintena de personas están repartidas por el patio charlando, disfrutando de la barra libre y, los más valientes, bailando.

—¿Sabes dónde está Jamie? —me pregunta Avery preocupada.

Yo estoy junto a la mesa llena de dulces que el Bluebelle, el mejor hotel del mundo, ha decidido poner para picar mientras disfrutamos de las copas. También tengo un gin-tonic con un montón de rodajitas de limón.

—Lo último que hago es pensar dónde estará Jamie —respondo sin levantar la vista de los dulces. Hay unas piruletas de gominola y otras de *brownie.* Las dos tienen una pinta brutal. Imposible decidirme. Qué feliz sería ahora mismo si tuviera un libro para completar esta maravillosa situación.

—Tengo que encontrarlo. Los discursos son en un rato. Quiero asegurarme de que tiene el suyo.

—Dile a Teagan o a Joey que lo busquen.

Mi amiga me mira mal.

—¿Los has visto? —inquiere señalando a su izquierda.

Llevo mi vista hacia allí y los veo bailando, creo que están bailando, y haciendo el cafre. June se está perdiendo un gran momento para hacer chistes de médicos.

—No puedo fiarme de esa pandilla de tarados —se queja Avery.

—Pues vas a casarte con uno.

Me mira aún peor y me echo a reír.

—Vale. Te ayudo —cedo. Parece realmente preocupada y también que va a darle un

ataque—. Yo me encargo de encontrarlo.

—Eres la mejor.

Le doy un último sorbito a mi copa y la dejo en la mesa. Tomo una decisión superdura y cojo una de las piruletas de gominola y la pongo al lado de mi vaso. *Brownie,* no te preocupes, prometo volver a por ti.

Barro el patio con la mirada, pero no hay rastro de Jamie. Obviamente no va a ponérmelo tan fácil. En el interior, echo un vistazo al inicio de los pasillos, no veo nada, aunque también podría estar al fondo o en el baño o haber subido a la habitación de Teagan a por cualquier estupidez. El padre de Teagan ha tenido el detallazo de reservar una para los novios, otra para el padrino y otra para la dama de honor. Mola. También podría estar fumando. Asiento. Gana esa opción.

Echo a andar hacia la salida, pero ni siquiera necesito llegar a la recepción para encontrarlo. Está apoyado en la pared y frente a él está Jennifer, cómo no. Podría contenerme para no poner los ojos en blanco, pero no me apetece. Los populares son muy endogámicos. Él dice algo y ella sonríe encantadísima, como si hubiese sido un comentario digno de un nobel. Jennifer, qué bajo tienes el listón de premios internacionales.

—Avery quiere estar segura de que tienes el discurso —digo plantándome junto a ellos.

Qué lástima. No sé dónde me he dejado la amabilidad.

Jamie me mira. Jennifer me mira mal.

—Lo siento, ¿interrumpo algo? —pregunto llevándome la mano al pecho, fingidamente inocente y sueno tan así que está clarísimo que soy toda ironía.

—¿Tú qué crees? —replica Jennifer antipática.

—Mi respuesta no te iba a gustar, te lo aseguro —le informo burlona, ganándome que me mire aún peor y, Dios, me duele tanto—. Discurso, ¿sí?, ¿no?, ¿necesitas que antes te explique qué significa esa palabra? —lo tanteo alzando los hombros suave y alternativamente.

Creo que Jamie contiene una sonrisa. Ni lo sé ni me importa.

—Está en la mesa —me contesta.

—Sí, ya, tus amigos están a una copa de subirse encima a bailar, así que molaría que fueras allí y lo recuperaras.

No digo nada más, giro sobre mis tacones y reemprendo mi camino al patio sintiendo sus pasos a mi espalda. Podría haber cogido yo misma el discurso, pero fastidiarlo a él... y a Jennifer tiene, no sé, más encanto.

No han pasado ni veinte minutos cuando otra vez se requieren mis servicios de dama de honor y de nuevo la tarea consiste en encontrar al padrino, que ha vuelto a desaparecer. Una sonrisa se dibuja en mi cara de oreja a oreja.

—Creo que tengo una ligera idea de dónde puede estar —digo con una mezcla de malicia y diversión.

Molestar a Jamie y Jennifer... si me pagaran por eso, sería mi trabajo soñado.

Regreso al interior del hotel y voy hasta donde los he encontrado antes. Ahí están y mi sonrisa se hace un poco mayor.

—Haces falta —suelto de nuevo sin un «hola» ni un «¿qué tal?» ni un «qué bien disimulas las ganas que tienes de llevártelo a la cama, Jennifer».

Ella resopla sonoramente y yo la miro aguantándome la sonrisa pero dejándole cristalino que por dentro me estoy muriendo de risa, claramente, a su costa.

—El futuro doctor Seaver está muy emocionado con la idea de casarse y ha bebido un poco de más —informo—. Necesita que el padrino lo suba a la habitación y lo ponga presentable.

—¿Cómo se supone que va a hacer él eso? —me increpa Jennifer.

—Mi voto: meterlo en la ducha vestido hasta que pueda recitar los cincuenta estados, pero dudo que alguna vez los hayan sabido alguno de los dos... o tú —añado señalándola. Ella resopla de nuevo, ahora furibunda, y yo me lo paso un poco mejor aunque lo sigo disimulando superbién—. No te preocupes. Seguro que a nuestro Jamie se le ocurre algo.

—Estás disfrutando, ¿verdad? —continúa molesta.

Niego con la cabeza fingiendo que actualmente no hay una persona más sincera que yo en este hemisferio.

—Soy la dama de honor. Es un trabajo muy duro, pero alguien tiene que hacerlo.

No hago esto por satisfacción personal. Es por mi amiga. Te quiero, amiga (ahora mismo mi sonrisa mental brilla y todo).

Otra vez me marcho importándome bastante poco lo que ninguno de los dos tenga que decir. Cuando solo me he alejado unos pasos vuelvo a sonreír, esta vez también por fuera. Ha sido muy divertido.

—Si quieres que siga pareciendo un trabajo muy duro, deberías dejar de sonreír. —La voz de Jamie justo a mi espalda, muy cerca de mi oído, me detiene en seco y hace que toda la piel se me erice como si hubiese pulsado un botón místico y maravilloso.

Ese botón está prohibido para ti, Jamie McQueen.

Me obligo a recuperarme superrápido y me giro a la vez que me cruzo de brazos con expresión de «no entiendo a qué te refieres y tampoco me interesa».

—No estaba sonriendo —le dejo claro explícitamente; implícitamente el mensaje es «jamás lo haría por nada que tenga que ver contigo»—. Mi mejor amiga se casa. Estoy feliz.

Él me mira y asiente con ese aire de suficiencia que hace que tenga ganas de estrangularlo.

—Mucho —comenta burlón.

—Muchísimo —contraataco sin dudar.

—Lo sé. Me he dado cuenta de eso cada vez que te he pescado mirándome en la cena.

¡Pero ¿qué demonios?!

—Yo no te he mirado en la cena —replico indignada.

—Por supuesto que no.

Otra vez ese tonito tan engreído e irritante. ¡No lo soporto!

—Escúchame bien —pronuncio amenazante dando un paso hacia él y señalándolo con el dedo—: tengo claro que no te he mirado ni una sola vez en la cena porque me he concentrado muchísimo en no hacerlo.

No me doy cuenta de lo que he dicho hasta que una media sonrisa arrogante y descarada va dibujándose en sus labios.

No.

Cazada.

¡Idiota!

¡Arréglalo ya!

—Por favor, que ese ego gigante no se vuelva todavía más grande —suelto todo lo borde que soy capaz de ser—. Solo lo he hecho para que no se me cortara la comida y me diera una indigestión. La cena estaba demasiado deliciosa para acabar vomitándola por tu culpa.

Jamie mantiene su mirada sobre la mía al tiempo que frunce los labios y un segundo después vuelve a sonreír, una de las irresistibles, pero yo estoy por encima de eso.

—Sé que parece imposible dado tu increíble talento para la actuación —contextualiza socarrón—, pero no te creo.

—¿Y eso debería importarme por...?

Jamie abre la boca, pero yo lo freno alzando la palma de la mano a la altura de su cara.

—No sé por qué me esfuerzo. Te conozco y sé que solo vas a decir otra estupidez.

—Y aun así aquí estás hablando conmigo —contesta burlón, engreído y arrogante.

Resultado de esa combinación: quiero estrangularlo otra vez.

—Si te hicieras una idea de lo poco que te soporto... —siseo entrecerrando los ojos sobre él.

—¿Qué harías? —plantea con esa sonrisa traviesa que odio a muerte—. ¿Venir corriendo celosa y dolida a tratar de estropearme lo que tú piensas que es un ligue?

Ufff. *Lo-o-di-o.*

—Si quieres echarle la culpa a alguien de que ya no puedas tontear, habla con tu amigo Teagan —le advierto demostrándole que esta estúpida conversación me importa

menos que nada.

—¿Quién dice que ya no pueda tontear?

¿Qué? ¡Se está refiriendo a mí! ¡Como si fuera otra de ese millón de chicas que se tira a sus pies! Pero ¿quién demonios se cree que es? Estrangularlo ya ni siquiera me vale, necesito algo más lento y doloroso.

—Te lo digo yo —respondo más indignada y más enfadada—. Pero no te preocupes, Jennifer solo tiene ojos para ti. También estoy feliz por eso. Sois tal para cual.

Le dedico la sonrisa más grande y falsa de mi repertorio.

La misma petulante media sonrisa se cuela en sus labios. Da un paso hacia mí y se inclina hasta que su boca casi roza el lóbulo de mi oreja de nuevo. Su olor me sacude y un remolino me recorre de pies a cabeza. Maldito remolino.

—Lo creeré cuando lo vea —susurra odioso; odioso y torturador.

Un segundo. Piernas. Reaccionad. Ya.

Dos segundos. Piernas...

Tres segundos. ¡Ahora!

Me aparto, lo fulmino con la mirada y echo a andar de vuelta al patio.

—Eres idiota —le dejo claro antes de marcharme.

Lo es. MUCHÍSIMO.

Capítulo 15



Los discursos han estado bien [de nuevo, insertar resoplido aquí. Puede que unos ojos en blanco también]. Vale. El discurso de Jamie les ha encantado a todos. Ha sido divertido, ingenioso; no ha contado anécdotas demasiado bochornosas y al final ha tenido su momento emotivo que ha hecho que a Avery se le escapara alguna lagrimita y una legión de suspiros al resto de invitadas. Todas comentando lo guapísimo que es y lo bien que le queda el traje. Tendría que haber insistido para que el padrino fuera en chándal, ya casi tenía convencido a Teagan.

El día que descubran cómo es de verdad...

El futuro doctor Seaver ha reaparecido justo a tiempo con la mirada despejada y perfectamente vestido; una ducha y dos cafés han sido los responsables. La verdad es que Jamie ha hecho un buen trabajo, aunque por supuesto no se lo he reconocido. Antes muerta.

—Ahora al novio le gustaría saber si la novia quiere bailar una canción con él —plantea el DJ.

Todos sonreímos y mi gesto se ensancha cuando veo cómo se le ilumina la mirada a Avery.

Teagan cruza el patio como si fuera un caballero andante con brillante armadura y le hace una pequeña reverencia a mi amiga antes de tenderle la mano. Ella acepta encantada y los dos se dirigen a la pista de baile improvisada en el centro del suelo color teja bajo la atenta mirada de todos los que estamos aquí.

La canción es preciosa y superromántica.

—Bien hecho, doctor Seaver —dice June a mi lado.

Yo enrosco mi brazo con el suyo y las dos seguimos contemplándolos. Puede que yo esté más unida a Avery que June, pero ella también la quiere muchísimo y verla tan feliz nos calienta el corazoncito a ambas.

Un suspiro se me escapa. Es una pasada ver a dos personas quererse de una manera tan bonita. Me pregunto si alguna vez yo tendré eso. Sin quererlo, mi mirada vuela hasta Luke, que está charlando y riéndose con Joey. Debería haber un interruptor mágico, algo que estuviera en mitad del Tíbet o en un sitio supermístico custodiado por

un montón de ninjas, pero que, si consiguieras accionar, provocara que te repartieran de nuevo las cartas que el universo eligió para ti. Una nueva ciudad, un nuevo nombre y, por supuesto, un nuevo amor de tu vida. Yo me enfrentaría a todos esos ninjas por llegar a ese interruptor.

La canción acaba y todos aplaudimos.

Poco a poco la música sube de volumen, las luces bajan y los padres de los novios y la mayoría de los familiares de cierta edad se marchan deseándonos que lo pasemos bien. Solo quedamos los amigos de Teagan y Avery y gente más o menos de nuestra edad. Ya casi ha dejado de ser una fiesta de compromiso para convertirse en una noche de disco.

—Qué traidores —murmuro con los ojos entrecerrados sobre la mesa de dulces. Han arrasado con todo.

Un minuto de silencio, por favor. Me he quedado sin piruletas de *brownie.*

—Bueno, bueno, bueno —toma el micrófono de nuevo el DJ—, ahora toca un pequeño descanso, pero ¿qué tal si después seguimos con las tradiciones y bailan el padrino y la dama de honor?

¿Qué?

Lo miro en fase de negación total. Debo de haber sufrido una alucinación auditiva. Unas amigas de Avery de la uni me observan con una sonrisa. Vale, queda descartado que haya oído mal... ¿En serio? ¡No quiero bailar con él!

Las chicas me mandan felicitaciones telepáticas porque me haya tocado con uno de los chicos guapos. Hummm... ¿Les digo que en realidad es un engreído sin sentimientos o dejo que sigan creyendo en la magia?

Qué dilema.

Al final me limito a sonreír y voy flechada a la barra. Tengo un problema más acuciante ahora mismo que liberar de la tiranía del atractivo a jóvenes indefensas; perdonadme, mujeres del mundo, pero es que tengo que encontrar una excusa decente e inapelable para no bailar con mi enemigo número uno.

—Me parece que va a tocarte bailar —comenta June con una sonrisilla cuando me sitúo a su lado en la barra, aunque yo creo que lo más apropiado sería decir que me agarro al mostrador como si fuera un trozo de madera flotando al lado del Titanic (¡Jaaack! ¡Ven, que yo te hago un hueco y empezaremos una nueva vida juntos en Nueva York).

—Te cedo el cargo —decido de pronto y, para que quede clara mi postura, finjo quitarme una corona imaginaria de la cabeza y la coloco sobre la suya—. Ahora es tu responsabilidad.

Ella niega. Se quita la corona y vuelve a ponérmela a mí.

—No puedo aceptarlo. No tengo madera de dama de honor.

—Te encantará —respondo veloz devolviéndosela.

—Es tu deber de mejor amiga —sentencia coronándome de nuevo.

Yo dejo caer la cabeza contra la barra.

—Si no quieres bailar con él, dilo.

—No puedo —respondo emergiendo de mi escondite— porque Avery utilizará la carta de la amistad y la de la novia y la de superaremos el pasado juntas. Creo que esta situación le ha dado demasiadas cartas... —murmuro resignada.

—Pues habla con él y dile que diga que no.

—Ni de coña —protesto— porque entonces él quedará como el inaccesible y yo como la pringada con la que no quieren bailar. Seré como Baby en *Dirty dancing,* solo que aquí a Johnny le importa tres pepinos que me arrinconen.

—Pues baila.

La miro mal y ella sonríe.

—No me estás ayudando, June Moskovitz. ¿Podría ponerme un chupito de tequila? —le pido al camarero cuando se detiene frente a mí.

—¿Ese es tu plan?

Me lo bebo de un trago y le pido otro levantando el dedo mientras toso. La garganta me está ardiendo... No estoy segura de que eso sea un buen síntoma.

—No voy a emborracharme —le informo, pero tengo que parar para volver a toser—. Solo voy a beber un poquito hasta que esto me parezca una buena idea.

—No sé si esa es una gran estrategia.

—Eres una de mis mejores amigas. Actualmente tienes tu propia corona sobre la cabeza porque eres *mi* —hago hincapié en el posesivo— dama de honor hipotética. Así que no puedes decirme esas cosas. Tienes que apoyarme.

Me bebo el segundo. La reproducción automática que el DJ ha dejado sonando avanza y salta *As it was,* de Harry Styles.

—¡Uoh! —grito alzando los dos brazos—. Me encanta esta canción. ¡Otro chupito, por favor!

El camarero me lo sirve superrápido. Sería un *damo* de honor increíble.

Ocho canciones y ocho chupitos de tequila después (uno por canción, hay que ser concienzudos), estoy preparada para enfrentarme a ese baile.

Estoy caminando hacia la pista improvisada en el centro del patio, cosa que me está resultando un pelín más complicada de lo que tenía previsto, cuando me fijo en la mesa del DJ. Bueno, no en eso exactamente. Jamie está con él. Están charlando. Es imposible que oiga de qué. Jamie le dice algo. El DJ le presta toda su atención y finalmente asiente con una sonrisa dispuesto a hacer lo que quiera que le esté pidiendo. Jamie le da las gracias, chocan las manos y se marcha.

Jamie echa un vistazo por el patio sin dejar de caminar y me pilla observándolo.

Frunzo el ceño suavemente. ¿Qué está tramando?

Él se detiene y me mantiene la mirada.

La canción baja de volumen hasta desaparecer.

—Bueno, bueno, bueno —vuelve a hablar el DJ—. ¿Estáis preparados?

Todos gritan un sonoro «sí».

Todos me caen un poquito mal.

—¿Estáis preparados?

—¡Sí! —chillan de nuevo.

—Pues tenéis que darlo ¡todo!

Una canción electrónica comienza a sonar a todo lo que dan los decibelios. ¿Qué pasa con el baile dama de honor-padrino? Parece haberlo olvidado.

Y entonces lo entiendo. Ha sido cosa de Jamie.

Rápidamente vuelvo a buscarlo con la mirada y él se encoge de hombros restándole toda la importancia a lo que acaba de hacer. Pero es que sí que la tiene. ¿Por qué lo ha hecho?

Jamie reemprende el camino hacia el interior del hotel. Yo no lo dudo y lo sigo. Quiero respuestas.

—¿Por qué lo has hecho? —pregunto a las bravas deteniéndome a unos pasos de él.

Ya estamos bajo techo y solos. Todos están en el patio.

Jamie se para y se gira despacio.

—No le des más vueltas —contesta desganado. Es obvio que le molesta tener que dedicarme aunque solo sea un segundo de su tiempo—. Tú no querías hacerlo y ya no tendrás que hacerlo.

Se vuelve de nuevo dispuesto a seguir caminando y largarse, pero yo tengo más preguntas.

—¿Y por qué me has ayudado? —planteo desconfiada.

Resopla hastiado y se gira por segunda vez mientras empieza a responder.

—Porque, por mucho que creas que soy una persona horrible, jamás dejaría que ninguna chica tuviera que hacer nada conmigo por obligación, ni siquiera bailar, Hannah.

Una bofetada sin manos en toda regla... y creo que me la merezco.

—No me llames Hannah —replico a la defensiva.

Puede que esta vez lo haya juzgado mal, pero es solo una gota en el mar y no hablo de un mar pequeñito y con playas paradisiacas rollo el Caribe. Es un océano enorme, truculento y lleno de acantilados.

—¿Algo más? —inquiere cansado de tener que soportarme más de lo estrictamente necesario.

No sufras, estúpido engreído, el sentimiento es más que mutuo.

—No voy a darte las gracias —le advierto.

—No te las he pedido.

Nos mantenemos la mirada un poco más. Estoy cabreada. No puede cambiar las reglas. No puede preocuparse por mí ni puede evitarme los malos tragos. Lo único que nos une es odio y fue él quien quiso que las cosas fueran así.

—Estás muy mal acostumbrado a hacer lo que te dé la gana con las chicas y que después ellas te lo perdonen todo y se comporten como tú quieras cuando tú quieras.

—¿Y qué coño sabes tú de cómo trato a las chicas?

Lo sé. No tengo pruebas, pero tampoco tengo dudas. Es consciente del aspecto que tiene, del efecto que provoca en las mujeres. Ya lo imagino haciendo que caigan rendidas a sus pies, obviamente, sin merecer a una sola, y dándoles billete cuando se cansa de ellas.

—Luke y tú sois iguales.

Una sonrisa de lo más arisca y malhumorada se cuela en sus labios al tiempo que asiente.

—Se me olvidaba lo claro que lo tienes todo —replica molesto.

—Por supuesto que sí. Lo peor es que encima tú vas de salvador de la humanidad. Siempre tan perfecto y responsable y trabajador.

Lo he visto en Stanford un millón de veces. Los profesores lo adoran por ser tan tenaz y constante casi con la misma facilidad que las chicas suspiran por él. Todos los padres en Paradise Falls lo miran y sonríen porque ayuda a su familia en el restaurante y creen que nunca se mete en líos y se le da de cine fingir que es amable, aunque yo sea la única que lo tiene bien calado y sabe que está fingiendo... Si descubriesen cómo es de verdad, cómo es conmigo...

—¿Ahora es cuando me dices que soy idiota y me odias o puedo largarme ya? —plantea hastiado.

—¿Te mueres por oírlo? —respondo con una sonrisa llena de rabia.

—No —contesta—, pero me da la sensación de que decírmelo es lo que da sentido a tu vida y no quiero verte sufrir.

Entrecierro los ojos. ¿De qué va?

—¿Qué es lo que te pasa? —gruño. ¡Dios! ¿Por qué siempre consigue ponerme del peor humor posible?

Él se encoge de hombros con esa pinta de engreído, listillo y arrogante.

Se acabó.

—¿Soy tu proyecto para parecer buena persona o algo parecido? No quiero que cuides de mí —le dejo claro—. No lo necesito y tampoco lo quiero porque me basto yo

sola y, si en algún momento me hiciera falta ayuda, tengo amigos de verdad, de esos que no solo fingen serlo, así que no vuelvas a dar por hecho que soy asunto tuyo.

Jamie traga saliva y, si no fuera la mayor locura barra estupidez de la historia, juraría que mis palabras le han dolido... pero solo es eso, una gloriosa y absurda estupidez de campeonato. Lo tengo cristalino.

—Búscate a otra con la que ir de caballero andante —sentencio justo antes de girar sobre mis tacones para regresar al patio.

—¿Y tan especial te crees que eres que no te has planteado ni por un solo momento que lo he hecho por mí?

Veintitrés palabras y me quedo clavada en el sitio. Da igual que sea lo último que quiero.

—Para que lo entiendas —pronuncia con retintín—: yo tampoco tenía ningún interés en bailar contigo.

Me vuelvo porque me niego a que piense que me ha afectado lo más mínimo nada de lo que me ha dicho. Deberían darme un Óscar porque Dios sabrá el motivo pero duele, un montón, y odio que lo haga.

Jamie da un paso hacia mí. Mi respiración se acelera por puro cabreo alucinante.

—Han sido los veinte pavos mejor invertidos de mi vida —sentencia.

—Te odio —sentencio yo.

Nunca había sido más sincera en toda mi vida.

—¿Por qué será que no me sorprende, Hannah?

—Pequeña Hannah —dice a la vez que yo imitando mi voz.

¡Dios!

—¡Eres idiota! —estallo.

—De nada —responde haciendo referencia a cuando ha insinuado que llamarlo así es el *leitmotiv* de mi vida.

Nos fulminamos con la mirada. Nos odiamos un poco más. Y el corazón me late con tanta fuerza que temo que vaya a partírseme en pedacitos.

Capítulo 16



—¡No me puedo creer que hayas pedido esta canción! —digo entre risas, a lo que Avery asiente con una sonrisa enorme y los ojos cerrados.

Best song ever, de One Direction.

—¡Es nuestro himno de adolescencia! —responde—. ¡No podía faltar!

Mi turno de mover la cabeza afirmativamente. Imposible no hacerlo. Tiene toda la razón.

Llega el estribillo y mis amigas y yo lo damos todo. Por supuesto, nos morimos de risa. Eso también es imposible no hacerlo.

—Necesito algo de beber —anuncia June cuando nuestro particular concierto termina y comienza otro tema, que supongo que ha elegido Teagan porque no me suena ni un poquito. Avery y yo nos sabemos el Spotify de la otra al dedillo—. Vuelvo enseguida.

—Voy contigo —se apunta Avery.

—Yo me quedo —digo moviéndome por inercia al ritmo de la música y tratando de recuperar el aliento.

Las dos desaparecen camino de la barra.

Achino la mirada apuntando al cielo, como si pudiera ver el título de la canción. Cuando el que canta pasa de chico a chica, me suena un poco más. Creo que la he escuchado alguna vez... Pero da igual porque después de un solo de guitarra se acaba, qué desconsiderados, y otra ocupa su lugar. ¡Esta sí que la conozco! Es *Maybe you're the problem,* de Ava Max.

—Pequeña Hannah.

Su voz. Mi corazón da un bote en el centro del pecho.

—¿Qué quieres, Luke? —pregunto y sueno fría. Tengo que serlo. No quiero (no debo querer) tenerlo cerca. Además, se me prometió que alguien le cosería la cara a estetoscopiazos si se me acercaba. Mierda, esa cláusula habla de la casa del lago. Tengo que buscarme una abogada sentimental. ¿Lana Condor ha interpretado a una abogada alguna vez?

—Nada —responde con su media sonrisa colgada en los labios—. Solo que

hablemos.

—¿De qué?

—No sé.

Su sonrisa se ensancha al tiempo que se rasca la nuca pensativo.

¿Por qué tiene que ser tan jodidamente guapo? Peor aún, ¿por qué tiene que estar igual que hace cuatro años? Como si fuese mi billete a una máquina del tiempo... «Vamos a dar una vuelta, Hannah. ¿Recuerdas lo feliz que eras cuando creías que podías enamorarte como una idiota y eso no significaba que te acabarían rompiendo el corazón?»

—Tengo que irme.

Por múltiples motivos. Mi preferido: ha venido con otra.

—No, espera. Vamos a bailar —replica cogiéndome de la muñeca y tirando de mí para adentrarnos un poco más en la improvisada pista de baile.

—Luke, no vamos a bailar.

Pero antes de que me dé cuenta lo tengo muy cerca, tanto que nuestros pechos se tocan cada vez que el mío se hincha porque cada vez respiro más rápido porque cada vez estoy más nerviosa porque él cada vez está más cerca...

—Luke...

Voy a negarme por segunda vez, con menos ímpetu que la primera, debo reconocer, pero él coloca sus manos en mis caderas. Me guardo un suspiro. Empieza a mecernos muy despacio. Creo que ni siquiera vamos al ritmo de la canción. Pero... yo... yo qué sé. Creo que acabo de montarme en la maldita máquina del tiempo.

—Llevo mirándote toda la noche —me dice en un susurro—. No he podido apartar los ojos de ti.

Quiero elegir que esto no me afecte, pero es que es demasiado complicado que no lo haga.

—Te he echado de menos.

Frunzo el ceño un poco superada por todo.

—Eso no es verdad —contesto.

Busco sus ojos porque busco respuestas. Él me mantiene la mirada con la misma sonrisa pegada a los labios. Me sonríe como me sonreía antes, con delicioso hoyuelo y todo, y yo estoy a punto de cerrar los ojos y dejarme llevar.

—Luke... —murmuro.

Agacho la cabeza. Debería tener claro qué decir, qué hacer, pero es que el corazón me late tan rápido que va a escapárseme del pecho.

—Vámonos de aquí. Tú y yo, solos.

Vuelvo a alzar la mirada. «Tú y yo» y sobre todo ese «solos». Fui testigo de ellos muchas veces en el instituto. Ni siquiera ha cambiado su manera de pedirle a las chicas

que se vayan a la cama con él.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Que nos acostemos esta noche?

Su sonrisa se ensancha, pero la magia se ha roto.

—Sería divertido —responde en absoluto arrepentido.

Supongo que debería darle las gracias. Me lo ha puesto muy fácil.

Niego con la cabeza suavemente.

—La chica con la que has venido te está buscando —le recuerdo.

Retrocedo un paso separándome de él. Luke hace sus manos más posesivas en mis caderas, pero yo doy otro atrás y finalmente el contacto se rompe.

Estúpido corazón, aprende la lección.

Capítulo 17



—La cabeza me está matando —gruño o murmuro, no estoy muy segura de a qué nivel mi voz es audible. Eso es porque quiero morirme. Resaca. Brutal.

—El tequila jamás tiene piedad con quienes lo retan —dice June dejándose caer en la cama a mi lado.

—¿Por qué ya estás duchada y vestida? —me quejo. Yo estoy tumbada bocabajo sobre el colchón, con una mano colgando y un pijama prestado con estampado de corazoncitos. No es que yo no tenga un pijama con un estampado bochornoso, pero este en concreto no es mío—. Qué infamia.

—Soy una persona productiva —responde sin ningún remordimiento—. Tengo cosas que hacer.

—Y yo —me lamento incorporándome.

Lo siguiente: un resoplido. En serio, tengo un dolor de cabeza sobrehumano.

—¿Qué tal terminamos la noche? —pregunto con voz ronca.

Me levanto y arrastro los pies hasta el minibar. Cojo una botellita de agua, espero que al padre de Teagan no le importe, y regreso a la cama.

—¿No te acuerdas? —indaga mi amiga con una sonrisilla.

Humm... esa sonrisilla no me ha gustado nada. Frunzo el ceño invitándola a continuar y ella me mira disfrutando de mi confusión.

—¡Chicas! —grita Avery entrando en la habitación sin llamar. Somos amigas desde hace demasiado tiempo—. ¿Qué hacéis? —inquiere tirándose en plancha en la cama.

—Al menos ella tiene la decencia de seguir en pijama —le digo a June señalando a Avery— y no de parecer la persona más responsable del mundo.

Vuelvo a la cama y me siento con la espalda apoyada en el cabecero.

—¿Esa no eras tú? —se burla de mí.

Resoplido interno. ¿Responsable? ¡Ja! Mi vida es un desastre absoluto.

Quizá, sería más fácil si lo contara en voz alta.

—Chicas... —las llamo con la botella en las manos, separando la espalda de la madera.

Las dos me prestan atención. Abro la boca dispuesta a explicarme, pero... yo... las

palabras... se niegan a salir. No puedo.

—¿Vais a decirme ya lo que pasó anoche? —cambio de tema sobre la marcha.

Genial (enciendan el botón de ironía, por favor). Son mis dos mejores amigas y no puedo contarles que no sé qué quiero hacer, dónde quiero estar, quién quiero ser. Odio esto.

—¿No recuerda lo que pasó? —le pregunta Avery a June emocionadísima en cuanto me oye.

Vale. Voy a aparcar mis problemas existenciales un momento. *¿Qué-ocurrió-anoche?*

June niega con la cabeza divertida y las dos intercambian una sonrisa cómplice.

—En serio, ¿qué pasó?

—¿Hasta dónde recuerdas? —toma la palabra Avery.

Trato de hacer memoria, pero la verdad es que todo está un poco borroso.

—Bebí chupitos de tequila, de eso me acuerdo —explico con la mirada perdida al frente para ayudarme a recopilar más detalles—, puede que cantara con bastante entusiasmo una canción de One Direction.

—O dos —complementa la información June.

Está bien. No es que esté orgullosa, pero puedo con eso. Mi amiga celebraba su fiesta de compromiso. Un poco de bochorno por alcohol está justificado. Yo no suelo emborracharme; beber de vez en cuando con amigas sí, pero soy más bien la que se encarga de que lleguen sanas y salvas a casa, así que no es ningún drama que esta vez sea yo la de la resaca.

—Ah —añado cayendo en la cuenta de algo—, y me peleé con el capullo de Jamie.

Eso ni les sorprenderá. Lo raro es que no pase más cuando estamos juntos.

—Con Jamie, qué interesante —comenta socarrona June.

Vale otra vez. Oficialmente estoy un pelín alarmada.

—¿Me decís ya qué es lo que ocurrió? —pido tratando de mantener toda la calma zen que puedo. Mi cabeza me lo agradece.

—Pues sí a los chupitos —se apiada de mí Avery y yo asiento—, a las canciones de One Direction, fueron sus grandes éxitos, completamente comprensible —argumenta para hacer que me sienta mejor y yo vuelvo a asentir—, y sí a la discusión con Jamie. —Muevo la cabeza afirmativamente por tercera vez—. La cosa es que, cuando te empezaste a encontrar mal en plan «necesito un poco de aire y eso», no consentiste que ninguna de nosotras te acompañara porque no querías que dejáramos de pasarlo bien por tu culpa, una estupidez total, pero te pusiste muy cabezota.

—Qué raro —se burla June.

—¿Eres la comentarista de la historia o qué? —la pico achinando los ojos sobre ella, pero me contesta con una sonrisita. Ya le vale.

—Te escabulliste en cuanto nos despistamos —sigue Avery—. Había pasado más o menos una hora, yo estaba con Teagan y Jamie cuando una de mis amigas de la uni vino a decirme que estabas en la puerta del hotel y no parecías encontrarte muy bien. Pensábamos que te habías ido a la habitación a dormir. Me fui a buscar a June, pero cuando salimos alguien ya estaba cuidando de ti... —deja en el aire misteriosa.

—¿Qué? ¿Quién?

—Jamie —responde Avery.

—Fascinante —añade June y yo la asesino con la mirada. Otra sonrisita como respuesta.

—Voy a cambiar de amigas —la amenazo—. ¿Cómo que Jamie estaba cuidando de mí? —me quejo sin entender nada.

—Te llevó agua, se sentó contigo y, cuando tú decidiste que no podías subir y necesitabas más aire fresco, pero que querías dormir y su regazo era el mejor sitio donde apoyar la cabeza, él no se quejó, se quitó su chaqueta, te tapó con ella y esperó paciente a que dejaras de decir tonterías y te durmieras. Después te subió en brazos hasta aquí y se marchó. Esta —por June— y yo te pusimos uno de mis pijamas y te volvimos a acostar en la cama.

Las observo como si acabaran de contarme una película. No puede ser cierto. Y tras unos segundos caigo en la cuenta y empiezo a reírme.

—Me la estáis intentando colar —les digo.

Es la única opción posible.

—Yo nunca dejaría que Jamie cuidase de mí. Él nunca querría hacerlo. Y mucho menos me dormiría, ni él me dejaría hacerlo —añado porque me parece importantísimo, nivel mandato presidencial, dejar claro que esto es MUTUO—, en su regazo.

—Lo vimos con nuestros propios ojos —estalla mi burbuja June—. Nosotras tampoco nos separamos de ti.

Así que hubo dos testigos del crimen... ¡Pero me da igual! ¡No puede ser!

—Tendría que haberme bebido todo el tequila de México para dejar que pasara algo así.

Las dos me mantienen la mirada diciéndome sin palabras que puedo opinar lo que quiera, pero que lo que pasó, pasó.

—Jamie McQueen cuidó de ti —sentencia Avery.

No sé qué es, pero hay algo en esas cinco palabras que me hace estallar. De pronto la discusión que tuvimos anoche porque sobornara al DJ aparece cristalina en mi mente. Le dejé clarísimo que no quería que fuera de caballero andante conmigo. ¡¿Qué narices le pasa?!

—Me las va a pagar —gruño destilando ira termonuclear.

Me levanto de un salto y voy flechada hasta la puerta. Incluso olvido la resaca... y que llevo un pijama que es punto y aparte en cuanto a diseño. ¡Pero es que no me importa! Quiero encontrarlo, quiero gritarle a la cara que se meta en sus cosas y quiero pegarle una patada ninja.

Estoy yendo directa a la habitación de Teagan y Avery, él tiene que saber dónde está su amiguito del alma, cuando el ascensor se abre a unos metros y Jamie sale de él con algo en la mano.

—Tú —lo llamo señalándolo con el índice—. *¿Quién-demonios-te-crees-que-eres?*

—Buenos días a ti también, Hannah —dice condescendiente y engreído e irritante. ¡Dios, lo odio!

—Te advertí que no quería que cuidases de mí. ¿Crees que soy idiota? —indago entrecerrando los ojos.

Él resopla.

—No resoples —le echo la bronca al límite de... de... ¡de todo!

—No. No creo que seas idiota —responde.

—Pues entonces deja de hacer esto, de fingir que te preocupas por mí. Sé que solo lo haces para que todos los demás puedan seguir creyendo que eres buena persona y, sobre todo, para que yo quede como la cría inocente e ingenua que das por hecho que soy, pero, entérate, no lo soy.

—Yo no pienso eso de ti.

—¿Y se puede saber qué piensas? No —añado veloz como un rayo al darme cuenta de lo que acabo de preguntar. ¡Casi caigo en su maldito juego!—. No me contestes porque no me interesa.

Jamie me mantiene la mirada.

—¿Has terminado? —pregunta armándose de paciencia pero también pareciendo hastiado... ¿Cómo se consigue eso?

—¿Qué? ¿Con qué?

—¿Que si has terminado de echarme la charla?

—¡No! —contesto antes de planteármelo, pero una vez que lo hago realmente ya no tengo nada más que decir—. Sí —gruño a regañadientes cruzándome de brazos.

Jamie sonríe, su sonrisa odiosa de malnacido arrogante, y yo lo fulmino con la mirada.

—Genial, entonces ya puedo darte esto.

Me tiende una caja, pero, por supuesto, yo no me fío, así que no voy a cogerla ni tocarla.

Él pone los ojos en blanco al entender lo que estoy pensando y la abre por mí. En cuanto las cuatro solapas blancas se separan, una deliciosa piruleta de *brownie* recién

hecha, exactamente igual que las que me quedé con unas ganas horribles de comer ayer, aparece en su interior.

Se me ilumina la mirada. No lo puedo negar.

—Pensé que te ayudaría con la resaca —dice.

Me muerdo el labio inferior tentada. Quiero comérmela, pero no quiero aceptar nada que venga de él.

—No la he envenenado, Hannah —me explica hosco.

—Pequeña Hannah —lo corrijo llevando mis ojos a los suyos— y ya lo sé —añado devolviendo la vista al dulce—. No es tu modus operandi.

—Entonces, cógela y no le des más vueltas.

La boca se me hace agua y mi estómago ruge. No me había dado cuenta del hambre que tenía hasta ahora.

¡Recondúcete, Hannah!

—No puedo —sentencio enérgica.

—¿Por qué no?

—Porque me las has traído tú.

Vuelve a resoplar y yo vuelvo a mirarlo mal.

—Por Dios, ¿quieres dejar de ser tan terca por una vez? Es solo un dulce.

—Es más que eso —replico realzando lo evidente.

—Yo lo he comprado y te estoy diciendo que es solo un dulce.

—No seas obtuso —me quejo—. No es por el dulce en sí. Es el detalle.

—Sé a lo que te refieres —contesta arisco— y te estoy diciendo que no le des más importancia.

¡Pero la tiene...! ¡Y, maldita sea, yo quiero esa piruleta!

Piensa, cerebro. Dame una solución que me permita comérmela. Es chocolate. Eso serán un montón de endorfinas para ti.

—Te lo pagaré —decido de pronto.

I'm a genius.

Me sentiré cómoda con eso y podré zamparme ese *brownie* superdelicioso sin sentir que he traicionado mis principios.

Jamie me observa de arriba abajo achinando la mirada. Mi cuerpo se despierta en una sola décima de segundo y... y no soy capaz de apartar mis ojos de los suyos.

No... no es nada (tartamudeo incluso de pensamiento). Una reacción por inercia. Espontánea e inconsciente. Nada por lo que preocuparme.

—Si tienes un solo billete en ese pijama, te juro que te traeré la pastelería entera a gastos pagados.

¡Mierda! ¡El pijama! ¡De corazoncitos!

—Vale —contesto obviando el bochorno. No me importa. Voy vestida para la

venganza, como la prota de Kill Bill con el mono amarillo, solo que yo luzco... otro estilo —. Me lo llevaré ahora y te lo pagaré después.

Jamie niega con la cabeza.

—Como quieras, Ha...

—Pequeña Hannah.

Él me tiende la caja. Lo conozco y está a punto de poner los ojos en blanco otra vez. ¿Por qué no puede entenderlo? No confío en él. Nos odiamos. No quiero que sea amable. No puede serlo porque eso es cambiar las reglas.

—No se trata de lo que yo quiera. Es lo justo. Una transacción impersonal.

—Vale —responde hastiado.

No. No vale. ¡No lo entiende!

—¿Por qué estás siendo tan amable? —pregunto poniéndome claramente a la defensiva de nuevo.

—¿Y tú por qué tienes que ser tan desconfiada? —replica molesto.

—¡Es culpa tuya!

—¡¿Por qué?!

—¡Por lo que hiciste!

Mi respuesta nos deja callados a los dos. De pronto estamos al borde del precipicio de los recuerdos dispuestos a saltar... pero NO. Los recuerdos de ese estúpido mes, de ese estúpido verano y de la estúpida casa del lago van a quedarse donde los encerré. Punto...

Solo que pasado mañana vas a esa casa del lago.

Genial. El universo siempre se guarda un as en la manga para reírse de mí.

¡Estoy muy cabreada!

—Pues ya no pienso pagarte el *brownie* —digo arrancándole la caja de las manos—. Te lo robo.

¡Ja!

Echo a andar hacia mi habitación, pero pasan dos cosas. Culpemos a la resaca o a lo bien que huele esta piruleta incluso con la caja cerrada, madre del amor hermoso. Las circunstancias son las que son. Él cuidó de mí cuando yo no podía cuidar de mí misma e independientemente de que yo hubiese preferido a cualquiera de mis amigas al frente de esa tarea o que él sea el capullo de Jamie McQueen, el caso es que lo hizo. Así que me toca hacer algo que odiaré el resto de mis días, pero que es lo justo.

Doy una bocanada de aire, me giro y lo miro a los ojos. Malditos ojos alucinantes.

—Gracias por lo que hiciste anoche por mí —digo.

Automáticamente los dos recordamos cuando ayer mismo le advertí que no pensaba dedicarle esa palabra.

Él sonríe, pero no es su gesto pretencioso, es su sonrisa bonita, la de verdad. Se

calla el «de nada» y se lo agradezco.

—Te sigo odiando —añado porque necesito hacerlo.

—Lo sé —responde sin dudar, lo que me recuerda que es un sentimiento completamente recíproco.

Por eso, cuando Jamie abre la boca dispuesto a hablar, me adelanto interrumpiéndolo.

—Sé que es mutuo —pronuncio—, puedes ahorrarte el decírmelo.

Justo hoy no quiero oírlo.

Suelto un suspiro. Mi corazón está calentito otra vez, pero elijo pensar que es por la futura ingesta de chocolate y que no tiene nada que ver con sonrisas de chicos guapísimos de ojos castaños. Mejor así.

Doy media vuelta y regreso a mi habitación de hotel.

Capítulo 18



—Odio mi vida —gimoteo tirándome en plancha sobre la cama.

No sé si mis amigas lo han oído o la almohada ha amortiguado mi voz.

No he soltado el *brownie.* No me fío de que no me sea sustraído y ya se sabe que quien roba a un ladrón...

—A ver —llama mi atención Avery sentándose a mi lado y dándome una palmada en el culo—, sé lo que pasó en el instituto, incluidas las últimas revelaciones —gracias, Jennifer—, las tres lo sabemos, pero, honestamente, ¿por qué odias tantísimo a Jamie?

Lo que faltaba. Ella también ha caído bajo los influjos de «parezco amable, honesto y trabajador». Estúpido engreído con un talento descomunal para la mentira.

—A mí me cae bien —comenta June.

¡Genial! Mis dos amigas han caído. Voy a tener que buscar a uno de esos tíos que desprograman a personas para sacarlas de sectas. Debe ser el mejor. Jamie es muy guapo y tiene los ojos increíblemente alucinantes. Será un trabajo complicado.

—Es reservado —añade.

—Es un gruñón —añado yo llamando a las cosas por su nombre al tiempo que me incorporo y me siento en la cama—. Y contigo no se comporta igual que conmigo.

Coloco la caja en la cama entre las tres y la abro. A ellas también se les ilumina la mirada. La piruleta de *brownie* tiene una pinta tan maravillosa que hasta se me olvida un poco que tengo que convencer a mis amigas de que el mal anda cerca.

Las tres cogemos un trozo y nos lo comemos.

—En eso tienes razón —acepta June tapándose la boca con la palma de la mano para que no haya posibilidades de verla masticar.

—Gracias —contesto cogiendo otro pedacito.

Puede que no esté todo perdido.

—Con todos los demás es bastante serio, a veces incluso puede llegar a ser frío —pues eso, un supergruñón—, pero contigo se preocupa y te cuida.

—Tal y como lo dices parece un maldito santo —protesto.

—Contéstame a una cosa: ¿has salido a la calle con ese pijama a buscar una

pastelería o alguien te ha traído este dulce tan delicioso?

—Está increíble —conviene Avery.

—¿Sabes que en realidad a nadie le caía bien la abuelilla de *Se ha escrito un crimen* y todos pensaban que era gafe porque atraía los asesinatos a los pequeños y encantadores pueblos de Norteamérica? —planteo achinando la mirada sobre ella.

June me sonríe como respuesta, una de esas sonrisas de amiga que en realidad significa que se está riendo en tu cara de tus desgracias, pero, por los años de amistad y porque os queréis, va a dejarlo en una sonrisilla.

—Además, se lo he robado —apunto victoriosa.

—Explícate —me pide.

—No, te quedarás con la duda, ja, ja, ja. —Me río como los malos de los dibujitos animados.

Comemos un poco más y, ooohhh, la piruleta se termina.

—El caso es que se os olvida que también es engreído e irritante. Superirritante —sentencio.

—Solo contigo —me recuerda Avery.

—¿Y tengo que sentirme afortunada? —replico—. Porque yo lo que tengo son ganas de estrangularlo.

—En serio, ¿por qué no tratáis de llevaros mejor? —plantea June.

—Jamás.

—A Luke parece que lo has perdonado.

—Yo no he perdonado a Luke —me quejo.

—Pero tampoco te llevas así con él.

Cierto. Hay cosas sobre las que es una estupidez mentir. Con Luke es diferente, pero también es verdad que es MUY complicado. Para empezar el odio entre Jamie y yo es cosa de dos, no soy solo yo.

Con Luke.

Él.

En la pista de baile solo necesité sentir sus manos en mi piel un segundo para que todo volviese a ser como antes. Dolió que viniera con otra chica. Dolió que solo pretendiera que nos acostáramos e, incluso con eso, dolió mandarlo al infierno porque es Luke.

Y a veces tengo la sensación de que Jamie dolió mucho más.

Con Jamie me sentía en casa y puede que Luke me destrozara el corazón, pero no lo sentí caer hecho pedazos hasta que Jennifer me dijo que Jamie estaba en la casa del lago riéndose de lo que había pasado mientras yo me quedaba plantada en el porche como una idiota total.

Cabeceo. Jamie y Luke. Luke y Jamie. Todo esto es ridículo. Por eso no me atrevo a

ponerlo en palabras y sintetizo a complicado y monosílabos.

—No quiero seguir hablando de esto —continúo enfurruñada bajándome de la cama y yendo a la ducha.

—Muy maduro —me pincha June.

—Déjame en paz —refunfuño de nuevo—. Voy a ducharme —digo volviendo a asomar la cabeza a la habitación principal—, para ser una persona productiva para la sociedad como tú —me burlo.

Y la muy infame me tira un cojín.



—Mírala qué bonita está detrás de la mesa —le comenta mi madre a mi padre observándome con una sonrisa de oreja a oreja. Falta muy poco para que me haga una foto con el móvil.

He venido al taller para ayudar a mi padre a ordenar facturas y a preparar su próxima presentación de impuestos. Así que aquí estoy, en su pequeña oficina, con la resaca bajo control gracias a los ibuprofenos y armada con una calculadora.

—La verdad es que te sienta muy bien —responde mi padre más comedido, dedicándome una sonrisa de «aguanta un poco más, tu madre se irá en cinco minutos. Hace estas cosas porque te quiere muchísimo».

Un nuevo coche llega al taller.

—Es que es lista —conviene mi madre asintiendo—. Esas cosas se notan. Y mi niña es lista de esas de coseno intelectual de muchos puntos.

—Se dice cociente —la corrijo amable.

—¿Ves? —vuelve a meter a mi padre en la conversación—. Sí que es muy lista porque esa palabra es difícil.

El cliente se baja y echa a andar hacia la oficina. Debe de venir a recoger la camioneta que mi padre ha dejado preparada esta mañana.

Sin embargo, cuando la puerta se abre me doy cuenta de que no podría estar más equivocada: es Jamie.

—Buenos días, señor Martínez —saluda a mi padre.

—Hola, chiquillo —responde él.

Tendremos cuarenta años y seguirá siendo el chiquillo de los McQueen. Bueno, podemos formar un club. La Pequeña Hannah y el Chiquillo de los McQueen. Sonrío.

¿Qué estás haciendo? Nada de clubs con el enemigo.

—Buenos días, señora Martínez Martín.

Dos apellidos. Qué pelota.

Mi madre sonríe encantada.

—¿Qué tal está tu madre? —pregunta ella.

Otro cliente aparece y llama a mi padre desde la entrada. Es el señor Ocean, uno de sus mejores amigos.

—Muy bien —contesta él.

Nuestros ojos se encuentran y mi cerebro elije justo este momento para recordarme que los suyos son superbonitos.

—¿Has desayunado? —le pregunta mi madre.

Aparto mi mirada y me concentro en las facturas.

—Sí —responde.

Noto sus ojos con todos los castaños del mundo aún sobre mí despertar mi piel, como si fuese capaz de dibujar el mar entre los dos y consiguiese que las olas me acariciasen despacio.

—Y un café, ¿quieres? —vuelve a la carga mi madre con una sonrisa—. Porque para un cafelito con leche siempre hay hueco.

¿Sabes cómo se distingue a una madre española de otra de cualquier nacionalidad? Porque la española siempre intentará alimentarte. Yo podría salvar a Jamie, pero es más divertido ver cómo el chico bueno se las apaña solo.

—No, gracias, señora Martínez Martín.

—Ay, ya sé —cae en la cuenta mi madre—. He hecho rosquillas. De las de verdad —se explica antes de que Jamie pueda decir nada—. Con su masa con aceite de oliva. No como las que tenéis aquí que tienen todos esos *tippins* por encima.

Jamie quiere ser educado como siempre y abre la boca dispuesto a contestar, pero no tiene ni la más remota idea de qué decir. Antes de que pueda verlo venir y bloquearlo eligiendo sentir otra cosa, su cara de confusión con el ceño levemente fruncido me despierta ternura y me parece de lo más adorable y acabo sonriendo, mirándolo y sonriendo.

—Se dice *toppins,* mamá —le recuerdo.

Ella asiente dándome la razón.

—Es que estos guiris usan unas palabras muy raras —argumenta girándose hacia mí—, sobre todo con cosas que no tendrían que estar. Es que eso ni son rosquillas ni son nada. Bueno —vuelve a prestarle toda su atención a Jamie—, ¿quieres una de las mías?

—Se lo agradezco, pero en realidad he venido a ver a Hannah.

Cuando pronuncia mi nombre vuelve a buscar mi mirada y, al darse cuenta de que yo sigo observándolo con cara de idiota, sonríe. Otra vez de las irresistibles. Qué bien se le dan y qué injusta es la vida. Salgo de mi ensoñación con la velocidad de un ninja

y me preparo para mandarlo al infierno. Lo que pasa es que mi madre se me adelanta... para hablar, no para mandarlo al infierno, lógicamente, aunque habría molado.

—Pues, entonces, yo me voy —nos explica—. Voy a ver a tu tía Manuela y después a tu tía Camino y ya después juntas pues vamos a ver al primo Félix, que esta tarde tiene una entrevista de trabajo y vamos a desearle suerte y a llevarle unos plátanos porque la fruta es muy importante, sobre todo los plátanos, que tienen mucho potasio.

Rodea la mesa y me planta un beso en la mejilla de los que hacen ruido y todo.

—Hala, adiós —se despide echando a andar y dándole una palmadita en el hombro a Jamie cuando pasa por su lado.

Observo la puerta hasta que María del Mar Martínez Martín cierra tras de sí. Jamie da un paso hacia el escritorio, pero yo me adelanto.

—Puedes irte porque no tengo nada que hablar contigo —le dejo claro y no lo miro; ya lo he mirado suficiente hoy y nunca es una buena idea.

Sin embargo, Jamie recorta un poco más de distancia con la mesa. No quiero, pero sus deportivas blancas entran en mi campo de visión como sus vaqueros rotos. No debería, lo sé, pero supongo que porque lo haga una vez no va a pasar nada. Soy fuerte y tengo cristalinos mis sentimientos. Esto no va a cambiarlos. Levanto la mirada un poco más y me topo con su camisa de cuadros, con las mangas subidas enseñando sus antebrazos y con las dos pulseras de cuero que siempre siempre siempre lleva en la muñeca; incluso ayer, debajo de la impecable camisa blanca, quedaron al descubierto cuando se las remangó como ahora.

—Hannah Martínez —me llama con una media sonrisa llena de alevosía—, me parece que todavía nos queda mucha historia que contar.

Pero ¿qué demonios?

Capítulo 19



—¿Perdón? —digo.

Eso es lo único que se me ocurre hacer... y poner cara de flipada también.

¿A qué se refiere?

—Sal —responde dirigiéndose hacia la puerta—. Tenemos que hablar.

Lo observo marcharse como he hecho antes con mi madre, solo que ahora completamente alucinada y confusa. ¿Qué es lo que quiere? No entiendo nada.

—No pienso ir —farfullo para mí cogiendo el primero montón de papeles que veo y cuadrándolos.

¿De qué va?

Trato de ponerme a sumar de nuevo... ¡Joder! ¡Es imposible! ¿Por qué ha dicho eso? Nosotros no tenemos una historia. Tenemos un pasado, que parece lo mismo, pero no lo es en absoluto. Una historia la protagoniza Emma Stone; un pasado, la morena de *Riverdale* que da un poco de miedo y te lo creerías si te contara que está en un programa de protección de testigos por presenciar un asesinato. Palabra clave: truculento.

Resoplo. La curiosidad comienza a picarme... mucho... MUCHÍSIMO.

—Venga ya —me quejo irritada a la vez que me levanto.

Aviso a mi padre de que salgo y pongo los pies en el albero que preside la entrada del taller. No tardo en ver a Jamie unos metros más adelante, con las gafas de sol y el flequillo oscuro y rebelde cayéndole sobre la frente hasta acariciarle las Ray-Ban Wayfarer.

—¿De qué vas? —pongo en voz alta deteniéndome frente a él—. No eres tan guapo como te crees —miento... un poquito... Está justificadísimo—, así que no puedes hacerte el interesante de esa manera —sentencio torciendo los labios.

—Estás aquí, ¿no? Creo que ha funcionado —susurra inclinándose sobre mí y arrugando la nariz en un gesto muy sexy— y ya sospechaba que creías que era guapo.

Señor, dame paciencia.

—Solo he venido para decirte que por mí puedes irte al infierno. —Con la última palabra me encojo de hombros de una forma que parece inocente pero no lo es en

absoluto.

Giro sobre mis zapatos y echo a andar de vuelta al taller. Ahora mismo solo puedo pensar en las palabras «asquerosamente guapo», pero no pasa nada porque eso también lo tengo controlado.

—Tengo que hablar contigo —anuncia sin moverse.

—No me interesa —contesto sin volverme ni dejar de caminar.

—Es importante, Hannah.

—Es Pequeña Hannah para ti —otra vez ni me giro ni me detengo— y buena suerte con eso.

—Te oí hablar con June junto a la máquina de *vending.*

Mierda.

Me freno en seco y me doy la vuelta despacio, repasando a la velocidad del rayo la conversación que mantuve con mi amiga cuando ataqué la máquina de Coca-Cola y acabamos comiendo chocolatinas. ¿Hablé de él? Juraría que no.

—¿Qué quieres? —pregunto fingiendo que voy directa al grano porque no me importa que me oyese, aunque en realidad todavía estoy decidiendo cómo sentirme al respecto y, sobre todo, tratando de averiguar cómo pretende chantajearme.

—Tengo que proponerte algo.

¡Alarma! ¡Es una trampa! ¡No confíes!

Ni siquiera estoy segura de cuál de esas advertencias suena primero en mi cerebro.

—Pues guárdatelo para ti —respondo justo antes de echar a andar sin molestarme en escuchar lo que él tenga que decir.

—Hannah —me llama soltando un suspiro—, ¿siempre tienes que ponérmelo tan difícil?

—Claro que sí —afirmo sin dudar.

Tengo que protegerme. Ya me destrozó el corazón una vez y no sé si lo recuerda o si se arrepiente. Me importa menos que nada. Pero me niego a que tenga cualquier información sobre cómo nos sentimos mi órgano vital y yo al respecto. Y cuando digo «vital» ni siquiera estoy hablando de bombear sangre y esas cosas. El corazón es el responsable de que sonriamos. Lo necesito.

Tuerzo el gesto contrariada. Me siento vulnerable. Y lo odio.

—Hannah, por el amor de Dios —gruñe y de reojo puedo ver cómo se levanta las gafas de sol hasta dejárselas en el pelo.

—¿Qué? —respondo casi gritando, girándome al tiempo que me cruzo de brazos.

En cuanto lo hago, a pesar de la distancia, nuestras miradas se encuentran. No sé si pasa en un solo segundo o en muchísimos más, pero esa conexión que quiero desactivar por todos los medios parece rearmarse, hacerse más fuerte y brillar.

Jamie da una bocanada de aire y alza las manos suavemente como si fuera su

bandera blanca.

—Solo dos minutos —me pide.

—¿Qué quieres? —pregunto y mi voz suena un poco menos beligerante.

—Ayer, en la fiesta de compromiso, sé que no era tu intención, pero me ayudaste con Jennifer. Está empeñada en que retomemos algo que yo no quiero retomar. Al final nos interrumpiste tantas veces que conseguiste que me dejara tranquilo.

—No lo hice por ti —le dejo claro—. De hecho, fue todo lo contrario. Creí que os estaba fastidiando.

—Lo imagino.

Una sonrisa se cuela en sus labios y yo tengo que contenerme para no devolvérsela.

Hora de acabar esta conversación, Hannah.

—Sigo sin entender qué quieres de mí.

—Mañana nos vamos a la casa del lago y estaremos allí cuatro semanas. Necesito que hagas lo mismo.

Frunzo el ceño.

—¿Me estás pidiendo que os interrumpa a ti y a Jennifer cuando os vea solos y esas cosas?

—Básicamente, sí. Puedes usar todo tu encanto personal.

Otra vez intento frenar mi sonrisa, pero esta vez es imposible.

—Fastidiar a Jennifer es casi tan divertido como fastidiarte a ti —reflexiono en voz alta sin arrepentirme ni un poquito—, pero, si lo hago, te estaré ayudando. —Miro al infinito fingiéndome superpensativa.

Jamie me observa condescendiente esperando a que termine mi espectáculo, pero yo me lo estoy pasando demasiado bien y continúo interpretando que estoy metida de lleno en el mayor dilema de mi vida.

—Es una decisión muy dura —suelto al fin—. ¿Qué sacaré yo a cambio?

—Te ayudaré a vengarte de Luke.

Joder. Eso sí que no me lo esperaba.

—Ya te he dicho que te oí hablando con June. ¿Todavía quieres hacerlo?

Abro la boca dispuesta a contestar, pero vuelvo a cerrarla antes de pronunciar una palabra.

Yo qué sé.

Se suponía que era una especie de fantasía provocada por la ira, querer que se sintiese como me sentí yo, que le doliese igual para que entendiese de una vez que no podía ir por ahí engañando a chicas, pero nunca fue una posibilidad real. Solo una hipótesis... inocente.

Algo cruza los ojos de Jamie. ¿Ternura? ¿Compasión? No sé qué es exactamente, pero sí que tiene que ver conmigo porque sigue pensando que yo soy precisamente

eso, inocente y también ingenua. Todo el estúpido grupito de populares lo piensa.

Pues ya va siendo hora de demostrarles lo equivocados que están. Tendrían que empezar a tener cuidado conmigo.

—Sí, claro que quiero hacerlo —sentencio sin dudar ni un poquito.

Jamie me observa durante unos segundos y otra vez tengo la sensación de que puede leer en mí.

—Pero no veo cómo puedes ayudarme —añado un poco borde.

Soy una tía dura, McQueen.

—Sé lo que le gusta a Luke, lo que tienes que hacer para llamar su atención.

Tiene sentido. Son amigos. Lo son desde siempre. Si alguien lo conoce, es él.

—¿Nos convertimos en aliados?

Es como el diablo tentándome para que hagamos un pacto. Resoplido mental. Este momento tiene pinta de ser uno de esos que en las películas cambia la vida de la prota en función de la decisión que tome.

—Tú y yo nos odiamos y, si hacemos esto juntos —digo y esa última palabra suena rara refiriéndose a nosotros dos—, tendremos que pasar tiempo... pues eso, juntos.

Jamie resopla hastiado.

—Creo que podremos soportarlo, Hannah.

—Pequeña Hannah —lo corrijo por enésima vez—, y yo no estoy tan segura de eso. Debemos poner unas normas —decido.

Seamos prácticos.

—¿Como cuáles?

Tuerzo los labios al tiempo que me tomo un momento para reflexionar.

—Humm... nada de ser un gruñón.

—Nada de ser una terca exasperante —replica él.

—Yo no soy una terca exasperante —protesto.

—Por supuesto que no, Hannah...

—Pequeña Hannah —suelta a mi vez imitando mi voz para demostrarme que me conoce muy bien.

Yo lo fulmino con la mirada y a él se le escapa una sonrisa... Vaya, ha sido muy bonita y muy... real. Eso no me lo esperaba.

¡No pierdas el hilo, Hannah! ¡Estamos en mitad de una guerra!

—Eso no demuestra nada —asevero sin una mísera duda.

Su sonrisa se ensancha y puede que yo sienta un pinchazo en el estómago. Es francamente increíble.

—Tómatelo como una especie de tregua —señala—. Cuatro semanas y volveremos a odiarnos.

Odiarnos suena bien. Seguro. Conocido.

Además, yo también estaré atrapada en esa casa y me vendrá bien tener un aliado (aunque sea él). June solo irá de vez en cuando por culpa del congreso en Atlanta y Avery estará superocupada estando superenamorada. Sin darme cuenta sonrío como una idiota. Me pone de buen humor imaginarla tan feliz.

—Solo durará estas cuatro semanas —le advierto índice en alto—. Supongo que eso es otra norma.

Jamie asiente y me tiende la mano. Yo la miro desconfiada. Pensamiento relámpago: ¿Y si todo esto no es más que otra broma pesada, una manera de acercarse para después jugármela y que toda la pandilla pueda reírse otra vez de mí? Un nudo, no sé si de rabia, miedo o simplemente tristeza, se instala en mi garganta poniéndome complicado eso de respirar.

Pues no lo dejes.

La solución es bien sencilla: no olvides que no puedes confiar en él.

Puedo con esto. Puedo con Jamie McQueen. Y puedo con todos ellos.

Estiro mi mano y estrecho la suya.

Hecho. Alma vendida. Si este es un momento trascendental de peli y esa peli es mi vida, por favor, que no sea una de esas extrañas de la HBO. Necesito un final feliz.

Capítulo 20



Estoy nerviosa. Mucho. Sé que no es la primera vez que me siento así, pero esta supera a todas las anteriores. Analicemos la situación: voy a ir a la casa del lago y la última vez que estuve allí fue un maldito desastre. ¿Da *cringe?* MUCHÍSIMO. Pues sumémosle que voy a estar prácticamente con las mismas personas y que, en concreto, el que viene a recogerme es mi enemigo público número uno. Si estuviéramos en el salvaje Oeste, habría mandado hacer carteles con su nombre ofreciendo todo mi dinero como recompensa para que alguien lo metiese en un carguero rumbo a la Antártida sin ropa de invierno. ¿Puede mejorar? ¡Por supuesto! Nunca lo duden. Porque he aceptado ser su aliada para conseguir vengarme. De Luke.

Reconozco que no es la mejor premisa de la historia.

[Insertar resoplido y gimoteos.]

No va a salir bien. Es que se ve venir de lejos. ¡Aborta misión, Hannah! (Todos deberíamos tener un equipo en Houston alertándonos de nuestras presentes y futuras cagadas. «Hannah.... aquí el centro espacial... no te cortes el pelo y no te lo tiñas de morado... Vas a parecer un polo de frambuesa.» El 2016 habría sido infinitamente más fácil.)

Veo el Jeep Renegade blanco de Jamie detenerse delante del jardín de casa. El estómago se me encoge y mi respiración se acelera. La puerta del piloto se abre y doy un paso atrás para separarme de la ventana y que no pueda verme cuando salga. Lo que es bastante ridículo. Ha venido a recogerme.

Camina hasta mi puerta con unos vaqueros negros, una camiseta blanca y unas deportivas del mismo color, el pelo revuelto y las gafas de sol. ¿Por qué que no le preocupe su aspecto hace que sea un millón de veces más atractivo? Nunca entenderé esa estúpida regla universal.

El timbre suena y cinco segundos después Clara grita «¡Es Jamie McQueen!» desde el piso de abajo. Mi hermana nunca ha sido el colmo de la delicadeza. Más bien es de las que te mira mal hasta que te conoce y, bueno, después te sigue mirando mal a no ser que te considere su amigo. Lo positivo es que, si pasas a esa categoría, automáticamente te conviertes en un miembro más de su familia y haría cualquier cosa

por ti. Yo nunca le conté lo que pasó con los populares. Al principio me sentía avergonzada y después, no sé, no quería que Clara se presentara en casa de Luke y le diera una paliza, aunque claramente se lo mereciese.

Estoy terminando de bajar las escaleras cuando mis ojos se encuentran con los de Jamie. Está a unos pasos de la puerta principal abierta. Cuando creía que éramos amigos estaba un poco enganchada a esos ojos castaños, a la sonrisa que despertaban en mis labios.

Él me recorre de arriba abajo con la mirada. El corazón comienza a latirme más deprisa y mi piel se enciende bajo mis vaqueros cortos y mi nadadora. Solo son... nervios. Sigo estando nerviosa.

—Conduce con cuidado —le advierte mi hermana a Jamie sacándome de mi ensoñación.

—Claro —contesta, pero tarda un segundo de más en apartar su mirada de la mía. Lo sé porque a mí me pasa exactamente lo mismo.

Cabeceo deshaciéndome de esa suave sensación de que ha sonado una canción pero solo la hemos oído nosotros. Tengo un plan y unas normas y él sigue siendo Jamie McQueen. Ni puedo ni quiero confiar en él. No pienso olvidarlo.

—Estaré bien —le aseguro a Clara y creo que yo misma también necesito escuchármelo decir en voz alta—. Dile a mamá que la llamaré esta noche.

Me parapeto tras mi muralla, paso junto al chico de los ojos más bonitos del mundo y salgo a la calle. Sopla una brisa de lo más agradable. Los veranos suelen ser calurosos en Paradise, por lo que siempre se agradece. Yo ahora la agradezco un poco más.

Noto la puerta cerrarse a mi espalda y los pasos de Jamie en mi dirección. Me reactivo y echo a andar hacia su coche. Soy consciente de que todavía ni siquiera he dicho «hola», pero eso también es mejor así.

Jamie coge la pequeña maletita roja que arrastro y la mete en el maletero del Jeep. Yo me guardo el «gracias» que tengo en la punta de la lengua y me acomodo en el asiento del copiloto.

Por suerte, la casa de Luke, donde hemos quedado todos, está relativamente cerca y el incómodo viaje en silencio dura poco.

Sin embargo, cuando Jamie detiene el coche, alzo la cabeza y los veo reunidos en torno al Audi de Joy Ann, tengo que reconocer que todo se vuelve un poco más difícil.

Jamie me observa y la sensación de que puede leer en mí vuelve como un huracán. No quiero, así que tiro de la manilla de la puerta y me bajo de un salto.

El problema es que con el primer paso mis pies se quedan pegados a la acera. Debe de ser mi último mecanismo de defensa.

—Puedes con esto —murmuro bajito y en español.

Eres Wonder Woman, ¿te acuerdas?

Jamie echa a andar y yo me obligo a hacer lo mismo. Sé que June debe estar hoy en Atlanta, pero ¿dónde demonios está Avery? Ahora mismo me vendría genial tenerla aquí y pegarme a ella como una lapa.

—Puedes con esto —me repito aún más bajito y de nuevo en español.

Joy Ann, Zoe y Jennifer han hecho grupito y están hablando, la última fulminándome con la mirada por el clásico atemporal «No pintas nada aquí». Teagan está riéndose de la estupidez que haya decidido soltar Joey y con ellos está Luke, guapísimo como si no hubiese un mañana.

Los nervios me estrujan el estómago hasta casi doler y noto ese hormigueo en las piernas. La boca se me seca y el corazón empieza a latirme demasiado rápido. Por favor. En serio. No. No puedo tener un ataque de ansiedad delante de ellos.

Discretamente, me obligo a dar una bocanada de aire.

Joey pasa a mi lado gritando el nombre de Jamie y corriendo hacia él entusiasmado porque ya esté aquí. Le pasa el brazo por los hombros para llevárselo con los chicos sin ni siquiera darse cuenta de que yo estoy a unos pasos. Supongo que vuelvo a ser transparente. Queridos diecisiete, bienvenidos...

Pero.

Entonces.

Pasa lo último que podría imaginar. Jamie se estira sin separarse de Joey, entrelaza sus dedos con los míos y tira de mí llevándome con él.

Mi mirada pasa veloz de donde nuestras manos se unen a sus ojos. Él sonríe y casi sin darme cuenta yo también lo hago mientras poco a poco se me calienta el corazón.

Puede que al final alguien sí me vea.

—Hola, Pequeña Hannah —me saluda Teagan cuando llegamos hasta los chicos.

—¡Hannah! —grita emocionada Avery saliendo de la casa de su futura familia política y corriendo hacia mí como una exhalación. Mola tener una amiga que cada vez que te ve te achucha como si llevaseis un año en países diferentes—. ¡Qué guay que ya hayáis llegado!

—Sí, qué bien que ya estemos todos —comenta Jennifer mirando a Jamie.

—Va a ser como en los viejos tiempos —añade el doctor Seaver mordiéndose el labio inferior—. La casa del lago es la casa del lago, tíos.

Todas esas palabras alimentan mi ansiedad. ¿Qué coño hago aquí? No quiero ir a esa estúpida casa. Es que no quiero ir. El corazón se me dispara y un montón de pensamientos incoherentes de esos que duelen pero en los que no puedes dejar de caer van resonando en mi cabeza, complicándome la vida y haciendo que cada vez me sea un poquito más difícil eso de respirar: «Allí solo vas a pasarlo mal», «Van a jugártela para reírse de ti», «Te van a volver a romper el corazón», «Y ya sabes cuánto dolió la primera vez».

—¿Cuál era esa canción?

Oigo la pregunta pero la siento superlejana, como si solo me llegase el eco.

—Hannah.

Su voz. Es como un ancla. Vuelvo al aquí y ahora. Jamie no aparta su mirada de la mía hasta que lo veo de verdad.

—Te decía si recuerdas cuál es esa canción que habla de que la chica creía que el amor era en blanco y negro, pero el coro le grita que es dorado.

¿A qué viene esa pregunta? Estoy completamente perdida. ¿Llevan un rato hablando de eso y yo ni siquiera me he enterado? Pero Jamie, que sigue con sus ojos sobre los míos, enarca las cejas suavemente con el inicio de una sonrisa en los labios y comprendo lo que está haciendo: está intentando que me distraiga para que baje mi ansiedad, como con las multiplicaciones en el pasillo del Bluebelle.

Respiro hondo y me obligo a concentrarme. Es lo que dice siempre el psicólogo. El cerebro no es capaz de hacer dos tareas no automatizadas a la vez. Traducción: no puedes recordar la letra de una canción y cantarla en tu mente hasta que encuentres una frase concreta y pensar en la ansiedad al mismo tiempo. Y es que eso es lo que tiene la cabrona de la ansiedad: si dejas de pensar en ella o en lo que te la provoca, se va.

Me esfuerzo en hacer memoria. Repaso la discografía de Ariana Grande. Me suena que la canción es de ella, pero no. Pruebo con Selena Gómez y con Dua Lipa. Sé que no es de One Direction ni de 5 Seconds of Summer. ¿Harry Styles? ¿Camila Cabello? Empiezo a cantar mentalmente. Sonrío. Parezco una lista de Spotify con patas.

—No tengo ni idea —confieso al fin. Estoy mucho más tranquila. Incluso se me escapa una sonrisa. Ahora que caigo, antes también he sonreído.

El alivio se esparce por todo mi cuerpo relajándome al instante.

—Cuando menos lo esperemos, la estaremos tarareando —nos confirma Avery—. A mí me pasa cada vez que quiero recordar una canción y no puedo. Después me llevo cantándola dos semanas seguidas.

—Doy fe —confirma Teagan resignado.

—Y yo —añado imitándolo.

Avery protesta y todos rompemos a reír.

Cuando nuestras carcajadas se calman, miro discretamente a Jamie, él hace lo mismo y, antes de pararme a pensar si es una buena idea o no, le sonrío, algo pequeñito. Él me devuelve la sonrisa juraría que orgulloso. No estoy sufriendo una enajenación mental transitoria. Es solo que me ha ayudado y yo no soy ninguna desagradecida.

—Si ya estamos todos, podemos repartirnos en los coches —propone Joey—. Tenemos el de Joy Ann y el de Luke. Los demás se quedan aquí aparcados. Yo me voy

con Joy Ann —añade rápidamente—. Luke conduce como una abuela volviendo del súper.

Todos rompemos a reír después del comentario y Luke empieza a protestar diciendo que es una estupidez y que es él quien lo veta respecto a su coche de por vida.

—Me quedo con la parejita feliz —dice Luke señalando a Teagan y a Avery—. Dan mejor conversación que tú —pica a Joey— y seguro que no me piden que ponga a Dua Lipa.

—Dua Lipa es una puta pasada —responde Joey sin una pizca de arrepentimiento. Lo entiendo. Dua Lipa es lo más.

—Vale, pues yo me llevo a las chicas —propone Joy Ann.

Jennifer y Zoe asienten y es obvio que la primera está esperando a que Jamie diga que se va con ellas.

—Supongo que tú también te vienes... —deja Luke en el aire mirándome a mí con su sonrisa de medio lado preparada, dando por hecho que me marcharé con él porque Avery lo hace.

—¿Y tú, Jamie? —le pregunta Joey en el mismo segundo.

—Yo voy en el mío —contesta con una seguridad absoluta— y me llevo a Hannah. Tenemos cosas que hacer.

¿Qué?

Capítulo 21



Jamie me mira, recordándome sin palabras que todo esto es por el plan, pero al mismo tiempo preguntándome también si me parece bien. Yo asiento, aunque tengo que reconocer que me cuesta. Supongo que, si somos aliados, tengo que dejarme llevar... un poco... controladamente.

Aun así, la primera regla sigue en pie: no confiar en Jamie. Jamás.

En cuanto muevo la cabeza afirmativamente, Joey da una palmada y empieza a azuzarnos a todos para que nos montemos en los coches.

—En cuarenta minutos volveremos a estar juntas y no pienso separarme de ti —me deja claro Avery.

Yo la fulmino con la mirada divertida.

—No lo sé —contesto socarrona—. Voy a plantearme si te perdono o no por largarte con tu futuro maridito a las primeras de cambio.

Avery curva los labios hacia abajo y se lleva la mano al pecho.

—Nunca tendría que haberme acostado con él —me explica melodramática—. Si no lo hubiese hecho, tal vez todavía tendrías una oportunidad de que te eligiese a ti.

—El sexo estropeó nuestra relación —le sigo el juego haciendo un puchero.

Intentamos mantener la solemnidad, pero tardamos algo así como dos segundos en romper a reír. Creo que llamamos un poquito más la atención de lo que esperábamos porque, cuando nuestras carcajadas se relajan, siento la mirada de Luke sobre mí.

Intento que eso no me afecte y me concentro en mi amiga.

—Nos vemos en un ratito —me despido de Avery guiñándole un ojo—. No me eches demasiado de menos.

—Lo intentaré —responde con una sonrisa.

Voy hasta el Jeep de Jamie sin pararme a mirar a Luke y tratando de dejar a un lado todas las emociones que siento al notar que sigue pendiente de mí. Si quiero tener alguna posibilidad de salir de esta con el corazón intacto, es imprescindible que mantenga la cabeza fría con él.

Además, estoy supersegura de que Jennifer me echa algún tipo de maldición cuando me ve montada en el asiento del copiloto de Jamie. Debería preocuparme porque

seguro que ha aprendido a hacer vudú para mantenerse joven y delgada incluso a los setenta, pero decido ignorarla también. Estoy superorgullosa de mí. Soy supermadura... Y pienso incordiarla un montón durante estas semanas.

Cuando el propio Jamie ocupa su asiento y arranca, en vez de incorporarnos a la carretera empieza a toquetear los botones de la pantalla táctil en el centro del salpicadero. Yo lo miro confusa, pero justo tres segundos después *Locked out,* de Crowded House, comienza a sonar. Automáticamente frunzo el ceño, pero no tardo un segundo completo en recordar y levantar los labios en una sonrisa pequeñita.

—¿Qué? —me pregunta.

Yo escondo rápidamente mi gesto, no se puede confraternizar con el enemigo, y me encojo suavemente de hombros.

—Nada —respondo quitándole toda la importancia con la vista en la ventanilla—. Solo que eres la única persona que conozco a quien le gusta el pop de los noventa.

Le encanta. Es su música favorita.

Jamie me mira unos segundos y finalmente asiente, pero no dice nada. Agarra el volante y empezamos a movernos.

—¿Mejor?

Asiento.

—Mejor —sintetizo... un poco.

Es verdad que estoy más tranquila, pero no todo lo que me gustaría.

Me obligo a sonreír otra vez porque eso suele funcionar cuando uno está mintiendo, digo, sintetizando.

—Debes de estar muy nerviosa —comenta de pronto sin levantar su vista de la calzada.

Lo miro confusa. No porque se haya equivocado, sino porque ha acertado de pleno. Al ver mi reacción, sonríe y continúa.

—No me has dicho que soy idiota ni que me odias en cinco minutos enteros, diez si contamos el camino de tu casa a la de Luke.

—Porque al contrario de lo que te crees, recordarte que eres lo peor no es mi mayor motivación en la vida —suelto haciendo una clara alusión a nuestra conversación en el Bluebelle. Su sonrisa se ensancha—. Norma número tres: no puedes sonreír.

—Ya. No sé si estoy de acuerdo con esa norma —me pica.

—Pues es tarde para echarse atrás, Jamie McQueen.

—Lo mismo digo, Hannah Martínez.

Los dos sonreímos y, sin pretenderlo, me relajo un poquito más.

La voz de los Crowded House sigue llenando el coche.

—Es verdad que estoy nerviosa —me sincero bajito, mirando por la ventanilla. No me apetece hacer confesiones y que esos ojos castaños puedan leer en los míos.

Todavía se le da demasiado bien— y puede que un poco asustada también.

Jamie me observa de reojo solo un segundo y, cuando vuelve su vista a la carretera, deja escapar todo el aire de sus pulmones con una sola bocanada. Parece enfadado, pero por primera vez en mucho tiempo no creo que sea conmigo.

—Nos das demasiado poder —responde.

No necesita añadir que se refiere a sus amigos, a las antiguas animadoras y también a él, a los populares. Ni siquiera tiene que hablar de esa estúpida casa del lago para que lo entienda a la perfección.

—Supongo que eso es más fácil decirlo que hacerlo.

No soy ninguna estúpida. Sé que tiene razón. Yo misma le he dado vueltas un millón de veces a lo largo de estos años. Solo eran una pandilla de chicos populares riéndose de quien no era como ellos. Solo eran gilipolleces de adolescentes. Solo te rompió el corazón... Pero tampoco hace falta ser un lince para darse cuenta de que GRAN parte del problema fue culpa mía y eso es mucho más difícil de dejar atrás. Solo fui demasiado inocente. Solo confié sin pararme a preguntar si podía porque el chico de todas mis fantasías me estaba prestando atención. Solo fui una tarada de manual.

Jamie también parece perdido en sus pensamientos como yo. Ninguno de los dos dice nada más.

Nos pasamos así un par de minutos hasta que de repente su actitud cambia, como si hubiese entendido algo a la perfección.

—Necesitas un café y retrasar un poco todo ese rollo del reencuentro —anuncia sin una sola duda. Para terminar de convencerme, me lanza una sonrisa de las irresistibles y tengo que reconocer que funciona un poco, sobre todo porque congelar en el tiempo la idea de volver a la casa del lago me parece lo más maravilloso del mundo.

Sin embargo...

—No creo que sea una buena idea.

Por mucho que ahora tengamos una misión común, no podemos hacer esa clase de cosas. Si tensamos mucho la cuerda, acabaremos matándonos.

—Es una idea genial —sentencia descarado.

Yo niego con la cabeza y sin quererlo se me escapa una sonrisa. La posibilidad de no ir, temporalmente, a la casa del lago me ha puesto de muy buen humor.

—Piénsalo —me tienta susurrando las palabras—: un café, hoy el tiempo es genial, podríamos tomarlo en una terraza, disfrutar del aire libre.

Me muerdo el interior de las mejillas. Suena muy bien. Y tal vez sea la última oportunidad que tenga de recargar las pilas antes de caer de cabeza en el infierno.

—Puede que sumarle una tarta de chocolate alucinante —añade el muy maldito con esa voz de anuncio de colonia.

—Humm... —simulo sopesarlo—. ¿Puedo fingir que tú no estás allí?

—Puedo dejarte en el coche con las ventanillas bajadas mientras me esperas.

Le doy un manotazo en el hombro y él se queja como si le hubiese hecho daño.

—Está bien —accedo—, pero voy por el café y la tarta, no por ti.

—No es la primera vez que me dicen eso.

Y lo comenta tan serio, casi resignado, que no me queda otra que romper a reír.

Al verme, Jamie sonríe encantado por mi reacción. Una chispa traviesa brilla en sus ojos castaños y, otra vez sin dudar, Jamie coge el primer desvío que nos da la oportunidad.

Ya estamos en nuestro nuevo camino cuando la canción que escuchábamos termina y *Ironic,* de Alanis Morissette, comienza a sonar.

Pasamos el siguiente minuto en silencio y entonces, tomándome completamente por sorpresa y aprovechando el estribillo de la canción, Alanis Morissette cantando todas las cosas que le parecen irónicas a todo volumen, él grita también cantando con ella. Tiene pinta de ser superliberador, rollo catártico. Lo observo como si acabase de perder un tornillo, pero al mismo tiempo no puedo evitar sonreír. Su actitud es contagiosa.

Vuelve a mirarme y entiendo lo que quiere, que me suelte y también cante a pleno pulmón, pero no puedo. Niego con la cabeza, divertida.

—Vamos —me anima con una sonrisa, tarareando.

Vuelvo a negar. Jamie hace un puchero de lo más mono y yo no puedo evitar volver a sonreír.

—Está bien —me preparo mentalmente.

No me puedo creer que vaya a hacer esto. En este coche. Delante de él... Pero llega el estribillo ¡y lo hago! ¡Y, joder, sienta genial!

—Otra vez —me pide.

—No puedo —respondo con una sonrisa.

¡Estoy roja hasta las orejas! ¿En qué estaría pensando para hacer algo así?

Jamie no me da oportunidad de hacer precisamente eso, pensar, y vuelve a gritar al ritmo de la canción para animarme a que lo imite de nuevo.

Mi sonrisa se ensancha. Él me mira. Me muerdo el labio inferior tentada.

—Es ahora o nunca, Hannah Martínez.

Y no lo dudo. ¡Y grito! Y rompo a reír de verdad soltando ¡por fin! toda la tensión que llevaba dentro.

—Ha sido aún mejor que la primera —confieso risueña al tiempo que mis carcajadas se calman.

—Es el poder de cantar hasta quedarse afónico —certifica Jamie con una sonrisa pegada a los labios.

Asiento. Tiene toda la razón.

—¿Mejor? — pregunta con una nueva canción sonando ya y con el aire que cabe

dentro de un Jeep Renegade cargado de buen rollo.

—Mejor —respondo y, a diferencia de la vez anterior, no sintetizo ni un poquito.

Me guiña un ojo como cierre de conversación, contento de que esa sea mi respuesta y, sospecho, porque ahora sea de verdad. A diferencia de lo que me pasa con todos los demás, no he conseguido engañarlo con mi arte magistral de sintetizar... Interesante.

La canción se corta cuando su móvil comienza a sonar a través del equipo del coche. Es Teagan.

—¿Qué hacéis? —pregunta el novio de mi amiga en cuanto Jamie descuelga.

De golpe, vuelvo a estar nerviosa, mucho. ¿Qué va a decirle? ¿Que me ha visto mal y ha decidido que me vendría bien no regresar a la casa de torturas sentimentales de Hannah Martínez y gritar como dos locos? ¿Va a hablarle del plan? Aunque, siendo justos, todas esas ideas han sido suyas. Mierda. Tendría que estar con June en Atlanta. Habría muerto de aburrimiento tratando de leer uno de esos paneles de microingeniería de cohetes, pero al menos me habría ahorrado el bochorno.

—Nada —responde Jamie con toda la tranquilidad del mundo. Está preparando el terreno para reírse de mí. Cierro los ojos esperando el impacto—. Mi padre me ha pedido que haga un recado por él en Lakeside. No nos llevará mucho.

Lo miro sorprendida, más que eso, alucinada. ¿Por qué empiezo a tener la sensación de que, cuando volví a Paradise Falls, sin quererlo entré en una dimensión alternativa? Teagan está coladísimo por Avery, Joy Ann no es una bruja total, Jamie y yo podemos ser... ¿amigos?

Capítulo 22



—Vale, colega. Nos vemos —se despide Teagan.

—Nos vemos.

Jamie corta la llamada y me observa. Yo sigo flipándolo pensando en viajes intergalácticos y no soy capaz de decir nada.

—¿Tu cuerpo sigue aquí pero tu mente se ha marchado? —pregunta burlón fingiéndose superconfuso—. Si sabes hacerlo, me vendría mejor que bien que me explicaras cómo.

«No has sido completamente idiota.» Milagrosamente me callo la respuesta.

—¿Alguna *reunión* que no está a la altura de tu increíble intelecto? —me burlo volviendo a la conversación.

—Nunca se sabe —contesta con una sonrisa.

Se la devuelvo.

Son demasiadas sonrisas devueltas, Hannah Martínez. No puedes confiar en él. Cierto.

—Creo que necesito ese café más de lo que sospechaba —admito.

Jamie no dice nada, solo asiente y acelera.



—¿De verdad vamos a tomarnos algo en Lakeside? —pregunto cautelosa mirando a mi alrededor.

Hemos dejado su Jeep en el aparcamiento descubierto del centro comercial y ahora estamos caminando hacia una cafetería con pinta bastante chula y con lo que más me gusta: una terracita.

—Pensaba que eran nuestros enemigos mortales —termino de susurrar mi argumento acerca de por qué me parece extraño que haya elegido este pueblo y no cualquiera de los que rodean el lago.

El Roosevelt Preparatory, el instituto de Lakeside, y el Paradise High, el nuestro, son rivales declarados desde ni se sabe y los partidos de fútbol que los enfrentan son buena prueba de ello, además de las trastadas que precisamente los chicos del equipo de fútbol de uno y otro centro se hacen.

—¿Has dicho «nuestros», Hannah?

Yo le dedico un mohín mientras nos acomodamos en la terraza y él sonríe.

—No me has corregido —comenta orgulloso.

—He perdido toda esperanza —respondo fingidamente resignada mientras pillo la carta.

¡Oh! Tienen una sola para tartas. Sonrío de oreja a oreja y él me guiña un ojo sabiendo por qué lo hago.

—¿Alguna vez te han dicho que eres el tío más chulo que ha pisado este estado? —planteo como si fuera lo más obvio que se le puede preguntar a Jamie McQueen.

Él sonríe travieso.

—Alguna —contesta en absoluto arrepentido y no me queda otra que devolverle la sonrisa. Es un descarado.

El sol le da de cara, pero sus gafas de sol cumplen su misión. Jamie se revuelve el pelo mirando un poco a todos lados y puede que me quede un poco embobada con el gesto. Siempre me ha encantado su pelo, aunque más de una vez y de dos lo haya oído quejarse de que siempre hace lo que le da la gana.

Pone las palmas de las manos sobre la cuidada mesa de madera y se inclina hacia delante. Una chispa risueña como su sonrisa brilla en su mirada antes de susurrar:

—¿Qué crees que pasaría si me subiera a la silla y gritara «Viva el Paradise High»?

Lo miro con los ojos como platos. ¡Lo veo muy capaz de hacerlo! ¡Y no podría haber elegido peor sitio! ¡Vamos a tener que pedir escolta policial!

Mi reacción debe de parecerle lo más divertido del mundo porque rompe a reír. Achino los ojos sobre él. ¡Estaba de coña!

—Me las vas a pagar —le advierto, pero cuando él deja de reírse me suelta una sonrisa así sin avisar y no me queda otra que devolvérsela, lo que me hace perder un poco de sentido amenazante.

—Te lo has creído —me acusa divertido.

—Te he visto capaz de meternos en semejante lío.

—Nah —niega con la cabeza—, nunca haría nada que te pusiera en peligro.

La frase se queda flotando un poquito entre los dos y yo vuelvo a concentrarme en la carta, apoyando el codo en la mesa y la boca en la palma de mi mano para esconder que puede, solo puede, que me haya sonrojado.

El camarero aparece libreta en mano para preguntarnos qué vamos a tomar. Jamie se pide un café solo y sin azúcar, parece que sigue tomándolo igual que cuando

estábamos en el instituto. Yo, con leche, también igual que entonces, y, ya que estamos y se me ha prometido, un trozo de tarta de chocolate con una pinta tan deliciosa que deberían dedicarle al menos diez tiktoks. Palabras mayores.

Sonrío cuando me la traen y suelto un «humm» de lo más significativo cuando como el primer bocado. Retiro lo de los diez vídeos, se merece al menos cien.

Cuando me doy cuenta de que Jamie me está observando con los labios curvados hacia arriba en el inicio de una sonrisa, tuerzo los míos divertida y superamenazante.

—Sí, tengo una clara predilección por el chocolate —me defiendo chupando el tenedor un poquito orgullosa, rollo paso de lo que cualquiera tenga que decir al respecto, sobre todo tú.

—¿En serio? —replica socarrón—. No lo había sospechado, ladrona de *brownies.*

—Te lo mereciste —contesto en absoluto arrepentida. Fue mi golpe maestro.

—¿Se puede saber por qué? —pregunta fingiéndose increíblemente indignado, casi dolido.

Resquebraja mi fascinante interpretación y me hace sonreír otra vez... ¿Cuántas veces he sonreído ya?

—Quise pagártelo y tú no me dejaste —contesto apuntándolo con el cubierto—. Además, estabas siendo muy amable. No sabía si tenías intenciones ocultas.

—Eran tan ocultas que ya ni siquiera las recuerdo. Te compraré otro *brownie* cuando me vuelvan a la mente.

Lo miro mal y Jamie sonríe de nuevo y yo trato de mantenerme inmune pero puede que sonría un poquito también. Lo dicho, es un auténtico descarado.

Le tiendo el tenedor para que también coma. Jamie frunce suavemente el ceño sin tener claro lo que quiero que haga. Yo muevo el cubierto y él niega con la cabeza.

—Seguro que eres uno de esos jugadores que cuidan su dieta a muerte —me río un poco de él. Sé que la alimentación es importante en un deportista profesional, ¡pero estamos en verano!—, pero te arrepentirás si no lo haces —le advierto entrecerrando los ojos sobre él como si de repente estuviésemos hablando de un tema de seguridad internacional.

Muevo el tenedor en el aire, prácticamente delante de su cara, de una manera que empieza a ser casi ridícula hasta que pone los ojos en blanco y sonrío victoriosa. ¡Me he salido con la mía!

Prueba un trozo y se le escapa el mismo gemidito de puro placer culinario que a mí.

—Esto es la hostia —sentencia.

—Te lo he dicho.

Pido otro tenedor y nos pasamos el siguiente par de minutos dando buena cuenta del dulce en silencio.

—Los jugadores no cuidamos nuestra dieta a muerte, al menos no todo el tiempo —

me explica hundiendo el tenedor en el pastel para cortar un nuevo pedazo.

—Pero coméis hidratos de carbono antes de los partidos y esas cosas, ¿no? —apunto utilizando uno de mis pocos conocimientos en este tema. El deporte no es lo mío.

Jamie asiente.

—Es como nuestra gasolina.

Ahora soy yo la que mueve la cabeza afirmativamente. Tiene sentido.

—¿Alguna vez has ido a un partido de los Cardinal?

Los Cardinal es un equipo de fútbol de la Universidad de Stanford, donde él jugaba como safety para costearse los estudios. Es muy bueno. Lo sé. Por eso no me sorprendió lo que dijo el señor McQueen en la cafetería sobre que los Chiefs se han interesado en ficharlo. Su padre ve muy claro que debe aceptar, pero Jamie no me pareció muy convencido. Tengo la tentación de preguntar, pero no es asunto mío.

—No —miento.

—En el instituto no lo hacías muy a menudo —recuerda.

Me encojo de hombros.

—El deporte no me va mucho —confieso.

Es cierto que alguna vez fui a algún partido, pero básicamente por ver a Luke y aprovechar que era el receptor estrella para poder comérmelo con la mirada y suspirar sin tener que preocuparme por ser discreta.

—Pues siento decirte que vas a tener que fingir muy bien lo contrario.

Lo miro sin entender nada.

—El plan —me recuerda y yo tengo que reconocer que se me había olvidado. Sí, definitivamente tengo que mejorar mi espíritu de venganza, gritar *«vendetta»* de vez en cuando o algo—. A Luke le vuelven loco las chicas a las que les va el fútbol.

Respuesta: resoplo.

—Eso es como superobvio, ¿no? —me quejo—. ¿Qué más? Las que pilotan fórmulas uno y las que saben de mecánica. Lo peor es que es mentira porque seguro que lo que le gusta es imaginarse a una supermodelo con un mono ajustadísimo, pero con la cremallera conveniente bajada para enseñar canalillo, y con respecto al fútbol imagino que a una chica despampanante vestida solo con su camiseta con su número.

—Te entiendo. Eso es de muy mal gusto... —estoy a punto de asentir...—, sobre todo lo de la camiseta y las bragas de encaje y que lleve el pelo recogido en lo alto de la cabeza, pero que se le escapen un par de mechones y que sonría mientras dice que la hago superfeliz —... pero él continúa hablando y comprendo que solo se está riendo de mí.

—¿Has terminado? —le recrimino.

—No te he dicho por qué la estaba haciendo tan feliz —deja en el aire con esa

sonrisita macarra.

Le mantengo la mirada.

No sonrías. No sonrías. No sonrías.

—Eres lo peor —protesto al borde de la risa.

Y al final no puedo evitar ninguna de las dos cosas.

Acordamos que él me enseñará las nociones más básicas del fútbol. Tendré mi primer entrenamiento secreto, Luke tiene que creer que soy un hacha del fútbol porque soy una fan absoluta de este deporte, esta tarde. También tendré que idear alguna trastada, a Luke le sigue encantando hacerlas.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —planteo saboreando uno de los últimos pedazos de tarta.

—Dispara.

Lo observo atenta a cualquier tipo de reacción.

—¿Qué pasa con Jennifer?

Jamie se lleva la mano al pecho.

—Siempre me ha resultado conmovedor el tacto que tienes, Hannah —se ríe de mí.

—Eres idiota, Jamie —sentencio en su mismo tono pronunciando su nombre con retintín.

Los dos sonreímos.

Deja el tenedor sobre el plato regalándome el último trocito de tarta.

—¿Qué crees tú que pasa?

Me encojo de hombros como si no tuviera ni idea, aunque en el fondo lo tengo clarísimo.

—¿Que tiene algún tipo de personalidad múltiple? —propongo y él vuelve a sonreír —. Primero me ha fulminado con la mirada a mí por poner el culo en tu coche y después te ha puesto ojitos a ti porque no la has invitado a subir a ella.

—Se ha encaprichado, solo eso —dice sin darle ninguna importancia.

Yo tuerzo los labios pensativa.

—¿Y puedo preguntar cuánto tiempo lleva encaprichada de ti?

Me felicito a mí misma. Una forma superdisimulada de indagar acerca del tiempo que lleva acostándose con Jennifer haciéndole prometer que sabe que no significa nada y ella prometiéndolo.

—Interesante manera de preguntar si me acuesto con ella, Hannah.

Yo me mantengo fría como el hielo. Si no reacciono, no sabrá que me ha pillado.

Jamie alza las cejas preguntándome sin palabras si pienso seguir fingiendo mucho tiempo.

Te ha pillado, idiota.

—Es que estoy haciendo una encuesta —decido de pronto.

Consigo que me mire realmente interesado tras sus gafas de sol.

—¿Sobre?

Jamie no quiere el último trozo de tarta, así que me lo como yo. Por Dios, estaba taaaaan buena.

—Cuántas chicas son tan idiotas de creerse los rollos que les metes para meterte en su cama... Espera, ¿me ha salido un haiku? —socarrona, cuento las palabras levantando los dedos a la vez que las repito en un murmullo—. Por poco —me lamento.

Me he reído delante de un chico guapo a costa del chico guapo mientras devoraba sin piedad el último trozo de tarta... Las chicas que nos rodean y que SIN DUDA se han fijado en lo buenísimo que está el señor Jamie McQueen tienen que estar alucinando. Fijo que creen que soy su prima, su hermana chalada o algo así. Yo, por mi parte, me lo estoy pasando inesperadamente bien.

Jamie se deja caer sobre el respaldo de la silla, una suave brisa le mueve el pelo negro de la frente y estoy segura de que he oído un par de suspiros y un desmayo a mi espalda.

—Creo que deberíamos dejar algunas cosas claras —comenta.

—No veo el motivo —lo pico—, pero te escucho.

Tuerce los labios simulando que está armándose de paciencia, pero en el fondo lo que está conteniendo es una sonrisa y eso hace que yo luzca la mía orgullosa.

—Las cosas no son como piensas —argumenta—. Jennifer y yo tuvimos una historia en el instituto, pero se acabó antes de graduarnos.

—Todos sabíamos eso en el insti.

Los cotilleos vuelan a la velocidad de la luz en un edificio lleno hasta la bandera de adolescentes.

—¿Y se puede saber qué más sabíais?

—Que salíais, que fuiste tú el que rompió y que ella se moría por volver contigo.

—Vaya, estabas muy bien informada sobre mi vida sentimental —comenta con una sonrisilla de lo más engreída.

—No te creas especial, McQueen —replico—. Se sabía todo de todos los populares. Por ejemplo, Luke y Joy Ann siempre tonteaban pero no se habían liado oficialmente y Teagan se había acostado con casi todas las animadoras y su hermana les había echado la bronca a él y a ellas.

—Eso fue divertido —apunta.

Su sonrisilla se transforma en esa traviesa y no me queda más remedio que devolvérsela al tiempo que niego con la cabeza.

—Lo que nunca se supo es por qué rompiste con ella —digo al caer en la cuenta.

Jamie se encoge de hombros quitándole importancia.

—Cosas que pasan —responde.

No tiene pinta de querer seguir con este *revival,* así que me centro en el presente.

—Y si no te interesa hacer un *reboot* de vuestra relación, ¿por qué no hablas con ella?

Chupo el tenedor y por fin me resigno a dejarlo junto al plato.

—Lo he hecho, pero Jennifer está convencida de que sabe mejor que yo lo que quiero y no se da por vencida.

—Vaya, hay un montón de pelis que empiezan así y acaban fatal —me burlo.

—Gracias por tu preocupación.

—Tú solo parpadea dos veces y llamaré al FBI.

Jamie se echa hacia delante apoyando los codos en la mesa al tiempo que hinca los dientes en su labio inferior.

—Piensas que he vuelto a acostarme con ella y que ahora me he cansado y quiero quitármela de encima, ¿verdad?

Le mantengo la mirada.

—Sí, es exactamente lo que estoy pensando —respondo.

No tengo nada de lo que esconderme. Jamie es guapísimo y un mujeriego y es más que obvio que Jennifer está completamente entregada. ¿Por qué iba a pensar que ocurre otra cosa entre ellos?

Jamie pierde la mirada a un lado y cabecea, no sé si dolido o enfadado, a la vez que una sonrisa arisca y fugaz se dibuja en sus labios.

—Puede que haya hecho el gilipollas alguna vez y no siempre haya sido el mejor tío —suelta justo antes de volver a clavar sus ojos en los míos desde detrás de sus gafas de sol—, pero no soy de los que le harían daño a alguien solo para sentirme mejor y eso incluye follarme a una chica sabiendo que no esperamos lo mismo.

Mierda.

Algo me dice que he metido la pata hasta el fondo.

Hago memoria de una manera objetiva y lo cierto es que, al contrario que con Luke o con Teagan, no tengo ni un mísero dato que confirme que Jamie sea un mujeriego. Simplemente lo he dado por hecho.

Genial. Hannah, te has lucido.

—Estaba equivocada —reconozco.

No importa que nos odiemos o que ahora estemos en una especie de tregua. Si te equivocas, tienes que reconocerlo. También sé que tendría que disculparme, pero eso no voy a hacerlo. No con él. Ni aunque incendiara por accidente su casa el día de Acción de Gracias.

Jamie se levanta. Se saca un par de billetes del bolsillo y los deja sobre la mesa.

—Da igual —responde.

Maldita sea.

—Espera —pronuncio levantándome también.

Busco rápido en mi bolso y dejo lo que imagino que es la mitad de la cuenta. Jamie pone los ojos en blanco pero no dice nada y recoge parte de su dinero para que paguemos a medias. ¿Es una locura que prefiera que discutamos por quién paga si así seguimos hablando?

—Deberíamos irnos ya a la casa del lago o empezarán a llamar sin parar —me informa justo antes de echar a andar sin esperarme.

—Jamie, para, por favor —lo llamo saliendo tras él.

Él se detiene hastiado y se gira de la misma manera.

—No te enfades —añado—. Yo pensaba...

¿Qué demonios pensaba? ¿Qué se estaba comportando como un cabrón con Jennifer? ¿Que lo hace con todas las chicas? Más pistas de que, definitivamente, sí, me he equivocado: si fuese el mayor mujeriego de Stanford, yo lo sabría. Esos rumores son imposibles de contener.

—Lo peor de mí, como siempre —termina la frase en mi lugar.

Voy a contestar que no, incluso abro la boca. Jamie me mantiene la mirada desafiándome a que le diga justamente eso, pero es que no puedo porque tiene razón.

—Pues pongamos una nueva regla —lo reto yo—: durante estas cuatro semanas, olvidémonos de todo lo que creemos del otro y démonos siempre el beneficio de la duda. Sin prejuicios ni dar cosas por sentado.

Jamie, con las manos en las caderas, vuelve a perder la mirada en cualquier cosa que esté pasando a mi espalda, pero tras un par de segundos me fijo en que está tratando de contener una sonrisa y el gesto automáticamente se refleja en mis labios.

—Has sonreído. Gano yo —señalo.

Jamie se gira hacia mí mordiéndose el labio inferior para acabar con la sonrisa. Fracasa un poquito (y vuelven a oírse un par de desmayos a nuestro alrededor. Sí, tal vez, el gesto le ha quedado relativamente sexy).

—Puede que me esté riendo de ti y no contigo.

Yo niego con la cabeza, divertida.

—Niégalo cuanto quieras, pero solo estarás negando la realidad —recito muy sabiamente como... un gurú de pacotilla. Incluso cierro los ojos para ganar en dramatismo.

—Está bien. Regla aceptada.

Aprovechando que tengo los ojos cerrados, alza el índice y me toca la nariz para fastidiarme. Al notarlo, abro los ojos y me quejo y muevo la cabeza, pero él aprovecha para estrujarme la nariz.

—Eres idiota —protesto, aunque he de reconocer que esta vez suena menos beligerante.

—Cómo lo echaba de menos —replica socarrón llevándose la mano al pecho. Pasa de mi mirada de superadvertencia y comienza a caminar hacia el coche—. Vamos, Hannah. Lo de que empezarán a llamarnos por turnos unas doscientas veces cada uno va en serio.

Yo lo observo alejarse con los brazos cruzados y los ojos entrecerrados sobre él. Sí, pretendo seguir resultando mínimamente intimidante, aunque, sí también, reconozco que es una batalla un poco perdida.

—Prometo que te dejaré practicar eso de ser amenazante en la casa del lago, Hannah.

¿En serio? ¿Tan mal se me da que no le meto el miedo en el cuerpo ni un poquito? Resignada, echo a andar tras él.

—¿De verdad no te resulto ni un poquito intimidante? —pregunto al llegar a su altura.

—He estado a punto de desmayarme, Hannah —se burla de mí.

—Deja de pronunciar mi nombre —protesto—. Lo usas hasta cuando no hace falta.

—No entiendo a qué te refieres, Hannah.

—Lo has vuelto a hacer.

—Eso no es cierto, Hannah.

Ladeo la cabeza sin apartar mi mirada de él.

—Hannah, ¿has visto qué buen día hace? Hannah, toma asiento, por favor —dice cuando llegamos al coche y cada uno va hacia su puerta—. Hannah...

En cuanto entramos en el Jeep, lo golpeo en el hombro. Él se lo ha buscado. Y Jamie se queja al tiempo que se frota la piel como si realmente le hubiese hecho daño, haciéndome sonreír.

Es un idiota y, sí, definitivamente suena más divertido porque lo es.

Capítulo 23



Obviamente somos los últimos en llegar a la casa del lago. En cuanto Jamie detiene el coche en el camino de tierra frente a la entrada de la casa, la puerta se abre y Joey aparece con una cerveza en la mano. Ha sido casualidad porque también lleva un cigarrillo en los labios.

—Por fin llegas, McQueen —nos recibe con una sonrisa—. ¿Dónde te habías metido?

¿Debería preocuparme de que use el singular como si yo no existiese? No porque *paso-de-él.*

—¡Hannah! —me llama Avery saliendo de la casa—. ¿Dónde te habías metido? —inquiere en un susurro cuando llega hasta mí y solo yo puedo oírla.

Sonrío. Me hace gracia que esté en alerta total por si Jamie no se ha portado bien conmigo y tiene que mandar a Teagan a que le dé una paliza.

—Solo me he retrasado un poco —contesto sin aportar más detalles.

Mi mirada se cruza con la de Jamie y los dos sonreímos disimuladamente. Aunque no lo hayamos hablado, creo que nos gusta que nuestra tregua sea algo solo nuestro. No queremos compartirlo.

Avery me observa esperando información, pero yo le mantengo la mirada como si no hubiese nada que contar.

—¿Qué está pasando? —indaga entrecerrando los ojos.

—Absolutamente nada —respondo haciéndome la inocente.

Jamie, que en teoría está atento a su móvil, ensancha su sonrisa y yo sigo ahí manteniendo el tipo.

Avery continúa observándome perspicaz, pero, cuando va a volver a preguntar, la puerta vuelve a sonar. Esta vez es... bueno, todos los que quedan y todos con botellines de cerveza helados.

Mi mirada se encuentra con la de Luke. Ni siquiera sé cómo pasa, pero pasa y el corazón comienza a latirme muy rápido. Quiero centrarme en la idea de que fue a la fiesta de compromiso con otra chica y que se comportó como un capullo, pero algo

dentro de mí no para de recordarme otras cosas: cómo me sentí cuando noté sus manos en mi piel otra vez, cómo fue volver a ver su sonrisa tan de cerca...

Tengo que mantener la cabeza fría.

Y si él...

Cabeza fría.

A lo mejor Luke también sintió lo mismo.

En serio, Hannah, cabeza fría.

—Si el gran Jamie McQueen ya se ha dignado venir... —comenta Joy Ann bajando las escaleras del porche de madera y devolviéndome a la realidad. Lo agradezco.

—¿Ya me has echado de menos? —replica él interrumpiéndola.

La exjefa de animadoras pone los ojos en blanco y pasa incluso de contestarle, ¡y él lo deja estar! Vaya. Joy Ann va a tener que enseñarme esa técnica. ¿Control mental? ¿Le echa algo en la cerveza cuando no mira?

Al llegar a la zona junto a los coches me sonríe a modo de saludo. Al principio tengo la tentación de volverme para ver si Jennifer o Zoe están tras de mí y ese gesto es para ellas, pero me contengo y se la devuelvo. Sigo alucinando con que Joy Ann Seaver no sea una auténtica arpía.

—Estaba diciendo que podríamos repartir las habitaciones —explica.

A todos nos parece una buena idea.

—La habitación presidencial obviamente es para nosotros —señala Teagan.

La frase levanta una marea de bromas al «señor presidente», algunas con más clase que otras, y acabamos muertos de risa y con Joy Ann pidiendo orden.

—Hay una con cama individual —explica—, pero es muy cómoda y la habitación es bastante bonita.

—Esa para Hannah —dice Avery veloz antes de que nadie pueda pedírsela.

Mi amiga me mira y sonríe asintiendo. Telepáticamente me está informando de que no tengo nada de qué preocuparme porque ella lo tiene todo controlado. Yo le devuelvo el gesto. Imposible no hacerlo. Esta es una del millón de maneras que tiene de cuidar de mí mientras estemos en la casa del lago, aunque ya le haya explicado que puedo apañármelas perfectamente. Es una amiga increíble.

—Vale —contesta Joy Ann—. Pues quedan tres habitaciones. Nosotras —Jennifer, Zoe y ella— nos quedamos con la grande. Vosotros repartíos las otras dos como os dé la gana —les comunica a Joey, Luke y Jamie.

De pronto se hace un silencio extraño que no entiendo muy bien a qué viene, pero, antes de que pueda preguntar o francamente empeore —esa es la sensación que da—, Jamie echa a andar hacia la casa.

—Me quedo con la del fondo —anuncia con toda la tranquilidad del mundo.

Nadie le discute nada. No sé si es porque es su habitación de siempre, al menos la

misma que la de aquel verano, o porque les da igual, pero enseguida Joey empieza a hacerle carantoñas a Luke explicándole todos los mimitos que tiene que hacerle cada noche y todos rompen a reír, menos Jamie, que ya está entrando, y yo, que no puedo evitar observarlo con el ceño fruncido. ¿Qué ha pasado?

Subimos a instalarnos y aprovecho para remolonear un poco. No me apetece un segundo asalto con la casa del lago tan pronto. Además, mi habitación es bastante bonita y grande. La cama es individual, pero individual estilo pijos, es decir, una *king size* de ciento cinco. En una cama de este tamaño mi tía Estefanía tuvo durmiendo a mis dos primos hasta que cumplieron catorce y el perro lo hacía con ellos.

El techo se inclina hacia abajo en la parte derecha y lo mejor es que en esa zona hay una claraboya alucinante que deja pasar la luz del sol de una manera de lo más agradable.

En fin, que todo ha contribuido a que me haya tirado en la cama y lleve veinte minutos trasteando con mi móvil, y así pienso seguir cuando precisamente mi teléfono vibra avisándome de un nuevo whatsapp. Seguro que es Callie, llevo todo este rato mandándome mensajes con ella.

Frunzo el ceño al ver que es un hilo nuevo con un número que no tengo guardado. Lo abro.

> Entrenamiento secreto en cinco minutos.

Es Jamie.

Dejo caer la cara hasta hundirla en la almohada. Aprender a jugar al fútbol no es lo que más me apetece ahora mismo. Pero, en fin, todo sea por el plan.

Salto de la cama, busco mis chanchas y no las encuentro y me anudo mis Converse. Salgo de la habitación mirando un poco a todos lados y cuando hago lo mismo en la puerta principal, después de haberlo hecho en las escaleras, como si fuera una criminal escapándose del penal de Sing Sing, Jamie, que es el único que está en el camino de tierra frente a la entrada de la casa, se parte de risa a mi costa.

Yo bajo los escalones del porche toda dignidad, pero creo que eso le hace más gracia todavía.

—Se supone que el entrenamiento es secreto —protesto cuando mis zapatillas se encuentran con sus deportivas.

Él tuerce los labios divertido con ese punto engreído. Tiene un balón de fútbol en la mano.

—Precisamente porque es secreto no te habría avisado si hubiese alguien por aquí.

Buen punto, pero muerta antes que reconocerlo, así que le dedico un mohín y finjo imitarlo diciendo «yi, yi, yi» en lugar de palabras. Algo supermaduro, justo como soy yo, y que solo consigue que Jamie vuelva a romper a reír.

—Vamos, superninja —me llama haciéndome un gesto para que lo siga al tiempo que echa a andar hacia el bosque.

—Yo sería una ninja alucinante —replico acelerando el paso para ponerme a su altura. Tengo razón. Arrasaría—. Tú no porque no dejas de reírte con esas carcajadas tan escandalosas.

—La culpa es tuya —me acusa sin ningún remordimiento.

Abro la boca muchísimo, fingiéndome increíblemente indignada, casi ultrajada, aunque estoy a punto de sonreír como él. Tiene una sonrisa muy contagiosa... y muy bonita, eso sí tengo que admitirlo.

—Retira eso inmediatamente, Jamie McQueen —le exijo divertida.

—Me temo que no puedo, Hannah Martínez —responde siguiéndome el juego—. Siempre que estoy contigo tengo que reírme un montón.

Ya estamos rodeados de árboles que filtran la luz llenándolo todo de la calidez más increíble del mundo. Se oye la suave brisa mover las hojas, los pájaros, el agua del lago a un puñado de metros.

—¿Conmigo, de mí...? —dejo en el aire.

—Creo que en tu caso son cosas complementarias —responde burlón.

Tuerzo los labios y Jamie rompe a reír encantado por mi reacción y supongo que demostrando su propia teoría.

—Todo el pueblo creyendo que eres un buen chico y yo aquí teniendo que soportar tu verdadera personalidad —comento haciéndome la resignada.

—Sí, me gusta pensar eso —afirma con la mirada al frente, simulando que se está tomando a sí mismo muy en serio cuando en realidad es justo lo contrario—. Contigo puedo sacar al idiota gigantesco que llevo dentro.

Asiente muy convencido, como si no hubiese dicho nada fuera de lo común, y yo tengo que aguantarme la sonrisa, y la risa, porque quiero jugar un poco más.

—En serio, Hannah. Es supergrande y está superfeliz de poder salir a jugar, de respirar aire puro...

Vale. No puedo más y rompo a reír. ¡No me queda otra!

Jamie sonríe orgulloso de todas las tonterías que acaba de decir y de mis carcajadas. Le encanta hacer el payaso.

—Eres idiota, *de verdad* —hago hincapié en las dos últimas palabras, pero como no dejo de sonreír creo que pierden un poco de efecto.

Un par de minutos después llegamos a un pequeño claro muy cerca de una de las tres pasarelas que tiene el lago.

—¿Es cierto que nunca has jugado al fútbol? —inquiere pasándose suavemente el balón de una mano a otra.

Niego con la cabeza sin una pizca de arrepentimiento y muy orgullosa solo para

picarlo.

Jamie entorna los ojos amenazante pero también divertido y a mí se me escapa la sonrisa.

—Ya veo el respeto que le tienes a tu entrenador —comenta.

Me muerdo el labio inferior para contener el gesto.

—Lo siento, entrenador —replico socarrona e impertinente, incluso irritante. Mola el tono que he conseguido.

—Muy bien —responde—. No te he creído una palabra, pero muy bien.

Otra vez me cuesta muchísimo contener la sonrisa. ¡Todo es culpa suya!

—Creo que tenemos que empezar por lo más básico de todo.

Asiento. Me parece lógico.

—Necesitas un equipo.

Frunzo el ceño sin saber a qué se refiere. Jamie pone los ojos en blanco melodramático riéndose de mí y yo lanzo un «ey» como advertencia que solo logra hacerlo sonreír.

—¿De qué equipo vas a ser? —reformula la pregunta paciente.

—Esa es fácil. Me he documentado. —Antes, cuando estaba perdiendo el tiempo con el teléfono—. Soy de los Cowboys.

Jamie suelta un resoplido y yo lo miro mal.

—Segundo «ey» para ti, McQueen. —La peor amenaza que nunca ha oído un ser humano.

—No puedes quedarte con los Cowboys porque pasa como con los Patriots: es el típico equipo que elegiría alguien que no tiene ni idea de fútbol.

Tiene sentido. La verdad es que solo he escogido a los Cowboys porque han ganado un montón de campeonatos, tienen muchísimos seguidores y es uno de los más importantes.

Aun así, vuelvo a mirarlo mal, para que no se confíe.

—Vale, pues entonces soy de los Giants —decido—. Es el equipo de Nueva York y solo por eso ya molan mucho.

—En Nueva York también están los Jets —me recuerda.

Medito sus palabras un momento.

—Sí, ya, pero me quedo con los Giants. Creo que me pegan más —añado pensativa mirando las copas de los árboles.

—Desde luego que sí.

Hay algo en su voz, un toque travieso, no lo sé, pero tengo que mirarlo y mis ojos se encuentran de lleno con los suyos fabricados con todos los otoños del mundo.

Me sonríe de medio lado y, sin tener ni la más remota idea de por qué, estoy haciendo lo mismo.

—Ahora que ya tienes equipo —continúa. Yo tardo un segundo de más en apartar la vista de él y cabeceo y me sonrojo, un poco. Genial, Hannah. Tú siempre dándolo todo —, vamos a aprender cómo se juega.

Me lanza el balón. Yo lo cojo (ha estado a punto de caérseme, pero no vamos a ahondar en eso) y lo observo desconfiada.

—¿Conceptos prácticos o teóricos? —inquiero señalando la pelota.

—Hummm... —finge necesitar pensarlo solo para hacerse el interesante.

—Creo que en tu interior comparten piso el idiota y un payaso —lo pico.

Jamie contiene la sonrisa por mi comentario y otra vez consigue contagiarme el gesto.

—No se puede conocer un deporte solo hablando —argumenta.

—Pero quizá fingir conocerlo sí —replico lanzándole el balón de vuelta.

Dos cosas: uno, tirar un balón que no es redondo es mucho más complicado de lo que parece, y dos, él lo coge sin problemas, en plan atlético, estirando el tronco hacia arriba y a un lado. La camiseta se le levanta y puedo ver una delgada porción de piel entre esa prenda y sus vaqueros. Tiene esa línea de músculo que va desde la cadera hacia abajo. Interesante.

—Prometo que vas a convertirte en la mejor hincha barra jugadora ficticia de la historia —me ofrece para motivarme, dando un paso hacia mí.

—Eso suena mucho menos esperanzador de lo que crees.

—Hannah —me llama ceremonioso solo para fastidiarme y yo ladeo la cabeza con los ojos sobre los suyos y suelto un enorme suspiro para recordarle por millonésima vez que no puede llamarme así. ¿Qué consigo? Que sonría de nuevo. ¡Es un sinvergüenza!—, entonces —continúa avanzando un poco más en mi dirección—, te prometo que vas a pasártelo la hostia de bien.

Sonríe, una de las irresistibles, y yo quiero decirle que no. Voy a decirle que no. Seguro. Pero su sonrisa se me contagia y tengo que admitir que eso último ha sonado tentador... y asiento. ¡¡Asiento!! Dios. Debo de estar volviéndome loca.

Capítulo 24



¡Contra todo pronóstico esto está siendo divertido! Llevamos casi una hora entrenando o fingiendo que lo hacemos cuando en realidad lo único a lo que nos estamos dedicando es a morirnos de risa con sus tonterías de payaso, con las mías, que también tengo un par, con mi lamentable estado físico o con su habilidad barra amenazas que dan más risa que miedo como entrenador.

Lo he placado una vez, cosa de la que me siento superorgullosa, aunque sospecho que no lo he pillado tan desprevenido como creo y se ha dejado un poco, y he anotado, atención, tres touchdowns. Soy una profesional.

Al final hemos acabado tirados por el suelo haciéndonos cosquillas para robarnos la pelota. Eso no sé si ha sido muy profesional, pero en la NFL deberían probarlo. Se lo pasarían francamente bien.

—Creo que ya hemos entrenado suficiente por hoy —dice Jamie con voz trabajosa tratando de recuperar el aliento después de la última batalla.

Yo asiento un número ridículo de veces. Estoy molida. Y me duele el costado de tanto reírme.

—Me lo tomaré como un sí —comenta burlón.

—Es un sí —reúno las pocas energías que me quedan para contestar y avanzar un paso en su dirección—. Hacer el tonto cansa muchísimo.

Jamie da otro hacia la mía.

—Para que después digas que mi vida es fácil —sentencia... muy serio, así que no me queda otra que romper a reír de nuevo.

—No me hagas reír otra vez —le advierto— o tendrás que llamar a un helicóptero para que me lleve de vuelta a la casa.

—Ya tengo uno listo en el siguiente claro. Me imaginaba que no aguantarías mucho.

—No te confundas —replico achinando los ojos sobre él y dando un paso más—. Podría seguir entrenando toda la tarde.

Seguramente moriría, pero no me importaría si consiguiera fastidiarlo.

Jamie también da otro al mismo tiempo que levanta la comisura de sus labios en una media sonrisa desafiante, engreída y divertida, todo a la vez. Me mira y yo me quedo

un poco enganchada a esos ojos castaños. ¿Siempre han sido tan alucinantes?

¡Capitana Martínez, hora de volver a puerto seguro!

—Bueno ¿y cómo terminamos la sesión? —me obligo a pronunciar retrocediendo un par de pasos. He avanzado hacia él sin que fuera un pensamiento. Solo me he dejado llevar—. ¿No hay charla motivacional, entrenador McQueen?

—Si estuviésemos en un estadio —responde mirando a su alrededor—, ahora nos iríamos a las duchas, pero eso no puede ser porque me da miedo que te rompas una pierna por estar cerca de algo mínimamente deportivo.

Yo le doy un golpe en el hombro y él sonríe al tiempo que se queja y encoge el brazo como si verdaderamente le hubiese dolido.

—Tendremos que improvisar —anuncia decidido con una chispa traviesa brillando en su mirada.

Sin dudarlo se dirige al lago.

—¿Con qué? —pregunto siguiéndolo.

—Vivir la aventura, Hannah —contesta subiendo a la pasarela.

—¿Vas a bañarte en el lago? —inquiero frunciendo el ceño.

A ver, no es una locura. Estamos en verano. El lago es una pasada. E incluso al subir a instalarnos la mayoría hemos decidido ponernos el bañador, pero... no sé... eso es algo que se hace con amigos, ¿no? Aquí no están los chicos ni Joy Ann. Solo nosotros. Y nosotros, aunque ahora seamos aliados, no somos amigos.

—Voy a darte la pista definitiva —suelta burlón girándose en mitad del camino de madera y quitándose la camiseta.

Justo ahora recuerdo al señor Matthews, el entrenador de los chicos en el instituto, gritándoles que no dejaran de hacer abdominales o acabaría con ellos. También recuerdo las veces que me he cruzado con el equipo cuando estaban corriendo por el campus en Stanford. También la película *Magic Mike,* las dos.

Tiene un tatuaje en el pectoral izquierdo. Nunca lo había visto. Debió de hacérselo en la universidad.

¿Acabo de comérmelo con la mirada?

Dos opciones: me autoengaño o directamente le echo la culpa a cómo le cae el bañador sobre las caderas. Entrecierro los ojos. Le echo la culpa al bañador. Sin duda.

—Vamos —me anima.

Niego con la cabeza.

—No pienso bañarme —aseguro cruzándome de brazos.

No voy a dejarme llevar otra vez. Jamie McQueen es demasiado peligroso y antes de darme cuenta habré bajado todas las defensas.

Jamie se lanza al agua y emerge un par de segundos después, echándose el pelo hacia atrás con la mano.

—Vamos —vuelve a llamarme.

Sonríe. Travieso. De pronto su pelo parece más oscuro y sus ojos más brillantes.

—No vas a convencerme —respondo desde la pasarela.

—Puedo ser muy insistente.

Alzo las cejas diciéndole sin palabras que lo que es es un crío. Para dejar clara mi teoría de que nada va a moverme de aquí, me siento sobre la madera con las palmas de las manos apoyadas a mi espalda y los tobillos cruzados al final de mis piernas estiradas. Hace un poco de calor, pero no pasa nada.

Pasamos el primer minuto en silencio disfrutando del suave rumor del lago y los árboles y...

—Humm...

Jamie gime desde el agua, como si se estuviese comiendo la mejor tarta de chocolate de la historia.

Yo finjo no oírlo. Un par de segundos después gime de nuevo. Lo ignoro. Es lo que hay que hacer cuando los niños pequeños han tomado demasiado azúcar. Y gime por tercera vez. Yo pongo los ojos en blanco pero también sonrío cuando lo que se ha ganado a pulso es que le tire un zapato. ¿Qué demonios me pasa?

—El agua está a la temperatura perfecta —canturrea.

—No te oigo —replico burlona—. Me sale a la perfección. Son demasiados años de práctica.

Se me escapa una risilla. Fastidiarlo es lo mejor del mundo entero.

—Está cristalina, como el mar Caribe.

—Estás perdiendo el tiempo.

—Y con este calor —continúa modulando la voz para que suene como si estuviese describiendo un oasis en mitad de un desierto—, sienta tan bien, todo el cuerpo fresquito.

Vale. Eso es tentador.

—Es la hostia de refrescante después de estar corriendo y haciendo ejercicio —añade.

De pronto parece que el sol pega mucho más fuerte de lo que lo hace y mi piel acaba de darse cuenta de que necesita esa agua. Por Dios, tengo hasta sed.

—Te vas a arrepentir si no lo haces. —Y esa es la gota que colma el vaso. Nunca mejor dicho.

Me pongo en pie y me deshago de las Converse. Al verme, sonríe orgulloso por haberse salido con la suya. Yo le dedico un mohín y su gesto se ensancha un poco más. Me quito la camiseta y los vaqueros cortos y me lanzo al agua.

—¡Eso es! —grita salpicando.

¡El agua está increíble!

Vuelvo a la superficie con una sonrisa en los labios, echando la cabeza hacia atrás justo antes para que el pelo no se me pegue a la cara.

—¿Y bien? —inquiere, aunque tengo la sensación de que ya sabe cuál es la respuesta.

—Es genial —confieso entre risas.

Antes de que me dé cuenta nos estamos salpicando el uno al otro sin dejar de reír ni de hablar ni de, por supuesto, hacer el tonto.

Solo espero no arrepentirme de dejarme llevar.



—¿Puedo preguntarte una cosa?

Estamos sentados en la pasarela esperando a secarnos un poco con el sol antes de ponernos la ropa y regresar a la casa.

—Dispara —responde.

Tiene el flequillo despeinado sobre la frente, acariciándole el borde de sus gafas de sol, y la luz ilumina cada uno de sus rasgos.

—¿Vas a fichar por los Chiefs?

Sé que no es asunto mío, por supuesto que no y por muchos motivos diferentes, pero también sé que este tema no es tan simple como su padre dio a entender en el Meredith’s.

Al oír mi pregunta, Jamie gira la cabeza y me mira. No está leyendo en mí. Creo que ahora mismo lo que quiere saber es si yo puedo leer en él.

—Es complicado —responde al fin apartando la vista y centrándola en la mano que tiene sobre el bañador y con la que no está haciendo nada.

Asiento. Lo imaginaba. Igual que tengo claro que, sea lo que sea lo que lo hace complicado, él lo tiene en la cabeza ahora mismo.

—A veces hablar de las cosas viene bien. No se me ha olvidado que tú y yo no somos amigos —añado y una tenue sonrisa se me escapa—, pero estamos en esta especie de tregua y no sé, quizá podría haber una regla que diga que podemos contarle al otro lo que nos preocupa y guardaremos el secreto.

—¿Cuál de los dos, el haber hablado con el otro o lo que nos cuente?

Finjo pensarlo un instante.

—Obviamente los dos.

Sonreímos.

Quién me lo iba a decir, ¿eh?

Jamie se queda callado, aún con la mirada en su mano, y yo me quedo en silencio,

dándole todo el tiempo que necesite y esperándolo. Finalmente resopla y levanta la vista.

—Los Chiefs no es el único equipo que se ha interesado por mí —empieza a explicarme—. Hay otro. Sé que lo normal sería elegir a los Chiefs sin dudar. Es uno de los mejores equipos de la NFL y también de los que tiene mayor proyección. El otro ha tenido un desastre de temporada. Pero el entrenador me llamó personalmente. Van a hacer cambios. Quieren empezar de cero, hacer las cosas de otra manera no solo a la hora de jugar, sino también como club. Preocuparse por los jugadores, por sus familias y ayudar de verdad a la comunidad.

—Eso suena muy bien.

—Suena jodidamente bien —replica y se le ilumina la mirada.

Los dos volvemos a sonreír. Después de esa mirada era un poquito imposible resistirse.

—¿Y tú qué quieres hacer? —planteo—. Porque está claro que ese «lo normal» se refiere a lo que todos los demás te han dicho que deberías hacer.

Jamie me observa y para contener una nueva sonrisa, una de esas de «claramente tienes razón, Hannah, porque eres increíblemente inteligente y perspicaz» (bueno, puede que eso último lo haya añadido yo y el «claramente» del principio... también), se muerde la punta de la lengua, pero fracasa y las comisuras de sus labios se le mueven hacia arriba.

—No lo sé —contesta—. Por eso es complicado.

Da una bocanada de aire al tiempo que pierde la mirada en el lago. Es obvio que le ha dado y le está dando muchísimas vueltas a este tema.

—Si me hubieses preguntado ayer, no habría podido responderte, pero hoy después de este intenso entrenamiento me veo supercapacitada porque ya soy una experta en fútbol —digo muy seria solo para hacerlo sonreír. Lo consigo. Misión cumplida y sienta genial—. Y mi opinión es que... lo normal está sobrevalorado.

Su sonrisa se ensancha y yo me lo tomo como un permiso para seguir dándole mi opinión aunque él no me la haya pedido.

—Los Chiefs son un gran equipo y seguro que, si fichas por ellos, harás cosas muy grandes, pero ese otro equipo parece especial. En cualquier caso, creo que tendrías que olvidarte de lo que deberías hacer y elegir el camino que tú quieras tomar.

Vuelve a buscar mi mirada con la suya y se quedan enganchadas. Había olvidado lo fácil que es con él y lo bien que me hace sentir.

Capítulo 25



Cabeceo rompiendo el hechizo y sonrío mirando al lago.

—Vamos a escuchar algo de música —propongo recuperando el móvil del bolsillo de mis pantalones.

La primera canción la elijo yo, *Juice,* de Lizzo; la siguiente, él, *Stay (I missed you),* de Lisa Loeb, y para cuando nos damos cuenta llevamos más de una hora tarareando, en el mejor de los casos, y cantando a pleno pulmón y sin pizca de talento en todos los demás. Las canciones de los noventa son de Jamie; las alucinantes, mías.

—Volvamos —dice Jamie levantándose.

Mientras lo imito, él recoge nuestra ropa del suelo y me tiende la mía.

Nos vestimos y regresamos a la casa del lago sin dejar de charlar, aunque ni siquiera recuerdo exactamente de qué. De hecho, son nuestras carcajadas por cualquier tontería que ha dicho Jamie cuando llegamos a la zona de hierba que rodea la casa lo que avisa a los demás de que ya estamos aquí.

Reacciones: Jennifer me fulmina con la mirada. Joy Ann nos observa con verdadera curiosidad. Luke frunce el ceño sin levantar la vista de nosotros tratando de averiguar de qué va todo esto. No sé si está enfadado, pero sí que el estómago se me encoge un poquito, como si tuviera dentro un millón de mariposas que se empeñaran en volver a volar. Tengo claro que no es buena idea, pero es Luke y, como pasa con los Chiefs, es complicado.

—¿De dónde vienes? —pregunta Avery plantándose frente a mí.

Hummm... Creo que estoy teniendo un *déjà vu.*

—Estábamos... —señalo vagamente a mi espalda—. Nada —sentencio incapaz de explicar qué estábamos haciendo sin hablarle de nuestro plan.

Jamie, el culpable de todo esto por cierto, me mira de reojo, aguantándose la sonrisa por mi lograda explicación.

Mi amiga obviamente no me cree.

—¿Tienes algo que contarme? —indaga perspicaz.

Yo niego con la cabeza haciéndome la inocente. La sonrisa de Jamie hace acto de presencia.

—Nada —repito luchando por no sonreír también.

¡Si nos cogen, va a ser culpa tuya, McQueen!

Esto cada vez es más sospechoso. Estoy completamente segura de que Jennifer está pensando dónde podría enterrarme en el bosque sin dejar rastros. Y Luke... ufff... ahora mismo solo quiero alejarme de Luke para pensar con claridad.

—¿Quién pilla la barbacoa? —grita Teagan saliendo al porche con lo que parece un saco de carbón.

—Yo —respondo antes de que alguien se me adelante, aunque ninguno parecía tener muchas ganas de robarme el puesto.

Echo a andar hacia la parte trasera, donde hay un trastero y donde doy por hecho que estará la barbacoa. La verdad es que no tengo ni idea. Abro peleándome con la puerta y entro. No hay luz artificial, así que tengo que dejarla abierta para que ilumine el interior.

—¿Dónde demonios está? —murmuro mirando un poco a todos lados.

Las paredes están llenas de estanterías que a su vez están llenas de trastos más los que hay por el suelo.

Me he alejado unos metros de la entrada, así que ya no vale con la luz que da y saco el móvil para activar la linterna. En esas estoy cuando empieza a sonar en mi mano. Doy un respingo y estoy a punto de dejarlo caer. Joder, qué susto.

—¿Qué pasa, mamá? —respondo sin dejar de buscar la barbacoa.

—¿Como que «qué pasa, mamá»? —me riñe—. Dime que me quieres o algo o por lo menos un «buenas tardes».

Pongo los ojos en blanco. Le encanta quejarse con eso de que no le hacemos caso ni que le decimos que la queremos unas trescientas veces al día, que sería el número adecuado para ella.

—Mamá...

—Es que ni un «hola» me ha caído —sigue protestando.

—Buenas tardes, mamá —respondo y tengo que reconocer que me queda un pelín impertinente—. Te quiero mucho. ¿Tendrías la amabilidad de decirme para qué me llamas?

—Ya no vale —replica y a mí no me queda otra que sonreír—, pero en fin... Es que estoy aquí con tu padre viendo la tele —cambia rápidamente de humor— y están poniendo un programa de esos en los que arreglan casas y después las venden y resulta que hoy están en Boston, justo al ladito de Harvard.

Mierda.

—Mamá...

—¿Tú ya has buscado dónde vivir allí? —me interrumpe—. Porque están diciendo que es complicado, ¿eh? Y todo muy caro.

—Mamá...

—Que a un señor le han clavado dos millones de dólares por una casita que el salsa —para el resto de la humanidad, el rumba— se pone a limpiar y se choca con tres esquinas antes de empezar.

—Todavía no he buscado alojamiento.

Porque todavía no sé si voy a estar allí.

—¿Y a qué estás esperando?

—No lo sé.

A saberlo.

—No dejes las cosas para el último momento.

—No lo haré.

—Tener estas cosas solucionadas es muy importante.

Estoy empezando a agobiarme.

—Lo sé.

—Y búscate una casa bonita.

—Y con buena calefacción —añade mi padre de fondo.

—Eso, que en invierno hace frío —le da la razón mi madre.

—Mamá... —Y no estoy segura de para qué la llamo. Creo que lo único que quiero es que deje de hablar. Ya ni siquiera estoy buscando la barbacoa—. Tengo que colgar.

—No te preocupes —responde de buena gana—. Seguimos hablando cuando vuelvas y yo te ayudo a encontrarla. Un fin de semana incluso podríamos ir a Boston todos juntos. Tu tía Fani se muere. Seguro que nos pide que hagamos un millón de fotografías —añade riéndose a carcajadas.

—Ya veremos, ¿vale?

—Vale, hija —contesta—. Yo lo voy organizando todo. Busco los billetes de avión por Internet en un momento.

—Mamá...

Pero ya es completamente inútil. Ha colgado. Genial. Dentro de cuatro semanas voy a estar metida en un avión con toda mi familia para ir a Boston a buscar casa cuando no tengo ni la más remota idea de si es allí donde estaré este septiembre.

Me llevo una palma a la frente. Las cosas se me están yendo de las manos. Tengo que hablar con mis padres. Tengo que contarles cómo me siento... pero recuerdo lo contenta que se puso mi madre cuando me enviaron la carta de admisión en la Escuela de Negocios de Harvard. Estuvo casi dos horas al teléfono contándoselo a todo el mundo. Mi padre lloró. No puedo decirles que no sé si eso es lo que quiero.

—Joder, joder, joder —murmuro en español.

La puerta se cierra de golpe.

—¡Joder! —grito asustada.

Trato de poner la linterna del móvil, pero una mano me agarra de la cintura. ¡Voy a morir en un trastero al que ni siquiera han valorado lo suficiente como para ponerle una bombilla atacada por un fantasma de pacotilla! Hannah Martínez, qué vida más triste.

Entonces me doy cuenta de que la mano está pegada a un cuerpo, a veeeer, eso ya lo tenía claro... más o menos, pero es que ese cuerpo le pertenece a Luke.

—¿Qué quieres? —pregunto un pelín borde. En mi defensa diré que el corazón me va a mil por hora por haber estado cerca de la muerte.

Él se encoge de hombros y me enseña la sonrisa de medio lado que tantos corazones robó en el Paradise High.

—Ayudarte a encontrar la barbacoa —suelta haciéndose el inocente, pero es que Luke Davis y la palabra *inocente* no pueden ir en la misma frase.

Yo pongo los ojos en blanco como respuesta.

—¿Por qué será que no te creo? —añado.

Trato de esquivarlo, pero él da un paso a un lado obstruyéndome el camino. Resoplo. Me muevo hacia atrás colocando la misma distancia de antes entre los dos y me cruzo de brazos. No sé qué quiere, pero sé que oírlo no va a ser una buena idea. Mi corazón va a protestar, pero lo miro supermal.

—Vale —admite alzando suavemente las manos—, puede que tenga razones ocultas.

Su sinceridad me pilla desprevenida y suelto una carcajada.

—¿De verdad? —replico irónica—. No lo había imaginado.

Luke vuelve a sonreír y yo quiero saber dónde hay que pedir las hojas de reclamaciones al universo porque no puede ser. ¡Ese estúpido hoyuelo sigue ahí! ¡Es como un arma de destrucción masiva de buenas intenciones!

—¿Qué quieres? —planteo otra vez un poco arisca, pero es por mi propio bien.

—Que hablemos.

—¿De qué?

—¿Hay que tener un tema en concreto?

—Suele ayudar.

—No vas a darme un respiro, ¿eh?

—No te lo mereces.

Nos miramos a los ojos y la sonrisa de Luke que nunca se ha marchado se hace un poco más grande. No creo que diera por hecho que iba a recibirlo con los brazos abiertos. No creo que hubiese pensado nada. Luke funciona por impulsos.

La verdad es que yo tampoco nos he imaginado hablando otra vez, aunque fuese en un trastero buscando una barbacoa.

Es mejor que me vaya.

No abro la boca. Tuerzo los labios comiéndome las palabras que quiero decir,

aunque, siendo sinceros, ¿cuáles son? ¡Estoy hecha un lío! Supongo que una mezcla entre «pero es Luke», «mantén la cabeza fría» y «es complicado».

Cabeceo, giro despacio sobre mis talones y echo a andar hacia la salida.

—La chica que llevé a la fiesta de compromiso no es mi novia.

El alivio me sacude y las mariposas se preparan para volar, pero las atrapo justo a tiempo.

Me vuelvo pero no me descruzo de brazos. Es mi barrera frente a chicos guapos que no me convienen en absoluto.

—Me alegro por ella —respondo.

Luke sonríe. Esa sonrisa tan suya de chico despreocupado que lo ha tenido todo sin esforzarse demasiado y siempre lo tendrá.

—Y no quiero que lo sea —sentencia.

Contrólate, corazón tarado. Esas seis palabras no solucionan nada.

De verdad que tengo que marcharme. Y pensar. Muchísimo.

—Nos vemos, Luke —digo antes de reanudar mi camino.

—Nos vemos, Pequeña Hannah.

Su voz vuelve a afectarme igual que mi apodo en sus labios. Solo con él he sentido que ese mote absurdo significaba algo.

Capítulo 26



—Vamos a jugar a algo —me anuncia Avery cuando me siento a su lado en una de las toallas que hemos tirado sobre el césped. Son tamaño individual pijo, como la cama, básicamente cabe un equipo de natación sincronizada en cada una.

Ya ha anochecido y el cielo está lleno de estrellas.

—¿A qué? —pregunto.

En ese momento Jamie pasa junto a mí con un cigarrillo en los labios hablando con Teagan. Me entrega una cerveza helada como la que él lleva en la otra mano casi sin detenerse. Yo sonrío y la cojo. Cuando ve el gesto en mis labios, me guiña un ojo y me devuelve una suave sonrisa antes de seguir charlando con el doctor Seaver.

—Juguemos a uno divertido de verdad —advierte Zoe—. Nada de tonterías de cartas.

—El *strip poker* no es ninguna tontería —le recuerda Joey.

—Nadie tiene ningún interés en verte desnudo —le recuerda ella.

—Date un par de días más —bromea él.

Zoe le responde con un mohín y se centra en el resto de nosotros.

—Vamos a jugar a ¿Quién soy?

Frunzo el ceño. ¿Qué juego es ese? Pero los demás, incluida Avery, resoplan o directamente bufan comentando lo mala idea que es.

—Ese juego es peligroso —le recuerda Joy Ann—. Nunca acaba bien.

—Nunca acababa bien cuando teníamos quince años —interviene Luke—. Ahora se supone que somos más maduros, ¿no?

—Tú no —contesta con cero remordimientos la exjefa de las animadoras.

Todos se ríen menos Luke, que la mira mal hasta que no puede más y acaba sonriendo. Vaya, esa sonrisa ha estado muy guay.

—¿De qué va el juego? —le pregunto a Avery para centrarme.

—Se escribe el nombre de cada uno en un papelito —cosa que ya está haciendo Jennifer— y se reparten al azar. En tu turno, debes contestar preguntas como si fueras la persona que te ha tocado y los otros tienen que adivinar quién eres.

Diría que no veo qué tiene de malo, pero, claro, responder a preguntas como si

fueras otra persona implica que saldrá a relucir lo que piensas de esa persona y, conociéndolos, el rollo no va a ir de cuál es tu color favorito. Habrá maldad. Asegurado.

Un par de minutos después ya estamos listos para jugar. A mí me ha tocado el futuro doctor Seaver y ahora mismo solo soy capaz de pensar en todos los chistes sobre estetoscopios que me contó June.

—Empiezo yo —dice Zoe con una sonrisa pícara. Está claro que le encanta este juego.

Hay un par de preguntas de calentamiento, pero enseguida van a las jugosas: «¿con quién te acostaste en el baile de graduación?», «¿qué es lo más bochornoso que hiciste en el instituto?». Salvo que el papel con mi nombre le haya tocado a Avery, estoy a salvo.

—¡Ese no soy yo! —se queja Luke entre risas cuando Joy Ann acierta que era a él a quien estaba interpretando Zoe.

La propia Zoe hace una reverencia como si estuviese despidiéndose del público en un teatro.

Todo va bien y tengo que reconocer que no me siento tan incómoda barra fuera de lugar como pensé que me sentiría. Puede que incluso me divierta un poco. Ver para creer, Hannah.

—Mi turno —llama la atención de todos Jennifer.

Dejamos de comentar y de reírnos y nos centramos en ella.

—La primera, una fácil —plantea Avery—. ¿Eres chico o chica?

—Chica.

—La segunda, un clásico —continúa Joey—: ¿Con cuántos te lo montaste en el instituto?

Joy Ann bufa con desaprobación y Avery y yo negamos con la cabeza.

—Parece que lo único que te interesa es saber quién se tiraba a quién —le recrimina Teagan burlón.

—Y dónde —añade Luke.

—No, no, no —se apresura a replicar Joey—. Lo que pasa es que soy muy competitivo y quiero ganar hasta a esta estupidez de juego. Esa es una gran pregunta para descartar.

Alza las cejas mirándonos alternativamente, retándonos a desmontar su teoría. Obviamente, no podemos.

—Tiene razón —respondo resignada.

—Gracias —contesta Joey ceremonioso—. Jenn, dale —apremia a su amiga.

Ella se hace la interesante un par de segundos.

—Me creo demasiado importante para estar con más de un chico, así que solo con uno.

—Joy Ann —responde veloz el doctor Seaver.

Todos estallamos en carcajadas por su efusividad y su hermana le lanza una lata vacía que él esquiva sin problemas y sin dejar de reír.

Jennifer niega con la cabeza.

—He dicho que me creo demasiado importante, no que lo sea.

Vale. Cambio de opinión. No sé por qué empiezo a pensar que no va a gustarme cómo va a acabar esto.

—Entonces, ¿no te interesaba ligar? —plantea Luke.

—Digamos que estaba muy concentrada en mi objetivo —responde Jennifer.

—¿Y lo conseguiste? —sigue Zoe.

—Tuve que hacerme la mosquita muerta —contesta irritada—, pero, sí, al final lo conseguí.

—¿Al menos fue el polvo de tu vida? —indaga Joey.

—Desde luego —sentencia entre risas a juego con las de Zoe—. La mañana siguiente es lo que creo que no salió exactamente como esperaba.

El estómago se me cierra de golpe porque es más que obvio que mi nombre es el que está escrito en su papel. Avery me mira con empatía.

—Se acabó —gruñe Jamie.

—¿Por qué te pones así? —plantea Jennifer, como si no entendiese dónde está el problema. Supongo que a él tampoco le gusta que le recuerden lo que pasó.

—¿Te dejó tirada? —insiste Joey pasando de todo.

Luke se termina su cerveza prácticamente de un trago, incómodo y malhumorado, y centra sus ojos azules en el lago. Jamie fulmina a Jenn con la mirada y ella mueve la vista de él a Joey para negar con la cabeza, burlona.

—¿Y si cambiamos de juego? —plantea Avery tratando de salvarme el culo—. Yo estoy empezando a aburrirme.

Jamie se levanta dispuesto a que de verdad lo hagamos, pero yo me adelanto hablando llena de seguridad.

—Mejor terminamos la partida.

Me jode como pocas cosas en mi vida que la imbécil de Jennifer Morris quiera reírse de mí utilizando un estúpido juego. Lo que no estoy dispuesta a permitir de ninguna de las maneras es que crea que ha ganado.

De pronto el jardín parece haberse sumido en un silencio sepulcral y las miradas de lástima comienzan a volar en mi dirección.

—No me dejó tirada. Fue mucho más divertido —continúa Jenn—. No para mí, claro —añade y hace un estúpido puchero antes de volver a su estúpida sonrisa—, aunque, ¿quién sabe?, a lo mejor ya le he encontrado la gracia. ¿Tú qué crees, Pequeña Hannah?

—Tiene mi papel —la corto mirándola a los ojos, dejándole claro que no me da ningún miedo—. Lo siento, Joey. Este punto me lo llevo yo.

Jennifer me mantiene la mirada y ya sé que no va a rendirse. Es evidente que hay personas que son horribles de críos y continúan siéndolo de adultos. Da igual cuántos años pasen.

—Siempre he tenido una duda —plantea con esa sonrisa falsa de arpía total—: ¿quién te dolió más que pasara de ti, Luke o Jamie?

Maldita sea, esa ha dolido... pero no pienso demostrárselo ni siquiera un poquito.

—Jennifer, basta —interviene el propio Jamie, pero lo miro diciéndole sin palabras que no necesito que ni él ni nadie me defienda.

—Yo también tengo dudas —replico imitando su sonrisa. No me sale tan bien. La suya va con años de experiencia—. ¿Cuándo te dolió más que Jamie pasara de ti, cuando estábamos en el instituto o ahora?

Joey suelta un silbido y todos los demás nos observan muy atentos en silencio.

—Pintas aquí tan poco como pintabas hace cuatro años —contraataca Jennifer molesta—, pero, ey —añade buscando hacer daño—, no me malinterpretes, me parece guay acoger a minorías.

—En eso estamos de acuerdo —sentencio encogiéndome de hombros—. Me apetece tan poco estar aquí como cuando teníamos diecisiete y, si vas a intentar hacerme sentir mal con algo más, puedo ahorrarte el trabajo: en la universidad me ha ido bastante bien y me he esforzado mucho en no coincidir con Jamie, nunca, que eso no te quite el sueño. —Jennifer aprieta los dientes amenazante—. No quería venir a Paradise Falls y el único motivo por el que estoy aquí es por Avery. ¿Podemos seguir jugando a esta estupidez?

—No creo que... —intenta convencerme mi amiga, pero yo ya he pillado carrerilla y no voy a parar. No estoy dispuesta a permitir que vuelvan a tratarme como si no valiese nada, ni ellas, ni nadie, nunca más. Alguien tiene que pararle los pies por mí y por todas las chicas a las que han hecho sentir así y pienso ser yo.

—Me toca —digo alzando mi papelito doblado.

—Hannah... —intenta frenarme Jamie.

Nuestras miradas se encuentran. Solo necesito un segundo para darme cuenta de que está preocupado por mí y enfadado con la situación, pero a él también le vale solo un segundo para entender que no va a poder convencerme.

—Soy chica —anuncio, porque por supuesto ya no soy Teagan—. Ahorrémonos las preguntas fáciles.

—¿Con cuántos...? —empieza Joey con su cuestionario estrella.

—¿De verdad? —plantea Joy Ann incrédula recordándole que no es el momento.

—No me aburrí —contesto al «¿con cuántos te lo montaste?» inacabado de Joey—y

no habría ningún problema con eso si no fuera porque solo lo hacía para llamar la atención de un chico.

Jennifer me fulmina con la mirada. ¿Ya ha entendido de qué va? Mejor.

—¿Y lo conseguiste? —continúa Joey.

—¿Para que se acostara conmigo o para que quisiera estar conmigo? —pregunto a mi vez entrecerrando los ojos y con mucho retintín.

Eso también lo ha pillado. Pues otra vez mejor.

—¿Lo primero?

—Sí —respondo rápida.

—¿Lo segundo? —indaga con una sonrisa pasándoselo de cine.

—*Nop* —sentencio disfrutando de cada letra—. ¿Y sabes qué fue lo realmente interesante? El cumpleaños de Joy Ann y Teagan —continúo y Jennifer palidece para justo un segundo después ponerse roja de rabia. Donde las dan, las toman—. Sabía que él iría y me puse el vestido más corto, ajustado y brillante de todo el estado, pero no solo pasó de mí, sino que ni siquiera se presentó. Aunque ¿sabéis quién sí me hizo caso? Mark Addison.

Esas dos palabras son mi venganza. Yo estaba al día de los cotilleos del Paradise High, pero obviamente no hasta ese punto (no era Simon en *Alguien está mintiendo).* Luke estuvo en aquella fiesta y me lo contó. Jamie, Joy Ann y el propio Luke son los primeros en atar cabos y mirarme. La exjefa de animadoras aparta rápido la mirada. Ellos, no. Y no sé si ha convertido en una venganza a tres o si estoy enfadada con ellos por el aluvión de malos recuerdos de los últimos diez minutos, pero nos quedamos atrapados.

—Estás mintiendo —me devuelve al aquí y ahora Zoe—. Yo estaba saliendo con Mark en el cumpleaños de Joy Ann y Teagan y no pasó de mí.

—Pero tú te fuiste pronto a casa, ¿verdad? —comenta el doctor Seaver haciendo memoria—. Tus padres te habían castigado por lo que pasó en la piscina.

Zoe frunce el ceño confusa al caer en ese detalle. Parece que este juego ya no le hace tanta gracia.

—¿Te lo tiraste? —me pregunta Zoe claramente muy cabreada.

Yo tuerzo los labios fingiendo que todo esto me disgusta un montón y asiento un par de veces.

—En el cuarto de Joy Ann.

—¿Qué? —inquiere atónita la dueña de la habitación—. ¿En mi cama?

Zoe lleva su vista, alucinada, hasta Jennifer y ella abre y cierra la boca un par de veces intentando explicarse y no encontrando las palabras para hacerlo.

—¿Eres Jennifer? —pregunta Joey con una sonrisita.

—Tenemos un ganador —respondo señalándolo.

—¡Yo te presté ese vestido! —estalla Zoe.

—Digo esto ya como Hannah —suelto muuuyyy inocente. Al fin y al cabo, es lo que ellas dan por hecho que soy. ¿Por qué no aprovecharlo?—. Creo que mola muchísimo que lo compartierais todo.

—¿Cómo pudiste? —le recrimina Zoe levantándose.

—Tía... —musita Jennifer.

—Las demás no tenemos culpa de que Jamie pasara de ti para quedarse en la cafetería de sus padres a hacer un estúpido trabajo de Historia —la interrumpe.

Esa frase hace que Jamie y yo nos busquemos con la mirada. Ese trabajo, todas esas noches en la cafetería, estábamos juntos y a mí me encantaba... Y después pasó todo lo demás y ahora estamos aquí y me siento como una tonta por pensar que estoy jugando con fuego y no voy a quemarme.

—Me voy a dormir —le digo a Avery antes de levantarme. Solo me importa que ella me oiga.

Necesito un respiro o, lo que es lo mismo, alejarme de los populares un rato.

—¿Estás bien? —se preocupa mi amiga poniéndose veloz en pie.

Asiento.

—Solo un poco cansada —miento... digo, sintetizo.

Doy el primer paso dubitativa hacia el lado donde están las toallas de Joey y Luke. Debería hablar con él y preguntarle si le ha molestado que haya «compartido» con todos el secreto que me contó, pero antes de dar el segundo paso cabeceo y cambio de dirección hacia la puerta. Sé que no le ha importado lo más mínimo. Preocuparse por esas cosas, preocuparse en general, no va con Luke.

Pero cuando me quedan un par de metros para llegar a las escaleras, un pequeño fogonazo llama mi atención más allá del porche. Es el Zippo de Jamie encendiéndose. La luz se refleja en su rostro iluminándolo y bañándolo de peligrosidad. Jamie da una calada y alza la mirada hasta el cielo con el cuerpo tenso, con el pelo revuelto por haberse pasado la mano una decena de veces por él. Cuando baja la cabeza y nuestras miradas se encuentran sé que sigue preocupado por mí, enfadado con todo esto. Y yo estoy llena de rabia, triste, me siento fuera de lugar, una inadaptada... y es así con todos, pero a pesar de todo, esta noche, como las que pasábamos en la cafetería, no me siento así con él.

Jamie McQueen me hace sentir bien y no quiero sentirme bien por él.

Maldita complicidad.

Capítulo 27



Le digo a Avery que no hace falta que me haga compañía, pero ella se pone en plan mamá osa y no acepta un no por respuesta, así que nos quedamos en mi habitación charlando y viendo *Heartstopper* en mi móvil. Da igual cuántas veces la haya visto ya y cuántas me haya leído los libros. Podría hacerlo un millón más.

Mi amiga está roncando a mi lado cuando termina el último capítulo. La miro y sonrío. Parece que esta noche voy a tener que compartir cama. Pero antes necesito un poco de agua.

Salgo al pasillo. La casa está tranquila y a oscuras. Creo que ya se han acostado todos. Camino procurando no hacer ruido y alcanzo las escaleras.

Me sirvo un vaso de agua y cierro el frigo con la cadera antes de regresar a la isla de la cocina. Echo un vistazo a mi alrededor. Si yo fuera chocolate, ¿dónde estaría? Mientras estoy registrando los armarios sin ningún tipo de éxito me doy cuenta de que la nevera no se ha cerrado. Vuelvo a empujar la puerta, asegurándome de que se queda en su sitio, y me siento en uno de los taburetes.

Me cruzo de brazos sobre la madera. El día de hoy ha sido como una especie de montaña rusa de emociones. Al principio estaba MUY nerviosa. Después me he divertido con Jamie en Lakeside y en nuestro «entrenamiento». Sonrío al recordarlo. La conversación con Luke en el trastero ha sido, no sé, intensa y confusa. Con los demás he llegado a estar... cómoda... hasta el estúpido juego.

Y sin chocolate.

La vida puede ser muy complicada a veces.

—¿Qué haces aquí? —pregunta.

Su voz me hace dar un respingo y Jamie sonríe encantado por mi reacción. Malditos chicos guapos, ¿pueden dejar de darme sustos que amenazan mi salud cardiovascular? Gracias.

Está apoyado en el marco de la puerta de la cocina, con las manos en los bolsillos del pantalón corto gris que lleva como pijama junto a una camiseta blanca. Está descalzo y despeinado y, por alguna misteriosa razón, aún más bueno que cuando me he ido a mi habitación. Señor, qué cruz.

—Ahora mismo, morirme del susto —digo tratando de resultar amenazante. No estoy segura de conseguirlo.

—¿No podías dormir?

Niego con la cabeza.

Él asiente como si mi gesto le confirmase lo que ya sabía y echa a andar hacia uno de los muebles. Lo abre, rebusca en su interior y lo cierra. Repite la misma operación con los tres siguientes.

—¿Qué haces? —indago curiosa.

—Buscar chocolate —contesta como si fuera obvio y juro por Dios que lo intento, pero ahora mismo es del todo imposible que no sonría. ¡Me está buscando chocolate!

—Siento decirte que no hay —respondo mirando hacia delante para que no vea la cara de boba que debo de estar poniendo ahora mismo.

—¿Has mirado en la nevera?

—¿En la nevera? —replico con el ceño fruncido—. El chocolate no se puede guardar en la nevera. Pierde el sabor.

—No creo que el futuro doctor Seaver tenga en cuenta ese tipo de cosas.

—¿A ti también te hace gracia llamarlo doctor Seaver? —inquiero burlona mientras él busca en el electrodoméstico en cuestión.

—Es la hostia —sentencia travieso y los dos sonreímos hasta casi reír.

Observo cómo Jamie cierra el frigorífico sin botín y se acomoda en el taburete junto al mío.

—Siento lo que ha pasado antes con Jennifer.

¿Me gusta que me miren con compasión? No. ¿Quiero que cualquiera de ellos piense que todavía me afecta lo que ocurrió hace cuatro años? Un «no» aún mayor. ¿Me hace sentir un poco mejor que él me diga eso? Sí.

—En honor a la verdad, era el juego perfecto para que se comportara como una zorra total. Se lo he puesto en bandeja —bromeo y quiero sonreír pero no me queda demasiado auténtico.

—Solo ha dicho tonterías —trata de que me sienta mejor—. Cuando íbamos al instituto, tú no eras así.

—¿Cómo? ¿Una pringada? —pregunto divertida por aquello de usar el humor como escudo. A nadie le gusta ser la perdedora de la historia ni asumir que los demás te veían así.

—No eras una pringada.

—No tienes que intentar que me sienta mejor.

—Genial, porque no era eso lo que estaba haciendo —argumenta muy convencido —. Solo me estoy limitando a aclararte cómo eran las cosas por si esa cabecita tuya se ha empeñado en recordarlas de otra forma.

Tuerzo los labios conteniendo una sonrisa. La verdad es que, cuando quiere, puede ser muy mono... y un idiota, un idiota muy mono.

—Sé que solo era una estupidez de juego —explico apoyando los codos en la isla y la cara entre las palmas de mis manos— y cosas que pasaron hace tanto tiempo que no debería ni recordarlas, pero ha conseguido que me sintiera mal. Por Dios —me lamento moviendo las palmas hasta cubrirme los ojos—, soy una imbécil.

—No es verdad —dice otra vez sin dudar y como antes logra reconfortarme.

—Lo tienes muy claro —respondo con una sonrisa.

Jamie asiente.

—Nadie tiene derecho a hacerte sentir así, Hannah.

Nuestros ojos se encuentran cuando pronuncia mi nombre. Tengo el impulso de corregirlo con un «Pequeña Hannah», pero me lo callo porque no quiero hacerlo.

Nos quedamos enganchados a la mirada del otro. Es como llegar a puerto seguro. Creo que nunca me había sentido así y me gusta.

Sus ojos me gustan.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

—Dispara —contesta.

—¿Por qué dejaste a Jennifer cuando estábamos en el instituto?

No sé qué voy a ganar preguntando eso, pero tampoco me apetecía aguantarme las ganas.

—Creía que tenías muy claro lo que pasaba en la vida de los populares en aquella época —comenta burlón.

Touché.

Achino la mirada en un punto en el techo.

—Puede... —admito alargando las vocales un poquito más de lo necesario— que se me escaparan algunos detalles.

Jamie sonríe y yo imito su gesto. Toda la casa está sumida en un suave silencio, como si el bosque que la rodea nos protegiese del mundo.

Me mira, de verdad, y un montón de cosquillitas superagradables me recorren de pies a cabeza haciéndome olvidar, sin darme cuenta, cualquier otra cosa.

—Creo que es un poco tarde para ese tipo de confesiones, Hannah Martínez —suelta al fin y yo respondo con un resoplido enfurruñado y decepcionado que lo hace romper a reír.

—Eres lo peor —me quejo en broma dejando caer mi mejilla contra mis brazos cruzados sobre la isla.

Jamie sigue sonriendo. Tiene una sonrisa muy bonita.

—¿Y alguien te ha dicho alguna vez que no podrías ganarte la vida como interrogadora profesional? —replica socarrón.

—Eso no me ofende —respondo contagiada de su humor—. Sería una interrogadora profesional fantástica. Se me rifarían.

—Sí —contesta pensativo como si cayera en la cuenta de algo—. La CIA siempre necesita personas que intercambiar cuando secuestran a alguien. Podrían intercambiarte a ti.

—Si me envían a un sitio bien lejos de ti, pediré el intercambio voluntaria.

—Por fin podría vivir tranquilo —sentencia tan melodramático que me hace sonreír —. ¿Qué tal China?

Niego con la cabeza, lo que es un poco complicado teniendo en cuenta que sigo con la mejilla pegada a mi antebrazo, pero no me apetece moverme. Estoy muy cómoda.

—Hawái —elijo.

Un mechón resbala de mi coleta y me cae encima de la cara. No quiero cambiar de postura, así que intento apartármelo con un resoplido. No funciona. Pruebo con uno más fuerte. Tampoco. Jamie sonríe.

—Creo que estarías muy bien allí. —Mueve la mano y despacio me mete el mechón de pelo detrás de la oreja. Suelto un suspiro agradecido acompañado de una sonrisa. Incluso cierro los ojos. Es comodidad absoluta al mil por mil—. Mucho sol, aguas cristalinas, cantidad de gente bailando el hula.

—Y si vinieras a verme, podría tirarte a un volcán —añado con una sonrisilla abriendo los ojos y conectándolos con los suyos—. Son todo ventajas.

Jamie esconde la punta de la lengua entre los dientes conteniendo una sonrisa traviesa.

—¿Estás dando por hecho que iría a verte? —plantea un poco engreído, un poco macarra y un poco payaso. Una combinación que contra todo pronóstico mola muchísimo—. ¿Ya me echas de menos?

—Lo hago por ti —respondo sin dejar de jugar— porque sé que *tú* —pronuncio haciendo hincapié en el pronombre personal— me echarías de menos a mí.

Nos miramos pensando nuestra siguiente estrategia en esta cruenta guerra sin cuartel hasta que una chispa divertida inunda sus ojos castaños y los dos estallamos en carcajadas.

El sonido de nuestras risas se entremezcla con el silencio, aislándonos un poquito más de todo lo demás.

Me siento bien. Y da igual cuántas veces lo haya dicho o pensado desde que ha entrado en la cocina porque han sido todas verdad.

—Creo que lo que más me gustaría en el mundo es dejar de sentirme como una estúpida por lo que pasó hace cuatro años —confieso.

Sé que es una locura que me sincere justo con él y creo que es porque estamos en una cocina en mitad de la noche, pero siento que puedo hacerlo de verdad, sin

preocuparme de nada más.

—No hablo del engaño en sí, aunque un poco también —continúo y siento que por fin estoy soltando lastre, llegando al fondo del asunto titulado «Motivos por los que la Pequeña Hannah se ha convertido en una escapista profesional. Volumen uno» (mi vida es un desastre, da para más tomos)—. Me refiero a que estaba enamorada de Luke hasta las trancas y quiero poder parar de pensar que no significué nada para él.

Eso es lo peor. Sentir que estabas dispuesta a todo por una persona y que el «y viceversa» lo tenías muy muy lejos. Empiezas a preguntarte cosas como ¿en serio no podía haberlo visto venir?, ¿mi radar para saber cuándo confiar está roto?, ¿soy idiota, así, en general? Puede que esas preguntas me atormenten un poco.

—Significaste mucho para Luke —sentencia Jamie.

Mi corazón pierde un latido o gana un millón, no lo sé.

—Tú no lo sabes.

—Conozco muy bien a Luke. Claro que lo sé.

Inmediatamente busco su mirada con algo parecido a la esperanza. No por lo que tuviese o no con Luke, sino por mí. Por esa pregunta. ¿Fuiste una idiota? Parece que no, Hannah Martínez.

Sonrío. Y esa sonrisa también es por mí.

—Gracias —pronuncio.

—Es la segunda vez que me lo dices. Al final vas a conseguir que me acostumbre —bromea, pero su voz parece diferente.

—Sí, a mí también me parece superraro decírtelo —me burlo y los dos volvemos a sonreír.

El reloj sobre la nevera entra en mi campo de visión. Son casi las cinco. Ni siquiera me había dado cuenta de lo tarde que es. El tiempo ha volado.

—Será mejor que vuelva a la cama —digo bajándome del taburete—. Si Avery se despierta y no me encuentra, va a creer que he robado un coche y me he fugado.

—Si vas a robar un coche... —anuncia un consejo de esos que te van a hacer reflexionar—... roba el de Joy Ann.

Tuerzo los labios conteniendo la enésima sonrisa.

—De eso nada, robaré el tuyo. Huiré en tu Jeep solo para fastidiarte y asegurarme de que tienes que perseguirme.

Jamie pone los ojos en blanco fingiéndose hastiado justo antes de sonreír macarra de medio lado. Lo dicho, es un idiota, pero uno muy mono.

Ya voy a marcharme cuando en el último momento apoyo una mano en el marco de la puerta y me giro.

—No había imaginado que dejar de odiarnos temporalmente iba a estar tan bien.

Si va a ser una noche de confesiones, hagámoslas todas.

Jamie me mantiene la mirada y todas las hojas del otoño y el chocolate y los granos de café y el caramelo fundido llenan sus ojos. Son unos ojos increíbles.

—Lo mismo digo —contesta.

Vuelvo a sonreír a la vez que bajo la cabeza porque creo que me estoy sonrojando. Ni idea del motivo.

—Buenas noches —me despido caminando ya en dirección a las escaleras.

—Buenas noches, Hannah.

Antes de alcanzarlas giro la cabeza hacia la cocina y los dos sonreímos por última vez. Estoy empezando a pensar que con él no tengo que guardarme nada. No tengo que fingir... Puedo ser yo.

Y es una pasada.

Capítulo 28



Abro un ojo y lo utilizo para fulminar la ventana abierta por la que entra cantidad de sol. ¡Estoy muerta de sueño! Avery ya se ha despertado, duchado, vestido y largado. Tengo las peores amigas del mundo. (¡Se levantan de buen humor! ¡Y pretenden hablarme! Eso debería ser ilegal.)

Me recojo el pelo en una cola de caballo desastrosa y sin preocuparme de ponerme unas chanclas bajo a la planta principal. Mi misión: una taza de café... y chocolate, pero no tengo chocolate. Puede que llore. Solo un poco. Me lo estoy planteando.

—Buenos días, amor de mi vida —me saluda Avery al verme entrar.

—Creía que ese era Teagan.

—A la mierda los tíos —responde enérgica con una sonrisa enorme—. Mi mejor amiga es el amor de mi vida.

No me queda otra que sonreír ante semejante declaración.

—Me gusta eso. Es feminista, un poco corporativista y me da la posibilidad de reírme del doctor Seaver —argumento yendo hasta la Nespresso y preparándome un café extralargo.

—¿June y tú tenéis pensado dejar de llamarlo «doctor Seaver» en algún momento?

Niego dándole un sorbo a mi café recién hecho.

—No, y no deberías preocuparte solo por nosotras. Jamie también lo llama así. Se está extendiendo —añado con voz de peli de miedo, pero una de esas de los ochenta con el prota con un peinado supercurrado.

—Con que Jamie, ¿eh? —inquiere perspicaz—. Desde que hemos llegado a la casa del lago, estáis pasando mucho tiempo juntos.

—Llegamos ayer —le recuerdo—. Así que, oficialmente, eres una saca conclusiones de pacotilla.

—Esto huele a perdón y volver a ser amigos —canturrea.

Yo la miro mal, pero ella pasa de mí, así que decido pasar de ella y ponerme a buscar chocolate armario por armario de nuevo. No pierdo la esperanza.

—Cariño —la llama Teagan entrando en la cocina y yendo flechado hasta ella—, estás aquí.

Obviamente no se ha dado cuenta de que yo también estoy aquí.

Le da un beso de película a su chica y, cuando le deja recuperar un poco de oxígeno, mi amiga está roja como un tomate. Ella sí recuerda que estoy aquí.

—¿Por qué no subimos a la habitación? —le propone taladrándola con la mirada... Taladrar, qué verbo más apropiado—. Puedo hacerte eso que te gusta tanto y...

—Hannah está ahí —lo interrumpe Avery a punto de sonrojarse todavía más (si es que eso es posible).

El doctor Seaver desvía la mirada hacia mí y yo lo saludo con la mano.

—Lo que puedo hacerle que le gusta tanto es... —trata de explicarse sin ningún tipo de éxito y yo le mantengo la mirada aguantándome la sonrisa sin mucho éxito tampoco mientras Avery está a punto de morirse de la vergüenza—. ¿Hay alguna manera de que pueda arreglar esto? —se sincera al ver que lo tiene muy complicado.

—No —respondo divertida.

—No —repite rápido—. Buenos días, Pequeña Hannah —concluye cogiendo a mi amiga de la mano y llevándosela hacia la puerta.

—Buenos días, Teagan —contesto burlona—. Buena suerte con eso que te gusta tanto... —añado conteniéndome para no romper a reír.

—No te atrevas —me exige mi mejor amiga y mis carcajadas resuenan por toda la cocina.

—Buenos días —me saluda otra voz entrando en la cocina.

Controlo mi risa y me hago a un lado porque estoy apoyada en la encimera justo delante de la máquina de café.

—Buenos días, Joy Ann.

Nivel de lo que me apetece estar en la misma habitación de la casa del lago con ella: menos dos millones. Bueno, lo dejo en menos un millón. Tengo que reconocer que desde que volvimos a coincidir está... diferente. Solo me queda decidir si puedo fiarme o no.

Me planteo poner una excusa y largarme, pero no voy a hacerlo. Nada de dejarles pensar que me afectan porque paso de todo.

Joy Ann no dice nada y nos pasamos el siguiente par de minutos en silencio. La isla entra en mi campo de visión y sin darme cuenta sonrío. Hace unas cinco horas Jamie y yo estábamos charlando y riéndonos y haciendo el tonto justo ahí. Parece que eso se nos da muy bien.

—Oye —me llama la exjefa de animadoras devolviéndome de golpe al aquí y ahora —, no se me da bien esto de andarme por las ramas —se disculpa no muy amable pero muy directa. Eso siempre me ha gustado de ella. Es superfranca y, si no lo utiliza para el mal, mola—, pero quiero que sepas que me alegro de que estés aquí.

Vaya. Eso sí que no me lo esperaba.

—No estoy aquí por vosotros —va en serio lo de que aún no sé si puedo fiarme o no de ella—, pero está guay oírlo.

Joy Ann asiente entendiendo lo que digo y por qué lo digo.

—Jennifer se pasó muchísimo y créeme que se lo dejé bien claro.

Niego con la cabeza a la vez que vocalizo:

—No necesito...

—Lo sé. No necesitas que te defiendan. Eso lo dejaste bien claro anoche —añade con una sonrisa.

Se la devuelvo, aunque la mía es un poco más pequeña y también un poco más cautelosa.

—Jennifer está colada por Jamie —me explica.

—No lo había notado —replico irónica.

Las dos sonreímos y creo que esta vez las dos son de verdad.

—Está celosa.

Frunzo el ceño.

—¿De mí? —inquiero completamente extrañada.

—Sí.

Resoplo encogiéndome de hombros. Es una completa estupidez.

—Entre Jamie y yo no hay nada.

Y nunca lo habrá. Ni siquiera somos amigos. Esto es solo una tregua estratégica.

Joy Ann asiente de nuevo, pero no sé por qué tengo la sensación de que hay algo de perspicacia en el gesto.

—De todas formas, no dejes que te amargue estas semanas —me advierte sobre Jennifer.

Yujuu. Mi estancia en la #horriblecasadellago promete.

—No lo haré —respondo.

¿Cómo? Dejemos esa interesante pregunta para más adelante.

—El servicio de compra a domicilio ya está aquí —comenta burlón Jamie entrando en la cocina con dos bolsas hasta arriba de alcohol, quiero decir, cosas... ¿A quién pretendo engañar? Trae alcohol. Mucho alcohol. Jamie y Teagan han sido los encargados de ir al súper.

—¿El servicio a domicilio siempre ha sido tan quejica? —plantea Joy Ann.

Yo suelto una risilla y ella mira a Jamie orgullosísima de su comentario. Él la observa hastiado, condescendiente y engreído en esa supermezcla que se la da tan bien poner.

Las dos estamos por encima de la situación o lo intentamos porque dos segundos después rompemos a reír mientras él niega divertido con la cabeza.

—Os veo ahora —se despide Joy Ann dirigiéndose al piso de arriba.

Yo me quedo apoyada en la encimera mientras Jamie comienza a sacar los

botellines de cerveza y a guardarlos en la nevera.

—¿Qué tal has descansado? —pregunta.

—Poco —contesto enfurruñada cruzándome de brazos—. Aún estoy muerta de sueño.

Ahora es su turno de soltar una risilla y yo lo miro supermal. Otro desalmado que se levanta de buen humor. Estoy rodeada.

—Eres una gruñona.

Abro la boca indignada y solo la cierro para achinar los ojos sobre él (así tiene más efecto).

—No soy una gruñona —replico—. Tú eres un gruñón todo el tiempo.

Jamie se detiene en su camino hasta la encimera para seguir sacando cervezas de la bolsa y finge pensarlo un par de segundos.

—Ya, no lo creo —comenta volviendo al frigo cargado esta vez de latas.

—Si alguna vez tengo el superpoder de asesinar con la mirada, tú serás mi primera víctima.

Jamie rompe a reír delante de la nevera encantado con mi reacción homicida y yo trato de seguir con eso de mirarlo mal, pero me lo pone muy complicado. No quiero que me vea sonreír, el muy payaso, así que me giro, aún con los brazos cruzados, para esconder la prueba del delito: mi sonrisa.

—Échame una mano —me pide Jamie—. Ve al coche y trae lo que queda en el maletero.

Yo muevo mi vista hasta el techo llevando la cabeza hacia atrás con todo el melodramatismo del mundo.

—Estoy supercansada —gimoteo.

—Vamos. Solo será un momento —contesta inmisericorde.

—Ni siquiera llevo zapatos —me lamento de nuevo con voz de pena.

—¿Y la culpa de quién es?

Resoplo alto, fuerte y claro.

—Te odio un montón —me quejo justo antes de echar a andar con desgana y a regañadientes.

Él no me mira, pero por el rabillo del ojo lo veo sonreír.

—Maldito sol —refunfuño cuando salgo al porche y tengo que entrecerrar los ojos para poder ver algo.

Zoe está haciendo yoga en el jardín escuchando música en su móvil.

Al llegar al coche de Jamie, muevo la mano y sigo la carrocería del Jeep blanco con la punta de los dedos hasta el maletero.

—Seguro que sea lo que sea lo podría haber traído él —refunfuño otra vez, imposible una palabra que lo defina mejor, bajito, en español y para mí—. Solo quería

molestarme. ¿Y la culpa de quién es? —imito su voz con tono grave a modo de protesta—. Es...

Pero entonces pasa que *Gorgeous,* de Taylor Swift, comienza a sonar, abro la portezuela y la veo. Una cajita rosa. La sonrisa se dibuja en mis labios antes de abrirla y se vuelve estúpidamente grande cuando lo hago y descubro un *brownie* perfecto y delicioso lleno de pepitas de chocolate.

Jamie McQueen, eres increíble.

Rápida, cojo la caja y regreso al interior de la casa.

—Es una persona horrible, señor McQueen. Me ha traído chocolate —anuncio ceremoniosa deteniéndome en la puerta de la cocina.

La música inunda el ambiente.

—Me alegra que entienda el mecanismo para abrir una caja, señorita Martínez —responde contagiado de mi humor.

—Está claro que merece un castigo —sentencio y ya no puedo más y vuelvo a sonreír.

Me siento en uno de los taburetes y abro la caja entre los dos. Jamie se sienta a mi lado y empezamos a comer. Tardamos dos segundos en romper a reír otra vez.

Me ha traído chocolate.

Capítulo 29



Avery y yo nos pasamos la mañana sentadas en los escalones del porche charlando, viendo vídeos en TikTok y tratando de grabar los nuestros. Hablamos dos veces con June y las tres repasamos todo lo que ha pasado desde la fiesta de compromiso.

Se ríen un poco de mí porque ahora esté pasando tiempo con Jamie, mi enemigo declarado, pero yo finjo que no hay nada de que hablar. Empieza a dárseme genial (debo usar este don solo para el bien).

Conforme se acerca la hora del almuerzo, el resto de habitantes de la casa empiezan a aparecer. Teagan se sienta con nosotras mientras los demás bajan hasta la zona de las tumbonas a unos poquitos metros.

Luke, con una camisa de manga corta blanca solo con los dos botones del centro abrochados y el bañador surfero, con gafas de sol y el pelo revuelto, se sienta en el borde de la tumbona donde está Joey, que le pasa una pelota de fútbol, y siguen charlando.

Joder. Qué guapo.

Joy Ann y las chicas bajan un poco más hasta las sillas que están más cerca del lago.

La puerta suena otra vez y Jamie sale con la misma camiseta, el pantalón corto y las deportivas que llevaba antes y, por supuesto, sus Ray-Ban. Me da un tironcito de la coleta cuando pasa a mi lado. Yo lo sigo con la mirada mientras baja las escaleras esperando a que me mire para sacarle la lengua. Él sonríe y camina hasta la tumbona que queda libre junto a los chicos.

Se saca el móvil del bolsillo y se deja caer en ella con la vista en la pantalla.

Nos pasamos el siguiente puñado de minutos así. La verdad es que es de lo más agradable. La temperatura mola, estoy con Avery y el doctor Seaver es mucho más gracioso de lo que recordaba. Solo ha habido un chiste sobre auscultar gente y no ha estado mal.

Mi móvil a mi lado vibra sobre el suelo de madera avisándome de un mensaje. Si es June, tengo que contarle el chiste.

Habla de fútbol.

Es Jamie.

¿Por qué?

Me envía ese gif del actor de *Iron Man* poniendo los ojos en blanco.

Por el plan. Espabila, Martínez.

Yo lo miro mal en la vida real, pero pasa de mí, así que le envío el emoticono superenfadado y él a mí el que está guiñando un ojo, el muy descarado.

¿Y qué quieres que diga, idiota, digo, Jamie... no, mejor idiota?

Al leer mi mensaje Jamie se muerde el labio inferior para contener una sonrisa y ladea la cabeza para mirarme. Yo le sonrío enseñándole todos los dientes, mostrándole mi total falta de arrepentimiento y haciendo que ahora sí que no pueda aguantarse la sonrisa. Menos mal que nadie nos presta atención.

Creía que ya eras toda una experta en fútbol.

Emoticono superenfadado otra vez. Se lo ha ganado.

¿Y qué me gano yo? Otra sonrisa que rápidamente imitan mis labios. Es imposible.

Di que mola que los Chiefs hayan ganado la Super Bowl, pero que el campeonato de la AFC se lo merecían los Bengals. Di que ha sido por su tackel izquierdo.

Observo la pantalla y suelto un suspiro. Miro a Jamie, que asiente con discreción dándome valor. Puedo hacerlo.

—Los Chiefs no están mal, ¿sabes? —digo más alto de lo que he estado hablando con Avery y Teagan hasta ahora para que Luke pueda oírme—, pero las cosas como son: el campeonato de la... —¡Mierda, se me ha olvidado! ¡Rápido! ¡Haz memoria! ¡Haz memoria!—... AFC —uffff— tendría que haberlo ganado los Bengals.

Mi amiga me observa como si me hubiese vuelto loca. Joey y Luke han dejado de hablar y me prestan atención.

—Es por el tackel izquierdo —añado como si fuera superobvio mientras cojo el móvil fingiendo trastear distraída con él sin ningún motivo en especial.

Todos me están mirando como si hubiese perdido un tornillo.

No ha funcionado.

Espera.

Jamie tiene el móvil en la mano derecha casi pegando a la tumbona, escondido tras su propia pierna, así que nadie lo ve escribir.

—Han-Han, ¿desde cuándo te gusta el fútbol? —plantea incrédula Avery.

—Desde siempre —contesto con seguridad, aunque el sentimiento me esté flaqueando un poco.

¡Qué vergüenza! ¡No ha colado para nada!

Eres lo peor ideando planes, no tendría que haberme fiado de ti.

Mis planes son geniales, pero, como todo en esta vida, necesitan tiempo, cabezota.

Gruñón.

Me envía un gif de la rana Gustavo enfadada. Me hace gracia, pero no sonrío. ¡Estoy enfadada! Así que le mando uno del chasquido de Thanos para que entienda lo que haría con él si consiguiese el guantelete con las gemas del infinito. Responde con uno de la rana Gustavo otra vez, ahora vestida para la batalla con armadura y espada. Con este me cuesta más trabajo no reírme. Contraataco con uno de dos minions peleándose con la frase «Ese es tu destino». A lo que contesta «Los petos vaqueros me sientan de muerte». ¿Alguna posibilidad de no romper a reír? Claramente ninguna.

En lo que concierne a mi intento de ser una superentendida supermolona en fútbol, voy a rendirme, subir las escaleras y encerrarme en mi habitación cuando el sonido de alguien pisando la hierba dando un paso hacia mí llama mi atención.

—¿Por qué crees que es por el tackel izquierdo? —pregunta Luke. Él ha dado el paso.

Internamente sonrío. Externamente sigo con la mirada clavada en el móvil, como si no tuviese importancia.

Lo sabía.

No te tires el rollo.

Me envía el emoticono con las gafas de sol. Por supuesto es demasiado chulo para no tirarse el rollo.

Dile que Orlando Brown Jr. es el mejor con muchísima diferencia y eso le pone las cosas muy fáciles a Mahomes, y que si Burrow hubiese llegado con su línea ofensiva intacta, los Bengals les habrían dado una paliza.

Repito lo que me ha dicho como el mejor lorito del mundo. ¡No se me olvida ningún nombre! (Brutal.)

Luke me mira impresionado.

—¿Te gusta el fútbol? —me pregunta.

Asiento como si no tuviera ninguna importancia.

—Me gusta ver los partidos.

Debería preocuparme que él dijese algo como que en el instituto no me gustaba, pero sé que no va a pasar. Nunca hablamos demasiado de cuáles eran mis *hobbies,* salvo los libros que era como muuuuuy evidente. Además, teniendo en cuenta que a él le encantaba y yo estaba superenamorada de él, puede que alguna vez contestase «cómo mola» o «qué guay» cuando Luke me hablase de algún partido fingiendo que teníamos eso en común.

Ahora es Luke quien mueve la cabeza afirmativamente a la vez que una sonrisa se va dibujando en sus labios.

—¿Cuál es tu equipo?

—Los Giants.

—Siento que no le haya ido bien este año.

Yo me encojo de hombros y para rematar hago un pucherito. Soy un hacha de la interpretación.

Dile que tú sientes que los Jets sean
unos paquetes.

Luke ha fichado por los Jets.
No voy a decirle eso.

¡¿Se ha vuelto loco?!

Díselo.

Eres un mandón.

—Siento que los Jets sean un paquete —suelto.

Mentalmente aprieto los ojos con fuerza esperando el desastre.

Luke se me queda mirando, como Joey. Está claro. Lo he ofendido. Voy a tener que matar a Jamie McQueen. Lo siento, chicas del mundo, tendréis que encontrar a otro por quien suspirar. Taron Egerton no está mal.

Pero entonces su sonrisa se ensancha hasta casi reír al tiempo que Joey suelta un silbido y ríe también.

—La próxima Super Bowl es nuestra —me dice muy convencido sin dejar de sonreír.

—Ya veremos —respondo con su gesto contagiado en mis labios.

¡Ha funcionado!

Tienes que confiar en el maestro supremo.

¿Y qué hago ahora?

Ahora, nada.

—¿Qué te pareció el partido de los Chiefs contra los Eagles? —pregunta Luke.

Esa fue la Super Bowl de este año. Una cosa es que no entienda nada de fútbol y, otra, que viva en Marte.

—Estuvo muy guay —contesto. (Vaya, estoy viviendo un *déjà vu* de los diecisiete.)

—Fue increíble —añade y su hoyuelo hace su aparición estelar.

¿Cómo que ahora nada?

Déjalo con la miel en los labios.

No sé si esa me parece
una buena estrategia.

Tienes razón. Es mejor esta.

Por fin lo ha entendido. Espero impaciente su siguiente mensaje y es... la foto de un pingüino bailando el hula con el mensaje «Esta eres tú».

No puedo mirarlo abiertamente y fulminarlo, así que le envío el emoticono rojo de ira.

De reojo lo veo sonreír encantado por mi emoji-reacción.

Y tú eres lo peor.

A mí me pareces supermona.

Retiro lo de que eres lo peor. Eres lo peor al cuadrado.

Y controlas de mates. Inteligente y mona, ¿qué más se puede
pedir?

Yo tuerzo los labios divertida conteniendo una sonrisa y pensando mi venganza.

—Yo creo que los Eagles habrían ganado si hubiesen apostado por otro sistema de juego —sigue con nuestra conversación Luke.

Yo suelto un ruidito que sustituye un «sí», completamente concentrada en mi teléfono. Tengo que encontrar la foto perfecta.

Ah, ¿sí? Pues este eres tú.

Me aguanto la risa y de reojo espero a ver su cara cuando descubra la foto de una suricata intentando boxear y dándose un golpe a sí misma.

Esconde la punta de la lengua entre sus dientes luchando por no romper a reír. ¡Ja! ¡Gano yo!

Voy a hacerte un favor y voy a enviarte una foto mía de

verdad. Es de después de los entrenamientos. En los vestuarios.

¿Una foto suya? ¿De verdad? ¿En los vestuarios? Me muerdo el labio inferior pensativa... ¿Qué va a enviarme? Y justo en ese segundo caigo en la cuenta de que los jugadores suelen estar desnudos en los vestuarios. Estoy convencida de que la reportera que los entrevista después de los partidos tiene que estar repitiéndose todo el tiempo «No puedes decir la palabra *pene,* no puedes decir la palabra *pene»* mientras lo hace.

Seguro que el año que viene entrevista a Jamie... con ese pantalón blanco ajustado, sin camiseta, con el cuerpo sudado por el esfuerzo del partido, el pelo revuelto y las marcas negras debajo de los ojos. ¿Y si la foto que me envía es así? De pronto noto una oleada de calor apretarme el vientre y me pongo roja hasta las orejas.

Llega la foto, disimuladamente tomo aire mientras termina de cargarse —en el lago la cobertura no es muy buena— y... rompo a reír en cuanto la veo. ¡Es de una ratita duchándose en un fregadero! ¡Está subida sobre sus dos patas y se está enjabonando!

—Pequeña Hannah —me llama Luke.

—¿Qué? —murmuro confusa.

Por la manera en la que me mira y, más que nada, por cómo lo hace Avery, me doy cuenta de que no es la primera vez que trataba de llamar mi atención.

—¿Vamos a dar una vuelta? —pregunta.

Me tiende la mano. Mi cerebro rebobina la escena, entiende lo que pasa y yo... asiento. Supongo que, si quiero que el plan funcione y poder vengarme, antes tengo que pasar tiempo con él.

—Claro —respondo.

Obvio su mano y me levanto por mi cuenta.

Mientras bajo las escaleras otra vez con discreción busco la mirada de Jamie. Él ya me estaba esperando. Me sonríe, pero tengo la sensación de que no es como su sonrisa de siempre, como todas las que nos hemos dedicado estos últimos veinte minutos, aunque probablemente esté sufriendo alucinaciones porque de pronto el corazón me está latiendo superrápido y a mi cerebro no le está llegando sangre con normalidad.

Nos adentramos en el sendero flanqueado de árboles que lleva al lago. El primer par de minutos simplemente caminamos en silencio uno al lado del otro y eso me viene bien porque consigo controlar un poco los nervios.

Luke mira a su espalda por encima del hombro sin dejar de andar.

—Echaba de menos la casa del lago —comenta volviendo su vista al frente.

—Tuvo que ser un rollo que el señor Seaver decidiera venderla.

Él niega con la cabeza.

—Bueno, sí —se corrige—, pero no hablaba de eso. La casa del lago nunca fue lo mismo desde el verano antes de la universidad.

Imagino por qué lo dice. Sé que Luke y los chicos, igual que Joy Ann con sus animadoras, siguen estando muy unidos, pero cuando cada uno está en una punta del país las cosas se complican un poco. Avery, June y yo (Ohio, Massachussets y Stanford) también lo tuvimos difícil, pero nos negamos en redondo a que afectara nuestra amistad. Creo que habremos batido algún récord mundial de número de videollamadas por WhatsApp.

El sol se filtra entre los árboles llenándolo todo de dorados y suaves naranjas. Me fijo en sus manos, en cómo las mueve para tocar los árboles que pasamos, en cómo la suave brisa levanta el extremo de su camisa. En el instituto podía pasarme horas contemplándolo, como si no hubiese nada más en el mundo. Era una sensación increíble.

—Pequeña Hannah.

—¿Sí?

Sé que es solo una palabra, pero tengo que esforzarme un montón en que suene neutra.

—Sé que en la fiesta de compromiso me comporté como un capullo y te juro que esa no era para nada mi intención.

Suelto un largo suspiro. Mi parte racional me advierte de que no debería creerlo, pero la otra, la que toma las decisiones estúpidas, no tiene ni la más remota idea.

—¿No querías que nos acostáramos? —planteo irónica.

—Claro que quería —responde sin dudar haciéndome sonreír— y quiero, pero...

Luke se detiene y se gira tomándome de la muñeca para que haga lo mismo.

—Estoy empezando a pensar que también quiero otras cosas —sentencia.

Da un paso más hacia mí dejándonos muy cerca. Siento mi respiración acelerarse mientras los rayos de sol ahora nos bañan a los dos a la vez.

—¿Como qué? —logro preguntar.

Luke se encoge de hombros. Sus manos cruzan el aire con olor a flores y sabor al lago y se anclan en mis caderas.

—No lo sé, pero me encantaba estar contigo —susurra contra mis labios.

Niego con la cabeza al tiempo que la bajo. ¡Hannah, tía, no puedes caer otra vez! Da igual lo rápido que te lata el corazón.

—Si estamos así es por tu culpa —le recuerdo mirándolo a los ojos otra vez.

Por Dios, los suyos son jodidamente azules.

—Lo sé.

No dejes que te líe. Tienes que mantener la cabeza fría... y el corazón frío... y... ¡con él todo frío, maldita sea!

—No puedes comportarte como si no hubiese pasado nada.

—Lo sé.

—Luke... —murmuro mirando un poco a todos lados—. No es justo.

—Si sirve de algo, lo que te dije iba en serio: han pasado cuatro años, no nos hemos visto ni hablado y te he echado de menos.

Atención, corazón blandito en tres, dos, uno, cero.

Luke va a besarme, pero en la última décima de segundo me aparto de él. Tengo que ser más lista. Me giro y echo a andar al tiempo que me llevo la mano al pelo. Piensa... Joder. Qué difícil pensar ahora mismo.

—Necesito pensar.

Tengo que aclarar las ideas.

Luke camina hasta mí.

—Vale —susurra.

—Vale —repito y quiero que suene a punto final de esta situación.

Pero Luke decide ponerme las cosas complicadas y sus manos vuelven a mis caderas. Mi respiración se acelera todavía más. ¿Por qué será? Sus dedos se hacen más posesivos sobre mi piel y todo debería estar claro, pero no lo está.

—Lo de que necesito pensar va en serio —murmuro.

Luke da un paso, comiéndose el poco aire que quedaba entre los dos, y niega suavemente con la cabeza.

—Lo sé —repite con su sonrisa estrella.

Doy una bocanada de aire, pero solo consigo que su olor me maree y despierte las mariposas una a una.

Me gustaba tanto que no necesitaba nada más.

Es el amor de mi vida.

Hora de tomar buenas decisiones, Hannah.

Lo empujo suavemente con las dos manos y todo mi cuerpo me llama idiota. Él vuelve a sonreír como si supiese el mejor secreto del mundo y, haciéndose el remolón en eso de levantar las manos de mis caderas, finalmente me suelta y se aleja.

—Me vuelvo a la casa.

Chica lista.

—¿Segura? —me tienta.

—Sí —contesto y mi sonrisa se ensancha.

Me giro y comienzo a caminar alejándome de él. Con cada paso que doy cada vez más rápido, comienza a llegarme la cordura.

—¿Qué demonios estás haciendo? —me gruño en español.

A mí qué me importa que me eche o no de menos. Estúpido corazón, todo esto es culpa tuya...

O no.

Me detengo en seco y resoplo. Llevo cuatro años pensando que Luke era lo peor que me había pasado en la vida, pero resulta que estaba equivocada y ese era... bueno, Jamie. Cabeceo al tiempo que echo a andar de nuevo, aunque a un ritmo más calmado. No quiero darle vueltas a ese detalle de la historia ahora.

La cosa es que tal vez ya no necesito vengarme de Luke o sí, pero no para gritar *«vendetta»* mientras lo señalo con el dedo y me río como una mala de dibujitos animados. Tal vez lo que necesito es comprobar cuáles son sus sentimientos, si es verdad que me ha echado de menos... si podemos tener una oportunidad.

Creo que sigo teniendo una misión. Solo que es una misión diferente.

Capítulo 30



Cuando llego hasta la casa, ya no hay nadie en el jardín. Mi teléfono comienza a sonar justo en ese momento. Observo la pantalla y todo se me cae un poco encima al leer el nombre de Harvard. Es la oficina de admisión de la Escuela de Negocios para saber cuándo voy a formalizar mi matrícula. Quieren una respuesta que no tengo, que ni siquiera sé cuándo voy a tener. ¿Qué voy a hacer?

Resoplo y subo las escaleras del porche pagando mi rabia con cada escalón, pensando en lo que acaba de pasar con la llamada y con Luke y con mi futuro desconocido y aterrador.

Abro la mosquitera y la puerta y por inercia mi vista va hasta el inicio de las escaleras. Jennifer y Jamie están ahí.

Imagino que por el ruido que he hecho al entrar, los dos me observan a mí. Jennifer, que tiene que girarse porque está de espaldas a la puerta, se contiene para no resoplar o directamente echarme de aquí. Jamie me recorre con la mirada de arriba abajo y sus ojos se llenan de alivio. Me mira como si me quisiese aquí, cerca de él, siempre y esa mirada hace que las cosquillitas se multipliquen por mil en la boca de mi estómago y una sonrisa se extienda en mis labios. Él me la devuelve y tengo la sensación de que nos aislamos del mundo.... pero entonces lo recuerdo. Mi parte del trato es literalmente que mantenga a Jennifer alejada de él. Por eso se ha sentido aliviado cuando me ha visto.

Hannah, eres idiota.

Jennifer vuelve a reclamar la atención de Jamie llamándolo. En cuanto él la mira, aunque tarda un segundo más de lo necesario, ella le sonríe tratando de resultar sexy y le señala la planta de arriba con un golpe de cabeza. Dios mío, qué sutileza, qué romanticismo, qué todo.

Jamie vuelve a mirarme y yo me llevo la mano al pecho mientras finjo que se me escapa una lagrimita por la emoción de contemplar una escena tan sentida. Él tiene que contener una sonrisa y creo que ese detalle está jugando en su contra porque Jennifer cree que se la está dedicando a ella.

Me muero por ver cómo sigue y que el destino torture un poco más a Jamie, pero, si

al final lo secuestra y monta una boda falsa en su sótano con sus peluches como testigos, me voy a sentir culpable.

Empiezo a toser, simulando que me estoy ahogando.

—Tenemos que irnos. Es una emergencia —anuncio llegando hasta ellos, cogiendo a Jamie de la mano y arrastrándolo conmigo hacia la puerta.

Él, por supuesto, se deja hacer.

—¿Qué emergencia?

Toso un poco más.

—Se me ha caído el inhalador al lago y necesito que Jamie lo encuentre.

Y otro poco.

—¿Y no hay nadie más que pueda ayudarte?

—Me ahogo... —finjo que me falta el aire—... un montón.

Salimos y bajamos las escaleras igual de rápido que hemos cruzado el salón. Solo relajamos la velocidad cuando ya estamos en el camino de tierra y por fin le suelto la mano.

Mi cuerpo protesta porque ya no siente su palma contra la mía y yo cabeceo con una sonrisa confusa. Debe de haber sido una interferencia mental o algo de eso.

—Salvado —sentencio divertida—. ¿Ves como sería genial trabajando para la CIA?

Jamie también sonríe.

—Tú no usas inhalador.

—Ya, pero estaba bastante claro que Jennifer me creería... o no. La verdad es que eso no me quita el sueño —añado en un susurro entrecerrando los ojos.

—En cualquier caso, gracias —dice llevándose la mano al pecho y haciendo una suave reverencia.

—De nada —contesto simulando que llevo un vestido superelegante rollo *Los Bridgerton* y tengo que levantármelo un poco para hacer la mía.

Nos miramos y sonreímos. Somos dos payasos.

—Bueno, ya he cumplido con mi parte del trato, señor McQueen, así que me voy a mi habitación.

Pienso en el nombre de Harvard iluminándose en la pantalla de mi móvil y el teléfono empieza a quemarme en el bolsillo trasero de los vaqueros. Debo tomar una decisión y ser consecuente con ella y averiguar de una vez qué quiero hacer con mi maldito futuro.

El estómago se me estruja y se me pone del revés. ODIO ESTA SITUACIÓN.

—Tengo cosas que hacer —me explico y creo que, si fuera un condenado caminando hacia la horca, tendría más o menos la misma cara.

Jamie frunce el ceño suavemente estudiándome con la mirada.

Yo sonrío a modo de despedida o para animarme, no lo sé, en cualquier caso, para

nada me llega a los ojos porque para nada es una sonrisa de verdad. Giro sobre mis talones y empiezo a andar hacia mi patíbulo particular.

—Siento decirte que ahora no puedes entrar, Hannah —me advierte Jamie a mi espalda.

Me vuelvo con expresión confundida. Le pregunto sin palabras por qué.

—Jennifer sigue ahí dentro y te recuerdo que tú estás teniendo una crisis de asma. Si te ve, va a sospechar.

Le mantengo la mirada aguantándome la sonrisa. Se ha dado cuenta de que entrar ahí es lo último que quiero y me está ofreciendo una salida.

—Creo que ya sospecha —replico—. No ha sido mi mejor interpretación.

—Ni Zendaya lo habría hecho mejor —responde muy convencido... tanto que no me queda otra que sonreír, casi reír.

—Eres idiota —le suelto divertida.

Jamie se encoge de hombros.

—Entiéndeme, no puedo dejar que acabes con mi tapadera.

—¿Quién va ahora de agente de la CIA? —planteo burlona.

—Sería un agente de la CIA alucinante.

—De novela.

—Y con serie de Netflix.

Ahora sí que no puedo más y rompo a reír.

Jamie sonríe por mi reacción, como si hubiese logrado exactamente lo que buscaba. Nuestras miradas se encuentran y una calidez de lo más bonita y agradable se instala en el centro de mi pecho.

Creo que necesitaba esto y ni siquiera lo sabía.

Sin añadir nada más, con las manos en los bolsillos de su pantalón corto, Jamie echa a andar. Yo ladeo la cabeza sin apartar los ojos de él. Desde luego, el fútbol es un gran deporte. Una excelente idea eso de entrenar un montón de horas para tener un cuerpo de escándalo, digo, una contundente preparación física.

—¿A dónde vas? —pregunto.

—¿Tú dónde crees? —replica volviéndose para que estemos frente a frente—. A buscar tu inhalador.

Sonrío. Es un sinvergüenza y un descarado.

—¿Te vienes?

Ahora mismo solo puedo pensar en la palabra *tentador.*

Tuerzo los labios conteniendo una sonrisa. Tendría que contestarle que no, irme a mi habitación y obligarme a tomar de una vez una maldita decisión, pero es que necesito un respiro de darle vueltas a todo, de castigarme por no saber qué quiero hacer y de la horrible ansiedad.

Jamie solo ha necesitado mirarme dos segundos para darse cuenta... así que voy a dejarme llevar porque me apetece seguir sonriendo un poco más.

Remolona, comienzo a caminar y él, al ver que lo hago, sonríe, jo, una de las irresistibles, y se vuelve de nuevo. Yo me doy una pequeña carrera y me coloco a su altura.

Vamos al embarcadero y nos tiramos al agua. No sé cuánto tiempo pasamos salpicándonos, riéndonos, charlando o simplemente flotando suavemente. Después nos sentamos en la pasarela de madera y nos secamos al sol. Le robo sus Ray-Ban y me las pongo porque, aparte de una estupenda agente de la CIA, sería una estupenda ladrona internacional. Jamie me mira de esa manera condescendiente, hastiada y engreída, marca de la casa, y yo sonrío sacándole la lengua como respuesta, por lo que obviamente gano yo. Nos reímos un poco más. Charlamos un poco más. Estamos juntos, sin decir nada, solo cerca, un poco más.

Nuestra banda sonora: *Cruel summer,* de Taylor Swift.



—Luke y yo hemos hablado —le cuento mientras caminamos de vuelta a la casa. Ya está atardeciendo y el cielo se ha llenado de un millón de colores diferentes, como si de pronto fuese el cuadro más bonito del mundo—. Me dijo que me echaba de menos.

—¿Cuándo?

—Mientras bailamos en la fiesta de compromiso de Avery y Teagan.

Jamie asiente.

—Y hoy otra vez cuando hemos dado el paseo —añado veloz.

Miro al frente y sin darme cuenta comienzo a juguetear nerviosa con mis dedos.

—Hay algo a lo que no paro de darle vueltas —pongo en voz alta—, pero... no sé y he pensado que quizá, tal vez... —Me dedico a ganar tiempo con ese tipo de palabras porque no tengo ni idea de cómo seguir; bueno, sí tengo y también que quiero soltarlo todo—. Puede que ya no quiera vengarme de Luke —pronuncio de un tirón— o sí, pero solo un poco porque lo que de verdad quiero es comprobar si va en serio y me ha echado de menos para saber si podemos volver a tener... algo. —Aunque he hablado superrápido, la última palabra se evapora en mis labios. Uffff... No sé si estoy siendo la chica más imbécil sobre la faz de la tierra—. No tengo ni la más remota idea de qué podría ser ese «algo», pero lo cierto es que molaría un montón dejar de odiar al amor de mi vida y no sentirme culpable cada vez que hace que el corazón me lata deprisa. ¿Te parece una locura total o...?

Me muerdo el labio inferior muy muy muy nerviosa. Este no era para nada el plan.

Volver con Luke, contarle mis miedos y todo lo demás a Jamie... Si me hubiesen dicho que acabaría así hace un mes, habría pedido el internamiento voluntario.

Jamie gira la cabeza y se toma un par de segundos para estudiarme. Algo me dice que sabe exactamente cómo me siento.

—Lo importante es lo que sientas tú, no lo que me parezca a mí —contesta devolviendo su vista al frente.

Resoplo y una idea se enciende en mi mente y supongo que también en mi corazón. Es lo que tienen las verdades existenciales, resplandecen muchas partes de tu vida (y de tu cuerpo). IMPORTA LO QUE SIENTO. Parece una obviedad, pero no siempre está claro y lo que es más alucinante es que a veces tenga que ser otra persona la que te haga darte cuenta justo de eso.

—Estoy un poco confusa —me sincero una vez más—. Creo que, antes de saber si puedo estar o no con él de la manera que sea, necesito estar segura de que todo esto no es solo un capricho. No quiero volver a pasarlo mal.

—No vas a volver a pasarlo mal, Hannah —responde con una seguridad absoluta—. Te lo prometo.

Su frase me hace volver la cabeza hacia él. Jamie sigue con los ojos al frente. Sinceramente, no sé si está enfadado, pensativo o simplemente serio, pero consigue que esa calidez en el centro de mi pecho se haga un poco mayor y me siento increíblemente protegida, aunque sé que no debería en esta casa y mucho menos con él. Se parece demasiado a bajar la guardia. Pero es que con Jamie... él... hace que parezca fácil, que confiar sea la forma natural de ser.

—Tengo que pensarlo —susurro porque necesito decir algo ahora mismo y también porque es verdad.

Jamie asiente.

Aún nos quedan unos metros para llegar a la casa cuando se empieza a oír jaleo... Teagan diciendo que él es quien hace las mejores barbacoas y Joy Ann protestando. Una canción de fondo que no reconozco y más charlas y gente moviéndose.

Doy una bocanada de aire. Sé que darle un millón de vueltas a las cosas no es la solución, así que me obligo a parar.

—Me voy a buscar a Avery —digo acelerando un poco el paso.

—Claro.

Sin embargo, cuando el camino está a punto de terminar y voy a alcanzar el césped que rodea la casa, me giro y busco sus ojos castaños con los míos verdes.

—¿Nuestro trato sigue en pie? —pregunto.

Jamie me observa y tras un par de segundos sonríe. Ese gesto automáticamente me hace sentir bien, como si su sonrisa fuese el mejor disipador de dudas del universo.

—Claro —responde.

Es la única respuesta que quería oír.

Capítulo 31



—Vas a dejarlos a todos alucinados —sentencio mientras June sonríe al otro lado de la videollamada.

—Me conformo con que salga bien —confiesa nerviosa.

—Pues me temo que vas a tener que conformarte con que salga alucinante —me parafraseo.

Ya me he vestido, unos vaqueros cortos y una camiseta de tirantes con el bikini debajo, y me he calzado mis Converse blancas. Mis chanclas continúan en paradero desconocido.

—Estoy deseando estar allí. Cuando vuelva, vamos a pasar lo que queda del verano juntas y eso sí que va a ser alucinante —me advierte.

Sonrío de oreja a oreja. Me apunto a eso.

—No te quepa duda. Tenemos que hacer un montón de planes molones.

—Y después no cumplir ninguno para acabar en casa leyendo o viendo Netflix.

Rompo a reír. No me queda otra.

—Tennos un poco de fe —me quejo entre carcajadas.

—Por supuesto —contesta divertida.

Seguimos hablando un rato más y nos despedimos. También llamo a Callie, que me pone al día de cómo va todo en la costa oeste.

Doy una bocanada de aire mirando a mi alrededor. Me quedaría encerrada en la habitación el resto del día (y de la semana), pero no puedo hacerlo. Se supone que soy adulta y sé vivir en sociedad (más o menos), así que me toca bajar y relacionarme (qué coñazo).

Nada más salir al porche mi mirada decide por su cuenta y me enseña a Jamie, a unos pasos del camino que lleva al lago, con Jennifer. Tengo que admitir que la chica no se rinde. Me pregunto cuántas temporadas de *You* habrá visto.

Jenn no para de hablar, de sonreírle mirándolo por debajo de las pestañas y de tocarle el brazo como quien no quiere la cosa, aunque ella quiere y mucho.

Jamie está allí con cara de póquer, soltando monosílabos e intentando huir.

Nuestras miradas se cruzan y yo le sonrío puede que disfrutando un poco. Él asoma

la punta de la lengua entre los dientes al tiempo que frunce suavemente el ceño, recordándome sin palabras que tenemos un trato y que le vendría de perlas que yo cumpliera con mi parte justo ahora. Pero es que yo me lo estoy pasando muy bien viéndolo sufrir. Es como la sesión de ayer, pero al aire libre.

Tras un puñado de segundos Jamie me reprende con la mirada, rollo profesor sexy (y reconozco que mola, un poquito). Mi respuesta: poner los ojos en blanco fingidamente displicente y muy divertida (esto último real total) al tiempo que echo a andar hacia ellos.

—Jamie —lo llamo deteniéndome exactamente a dos pasos, metiéndome las manos en los bolsillos traseros de mis vaqueros.

—¿Sí? —pregunta como si no hubiésemos mantenido una conversación telepática hace un segundo.

Una muy buena interpretación, McQueen.

«Los villanos siempre son muy buenos actores, Hannah», tiene a bien recordarme mi mente.

—Necesito que vengas conmigo. Tenemos que terminar lo que dejamos pendiente, ¿recuerdas? —improviso.

—Sí, claro —contesta.

—¿En serio? —plantea Jennifer molesta.

—Es importante —contesta Jamie alejándose de ella.

Yo me encojo de hombros por toda respuesta y lo sigo por el camino que conduce al lago mientras ella desea que me atropelle un autobús.

—¿Alguien te ha dicho alguna vez que eres un auténtico incordio, Pequeña Hannah? —insiste después de resoplar.

—Es que nadie es tan inteligente y perspicaz como tú, Jennifer —respondo sin volverme con una impertinente sonrisa en los labios.

Jamie se detiene un poco más adelante y yo camino hasta alcanzarlo.

—De verdad que tienes que decirle que no quieres nada con ella —lo riño e intento sonar seria, pero no puedo borrar la sonrisa de la cara, así que digamos que pierdo un poco de superioridad moral.

Él también está sonriendo. Menudos idiotas estamos hechos.

—Uno —dice enseñándome el índice—, ya lo he hecho, pero no para de repetir que no sé lo que me conviene y ella sí.

—Eso da un poco de *cringe* —apunto.

—Eso da un *cringe* de la hostia.

Nuestras sonrisas se ensañan hasta casi reír.

—Dos —continúa subiendo también el corazón—, si consigo que se olvide de mí, ¿con qué ibas a pasártelo tú así de bien?

—Solo estoy cumpliendo con mi parte del trato —respondo muy digna.

Jamie asiente un par de veces diciéndome sin palabras que no me cree para nada.

—Puede que me lo esté pasando bien, solo un poquito —replico marcando una porción de aire diminuta con los dedos.

—Ya. Eso me parecía —contesta burlón.

Rompemos a reír y me da por pensar en lo bien que me siento. Me encanta no tener que darle vueltas a qué decir antes de decirlo ni plantearme cómo se supone que debo sentirme, sino simplemente dejarme llevar y ser... yo misma. Y me encanta morirme de risa también.

—¡Chicos! —nos llaman a nuestra espalda.

Jamie y yo nos giramos a la vez y tengo la sensación de que nuestra burbuja estalla de golpe. Frunzo el ceño. Ni siquiera era consciente de que se había formado una.

Luke se da una pequeña carrera hasta colocarse frente a mí. Cruza la mirada con Jamie, pero ninguno de los dos dice nada. Imagino que ya habrán charlado esta mañana.

—¿Te apetece dar una vuelta? —me pregunta Luke—. Podemos ir al lago o, aún mejor, pillarle el coche a Joy Ann y largarnos un par de horas.

Abro la boca, pero no sé qué responder, así que vuelvo a cerrarla. Yo... no me esperaba esto. El corazón empieza a latirme a velocidad por dos.

—Lo del lago suena bien —contesto al fin.

—Genial —responde él con su media sonrisa patentada—. Voy a buscar unas cervezas y vuelvo.

Asiento. Luke me devuelve el gesto, da una suave palmada y se dirige de regreso a la casa.

En cuanto se ha alejado lo suficiente, me giro hacia Jamie. Estoy nerviosa, no, estoy emocionada.

—¿Lo has oído?

—Estaba aquí, Hannah.

Sonrío. Ha sido una pregunta bastante tonta.

—No tenía planeado pasar la mañana con Luke, pero creo que es buena idea. Si quiero que me demuestre que va en serio con lo de que me ha echado de menos, tengo que pasar tiempo con él.

Es de primero de lógica básica.

Jamie se humedece el labio inferior y ladea la cabeza suavemente.

—Pues yo creo que deberías decirle que no.

¿Qué?

—¿Qué?

—Obligarlo a que se lo curre un poco más, que sufra —añade con una sonrisa

traviesa que rápidamente se contagia en mis labios.

La verdad es que suena bien. Puede que ya no quiera vengarme nivel película de Tarantino, pero reconozco que no estaría mal hacerle tomar un poco de su propia medicina.

Echo un vistazo hacia atrás para asegurarme de que Luke no está volviendo.

—¿Y qué hacemos? —pregunto bajito, como si acabásemos de convertirnos en dos espías frente al muro de Berlín—. Te recuerdo que tú también estás en busca y captura. —No creo que Jenn aguante mucho con la excusa que le hemos puesto y vendrá tras él.

Jamie camina despacio la distancia que lo separa de mí. Se inclina hasta que sus alucinantes ojos castaños están a la altura de los míos. Brillan divertidos y traviesos y estoy segura de que me contagian.

—Escapar. Juntos —susurra devolviéndome la sonrisa, una de las irresistibles.

Siento un montón de cosquillitas. Y eso también me encanta.

Jamie da un par de pasos atrás sin levantar su mirada de la mía, gira sobre sus talones y echa a andar hacia el lago. Me está tentando como ayer. Yo no lo pienso y echo a correr. Cuando lo adelanto, la adrenalina me llena el cuerpo y se multiplica por mil cuando Jamie lanza un divertido «Verás cuando te coja».

Por mucho que corro, Jamie me atrapa justo al alcanzar la pasarela de madera. Rompo a reír sin poder ni querer contenerme. *Too loud,* de Mina Tindle, en un remix chulísimo, suena desde la casa llenando el aire del lago.

—No. No. No —le suplico cuando descubro sus intenciones. No creo que vaya a funcionar, ni siquiera ahora puedo dejar de reírme.

—Tendrías que haberlo pensado mejor antes de retarme.

Siento sus brazos rodeando mi cuerpo levantándome del suelo como si no pesara nada. Abrirse cuando caemos al agua. Quedarse muy cerca de mí por si los necesito, como una mano perfecta dispuesta a coger la tuya si te caes para ayudarte a levantar.

—Estás loco —protesto cuando saco la cabeza a la superficie, pero otra vez mis sonrisas quedan por encima de mis quejas.

Jamie se echa el pelo oscuro hacia atrás con una mano y me mira sin un gramo de arrepentimiento. Es más, lo hace como si estuviera dispuesto a venir hacia mí y cogerme otra vez solo para lanzarme de nuevo al agua, así que hago lo que cualquier persona adulta haría en mi lugar... salpicarlo y morirme de risa y decirle que lo siento, aunque no lo hago en absoluto, cuando me atrapa e intentar sumergirlo subiéndome encima. Y morirme de risa otra vez cuando vuelve a cogerme. Y mirarlo a los ojos un montón. Y quedarme enganchada a su sonrisa un número infinito de veces.

—Jamie —lo llamo, pero en realidad no sé por qué lo hago.

El agua nos llega hasta la barbilla. Estamos muy cerca, con la respiración acelerada

por los juegos y las risas.

—¿Qué? —inquiere con esa chispa traviesa brillando en sus ojos, con ese poco de chulería mezclado con el fondo de buen chico.

Creo que es por los juegos y las risas. Ya no estoy segura.

No sé qué contestar, pero tampoco dejo de mirarlo y me muerdo el labio inferior sin saber tampoco por qué lo hago y por un segundo descontrolado mis ojos se pierden en sus labios.

—Nada —respondo salpicándolo e impulsándome para alejarme flotando bocarriba con una sonrisa.

Y quedarme enganchada en sus labios. Eso también me pasa.

Capítulo 32

Los días siguientes se parecen los unos a los otros y me encanta. Paso mucho rato con Avery y (¡sorprendentemente!) también las dos con Joy Ann.

Jamie y yo nos escapamos todos los días a nuestro embarcadero. Lo hacemos porque Jennifer sigue en plan acosadora empeñada en demostrarle a Jamie lo felices que podrían ser juntos. No me extrañaría que hubiese mezclado sus caras en una de esas apps para demostrarle lo guapos que saldrían sus hijos. Además, me asesina con la mirada cada vez que me ve, por lo que empiezo a sospechar que mi integridad física está un poco en juego y prefiero poner distancia.

Nos bañamos en el lago y nos pasamos horas hablando de todo tumbados al sol en la pasarela de madera escuchando música desde el móvil. Por su culpa tengo mi Spoti lleno de temas de los noventa y puede, solo puede, que, por la mía, en el suyo hayan aparecido una o veinte canciones de 5 Seconds of Summer.

Nuestras escapadas también tienen que ver un poquito con Luke. Sigo sin saber si puedo fiarme o no y por ahora ponérselo difícil me parece lo mejor que puedo hacer para aclarar ideas. Aunque también hemos hablado unas cuantas veces y el corazón me ha latido tan rápido que di por hecho (seriamente) que iba a escapárseme del centro del pecho.

Nunca imaginé que diría esto, pero lo estoy pasando muy bien.

No hemos vuelto a jugar a juegos estúpidos en los que acabas diciendo lo que opinas de verdad de las decisiones sentimentales de la gente que te rodea (gracias), así que todo ha estado bastante tranquilo, guay, un ambiente superrelajado...

—De esta noche no pasa —nos deja claro Joy Ann, rollo comandante en academia del Ejército. Estamos sentados a la mesa, en el porche—. Nos vamos a Atlanta. A una disco alucinante. Y no acepto bajas.

Empiezan a oírse protestas, comentarios acerca de que Joy Ann es una mandona total, risas, de todos menos de Joy Ann, por dichos comentarios y finalmente otras frases sobre las ganas que tenemos de bailar y de bebernos unos chupitos de tequila.

Además, June, que sigue atrapada preparando el congreso de microingeniería (me parece una pasada que una de mis mejores amigas se dedique a eso porque acabará construyendo el megacohete con el que nos iremos a vivir a la luna cuando nos terminemos de cargar el planeta y tendrá influencia suficiente para buscarme un hueco), se vendrá con nosotros.

Sin embargo, eso no será hasta la noche y ahora toca ir a por más provisiones a Paradise. Es casi alarmante la velocidad a la que la gente de veintipocos puede consumir cerveza.

Me ofrezco voluntaria para el servicio de compra a domicilio y voy hasta el pueblo con Jamie, lo que me da la oportunidad de meterme con su música unos cuarenta minutos. La culpa es suya como siempre. ¡Me ha puesto *There she goes,* de La's!

—¿Te importa si paramos? —me pregunta señalando al frente con la barbilla.

Yo llevo mi vista hacia la luna delantera y asiento al ver el Meredith's.

—Será solo un momento —me promete cuando detiene su Jeep en el aparcamiento del local justo al lado de la puerta trasera.

—Te estaré cronometrando —digo y me río como una mala de dibujitos animados.

Jamie quiere pasar de mí o mirarme mal o algo, pero no es capaz y, por mucho que lucha, una sonrisa se cuela en sus labios mientras se baja de un salto.

—Se me da bastante bien hacer sonreír a un gruñón —me vanaglorio caminando hasta él, que me espera a unos pasos—. Estoy pensando seriamente en incluirlo en mi currículum —añado a la vez que ya juntos echamos a andar hacia la entrada principal.

Jamie finge ignorarme pero sé que me ha oído y yo sonrío encantada por mi propio comentario.

—Hola, chicos —nos saluda la señora McQueen, que está sirviendo una mesa, cuando hacemos sonar la campanita de la puerta.

Jamie se detiene un segundo camino de la barra y le da un beso en la mejilla que ella recibe con una sonrisa.

Los McQueen se quieren muchísimo. Son una familia muy unida.

—Hola, señora McQueen —saludo yo.

Meredith me hace un gesto para que la siga al mostrador donde ya está Jamie hablando con su padre, algo de un pedido.

—Buenos días, sheriff Riordan.

—Hola, Pequeña Hannah —me responde con un codo sobre la barra esperando su café para llevar—. Ayer vi a tus padres. Tu madre me contó que en un par de semanas viajaréis a Boston.

Resoplido mental. ¡Ya te vale, mamá!

—Sí —cubro su mentira. Quedamos en un «ya veremos»—. Mi madre quiere que busquemos un sitio para mí en la ciudad y cree que es mejor hacerlo con mucho —lucho por no hacer hincapié en esa palabra— tiempo.

Jamie entra en el almacén y regresa con una caja bastante grande que, sin embargo, carga hasta el mostrador sin problemas haciendo que los músculos de sus brazos se marquen. ¿Cómo puede llevar tanto peso? Aunque no sé ni por qué me lo planteo, tiene un cuerpo que roza la perfección. Nos hemos bañado muchas veces en

el lago en estas últimas semanas y puedo atestiguarlo. Asiento con cara de boba. ¿Por qué tengo esa cara? ¿Y qué demonios me importa lo fuerte o no que esté Jamie?

—Hace bien. Después todo es más complicado. Aunque... ¿no has pensado vivir en el campus? —continúa el sheriff.

Niego con la cabeza esforzándome ahora en mantener la sonrisa. No lo he pensado porque aún no sé si estaré allí.

—Yo no...

—Tu padre estaba muy orgulloso. Tienes que estar muy contenta.

—Sí, claro —murmuro.

Decepción. Del latín tardío *deceptio, -ōnis.*

Primera acepción: pesar causado por un desengaño.

—Como para no estarlo —interviene el señor McQueen revisando lo que hay en la caja con Jamie—. Primero Stanford y ahora la Escuela de Negocios de Harvard. Todo el pueblo está orgulloso de ti, Pequeña Hannah. Y tus padres no podrían estar más felices.

Decepción. Decepción. Decepción. Y mucha tristeza. No solo es que no sepa lo que quiero hacer, es que tampoco he tenido el valor de contárselo a mis padres y estoy dejando que crean que tengo un futuro brillante cuando lo más seguro es que elija mal y lo pierda todo y acaben avergonzándose de mí.

—Intento hacerlo lo mejor que puedo —contesto.

Juro por Dios que sí.

Sin que pueda controlarlo, los ojos se me llenan de lágrimas. Maldita sea, no quiero romper a llorar aquí.

De pronto siento sus dedos entrelazarse con los míos y tirar de mí en dirección a la puerta.

—Nosotros tenemos que irnos ya. Los demás nos están esperando y deben de estar a punto de devorarse los unos a los otros. Somos los encargados de llevar las provisiones —explica Jamie sin detenerse, buscándonos una excusa para poder largarnos ya.

El sheriff y los padres de Jamie se despiden de nosotros. El «divertíos» de la señora McQueen es lo último que oigo.

Jamie camina con el paso decidido y, aunque a cada zancada me siento más protegida, el problema aquí es que el miedo lo llevo dentro, conmigo, y da igual cuánto me aleje de lo que lo ha despertado porque no me dejará en paz. No quiero decepcionar a mis padres.

Jamie me deja junto al Jeep. Sé lo que toca ahora. Montarnos. Marcharnos. Comportarme como una adulta y pasar por encima de esto. Levanto la cabeza. Sus

ojos están esperando los míos llenos de lágrimas. No quiero preocupar a mi familia. No quiero entristecerlos.

Ya no puedo más.

Rompo a llorar delante de la última persona frente a la que pensé que lo haría, pero es que de verdad no puedo más. Me siento sola. Todo esto pesa demasiado y yo... yo no sé qué hacer.

Pero Jamie sí parece saberlo, como si entendiese cómo me siento sin necesidad de que tenga que explicárselo con palabras. Sus manos me agarran con suavidad y tira de mí. Apoyo la frente en su pecho y sigo llorando tratando de desahogarme y es que me siento exactamente así, como si me estuviese ahogando.

Él posa sus labios en mi coronilla y me acaricia la espalda, con mimo, procurando reconfortarme.

Al principio es extraño porque todos mis problemas siguen estando ahí y sigo sin tener las respuestas, pero también empiezo a encontrar alivio. El alivio de las palmas de sus manos paseándose contra mi camiseta. El de sus labios contra mi pelo. El de él. Aquí. Conmigo. Intentando que todo sea un poco más fácil y consiguiéndolo.

—Te estoy mojando la camiseta —me lamento abriendo los ojos y viendo el estropicio sobre la prenda blanca, pero sin separarme de ella.

—Eso no importa.

—Lo siento.

Jamie me separa con dulzura y yo me dejo hacer. De la misma manera me limpia las lágrimas con los dedos. Yo cierro los ojos disfrutando del contacto. No podría jurarlo, pero creo que al último roce del reverso de su índice ya no le quedaba ninguna lágrima que secar.

—¿Qué es lo que pasa? —me pregunta con esa misma dulzura inundando sus palabras cuando vuelvo a abrirlos.

Me veo reflejada en los suyos y otra vez pasan cosas que ni siquiera entiendo porque mientras que una parte de mí está lista para dar la respuesta estándar, sintetizar y decir que estoy bien, otra no quiere y toma el control de la situación.

—No quiero decepcionar a mis padres —confieso.

Por primera vez desde que esta locura de sentirse más perdida que en toda mi vida comenzó se lo he dicho a alguien.

Vuelvo a sentir las lágrimas empujando con fuerza, pero no quiero llorar más. Inflo las mejillas y dejo escapar todo el aire despacio.

—¿Por qué ibas a decepcionarlos?

Niego con la cabeza.

—Porque no tengo ni idea de qué camino tomar —sigo contándole mi secreto—. Ellos piensan que voy a ir a la escuela de negocios. He luchado muy duro para

conseguir esa plaza, pero ahora no sé si es lo que quiero y me da miedo elegir mal y arrepentirme y acabar metida en un trabajo que odie, pero es que también me asusta muchísimo tomar otro camino y fracasar y haber perdido todas las oportunidades. No sé qué hacer —me sincero encogiéndome de hombros, con las lágrimas mojándome las mejillas de nuevo—. No sé dónde quiero estar ni quién quiero ser. Haga lo que haga escogeré mal. Por eso sé que los decepcionaré.

Jamie me mantiene la mirada.

—No pasa nada por no saber qué es lo que quieres hacer.

—Tú lo sabes. Puede que no tengas claro en qué equipo jugar, pero el fútbol es tu opción. Y Teagan y June y Avery y... —Estoy empezando a hiperventilar.

—Hannah —me llama colocando sus manos en mis mejillas e inclinándose hasta que nuestras miradas están a la misma altura para obligarme a dejar de negar con la cabeza y hacer eso que se me olvida a veces: respirar—, intentar hacer lo que hacen los demás solo porque es lo que toca es un error. Tocará cuando tú decidas que toque.

—Eso es muy fácil decirlo —él siempre ha sabido a qué quiere dedicarse—, pero no hacerlo —me quejo apartando sus manos, pero yo no doy un paso en ninguna dirección. No quiero—. Acabaré escogiendo la peor opción.

Me cruzo de brazos y bajo la cabeza.

—Eso no lo sabes.

—Sí, sí lo sé. —Lo veo todo demasiado negro—. ¿Y qué ocurrirá cuando me equivoque?

—Que lo superarás —contesta sin una mínima duda... en mí y mi corazón vuelve a estar calentito—. Todos podemos perdernos y equivocarnos y eso no nos hace menos válidos.

Levanto la cabeza y lo observo con desconfianza, no, con cautela. Sé que tiene razón, pero es una de esas verdades que en teoría, o si estás consolando a un amigo, parecen obvias y que se vuelven una montaña de mil millas de altura que escalar cuando se trata de creértelas tú misma.

—Tienes dudas —hace recuento.

Yo frunzo el ceño sin entender nada.

—Sí —respondo.

—Y estás asustada.

—Sí —respondo exasperada.

—¿Y qué pasa?

—¡Pasa todo! —estallo.

—Escúchame —replica con la seguridad desbordándolo, mirándome a los ojos, demostrándome sin palabras que él cree en mí—. Da igual tener miedo o dudas porque eso no te quita posibilidades, te las da todas. Tienes la oportunidad de conocerte.

Suena muy bien, pero el miedo es demasiado grande para dejarlo atrás. Jamie no necesita observarme más que un segundo para entender cómo me siento.

Se inclina lentamente sobre mí y otra vez me dejo llevar y me quedo muy quieta con los brazos cruzados frente a él, cerca de él, más cerca justo ahora.

—Créeme, va a encantarte conocerte porque eres increíble, Hannah —susurra en mi oído. El cosquilleo vuelve rozando mi corazón, que comienza a latir a toda velocidad—, y sería una puta pasada que empezaras a darte cuenta.

Se separa tan despacio como se ha inclinado y yo estoy a punto de pedirle que nos deje así de cerca un poco más porque, aunque tengo clarísimo que solo debe importarme lo que yo misma pienso de mí y no cómo me ven los demás, me he sentido jodidamente bien cuando ha pronunciado esas palabras.

En cuanto nuestros ojos se encuentran todo parece más... fácil. Yo qué sé. Seguramente me esté volviendo loca porque acabo de comprender que confío en él.

En Jamie McQueen.

En el villano de mi historia.

—Ven —me pide ofreciéndome su mano.

Me sé la lista de cosas que debería hacer: decir que no, al menos mirarlo suspicaz, seguramente replantearme todas las decisiones que he tomado los últimos veinte minutos... pero no lo hago y le doy la mía.

—¿A dónde vamos? —le pregunto cuando tira suavemente de mí y empezamos a caminar hacia la calle principal.

—Es una sorpresa —contesta girando la cabeza para mirarme y que yo pueda ver su sonrisa—. Para animarte —añade guiñándome un ojo.

Yo le devuelvo la sonrisa. Jamie nos hace cruzar a la acera de enfrente y avanzamos local tras local: la ferretería del padre de Joey, el cine, la heladería de Lorelai. Empiezo a emocionarme. Las sorpresas molan. Y estoy nerviosa. Quiero saber ya qué es.

Avanzamos unos metros más. Jamie se detiene y se gira para que estemos cara a cara.

—Cierra los ojos —me ordena.

—No —respondo, básicamente por fastidiarlo un poco, aunque tengo que luchar por contener la sonrisa.

Jamie pone los ojos en blanco. Sí, está claro que él también ha notado el tono irritantemente beligerante oculto en mi única palabra.

Sonrío encantada de haberlo chinchado y cuando vuelve a pedírmelo arrugo los labios y la nariz en un mohín antes de hacerlo.

—No vale abrirlos —me advierte.

—¿En serio? Porque era justo lo que pensaba hacer.

—Eres imposible —se queja cogiéndome de la mano para hacerme caminar, esta vez más despacio, pero también lo noto sonreír, así que no cuenta.

Entramos en una tienda, no sé cuál, y una nueva sonrisa se dibuja en mis labios sin que pueda hacer nada por evitarlo.

—¿Lista? —me pregunta.

Mi gesto se ensancha. Más nervios. Más emoción.

—Sí —respondo.

—Pues ábrelos.

Lo hago sin perder un solo segundo y la sonrisa se transforma en una risa llena de felicidad... No me puedo creer que me haya traído justo a este lugar.

Capítulo 33

¡Mire donde mire hay libros! En las estanterías que cubren las paredes blancas, en las grandes mesas de madera repartidas por el local y en los pequeños expositores junto al enorme ventanal que hace de escaparate. ¡Es la librería de la señora Thompson!

—Escoge el que quieras —dice Jamie—. Yo invito.

Me giro hacia él sin poderme creer que haya dicho lo que creo que ha dicho.

—¿Va en serio? —pregunto.

Él asiente y yo... yo no sé qué hacer. Qué demonios. Sí que lo sé. Sin dudarlo, corro los pasos que nos separan, rodeo su cuello con mis brazos y lo abrazo con fuerza.

—Gracias, Jamie McQueen —pronuncio muy cerca de su oído, igual que él ha hecho conmigo en el aparcamiento, justo antes de darle un beso en la mejilla.

Dejo que las palabras suenen dulces y suaves porque no es un «gracias» a regañadientes ni obligado porque de niña mi madre me repitiera unos tres millones de veces que ser educado y amable es importante. Este «gracias» es de verdad, de corazón y de un montón de cosas bonitas.

Pero hay como una fuerza casi magnética que hace que el beso dure más de lo estrictamente necesario y cuando soy consciente de ello me aparto con las mejillas sonrojadas. De inmediato me miro las zapatillas para que él no pueda verme la cara y un segundo después salgo disparada hacia una de las estanterías mordiéndome el labio inferior.

—Me encanta este libro —digo por decimoquinta vez en la última hora cogiendo otra novela de la estantería—. Es de Kandi Steiner, mi autora favorita.

Jamie, sin dejar de mirar la pantalla de su teléfono, se finge hastiado y pone los ojos en blanco riéndose de mí. Yo achino los ojos sobre él divertida con los labios fruncidos y el ejemplar entre las manos.

Dos segundos después los dos estamos a punto de echarnos a reír.

—Yo no tengo la culpa —me defiendo aún sonriendo, encarando la estantería otra vez—. Es que hay muchos libros que son una pasada.

¡Esto es alucinante! Llevamos aquí más de una hora. Yo, recorriendo la librería una y otra vez, cogiendo novelas, viendo portadas, acariciándolas con la punta de los dedos y una sonrisa, leyendo sinopsis y, sí, oliéndolos porque me encanta el olor de los libros. Jamie, sentado en una de las mesas, trasteando con su móvil pero atendiendo a todo lo que le digo, cosas como «Este no puedo comprármelo todavía, la segunda parte no

sale hasta dentro de dos meses, pero es que quiero leérmelo ya» o «¿Has visto qué portada tan bonita? Me lo quiero comprar aunque no sepa de qué va». Grandes problemas de lectores.

La señora Thompson no dice nada. Ya está acostumbrada a que la gente venga aquí y pierda un poco la cabeza. La culpa es suya por tener una librería tan increíble.

—Creo que me he decidido —anuncio al fin yendo hasta Jamie.

Él levanta la mirada del teléfono y se lo guarda en el bolsillo de los pantalones.

—Me llevo este —anuncio enseñándole el libro que llevo en una mano, pero tan pronto como lo hago mis ojos vuelan al que sostengo en la otra. No sé qué hacer. Los dos tienen pinta de ser una pasada—. No —me corrijo—, mejor este —decido tendiéndole el de la mano izquierda—. Lo he visto un montón por Insta y, por lo que cuentan en las reseñas, creo que es mi libro... —Pero es que el otro es ¡un *enemies to lovers* con *fake dating!* ¿Se puede pedir más en esta vida?—. No, este —vuelvo a cambiar de opinión—, pero es que...

Jamie resopla fingiéndose aún más cansado, aunque la sonrisita lo delata y no queda tan tipo duro como pretende. Me quita los libros de las manos y echa a andar.

—No —le pido siguiéndolo—. ¿He agotado mi tiempo y me quedo sin ninguno o algo así? —¡Los quiero! ¡No vale! Jamie no se detiene—. Dame un minuto más. Prometo que me decidiré. O quizá necesite como quince, pero al final te prometo que elegiré uno.

—Nos llevamos los dos —le dice Jamie a la señora Thompson dejando las novelas sobre el mostrador.

Ella sonríe mientras los recoge.

—Te van a encantar, Pequeña Hannah —comenta la dependienta con una sonrisa.

—Seguro que sí —respondo.

Pero la verdad es que Hannah actualmente solo puede mirar a Jamie.

—Gracias —digo.

Él se gira hacia mí y mis ojos verdes se chocan de frente con el millón de castaños más bonitos del mundo.

—Vas a conseguir que me acostumbre —bromea, pero su voz suena un poquito diferente, como creo que ha sonado la mía.

«Molaría que te acostumbraras», estoy a punto de decir. No sé qué me está pasando, pero me siento genial. El corazón me late ridículamente deprisa y eso también sienta de maravilla.

—Aquí tienes —llama mi atención la señora Thompson tendiéndome la bolsa de papel con el logo de la librería y mis libros dentro.

Ambos tardamos un segundo de más en dejar de mirarnos a los ojos y hacerle caso a ella, pero es que se estaba de cine en nuestra burbuja. Cojo la bolsa notando cómo

mis mejillas se enrojecen otra vez. Jamie paga. Y salimos de la tienda.

—¿Vamos al súper? —pregunto con una sonrisa de oreja a oreja. ¡Tengo dos libros nuevos!

—Sí —responde Jamie contagiado de mi humor—. Si aparecemos en la casa del lago con las manos vacías, acabarán comiéndonos a nosotros.

No tardamos mucho y más o menos otra hora después estamos caminando de vuelta al Jeep aprovisionados de comida y cerveza.

—Cariño —lo llama su madre justo cuando íbamos a montarnos. Lleva el delantal a la cintura, así que imagino que acaba de escaparse de la cafetería—, ¿puedes venir un momento? Hola, cielo —añade refiriéndose a mí.

—Hola, señora McQueen —la saludo.

Ella me sonríe amable y yo le devuelvo el gesto.

—El coche está abierto —me informa Jamie—. Ve poniendo música.

Asiento. Él se aleja y yo me acomodo en la plaza del copiloto. Una gran ocasión para torturarlo con una lista de Spotify. ¿Los grandes éxitos de One Direction? Tengo que preparar una con canciones de Céline Dion y Barbra Streisand solo para fastidiarlo. Sonrío encantada con mi propia broma y por inercia lo busco en el espejo retrovisor. Vaya. No es que estén discutiendo, pero tampoco parecen tener una conversación muy agradable. Me esfuerzo en intentar oírlos sin girarme abiertamente y que me pillen poniendo la oreja, pero, aunque no están muy lejos, es imposible. Ayudaría que bajara las ventanillas del Jeep, pero no sé cómo encajaría eso con lo de ser discreta.

Su madre le dice algo. Jamie le mantiene la mirada y niega con la cabeza lleno de respeto pero también dándole a entender que no va a ceder y que esa decisión, sea la que sea, solo le pertenece a él. Frunzo el ceño. ¿De qué demonios estarán hablando? Los McQueen están muy unidos.

Meredith suspira —¿preocupada?— con la mirada sobre su hijo al darse cuenta de que Jamie no va a cambiar de opinión. Él trata de decir algo, pero ella se marcha dejándolo con la palabra en la boca. En serio, ¿qué ha pasado?

Jamie suelta un juramento entre dientes con la vista al frente y finalmente se gira para dirigirse al coche. Tan pronto como veo que inicia el movimiento, me recoloco en el asiento y empiezo a buscar en Spotify en mi móvil, conectado a su coche, fingiendo que eso es lo único que he hecho este rato.

Abre la puerta justo en el momento en el que *All I want is you,* de U2, comienza a sonar. Es de las suyas, pero no me importa. La necesita. Jamie se da cuenta de que he elegido una de sus canciones y sé que corro el riesgo de que también quede claro que lo he visto discutir con su madre, pero eso tampoco me importa porque creo que me necesita.

Jamie se abrocha el cinturón y arranca, todo supermecánico porque no tiene la

cabeza aquí. Es obvio que él también está preocupado y... triste.

—Jamie —lo llamo colocando mi mano sobre la suya para que no mueva la palanca de cambios—, ¿estás bien?

Sus ojos se quedan mirando nuestras manos. Yo también lo hago. Hace unas semanas esta hubiese sido la imagen más rara del mundo, pero ahora no.

Se pasa la que le queda libre por el pelo y resopla al tiempo que echa la cabeza hacia atrás hasta chocarla con el asiento.

No sé si ese resoplido ha sido por lo que sea que ha ocurrido o porque le ha molestado que pregunte, pero...

—Puedes contarme lo que sea —añado con una sonrisa que espero que lo reconforte—. Guardaré el secreto.

... pero estoy convencida de que necesita hablar.

Jamie me mira con mi gesto contagiado un poquito en sus labios.

Un nuevo resoplido y la vista de nuevo al frente. Estoy segura de que no para de darle vueltas a la conversación con la señora McQueen.

—Mi madre no quiere que juegue al fútbol —suelta de golpe.

Alzo las cejas, pero contengo rápido el gesto. Eso sí que no me lo esperaba.

—¿Por qué?

—Le preocupa que acabe con una conmoción cerebral. También odiaba que jugase en la universidad. No decía nada porque era la única manera que tenía de poder pagarme el estar allí. Pero ahora, ser profesional... es diferente.

—¿De verdad es peligroso?

No soy idiota y puede que no entienda mucho de deportes, pero sé lo que significa ser jugador de fútbol. He oído noticias sobre jugadores que se han quedado inconscientes en medio del campo tras un placaje brutal y cosas por el estilo.

—¿A ti también te preocupa? —pregunta girándose al fin con una media sonrisa buscando mis ojos.

Lo conozco lo suficiente como para saber que solo quiere jugar para que olvidemos esta conversación, así que toca ser sincera para desarmarlo.

—No quiero que te hagan daño —respondo manteniéndole la mirada.

Jamie traga saliva. Su mano se mueve bajo la mía y entrelaza nuestros dedos. Y yo me quedo hechizada por este momento.

—No van a hacérmelo —contesta con la voz ronca.

Quería ser sincera, pero creo que básicamente mi corazón ha tomado el mando y ha hablado por mí. Mi corazón. Ni siquiera sé cómo ha pasado que Jamie haya vuelto a abrirse paso hasta él, pero eso ahora da igual porque su respuesta también ha llegado a ese mismo lugar y ha calmado miedos que ni siquiera sabía que tenía.

—Es una promesa, Jamie McQueen —le advierto con una sonrisa.

—Es una promesa, Hannah Martínez —contesta con otra en sus labios.

Nos pasamos el siguiente minuto simplemente en silencio, estando así de cerca y escuchando la canción.

—¿Sabes? —caigo en la cuenta de algo—. Todavía no me has contado de qué juegas.

Sé que Luke es receptor abierto y que Jamie juega en defensa, pero hay muchas posiciones diferentes.

—Soy free safety —responde.

Frunzo el ceño sin comprender nada y él sonríe.

—Soy el jugador que se coloca más cerca de la zona de anotación. Desde allí tengo que controlarlo todo, el campo, al quarterback rival, la jugada en sí. Soy la última línea de defensa.

El último guerrero.

—Entonces, todo el equipo depende de ti.

—Más o menos —contesta con una suave sonrisa.

Hay que ser muy valiente para aceptar esa responsabilidad y también muy tenaz y trabajador. Justo lo que es él. A veces las cosas que queremos hacer casan perfectamente con las que ya somos. Ojalá yo tenga esa suerte algún día.

—Tu madre lo entenderá —le digo.

Quiero animarlo y que deje de pensar.

Jamie suelta un largo suspiro.

—Eso espero —responde—. Quiero que la gente que me importa forme parte de esto.

Es genial que quiera compartirlo. Jamie es así. Puede que a veces resulte bastante reservado o callado o incluso un auténtico gruñón, pero la gente que le importa realmente es una prioridad para él. Sus padres, Teagan, Joy Ann...

Y yo acabo de darme cuenta de las ganas que tengo de formar parte de ese grupo.

Capítulo 34

—¿Qué te vas a poner? —me pregunta Avery rebuscando en su maleta por enésima vez y resoplando, eso también lo ha hecho un montón de veces.

—No tengo ni idea —respondo pintándome las uñas de los pies de azul eléctrico.

La cosa es que no pensé en que acabaríamos saliendo de fiesta, así que solo he traído pantalones cortos, camisetas y bikinis. Sigo sin encontrar mis chanclas. Las muy malditas deben de haber conocido a otros pies con más dinero y se habrán fugado juntos a las Maldivas.

—¿Y qué vamos a hacer? ¿Volvemos a Paradise a pillar algo de ropa?

Me encojo de hombros. Supongo que es una opción. Solo estamos a cuarenta minutos. Aunque yo sigo barajando la posibilidad de ir en vaqueros cortos y nadadora. Estoy en modo paso de todo y tal vez consigamos ponerlo de moda.

—Adelante —da paso Avery cuando llaman a la puerta.

Debe de ser el doctor Seaver.

—Ey, chicas. —Es un Seaver, pero Joy Ann, no Teagan—. ¿Me prestas el cargador, Avery?

Mi amiga resopla otra vez con la mirada clavada en toda su ropa esparcida por la cama y asiente.

—¿Todo bien? —pregunta Joy Ann intuyendo que no es así.

—No sé qué ponerme —se lamenta Avery—. Solo tengo camisetas y bañadores.

—Ponte esa del gato lanzando besos —la pico.

Ella me fulmina con la mirada y yo rompo a reír. Su madre le regaló esa camiseta porque estaba aún más emocionada que ella porque viniésemos a la casa del lago. Parece ser que en los noventa este sitio también era el culmen del estatus social y las fiestas alucinantes. Me pregunto cuántos bebés no deseados se habrán concebido entre estas paredes... Un escalofrío me recorre el cuerpo. Ya no sé si quiero estar aquí.

Joy Ann lo medita un momento y echa a andar decidida hacia la puerta.

—No os mováis —ordena justo antes de salir.

Avery me mira confusa y yo me encojo de hombros. Tendremos que esperar para saber los planes de la jefa de animadoras.

No han pasado más de un par de minutos cuando irrumpe de nuevo en la habitación con una maleta enorme que en cuestión de segundos está abierta sobre el suelo. ¡Está hasta los topes de ropa y no solo bikinis y camisetas!

—Me he traído como un millón de bikinis —nos explica. Nosotras seguimos en estado de *shock* deslumbradas por la cantidad de vestidos superbonitos que hay ahí—, pero también vestidos. Nunca sé qué voy a necesitar y acabo con unos maletones horribles —añade con una sonrisa.

Se la devuelvo. Siempre me ha hecho gracia cómo sonríe Joy Ann porque es como una de esas actrices guapísimas pero con cara de mala, así que, cuando sonríe, es como algo que se sale de la configuración inicial y mola.

—Pues esta vez nos ha venido muy bien —comenta Avery—. ¿Puedo? —pregunta señalando las nuevas prendas con una sonrisa y ojitos suplicantes de gatito.

—Claro —contesta Joy Ann arrodillándose junto a su maleta y haciéndonos gestos con las manos para que hagamos lo mismo.

A mi amiga le falta tiempo para empezar a rebuscar, pero yo tengo mis dudas. Esta confraternización con el enemigo se me está yendo de las manos. ¡Es Joy Ann Seaver!

—Vamos —me llama precisamente ella al ver que no me muevo.

Avery busca mi mirada con la suya y me sonríe diciéndome sin palabras que, aunque resulte surrealista, está convencida de que podemos confiar en ella. Yo resoplo divertida. Cuando una amiga te dice que se puede saltar, tú coges carrerilla y saltas. No hay nada que pensar.

Además, siendo justas, esta Joy Ann 2.0 no se parece en nada a la Joy Ann del Paradise High. A ver, sigue teniendo muy claro lo que quiere y una capacidad innata para mandar, pero también es amable, creo que se preocupa por los demás de verdad y se le da muy bien eso de ser empática. ¡Y es sorprendentemente divertida!

Las personas pueden cambiar a mejor y soy la primera que debería creer a pies juntillas en esa idea. Si no, ¿qué hago planteándome darle otra oportunidad a Luke o *confiando-en-Jamie?*

Cierro los ojos con fuerza un segundo. Esta charla humano divina bien lo merece. Dios, por favor, por favor, que sea cierto y las personas puedan cambiar.

Si no, el batacazo que voy a darme contra el suelo va a ser de proporciones bíblicas (nunca mejor dicho).

—¿Dónde están Jennifer y Zoe? —pregunta Avery frente al espejo mientras se coloca por delante un vestido y mira cómo queda con los zapatos que ya se ha puesto.

Yo estoy contemplando dos vestidos sobre la cama, tratando de decidirme. El negro tiene la silueta de un dragón dibujada con lentejuelas a lo largo de toda la tela. Es una chulada.

Entiendo la pregunta de Avery. Jenn y Zoe eran sus mejores amigas cuando íbamos al Paradise High. Dimos por hecho que seguirían siendo inseparables, aunque por lo que hemos podido comprobar estos días quizá nos equivocamos.

Joy Ann se encoge de hombros. Se agacha delante de Avery llena de seguridad y le

cambia los zapatos por otros con el mismo tacón pero de un estilo diferente que la verdad es que conjuntan muchísimo más.

—Ellas ya tenían todo lo que necesitaban —amplía su respuesta.

Me tomo unos segundos para observarla y puede que estudiarla un poco. Creo que este verano también es un verano de decisiones vitales para más gente y juraría que Joy Ann ya no se siente tan cómoda con Jennifer y Zoe como antes porque ellas sí siguen siendo exactamente igual que en el instituto.

—Genial —dice levantándose y contemplando su obra, es decir, a Avery vestida para triunfar.

—Me encanta —comenta emocionadísima mi amiga.

Yo sonrío. Está muy guapa.

—Ponte ese —dice Joy Ann colocándose a mi lado y observando los dos vestidos como estaba haciendo yo hace un momento. Ha elegido el del dragón—. Es más tú.

Mi sonrisa vuelve. Tiene razón. Es más yo y mola que se haya dado cuenta.

Al final nos pasamos toda la tarde las tres encerradas en la *suite* presidencial decidiendo qué ponernos y, cuando lo tenemos claro, peinado incluido, viendo *Miércoles* en el portátil.

Definitivamente, hay una nueva Joy Ann Seaver en Paradise.



Bajo las escaleras dándome mucha prisa. Soy la última. He intentado que no fuera así, pero la puntualidad no es lo mío. El vestido que he elegido con Joy Ann es negro y ajustado y un poco más largo de lo que sería un mini. No tiene escote ni tampoco mangas y de noche el dibujo del dragón está escondido esperando a que una luz encuentre sus lentejuelas para brillar. Los tacones no son lo mío, así que me he calzado mis Converse blancas. Estoy bastante contenta con el resultado.

Frunzo el ceño cuando me quedan cuatro peldaños porque el salón ya entra en mi campo de visión y está vacío. ¿Dónde se han metido todos?

Me asomo a la cocina, también está desierta. Solo me queda salir.

Una suave sonrisa se cuela en mis labios cuando veo a Jamie en el césped, junto a la casa. Lleva una camisa blanca con las mangas subidas, unos vaqueros rotos en la rodilla derecha y unas Converse como yo. Ese detalle hace que mi gesto se ensanche.

Tiene una mano en el bolsillo y con la otra sostiene un cigarrillo. Aunque se ha echado el pelo negro hacia atrás algunos mechones le caen sobre la frente y su mirada está perdida en el cielo lleno de estrellas. Los ojos le brillan reflejando la luz de todas ellas.

Uau.

Eso es todo lo que se me ocurre pensar.

—Así que aquí es donde te has escondido, Jamie McQueen —comento burlona bajando las escaleras y caminando hacia él.

Al oírme Jamie lleva su vista hacia mí. Sonríe. Y esa sonrisa mola muchísimo. Me siento como cuando nos encerrábamos en la cafetería de sus padres con diecisiete años.

—Te entiendo —continúo—. Como eres un gruñón necesitas algo de tiempo en soledad para poder afrontar una noche de discoteca.

Jamie me mantiene la mirada tratando de resultar amenazante, pero le está costando mucho no sonreír, así que no le está funcionando.

—He conseguido ser puntual —anuncio orgullosa.

Él arruga la nariz en ese gesto tan sexy.

—En realidad, todos los demás llegan aún más tarde que tú —rompe mi burbuja.

Yo tuerzo los labios como protesta y su sonrisa se ensancha.

—Bueno, eso es casi lo mismo —decido.

—Claro que sí —me apoya socarrón.

Choco mi hombro contra el suyo como respuesta por semejante ofensa y él rompe a reír.

—¿Ya has hablado con June?

Yo sonrío superfeliz por respuesta. Estoy deseando verla.

—Sí, he quedado con ella en la puerta del club.

—Las tres juntas —se lamenta melodramático refiriéndose a Avery, June y a mí— y habéis pasado toda la tarde con Joy Ann, así que ya sois cuatro. Creo que yo me quedo aquí.

Se gana un «ey» y vuelve a romper a reír. Se lo está pasando de cine fastidiándome.

—Pues sí deberías quedarte aquí porque vamos a quemar la ciudad y tú solo nos estorbarías —sentencio achinando los ojos y girando el cuerpo hasta dejarnos frente a frente.

Jamie me mantiene la mirada. La broma se acaba y una sonrisa se cuela en los labios de los dos y me quedo un poco enganchada en todos los otoños del mundo.

Joder. Qué bien huele. Y no sé por qué mi mente se empeña en recordarme en modo bucle todas las veces que me ha sonreído.

—Estás preciosa —susurra.

—Tú tampoco estás mal —murmuro yo y se queda tan corto que suena a injusticia.

Mi mirada se fuga de la suya a sus labios un segundo y puede que me sonroje ¡otra vez! ¿Qué es lo que me pasa?

—Hannah —pronuncia con la voz ronca.

—Tenemos que decidir quiénes conducen. Necesitamos dos coches —comenta Teagan saliendo al porche hablando con los demás, que lo siguen, e interrumpiéndonos sin darse cuenta, aunque no pueda explicar exactamente en qué.

—Yo puedo conducir —se ofrece Zoe—. Uno de los estúpidos antibióticos que estoy tomando no me deja beber, así que...

—Vale, ya tenemos uno —apunta Teagan—. Otro amable voluntario.

—Yo creo que el doctor Seaver no debería beber —señala Jamie burlón.

Teagan lo mira mal y asiente muy convencido. Yo sonrío divertida observándolos.

—El doctor Seaver se ha autorrecetado una botella de tequila.

—¿Y para eso estás estudiando tanto? Llevas autorrecetándote tequila desde que tenemos dieciséis —replica Joey y todos rompemos a reír.

Solo somos nueve personas, pero el barullo que formamos en un solo segundo equivale a unas cincuenta.

—Bueno, bueno —llama al orden Joy Ann—, haremos un sorteo —dice abriendo una página web en su teléfono que elige números aleatorios. Nos numera, mete los datos y pulsa el botón—. El cuatro —anuncia girando su móvil para que todos podamos ver el resultado—. Teagan, eres nuestro conductor hoy —continúa con una sonrisilla. La verdad es que tiene su gracia—. Tendrás que recetarte una birra sin alcohol.

El agraciado protesta y trata de librarse con eso de que es el novio, pero nadie lo escucha. Solo nos reímos un poquito más de él y nos repartimos en los coches de Joy Ann y Jamie con sus conductores provisionales.

Capítulo 35

Atlanta *es a-lu-ci-nan-te.* No es la primera vez que vengo, pero siempre me lo parece y de noche aún más.

—¡Ey! —grita mi otra mejor amiga junto a la puerta del club levantando las manos.

—¡June! —le respondo yendo hasta ella y dándonos un abrazo de oso—. Tenía muchas ganas de verte.

—Y yo.

—Hola, tía —saluda Avery cuando nos separamos.

—Hola —contesta y le devuelve la misma sonrisa gigante.

¡Qué guay que estemos las tres juntas!

—Vamos, chicas —llama nuestra atención Teagan—. La fiesta descontrolada nos espera.

—Está bien que mantengas el ánimo alto teniendo en cuenta que vas a hartarte de Coca-Cola —lo pincha Avery.

June la mira confusa pero con la sonrisa preparada. La mía ya ha despegado.

—Es nuestro conductor —le explico cuando el doctor Seaver ya ha cogido a nuestra amiga de la mano y se la ha llevado hacia la puerta.

—¿Estáis seguros de esa decisión? —me pregunta socarrona June.

Yo me encojo de hombros melodramática.

—Una página de sorteos de Internet ha decidido. Nuestra suerte está echada.

—Pues entonces deberíamos empezar a beber ya.

Asiento.

—Gran plan —sentencio.

Las dos sonreímos hasta casi reír y entramos siguiendo a los demás. Está claro. La noche promete.

Nos recibe una canción chulísima a todo volumen y solo por eso ya merece la pena. El ambiente del club es contagioso y para bien. Hay mucha gente, aunque no da para nada sensación de agobio y el juego de luces crea una falsa intimidad.

Nos acomodamos en una zona con sofás bajos, pero la mayoría no aguantamos mucho sentados y después de la primera ronda nos desperdigamos en pequeños grupos. Jennifer, Zoe y Joey se van a bailar, Jamie sale a fumarse un cigarrillo con Joy Ann y Teagan y Luke se quedan protegiendo el fuerte mientras las chicas y yo vamos a la barra.

—Bueno —dice June girándose hacia nosotras en cuanto nos sirven nuestras copas —, ¿qué tal han ido estas semanas en la casa del lago? —pregunta haciéndose la inocente.

No me da tiempo a decir «lo sabes de sobra» cuando Avery se me adelanta con su versión de los hechos y una sonrisita.

—Jamie y Hannah son amigos —explica.

—¿Cómo? —indaga la aprendiz de Meryl Streep haciéndose ahora la sorprendida.

Yo pongo los ojos en blanco. Sabía que Avery haría esto. Tampoco me sorprende que June haya preguntado. Somos muy de darnos la paliza cuando un tema nos da vidilla.

—Sé que suena un poco raro decirlo —continúa la futura señora Seaver—, pero, sí, definitivamente son amigos. Hacen un montón de cosas juntos y se ríen.

—A veces es el uno del otro —trato de aportar dándole un sorbo a mi vodka con zumo de naranja. Tengo claro que van a seguir esta conversación con o sin mí.

—¿Y hay una mayor muestra de amistad? —plantea June, a lo que Avery niega con la cabeza encantada de que alguien le compre el argumento.

Las dos sonríen satisfechas.

—¿De verdad lo habéis arreglado? —inquiere June mirándome a los ojos, diciéndome sin palabras que lo de antes era broma y que ahora estamos hablando en serio.

Lo pienso. ¿Qué se supone que debería contestar a eso? Me encanta estar con él, pero esto es solo un pacto por nuestra supervivencia en la casa del lago. Cuando volvamos a Paradise, se habrá... acabado. De pronto odio esa idea. Me pone triste. Aunque lo cierto es que tendría que ir asumiéndolo, ¿no? Al fin y al cabo, es lo que va a pasar.

Observo a mis amigas. Me guardo el suspiro de «no quiero que esto se termine» para mí y me concentro en eso de resolver una pregunta difícil cuando es lo último que te apetece.

—Es...

—¿Complicado? —resume June por mí.

Yo tuerzo los labios confirmándole que ha dado en el clavo.

—Sí, es complicado —sentencio justo antes de beber un poco más.

¡Confío en él! Por el amor de Dios, es que es una locura... pero me siento cómoda y libre para contarle cualquier cosa y puedo ser yo misma. ¿Con cuántas personas se siente uno así?

—El que no para de mirar hacia aquí es Luke —canturrea Avery.

June y yo llevamos la vista hacia los sofás, donde ya la tiene clavada nuestra amiga. Es cierto. Luke me está mirando y cuando nuestros ojos se encuentran me dedica su

media sonrisa patentada con cero arrepentimiento. Es muy guapo y muy sexy. Las evidencias está feo negarlas.

Sonrío de vuelta y a mi lado Avery da unas palmaditas.

—Luke se comportó como un capullo, pero la historia no va como yo siempre había creído. Me ha dicho que me echa de menos y es el amor de mi vida, así que existe la posibilidad de que podamos tener otra oportunidad. —Qué bien resumo.

—¿Y por qué no estás ya con él? —plantea Avery confusa.

—Porque quiero asegurarme de que es cierto que ha cambiado —contesto y las dos asienten—. No quiero volver a arriesgarme y acabar con el corazón hecho pedazos otra vez. Además, también quiero vengarme de él. Nada doloroso. Solo un poco de sangre —pronuncio las palabras despacio y más bajito esperando a que así parezcan menos horribles y se acerquen al significado que quiero darles. Sin embargo, conforme me oigo, frunzo más el ceño porque está sonando peor que un capítulo de *Los Soprano.*

Miro a Avery y a June buscando un poco de comprensión de amistad total y las dos vuelven a asentir. Sabía que podía contar con ellas.

—Es complicado —rerresumo.

Un montón.

—Pues por dejarse llevar —lanza el brindis Avery levantando la copa para que no me coma la cabeza y me lo pase genial esta noche. Nunca se olvida de sus labores de superamiga—. Nuestro rollo tiene que ser mujer estadounidense en una película de Netflix en la que se va a Europa y se enamora de un *chef superhot* que no habla nada de inglés pero se comunica con el alma y su cuerpazo de infarto. —Avery suspira entregadísima, como si tuviese delante a ese personal de cocina en cuestión.

—¿Dónde dices que vas de luna de miel? —comento burlona.

Ella me mira mal y June y yo tenemos que aguantarnos la risa.

—Por dejarse llevar —insiste June con el brindis levantando también su copa.

Avery mueve las cejas arriba y abajo para demostrarme lo divertido que va a ser. ¿Qué demonios? La vida son dos días y hay que disfrutarlos a tope.

—Por dejarse llevar —sentencio y las tres brindamos entre risas, vítores y un aullido obra de June.

—Y ahora vámonos a los sofás —nos mete prisa Avery—. Me muero por darle un beso a mi prometido.

—Pero piensa en él. Nada de *chefs* europeos —la pico.

Me fulmina con la mirada. Me lo he ganado.

Aún estamos a unos pasos, y muertas de risa, cuando Jamie y Joy Ann también están a punto de llegar. Solo que no lo hacen solos. Una chica muy guapa está con ellos.

—Chicos —llama nuestra atención la exjefa de animadoras—, esta es Kim, una

amiga de la universidad.

Nos presenta a nosotros y nos saludamos. Le dice todos nuestros nombres salvo el de Jamie e imagino que es porque ya se han conocido fuera.

Kim se inclina precisamente hacia Jamie, le dice algo y él sonríe. ¿Esa chica nunca ha oído que es de mala educación no hablarle al grupo cuando estás en grupo? Es una superfalta de respeto. Una enorme. Me enfada muchísimo la gente que es tan desconsiderada.

—¿Bailamos? —pregunta Avery.

Jamie niega con la cabeza y Kim hace lo mismo. Claro. Seguro que tiene más secretitos que contarle.

Me doy cuenta de que yo también debo responder, pero tengo los ojos clavados en Jamie aunque no sepa por qué. Él mueve su vista y nuestras miradas se entrelazan. Eso es lo que me saca de esta especie de ensoñación y por fin asiento a mi amiga.

—Me apunto —respondo antes de marcharme con ella.

Lo mejor será que me distraiga un poco. De pronto estoy superenfadada.

Dos canciones es todo lo que necesito para librarme del malhumor. Están poniendo temas muy chulos, así que es muy fácil ponerte a cantar como una loca y olvidarte de todo lo demás.

—Necesito beber algo urgentemente —aviso a June.

Mi amiga asiente y yo sonrío divertida. Tiene los ojos cerrados y se mueve de lado a lado como si fuera una *hippie* de los setenta mientras suena *2 be loved (Am I ready),* de Lizzo.

Camino con la sonrisa en los labios y la respiración acelerada hacia la barra. No tardo más que un segundo en ver a Jamie de espaldas al mostrador pero pegado a él charlando con Joey y Teagan. Mi gesto se hace más grande. Tiene un vaso en la mano con pinta de ser una bebida superdeliciosa y superfría y yo me muero de sed. Somos una combinación perfecta.

Llego hasta él y le robo su copa para darle un trago largo. Hipótesis confirmada: está muy rica. Creo que es whisky con algo.

Jamie enarca una ceja a modo de pregunta. Sí, definitivamente se le da muy bien eso de hacer de profesor sexy.

—Me moría de sed —digo a modo de toda explicación haciendo un pucherito que, en realidad, nunca deja de ser sonrisa.

Jamie se humedece el labio inferior fingiéndose enfadado, pero la chispa traviesa en sus ojos castaños lo delata.

—¿Y tenías que solucionarlo con mi copa?

—Fastidiarte siempre es divertido.

Lo miro por encima del cristal mientras doy un nuevo trago y los dos sonreímos.

—¿Te lo estás pasando bien? —inquiere.

—Muy bien —respondo.

No hay nada mejor que estar con tus mejores amigas.

—¿Y tú? —pregunto. Tan pronto como lo hago, me doy cuenta de CUÁNTO me interesa esa respuesta y, sobre todo, si tiene algo que ver con Kim.

No hay rastro de ella por aquí.... Vale. Ahora también quiero saber si han pasado mucho tiempo juntos mientras yo estaba dándolo todo en la pista de baile.

—No ha estado mal —contesta.

—Qué enigmático, McQueen —me burlo y tengo que esconder que estoy un poco molesta porque no he obtenido toda la información que buscaba.

—Mola hacerse el interesante —replica y no me queda otra que sonreír, casi reír, aunque claramente no entraba en mis planes.

—Eres muy tonto —me quejo, pero no parece una queja porque no es una queja y los dos lo sabemos y creo que por eso nos quedamos enganchados a la mirada del otro.

Empiezo a pensar seriamente que tiene los ojos más bonitos del mundo.

—¿Qué estamos bebiendo? —pregunto y sin quererlo mi voz suena ronca.

Una sonrisa se dibuja en sus labios y, oh, es de las irresistibles.

—Whisky con soda —responde.

Bebo otro sorbo y en el momento en el que el líquido helado toca mis labios me doy cuenta de lo íntimo que es que beba de su vaso así, que por eso sigo haciéndolo aunque ya no tengo sed y que esa es la razón por la que me niego a devolverle su copa.

El alcohol me está haciendo pensar verdades.

—Me gusta que te hayas puesto las Converse con este vestido.

Sonrío porque ese detalle es mi detalle. Lo que hace que me sienta yo.

—Me gusta que te guste.

Nuestras miradas vuelven a encontrarse. Ladeo la cabeza al ritmo de la música, pero no sigo bailando porque no quiero apartar mis ojos de los suyos. Es el mismo motivo por el que hace mucho rato que él se ha olvidado de su conversación con Teagan y Joey.

—¿Es un dragón? —pregunta con el ceño fruncido descubriendo el dibujo de mi vestido.

Mi sonrisa se vuelve orgullosa.

—De lentejuelas —le confirmo.

Jamie mueve la mano y sigue con la punta de los dedos la parte del dibujo que va de mi estómago a mi cadera, con los ojos fijos en el movimiento. Es un gesto que empieza siendo inocente, pero milímetro a milímetro de piel se transforma en otra cosa.

Siento un millón de mariposas. Trago saliva.

Alza la cabeza y nuestras miradas conectan al instante. Todo empieza a ser más y más intenso. La música continúa haciendo que todos se muevan como si estuviesen hipnotizados y suena, suena y suena, pero no nos importa porque tenemos nuestra propia burbuja.

Despacio, hace un círculo con la punta de los dedos sobre mi cadera.

El corazón me late más deprisa que nunca.

El calor está pasando incendiario de una célula a otra de mi cuerpo.

Sonríe. Y yo empiezo a imaginarme cómo se vería esa sonrisa desde un poco más cerca, a qué sabría.

—Jamie.

Quiero besarlo. Quiero quemarme por estar jugando con fuego. Quiero dejarme llevar. Con él.

—¿Qué? —replica con esa media sonrisa colgada de los labios, jodidamente sexy, jodidamente guapo, jodidamente todo.

Es un maldito torturador.

—¡Han-Han! —me llama Avery rompiendo el hechizo—. ¡Vamos a bailar!

Los dos tardamos un segundo de más en girarnos para ver a mis amigas dándolo todo en la pista de baile ahora acompañadas por Teagan. Vaya, el doctor Seaver sí que sabe lo que es mover el esqueleto.

Los dos sonreímos, aunque tengo que reconocer que son sonrisas un poco nerviosas. ¿Qué ha estado a punto de pasar? ¿Y por qué no estoy alarmada? Debería estar muy alarmada... pero es que no me siento así.

—Ven con nosotras —le propongo a Jamie.

—No —responde sin perder la sonrisa.

Yo curvo los labios tratando de ponérselo complicado y él niega suavemente con la cabeza.

—¡Han-Han! —vuelve a llamarme Avery.

Me encojo de hombros con un mohín. Le tiendo la copa para devolvérsela por fin, pero, cuando él la coge, yo no aparto los dedos y los suyos buscan los míos. El corazón y las ganas despiertan mi cuerpo como si estuviera fabricado con luces de neón. Me da igual no saber por qué quiero hacer lo que quiero hacer. Solo quiero hacerlo.

Me pongo de puntillas y mis labios casi tocan su oreja.

—Me debes un baile —le recuerdo.

Cuando me separo, su mirada atrapa la mía y una oleada de calor me recorre desde la punta de los pies hasta las cejas.

—Te debo un baile. —Y suena a promesa.

Nos mantenemos la mirada un poco más. Su media sonrisa me pone las cosas difíciles. Me muerdo el labio inferior conteniendo la mía, grande y boba. Y me doy media vuelta para marcharme con mis amigas.

Me he alejado un par de metros cuando miro hacia atrás. Jamie está escuchando lo que Joy Ann, que acaba de llegar, le está diciendo, pero no pasa un segundo completo cuando mueve la mirada buscándome.

Damon Salvatore. ¿Alguna vez habéis oído hablar de él? Tenía una media sonrisa alucinante y era el vampiro al que mejor le quedaban las chaquetas de cuero de la historia. Una *red flag* con patas. Peligroso, a veces incluso despiadado, egoísta y engreído. Y era el villano de la historia de Elena Gilbert.

Ahora mismo yo no puedo dejar de pensar en Damon Salvatore.

Capítulo 36

—¡Aquí estás! —grita entusiasmada June.

Mis amigas y la música me secuestran y, como ha pasado antes, las canciones necesitan muy poco para tenerme metida de lleno.

—¡Por Dios, me encanta! —grita Avery refiriéndose a *Music for a sushi restaurant,* de Harry Styles, que empieza a sonar.

Yo sonrío y asiento tan entusiasmada como ella. Mola muchísimo.

—Ey —me saludan a mi espalda.

Mi cuerpo vuelve a decidir por sí mismo y cada célula se revoluciona. Solo me da tiempo a girarme cuando él me coge de la mano y, sin preguntar ni darme oportunidad a decir nada, tira de mí alejándome de las chicas.

—¿Qué pasa? —pregunto cuando por fin nos detenemos.

Pero otra vez no hay palabras. Toma mi cara entre sus manos y me besa con fuerza. Mi corazón sale disparado y un millón de recuerdos llenos de un millón de sensaciones increíbles lo arrasan todo dentro de mí.

Un *revival* alucinante.

—No te haces una idea de las ganas que tenía de hacer esto —dice separándose apenas un par de centímetros.

Miro a Luke a los ojos y elijo creerlo porque el corazón funciona así. Es el amor de mi vida. Lo ha sido desde siempre. Y nunca fui tan feliz como cuando me dijo que me quería.

—Larguémonos de aquí —añade contra mis labios.

Me sonríe de esa manera (hoyuelo incluido) con la que sabe que consigue que cualquier chica le dé lo que quiera y, de nuevo sin esperar a que diga que sí, tira de mi mano para hacerme caminar tras él.

Yo doy los primeros pasos a punto de dejarme llevar, pero hay algo que no me cierra... Yo... ¿Qué se supone que va a pasar? Nos acostamos en su coche, repetimos en la casa del lago y después ¿qué? Sigo sin saber si ha cambiado. Sin saber si esta vez es de verdad.

Él es Luke.

Mi Luke.

Pero yo no quiero esto y no necesito repetírmelo.

Me suelto de su mano y me detengo en seco. Al notarlo, Luke se gira hacia mí. Nos

miramos a los ojos y no sé si se lo digo todo de esa manera, pero tampoco vocalizo cómo me siento. Soy consciente de que no es muy maduro, pero la Hannah escapista está en plena forma y toma el control.

—Tengo que volver con las chicas.

—No, no tienes —replica con una sonrisa.

Luke es como un condenado terremoto. Aparece y decide. Hace y deshace. Fue igual cuando teníamos diecisiete años. Dejarme sola en la casa del lago para después buscarme cuando ya tenía claro que quería marcharme y hacerme cambiar de opinión.

Desde que volví a Paradise me he preguntado si Luke ha cambiado. He deseado que lo haya hecho. Bien, pues la que tiene que espabilar y dejar de permitir que un chico, por muy enamorada que esté de él, decida por mí, soy yo.

—Sí, sí que tengo —sentencio.

Giro sobre mis talones y camino de vuelta hasta donde están mis amigas.

Puedo seguir siendo la Hannah escapista cuando lo necesite porque a todos a veces nos hace falta poner distancia con situaciones o personas, pero no puedo renunciar a ser yo misma. Nunca más.

—¿Dónde te habías metido? —me pregunta June cuando me ve aparecer.

Niego con la cabeza y suelto el peor «por ahí» que nadie ha oído nunca. La cabeza me va a mil por hora. Mierda... no esperaba que Luke hiciera esto. El beso ha sido alucinante *(de-otra-maldita-galaxia),* pero todo lo demás... Yo...

—Han, ¿estás bien?

Trago saliva.

—Sí —miento. Pierdo la mirada a un lado y veo a Jennifer y Joy Ann discutiendo junto a los sillones. Mi excusa perfecta—. ¿Has visto a esas dos?

Mis amigas se giran hacia donde les indico y las tres nos quedamos en silencio observando la escena. Jenn parece muy cabreada y Joy Ann, muy cansada de su *bestie*.

—A lo mejor le ha molestado que Joy Ann se haya encontrado con otra amiga —comenta June un poquito riéndose de ellas, refiriéndose a la odiosa de Kim—. Las animadoras son muy territoriales. —Vale. Se está riendo un montón.

La miro aguantándome la sonrisa y ella asiente muy seria a su propia teoría.

—Siguiendo esa posibilidad —comenta Avery—, puede que Jenn ya se haya deshecho de Kim y Zoe la esté enterrando en el bosque porque no está.

Las tres nos fijamos en el grupito de amigas de la universidad de Joy Ann. No hay rastro de Kim. Por mí, mejor. No hacía más que ponerle ojitos a Jamie, buscar cualquier oportunidad para tocarle el brazo y tratar de que solo le prestara atención a ella. Estaba siendo un coñazo.

—Oye, ¿dónde está mi futuro marido? —pregunta Avery echando un vistazo a su

alrededor.

—El doctor Seaver está allí. —Lo localizo rápidamente en la barra.

A ella se le ilumina la mirada en cuanto lo ve.

—El pobre —dice con una sonrisa llena de ternura—. Lleva toda la noche a base de Coca-Cola —añade haciendo un puchero para recordarnos que el que un día decidirá sobre la salud de personas hoy no puede autorrecetarse tequila—. ¡Parada para ver a los chicos! —decide de pronto tirando de mí.

—¿Para qué me necesitas? —me quejo.

—Porque no quiero tener que elegir entre mis amigas y mi novio —contesta sin compasión.

Yo no dudo, y tampoco tengo compasión, lo he aprendido de ella, y justo en el último segundo en el que la elasticidad de mi cuerpo me lo permite, me estiro y cojo a June de la mano para arrastrarla a ella también. Si voy a tener que pasar el rato con el doctor Seaver, ella se viene conmigo.

—No —se lamenta, pero echa a andar a regañadientes.

—Hola, preciosa —saluda Teagan a Avery envolviéndola con uno de sus brazos y acercándola a él.

June y yo ya somos físicamente libres, pero telepáticamente obligadas a quedarnos.

—¿Chupitos? —pregunta Joey girándose hacia la barra.

Las dos asentimos.

—¿Dónde está Jamie? —plantea Avery con el ceño fruncido.

Tan pronto como oigo su nombre yo también arrugo la frente. Eso. ¿Dónde está?

—Lo he visto largarse sin despedirse hará como cinco minutos. Parecía tener mucha prisa —contesta Joey concentrado en hacer contacto visual con la camarera.

De pronto todo encaja y me pillo un cabreo ENORME. ¡Se ha largado con Kim! ¿Por qué demonios se ha ido con ella? No es que me importe, pero se supone que hemos salido para estar todos juntos, ¿no?, y divertirnos y él ha decidido largarse con la primera que le ha dado la oportunidad... Ni siquiera se ha despedido de mí ni me ha preguntado si... si me parecía bien...

«Hola, Hannah. Voy a acostarme con Kim. ¿Te mola la idea o tienes algo que decir?»

Soy idiota.

Y estoy cabreada.

Y Dios sabrá por qué tengo tantas ganas de llorar.

—¿Dónde están esos chupitos? —farfullo dando un paso hacia Joey.

Estúpido, Jamie McQueen.

Capítulo 37

Me levanto de malhumor. Estoy cansada, me duele la cabeza y, cuando regresé a casa, no paraba de pensar que iba a oír a Jamie montándoselo con Kim a través de la pared. Teniendo en cuenta cómo ella lo miraba en el club, no me extrañaría que hubiese estado gritando «Oh, Dios mío» hasta que se hubiese quedado sin voz.

—La muy idiota —gruño bajito y en español mientras atravieso el salón hacia la cocina.

Empujo la puerta batiente y mi enfado se multiplica por mil cuando veo a Jamie, inclinado hacia delante hasta apoyarse en la isla, rodeando su taza de café sobre la madera con las dos manos. Está despeinado. Solo lleva una camiseta de tirantes blanca y un pantalón corto. Descalzo, como yo.

Por un momento nos quedamos mirándonos a los ojos como si nos estuviésemos retando en una especie de duelo o algo así. Lo conozco y sé que él también está enfadado. ¿Un polvo decepcionante? Espero que sí, que a Kim le fuera algo superraro en la cama, de lo que da risa nerviosa, o nada más terminar lo acojonara diciendo que ahora tenían que casarse.

Soy consciente de que no tengo ningún motivo para estar así de molesta, pero, maldita sea, lo estoy. MUCHO.

—Buenos días —dice cuando aparto mi mirada, rollo paso completamente de ti, y voy hacia la nevera.

Yo me trago el nudo de rabia pura a la vez que busco un zumo.

—No tan buenos como los tuyos, imagino —respondo borde.

—¿Se puede saber a qué viene eso? —replica en el mismo tono que yo.

Me encojo de hombros.

—A nada.

—Genial —ladra él.

—Genial —ladro yo.

Ni siquiera entiendo cómo demonios volvieron a casa. No había ningún coche desconocido, así que la increíble Kim no tiene. Seguro que fue de caballero andante y pagó un uber. O algo más arriesgado y a la vez que implique confianza en el ser humano como hacer autostop. Eso le pega muchísimo al muy idiota.

—¿Por qué estás tan cabreada?

¡Es el puto colmo!

—No lo estoy, pero la próxima vez podrías molestarte en despedirte de tus amigos antes de largarte.

Una sonrisa tensa y superirritante y superengreída se cuela en sus labios.

—Ah —comenta irónico—, pero ¿ahora somos amigos?

—Claro que no —farfullo.

—Ya me parecía a mí.

Conversación terminada. Me sirvo el café. No pienso decir una sola palabra más. No pienso volver a hablarle nunca.

—¿Tantas ganas tenías de largarte con ella? —estallo olvidándome de la taza y del zumo y de todo lo que no sea Jamie McQueen.

—La verdad es que no tenía ningunas ganas de quedarme en ese club.

—Espero que te lo pasaras de cine —siseo entrecerrando los ojos sobre él.

—La mejor noche de mi vida.

—Eres idiota —mascullo y es un «idiota» de verdad sinónimo de capullo presuntuoso y arrogante.

¡Dios! ¡Estoy que echo humo!

Jamie asiente suavemente un par de veces fingiendo meditar mis palabras.

—Pero ¿más o menos que Luke? —pregunta—. Porque ayer daba la sensación de que te caía jodidamente bien.

Tengo una especie de revelación.

—¿Por eso estás tan cabreado? —planteo.

¿Está así por Luke?

—Lo que pase entre Luke y tú no es asunto mío —responde malhumorado. Solo le falta resoplar al muy imbécil—, pero, la próxima vez que decidas que quieres saber si va en serio y todo el rollo que me soltaste, asegurarte de hacerlo antes de besarlo en mitad de un puto club.

Abro la boca superindignada. ¡Es un supercapullo!

—¡Él me besó a mí!

—Te lo repito —replica haciendo énfasis en cada sílaba. Parece calmado, pero es pura fachada. Está tan enfadado como yo—: nada de lo que pase entre Luke y tú es asunto mío.

—Nadie lo diría —contesto con toda la mala leche y la ironía del mundo—. Pareces un poco celoso.

—Ni en tus sueños —gruñe aún más malhumorado.

¡Y no sé por qué demonios me molesta tanto que conteste justo eso y que lo conteste justo así!

—Perfecto —suelto hirviendo en mi propia rabia—. Hay muchas amigas de la universidad de Joy Ann que seguro que están deseando acostarse contigo. No quiero

que pierdas el tiempo con mis asuntos.

Una media sonrisa breve y arisca se cuela en sus labios.

—¿Estás celosa? —pregunta con ese tonillo tan jodidamente irritante.

—Antes muerta —sentencio fulminándolo con la mirada.

—Perfecto —me imita—. No queremos que el amor de tu vida pierda el interés.

No sé por qué, en mitad de todo el enfado y el malhumor, una parte de mí quiere contarle que no me fui con Luke porque no quise hacerlo, que no caí rendida a sus pies solo porque él me dijese que tenía ganas de besarme y que me sentía muy orgullosa por estar haciendo las cosas como creo que debo hacerlas y no como una niña de diecisiete años colada por el chico del equipo de fútbol.

Pero no lo hago.

Me largo de la cocina sin decir nada aún más cabreada que cuando he entrado y dejándole cristalinamente claro que lo estoy.

Salgo al porche y respiro hondo con la vista en los árboles. Eso tranquiliza, ¿no? La naturaleza y el silencio. Supongo que todo sería más fácil si al menos pudiese explicar por qué estoy tan increíblemente molesta.

—Buenos días —dice alguien y su voz se mezcla con la puerta cerrándose a mi espalda.

Es Luke.

Lo miro un segundo antes de volver a clavar mi vista al frente y también me tomo un segundo de más para responder con un «hola».

No sé si también estoy un poco enfadada con él por besarme ayer, pero creo que sí. Me ha complicado mucho las cosas.

—No imaginaba que te levantarías temprano después de la hora a la que nos acostamos ayer —comenta con una sonrisa dando un paso hacia mí.

—No podía dormir.

Su sonrisa se ensancha.

—Mejor para mí —responde. Frunzo el ceño porque no entiendo a qué se refiere, pero él no me da ocasión a preguntar—. Así puedo pedirte que me acompañes. Tengo que hacer unos recados.

No lo pienso. ¿Salir de aquí? Genial.

—Dame cinco minutos —digo yendo hacia la puerta prácticamente corriendo.

Él sonríe de nuevo y asiente. Creo que imagina que ni lo he dudado porque me muero por pasar tiempo con él y obviamente hay un poco de eso, pero no solo eso. Nunca me han gustado las frases trampa rollo somos todos los que estamos, pero no estamos todos los que somos.

Me cambio en tiempo récord y bajo las escaleras con un vestido de verano de lo más sencillo y mis Converse, recogiéndome el pelo en un moño de bailarina un poco

desastre en lo alto de la cabeza sin ni siquiera detenerme.

—Estoy lista —anuncio cuando salgo.

Y entonces pasa que mi mirada se topa con la de Jamie, en el césped a unos pasos de la casa. Está fumándose un cigarrillo en el mismo sitio de anoche, cuando lo cacé mirando las estrellas antes de irnos a Atlanta.

Nos quedamos enganchados el uno al otro. Sigo enfadadísima y al mismo tiempo lo echo de menos y no quiero y eso hace que esté aún más cabreada. Ayer se largó con otra. No quiero ni mirarlo a la cara... Entonces, ¿por qué soy incapaz de apartar la mirada y alejarme de él?

Todo sería más fácil si supiese cómo se siente él.

—¿Nos vamos? —me pregunta Luke apoyado en su Porsche Macan negro.

Me obligo a salir de mi ensoñación y asiento.

—Claro —murmuro apartando la vista de Jamie, pero sin tener muy claro dónde posarla ahora—. Adiós —digo al aire aunque en el fondo es para él.

—Adiós —responde cuando ya he recorrido un par de metros.

Puede que solo sea una única palabra, pero su voz ronca me recorre de pies a cabeza.

Capítulo 38

—¿Y cuáles son esos recados? —pregunto mientras Luke conduce por encima del límite de velocidad a través de la carretera del bosque para regresar a Paradise.

—Mi padre me ha llamado —contesta con la mirada al frente—. Necesita que me encargue de que en casa haya un par de cosas para cuando él vuelva. Básicamente quiere poder jugar al golf y arreglar una de sus radios —añade con una sonrisa.

El padre de Luke es asesor de inversiones y pasa la mayor parte del año viajando. Su madre es abogada. La contrataron en un bufete en Atlanta y nunca está mucho tiempo en casa. En el instituto ya era así y Luke se pasaba días y días con los McQueen o con los Seaver. Él bromeaba diciendo que parecía que lo había adoptado la comunidad como Mowgli con los lobos. Nunca he dudado de que sus padres lo quieran y a él nunca ha parecido importarle que lo dejaran solo, pero siempre he sospechado, incluso antes de que habláramos por primera vez, que esa situación afectaba a Luke, como si hubiera sentido, y todavía lo hiciese, que no es la primera prioridad para sus padres. Además, algo me dice que los echa muchísimo de menos.

—Es decir, que vamos a la tienda de deportes de Hastings —un pueblo a unos treinta minutos— y a la ferretería de Paradise —confirmo sus planes socarrona.

Su sonrisa se ensancha al darse cuenta de que he acabado con el misterio.

—Has acertado, Pequeña Hannah. Tengo que decir que siempre has sido mucho más lista que yo.

Le devuelvo la sonrisa y niego con la cabeza.

—Eso es porque tú nunca te has esforzado.

Es inteligente, pero siempre ha preferido las fiestas y las trastadas a ir a clase. Consiguió la nota justa para que sus calificaciones no fueran un problema a la hora de entrar en el programa deportivo de la Universidad de Carolina del Sur y poder jugar al fútbol con ellos. La NFL siempre ha sido su meta, no porque fuese su sueño ni nada por el estilo, sino porque se le da bien, no le supone un esfuerzo y le hará ganar el dinero suficiente para no tener que preocuparse por él el resto de su vida.

—Tienes demasiada fe en mí —responde.

Eso es lo que pasa cuando te enamoras, ¿no? Crees en esa persona hasta el final.

Luke vuelve a apartar la mirada de la carretera y otra vez la conecta con la mía. Sonrío. Es un gesto más pequeñito, pero, sí, está lleno de más significado.

—Puede ser —murmuro.

Luke también sonríe y se parece a la mía. Creo que ni siquiera me importa perderme su hoyuelo.

—¿Y tú qué? —plantea—. Ya me he enterado de que has entrado en la Escuela de Negocios de Harvard. Tienes que estar contenta.

Me contengo para no resoplar. Me contengo para no decir «para nada». Me contengo para que el nerviosismo (y el miedo) no vayan de cero a cien en un solo segundo.

—Es una pasada —me obligo a pronunciar—, pero aún no sé si es lo que voy a hacer.

Luke frunce el ceño.

—¿Por qué?

No quiero tener esta conversación ni ahora ni nunca... pero una bombillita se enciende en el fondo de mi mente: no sé si puedo confiar en Luke. Verdad contrastada. Pero desde que volví a Paradise tampoco le he dado la oportunidad de demostrarme que puedo hacerlo. Sincerarme y hablar de algo que no saben ni mis padres ni mis amigas puede ser esa oportunidad. Quizá no ha surgido de forma espontánea como con Jamie, pero las cosas a veces necesitan una patadita para arrancar.

Doy una bocanada de aire. Solo tienes que echarle un poco de valor, Hannah.

—No sé si eso es lo que quiero hacer y no quiero equivocarme.

En cuanto pongo esas palabras en voz alta, el miedo se vuelve puntiagudo. No me sincero al cien por cien y no hablo de lo que más me asusta, no sé qué quiero hacer, no sé dónde quiero estar, no sé quién quiero ser, para tener bajo control la puta ansiedad. Creo que esto no ha sido una buena idea. Doy una bocanada de aire, tratando de controlar mi respiración y mis latidos. Lo miro de reojo, no me atrevo a hacerlo frente a frente, y entonces, él... rompe a reír.

Eso era lo último que me esperaba.

Lo observo confusa, abiertamente, pero poco a poco voy cambiando ese sentimiento por enfado. ¿De qué va?

—¿Qué te hace tanta gracia? —inquiero molesta.

¿Mi no futuro le parece una broma?

—No te enfades —se apresura a decir buscando mi mirada un segundo antes de centrarla de nuevo en la carretera—. Es solo que me resulta divertido que la Pequeña Hannah no tenga clarísimo lo que quiere hacer. Es raro en cualquier persona, pero mucho más viniendo de ti.

Genial. ¿Por qué todo el mundo tiene que dar por hecho que me conoce? ¡No lo hacen! ¡No saben cómo me siento por dentro! ¡Ni el puto miedo que me da todo!

—Me alegra divertirte —replico aún más malhumorada.

—Pequeña Hannah...

—No es tan fácil —contesto a la defensiva—. Me asusta muchísimo elegir mal.

El miedo sustituye la rabia y empiezo a juguetear nerviosa con los dedos de mis manos.

—Pues yo creo que no es para tanto.

—¿A qué te refieres? —pregunto con el ceño fruncido.

—El futuro no es tan importante —sentencia—. Ya descubrirás qué hacer y, si no, tampoco pasa nada. Es inútil darle vueltas.

—Para mí es importante.

Es tu futuro. Tu vida. ¿Qué vas a hacer? ¿Quién quieres ser? ¿Dónde quieres estar? Sé que hay personas que no necesitan contestarse esas preguntas y son superfelices, pero yo no soy así. Necesito tener mi propio mapa.

—Para ti todo lo es, Pequeña Hannah —se burla.

—Y para ti no lo es nada —se la devuelvo.

—¿Diferentes puntos de vista, entonces? —acuerda sin dejar de sonreír.

Yo resoplo exasperada.

—Ni siquiera te estás tomando en serio esta conversación.

—Porque quiero que te rías y te olvides de esta tontería —responde incapaz de entender por qué yo no lo veo así de claro.

—No es una tontería.

Entiéndeme, por favor.

—Mira —llama mi atención alzando suavemente la mano que no sostiene el volante y enseñándome el índice a modo de número uno—. Puedes elegir bien y que todo se vaya al diablo o —levanta también el corazón para indicar la segunda opción— elegir mal, comprarte un billete de lotería y hacerte millonario. ¿Qué importará entonces haberte esforzado tanto en tomar la decisión correcta? La vida hay que tomarla como viene.

En realidad no sé de qué me sorprendo. Luke siempre ha sido así: nada le preocupa lo suficiente para tener que esforzarse. Siempre ha conseguido lo que ha querido. Sus padres son ricos y le han dado todos los caprichos. Es guapísimo y lo sabe y se las ha apañado para que juegue a su favor. Luke no ha tenido que luchar por nada. Nunca.

—No estoy hablando solo de dinero —trato de explicar mi punto de vista.

—¿Entonces?

—No sé... es todo. —TODO—. No quiero decepcionar a mis padres.

—¿Y qué pasa si lo haces? Son tus padres. Tienen que quererte.

Otra vez una afirmación llena de seguridad que me hace fruncir el ceño y creo que incluso me encoge un poco el corazón.

—No quiero que nadie me quiera por obligación, Luke.

Jamás querría.

Una sonrisa arisca, incluso un poco amarga, invade por un segundo sus labios.

—Ya... nadie quiere, pero a veces es lo que hay —replica con la mirada clavada en la carretera y sus dedos apretando con un poco más de fuerza el volante—. Cuanto antes lo entiendas, mejor.

Pues yo me niego. Con mis padres. Con mis amigos. Con él. Con todos. Querer tiene que salir del corazón.

Resoplo a la vez que pierdo la mirada por la ventanilla. La conversación no ha ido para nada como pensaba que iría. Imagino que a su manera ha intentado reconfortarme, pero no ha funcionado.

No sé...

Con Jamie fue diferente. Él... me entendió.

Nos pasamos el siguiente par de minutos en silencio. ¿También era así con él hace cuatro años? Nos recuerdo en la casa del lago o en la cafetería o en el cine y, aunque sonrío, discretamente, como una boba, como una boba discreta, es cierto que nunca hablábamos de verdad.

Luke me observa hasta que yo acabo girando la cara para hacer lo mismo. Se muerde el labio inferior como si supiese el mejor secreto del mundo y justo después me lanza una sonrisa alucinante.

—Mándalo todo al infierno —me ofrece macarra.

Y aunque es lo último que quiero, me pilla tan de sorpresa que no puedo evitar romper a reír.

—¿Esa es tu solución? —planteo cuando las carcajadas se calman.

Luke niega con la cabeza.

—Y quédate conmigo —termina sin una pizca de vergüenza y con una sonrisa de las que hacen historia.

Yo le mantengo la mirada guardándome cualquier respuesta para mí. Está bromeando y lo sabemos los dos. Además, Luke Davis nunca pierde una oportunidad para ligar... Sin embargo, a pesar de todo eso, tengo que reconocer que el corazón se me ha estrujado un poquito.

—Deberías prestar atención a la carretera —lo riño apartando la vista, pero me cuesta un mundo dejar de sonreír.

Nos desviamos un poco y damos una vuelta por el condado. Me encanta Georgia en esta época del año. Todo son árboles frondosos y pícnics en los parques y, sí, un sol de justicia, pero también olor a rosas cheroquis y paisajes espectaculares.

Comemos camarones y tarta de melocotón y por fin vamos hasta la ferretería de Paradise a comprar un par de herramientas y piezas diminutas para que el señor Davis pueda arreglar una de sus radios antiguas, uno de sus *hobbies.* Y después le toca el turno a Hastings y su gigantesca tienda de deporte (Hastings es un pueblo diminuto, la

tienda es más grande que el ayuntamiento) para buscar un hierro siete para el segundo *hobby* del padre de Luke.

¿Cantidad de tiempo que me paso pensando en Jamie? Oficialmente, ni un solo segundo porque sigo muy cabreada y por mí puede pasarse todo el día mandándose whatsapps con Kim (por paloma mensajera, que es más romántico). Extraoficialmente... es otra historia.

—Podríamos probar a jugar —comenta Luke sosteniendo el palo como si fuese a golpear una pelota imaginaria.

—No sé si el golf me va mucho —contesto.

—Lo mejor del golf son los carritos y que es un deporte que claramente puedes jugar borracho.

Me aguanto la risa. Lo dicho. No se toma nada en serio.

Luke aprovecha que estoy distraída mirando una pared enorme llena de patines de cuatro ruedas como los de las camareras de las pelis antiguas para cogerme de la muñeca y tirar de mí. Me hace girar rápido y coloca mi espalda contra su pecho. Pone el palo de golf entre mis manos y las suyas se anclan a mis caderas.

Mi cuerpo lo reconoce al instante. Así sin avisar. Mi respiración se acelera y tengo que contenerme para no cerrar los ojos y suspirar o volar, qué sé yo.

—Antes de saber si un deporte te va —susurra con sus labios casi tocando mi oreja —, lo justo es probarlo, Pequeña Hannah.

Las piernas se me vuelven de mantequilla. Su boca baja hasta que su cálido aliento acaricia mi cuello y yo estoy a punto de dejarme llevar... pero no.

Creo que es porque estamos en mitad de una tienda enorme, rodeados de gente. No sé. No me siento cómoda.

Le pego un suave codazo y doy un paso adelante librándome de su agarre. Sonrío fingiendo que soy una chica mala y él me devuelve el gesto sin apartar sus ojos de mí.

—¿Me estás poniendo las cosas difíciles? —pregunta confuso, pero sobre todo divertido.

—¿Alguien que no te ha dicho que sí a la primera? —replico—. Tiene que ser desconcertante —me burlo metiéndome las manos en los bolsillos y yendo hasta el mostrador. Nos toca.

Es raro, pero me siento aliviada.

—¿Le cobro? —pregunta el dependiente.

Hace cuatro años ni siquiera habría podido imaginarme apartándome de él.

—Luke, el dependiente te está esperando —le digo al ver que él no reacciona.

Luke se muerde el labio inferior conteniendo su sonrisa y despacio, con alevosía para ser más exactos, camina hasta él.

En ese momento la puerta se abre y un grupo de chicos entran charlando, riendo y

armando algo de jaleo. Por cómo van directos a la zona reservada para todo lo que tiene que ver con el fútbol y por cómo se comportan entre ellos, es más que obvio que son del equipo del instituto de Hastings.

Luke los observa con detenimiento y de pronto una chispa traviesa salta en sus ojos.

—He tenido una idea —susurra con la vista en los chavales.

Recoge la bolsa y sale con el paso acelerado.

Yo observo a los chicos confusa por si me he perdido algo y finalmente sonrío y lo sigo.

—¿Qué pasa? —inquiero cuando nos encontramos junto a su coche.

—He tenido una idea cojonuda —me da más detalles.

—¿Y es?

—Vamos a hacer una trastada y va a ser la hostia de divertido.

Yo lo observo esperando a que diga que me está tomando el pelo, no puede haber otra explicación, pero Luke me mira con la misma sonrisa que siempre le ha garantizado salirse con la suya.

—Ya no estamos en el instituto —le recuerdo.

—¿Y? —plantea y sus ojos increíblemente azules brillan un poco más.

¿Por qué tengo que estar rodeada de chicos guapos? Eso siempre complica muchísimo las cosas.

—Pues eso. Se supone que ya no podemos hacer esa clase de cosas.

Luke da un paso hacia mí y su olor me sacude lleno de familiaridad.

—¿Recuerdas lo que te he dicho antes? —me pregunta con la voz ronca. Está muy cerca y tengo que levantar la cabeza para poder seguir mirándolo a los ojos. Guapo de verdad—. Mándalo todo al infierno —hace una pausa completamente a propósito— y quédate conmigo.

Sonríe y yo suelto un suspiro sin poder apartar mi mirada de la suya cuestionándome seriamente que no haya perdido totalmente la cabeza.

¿Quieres saber si puedes confiar en él?

Déjate llevar.

—Vámonos —digo con una sonrisa llena de nervios, de expectación y de emoción pintada en los labios.

Bienvenida a tu propia prueba de fuego, Hannah Martínez.

Capítulo 39

Luke detiene el coche en el aparcamiento trasero del Roosevelt Preparatory, el instituto de Lakeside. Los dos miramos a través de la luna delantera para asegurarnos de que no hay nadie alrededor. Él, macarra, sabiendo perfectamente lo que está haciendo. Yo, muy nerviosa e inquieta y creo que emocionada y ¿he dicho ya nerviosa? ¿Qué pasa si nos pillan? ¿Nos detendrán? ¿Esto es una de esas cosas estúpidas por lo que uno acaba en una prisión federal sin saber que acabaría en una prisión federal?

—No creo que esto sea buena ide...

—Vamos, Pequeña Hannah —me interrumpe Luke—. ¿Qué sería de nuestras vidas sin un poco de emoción? —plantea con una sonrisa y guiñándome un ojo antes de salir del Porsche.

Unas vidas maravillosamente tranquilas.

Doy una bocanada de aire o puede que resople... unas tres veces. Dale, Hannah. Conviértete en una chica lanzada de esas que no le tienen miedo a nada. ¡Puedes hacerlo!

¡Puedo hacerlo!

¡Puedes hacerlo!

¡Puedo hacerlo!

Si te pillan, recuerda que no tienes que correr más que la policía, solo más que Luke.

Maldita...

Me bajo del coche y camino hasta él. Está cogiendo algo del maletero... un destornillador.

—Es muy fácil —murmura Luke mientras caminamos en modo ninja hacia la puerta trasera del edificio principal—. Entraremos, cogeremos el trofeo y nos largaremos. Lo único que tenemos que hacer es que no nos vean.

¡Alerta!

—¿Que no nos vean? —pregunto al borde del *shock* cardiopulmonar—. ¿Quién podría vernos?

Es verano. El centro está cerrado. ¿Quién queda por aquí?

—El conserje —me explica cuando llegamos a nuestro objetivo y nos agachamos—, pero no te preocupes. Tiene como mil años y hace mucho que decidió preocuparse solo de sus asuntos. Incluso si nos viese, tampoco diría nada.

Eso me deja más tranquila. No mucho más, pero lo suficiente como para no

largarme corriendo.

Luke mete el destornillador en la ranura entre las dos puertas y comienza a moverlo.

—No rompas la puerta —le advierto un pelín, nada importante, supernerviosa.

—No voy a romperla.

—¿Y qué demonios estás haciendo?

—Forzarla.

—Forzarla es romperla —respondo como si fuera obvio, ¡porque es obvio!

Maldita sea. No quiero estar aquí.

—No, forzarla es abrirla sin la llave, rollo tarjeta de crédito en peli de espías. Romperla es romperla.

Me cruzo de brazos y empiezo a dar saltitos. Ya se ha hecho de noche y hace frío. Tendría que haber traído una sudadera como Luke.

—¿La puerta seguirá funcionando cuando termines?

Luke lo piensa un momento.

—Más o menos.

—Pues entonces más o menos la habrás roto.

Luke me mira cansado de mis reticencias y yo me encojo de hombros diciéndole sin palabras que, le guste o no, llevo razón.

Luke mueve con más insistencia el destornillador.

—¿Desde cuándo sabes hacer eso? —pregunto flipándolo un poco, la verdad.

Justo en ese segundo, la cerradura cede y Luke sonríe orgulloso.

—Desde siempre —sentencia en plan chulito.

Yo pongo los ojos en blanco y la sonrisa de mi compañero en el crimen se ensancha. Al final no me queda otra que sonreír también, pero lo hago completamente en contra de mi voluntad.

Nos incorporamos. Luke empuja la puerta. Se abre y... la alarma comienza a sonar. ¡LA ALARMA! ¡Mierda! ¡Voy a terminar en la prisión federal! ¡Lo sabía!

—Pero qué coño... —farfulla Luke.

—¿No sabías que tenían alarma? —me quejo.

—No. No la tenían todas las veces que hemos entrado.

—Tal vez por eso ahora SÍ la tienen —replico.

¡Luke Davis, eres idiota y no en plan mono!

—¡Ey! ¡Vosotros! —gritan desde la otra punta del pasillo.

¡Es el conserje! ¡Y para nada es viejo!¡Este conserje tiene como treinta años y una forma física envidiable!

¡Mierda otra vez!

—¡Corre! —grita Luke.

Me agarra de la mano y tira de mí para que eche a correr todo lo rápido que soy

capaz. Nos alejamos del edificio, pero el conserje, con el que deben experimentar el *doping* que después les dan a los ciclistas europeos, nos sigue gritando y maldiciendo.

Yo no soy capaz de seguirle el ritmo a Luke porque él tiene unas piernas gigantes y va a ganarse la vida entre otras cosas corriendo y yo no recuerdo la última vez que pisé un gimnasio.

Ya veo el coche a unos metros, pero el universo dice «Ey, Han, ¿todo bien?» y decide que es el momento ideal para que me tropiece y me caiga.

¡Joder! ¡Qué daño!

—Joder —farfulla Luke también—. Vamos, vamos, Pequeña Hannah —me apremia ayudándome a levantarme, mirando al conserje y sonriendo porque en el fondo se lo está pasando mejor que bien.

Por fin nos montamos en el Porsche. Luke arranca y salimos derrapando a toda velocidad en las narices del empleado del Roosevelt Preparatory, que hasta donde sabemos puede estar pillando la matrícula o, yo qué sé, llamando mentalmente al resto de los supersoldados modificados genéticamente de su escuadrón. Qué manera de correr.

De pronto Luke rompe a reír. Lo dicho. Se lo está pasando de escándalo.

—¡Ha sido la hostia!

Yo lo fulmino con la mirada.

—Claro que no —protesto muy enfadada—. Se suponía que pillaríamos el trofeo y nadie nos vería. Dijiste entrar y salir y esto no ha sido para nada eso.

Dios. La mano me duele muchísimo. Me la agarro con la otra y me miro la palma. Tengo un corte. He debido de hacérmelo con alguna de las ramas que había en el suelo o quizá una piedra.

—Ese conserje corría muchísimo, ¿no? —comenta.

Me mira con el inicio de una sonrisa en los labios. Sé lo que está haciendo. Quiere que me olvide de lo enfadada que estoy y le conteste con una tontería para que él pueda decir otra y yo lo perdone.

No caigas, Hannah. Podrías haber terminado metida en un lío enorme. Tal vez ya lo estés y ni siquiera lo sepas. ¿Y si el conserje ha avisado a la poli?

—Pequeña Hannah —me llama con voz dulce.

—Déjame en paz.

Luke se lleva la mano al pecho como si mis palabras realmente le hubiesen dolido.

¡No le importa lo más mínimo!

—Tienes que haberte fijado por fuerza en el conserje —no se rinde—. Yo creo que el Gobierno ha experimentado con él.

Finjo no oírlo a la vez que finjo estar concentrada en mi ventanilla.

Luke se calla un momento, tamborileando sobre el volante con los dedos.

—¿Un metahumano? —plantea de pronto con toda la normalidad del mundo, como si realmente considerara esa posibilidad—. ¿Flash?

Vale. Esa ha sido más difícil de esquivar, pero consigo contener la sonrisa.

—¿Flash hasta arriba de anfetaminas?

Ya no soy capaz de aguantarme más y acabo sonriendo, aunque rectifico rápidamente.

—Pequeña Hannah —me llama con esa voz de chico bueno que no ha roto un plato en su vida... Una gran interpretación.

—¿Qué? —respondo estirando esa única palabra.

—¿Estamos bien?

Busco su mirada, él me la mantiene y es fácil ver que no está arrepentido, ni siquiera preocupado, pero también que de verdad quiere saber si estamos bien y no sé si eso me vale o no, pero ya me he cansado de estar enfadada por hoy. No quiero seguir estándolo ni con él ni con... nadie más.

Sé que es una idiotez, pero llevo todo el día echándolo de menos.

—Estamos bien —respondo.

Luke me dedica su sonrisa patentada y devuelve su vista al frente.

—¿Te apetece un helado? —me pregunta cuando entramos en la calle principal de Paradise.

Asiento. Un poco de chocolate me vendrá superbién para recuperar las energías y la salud cardiovascular perdida.

Bajamos del coche y caminamos en silencio hasta el local de Lorelai. ¿Es malo que no se me ocurra ningún tema de conversación? A Luke no parece importarle mucho. Está concentrado en su teléfono.

Acabo de darme cuenta de que hoy es el primer día que puedo recordar todas las veces que he reído desde que me he levantado. Supongo que...

—Mierda —gruño muy bajito y en español.

Aun así, Luke me oye, levanta la vista del móvil y cuando ve lo que estoy viendo yo también farfulla. El sheriff Riordan está junto a la mesa de un grupo de chicos del Paradise High, preguntándoles si han tenido, cito textualmente, «la brillante idea de pasarse por el instituto de Lakeside hace un rato». Joder. ¡Nos está buscando a nosotros!

Luke vuelve a agarrarme de la mano. Esta vez no necesita decirme que eche a correr. Lo hago por iniciativa propia.

—¿Qué va a pasar si nos pillan? —pregunto pensando en cómo voy a pagarme un abogado. Avery está en proceso de serlo. Todavía no tiene licencia.

Conclusión: no puedo. Así que ya me veo a mi madre y a mi tía Mari Jose haciendo una huelga delante de la embajada española para que nos manden a uno desde

España a gastos pagados para salvar a su niña de estos guiris.

—Nada serio —responde Luke echando un vistazo a la calle principal desde nuestro escondite tras la esquina de la tienda del señor Ocean para asegurarnos de que podemos movernos sin toparnos con el sheriff—. Una hora en el calabozo de la comisaría y una charla muy larga del sheriff Riordan sobre que tenemos que aprender a comportarnos. Créeme, lo peor es la charla —dice con el tono del que ha tenido que oírla muchas veces y sigue sin tomárselo en serio.

Estoy demasiado atacada para poner los ojos en blanco; si no, lo haría.

Él sonríe travieso y despreocupado, como el inconsciente que es, y yo le suelto un manotazo en el hombro.

—Esto no es divertido —me quejo gritando en un susurro.

Pero debe de ser que a él se lo sigue pareciendo porque su sonrisa se ensancha.

Cruzamos la calle principal casi corriendo pero tratando de no llamar la atención o nos coserán a preguntas sobre dónde vamos tan rápido y el sheriff acabará pescándonos igual. No sé dónde pretende llevarnos Luke. Su coche está en la otra dirección y para ir a nuestras casas andando no tendríamos que habernos cambiado de acera.

Se detiene delante de uno de los locales.

Ya sé por qué debíamos cruzar a la acera de enfrente.

Maldita sea.

Capítulo 40



—Abre —le pide Luke golpeando la puerta con la palma de la mano.

Yo tuerzo mucho el gesto (incluyendo ojo cerrado). Esto no es una buena idea por muchas razones.

—¿Qué coño pasa? —gruñe Jamie empujando la puerta.

Esa es la primera de todas. Seguimos enfadados. Aunque, siendo justos, ya he entendido, y asimilado, que no tengo ningún derecho a estarlo. No estamos juntos. No somos nada. Ni siquiera somos amigos. Solo vivimos una especie de tregua que estaba resultando increíblemente guay. Respecto a Jamie y a su enfado, no tengo ni idea de qué piensa él ahora mismo.

Precisamente él, con el mandil negro atado a la cintura y un trapo blanco en el hombro, no se aparta para que Luke pueda entrar esperando una explicación. No se ha dado cuenta de que su amigo no viene solo. Genial. Eso es porque está muy cabreado. Pero entonces mueve la mirada y se encuentra con la mía y nos quedamos enganchados. Culpable, señoría. Me negaba a dejarlo escapar tan pronto. Llevo echándolo de menos todo el día.

—Entrad —dice sin apartar su mirada de la mía con la voz aún más ronca que antes.

Luke también me observa ahora esperando a que me mueva, pero yo parezco estar pegada al suelo con cemento o tal vez sea el hechizo de los ojos castaños más bonitos que he visto en mi vida. Es tan difícil de explicar. Esta mañana estaba cabreadísima con él y una parte de mí sigue estándolo y, cuando Luke se ha parado justo frente a la puerta del Meredith’s, yo ni siquiera quería estar aquí y ahora... yo... no querría estar en ningún otro lugar.

Obligo a mis piernas a moverse porque empieza a ser ridículo. La don nadie del Paradise High frente a los dos chicos más guapos del equipo de fútbol, hipnotizada como si aún tuviese diecisiete años.

Al pasar junto a Jamie distingo perfectamente su olor y comprendo que he aprendido a memorizarlo y reconocerlo sin darme cuenta.

—Hannah, ¿qué te ha pasado en la mano? —pregunta Jamie caminando hacia mí. Su tono ha cambiado por completo. Está muy preocupado y no aparta la vista de esa

parte de mi cuerpo hasta que coge mi mano con cuidado con una de las suyas y con la otra, despacio, me hace abrir los dedos para poder examinar la palma.

—¿Mano? —inquiere Luke extrañado llevando su vista hasta los dos.

Jamie fulmina a su amigo con la mirada y tengo la sensación de que va a echarlo a patadas por haber conseguido que me haga daño estando con él.

—Es una tontería —le quito importancia—. Me he caído. He debido de cortarme con una piedra o una rama.

—¿Te duele? —Y su voz sigue sonando ronca pero también muy dulce. Una combinación letal.

—No —contesto veloz porque soy adulta.

Jamie esboza una suave sonrisa llena de ternura.

—Te duele —repite y no pregunta.

Cazada.

Yo también sonrío.

—Sí —confieso.

—Te la curaré.

Jamie solo me suelta la mano para cogerme de la otra. Entrelazamos nuestros dedos y me guía hacia el interior de la barra. Creo que pocas veces me he sentido tan protegida como en este momento y no hablo de un «no dejaré ni que el viento te roce» porque, para vivir, ese viento tendrá que rozarte una y mil veces. Hablo del «sal, vive todo lo que quieras vivir, haz todo lo que desees hacer y no te preocupes si te caes porque yo te cogeré siempre de la mano y volveré a darte impulso para que sigas persiguiendo tus sueños (y si hace falta también te curaré la palma de la mano)».

—Voy a ver dónde está el sheriff Riordan —comenta Luke antes de salir.

Jamie resopla por respuesta.

El siguiente minuto la cafetería se queda en silencio, como si alguien hubiese apagado el mundo exterior.

Cuando me suelta la mano, todo mi cuerpo protesta. ¿Por qué? No lo sé. ¿Odio que ya no haya ningún contacto entre nosotros? También.

Jamie saca un pequeño botiquín de debajo del mostrador y lo pone sobre la madera. Está a punto de abrirlo cuando un ruido lo distrae. Centra su vista en la puerta y, ágil, vuelve a guardar el *kit* de primeros auxilios antes de que precisamente el sheriff Riordan llame al cristal.

El corazón se me sube a la garganta. ¿Se puede morir por infarto tan joven? Lo descubriremos en los próximos veinte segundos.

Jamie me mira y en mitad de toda esta locura me sonríe. Sé exactamente por qué lo hace y yo también sonrío, aunque esté muerta de nervios. Me está diciendo que todo va a ir bien. Y yo lo creo. Me da igual que sea otro pedacito de locura.

Deja el trapo que lleva en el hombro frente a mí. Un nuevo mensaje telepático de Jamie para Hannah: finge que me estás ayudando a secar los vasos y que no te vea el corte de la mano.

Va hasta la entrada y mueve la mano sobre el cerrojo simulando que está cerrado. El sheriff Riordan pensaría que es raro que esté abierto cuando la cafetería ya no lo está. Por eso mismo ha llamado y no ha intentado abrir directamente.

—Buenas noches, Jamie.

¿Qué se supone que tenía que hacer? Ah, sí... fingir secar vasos.

—Buenas noches, sheriff —lo saluda a la vez que se hace a un lado con la puerta para que pueda pasar. Los nervios se me multiplican por un millón—. Ya hemos cerrado, pero creo que aún me queda café.

Hace unas semanas ese comentario me habría hecho poner los ojos en blanco. «Jamie McQueen, el chico perfecto, reservado y responsable... Pura fachada, porque de chico bueno no tiene nada», habría añadido sin miedo a equivocarme ni siquiera un poquito. Ahora ya no sé absolutamente nada.

—No, gracias. —Mira al interior del local con la desconfianza propia de un poli en acto de servicio—. Buenas noches, Pequeña Hannah —me saluda al reparar en mí.

—Buenas noches, sheriff.

Un poco más de observarlo absolutamente todo en silencio. En serio, me está poniendo de los nervios. ¿Y si se me cae una gota de sangre al suelo y la oye? Dios... ¿y si empiezo a sangrar y el charco aparece por el otro lado de la barra? Supongo que en ese caso no tendría que preocuparme que me pillase porque significaría que me he muerto desangrada.

¡Deja de fliparlo, idiota!

—¿Cuándo has cerrado? —pregunta.

—Hará como una hora.

—¿Y habéis estado los dos solos todo ese tiempo?

—Sí, hoy limpio yo la cafetería. Hannah ha venido un rato antes de que cerrara y se ha quedado conmigo para ayudarme —*miente-por-mí.*

Un calor suave y lleno de cosas bonitas se concentra en el centro de mi pecho. El sheriff asiente con las manos en las caderas.

—¿Ha ocurrido algo, sheriff? —pregunta Jamie haciéndonos parecer completamente inocentes.

Una última mirada y se gira hacia la puerta dando un suspiro, relajando todo el cuerpo seguro de que sus criminales no están aquí. Estoy a punto de sonreír.

—Nada, chicos —responde—. Pasad buena noche.

—Igualmente —contestamos prácticamente a la vez.

El sheriff se marcha y Jamie cierra a su paso.

¡Joder! Creo que voy a quedarme sin aire en cualquier momento.

Jamie regresa hasta el interior de la barra y, tras echar un vistazo para asegurarse de que el sheriff se ha marchado realmente, vuelve a sacar el botiquín.

Yo lo observo abrirlo y sacar lo que necesita sin saber qué decir. Bueno, sí que lo sé. Quiero darle las gracias, pero es obvio que también está enfadado, mucho.

Él no levanta la vista de lo que sus manos hacen, sin hablar.

—¿Quieres saber qué es lo que ha pasado? —pregunto y creo que solo lo hago para sacar un tema de conversación.

Quiero que hable conmigo. Que sonría. Que me guiñe un ojo de esa manera tan engreída y odiosa y que ahora echo muchísimo de menos.

—No. No lo necesito.

Dejo escapar un suspiro. Esa no era la respuesta que esperaba. Bajo la mirada y la centro en mi mano. Jamie da un paso hacia mí con una gasa untada de antiséptico.

Coge mi mano con una dulzura que siento en todos los rincones de mi cuerpo y me la gira para que la palma quede hacia arriba. El gesto, la ternura, hace que vuelva a levantar la mirada y buscar la suya concentrada en mi piel. ¿Por qué me siento tan bien solo porque él esté cerca?

—No lo necesito porque ya sé lo que ha pasado —me explica curándome la herida —. Una de las trastadas de Luke.

—Antes también eran tus trastadas.

Jamie y Luke eran inseparables en el instituto.

Me coloca un apósito.

—Supongo que he cambiado —contesta mirándome de nuevo.

Y nos quedamos conectados como conectan los cohetes con la base de Houston, como si fuéramos lo único que hace volar al otro y al mismo tiempo el camino para volver a casa.

Es él quien se aparta al tiempo que vuelve a resoplar. Se gira y comienza a guardar todo lo que ha sacado del botiquín. Está claro que sigue enfadado... y yo no quiero que estemos así. ¡Lo odio! Necesito sentirlo... cerca. Puede que sea incapaz de profundizar en ese sentimiento porque no lo entiendo, pero está ahí, rugiendo con fuerza. Así que recorro la distancia que él ha puesto entre los dos y me freno solo a un par de pasos. Lo miro, pero él no me mira a mí. Me armo de valor y cruzo esos últimos centímetros. Conseguido. Estamos cerca. Ahora necesito que lo estemos de verdad.

—Le has mentido al sheriff por mí —murmuro y creo que lo hago buscando una reacción en él.

—Sí —responde.

Por fin se vuelve y nos deja frente a frente. Puede que antes el mundo se desconectara, pero creo que ahora está empezando a sonar una canción.

—Estoy muy cabreado —confiesa siendo sincero al máximo.

No necesita concretar. Sé que está hablando de nuestros cafés con sutiles indirectas para desayunar de esta mañana. También sé que, aunque lo que me apetezca sea resoplar y encerrarme en mí misma, yo también debo decirle cómo me siento. Esa es la base de todo, hablar de las malditas cosas que hacen daño para que dejen de doler... Me siento como si hubiese madurado cinco años de golpe.

—Yo también lo estoy. ¿Por qué te fuiste con la amiga de Joy Ann?

Odio que se fuera con otra chica. ¡Y me da igual no saber por qué lo odio porque lo hago!

—Yo no me fui con nadie.

¿Qué?

No se acostó con ella. *Alivio*. En este instante no se me ocurre una palabra mejor.

—¿Y entonces por qué te marchaste? —pregunto.

Jamie me mantiene la mirada y yo me sumerjo de golpe en ella. Baja la cabeza y sus alucinantes ojos castaños observan mi herida curada y vendada.

—No soporto pensar que te has hecho daño —pronuncia con la voz ronca.

¿Es consciente de las cosas que me dice? ¿De lo bien que me hace sentir?

—Gracias.

Gracias por mentir por mí. Gracias por curarme. Gracias por darte cuenta de que lo necesitaba en primer lugar.

—De nada.

No nos movemos ni un centímetro. La canción empieza a tomar forma, a envolvernos, creo que incluso a dibujarnos y también a hacernos volar un poquito. Jamie y yo no somos amigos, apenas hemos aprendido a caernos bien y sin embargo no quiero moverme de aquí por nada del mundo, no quiero que él lo haga, y cosas que sí quiero: levantar la mano y apartarle el flequillo de la frente, deslizarla por su pelo negro hasta que mis dedos se enreden en los mechones de su nuca. Seguir investigando, viajando y que mis manos se cuelen bajo los dobleces de su camisa sobre su antebrazo. Quiero sentir las suyas en mi cintura, mejor aún, en mis caderas. Quiero susurrarle cosas muy cerca de sus labios.

Jamie traga saliva. Sus ojos se mueven de los míos a mis labios con intensidad, haciendo que el calor dentro de mí se multiplique, que todas esas cosas que no puedo explicar se despierten y pidan más, por ejemplo, que esté más cerca. Mucho mucho mucho más cerca y, maldita sea, faltan un montón de «muchos» ahí.

—Hannah... —susurra con la voz ronca.

—Tíos —nos interrumpe Luke entrando de nuevo.

Nuestra burbuja se rompe y nos separamos despacio.

—El sheriff ya se ha ido —nos explica—. Podemos marcharnos, Pequeña Hannah.

Luke me mira esperando a que eche a andar y me vaya con él. Jamie lo mira a él francamente mal. Y yo no sé qué demonios hacer. ¡¿Qué hago?! En serio, un manual de instrucciones para la vida, por favor. Luke es mi Luke... Pero, Jamie... Él lo ha cambiado todo. Las malditas reglas del juego. La manera en la que jugamos. El juego en sí.

Ha conseguido que sienta por él cosas que no se parecen en nada al odio.

Sin embargo, el problema aquí es que no sé qué es lo que siente Jamie y ya me pasó una vez que me imaginé que los dos sentíamos lo mismo cuando a él ni siquiera le importaba. ¿Por qué no se lo pregunto? «Ey, Jamie, ¿tienes las mismas ganas de que me quede que yo de quedarme?»

Atravieso la cafetería sintiendo sus ojos castaños clavados en mí. Llego hasta Luke, él sonríe y empezamos a caminar.

Quiero quedarme con él.

Pues pregúntaselo. Sal de dudas.

—Adiós, Jamie.

Suena a cobarde. Hannah, la escapista profesional. Pero es que ya dolió demasiado la primera vez.

—Adiós, Hannah.

Su voz.

Vale. Hora de activar todos los mecanismos de autodefensa porque no sé qué es lo que siento por Jamie, pero acabo de comprender que es grande y fuerte y que va a doler mucho más que la primera vez.

Por eso me marcho, porque quiero ser lista y protegerme. No se elige al villano del cuento. Esa es la mejor manera para acabar con el corazón destrozado.

Capítulo 41



—Al final ha sido una noche interesante —comenta Luke con una suave sonrisa desconectando el motor del coche.

—Yo no la habría descrito así —contesto con su gesto reflejado en mis labios.

Acaba de detener el Porsche en el camino de tierra frente a la entrada. El silencio a nuestro alrededor se interrumpe por las voces y las risas que llegan desde el interior de la casa del lago.

—Hacía mucho tiempo que no pasábamos el día juntos.

—Diría que hace cuatro años, pero no creo que entonces me dedicaras tanto tiempo —aclaro encogiéndome suavemente de hombros.

Luke piensa en mis palabras e imagino que repasa nuestra historia buscando algo que justifique que no era así. Obviamente no lo encuentra.

—¿Tan imbécil era? —pregunta al fin casi indignado consigo mismo y, sobre todo, muy pícaro y no me queda otra que sonreír, casi reír.

—Pues me temo que sí —respondo todavía con la sonrisa en los labios.

Un poquito de silencio más. Todo parece estar en paz, pero yo no me siento así, como si estuviese en la casilla equivocada.

Luke voltea el cuerpo hacia mí.

—Puede que no me diese cuenta de lo especial que eras, pero ahora sí.

Yo giro la cabeza y tuerzo los labios desconfiada y socarrona a partes iguales.

—Los dos sabemos que eso no es verdad.

—Tienes que empezar a darme el beneficio de la duda para que pueda ser romántico.

Aprieto los labios conteniendo una sonrisa, manteniendo alta la bandera de mi escepticismo, pero él empieza a asentir a su propia teoría y ya es imposible no sonreír.

Luke también lo hace y antes de que pueda darme cuenta rompo a reír. Creo que ni siquiera tiene que ver con este momento, es la tensión de las últimas horas saliendo a borbotones.

Consigo relajarme y lo agradezco.

Él se inclina un poco más sobre mí. Yo lo miro mal y divertida y él levanta las manos

en señal de tregua.

—Tengo que contarte un secreto —me explica en un susurro.

Luke Davis es un sinvergüenza.

—¿Y cuál es? —le sigo el juego.

Se acerca hasta que sus labios casi acarician mi oreja.

—Creo que solo sé ser romántico contigo.

Cierro los ojos conteniendo todo lo que estoy sintiendo y es confuso y sabe genial a la vez y también me enfada y me pone triste y nostálgica y una voz me recuerda a gritos que no quiero estar así con él.

Lo miro a los ojos. Él sonríe. Veo su hoyuelo. Qué complicado es todo, maldita sea.

Estamos muy muy cerca.

—Pequeña Hannah —susurra acariciando mi mejilla.

Y ahí está. La pista definitiva. Cuando me dijo que me quería, Pequeña Hannah sonó a canción de Taylor Swift, y ahora, no sé si es porque ha pasado el tiempo o porque me he vuelto un poco más sabia o simplemente porque ya no estoy cegada por el chico guapísimo y popular, soy capaz de entender que no me vale porque, en realidad, Luke no me ve de verdad. A mí. Por eso sigo siendo Pequeña Hannah para él, como para el resto del pueblo. No puedo confiar en él porque no me conoce. Y por todas esas razones no quiero que me bese.

—Luke, no puedo —digo apartándome.

Él separa su mano de mi piel y con un leve suspiro se aleja hasta dejarse caer en su asiento.

—Necesitas tiempo, lo pillo.

—No se trata de eso —contesto negando con la cabeza—, creo —añado con la voz muy bajita—. He cambiado, Luke. —Mi voz vuelve a sonar fuerte. Quiero que suene fuerte—. Ya no soy la misma que en el instituto.

Una sonrisa triste se cuela en sus labios.

—Lo sé —responde—. Al menos en el instituto sabía que solo podías mirarme a mí. Ahora no lo tengo tan claro.

—Yo no lo miro —niego veloz y en el fondo no sé por qué lo hago. Estoy tratando de luchar ¿por qué? ¿Por esto o por mí gracias a esa cosa tan extendida llamada autoengaño? Claro que lo miro.

—Pues para no hacerlo has tenido claro a quién me refiero —replica.

Tocada y hundida.

Bajo la cabeza.

—Es complicado.

Y estoy muerta de miedo y van a hacerme daño otra vez.

—Deberíamos entrar —pronuncia Luke sacándome de mi ensoñación y bajándose

del coche antes de que yo pueda decir nada, dejándome sola.

Yo lo observo caminar hacia la casa, pasándose las manos por el pelo y dejando caer con rabia sus brazos después.

Estoy a punto de sentirme culpable. Lo último que quiero es que se enfade conmigo. Pero entonces recuerdo la frase que Jamie me dijo junto al lago, cómo me sentí cuando la entendí de verdad: lo importante es lo que sientas tú. Desde que Luke me invitó a ir con ellos a la cafetería, me pasé un verano entero poniendo sus sentimientos por delante de los míos. No puedo volver a cometer ese error. Siento si se ha enfadado. Siento si le ha dolido. Pero no puedo quedarme solo porque otra persona, que nunca ha pensado en lo que era importante para mí, quiera que me quede.

Ya es hora de saltar las piedras para no volver a tropezar con ellas.

Capítulo 42



—Está un poco más adelante.

¿Por qué he aceptado venir? No tengo ni la más remota idea. Bueno, puede que técnicamente, muy técnicamente, sí que lo sepa. Quería alejarme un rato de Luke. Suena raro, ¿verdad? RARÍSIMO. Me he pasado cuatro años evitándolo cada vez que ponía los pies en Paradise, pero desde que volví y lo descubrí todo y él me dijo que me echaba de menos, bueno, ha sido... diferente. Pero es que esta noche también ha sido diferente.

Ha intentado besarme, yo lo he rechazado y después los dos hemos entendido que lo nuestro ya no es. Lo peor es que se ha encerrado en sí mismo y se ha enfadado y me ha dejado sola cuando lo necesitaba. Un final perfecto. Seguro que ya hay alguien por ahí intentando comprar los derechos.

Y por si eso no fuera suficiente también está Jamie. Empiezo a pensar que, si viviéramos en una distopia rollo *El cuento de la criada,* todo sería mucho más sencillo: encontrar ropa gris que mole y buscar la manera de fugarme a Canadá. Esas serían mis únicas preocupaciones.

Dios...

Cuando estaba con Jamie en el Meredith’s, he sentido un millón de cosas. Un millón de mariposas. Superemos el hecho de que no es Luke. Pasemos de que ni siquiera somos amigos. ¡Es que no tengo ni idea de qué es lo que siente él! Y no voy a ser la idiota que lo pregunte con ojitos esperanzados para que Jamie me responda recordándome que él no es Luke, que nosotros no somos amigos y de paso se ría de mí. Valeeee. Dudo mucho que hiciera eso último, pero ya una vez di por hecho que sentíamos lo mismo y me EQUIVOQUÉ. ¿Repetimos? No. Gracias.

¿Me muero de ganas de preguntar y que la respuesta esta vez sea sí? Por supuestísimo.

Enchúfenme una lista de Spoti de Taylor Swift en vena, por favor. El amor es un asco.

—Esto está un poco oscuro.

Sí, lo está. Porque estamos en mitad del bosque. Quería huir y he acabado camino

de la casita del embarcadero para buscar no sé qué que vamos a necesitar para no sé qué barbacoa mañana. Ni idea. Me han preguntado si quería ir y yo he accedido a hacerlo. Y ahora estoy alumbrando un camino de calidad cuestionable con la linterna del móvil, con un frío que pela y en compañía de Joey, Zoe y Jennifer. La vida a veces es muuuuyyy rara.

—¿Cómo esperabas que estuviera? —replica Joey ganándose que Zoe lo mire mal.

Andamos, no sé, unos cinco minutos más. No le estoy prestando demasiada atención al camino que seguimos, aunque no será muy difícil, estamos junto al lago, y al fin aparece la casita del embarcadero. La recordaba más grande y está claro que la han reformado hace poco.

—Tenemos que encontrar las parrillas y tenemos que hacerlo rápido —nos recuerda Jenn.

Me contengo para no poner los ojos en blanco. Paso tanto de ella que mi cerebro empieza a mandarme resúmenes de lo que dice y no la conversación completa.

Joey abre la puerta y entramos todos. Sí, definitivamente es muy pequeña y no hay rastro de nada que parezca una parte de una barbacoa, que, por otra parte, ¿quién tuvo la genial idea de guardar aquí?

—¿Dónde está? —pregunto.

Empiezo a pensar que he escuchado a Jennifer todavía menos de lo que pensaba y estamos buscando otra cosa.

—Alumbrad por ahí —les pide a Zoe y a Joey, indicándoles la pared más próxima al bote que atracan aquí—. Tú, ahí, Pequeña Hannah. —Señala el lado opuesto.

Las linternas se dispersan. Pero en serio esto no es tan grande. Está claro que aquí no está.

—Aquí no hay nada... —empiezo a decir.

—¡Ahora!

—¡Vamos! ¡Vamos!

Los gritos me pillan por sorpresa y por muy rápido que me muevo y por muy diminuto que sea esto no consigo llegar a la puerta antes de que estos capullos la cierren con llave por fuera.

Trato de abrir. Obviamente no puedo.

—Muy graciosos —farfullo armándome de paciencia.

No estoy en el mejor momento de mi mejor día.

Los oigo reír al otro lado.

—¿Qué pasa, Pequeña Hannah? —replica Jennifer con malicia—. ¿No te gusta la nueva habitación que te hemos buscado? Tienes tu propio *loft*.

Los tres estallan en carcajadas por la estúpida broma.

Vuelvo a intentar abrir. Estoy comenzando a ponerme nerviosa y a cabrearme, un

montón.

—Esto no tiene gracia. Dejad de hacer el imbécil y abridme.

—Me temo que no podemos. Disfruta de tu rinconcito del mundo.

Oigo pasos. ¡No puede ser verdad! ¡Se están largando!

—¡Va en serio! ¡Abridme! —repito golpeando la puerta con la palma de la mano.

¡No pueden ser así de tontos!

—Estamos seguros de que encontrarás la manera de salir —me reta Joey.

Ahora estoy la hostia de nerviosa y la hostia de enfadada.

—¡No! ¡No! ¡No! —Vuelvo a intentar abrir la puerta.

—Disfruta, Pequeña Hannah —se despide Zoe.

—¡Abrid la maldita puerta!

Sus risas suenan cada vez más lejanas.

—¡Sois unos cabrones! —grito dándole una patada a la madera que tampoco sirve de nada.

Me paso las manos por el pelo y miro a mi alrededor alumbrando con la linterna buscando algo, lo que sea, que me ayude a salir de aquí, ¡pero es que no hay nada! Un par de remos, cañas y aparejos de pesca y poco más. ¡La mitad de la casita ni siquiera tiene suelo porque es un jodido embarcadero! Dándome la razón, la barquita blanca y azul que tienen aquí guardada se mece suavemente siguiendo las olas.

Vale. Hora de pensar cómo salir de aquí.

Miro la pantalla del móvil.

—Mierda —gruño bajito y en español. No hay cobertura, así que nada de llamadas de socorro con un «esta gente es lo peor, venid a buscarme» ni whatsapps con el mismo mensaje más una cara de estar flipándolo un montón.

¿Otras puertas? No. ¿Ventanas? Tampoco. ¿Voy a morir aquí? Probablemente.

Observo el agua. Evidentemente ha entrado por algún sitio. Por el mismo por el que sale la barca cuando la necesitan. Solo tengo que tirarme, bucear un poco y saldré al lago. Después solo será cuestión de andar. Es cierto que es un lago muy grande y no sé cómo de lejos estamos de la casa, pero hemos tardado unos veinte minutos en llegar, así que de vuelta, por mucho que me pierda, será máximo una hora.

No es para nada el mejor plan, pero es infinitamente mejor que estar aquí.

Me acerco al borde del suelo de madera y meto la mano en el agua para... no sé muy bien para qué, sinceramente. Es culpa de los nervios. Seguro. Me doy un poquito de valor y salto. ¡Joder! ¡Está helada! Vale. No hay tiempo para pensarlo mucho más. Necesito salir de aquí ya o voy a empezar a tiritar. ¡Se supone que estamos en verano! ¡Estar bañándome a estas horas debería ser una pasada!

Cojo aire y me sumerjo. Empiezo a bucear, paso la barca, pero cuando voy a salir al lago veo que hay unos pilares de hierro arriba y abajo que se unen formando una

especie de dentadura por la que pasa el agua y nada más. Un sistema de seguridad para que la gente no pueda hacer lo que iba a hacer yo a la inversa, entrar en la casita y robar la barca o las cosas de pesca.

¡Mierda!

Vuelvo hacia atrás y doy una bocanada de aire cuando consigo sacar de nuevo la cabeza. No. No. No. Subo impulsándome con los brazos en la madera. Me cuesta un mundo. Puto gimnasio al que no voy.

Trato de abrir de nuevo por si a estos tres les ha dado por ser buenas personas en los dos minutos que he estado debajo del agua, pero no. Eso era demasiado pedir.

—¡Hola! —grito y empiezo a sonar desesperada—. ¡¿Hay alguien ahí?!

Espero un segundo, dos, tres, diez, nada.

Me abrazo el cuerpo. Hace mucho frío y mojada todavía más.

Giro sobre mí misma, buscando el interruptor que libere las tenazas de ahí abajo y poder salir. Lo encuentro. Bieeeen. Va con llave. Genial.

—Vamos, vamos. —Me refriego los brazos tratando de entrar en calor—. ¡Hola! —vuelvo a chillar.

Ni-una-mísera-respuesta.

Me siento en el suelo con las piernas recogidas contra el pecho buscando algo de calor. Esto no tiene ninguna gracia. Maldita sea.

Miro el reloj del móvil. Ya deben de estar a punto de llegar a la casa. Avery los verá y les preguntará por qué yo no he vuelto. Tuerzo el gesto. Avery estará en la habitación con Teagan y, francamente, cuando está allí lo último que quiero es que piense en mí. Luke... no sé. A Jamie le quedan al menos un par de horas en el Meredith's. ¿Joy Ann?

Resoplo.

Tienen que volver.

Van a volver.

Ni siquiera ellos son tan idiotas de pensar que es buena idea dejar a una persona encerrada en un embarcadero en plena noche.

Pierdo la cuenta de cuántas veces me repito eso.

Dos horas atrapada en un sitio sin ventanas dan para mucho.

Vuelvo a mirar el reloj del móvil y... la batería se muere delante de mí. ¡No! ¡Se acabó la linterna!

—No... —gimoteo.

Y antes de que pueda controlarlo, comienzo a llorar. No porque esté asustada, aunque lo estoy, es de pura frustración ¡y de rabia! ¡En serio, ¿cómo pueden ser tan capullos?!

—¡Hannah!

Su voz. Es él. Trata de abrir la puerta.

—¡Jamie! —grito levantándome y corriendo hacia la salida.

—Apártate —me pide.

Lo hago veloz. Un golpe seco. Seguido de otro. Uno más. Y la puerta se abre con el hombro de Jamie.

—Hannah —repite mucho más aliviado de tenerme por fin delante.

Yo salgo corriendo y me abrazo a él con fuerza.

—Gracias —murmuro sin poder dejar de llorar, aunque ahora lo hago porque es la única manera que encuentra mi cuerpo de sacar fuera toda la tensión y los nervios y el agobio que he sentido las últimas horas.

Jamie me estrecha contra él refugiándome en su propio calor. Me da un beso en el pelo y me acaricia la espalda despacio, tratando de calmarme.

—¿Estás bien?

Yo asiento sin desenterrar la cabeza de su cuello. No quiero.

—Estás helada —dice y sin separarme de él un solo centímetro nos mueve para que empecemos a caminar de vuelta a la casa.

De reojo veo a Avery y a Teagan.

En cuanto pisamos la zona de césped que rodea la casa del lago, Joy Ann y Luke por un lado y Joey, Zoe y Jennifer por otro se levantan.

—¿Estás bien? —pregunta Joy Ann acercándose.

—Sí —murmuro tan bajito que no sé si habrá sido capaz de oírme. Ella me dedica una sonrisa llena de empatía y me frota los hombros suavemente—. Sí —repito acto seguido alto y claro porque no estoy dispuesta a dejar que la estúpida de Jennifer ni ninguno de esos dos capullos crea ni por un segundo que me han dejado hecha polvo, aunque hayan cumplido con creces su misión.

Me separo de Jamie porque tampoco quiero que piensen que soy una damisela en apuros. No lo soy. Puede que esté muerta de frío, con la ropa mojada y la nariz y los ojos rojos, pero no van a poder conmigo.

—Voy a darme una ducha —explico antes de subir los escalones del porche.

Mi mirada se cruza con la de Luke, que se ha acercado siguiendo los pasos de Joy Ann. Parece preocupado, creo, pero no dice nada.

—Te acompaño —responde Avery sin separarse de mí.

—Ya os dije que estaría bien —oigo mascullar a Jennifer malhumorada cuando entramos en la casa—. Habéis exagerado muchísimo.

—¿A qué puto idiota puede parecerle buena idea encerrar a alguien en un maldito embarcadero en plena noche? —les espeta Jamie cabreadísimo.

—Mejor cállate, Jennifer —gruñe Joy Ann.

Joey trata de defenderse diciendo que solo ha sido una broma, pero Jamie sigue echándole la bronca. «Sois una jodida vergüenza» es lo último que oigo antes de

meterme en la habitación de Avery para usar su baño privado.

Capítulo 43



—Estoy bien, de verdad —repito por decimonovena vez recogiéndome el pelo en una coleta. No es mi mejor trabajo, pero creo que aguantará. Lo único que quería era apartarme el pelo de la cara después de usar el secador.

Avery está sentada en mi cama mirándome con cara de pena. Se siente muy culpable por haber estado en la habitación con Teagan, he decidido que jugando a Animal Crossing y nadie va a convencerme de lo contrario, y no darse cuenta de que no había regresado con el trío «seguimos pensando que el bullying está de moda». Cabrones.

—Estoy bien —insisto acomodándome a su lado y sonrío para que se sienta mejor a la vez que le doy un apretoncito en el muslo.

—Es que no puedo creerme que no me fijara... —se lamenta.

—Estabas ocupada.

—Aun así. Si no llega a ser por Jamie, estoy segura de que esos capullos te habrían tenido encerrada al menos una hora más. Son unos hijos de puta.

Avery me ha contado que cuando Jamie ha llegado se ha extrañado de que yo no estuviera con todos en el salón. Me ha buscado y no me ha encontrado y entonces la ha buscado a ella. Mi amiga le ha dicho que no me había visto desde que había ido a la casita del embarcadero. Jamie no ha dudado y se ha ido a por Joey, Jennifer y Zoe. Ellos han fingido que no sabían nada, pero obviamente no lo han convencido. Otra vez, cabrones.

—La arpía de Jennifer no ha parado de soltar que estábamos exagerando, pero no sufras —añade veloz para hacerme saber que la mejor parte de la historia viene ahora —, Jamie los ha puesto en su sitio, a los tres.

Asiento con una sonrisa que no es del todo feliz. En la ducha, mi yo maduro y mi yo combativo han tenido un debate de lo más concienzudo. El primero quiere que pase de todo porque esa gente ni siquiera se merece que me tome el tiempo de planear una venganza. El segundo quiere que dicha venganza consista en una furgoneta cargada de primos y mi hermana Clara, que cuando quiere tiene unas *vibes* muy a lo Miércoles

Addams. Ha ganado mi yo con sentido común... de momento. Aun así, mola que alguien les haya dejado claro que son lo peor.

—Joy Ann cree que Jennifer se comporta así porque está celosa —comenta Avery.

Yo resoplo. No quiero tener esta conversación porque me parece ridícula. Versión oficial. Versión extraoficial: me da un miedo brutal acabar creyéndome esa teoría y hacerme ilusiones y que vuelvan a estallarme en la cara y ya sé que no debería hacerme ilusiones en ese sentido con él, pero es que por eso también resoplo. Las ilusiones son muy difíciles de controlar. Resumen: sigo hecha un completo lío.

Me doy media vuelta y arranco la finísima colcha.

—O Joy Ann se equivoca —explico envolviéndome en ella, todavía no he conseguido quitarme el frío del cuerpo— o Jennifer se equivoca. Te doy a elegir —sentencio fingiéndome divertida.

Avery me mira suspicaz. Creo que tiene que ver algo con las hipótesis que acabo de lanzar o con que me conozca demasiado, no lo sé. El caso es que no dice nada y se lo agradezco. No es algo a lo que me apetezca darle vueltas ahora mismo.

—¿Qué quieres que hagamos? —me pregunta—. ¿Vemos algo en Netflix?

—No hace falta que me hagas de niñera —le recuerdo con una sonrisa porque sé por qué lo hace, pero tiene que dejar de sentirse culpable ya.

—Me gusta hacerte de niñera.

—Pero no lo necesito —replico.

—Eso lo decidiré yo.

—¿Y qué tal si lo decido yo?

Avery abre la boca. Estoy segura de que dispuesta a soltarme alguna fresca. Pero alguien llamando a la puerta la interrumpe.

—Salvada por la campana —me advierte entrecerrando los ojos y señalándome con el índice.

Mi sonrisa se ensancha. Es una exagerada. A veces dudo de que no tenga genes Martínez Martín recorriendo sus venas.

—Hola. ¿Hannah está despierta?

Mi sonrisa se transforma. Se hace más pequeña pero creo que gana un millón de intensidad. ¿Por qué? No lo sé. Pero esa sensación de que tengo algo calentito en el fondo del pecho vuelve y me gusta un montón.

—Hola, Jamie —respondo dando un paso hacia la puerta.

Al verme, sonríe.

—Venía a traerte esto —me explica levantando ligeramente su *hoodie* roja que lleva entre las manos—. Sé que no tienes chaquetas ni nada de eso aquí —lo sabe porque siempre le robo las suyas— y he pensado que te vendría bien una.

Asiento sin poder dejar de sonreír. Tiene pinta de ser la sudadera más cómoda y

calentita del mundo.

—Gracias —digo aunque no la he cogido todavía.

—De nada.

—Voy a bajar a buscar algo de beber —comenta Avery—. Además, tengo que hablar con Teagan. ¿Te parece bien? —me pregunta a mí.

—No te preocupes —respondo—. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Mi amiga cierra a su paso. Nos quedamos solos. Estoy nerviosa, aunque es el tipo de nervios que molan, como si fueran burbujitas, y también sigo un poco enfadada por lo que ha pasado y frustrada y un poco asustada. Muchos sentimientos y todos a la vez. Conclusión: caos total en la cabeza y el corazón.

Me tiende su *hoodie* y yo la acepto.

Me deshago de la colcha dejándola caer por mis hombros. No me quedo desnuda. Tengo un pijama, tirantes y pantalones cortos, no demasiado bonito, pero no esperaba que la noche se diera así. El caso es que con Jamie aquí, da igual que no haya levantado sus ojos de los míos, me siento sexy porque sé que se está esforzando precisamente en no moverlos y mirarme igual que yo en no sonreír.

Tampoco importa estar en silencio porque creo que tampoco necesitamos hablar, aunque estoy segura de que, si quisiéramos, encontraríamos un tema de conversación en una sola décima de segundo.

—¿Estás bien? —me pregunta mientras me pongo la sudadera.

Yo resoplo bajándome la capucha y me acomodo la prenda. Me llega por la mitad del muslo.

—¿Sería muy patético si contestara que no?

Me siento a los pies de la cama y miro el trozo de colchón a mi lado invitándolo a que él haga lo mismo. Ahora lo necesito cerca, sobre todo después de esta especie de confesión.

—Claro que no —responde—. Tienes que sentirte como necesites sentirte.

Asiento. Siempre hace que parezca fácil, aunque acabo de darme cuenta de que en realidad lo es... cuando estoy con él. Solo a Jamie he sido capaz de contarle el miedo que tengo de no elegir bien y decepcionar a mis padres sin tomarme el tiempo de pensarlo, solo sintiendo que quería hacerlo. Y ahora podría jurarles a todas las personas que hay en esta casa que me siento de diez, pero no es cierto y solo él lo sabe.

Así que solo dejo salir todo lo que tengo dentro. Sin pararme a procesarlo. Siendo yo misma al mil por mil.

—Me he sentido como si esta noche me hubiesen recordado otra vez lo poco que encajo aquí.

—No les dejes que te hagan sentir así.

—No quiero que me importe —replico con énfasis—, pero es que es muy difícil. —Difícil de morirse—. ¿Sabes lo que molaría ser como esos inadaptados de las pelis de los noventa que van por ahí con sus greñas, comportándose como quieren y pasando absolutamente de cómo los vean todos los demás?

Una suave sonrisa cargada de significado se cuela en los labios de Jamie.

—Molaría muchísimo —contesta sincero.

Espera un momento. ¿A qué ha venido eso? Tuerzo los labios divertida sin dejar de observarlo perspicaz.

—¿He de entender por esa respuesta que alguna vez te has sentido así?

—¿Queriendo pasar de lo que piensen los demás y no pudiendo? —replica con la mirada al frente y la misma sonrisa en los labios. Diría que es una sonrisa enigmática, pero también tiene una chispa rebelde y un montón de ganas de salir a volar—. Sí, muchas veces.

Niego con la cabeza sin poder sacudirme el estar francamente alucinada.

—¿Y por qué? En el instituto eras una de las estrellas del equipo y todas las chicas se morían por estar contigo. En la universidad te adoraban.

—¿Y qué? —responde. Mueve la mirada y sus maravillosos ojos castaños se clavan en los míos. Uau. Hay tanta intensidad, tanta complicidad, que se puede oír una canción de Taylor Swift aunque mi móvil siga apagado—. Puede que tuviera todas esas cosas y hubiese sido tan idiota de perder la única que me importaba de verdad.

—¿El qué? —indago hechizada.

Jamie me mantiene la mirada unos segundos. Me veo reflejada y el hechizo se hace un poco mayor. Puede que esté un pelín entregada, pero ¿qué pasaría si me besase ahora? Estoy segura de que sería una pasada de beso.

Sus labios se estiran en una sonrisa, otra vez una suave, pero otra vez tengo la sensación de que está cargada de cosas, de secretos.

—Eres demasiado curiosa, ¿lo sabías, Hannah?

¿Qué?

Vuelvo a poner los pies en el suelo y dejo de soñar despierta. Ya te vale, tía. Sois amigos, eso en el mejor de los casos, porque la realidad es que no tienes ni idea de lo que siente por ti. PARA DE FANTASEAR CON ÉL.

—Tengo que dejar de preguntar tonterías —digo en voz alta. Es un mensaje claro y directo para mí—. Lo mejor será que me acueste, así se acabará ya esta noche horrible.

Jamie da un par de botecitos sobre el colchón muy concentrado, como si estuviese comprobando algo, pero antes de que pueda preguntar se levanta de un salto y agarra el somier con las dos manos.

—Pies arriba —me ordena.

—¿Qué? —inquiero confusa.

Y aunque ahora sí me ha dado tiempo, no responde y tira de la cama, arrastrándola por la habitación y haciéndome reír por la sorpresa y que levante rápida los pies.

—No vas a irte a dormir pensando que esta noche ha sido horrible. Me niego —concluye divertido y lleno de seguridad.

—Vaya —replico socarrona—. Gracias —me burlo.

—De nada —contesta pasando de mí y aparcando mi cama.

Lo miro fingidamente mal. Si alguien se ríe de ti, ten la decencia de parecer molesto. Pero duro algo así como dos segundos sin sonreír.

Apoya las palmas de las manos a ambos lados de mis caderas y se inclina hasta que nuestros ojos se encuentran.

—Vamos a hacer que esta noche sea alucinante —me promete y me tienta a la vez.

—¿Y cómo piensas conseguir tal cosa?

Jo. Qué fácil es.

Me señala el techo con un rápido movimiento de cabeza justo antes de enderezarse. Yo llevo la vista hacia ese punto y me encuentro con la claraboya primero y con el cielo lleno de estrellas después. Es... increíble. Incluso abro la boca sin saber qué decir.

Cuando bajo la cabeza y nuestras miradas vuelven a encontrarse, Jamie me guiña un ojo. Los dos sonreímos. Apaga la luz y las estrellas se vuelven aún más brillantes mientras nos acomodamos en la cama, tumbados el uno junto al otro.

—¿Cuál es esa? —pregunto señalando una costelación que reluce con fuerza alejada de las demás.

—No tengo ni idea —responde— pero espera —añade cayendo en la cuenta de algo.

Se mete la mano en uno de los bolsillos delantero de su pantalón y saca su móvil.

—Se supone que con esta app enfocas las estrellas y te dice cuáles son —me explica trasteando en su teléfono.

La aplicación se abre, Jamie encuadra el grupo de estrellas y... nada.

Se me escapa una risita de lo más impertinente y él vuelve a intentarlo.

—Vaya. Parece que la cosa no ha salido como esperabas —me burlo, un poquito.

Jamie cabecea con una sonrisa.

—No lo necesito —decide macarra guardándose el móvil de nuevo—. La costelación claramente es como una flecha apuntando hacia arriba, así que se llama Up&Up.

—*¿Up&Up?* —repito risueña—. ¿Cómo la canción de Coldplay?

Jamie asiente y la sonrisa que no aprendo a contener cuando estoy con él se ensancha haciéndome feliz.

—Vamos a transformar las constelaciones en canciones —anuncia travieso.

Lo miro a los ojos. El corazón me late calentito en el centro del pecho. Creo que es la mejor idea que has tenido, McQueen.

Ahora mismo no querría estar en ningún otro lugar.

—Y vamos a crear nuestro propio cielo lleno de estrellas —añado yo jugando con el título de la canción, precisamente de Coldplay, me ha venido genial, *Sky full of stars.*

Jamie me mira sin poder creerse que haya hecho un chiste de magnitudes tan malas. Yo intento mantener el tipo, pero soy incapaz y me muero de risa.

—No —se queja Jamie estirando la vocal al mismo tiempo que yo no puedo dejar de reír—. Es el peor chiste que he oído en mi vida —sentencia fingiéndose consternado y alucinado a partes iguales.

Mi risa se transforma en sonrisa y se encuentra con la suya. Creo que, aunque ya me fuese a dormir, el día contaría como de los buenos.

—¿Y esa cómo se llama? —pregunto señalando otra constelación.

Pero es que no quiero que se acabe.

Jamie la observa.

—Hummm... es difícil. Parece un candelabro.

—¿Constelación *Chandelier,* de Sia? —propongo—. No —me autorrespondo veloz —. No podemos ir a lo fácil, Jamie McQueen.

Él sonríe. ¿De las irresistibles? Por supuesto. Aunque empiezo a pensar que todas las suyas lo son.

—Esa constelación nos está contando una historia —empieza a decir—. Habla de un baile en un salón enorme con las paredes cubiertas con un precioso papel pintado de pájaros pequeñitos. Una increíble lámpara de araña cuelga del techo y una decena de parejas bailan siguiendo los pasos a la perfección. Es el siglo XVIII...

Me vuelvo hacia él y niego con la cabeza y una suave sonrisa en los labios.

—Es el XIX.

Al oírme, Jamie también ladea la cara y nuestras miradas vuelven a encontrarse. Los dos tumbados, en mi cama *king size* en la que no llegamos a tocarnos, pero nos quedamos muy cerca, en todos los sentidos.

—Ellas tienen la cola de sus vestidos enganchadas a la muñeca para poder bailar —continúa— y ellos llevan trajes, chalecos y pañuelos anudados a modo de corbata.

La imaginación juega su papel y puedo ver el salón levantarse a nuestro alrededor lleno de dorados y parejas bailando. Sonrío. Es precioso.

—¿Qué canción suena? —pregunto.

—Dímelo tú —responde.

Me tomo un momento para pensarlo y mi sonrisa se ensancha cuando ya sé cuál escoger.

—*Wildest dreams*. Es la canción que bailan Daphne y Simon en *Los Bridgerton*.

Mi sonrisa se refleja en sus labios.

—Perfecta —susurra.

Y el hechizo se hace un poco mayor y puedo sentir una decena de violines hacerla sonar ahora mismo.

—Te toca —dice cuando los dos llevamos nuestra vista de nuevo a la claraboya.

Me señala una. Yo la miro. La miro. La miro....

—Parece un ladrón —concluyo muy convencida.

Jamie frunce el ceño.

—¿Dónde ves un ladrón?

—Claramente ahí —contesto señalándolo—. Es superobvio.

—Eso no es un ladrón —me pica haciéndose el experto.

—Y Robin Hood es el príncipe de los ladrones —explico pasando de él y sus reticencias—. Así que la constelación se llama (*Everything I do) I do it for you*.

La canción principal de la banda sonora de la peli.

—La constelación de los grandes clásicos —anuncia divertido.

—No lo dudes —replico contagiada de su humor.

—También podríamos decir que es una constelación *vintage*.

No lo veo venir y rompo a reír, exactamente como él.

—Ese chiste es aún peor que el mío —protesto, pero da igual porque nuestras risas entremezcladas han tomado la habitación.

—Hannah —me llama cuando nuestras carcajadas se apagan suavemente. Su voz suena diferente.

—¿Qué? —pregunto girándome hacia él. Jamie sigue con la vista en las estrellas.

—Solo quiero que sepas que tú no necesitas encajar porque tú eres la que hace que merezca la pena estar en cualquier lugar.

Su voz me llega ronca y perfecta y mi corazón comienza a latir desbocado en el centro de mi pecho.

—¿De verdad lo piensas? —murmuro.

Jamie gira la cabeza y por fin nuestras miradas se encuentran una vez más. Me pierdo en el millón de tonos de castaño de sus ojos.

—Claro que sí.

Me siento mejor que bien. Me siento cómoda. Especial. En casa.

—Gracias.

—Pienso acostumbrarme —me advierte con una sonrisa preciosa en los labios.

—Me parece genial —sentencio.

Yo también sonrío y la calidez se extiende desde mi pecho a todos los rincones de mi cuerpo. No sé qué es esto, pero me hace sentir tantas cosas bonitas que no quiero parar.

Seguimos señalando constelaciones, poniéndoles nombres de canción, riendo, charlando, disfrutando de la claraboya más mágica del mundo.

—Esa tiene forma de corazón —comenta Jamie apuntando a otro grupo de estrellas con el índice—. Tienes que ponerle nombre.

Lo pienso pero en realidad no lo necesito. En cuanto la he visto he sabido cómo debía llamarse.

—Es *You are in love,* de Taylor Swift.

Siento a Jamie girar la cara hacia mí y yo hago lo mismo.

—Me gusta cómo describe el amor esa canción —pronuncio bajito pero sin dudar—: por él perder la cabeza, luchar las guerras, pasarte la vida intentando ponerlo en palabras —parafraseo la letra en un susurro—. Creo que así es como es cuando es de verdad.

Nos mantenemos la mirada sin que ninguno haga nada porque pase. Jamie da una bocanada de aire. Yo no quiero contenerme, no me importa si acabo arrepintiéndome después, levanto la mano y le aparto el flequillo de la frente. Todo se vuelve un poco más intenso, como si todo entre los dos justo en este momento brillase más fuerte, nos permitiese volar a donde quisiésemos ir.

—Creo que a partir de ahora va a ser mi constelación favorita —dice.

Y la mía, Jamie McQueen.

Y así nos pasamos una hora, cinco, toda la noche, ¿a quién le importa? Señalando estrellas, inventando sus historias, convirtiendo canciones en constelaciones, charlando de todo y un poquito de nada, riéndonos, haciendo que los hechizos, la magia y las sonrisas hablen de nosotros dos.

Capítulo 44



Abro los ojos perezosa y, sin saber por qué, con una sonrisa, como si fuera un mensaje de mi subconsciente. «Despierta, Hannah, te va a gustar.»

Obedezco y tengo que morderme el labio inferior para que la sonrisa no se me haga tan grande que me parta la cara en dos cuando veo a Jamie durmiendo a mi lado. Estamos los dos tumbados de lado, frente a frente pero separados por unos poquitos centímetros. Mis manos casi tocan su pecho y la suya bajo la almohada casi me toca a mí. Nuestras piernas, a punto de enredarse. Mis dedos, a punto de perderse en su flequillo.

Repaso su cara, aunque creo que ya me la he aprendido de memoria. Me gusta el color de sus ojos y todas las sonrisas que puede poner: la que es un poco arisca cuando está en modo gruñón, la media de chico malo, la que se dibuja en sus labios justo antes de romper a reír porque está haciendo el payaso. Esa es sin duda mi favorita.

Hasta me gusta cuando frunce el ceño porque está serio.

Sonrío. Si me hubiesen dicho que estaría así de cómoda en una cama con Jamie McQueen hace unas semanas, creo que me habría pasado riéndome las dos siguientes. La vida puede dejar de parecerse a lo que conocías en cualquier momento y por el motivo que menos puedes llegar a esperarte.

Jamie murmura algo, se gira y frota la cara contra la almohada antes de volver la cabeza hacia mí y abrir los ojos despacio, como si los párpados le pesaran muchísimo.

—¿Cómo estás? —pregunta con voz ronca y yo vuelvo a sonreír porque preguntarme si estoy bien haya sido lo primero que se le ha pasado por la cabeza recién despertado.

—Estoy bien.

Jamie asiente. Cierra los ojos y tiene que esforzarse para volver a abrirlos.

—Buenos días —me saluda.

—Buenos días —respondo divertida.

Jamie se recoloca para que, todavía tumbados, estemos de nuevo frente a frente.

—¿Has dormido bien?

Asiento unas cinco veces. Jamie sonríe burlón.

—Para que después digan que una cama pequeña no da de sí.

Yo tuerzo los labios conteniendo una sonrisa, observándolo francamente mal mientras que él me mantiene la mirada haciéndose el inocente. Es un descarado. Al final no me queda otra que darle un manotazo en el hombro y echarme a reír cuando él lo hace encantado por mi reacción.

—Pensaba que, si alguna vez dormíamos juntos, se abrirían las puertas del infierno o algo así —comento con mi mejor cara de científica—, pero no.

Jamie asiente siguiendo mi teoría.

Un mechón de pelo se resbala justo encima de mi ojo y me lo aparto con un resoplido. Soy toda una experta y me gano una nueva sonrisa.

—No cantes victoria tan rápido. Todavía no hemos bajado. Puede que el jardín esté lleno de zombis.

Me trago la sonrisa.

—El lago en llamas —le sigo el juego.

—Y Joey apostándose con un muerto viviente que no es capaz de tirarse al agua.

—Lo veo capaz.

—¿A Joey o al zombi?

Trato de pensar una respuesta, pero es que no hay una contestación posible a semejante pregunta y estallo en carcajadas de nuevo, como Jamie.

Cuando las risas se calman, quedan las sonrisas suaves y pequeñitas, llenas de un montón de cosas bonitas. De manera completamente involuntaria, me pierdo en sus ojos. Creo que cada vez que me pasa descubro un tono nuevo de castaño en ellos.

El mismo mechón vuelve a caérseme entorpeciéndome mi visión preferida. Vuelvo a soplar para apartarlo, pero mi técnica falla. Maldito mechón entrometido. Jamie mueve la mano y despacio me mete el pelo detrás de la oreja.

El movimiento manda una señal, un relámpago que corre a la velocidad de la luz por todo mi cuerpo. El estómago se me encoge lleno de cosquillitas. El corazón comienza a latirme muy deprisa. Y siento nervios y emoción y miedo y felicidad. Creo que lo siento absolutamente todo.

Sé que debería preocuparme y reñirme y recordarme que no puedo sentir esas cosas por Jamie, pero esta mañana decido que el mundo, en pleno apocalipsis o no, se queda fuera. Solo quiero pasármelo tan bien como anoche un poquito más.

Jamie aparta la mano, pero ninguno de los dos hace además de levantarse.

—¿En qué estás pensado? —pregunta.

¿Te atreves a ser valiente, Hannah?

—En que, si ahora mismo hubiese un espía subido a esa claraboya, podría leernos los labios y enterarse de toda nuestra conversación.

No puedo contarle lo que estoy pensando porque es un error. Además, ¿qué posibilidades hay de que él sienta lo mismo? Es una tregua dentro de la tregua y prometo olvidarme de que tiene la sonrisa más bonita del mundo en cuanto salgamos de esta cama.

Jamie medita mis palabras. Se mueve rápido, coge la pequeña colcha con la que nos hemos tapado, la misma en la que me envolví ayer antes de tener su *hoodie,* y tira de ella por encima de nuestras cabezas, cubriéndonos por completo y creando una burbuja perfecta solo para nosotros dos.

Yo sonrío, casi río, mirando a mi alrededor.

—Ahora tenemos una guarida —me explica divertido acomodándose otra vez sobre el colchón.

—Una guarida alucinante —convengo yo.

—Ya puedes contarme cualquier secreto, Hannah Martínez. Estás a salvo —sentencia fingiéndose muy serio, el muy tonto, un tonto muy mono.

—La verdad es que tengo una gran confesión que hacer —le aseguro asintiendo para ganar intensidad.

—Dispara.

—Es complicado —le explico con melodramatismo—. Es algo muuuuuy gordo.

Vuelvo a asentir. El melodramatismo es muy divertido.

—Soy todo oídos.

Tomo aire.

—Creo que ya no me caes tan mal como antes —pronuncio en un golpe de voz, como si acabase de soltar una bomba gigantesca.

Jamie achina los ojos sobre los míos fingidamente amenazante.

—¿Tan mal? —plantea.

Asiento por tercera vez además de un montón de veces más.

—Brutal. Lo sé —contesto.

—¿Y lo crees?

Me encojo de hombros aguantándome la risa de milagro para seguir en mi papel.

—No puedo estar segura al cien por cien. Eso es muy excluyente.

—Me parece justo... y gracias —añade como si fuese obvio que debe darlas por lo que ha escuchado.

—De nada. Tu secreto.

Jamie da una bocanada de aire. Vaya, parece que no soy la única a la que se le da bien eso del drama.

—Tú me sigues cayendo increíblemente mal —sentencia.

Yo abro la boca superindignada.

—Estás mintiendo —simulo llegar a la única conclusión posible.

—Podría ser, pero no.

—Soy tu persona favorita —replico convencidísima.

—Eso también podría ser, pero no.

—Te conozco y te caigo tan bien que hasta tienes un poco de miedo.

Jamie guarda un segundo de silencio. Nuestras miradas vuelven a encontrarse justo en ese instante.

—Ni que lo digas —contesta.

No sé por qué, sus palabras se quedan flotando entre los dos. Está bromeando o no, ya no lo sé, pero tengo claro que esa respuesta ha sonado a sí.

Nos miramos un poco más. Las mariposas vuelan y hacen piruetas.

—¿Por qué nunca me llamas Pequeña Hannah? —inquiero.

No sé por qué he elegido este momento para preguntárselo, pero no quería guardármelo para mí.

Jamie dibuja mi rostro con su mirada antes de volver a mis ojos. Yo me veo reflejada en los suyos.

—Porque ya te lo llamé una vez y me arrepiento cada día, así que no pienso volver a hacerlo.

La calidez en mi pecho se hace un poco más grande, brilla un poco más. La única vez que ha usado mi apodo fue aquella mañana en los pasillos del Paradise High, así que, que diga justo eso, justo ahora, significa muchísimo.

Suspiro. El castaño de su mirada se hace un poco más intenso. Esta guarida es el mejor refugio del mundo.

—Entonces, decidido —afirma divertido—. No puedes vivir sin mí.

—¡Yo no he dicho eso! —protesto.

—Se leía entre líneas —contesta engreído.

—Eres lo peor —me quejo, pero ni siquiera podría asegurar que lo haya oído porque los dos rompemos a reír.

Y después vuelven las sonrisas, tumbados en la cama, contándonos secretos y tonterías con la misma facilidad.

Capítulo 45



—¿Seguro que estás bien? —pregunta June por tercera vez en lo que llevamos de conversación. Avery le ha contado lo que pasó anoche en la casita del embarcadero y lo primero que ha hecho ha sido llamarme para comprobar cómo estaba—. Puedo estar en la casa del lago en una hora y darles una paliza a esos tres —Jennifer, Zoe y Joey —. Conozco a un par de tíos sorprendentemente fuertes para ser ingenieros.

Sonrío mientras bajo las escaleras. Jamie se ha marchado hará unos veinte minutos. Su madre necesitaba ayuda en el restaurante. Estoy buscando a Avery para preguntarle si le apetece que vayamos a dar un paseo.

—Estoy perfectamente —contesto y después de esta noche y esta mañana es completamente verdad.

—Vale, pero la oferta de hacerles sentir dolor sigue en pie indefinidamente.

—Interesante —respondo divertida.

—No lo dudes. —Capto algo de ruido de fondo y un par de voces—. Han-Han, tengo que irme. El profesor McAllister está aquí y vamos a revisar uno de los paneles. Esta noche la tengo libre. Te llamo y hacemos algo —me explica hablando superrápido.

—Cuenta con ello.

Nos despedimos y colgamos.

—Hola —saludo entrando en la cocina.

—Hola —contesta Avery con una sonrisa—. ¿Qué tal has dormido?

Al pensar en la respuesta, tengo que contener una nueva sonrisa.

—Bien —sintetizo.

—Estáis aquí —llama nuestra atención Joy Ann entrando en la estancia—. Tengo una gran noticia.

Las dos la observamos esperando a que nos explique cuál. Solo son un par de segundos, pero consigue despertar mi curiosidad.

—Vamos a montar una fiesta —anuncia con una sonrisa enorme—. Te mereces tener una noche alucinante después de lo que pasó ayer —se dirige a mí—. Vas a ser la reina del baile —continúa moviendo las palmas estiradas, como si estuviese descubriendo un cartel—. Incluso pienso comprarte una corona.

Sonrío (y, por Dios, espero que lo de la corona sea broma).

—Te lo agradezco, pero no hace falta —respondo.

—Claro que hace —sentencia sin dudar dando un paso hacia mí—. Esos tres se comportaron como unos imbéciles.

No se me olvida que, aunque Jamie fue el primero en poner a esos gilipollas en su sitio, Joy Ann también les dijo exactamente lo que pensaba de ellos.

—Lo siento —añade.

Al contrario de lo que di por hecho que sucedería si alguna vez veía a la jefa de las animadoras en esta situación, suena sincera.

—Gracias —respondo.

—Eres fuerte. No dejes que nadie nunca te haga creer lo contrario.

Asiento. No sé si tiene razón o no, pero me ha gustado oírlo.

—Resumiendo —vuelve a encauzar la conversación después de este momento de «al final vamos a ser amigas de verdad»—: no sé cómo lo haréis vosotras, pero en esta casa, para olvidarnos del mal rollo, se monta una fiesta.

Avery y yo tenemos una rápida conversación telepática. No nos lo esperábamos, pero supongo que mola. Hay que avisar a June.

En ese momento Luke y Teagan entran en la cocina.

—¿He oído fiesta? —pregunta el primero.

—Sí —contesta Joy Ann— y va a ser alucinante, así que procura comportarte.

—Yo siempre me comporto.

—Querrás decir que nunca lo haces.

Él sonríe encantado y ella pone los ojos en blanco.

—Ya sabéis la norma —continúa Joy Ann y grita un poco girándose hacia la puerta abierta, imagino que para que la oigan Jennifer, Zoe y Joey, que deben de estar en el salón—. Nada de amigos de amigos.

Todos asienten. Esa norma existe desde el instituto. Solo podías asistir a las fiestas de los populares en la casa del lago si uno de ellos te invitaba directamente. Nada de colarte con un amigo al que esperaban o fingir que solo pasabas por aquí. Obviamente eso solo conseguía que esta casa y sus juergas parecerían aún más inalcanzables y una auténtica pasada si por fin conseguías una invitación.

En cuanto decidimos quién irá a por el alcohol, el doctor Seaver y el idiota de Joey, salgo al porche, me siento en los escalones y con la vista en las pacíficas aguas del lago me saco el móvil del bolsillo y abro mi conversación de WhatsApp con Jamie. Aún llevo puesta su *hoodie*.

Esta noche, fiesta en la casa del lago.

Humm... Un viaje en el tiempo

al pasado.

Rompo a reír mirando la pantalla del teléfono como una tonta.

Considérate invitado.

¿Recuerdas que esta mañana te he dicho que no me caías bien?

Vagamente.

Tendré que conformarme con eso.

Te recojo a las nueve.

Sonrío.

Espero poder encontrarte. Esa hora es punta en el pasillo.

No tendré pérdida. Seré el tío con esmoquin y limusina en la puerta
de tu habitación.

Eres idiota.

Pero no suena igual que como se lo decía antes y los dos lo sabemos.

Nos vemos después, Hannah.

Imagino su voz pronunciando mi nombre.

Hasta después, Jamie.

Mola muchísimo que seamos amigos y voy a echarlo muchísimo de menos cuando la tregua se acabe.

—¿Qué tal estás?

Su voz me saca de mis pensamientos. Aparto los ojos del móvil y lo observo detenerse frente a mí con las manos en los bolsillos de sus vaqueros y la cara de chico malo arrepentido. Esa cara también es una de sus especialidades.

—Bien —respondo.

—Genial.

Luke se queda callado, como si no tuviese ni idea de cómo continuar la frase.

—Oye, yo... siento lo que pasó ayer —dice al fin—. Iba a ir hablar contigo, ver cómo estabas y eso.

—¿Y por qué no lo hiciste?

No quiero ponerlo entre la espada y la pared o, bueno, un poco sí. Me he cansado

de las miradas y de que crea que puede arreglarlo todo robándome un beso sin ni siquiera preguntar y también de que no quiera hablar sobre lo que siente sin importarle cómo eso me haga sentir a mí. Ya tuve suficiente. Si quería venir a verme, ¿por qué no lo hizo?

Luke me observa esperando precisamente eso, que yo imagine el motivo, preferiblemente uno superromántico que le haga quedar fenomenal y a mí como la tonta enamorada que no puede ver más allá del amor de su vida, pero, esta vez, me niego en redondo. Jamie estuvo a mi lado. Avery también. June, en cuanto se ha enterado. Incluso Joy Ann. Así que, ¿por qué él no?

Viendo que no voy a allanarle el camino, se encoge de hombros.

—No tenía claro que quisieras verme —responde—. El día no fue todo lo bien que pensé que iría y acabó... mal y, bueno, después fue aún peor.

Yo clavo la mirada en mis propios pies y tuerzo los labios. Es verdad que el día fue un poco desastre. A ver, lo pasé bien, pero lo de la estúpida trastada lo arruinó todo y después con Jamie en la cafetería...

—Habría ido mejor si no me hubieses dejado tirada en el coche.

Ya no estoy enfadada. Creo que ahora solo estoy un poco triste.

Luke tensa la mandíbula precisamente así, triste. Recuerdo la primera vez que lo vi con esa expresión. Había prometido recogerme para hacer algo juntos, pero no apreció y ni siquiera me cogió el teléfono. Teagan le había propuesto quedarse en su casa echándose un pique a la consola y él aceptó. No olvidó que habíamos quedado, simplemente prefirió hacer otra cosa.

No era la primera vez que ocurría, así que no le valió con decirme que me había echado de menos ni hacerme dos carantoñas. Estaba enfadada de verdad.

Durante dos días no aparecí por la casa del lago. Él tampoco dio señales de vida. Pero la tercera mañana me mandó un mensaje preguntándome si podía ir a verme. Yo lo echaba de menos como una idiota, así que acepté.

Nos encontramos en el jardín de casa de mis padres. Luke me miró exactamente así, triste de verdad. Y aunque yo sabía —no porque él hubiese hablado conmigo, sino porque lo conocía— que por muy poca importancia que le diera a todo había cosas que tenía escondidas y le dolían realmente, verlo así fue un *shock*. No necesitó decir nada. Ni la disculpa que me había jurado a mí misma unas cien veces que debía escuchar para perdonarlo. Corrí hacia él y lo abracé con tanta fuerza que me quedé con el cuerpo dolorido.

—Ya...

—¿Por qué te marchaste? —susurro.

Quiero pensar que todo habría sido más fácil si no lo hubiese hecho, que seguiría latiéndome el corazón a toda velocidad por tenerlo cerca, pero creo que solo me estoy

autoengañando, que se han movido más piezas, más fichas, y que por mucho que quiera no puedo encajarlas en el mismo lugar.

—Estaba enfadado.

—¿Conmigo?

—Claro que no.

Frunzo el ceño. No entiendo nada. Si no estaba molesto conmigo, ¿por qué se comportó como si yo tuviese la culpa?

—Es muy complicado que dos personas sean amigos si una de ellas se encierra en sí misma.

Sí, soy consciente de que he dicho «amigos».

—Antes no te importaba —me recuerda mirándome a los ojos.

Tiene razón.

Luke se deja caer a mi lado y da una bocanada de aire. Siempre ha habido algo de mágico en tenerlo cerca, como si tu actor preferido cruzase la pantalla. Es lo que pasa cuando te llevas enamorada todo el instituto de alguien sin que ni siquiera hayáis tenido una conversación completa y un buen día se da cuenta de que existes.

—Además, consolar no es lo mío.

De repente otra especie de revelación impacta directamente contra mí. Por una décima de segundo me siento culpable por siquiera pensarlo, pero tan pronto como ese sentimiento irrumpe, entiendo que está mal, que tengo derecho a sentirme como necesite sentirme, que está bien pedir lo que uno necesite, decir «no» si no van a dármelo.

Volar siempre que necesites volar.

—Debería serlo si es lo que la otra persona necesita, ¿no?

Luke se encoje de hombros.

—Supongo.

Me fijo en cómo las puntas de mis Converse resbalan por el césped levantando un poco de brizna y tierra.

—Es difícil —añade y parece que alguien le esté arrancando las palabras del fondo de la garganta.

Esa especie de confesión me hace alzar la cabeza y buscar sus ojos azules, pero él los tiene clavados en el lago.

—¿El qué? —pregunto.

Luke traga saliva al tiempo que aparta la vista.

Tengo la sensación de que por fin vamos a hablar de verdad, a llegar a alguna parte.

—Tengo que irme —anuncia levantándose—. He de hacer unas cosas con Teagan.

Yo abro la boca, pero la cierro sin saber qué decir mientras lo observo subir los escalones del porche y entrar en la casa. ¿A qué se refería? ¿Por qué ha tenido que

hacer lo de siempre y no quedarse a hablarlo? Suelto un suspiro y hundo los hombros. ¿Querrá un poquito más de confusión para esta mañana? Sí, por favor, póngame dos cucharadas más de chico malo, misterioso y difícil lanzando titulares de confesiones.

Lo llevo superbién.

—Genial —farfullo en español.

Genial del todo.

Capítulo 46



La música ya suena por toda la casa. Estoy pintándome los labios delante del espejo de mi habitación. Tengo muchas ganas de una fiesta esta noche. Estoy SEGURA de que va a ser una pasada y que va a tener un poco de *revival* porque vendrán muchos de nuestros compañeros de clase del Paradise High. Menos mal que, aunque la ha buscado, Joy Ann no ha encontrado una corona. Gracias, señor Ocean, por ser tan previsor de no tenerlas en su tienda.

—¡Enseguida abro! —grito cuando llaman a la puerta.

Es Avery. Cien por cien libre de dudas. Es la quinta vez que se planta aquí para preguntarme si me gusta su vestido, si me convencen sus zapatos o si el maquillaje que ha elegido le va bien. No me sorprendería si ahora quiere saber si sería buena idea teñirse el pelo de pelirrojo para esta noche.

Cierro el pintalabios, lo lanzo en el neceser abierto sobre la cama y voy hasta la puerta.

Cuando lo veo, no puedo evitar sonreír.

—Se me había prometido una limusina —recuerdo torciendo los labios divertida.

—Al chófer le había caducado el carnet, pero, si te va, creo que tiene que haber un monopatín en alguna parte de la casa —me ofrece Jamie.

Yo finjo meditar su propuesta tomándomela completamente en serio, pero, entonces, él alza las cejas lanzándome un «¿Y bien?» sin palabras. No soy capaz de aguantar más el tipo y rompo a reír. En cuanto me oye, Jamie hace lo mismo.

—¿Lista? —pregunta cuando nuestras carcajadas se calman.

Asiento con una sonrisa y salgo del dormitorio.

—Para todo —respondo ganándome que mi gesto se contagie en sus labios.

Está muy guapo. Con unos vaqueros y una camisa negra remangada por encima de los antebrazos.

En cuanto ponemos los pies en el salón, Avery y June se acercan a nosotros. Nuestra amiga ha llegado hace un par de horas. Ese es el motivo por el que no la estoy espachurrando ahora mismo con un abrazo de oso gigante (ya lo he hecho antes, tres veces).

—Vais muy conjuntados —comenta Avery señalándonos hacia abajo.

Frunzo el ceño y los dos observamos nuestros pies. ¡Es cierto! Ambos con Converse. Las suyas, negras. Las mías, blancas (a juego con un vestido rojo muy chulo). También pasó cuando fuimos a Atlanta. Podríamos considerarlo una tradición.

—Excelente elección de calzado, señor McQueen —bromeo con una nueva sonrisa (con toda probabilidad la número dos millones).

—Lo mismo digo, señorita Martínez. Está claro qué tipo de zapatos lleva la gente con más clase de esta fiesta.

—Y de este lago.

¿Cuánto tardamos en romper a reír? Creo que solo un instante.

—Yo creo que estoy necesitando muchísimo una copa —le dice June a Avery, en clara referencia a nuestra sublime conversación y a que puede que nos guste, un poquito, hacer el payaso cuando estamos juntos.

—Claramente sí —responde la segunda.

Las dos echan a andar. Avery me coge de la mano y tira de mí para que vaya con ellas. Miro a Jamie con una sonrisa y me encojo de hombros a modo de despedida. Creo que voy a tener que hablar con mi amiga sobre esa costumbre que tiene de arrastrarme hacia los sitios.

La música está sonando. No sé cuánto tiempo llevo bailando, pero la verdad es que no he dejado de reírme. Bueno, sí, cuando Joy Ann se ha acercado no para preguntarnos algo, sino para quedarse con nosotras en lugar de con Zoe y Jenn; los cinco primeros segundos me he quedado boquiabierta, en plan «¿en serio?», pero me he recompuesto rápido, sobre todo cuando June me ha dado un codazo.

Bailar. Reír. Y estar con mis amigas. Un plan perfecto.



—Ya sé que la canción era mala...

—Muy mala —me interrumpe June al otro lado de la línea telefónica.

Rompo a reír. Tiene razón. No sé quién era el dueño de la lista de Spotify que estaba sonando en ese momento, pero se merecía que lo abucheasen.

—Pero me has abandonado —le recrimino divertida—. Además, puedes salir de tu escondite, Joy Ann ha ido en busca del chico que está haciendo de DJ para, palabras textuales, «ajustar cuentas». En un par de minutos o lo que se tarde en hacer una llave de krav magá, estaremos escuchando algo decente. ¿Dónde estás?

—En la interminable cola para el baño.

Asiento. Yo me he escabullido al de la *suite* presidencial justo antes de que Teagan

le pidiera a Avery que lo ayudase a «encontrar una lentilla que se me ha caído. Estoy muy preocupado». En serio, el doctor Seaver tiene que buscarse mejores excusas. Ni siquiera usa lentillas.

—Te espero en el salón —le digo saliendo de la cocina a esa estancia.

—Vale.

Suelta un suspiro de aproximadamente cinco segundos. Sin duda alguna algún tipo de plusmarca mundial.

—No desesperes —le ordeno burlona.

—Vale.

—¿Estás desesperando ya? —pregunto con una sonrisilla.

—Darte una paliza podría considerarse algo terapéutico.

Miro a mi alrededor. Tampoco hay rastro de Joy Ann. Aún no me creo que yo la esté buscando a ella, pero nos lo estamos pasando muy bien esta noche.

—Te vuelves muy agresiva cuando te estás desesperando...

Mi chiste era más largo (y más gracioso), pero me topo con algo duro y calentito, un torso alucinante, quiero decir, un torso, digo, una persona. Por el amor de Dios.

—Lo siento —me disculpo—. No estaba prestando atención a por dónde iba...

—No hace falta que lo jures, Hannah.

La manera en la que pronuncia mi nombre, casi hastiado, condescendiente y un poco, bastante, engreído, que antes me sacaba de quicio, ahora me hace sonreír.

—¿Sabes qué? Retiro mis disculpas, McQueen —replico.

Él abre la boca para contestar, pero, burlona, levanto el índice casi delante de su cara para cortar cualquier tontería que pensara decirme. Conociéndolo, una muy grande.

—Búscame cuando termines —le pido a June retomando nuestra conversación.

—Si esta cola se acaba alguna vez, cuenta con ello.

Asiento fingiendo estar superconcentrada en la charla con mi amiga y lo intento con ganas, pero noto los ojos de Jamie sobre mí y es una sensación que MOLA muchísimo. Nivel *brownie* casero, con helado de vainilla y chocolate fundido por encima servido por Stiles, de *Teen Wolf.*

—Espérame —me pide.

Asiento otra vez, aunque sé que no puede verme. Es que puede que esté un pelín hechizada ahora mismo.

—Te espero —contesto.

Nos despedimos y cuelgo.

—¿Te lo estás pasando bien? —me pregunta Jamie.

—Sí —respondo—. Mucho mejor de lo que esperaba.

Creo que ya va siendo hora de superar esta fase. Con diecisiete pensaba que este

lugar era el más mágico de la tierra. Después lo probé y tuve clarísimo eso de nunca conozcas a tus ídolos, aunque sean casas en el lago. Y tuve que volver obligada y di por hecho que sería un desastre total, pero la verdad es que no.

—Me alegro.

Los dos sonreímos y no sé quién lo da, pero estamos un pasito más cerca.

—¿Tendría que preocuparme porque Joy Ann se haya plantado delante del ordenador desde el que suena la música gritando que a partir de ahora manda ella? —plantea entrecerrando los ojos divertido.

Yo me aguanto la sonrisa.

—Creo que solo va a poner un poco de orden.

—¿Por qué será que no me sorprende?

Me siento como lo hacía en la cafetería, los dos solos, probando un trozo de tarta mientras él limpiaba. Esa idea de que con Jamie podía hablar de cualquier cosa. Estaba cómoda de verdad. Era como estar en el lugar más especial del mundo y en casa al mismo tiempo.

Sin quererlo, me encuentro con unos ojos azules al otro lado de la sala. Luke está hablando con Joey, pero me está mirando a mí. No dice nada. No se acerca. Pero sigue ahí, como si quisiese recordarme lo que significa para mí.

De pronto recuerdo nuestra conversación en el porche de esta mañana. Me siento culpable, aunque sé que no debería.

—¿Por qué parece que ahora ya no estás bien? —inquiere Jamie devolviéndome a la realidad.

Bajo la cabeza y fuerzo una sonrisa.

—No me pasa nada.

Ojalá, si repitiese muchas veces esas palabras, se convirtiesen en realidad.

No sé qué quiere Luke de mí. No sé por qué me dice algo como lo de esta mañana y después se marcha sin que ni siquiera podamos hablar. Y, sobre todo, no entiendo por qué dejo que me afecte tanto. ¡Odio toda esta confusión! ¡Odio esta situación! ¡La odio con todas mis fuerzas!

—Ey —me llama Jamie inclinándose suavemente sobre mí hasta que sus labios casi acarician mi oreja—, ¿nos escapamos de aquí?

Ha construido nuestra guarida alucinante sin ni siquiera necesitar una colcha esta vez.

Yo levanto la cabeza por instinto, por inercia o simplemente porque me muero de ganas. Nuestras miradas se encuentran y sus labios se estiran en una sonrisa que automáticamente se me contagia.

—Esa sonrisa me gusta mucho más —sentencia.

Y a mí. Las sonrisas siempre molan más si son de verdad.

Jamie se separa y yo me quedo con las ganas de pedirle que se acerque de nuevo. Vale. Creo que oficialmente ha llegado el momento de darme la charla. ¿Sigues teniendo claro quién es Jamie McQueen, Hannah? Sí, señora. ¿Recuerdas lo que te hizo? Sí, señora. ¿Recuerdas que esto es solo una tregua? Sí, señora. ¿Esto va a valer de algo? Recemos porque sí.

Vale 2.0. Esto no puede ser tan difícil. Eres adulta. Colarte por Jamie es un error, así que no te cueles por Jamie. Fin.

En ese momento Jennifer entra en el salón con un vaso de cartón rojo en la mano y, por supuesto, fulminándome con la mirada. Si acaba asesinándome con uno de sus interminables tacones, espero que los de *Solo asesinatos en el edificio* hagan un pódcast sobre mí.

—Tienes asuntos muy importantes justo ahí —le digo a Jamie señalándola levemente con la mano.

Él se gira hacia donde le indico. Por supuesto, dejo de existir para Jenn en el instante en el que Jamie le presta un poco de atención. Estoy a punto de lanzarle un beso solo por fastidiar.

—Te está mirando con cara de venir a por ti —le advierto socarrona.

Jamie resopla a la vez que se vuelve de nuevo hacia mí.

—En serio, ya no sé qué más hacer. Se lo he dejado clarísimo. No hay ninguna posibilidad de que volvamos, pero no lo pilla.

Lo pienso un momento. Jennifer está muy entregada a la causa (totalmente entregada, de hecho) y Jamie, cada vez más agobiado. Repaso en el catálogo de Netflix y en mis libros preferidos y mis neuronas firman una gran idea.

—Tiene que verte con otra chica —planteo.

Esa estrategia nunca falla. Tantas películas y novelas no pueden estar equivocadas.

Jamie sonríe al tiempo que se muerde la punta de la lengua. Jo. Qué gesto tan sexy.

¡Concéntrate, tía!

—¿Me lo explicas? —me pide.

Asiento... superprofesional.

—Es tan sencillo como parece. Si te ve con otra chica, por fin entenderá que no tiene nada que hacer y pasará página.

—¿Quieres que me enrolle con otra chica en la fiesta?

—No.

Puede que haya contestado demasiado rápido y con demasiada energía.

Jamie se contiene para no sonreír otra vez, aunque tampoco se esfuerza mucho, el muy descarado, y me mantiene la mirada esperando a que pruebe eso de explicarme otra vez.

—Me da igual con quién te enrolles —le dejo claro. Buah... atrévete a decir que lo

que estás es sintetizando porque eso es una MENTIRA COMO UNA CASA, HANNAH MARTÍNEZ—, pero para esta cuestión con un beso sería suficiente.

Jamie le da vueltas a mi idea.

—No voy a engañar a una chica haciéndole creer que me gusta solo para besarla y que Jennifer nos vea. Eso no está bien.

¿Los villanos dicen esa clase de cosas? Porque este sí, un montón, y siempre me dejan el corazón calentito.

—Pues explícale que solo es... un experimento científico —replico a falta de una expresión mejor— o...

Contente. No lo digas.

—¿O?

No lo digas. No lo digas.

—O bésame a mí.

Dios. Ahora sí que necesito esa charla.

Capítulo 47



—Quiero decir... —Carraspeo. Sí, como si eso fuera a borrar lo que acabas de proponerle—. Yo sé que todo es solo un plan y no me importa... hummm... ayudarte. —¿Es la palabra adecuada? Recemos para que sí—. Además, Jennifer ya piensa que tenemos algo y está celosa. Le encajaría —añado pretendiendo que esto suene riguroso y práctico y meditado. ¡JA!

Jamie baja la cabeza. Parece que le está funcionando a toda velocidad. Suelta algo parecido a una sonrisa breve un pelín nerviosa al tiempo que niega con la cabeza un par de veces.

Te has colado, idiota. ¿Por qué iba a querer besarte, aunque solo fuera para fingir?

—Jamie... —empiezo a decir.

—Sí, creo que será lo mejor —sentencia tomándome por sorpresa mirándome a los ojos.

El estómago se me encoge de golpe y el millón de mariposas llaman a la torre de control preparadas para el despegue.

—Sí —contesto sin apartar mi mirada de la suya.

No sé a cuántas pulsaciones por minuto me late el corazón, pero sé que no podría contarlas aunque quisiera.

Jamie da un paso hacia mí nervioso y lleno de seguridad a la vez. No tengo ni idea de si esa es una combinación posible por las leyes de la física y las emociones, pero así lo siento porque puede seriamente que yo me sienta igual.

Me mira pidiéndome permiso antes de dar el paso definitivo que nos va a dejar muy cerca. Asiento y sus dedos acarician mi cintura antes de agarrarse a mi piel.

—¿Estás segura de que estás cómoda con esto? —me pregunta buscando en mis ojos el más mínimo resquicio de que no estoy convencida para parar con todo.

—Sí, lo estoy.

Y mi respiración es un maldito caos.

Se inclina despacio dejando que su olor me llegue primero y no sé a qué es, pero me encanta. Su cálido aliento baña mis labios. Me pierdo en todos los otoños del mundo y una cuenta atrás se desata en mi interior.

Tres...

Dos...

Uno...

Cero.

Nos besamos y las mariposas levantan el vuelo. Mi corazón se desboca a la vez que sus dedos se clavan en mi piel y mis manos se esconden en el pelo de su nuca. Lo juro. Volamos tan alto y ni siquiera me importa perder de vista el suelo.

Es un beso corto en el que nos saboreamos los labios. Jamie se separa lentamente. Tardo un segundo de más en abrir los ojos. Es mi corazón bloqueando a mi cerebro para volver a la realidad. Cuando por fin lo hago, me encuentro con los suyos.

A mí creo que se me ha olvidado respirar.

Él traga saliva.

Tissues, de Yungblud, comienza a sonar.

—Joder —gruñe.

Y vuelve a besarme, salvaje, estrechándome con fuerza, llevándome contra la pared.

Podría decir que me pilla por sorpresa, pero solo estaría mintiendo porque, si él no me hubiese besado, lo habría hecho yo. Es... ni siquiera tengo palabras para explicar cómo me siento porque da igual cuáles usara. El maldito diccionario entero no se acercaría ni de lejos a expresar una décima parte de la corriente eléctrica, del calor, de todas las estrellas explotando a nuestro alrededor, brillando con fuerza.

Sus manos se mueven por mi cintura y las mías viajan por su cuello, por sus hombros.

Me aprieto contra él porque quiero sentirlo todo lo cerca que pueda y puede que un poco más.

Mis labios entreabriéndose. Su lengua entrando cálida y perfecta, buscando la mía, retándola, jugando. Cómo nos sentimos es todo lo que necesitamos para escribir nuestra propia canción de Taylor Swift.

Es ALUCINANTE.

No sé cuánto tiempo pasamos así porque pierdo la noción del tiempo y el espacio, y me importa taaaan poco, pero cuando por fin nos separamos se activa una nueva cuenta atrás.

Tres...

Dos...

Uno...

Cero.

Pero ¿qué hemos hecho?

Los dos lo pensamos a la vez porque los dos nos alejamos del otro. Levanta sus manos de mi cintura. Yo separo las mías de sus hombros y, si no fuera una locura, diría

que acabamos de entrar de golpe en el invierno.

Esto no puede estar pasando. Una cosa era estar hecha un lío, pensar en él, incluso fantasear, y otra muy distinta es esta: *B-E-S-A-R-L-O.* ¡Nos hemos besado!

—Hannah... —pronuncia.

No puedo quedarme a esperar lo que venga detrás.

—Tengo que irme —digo rápido con la vista en todos lados con tal de no centrarla en él—. Además, Jennifer ya... ya no está.

¿Podría Jennifer preocuparme menos ahora mismo? Imposible.

Nuestras miradas vuelven a encontrarse y el hechizo nos envuelve tan rápido como un chasquido de dedos. Brutal.

—Humm... yo también tengo que marcharme —dice él justo antes de girar sobre sus talones, confuso e incluso un poco frustrado, como yo, de que la complicidad haya saltado atrapándonos a los dos como un maldito resorte.

Yo asiento. Él asiente. Pero, cuando apenas se ha alejado un paso, se vuelve de nuevo hacia mí.

—¿Estás bien? —me pregunta.

En mitad de toda la confusión nivel infinito más uno, mi corazón se hincha lleno de estrellas de colores como el gran inconsciente que es, porque en mitad del caos que acabamos de levantar una de sus prioridades sigue siendo preocuparse por mí.

—Sí —respondo sin poder dejar de mirarlo. ¿Por qué tiene que ser tan guapo? ¿Y por qué tiene que preocuparse siempre por mí? ¿Y por qué tiene que ser así de mono? Dios, con este sí que rompiste el molde. ¡Eso no vale!

Jamie vuelve a asentir, cruza el salón y sale de la casa.

No me quedo ni siquiera a tratar de recuperar el aire o a que el corazón deje de latirme ridículamente deprisa y subo flechada las escaleras en busca de June.

—¿Podemos irnos ya? —pregunto cuando la veo salir del baño.

Ella frunce el ceño.

—Vale, pero ¿a dónde?

—Donde quieras.

—Han-Han, ¿qué pasa?

¡LA COSA MÁS GORDA QUE HA PASADO JAMÁS!

—Nada —sintetizo, miento y gruño todo a la vez.

—¿Cómo que nada?

June trata de que nuestros ojos conecten, pero yo ni siquiera sé a dónde estoy mirando. ¡Nos hemos besado! ¡Jamie y yo! ¡Mi enemigo público número uno y yo!... Y ha sido alucinante. *El-mejor-beso-de-mi-vida.*

—Jamie y yo nos hemos besado —confieso muy rápido mirándola al fin.

Ella me observa con los ojos como platos.

—Joder —articula.

—Sí —me lamento—. Justo la reacción que esperaba para no llenarme los bolsillos de piedras y tirarme al lago.

—Qué melodramática —se burla justo antes de cogerme de la muñeca y arrastrarme a una de las habitaciones para tener un poquito más de privacidad.

Inteligente postura. Tendría que haberlo hecho antes. Lo último que quiero es que Jenn me encuentre y me mande a un sicario colombiano para que me asesine. Seguro que no se parecería a los colombianos de las telenovelas, así que yo no saldría ganando para nada.

—Cuéntame —me pide.

Tomo aire. La cabeza me va superrápida, pero es que el corazón me va todavía más. ¡Es Jamie! ¡No debería latirme así de rápido por Jamie!

—Solo íbamos a fingir un beso para que Jennifer pillara de una vez que Jamie no va a volver con ella. —Malísima idea—. Como en las pelis —añado para dejar claro que todo tenía que ser simulado, en plan científico.

—Sabes que hay muchos actores que se enamoran mientras ruedan una peli juntos.

¡Ese dato no me sirve para nada ahora mismo!

La fulmino con la mirada y ella levanta los brazos en señal de tregua.

—Vale —finge disculparse al borde de la risa.

—El caso es que se nos ha ido de las manos y hemos acabado besándonos de verdad.

—No me asesines —se adelanta a mi posible acto criminal—, pero ¿y cuál es el problema?

—¡Que es Jamie!

—¿Y qué?

—Pues que se supone que yo estoy enamorada de Luke. Luke es el amor de mi vida.

¿Por qué eso me suena cada vez más a una mentira? No era a Luke a quien me moría de ganas de contarle lo de la fiesta ni a quien me apetecía encontrarme una vez que estaba en ella. Confusión, ven a mí. Hagamos un dueto en *Got Talent.*

—Jamie y yo ni siquiera somos amigos —continúo—. Esto es solo una tregua, así que no puedo querer besarlo ni puedo querer estar con él ni puedo...

Un montón de ideas de esas muy peligrosas que te hacen sonreír en cuanto las piensas porque te ponen feliz el corazón se pasean por mi mente: lo bien que huele cuando nos tumbamos al sol en el embarcadero después de bañarnos en el lago, cuánto me gusta su voz ronca mientras tararea las canciones con los ojos cerrados, lo concentrado que siempre mira la carretera mientras conduce, pero si se da cuenta de

que lo observo siempre se gira hacia mí y sonríe. El pelo desordenado sobre su frente. Su sonrisa. Sus ojos. ¡Dios! ¡¿Me gusta Jamie?!

Paso de hacerme esa pregunta.

—Nada —sentencio cerrando mi propia frase. Con Jamie McQueen no puede haber nada—. Ya fue para fliparlo el día que me di cuenta de que confiaba en él.

—Pero no dejaste de hacerlo.

—No —admito sin entender a qué viene—. Claro que no.

Y no quiero tener que dejar de hacerlo ni quiero dejar de tenerlo cerca. Me gustan demasiado esas dos cosas.

June resopla sin levantar la vista de mí, contemplándome con condescendencia de mejor amiga, rollo «te conozco superbién y te estás ahogando en un vaso de agua», pero es que este no es el caso, esto no es la costa de Alaska, una noche de tormenta o el sitio ese donde los pescadores de Discovery Channel arriesgan la vida para pescar cangrejos: un mar chungo de flipar.

—Creo que le estás dando demasiada importancia —concluye—. Las personas pueden cambiar. Sois amigos y estoy convencida de que no tiene nada que ver con una tregua.

Yo le mantengo la mirada, pero me niego a darle la razón.

—¿De verdad me estás diciendo que, cuando os marchéis de esta casa, vas a volver a odiarlo? —me acorrala dialécticamente. Maldita sea. Es muy lista.

Toca ser valiente, digo, sincera, aunque creo que ahora mismo es un poquito lo mismo.

—No —contesto.

—¿Y de verdad crees que no le importas?

Ojalá pudiera decir que tengo claro que le importo con las palabras gigantes y un montón de unicornios dando saltitos alrededor porque así es cómo me hace sentir. También sé que justo de esa manera es cómo me gustaría que fueran las cosas. Pero una vez ya di por hecho que lo que sentíamos era recíproco y me equivoqué.

—No lo sé, pero de lo que no hay dudas es de que Jamie es el villano de esta historia.

¡Es mi Damon Salvatore!

Trago saliva porque estoy empezando a agobiarme y siento ese nudo que se te forma en la garganta justo antes de romper a llorar.

—Sabes lo que dicen de ellos, ¿no?

Niego con la cabeza confusa sin saber a qué se refiere. June sonríe triunfal.

—Pues que un héroe te sacrificaría para salvar el mundo, pero un villano reduciría el mundo a cenizas por ti.

Uau.

Capítulo 48



Llevo pensando en la maldita frase de los héroes y los villanos, no sé, unas dos millones de horas. Me da igual que apenas hayan pasado doce desde el «incidente». Sí, así he decidido llamarlo. Mucho mejor que «inspiración para un éxito de Spotify» como quería llamarlo June.

—Hannitah —me llama mi madre bajando las escaleras a la vez que se pone los pendientes—, nosotros nos vamos ya —anuncia como si mi padre no llevase más de media hora listo esperándola en la cocina. Supongo que la impuntualidad tiene que venirme de algún lado—. Acuérdate de que te he dejado un táper con la paella que ha sobrado en la nevera.

Ayer la Hannah escapista, que podría competir con el mismísimo Harry Houdini (o con un mago chungo de Las Vegas, de esos que parecen una mezcla entre un gótico y un politoxicómano, con pinta de tener mucha pasta pero que han optado por no gastar ni un poquito en champú), decidió que lo mejor era esconderse. Puse una excusa mala pero efectiva y me vine a dormir a casa de mis padres.

El único problema es que me he olvidado el móvil en la casa del lago y autocompadecerte por tomar unas muy malas decisiones es mucho más pesado si no puedes pasarte todo el día metida en Insta. Lo echo mucho de menos. Necesito estar comunicada con el mundo.

—Gracias, mamá.

—De nada, cariño —responde cogiendo su bolso de un mueble a mi espalda y caminando veloz hasta el perchero para rebuscar en él un... ¿pañuelo?—. Acuérdate de darle la medicina a *Triana*.

En ese momento la perra, que está tumbada conmigo en el sofá, abre un ojo, observa la situación y vuelve a cerrarlo. Yo sonrío. Está hecha toda una centinela.

—Y de que las rosquillas están en el horno —añade.

Sigue moviéndose de un lado a otro. Es como un torbellino.

—No te preocupes. Las rosquillas para el perro y la medicina horneándose —me burlo con una sonrisilla ganándome que me mire con los labios fruncidos.

Que no haya tenido móvil no significa que no haya estado hablando con las chicas

¡por el fijo! A una de esas llamadas contestó mi madre. Se mencionaron las rosquillas. Avery la oyó. Y María del Mar Martínez Martín, como buena española, le prometió un táper que yo tendré que llevar esta tarde a la casa del lago a pesar de haberme negado repetidas veces. Así son mi madre y mi mejor amiga.

—Hasta después, Hannah Banana —se despide mi padre con una sonrisa dándome un beso en la frente.

Le devuelvo el gesto y él camina despacio hacia mi madre. Siempre he pensado que forman la combinación perfecta. Un terremoto y la calma. Se complementan. Cuando se encuentran, mi madre le sonríe enamoradísima, exactamente como le está sonriendo él.

¿Alguna vez tendré yo eso?

Molaría un montón.

—Mientras tanto tengo Netflix —me digo apuntando con el mando a la tele buscando la cosa más empalagosa que haya. Quiero amor y un montón de canciones y que todo sea felicidad... y que también muera alguien. Me niego a ser la única idiota triste en esta habitación.

Aún me faltan cuarenta minutos para que termine *Revancha ya* (al final han podido más mis ganas de ver a gente recibir su merecido que las de amor incondicional lleno de éxitos pop) cuando llaman a la puerta.

Ni *Triana* ni yo nos sorprendemos. Mi casa no es precisamente un lugar tranquilo y solitario. Puede ser cualquiera de mi medio millón de tías o tíos o mi millón y medio de primos y primas.

Me levanto un poquito a regañadientes. Puede que no esté de muy buen humor. Quiero creer que es porque echo de menos mi móvil además de que realmente me afecta que la gente no se tome en serio el calentamiento global. La otra razón... Ufff... prohibido pensar en la otra opción, aunque curiosamente también tiene que ver con calentamiento.

—Dios —murmuro resignada.

Pero entonces llego a la puerta, porque no vivimos en Buckingham Palace y es lo que tiene, la distancia es corta.

Y la abro.

Y lo veo.

Y, madre del amor hermoso, ¿por qué tiene que ser tan jodidamente guapo?

—Hola, Hannah.

—Hola, Jamie.

Capítulo 49



Me quedo mirándolo un par de segundos de más antes de hacerme a un lado con la puerta. No es culpa mía. Es una mezcla de sorpresa, corazón latiendo demasiado rápido, chico guapo que de pronto lo parece aún más y toda la discografía de ZAYN sonando en bucle dentro de mi cabeza. Actualmente *There you are.*

—Pasa —digo al fin.

Jamie se lleva la mano a la nuca al tiempo que comienza a caminar. Parece nervioso. Nunca lo está. De repente yo también lo estoy.

—Solo he venido a traerte esto.

Se mete la mano en el bolsillo de atrás de los vaqueros y me enseña mi teléfono. Mi mirada se ilumina en cuestión de décimas de segundo. ¡Mi móvil! Sonrío como una idiota, voy hasta él y lo cojo.

—Muchas gracias —digo sin dejar de sonreír y mi gesto se contagia de inmediato a sus labios. Eso siempre me ha gustado. La velocidad del sonido a la que se nos contagian las sonrisas cuando estamos juntos.

—De nada. He imaginado que lo echabas de menos.

Pasa un segundo. Dos. Supongo que toca que dejemos de mirarnos y despedirnos, pero no quiero hacer ninguna de las dos cosas. ¿En esas estamos, Hannah Martínez? ¿Tan cerca del desastre absoluto?

Me obligo a apartar la mirada y la pierdo en cualquier lugar del salón. Es como electricidad. Creo que, si me esforzara solo un poco, incluso podría verla, pequeños rayos saliendo de nuestros cuerpos, iluminándose a nuestro alrededor por un momento.

—¿Estás bien?

Asiento.

—Sí, estaba viendo una peli tirada en el sofá.

¿Por qué estoy tan NERVIOSA?

Los dos miramos hacia el tresillo a la vez. *Triana* se da por aludida y mueve la cabeza y un poco la cola haciéndonos sonreír.

—Eso ha sido un saludo. En serio, esta perra es una vaga —le explico y a continuación resoplo a punto de echarme a reír porque es la pura verdad, pero también

es mi cosa favorita del mundo.

—Parece que la peli le está gustando —la disculpa Jamie sin levantar los ojos de ella. Otro al que le ha robado el corazón a la primera perro mirada—. ¿Irás esta tarde a la casa del lago?

Vuelve a mirarme a mí y yo vuelvo a quedarme enganchada a sus ojos castaños. Maldita ley de la gravedad o lo que quiera que sea esto. Tengo que convertirme en inmune a él. ¿Aprender brujería será muy complicado? Puedo hacerme un conjuro a mí misma. «Badubadun Bidibidin, que deje de atraerme Jamie McQueen.» Aunque me preocupa tener que manipular ojos de tritón, manos de sapo y esas cosas. Puedo convertirme en una bruja vegana. Hannah Martínez, hechizos solo con productos orgánicos. Cien por cien libre de crueldad animal.

—No me queda otra —contesto sincera—. Mi madre ha hecho rosquillas y he prometido llevarle a Avery. ¿Y tú?

—Tengo que ayudar a mis padres en la cafetería. Iré cuando termine. Si quieres, puedo recogerte para que le lleves los dulces a Avery.

—Eso sería genial.

Ninguno aparta la mirada.

—Genial —repite en un susurro.

Su voz se vuelve más ronca y mi respiración más rápida.

—Debería marcharme ya —comenta.

No. No te vayas.

—Imagino que tendrás muchas cosas que hacer —digo como una persona normal.

—No quiero que te pierdas la peli por mi culpa —responde.

Puede que los dos estemos hablando como adultos, pero ninguno da un mísero paso que lo aleje del otro.

—Las rosquillas casi están —decido de pronto. No tengo ni idea—. Si esperas un poco, puedes probarlas. ¿Te apetece?

Así no te vas todavía.

—Claro —contesta.

Yo sonrío y asiento o asiento y sonrío. La verdad es que no lo sé. Los nervios han aumentado un poco más y puede que el corazón me esté latiendo de una manera muy poco saludable si quiero llegar a los cuarenta.

Caminamos hasta la cocina prudentemente separados. Jamie lleva las manos metidas en los bolsillos y yo ni siquiera sé qué hacer con las mías.

—¿Quieres beber algo? —pregunto deteniéndome junto a la isla.

Niega con la cabeza haciendo lo mismo a unos pasos de mí.

—No hace falta. Gracias.

Los rayos de sol entran brillantes por la ventana y rebotan en los azulejos de color

blanco llenándolo todo de luz, casi saturándolo.

Busco su mirada pero mis ojos se vuelven avariciosos y recorren su cara hasta fijarse en sus labios. Inmediatamente tengo un recuerdo perfecto de lo alucinante que fue besarlo ayer y todo mi cuerpo se acelera un poco más.

Quiero que esté más cerca. Dios. Me gusta Jamie McQueen. Me gusta un montón. Y quiero que me bese otra vez. Quiero hacer un montón de cosas.

Houston sentimental, nos hemos metido en un lío de los gordos.

—Hannah —me llama dando un paso hacia mí.

—También hay paella —suelto.

¿Por qué? Porque no quiero que se vaya y me ha parecido algo con que retenerlo... —Hannah Martínez, la secuestradora de la paellera. No se acerquen, es muy peligrosa —... y porque estoy chalada. Eso siempre influye.

Jamie frunce el ceño un poco confuso. No se le puede culpar.

—¿Eso es el arroz amarillo con pollo?

—Creo que no tienes en muy alta estima tu vida si vienes a casa de unos españoles a decir que la paella es arroz amarillo con pollo —le pongo sobre aviso divertida.

—Lo tendré en cuenta.

Los dos sonreímos. Estoy supernerviosa y superfeliz con lo que me pone nerviosa. Es raro e imposible de explicar e intenso y me gusta.

—Iba a decirte que no solo he venido a traerte el móvil. Creo que deberíamos hablar de lo que pasó anoche.

Me muerdo el labio inferior y muevo la cabeza dándole la razón.

—El plan se nos fue un poco de las manos —señalo y puede que se me escape una sonrisita nerviosa, pero a él también.

—Tienes razón, pero no me arrepiento.

Me mira a los ojos mientras lo dice con esa voz ronca jodidamente sexy que va a pasar a ser la voz en *off* de mis sueños más interesantes y yo empiezo a oír otra cuenta atrás exactamente como la de ayer: ¿Preparados para a salir volando hasta tocar las estrellas? Desde luego que sí.

—Yo tampoco. Y tenía ganas de que estuvieras aquí y no solo por el móvil.

Más confesiones. Más latidos descontrolados.

Jamie sonríe, por Dios, creo que es la sonrisa más bonita, macarra y sensual que he visto en mi vida. Una combinación letal.

Levanta la mano despacio y sus dedos acarician mi cadera.

—Entonces, ¿por qué tenías ganas de que estuviera aquí, Hannah? —pregunta inclinándose sobre mí.

Su olor me sacude. A esta distancia me veo reflejada en sus ojos castaños. Jamie McQueen me gusta más que nada.

—Da un poco de miedo —contesto agarrando su camiseta a la altura de su estómago y estoy siendo sincera pero también sonrío porque, joder, es alucinante cómo me siento ahora mismo.

Me devuelve la sonrisa.

Todo da vueltas.

—Da un miedo de la hostia —susurra sobre mis labios antes de besarme.

Su boca contra la mía son todos los libros que he leído en mi vida. Jamie me agarra de las caderas estrechándome contra su cuerpo y el aire entrometido entre los dos puede irse al infierno.

Acaricio sus abdominales saboreándolos con la punta de los dedos. Subo por sus hombros fuertes y rodeo su cuello con mis brazos mientras me entrego al beso con todo lo que soy.

Porque, si voy a acabar con el corazón hecho pedazos, que al menos valga la pena.

Nos besamos despacio, explorando, descubriendo qué nos hace sonreír, qué gemir y cuál es la maravillosa fórmula para que pasen las dos cosas.

Y yo me siento así cada milésima de segundo. Todo es este beso. Todo a mi alrededor. Todo lo que importa. Me siento tan bien que yo... joder... ahora entiendo por qué los cantantes se pasan horas devanándose los sesos para describir esto. Es imposible. Nada de lo que diga en lo que me queda de vida va a acercarse ni un poquito.

Su olor. Su sabor. Su pelo entres mis dedos. Sus manos calentando mi piel por encima de la ropa. Todo es perfecto.

Jamie me coge por la cintura y me levanta a pulso. Yo rompo a reír por la sorpresa, pero ni siquiera en ese momento puedo dejar de besarlo. Me sienta sobre la encimera y se abre paso entre mis piernas.

—Esta cláusula no estaba en nuestro trato, señor McQueen —me burlo con mi frente sobre la suya y mis brazos aún rodeando su cuello.

—¿Qué puedo decir, señorita Martínez? —responde acariciando mi nariz con la suya —. Ya te expliqué una vez que eres jodidamente increíble. No me he podido resistir.

Sonrío como una idiota justo antes de que Jamie vuelva a besarme.

Estoy en el paraíso.

Es mejor que todas las veces que lo he imaginado.

Una puta pasada.

Pero... ¡Dios! Cómo odio los malditos peros.

—Deberíamos parar —digo haciendo el MAYOR esfuerzo de mi vida para separarme unos odiosos centímetros de su boca.

No pasa un segundo completo desde que pronuncio esa frase cuando Jamie se aparta de golpe y busca mi mirada.

—¿Estás bien? —inquiere preocupado—. Si he hecho algo que te haya incomodado, perdóname. No ha sido para nada mi intención.

Tuerzo los labios divertida, conteniendo una sonrisa. ¿Se puede ser más mono? Es absolutamente imposible.

—Iremos al ritmo que tú necesites —continúa con una convicción absoluta y yo tengo que hacer otro esfuerzo sobrehumano para que mi sonrisa no haga una aparición estelar mientras lo observo—. Puedo marcharme o, si quieres, puedo quedarme contigo a ver la peli o puedo ir a buscarte chocolate —decide de pronto—. ¿Quieres chocolate? —pregunta dispuesto a ir a la fábrica de Hersey si es necesario y robar un tableta—. ¿Un *brownie?*

No puedo más. Tengo que comérmelo a besos ahora mismo.

—Dudo mucho que haya un lugar mejor que este en todo el planeta —me explico separándome lo justo para poder hablar, pero con mis dedos al final de su pelo, en su nuca—. Solo te he pedido que paráramos porque no sé cuánto tiempo tardará alguien de mi familia en aparecer y no quiero que nos estropeen el momento.

Jamie mira a su alrededor y frunce suavemente el ceño.

—La verdad es que es extraño que esto esté tan silencioso —comenta.

Yo rompo a reír. No podría tener más razón. El primer mes en Stanford, cada vez que llamaban a la puerta, pensaba que sería alguien preguntándome si quería un cafelito con leche.

Mis risas se entremezclan con las suyas y cuando nos besamos creo que acabo de descubrir mi sabor favorito en el mundo: la sonrisa de Jamie McQueen.

—Estoy de acuerdo —sentencia con sus preciosos ojos castaños sobre los míos verdes—. La primera vez que estemos juntos no quiero que nadie nos interrumpa en cuatro días.

Yo achino la mirada socarrona.

—Observo que tienes muy buena opinión de ti —comento socarrona.

—Hablaremos justo después de que me pidas que, por favor, por favor, no me mueva de tu cama —me imita con voz aguda, el muy engreído.

Yo me llevo la mano al pecho y suelto un suspiro exageradísimo mientras pestañeo un número ridículo de veces.

—Eso es tan romántico que voy a desmayarme —replico burlona otra vez.

Jamie simula meditar mis palabras.

—Eso puede que también te pase —contesta sin una sola pizca de remordimiento, el muy descarado.

Yo abro la boca indignadísima, ¡¿cómo puede tenérselo tan creído?!, y él rompe a reír encantado por mi reacción.

—Eres idiota —protesto pero también estoy sonriendo. Definitivamente, esas dos

palabras significan algo completamente diferente entre nosotros.

Jamie se muerde el labio inferior un segundo en un gesto supersexy con la mirada en mi boca y yo hago como puedo que no me ha afectado todo lo que me ha afectado.

—¿Sabes? —llama mi atención subiendo su mirada hasta que vuelvo a verme reflejada en sus alucinantes ojos con todos los colores del otoño—. Estoy empezando a pensar que tienes razón porque no puedo evitar comportarme como uno solo para conseguir que tú me lo llames.

Su voz aprieta un botón dentro de mí, como cuando escuchas esa canción y automáticamente el mundo se vuelve tu mundo y viajas y vuelas y confías y crees y un montón de cosas bonitas más.

—Es nuestro código —sentencio con una sonrisa.

—¿Y qué significa?

No lo sé, pero estoy empezando a entender que, sea lo que sea, solo lo significa con él.

—Para saberlo tienes que ganártelo —lo pico haciéndome la interesante.

Su respuesta: besarme. Y, por Dios, vuelvo al único lugar donde quiero estar.

—Ahora sí que tengo que marchame —dice contra mis labios separándose para hablar, pero volviéndome a besar justo después.

Parece que no soy la única a la que le falla la fuerza de voluntad cuando estamos juntos.

—No —gimoteo cuando se separa del todo.

Incluso curvo los labios en un puchero para salirme con la mía.

Jamie sonríe.

—Pónmelo un poco fácil —me pide—. Creo que no sé decirte que no.

Vale. ¿Cómo hace una para no suspirar? Porque tengo muchas ganas.

—Una información interesante —comento agarrándome con las dos manos a la encimera y echándome hacia delante por nada en especial. Solo quiero fastidiarlo un poco y ponérselo difícil... y ah, sí, que no se vaya nunca.

—Ya pensaré un par de cosas para cobrármela —me pica.

¡Qué malnacido! Abro la boca dispuesta a decirle de todo, pero Jamie rompe a reír y vuelve a interrumpirme con un beso, el muy maldito.

—No siempre vas a poder escabullirte con besos. Lo tienes claro, ¿verdad? —le advierto entrecerrando los ojos.

—Por eso hago bien en aprovecharme.

Le pego un manotazo en el hombro. ¡Se lo ha ganado! Pero no puedo evitar morirme de risa y antes de que me dé cuenta estamos riéndonos como dos tontos en mi cocina.

—Te recogeré esta noche —me recuerda ayudándome a bajar.

Asiento.

—Nos vemos después.

Nos miramos a los ojos. Sus manos estrechan mi cintura un poco más. Las fuerzas empiezan a flaquear otra vez por aquí.

Jamie resopla divertido igual que yo niego con la cabeza. Acabamos de comprender lo poco que nos hace falta para dejarnos llevar.

—Lárgate —le ordeno con una sonrisa a la vez que lo empujo.

Por supuesto tengo claro que Jamie se mueve porque quiere, mi fuerza es prácticamente inexistente en comparación con su cuerpo.

Empieza a caminar hacia atrás con pies pesados al tiempo que mueve la cabeza en un «sí».

—Nos vemos después —me recuerda.

—Nos vemos después —repito.

Me muerdo el labio inferior mientras trato de controlar mi cuerpo. Francamente, es una misión imposible.

Quiero que se quede, hoy y mañana y pasado mañana y un millón de semanas más. Podemos atrancar la entrada principal y todas las ventanas para evitar que los Martínez Martín aborden nuestro fortín.

Jamie llega a la puerta, pero justo cuando va a abrirla se detiene en seco, solo un segundo, se gira y corre de nuevo hasta mí. Yo sonrío como una idiota. Me abraza levantándome del suelo y vuelve a besarme. Un beso largo e intenso y ALUCINANTE.

—Nos vemos después —repite.

Sonrío. Por Dios, creo que nunca voy a cansarme de sonreír con él.

—Nos vemos después.

Nos besamos una vez más antes de separarnos y Jamie se marcha.

Doy un suspiro mirando a mi alrededor, tratando de controlar todo lo que estoy sintiendo ahora mismo. Me dejo caer en el sofá con una sonrisa en los labios y noto el segundo exacto en el que la felicidad estalla en mi interior.

¡Ha pasado! ¡Ha sido increíble! ¡Y me muero de ganas de volver a estar con él!

Estoy colada por Jamie McQueen.

Capítulo 50



Sé que el plan era esperar a que Jamie me recogiese cuando cerrase la cafetería, pero, en el momento en que mi primo número siete ha llegado a casa, me he dado cuenta de que lo único que quiero hacer es lo que quiero hacer... y lo he puesto en práctica.

Con el primer paso que doy en el Meredith's mi mirada viaja por el local hasta encontrarse con la de Jamie desde detrás de la barra.

No necesitamos un segundo completo para sonreír. Es como si ese fuese el tiempo exacto que hace falta para que el mundo se vuelva menos importante.

—¿Qué tal estás, cielo? —me saluda la señora McQueen, jarra de café en mano, hablando con una de las mesas ocupadas junto a la ventana.

Los dos nos obligamos a apartar la mirada y disimular el gesto todo lo rápido que somos capaces. En esta cafetería hay más de veinte personas. Estaría bien que ninguna se diera cuenta de las ganas que nos tenemos. Ese pensamiento hace que se me caliente todo el cuerpo y es más que probable que acabe por sonrojarme. Genial, Hannah. Tú siempre consiguiendo parecer taaaan madura y taaaan adulta.

—Hola, señora McQueen —contesto centrándome en ella—. Estoy muy bien. Muchas gracias.

Ella me devuelve la sonrisa y vuelve a prestar atención a la mesa. Yo doy una bocanada de aire y camino hasta la barra.

Jamie me sigue con la mirada mientras seca un vaso con un impoluto trapo blanco. ¿Es posible que esté más guapo que cuando lo he visto antes en mi casa? ¿Ese tipo de cosas pueden pasar? Tipo «Hannah María Martínez, soy Dios. He decidido que el chico que te gusta hoy va a ponerte las cosas un poco más complicadas porque va a tener el pelo más alucinante, los ojos un poco más increíbles, cosa que es difícil, ya lo sé, y esa sonrisa irresistible, amiga, esa sonrisa hoy no va a dejarte pensar en otra cosa.»

—Hola —me saluda cuando llego hasta él y sonríe. Dios, misión cumplida.

—Hola.

—Creí que nos veríamos después —me pica cruzándose de brazos sobre la barra e inclinándose sobre ella.

Su sonrisa se transforma en esa tan suya con la innata capacidad de sacarme de mis casillas.

Yo tuerzo los labios divertida.

—Tienes razón. Debería marcharme ahora mismo.

Doy media vuelta dispuesta a hacerlo solo para fastidiarlo. No dejo de sonreír, pero él no puede verme. Sé guardar muy bien mis cartas.

—Espera —me pide caminando hasta rodear la barra.

El muy maldito lo hace despacio para que pueda ver lo bien que le caen los vaqueros sobre las caderas por debajo del mandil corto y blanco que lleva a la cintura.

Yo contengo la sonrisa y me vuelvo con la barbilla alta.

—¿Querías algo? —pregunto fingiéndome superdigna.

—Es que se me olvidaba decirte una cosa —me explica alzando el índice con una sonrisa de chico malo y una chispa traviesa en sus ojos castaños. Jamie se inclina lentamente hasta que sus labios rozan mi oreja—. Yo también te he echado demasiado de menos.

Se separa lo justo para que vea la sonrisa más bonita de todos los tiempos y yo puede seriamente que me derrita un poco.

Jamie me coge de la mano y entrelaza nuestros dedos. Empieza a andar tirando suavemente de mí, que lo hago un par de pasos detrás de él, dejándome llevar y con una sonrisa en los labios.

Nos lleva hasta el pequeño almacén al fondo del local. Ni siquiera nos importa quién pueda vernos.

Mi espalda toca la pared y él está frente a mí con las ganas marcando cada paso del camino. Es como contemplar un animal salvaje. Me toma de la cintura. Nuestras respiraciones se aceleran. Por Dios, el corazón me late tan fuerte que temo que vaya a rompérseme en cualquier momento. Mis ojos se pierden en sus labios. Creo que nunca había deseado nada tanto. Jamie sonríe y el gesto se contagia de inmediato a mis labios. Las endorfinas inundan mi cuerpo conducidas por mariposas.

Y me besa.

Y, maldita sea, todo lo demás deja de importar.

Lo hacemos rápido, casi desesperados. Necesitándonos con los labios. Y basta un beso para que se transforme en una condena porque sé que nunca voy a cansarme de esto, que nunca voy a tener suficiente, que podríamos estar encerrados en este almacén durante horas y todavía querría MÁS.

—Es una locura —sentencia contra mi boca y una sonrisa.

Yo hago lo mismo.

—¡Jamie, cielo! —lo llama su madre desde la sala—. ¡Necesitamos ayuda con unas cajas!

De golpe los dos llevamos la vista hacia la puerta, como si la señora McQueen fuese a aparecer en cualquier momento. Por suerte no lo hace.

Jamie vuelve a mirarme y automáticamente sonrío. Es mi primera reacción cuando me veo reflejada en sus alucinantes ojos castaños.

—Nunca habría imaginado que acabaríamos así —digo sin pensar. Con Jamie no necesito comprobar que cada palabra sea la indicada. Puedo ser yo misma y me encanta—. Si no hubiese sido por el trato, aún nos odiaríamos.

La vida puede dar tantas vueltas que da incluso vértigo.

Él sonríe divertido, macarra y engreído, exactamente como es.

—Yo nunca te he odiado, Hannah Martínez.

¿Qué?

Capítulo 51



—Pero...

Los labios de Jamie se curvan hacia arriba en el gesto más travieso de la historia. Se separa de mí y empieza a caminar hacia la puerta. Le encanta dejarme con la curiosidad por las nubes.

—Espera —le exijo yendo hacia él a punto de echarme a reír por una mezcla de confusión, emoción y pura felicidad—. Tienes que explicarme eso.

Él no dice nada. Solo vuelve a sonreír. ¡Es un descarado!

—¡Jamie, cielo!

—Ahora no puedo —susurra sin un gramo de vergüenza, abriendo la puerta para salir—. Me llaman.

Lo observo boquiabierta y divertida. Jamie me guiña un ojo y empieza a alejarse.

—¡Eres... —empiezo a gritar, pero entonces recuerdo que la sala está a unos pasos y su madre pendiente de nosotros, y bajo el tono de voz—... lo peor! —acabo susurrando y aunque frunzo los labios para ser más amenazante creo que fracaso un poco porque no puedo dejar de sonreír.

Jamie vuelve la cabeza sin dejar de caminar y me dedica una sonrisa. Vaya. Esa ha sido de las irresistibles.

Le mantengo la mirada cabeceando para hacerme la dura. Definitivamente es idiota... y tiene razón. Es un código entre nosotros porque esa palabra significa un millón de cosas más entre los dos.



Me quedo con Jamie hasta que acaba su turno; al principio, sentada en uno de los taburetes mientras atiende la barra, charlando con él y con los clientes. No aguanto una hora completa. Acabo levantándome de un salto y ayudándolo a servir más café, a tomar nota o a recoger las mesas.

—Esto se te da muy bien —comenta la señora McQueen.

Yo sonrío mientras sigo metiendo platos sucios en la bandeja de plástico blanca. Es divertido estar aquí, hablar con prácticamente todo el pueblo, reírme de chistes malos y escuchar la música que el señor McQueen pone en la radio de la cocina.

Jamie, a unos metros de distancia, haciendo lo mismo que yo con la mesa que acaba de dejar libre el sheriff Riordan y su familia, me mira y también sonríe.

—Si las cosas no te funcionan en Harvard, siempre puedes venirte a trabajar con nosotros.

Me quedo muy quieta, como si me hubiese convertido en piedra o algo así. Futuro. Mi futuro. Creo que nunca había odiado más dos palabras. Pero entonces una pregunta se cuela en medio de todo: ¿Qué pasaría? Solo es una opción. También podría irme de mochilera por la India, montar mi propia empresa, mi propia secta si se me acaba yendo la pinza. No saber qué quiero hacer no me quita opciones, me las da todas.

No sé si me relajo. No sé si esa es la manera de explicarlo. Pero la ansiedad no sube hasta nublarlo todo. Por un momento soy capaz de bloquear el miedo. ¡Y, por Dios, qué bien sienta!

—Si trabajo aquí, el señor McQueen tendrá que dejarme elegir la música alguna vez —planteo.

Y vuelvo a sonreír. Hablando de un hipotético futuro laboral, ha habido dos sonrisas y cero ataques de ansiedad. (¡Es alucinante! ¡Estoy superorgullosa de mí!)

—Buena suerte con eso —sentencia la señora McQueen yendo hasta la barra.

Rompo a reír. Cuando mis carcajadas se calman y se transforman en una sonrisa sin ni siquiera saber por qué, tampoco lo necesito, busco a Jamie. El mismo gesto ya está en sus labios y me guiña un ojo orgulloso. Dos guiños en una sola tarde y ninguno de los dos ha sido tan odioso como para tener que correr a estrangularlo, bueno, casi, pero he decidido perdonarlo.

Sea como sea, no lo ha hecho porque le guste o no la posibilidad de que acabe trabajando en la cafetería de sus padres. Le gusta cómo he enfocado estos tres minutos de mi vida y, la verdad, a mí también.

Sigo recogiendo las mesas con la idea de que, pase lo que pase, nadie va a poder robarme la batalla que acabo de ganar ahora mismo.

—¿Os están esperando en la casa del lago? —pregunta Meredith desde detrás de la barra secando uno a uno, aunque sorprendentemente rápido, práctica, está claro, una bandeja entera llena de vasos.

—Sí —responde Jamie limpiando una de las mesas con una bayeta. Yo estoy rellenando los servilleteros—. Nos marcharemos cuando terminemos aquí.

Interesante elección de palabras, Jamie McQueen. Generalmente se duerme en una cama y generalmente en una cama también, aunque no hay que quitarse posibilidades,

se hacen más cosas. Cosas MUY interesantes, como las palabras. Sonrío como una tonta. Tengo calor. Y ganas. Y me estoy imaginando muchas posibilidades.

Como si tuviese la innata capacidad de leerme la mente o, mi hipótesis preferida, como si directamente estuviese pensando lo mismo que yo, Jamie me busca con la mirada y sus ojos momentáneamente oscurecidos me dan la confirmación que necesito.

Sonríe y, maldita sea, ha sido de las irresistibles.

—Pues marchaos ya —nos echa la señora McQueen.

—¿Seguro que no necesitas que te ayude? —replica Jamie acercándose hasta el mostrador al tiempo que se quita el mandil—. Aún quedan cosas por hacer.

Intento imitarlo, pero no soy capaz de deshacer el nudo que tengo en la parte delantera a la altura de la cintura. Viéndolos a ellos parece superfácil. Supongo que es la práctica otra vez.

—Puedo apañármelas sin ti, chico —bromea su madre.

—No tan bien como te gustaría —la pica torciendo los labios al tiempo que deja el delantal sobre el mostrador.

Me rindo.

Alzo la cabeza dispuesta a pedirle ayuda, pero Jamie ya está frente a mí. Mueve las manos y en menos de un suspiro se libra del nudo, que parecía que había hecho un marinero, da un paso más, dejándonos muy cerca por un segundo, descruza los lazos a mi espalda y me quita el mandil.

Quitarme el mandil o, lo que es lo mismo, quitarme ropa. Cuando te quitas ropa, te desnudas. Jamie me está desnudando. ¡Hannah, tía, para! ¡Pareces un concursante de uno de esos programas de voy a demostrar cuánto quiero a mi pareja mientras me acuesto con un montón de gente en bañador!

—¿Crees que mañana podrás venir a ayudarme con el turno de las comidas? —le pregunta Meredith.

—No te preocupes. Estaré aquí a tiempo —responde.

Su madre asiente con una sonrisa mirándolo agradecida y orgullosa y un nuevo aluvión se sentimientos me sacude. Lo que hace por su familia es increíble. Él es increíble.

—¿Qué? —plantea con una sonrisa y mi mandil en la mano.

Yo cabeceo sin poder apartar mis ojos de él.

—Nada —contesto.

Solo que eres una persona alucinante, McQueen.

Jamie me observa perspicaz un par de segundos más mientras camina hacia atrás en dirección a la barra, tratando de averiguar de qué va todo esto y eso solo confirma

mi teoría. Ni siquiera se da cuenta de lo bonito que es que esté listo para ayudar a cualquiera que lo necesite.

Al fin se gira, deja mi delantal con el suyo y va al almacén a buscar sus cosas. Yo recupero el táper con las rosquillas para Avery y mi bolso, que antes he dejado detrás del mostrador.

—Pequeña Hannah —me llama el señor McQueen asomando la cabeza por la enorme ventana rectangular de la cocina—, ¿te apetece llevarte un trozo de tarta? He preparado tu preferida.

—Claro que sí —acepto encantada.

—Tienes suerte —responde de vuelta a la cocina, así que puedo oírlo pero no verlo —. Hace mucho tiempo que hubiésemos quitado esta tarta del menú, casi nadie la pide —me explica mientras oigo un armarito abrirse y también el sonido de un cuchillo metálico cayendo contra una superficie que también lo es—. Pero Jamie nunca deja que lo haga.

En ese momento el propio Jamie sale del almacén y mi sonrisa de oreja a oreja lo recibe. Él sonríe por inercia, la velocidad de las sonrisas, ya se sabe, y frunce suavemente el ceño preguntándome qué pasa sin usar palabras.

Su padre deja mi porción en una cajita sobre el mostrador de la ventana. Jamie suma dos más dos y se rasca la nuca un poco nervioso sin saber muy bien qué hacer y sin poder dejar de sonreír. Vale. Es oficial. Pienso comérmelo a besos por reaccionar así y por hacer que sigan conservando esa tarta en el menú de la cafetería solo porque es mi favorita.

Nos despedimos de sus padres y empezamos a andar hacia la salida. ¿Nos gustaría cogernos de las manos? Sí, pero no lo hacemos. Solo serviría para tener que contestar a un montón de preguntas. Lo que sí hacemos es caminar muy juntos y casi sin darnos cuenta nuestras manos están muy pegadas. Segura de que no pueden vernos, estiro los dedos para acariciarle la palma de la mano. Jamie sonríe. Mueve su índice y lo entrelaza con el mío, solo un par de segundos, para que no nos pillen.

Pero cuando torcemos la esquina hacia el pequeño aparcamiento del local *todo-se-vuelve-eléctrico.*

Jamie me lleva contra la pared del propio restaurante y me besa con fuerza. No es delicado como lo ha sido en casa. Ahora las cosas son diferentes porque los dos necesitamos que sean así. Necesitamos devorarnos. Maldita sea. Comernos enteros.

—Gracias —digo separándome apenas un par de centímetros y buscando sus ojos castaños.

No hace falta que especifique. Los dos sabemos que hablo de la tarta.

Jamie sonríe.

—Por ti conseguiría que cambiaran el nombre de la cafetería.

Rompo a reír, completa y absolutamente FELIZ.

—No te haces una idea de las ganas que tengo de oírte gritar mi nombre —susurra torturador junto a mi boca.

—¿Es una amenaza? —bromeo con voz trémula.

Jamie me mira y una media sonrisa se cuela en sus labios. Esa sonrisa hace que un hormigueo sexy y brutal me recorra el vientre.

—Es una puta promesa —sentencia.

Jo-der. Creo que acabo de morirme y he entrado por la puerta grande al paraíso.

No puedo más. Tiro de él y estrello mis labios contra los suyos de nuevo.

No sé cuánto tiempo nos quedamos contra esa pared, pero, cuando oímos la puerta del Meredith's volver a abrirse y la voz de sus padres hablando de ir a dar un paseo, nos buscamos con la mirada y rompemos a reír a la vez que salimos disparados hacia su Jeep.

Es un millón de veces mejor de lo que había imaginado.

Capítulo 52



Vamos hasta la casa del lago escuchando música, comiéndonos a besos en los semáforos y muriéndonos de risa.

Salimos del coche y nos encontramos a medio camino para darnos otro beso. Sus manos viajan por mi cintura hasta encontrarse al final de mi espalda.

—Creo que me he vuelto adicto a esto —susurra contra mi boca.

Sonrío y mi corazón sonríe conmigo en el centro de mi pecho.

—¿De verdad? ¿En tan poco tiempo? —me burlo porque lo que tengo ganas es de mirarlo como un dibujito de *anime* con los ojos gigantes y las manos entrelazadas junto a mi mejilla.

Jamie asiente con una sonrisa canalla. Vuelve a besarme y me muerde el labio inferior hasta hacerme gemir. El cosquilleo que siento es alucinante. Jamie McQueen está dopando mis mariposas.

—Tendríamos que encontrar una solución —digo al tiempo que mis brazos rodean su cuello y me estrecho contra él sin dejar de besarnos, tentándolo, solo un poquito—. No queremos que acabes enganchado.

—Para nada —contesta.

Más besos.

—Para nada —repito.

Más sonrisas.

—¿Y qué has pensado que podríamos hacer? —planteo separándome lo justo para poder mirarlo, enarcando las cejas para ganar en dramatismo y conteniéndome para no echarme a reír.

—Besarnos, un montón —contesta fingiéndose resignado—. Terapia de choque.

Y yo ya no puedo más y rompo a reír. Jamie tarda un segundo en hacer lo mismo y en el siguiente nuestras risas resuenan entrelazadas a nuestro alrededor. Me siento genial.

—Ya estáis aquí —comenta Joy Ann saliendo al porche.

No nos separamos, pero tampoco estábamos besándonos, así que simplemente nos quedamos así.

—¿Ya ha llegado? —pregunta impaciente Avery apareciendo también.

En cuanto me ve, sonríe de oreja a oreja y echa a andar en mi dirección. No es que me quiera tanto. Es el poder de las rosquillas de María del Mar Martínez Martín.

Yo vuelvo al coche, saco el táper y se lo tiendo, pero ella, antes de cogerlo, da un paso hacia mí arrinconándome contra la carrocería. Ya sé lo que pasa aquí. De ahí que no me alarme por esta flagrante invasión de mi espacio personal.

—¿Qué tal? ¿Has estado con él? —empieza a preguntarme superrápido. La versión en directo de su interrogatorio telefónico—. ¿Tú estás bien? ¿Estás emocionada? ¡Yo sí! —añade con una sonrisa enorme.

Juro por Dios que no quiero, pero es imposible que esa sonrisa no se me contagie en los labios.

—Sí, he estado con él y estoy genial —respondo, lo que le hace dar unas palmaditas y a mí, fulminarla con la mirada. ¡Discreción, Avery Thorne!

Mi amiga lo pilla enseguida y simula cerrarse la boca con una cremallera, aunque tarda algo así como dos segundos en volver a hablar.

—Entonces, ¿sois novios?

Esta pregunta es nueva.

Miro a Jamie por acto reflejo. Él está hablando con Teagan. ¿Somos novios? No lo sé, pero creo que tampoco necesito saberlo. Me siento bien, feliz y mola.

—No lo sé —contesto sincera.

—¿Cómo que no lo sabes? —replica frunciendo el ceño.

—Exactamente lo que has oído —me burlo.

Avery me mira mal y yo le sonrío enseñándole todos los dientes. Al final acaba dándome por imposible mientras coge el táper de mi madre y lo abre. Un solo bocado de rosquilla y se le olvida que antes hubo otro tema de conversación.

—Son una pasada —suspira a punto de poner los ojos en blanco con los labios llenos de azúcar.

Mi madre estaría superorgullosa.

—¿De verdad están tan buenas? —inquiere Teagan acercándose y pretendiendo coger una, y digo «pretendiendo» porque Avery no lo deja.

—Ey —le advierte—, búscate tus propias rosquillas.

—Vamos a casarnos —le recuerda él—. Esas rosquillas son bienes gananciales.

—Pues haremos separación de bienes. Tu familia ya no es dueña de la casa del lago, así que no tienes nada que me interese —sentencia encogiéndose de hombros.

El doctor Seaver suelta un bufido indignado y Jamie, un silbido aprovechando la situación para reírse de su amigo.

—Eres una tía muy dura —apunto divertida.

—Lo sé —responde.

Teagan le pone cara de pena. Avery aparenta pensárselo y finalmente comparte las rosquillas con su prometido y con Jamie. Estoy a punto de decir que las ha probado en casa, pero entonces recuerdo que al final se nos ha olvidado. Pongan sus asientos en posición vertical, sonrisita a punto de aterrizar.

—Están de muerte —dice Teagan cogiendo la tercera y ganándose que Avery lo fulmine con la mirada.

—Se acabó. Ya no me caso contigo —protesta mi amiga cerrando el táper.

—Podemos pedirle a la señora Martínez que nos haga la tarta nupcial. Una rosquilla gigante —le propone abriendo mucho los ojos. El doctor Seaver es un tipo listo. Ha sabido tocar su punto débil.

—¿Podemos? —replica Avery—. ¿Tu madre aceptaría? —añade entusiasmada.

—Lo primero, es señora Martínez Martín —le recuerdo a Teagan—. Mi madre se toma su apellido muy en serio —le explico asintiendo.

A mi lado Jamie sonríe. El muy pelota no lo olvida nunca. Siempre la llama así.

—Y segundo, tendréis que hablar con ella directamente, aunque, ten cuidado, como vas a ser médico, puede que su precio por esa rosquilla gigante sea poder hacerte cualquier consulta médica en cualquier momento.

—Podría con ello —responde engreído.

—De ella y de mi padre y de sus hijas, de todas sus hermanas, hermanos, cuñadas, cuñados, sus sobrinas y sobrinos.

El sueño de cualquier madre española es tener un médico en la familia al que poder llamar SIEMPRE.

Teagan abre la boca dispuesto a decir algo, pero no sabe el qué y acaba cerrándola.

—Has hecho bien, doctor Seaver —comento con una sonrisa.

—Pues entonces vamos dentro —decide—. Tengo que emborrachar a mi chica para que acepte casarse conmigo de nuevo —enumera levantando un dedo— y, sobre todo, para que quiera compartir las rosquillas que quedan. —Levanta el segundo.

Avery le enseña el de en medio y todos rompemos a reír.

Teagan rodea los hombros de mi amiga con un brazo y empiezan a caminar hacia el interior de la casa a la vez que nos hace un gesto a los demás con la mano que le queda libre para que lo sigamos. Jamie me mira preguntándome si vamos a hacer caso del doctor Seaver. Yo tuerzo los labios divertida. La posibilidad de fugarnos suena muy bien.

—Vamos, Han-Han —me reclama Avery.

Me encojo de hombros. Parece que no tenemos opción. Jamie se finge superexasperado, incluso pone los ojos en blanco. Su reacción hace que esté a punto de romper a reír. Me aguanto milagrosamente. Lo que soy incapaz de evitar es la sonrisa de oreja a oreja. Él también sonríe, satisfecho por su obra. Es un payaso.

Echo a andar y Jamie se da una pequeña carrera para caminar a mi lado. Hay un poquito más de miraditas y un poquito más de sonrisitas y de chocar mi hombro con el suyo «accidentalmente». Somos lo peor.

Cuando llevo mi vista de nuevo al frente, me topo con los ojos grises de Joy Ann. Está en el porche observándonos perspicaz, con una sonrisa. No dice nada. Solo se gira y entra en la casa haciendo balancear su coleta perfecta de un lado a otro.

Repaso mentalmente lo que ha podido ver y qué conclusiones ha podido sacar, aunque, tan pronto como empiezo, paro porque la verdad es que no me importa lo que haya visto o lo que no, lo que piense o lo que no. Además, me imagino que Jennifer ya le habrá contado que nos vio besándonos.

No tardamos en acomodarnos en el porche, empezar a hablar de tonterías y beber cerveza. Avery me ha prometido que encontraríamos la manera de que esta noche fuese, literalmente, la mejor de nuestras vidas, pero la cosa se le ha complicado un poco. La mayoría están en *mood* «solo me apetece estar tirado aquí», así que no hay mucho que podamos hacer.

Yo estoy sentada en el borde del porche, en la parte más alta, así que las piernas me cuelgan sin llegar a tocar el césped. Avery estaba conmigo, pero actualmente está haciéndole carantoñas a Teagan. Vuelvo a sonreír. Mi amiga, a la que quiero muchísimo, lo quiere muchísimo y él la quiere a ella, y a pesar de todas las bromas sobre el doctor Seaver y su estetoscopio, es uno de los buenos. Avery no se merece ni un poquito diminuto menos. En resumen: me alegra muchísimo que estén juntos.

Jennifer me fulmina con la mirada por vigesimoquinta vez desde el capó del coche de Joy Ann, donde está sentada. Era de esperar. Zoe también me mira mal, aunque no con la misma intensidad de su amiga. Eso también era de esperar. Supongo que le ha contado que me vio besándome con «su Jamie» y las dos me han declarado la guerra fría. No me preocupa. Es más o menos como ya estábamos y francamente me he cansado de sentirme pequeñita solo porque, cuando éramos unas crías, ellas invirtieran su tiempo en agitar unos pompones. De hecho, ahora mismo me encantaría tener una máquina del tiempo y buscar a la Hannah de diecisiete años para decirle «No dejes que te afecte, pasa de todo y concéntrate en la gente que mola y te quiere y tú quieres». Desde luego, es lo que la Hannah de veintidós piensa hacer.

Oigo un poco de jaleo, risas y a alguien gritando «¡mentiroso!». Llevo mi vista hasta los chicos. Joey y Luke se están muriendo de risa. Cuando mis ojos se encuentran con unos azules que conozco muy bien, Luke guarda silencio manteniéndome la mirada, pero tras unos segundos la aparta y vuelve a hacer como si yo no existiera. Lo mismo que lleva haciendo toda la noche, en realidad, desde que hablamos en este jardín la mañana de la fiesta. No me dirige la palabra. Me evita. ¡Y ni siquiera lo entiendo!

Odio esta clase de situaciones. Tengo clarísimo que no tiene ningún derecho a estar

enfadado y, aun así, no puedo evitar sentirme mal y culpable porque lo esté. Mi tía Mari Jose diría que eso es porque Jesús me ha enseñado a perdonar, pero es que Jesús lo tiene más fácil para perdonar porque después, cuando esa persona acaba en el infierno, él puede señalarla y decirle saboreando cada letra «Sí, estás en el infierno porque yo te puse ahí». Esa baza te da otra manera de afrontar la vida y las rencillas personales.

En cualquier caso, no me habla... Luke, no Jesús. Y no sé qué debería hacer.

—¿Ya estás planeando maldades, Hannah Martínez?

Su voz en un susurro junto a mi oreja me sobresalta, pero mi cuerpo tarda menos de un microsegundo en saber que es Jamie y todas mis sinapsis nerviosas entran en modo *oh, yeah.*

Sin embargo, como mola hacerse la interesante, me giro conteniendo una sonrisa en los labios, fingiendo que es mi día a día que chicos guapísimos me susurren cosas.

Está agachado a mi espalda, con una sudadera tirada sobre su hombro y un cigarrillo sin encender entre los labios que le da un aspecto sexy y peligroso.

—¿Querías algo? —pregunto.

—Escápate conmigo —me propone con esa chispa traviesa inundando sus ojos castaños.

Capítulo 53



Me dedica una sonrisa de las irresistibles. Se levanta y me tiende la mano. Yo estoy a punto de pensármelo, pero ¿quién lo necesita? Agarro su mano, me ayuda a incorporarme y nos vamos casi corriendo hacia el camino que lleva al lago. Intentamos ser discretos echando la vista hacia atrás para ver si alguien nos mira, pero justo después, o puede que durante, rompemos a reír, lo que claramente no ayuda a pasar desapercibidos.

¿A quién demonios le importa?

—Oficialmente hemos huido con éxito —anuncio a un par de metros de la orilla.

Es de noche. Huele a flores silvestres. Y puede oírse el agua del lago mecerse suavemente. Hemos abierto Spotify en mi móvil y no hemos parado de escuchar música.

—Ha sido complicado, pero sabía que lo conseguiríamos.

Sonríe superorgulloso y no me queda más remedio que hacer lo mismo. Lo dicho, es un payaso.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —pregunto y me cuesta un mundo disimular otra sonrisa.

Estamos muy cerca y me gusta tanto que me corta la respiración.

Jamie da un paso hacia mí y pierde la mirada a un lado fingiendo buscar una respuesta.

—Se me ocurren dos o tres cosas —contesta centrando de nuevo su atención en mí.

—Ah, ¿sí? —Avanzo un paso yo.

—Sí y son muy interesantes. —Él da uno más.

Asiento sin poder apartar mi mirada de la suya. Es alucinante verme reflejada en sus ojos castaños.

Jamie asiente también. Cada vez que respiramos, mi pecho casi choca contra el suyo. Por Dios, tengo muchísimas ganas de que me bese otra vez.

—Puede que yo también tenga una idea.

—Ah, ¿sí? —me imita. Su voz suena ronca y jodidamente sexy mientras se inclina para besarme.

—Sí —susurro.

Mi mirada viaja de sus ojos a sus labios, pero cuando ya casi puedo sentirlo me aparto y, divertida, salgo corriendo hacia el lago. Jamie me sigue y yo rompo a reír. Lo sé. Es la mayor tontería de la historia, pero no puedo dejar de sonreír.

Llego al borde de la pasarela y me quito veloz la ropa hasta quedarme solo con la interior. Dejo el móvil sobre la madera y el sonido de una guitarra llena el aire de notas musicales.

—Nunca me atraparás. Eres demasiado lento, McQueen —lo pico justo antes de saltar al lago.

Jamie entra un segundo después, bucea hasta mí y, tomándome por sorpresa y haciéndome gritar y que me muera de risa, me levanta y vuelve a lanzarme al agua.

—¿Qué era lo que decías? —pregunta burlón echándose el pelo mojado hacia atrás con una mano.

—No me arrepiento de una sola palabra —sentencio enseñándole todos los dientes con mi sonrisa.

Jamie cabecea y camina de nuevo hacia mí moviendo el agua a su alrededor. Trato de huir, pero no soy capaz, claramente no ayuda que rompa a reír otra vez.

—¡No! ¡No! ¡No! —grito cuando me atrapa y me alza del suelo agarrándome de la cintura.

—Sin piedad, Martínez.

Nos deja caer en el agua y los dos nos zambullimos. Cuando salimos, estamos muy cerca. Sin dejar de sonreír, me aparto el pelo de la cara, él también lo hace. Nuestras miradas se encuentran y, tan rápido como nos aislamos del mundo, nuestras sonrisas se van transformando en unas más suaves pero llenas de ganas y de complicidad.

Creo que el corazón nunca me había latido así de rápido.

Sus manos aprietan mi cintura y un hormigueo caliente y eléctrico avanza por todos los rincones de mi cuerpo.

—Me gusta cuando estamos así de cerca —murmuro porque no puedo pensar en otra cosa.

—¿Y qué más te gusta? —pregunta torturador.

Tu sonrisa, la forma en la que me miras, que huelas a verano. Creo que jamás podré estar en este lago sin recordar cómo huele.

—No voy a contestarte si no me dices algo que te guste a ti —No puedo darle toda esa información—. Es un intercambio de conocimiento —me explico.

Jamie contiene una sonrisa y asiente sin levantar sus ojos del color del otoño de los míos, cortándome un poquito la respiración de paso. Esos ojos son los culpables de todos mis problemas.

—Dime algo que te guste a ti —le pido obligándome a volver a la conversación.

—Esa es fácil, Hannah —contesta sin dudar.

Yo frunzo el ceño. Esa respuesta no me la esperaba.

—¿Por qué? —pregunto.

—Porque lo que más me gusta eres tú.

Maldita sea + risita tonta + suspiro entregado + estar flipándolo un montón.

—Eso... eso.... es... —Juro que quiero decir algo inteligente, pero ahora mismo no soy capaz.

—Te explicas como un libro abierto —comenta burlón.

Esa frase me saca de mi ensoñación. Abro la boca indignada y le doy un manotazo en el hombro. Jamie rompe a reír encantado por mi reacción.

—Eres un idiota —me quejo, pero su risa se contagia en mis labios.

En cuanto oye esas palabras, una sonrisa alucinante se cuela en sus labios.

—Conseguido —susurra mirándome a los ojos justo antes de besarme.

Ay, Hannah Martínez, qué poquito te falta para morirte de amor.

Capítulo 54



Yo no necesito un segundo entero para reaccionar y colocar mis brazos alrededor de su cuello. Nos mueve hasta llevarnos a una parte más profunda, con mis piernas rodeando su cintura y sus manos manteniéndome a flote y clavadas en mi culo.

Más besos. Más de eso que me alimenta y me revoluciona y me hace IMPOSIBLE pensar con claridad. Y, maldita sea, cómo mola.

Noto su estómago duro y plano pegado al mío. Sus hombros fuertes flexionándose bajo mis manos. Las suyas, grandes, moviéndose por todas las partes de mi cuerpo.

Me muerde el labio inferior haciéndome gemir y busca de nuevo mi boca como si nunca fuera a tener suficiente.

Deseo. Ganas. Calor.

Más besos. Salvajes e intensos.

Una puta pasada.

Jamie se separa y busca mi mirada. Sus ojos castaños están oscurecidos y a la vez brillan más, como si ahora mismo fuese posible estar arriba y abajo y también del revés, como si pudiésemos volar sin tener alas, caminar sin tocar el suelo. Ahora mismo absolutamente todo es posible.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres? —me pregunta con la respiración trabajosa y los latidos a mil por hora, pero pendiente a cualquier detalle, por pequeñito que sea, que le indique que no estoy cómoda con esto.

Sonrío y las mariposas se ganan la medalla de oro en volteretas acrobáticas de chicas sintiéndose mejor que en toda su vida.

—Sí —respondo sin dudar.

Jamie también sonríe y estrella una vez más su boca contra la mía.

Soy feliz de más maneras de las que ni siquiera puedo explicar.

Jamie me deja caer despacio hasta que mi espalda toca la madera de la pasarela y él se tumba sobre mí. Desde el móvil abandonado en algún punto del embarcadero suena *Ever since New York,* de Harry Styles.

—Me moría por tenerte exactamente así —susurra contra mis labios.

Sus manos acarician mi piel y mi cuerpo se arquea persiguiendo el suyo. Su boca es

lo mejor de todo. Baja por mi cuello, calentando cada centímetro que conquista, besándome, mordiéndome, haciéndome contar estrellas con la punta de los dedos.

—¿Qué quieres hacer? —me pregunta con la voz ronca, justo después de dejar un beso en mi hombro, haciendo vibrar mi piel.

Yo quiero responder, de verdad que sí, pero todo el placer que estoy sintiendo me pone muy complicado pensar lo suficiente para hilar dos palabras seguidas.

—¿Qué quieres hacer tú? —replico al fin.

Muy inteligente. La pelota está en tu tejado, McQueen.

Jamie sonríe. Sexy a rabiar. Macarra. Engreído. Travieso. ÉL.

—Yo tengo muy claro lo que quiero hacerte —sentencia torturador.

Joder.

—¿Y qué es?

Estoy completamente hechizada.

—Quiero oírte gemir otra vez. Un millón de veces más, Hannah.

Jamie es el villano. Y los villanos siempre saben cómo hacer que una chica grite su nombre. Sin piedad.

Todo mi cuerpo entra en combustión solo por el sonido de su voz. Mi respiración ya es un caos. Todo da vueltas a mi alrededor. Pero yo solo puedo mirarlo a él.

Su mano continúa bajando, pasa al otro lado de mis bragas y *baja-un-poco-más.*

Gimo. Sonríe.

—Te lo vas a pasar demasiado bien.

Empieza a mover los dedos justo como necesito que lo haga. El hormigueo se vuelve más intenso avanzando por todo mi cuerpo, como las legiones romanas se apoderaban de los continentes.

Su boca contra la mía. Su cuerpo contra el mío. Sus dedos. Joder. Sus dedos son demasiado buenos para encontrar una palabra que... que... ¡Joder!

—Jamie —gimo arqueándome.

Pero él me coloca otra vez sobre la madera, reteniéndome allí agarrando mis manos por encima de mi cabeza con una de las suyas, sin dejar de mover la otra, haciendo que no pueda escapar del placer, que incendie mi cuerpo.

Me besa el cuello. Los pechos. Continúa moviéndose. Más gemidos. Ni idea de cómo controlar ya mi respiración, mi corazón. Las hormigas se transforman en soldados imperiales.

—Quiero que pierdas el control —susurra en mi oído.

Otra vez su voz es como un maldito interruptor para que todo sea AÚN MEJOR.

—¡Dios! —grito.

Las estrellas explotan a mi alrededor cuando llega el orgasmo. Todo se llena de luz. Arriba y abajo. Dentro y fuera. El silencio y tu canción preferida a todo volumen. Todo

es posible ¡y todo es así de alucinante!

Jamie acaricia mi nariz con la suya mientras yo vuelvo despacio, perezosa, de Orgasmolandia.

—¿Estás bien? —pregunta con la voz más dulce de mundo.

Asiento y una sonrisa se dibuja en mis labios. Me encanta que pueda ser dulce y salvaje, el chico que siempre siempre siempre va a preocuparse de que esté bien, cómoda y a gusto en cualquier circunstancia, y el que me sostiene las manos donde quiere que las tenga y me da órdenes supersexys.

—Sí.

—Genial —responde con el mismo gesto tatuado en los suyos—, porque esto no ha hecho más que empezar.

Mi cuerpo se despierta en ese mismo segundo. Me muerdo el labio inferior sin poder contenerme.

—Genial —contesto.

—Genial —repite contra mis labios.

La temperatura de este lago acaba de aumentar hasta el infinito.

Volvemos a besarnos. Mis manos se pierden en su espalda y llegan hasta sus bóxers.

—Quiero desnudarte —dice contra mi boca, con la respiración trabajosa, pero atento a cualquier detalle de mi expresión.

Yo asiento.

Desabrocha mi sujetador y baja los tirantes por mis hombros despacio, arañando suavemente la piel en el proceso, devorando cada centímetro de mi piel con la mirada. Me siento deseada, como si fuera la única cosa que importa para él en este momento en todo el mundo. No sabes cuánto me alegro, Jamie McQueen, porque yo me siento exactamente igual.

Mi mirada recorre su cuerpo y estoy a punto de volver a gemir solo por lo buenísimo que está, músculo a músculo, abdominal a abdominal y la locura absoluta de la línea que nace en sus caderas y baja tras sus bóxers.

Pierde sus dedos entre mis bragas y mis caderas y las baja con la misma tortuosa lentitud. Derritiéndome.

—Jamie... —me quejo para que vaya más deprisa. Es una pasada lo bien que sienta.

Él sonríe encantado con estar haciéndome perder la cabeza, pero, cuando por fin me tiene como quiere, algo parece ganarle la partida y por un segundo se queda callado. Traga saliva con los ojos perdidos en mi cuerpo, pero no se hechizan hasta que llegan a los míos.

Jamie se inclina veloz, salvaje, casi desesperado, y me besa de la misma manera,

exactamente como yo lo recibo. Todo lo que sentimos sube un escalón más. Las ganas, el placer, la maldita necesidad de que nuestros cuerpos estén más cerca, de la droga de que nuestros corazones latan aún más rápido cuando lo consigamos.

—Eres preciosa. Eres increíble. Hannah, joder, lo eres todo —susurra con su frente apoyada en la mía.

Y te juro que vuelo.

—Desnúdate, por favor —le pido.

Necesito que no haya nada entre nosotros.

Jamie lo hace. Y ni una sola de las veces que he fantaseado con él le hacen justicia ni un poquito. En serio, Dios, te pasaste. Si yo hubiera hecho algo así, lo tendría enmarcado en el salón con un cartelito que dijera «Este día me salí en el curro».

Recupera sus pantalones y saca un condón del bolsillo.

—Si no quieres hacerlo —empieza a decir con la respiración hecha un caos, muy serio. No quiere que tenga la más mínima duda— o no estás cómoda en cualquier momento o simplemente quieres parar, solo tienes que decírmelo.

Yo niego de inmediato con la cabeza no sé... ¿diez veces?, ¿ciento cincuenta?

—No me movería de aquí por nada del mundo —le aseguro.

Jamie sonríe. De las macarras. Y hace que el corazón me vaya aún más deprisa. ¿Número de latidos por minuto? Claramente, una cifra desaconsejada por nueve de cada diez cardiólogos. El décimo está alucinando como yo.

Los besos vuelven a írsenos de las manos muy rápido. Jamie rompe el envoltorio del preservativo con la boca. Yo gimo ante semejante visión. Y él vuelve a sonreír, el muy engreído. Se lo pone en menos de un segundo y a mí me parece genial porque ya lo echo de menos.

Más besos. Más caricias. Más sentir que el mundo no importa absolutamente nada.

Jamie guía su polla hasta mi sexo. La corriente eléctrica se hace brutal. Fuego y una canción de Ariana Grande. Eso es lo que siento en el centro del pecho.

Y entra.

—¡Dios! ¡Dios! ¡Dios! —grito porque solo puedo sentir placer.

Me llena entera. Toda. Por completo. Y más. Mucho más.

—Es una locura —dice contra mi boca.

Lo bien que sienta. Lo bueno que es. Todo lo que nos hace sentir.

—Jamie —gimo.

Empieza a moverse. Salgo al encuentro de sus entradas. Nos coordinamos como si lo hubiésemos hecho un millón de veces. La complicidad brilla. Nos aprendemos el cuerpo del otro tan fácil como nos aprendimos nuestras sonrisas. Y desmontamos las mates. Uno más uno igual a todo lo que mola en el mundo. Jamie encima de mí más su boca contra la mía igual a todo lo que quiero sentir hasta el día que me muera.

—Quiero que grites mi nombre —susurra en mi oído.

Gimo más fuerte porque su voz otra vez es la guinda perfecta al pastel más increíble que haya probado jamás.

Sus embestidas son alucinantes. Cada vez más rápido. Llenándome cada vez más. La visión es salvaje y deliciosa e increíblemente sexy. Sus antebrazos sobre la madera, aguantando el peso de su cuerpo y la fuerza de sus embestidas, uno a un lado de mi cabeza, el otro por encima de ella, acunándome, acercándome a él. Sus besos. Su piel. Cada vez que pronuncia mi nombre. MI NOMBRE. No un apodo ni un mote ni nada. Solo Hannah. Solo yo. Porque Jamie me ve a mí. De verdad.

Se queda muy cerca de mis labios pero no me besa y la necesidad casi me hace daño. Muevo la cabeza hacia la suya, pero él se aparta en el último segundo lo justo para que no pueda alcanzarlo y lo justo para que esa distancia tan pequeña sea una tortura.

—Quiero que no puedas pensar en otra cosa que no sea esto —pronuncia.

Me veo reflejada en sus ojos castaños. Puede que tal vez me haya vuelto adicta a verme justo ahí.

—Eso ya lo has conseguido —confieso.

Jamie sonríe. Una sonrisa pequeña pero tan auténtica, tan bonita, que todas las estrellas de este lago acaban de morirse de envidia. Acaba de convertirse en mi sonrisa preferida.

Me besa, saboreando mis labios. Enseñándome los dientes hasta hacerme gemir. Jugando con mi lengua. Haciendo que todo el placer se multiplique.

—Entonces —dice separándose un maldito centímetro de mí—, vamos a conseguir que te corras solo con recordar cómo te sientes ahora.

Mensaje del cerebro de Hannah: todas las sinapsis nerviosas acaban de caer fulminadas. Ya solo podemos suspirar.

Más besos. Diez. Cien. Un millón. Y más de él, de los dos juntos. De cómo se mueve encima de mí. Más. Mejor. *A-LU-CI-NAN-TE.*

—¡Jamie! —grito cuando el placer lo llena todo.

Él sonríe. Se mueve aún más rápido, aún más jodidamente increíble.

—¡Dios!

Y la música, los poemas, todas las pelis, cada fotograma de cada serie de Netflix, todo se escribió pensando en este momento.

Orgasmolandia. Volumen 2. Mola todavía más que el anterior.

Él continúa moviéndose y con mi nombre en sus labios llega exactamente donde he llegado yo.

Bienvenido al paraíso, Jamie McQueen.

Capítulo 55



Estamos terminando de vestirnos. *Daydream,* de Lily Meola, suena desde el móvil. Cada vez que nuestras miradas se encuentran, sonreímos y no paramos de hacer el tonto, de empujar el hombro del otro con el nuestro, de darnos tironcitos de pelo, hasta de fingir que el otro tiene una brizna de algo en el pecho y debemos quitársela. Sí, esa he sido yo. Pero al final todas han sido excusas para tocarnos un poco más.

Me pongo la camiseta y, frotándome los brazos, me siento en el borde de la pasarela junto a Jamie. Me estoy muriendo de frío, pero no quiero marcharme. Quiero seguir un ratito más con él. Además, las vistas del lago y la arboleda que lo rodea son una pasada.

—Toma —dice tendiéndome su beisbolera del Paradise High.

Yo sonrío encantada y me la pongo sin pensármelo dos veces, como cada vez que me la ha prestado, y han sido muuuuchísimas en las últimas semanas. Este lago parece inmune a las leyes del verano supercaluroso del estado de Georgia.

Además, está supercalentita y huele a él. Una combinación perfecta.

—Me pregunto si la persona más friolera del mundo debería acordarse de traer una sudadera alguna vez —comenta burlón al aire, como si estuviese haciendo importantes reflexiones sobre la vida.

—Nunca recuerdo que tengo frío hasta que veo la tuya —contesto sin un gramo de arrepentimiento y, para que le quede claro, le sonrío enseñándole todos los dientes.

Jamie quiere contenerse, pero no es capaz y también sonríe al tiempo que cabecea.

—¿Y tú por qué siempre traes una si nunca tienes frío? —pregunto.

Es cierto. Nunca las usa.

Jamie mueve la mirada del lago hasta encontrar mis ojos verdes. Es tan fácil cuando estamos juntos.

—¿Por qué será? —responde.

Por mí. Esas dos palabras se meten en mi torrente sanguíneo y viajan por todo mi cuerpo hasta llegar a mi corazón. De pronto la beisbolera es un poco más calentita y huele mejor y me gusta más llevarla. [Insertar suspiro aquí.] Jamie se me está metiendo bajo la piel y me gusta muchísimo. ¿Qué va a pasar entonces cuando la tregua se

acabe? June tenía razón. Es imposible que vuelva a odiarlo, pero tampoco sé qué es lo que siente él ni lo que quiere y de todas formas, más tarde o más temprano, el verano acabará. Él se marchará a Kansas City con los Chiefs o a la ciudad del otro equipo misterioso y yo... yo ni siquiera sé dónde voy a estar. ¿Qué vamos a hacer?

—Puedo hacerte una pregunta —planteo. Necesito un tema de conversación para no seguir pensando en el futuro. Da demasiado miedo.

—Dispara —responde.

—¿Alguna vez has tenido ataques de ansiedad? —Jamie frunce el ceño confuso esperando a que me explique un poco mejor—. En la fiesta de compromiso de Avery y Teagan, todo lo que hiciste para calmarme es lo mismo que siempre me dice el psicólogo del campus, y pensé que, si lo sabías, era porque alguna vez habías ido a verlo.

Jamie asiente.

—Es cierto que fui al psicólogo, pero no fue por mí. Fue por ti.

¿Qué?

Ahora es mi turno para mirarlo esperando a que siga hablando.

—Yo estaba en la biblioteca cuando te dio un ataque de ansiedad —dice con la mirada fija en el agua, preocupado de verdad—. Corrí a ayudarte, aunque estabas tan nerviosa que estoy seguro de que ni siquiera me reconociste, y Callie enseguida te llevó a la enfermería. Fue horrible verte así y no poder ayudarte —añade y a la preocupación hay que sumarle la rabia. Está enfadado consigo mismo por no haber sabido qué hacer en aquel momento—, así que fui al psicólogo del campus y me informé sobre qué cosas debía hacer. Él me lo explicó todo, lo de cómo respirar, las operaciones matemáticas, la canción favorita.

Yo sonrío. Nunca nadie había hecho algo tan bonito por mí.

—Pero tú sabías cuál era —le recuerdo.

Ahora es su turno de sonreír.

—Siempre la estás tarareando. Cuando estás perdiendo el tiempo con el móvil, cuando me ayudas en la cafetería —arrugo la frente divertida y la verdad que un pelín, pequeñito, avergonzada. Ni siquiera me había dado cuenta de que lo hacía—, en la biblioteca.

—¿En Stanford?

Jamie asiente y los dos nos quedamos pensativos.

—Nunca te acercaste a hablar conmigo —comento con las manos agarradas al borde de la pasarela a ambos lados de mis piernas, que caen sin llegar a tocar el agua, y la vista en los árboles en la orilla frente a nosotros.

—Tenía claro que no querías que lo hiciera —responde.

Al principio, descubrir que íbamos a ir a la misma universidad fue genial, incluso

hicimos algo así como un millón de planes, pero después apareció Luke, Jamie me dijo que lo nuestro solo había sido un proyecto de Historia y todo lo demás. Dios. Han pasado cuatro años y aún soy incapaz de entenderlo. ¿Por qué nos hizo aquello?

—Creí que de verdad éramos amigos, ¿sabes? —digo porque no quiero guardármelo para mí.

No sé si es porque sigo enfadada o porque ahora hay mucho más entre nosotros y me da demasiado miedo que esta vez vaya a acabar igual que la anterior. Puede que no haya un pasillo con taquillas, pero Jamie McQueen puede romperme el corazón en cualquier lugar.

—Pienso mucho en aquel día en el instituto —contesta con la mirada al frente como yo—. Me equivoqué y sé que lo que diga ahora no va a cambiar las cosas, pero te he echado muchísimo de menos, Hannah. Todos los días desde entonces.

Lo observo. La luz de la luna y la de los pocos faros del embarcadero dibujan su rostro. Toca ser sincera, ¿no?, más incluso de lo que lo he sido conmigo misma estos cuatro años, y saltar al vacío. Siempre me ha asustado, pero ahora lo hace un poco menos y creo que es porque él está aquí. Sigo enfadada por lo que pasó y sigue doliendo, pero la vida a veces te regala un momento para poder quitarte la mochila, seguir adelante sin tener que cargar con tanto peso y que las heridas se curen... Eso es lo que quiero y no es por él, por perdonarlo ni nada parecido. Es por mí.

—Yo también te he echado de menos —confieso.

En cuanto me oye, Jamie se gira buscando mi mirada. Levanto la cabeza para que nuestras miradas se encuentren. Me quedo enganchada a sus ojos y por fin entiendo por qué.

Son mi manera de saber que he llegado a casa.

—Lo siento —dice tan sincero que duele—. Si pudiera volver atrás en el tiempo, lo último que haría sería hacerte daño.

Y no lo pienso. Coloco mis manos en sus mejillas y lo atraigo para darle un beso.

—Lo sé —respondo cuando me separo de él despacio abriendo los ojos.

Un segundo más de castaño contra verde y Jamie no duda y me besa con fuerza, y el beso se transforma en todo lo que todavía no somos capaces de poner en palabras porque no entendemos, pero que está ahí brillando hasta deslumbrarnos.

Capítulo 56



—Estoy cansadísima —pronuncio, puede que un pelín melodramática, pero es que lo estoy y mucho. También arrastro un poquito los pies. Como vamos de la mano, no le queda otra que ralentizar un poco su paso de jugador de fútbol que entrena un montón de horas. Sonrío. Fastidiarlo mola, aunque yo esté al borde de la muerte. Además, la culpa es suya y de su magnífica idea de llevarse dos condones. No podíamos desaprovecharlos.

Jamie disimula una sonrisa haciéndose el duro, pero yo sé que mis quejas están surtiendo efecto y, cuando suspiro y me declaro a punto del desmayo por decimocuarta vez, tumbo sus defensas y sonríe abiertamente.

—Parece que estás muy cansada —comenta burlón.

—Me encanta cuando captas todas mis sutiles indirectas —replico.

Tiene que aguantarse la sonrisa otra vez.

—No sé si estoy más de acuerdo en lo de sutiles o en lo de indirectas.

—Podríamos haber robado un carrito de golf o algo así —protesto—. Tenemos que preparar mejor nuestra próxima fuga. ¿Los aviones privados son muy caros?

—No tanto como los carritos de golf.

Nos miramos y rompemos a reír.

—Está claro que lo de hacer el payaso es contagioso —lo pico—. Yo antes era una adulta responsable y formal.

—Puede ser, pero lo que no tengo tan claro es quién se lo ha contagiado a quién.

Pero bueno... Abro la boca indignadísima, pero Jamie gira la cabeza y me guiña un ojo con una de sus sonrisas irresistibles. Maldita sea, esa combinación es muy poderosa.

—Monta —me ofrece soltándome la mano y adelantándose un par de pasos.

Yo frunzo el ceño confusa, pero solo un segundo. En cuanto comprendo que se está ofreciendo a llevarme a caballito, sonrío, cojo carrerilla y me monto de un salto. Jamie me acomoda sosteniéndome de las piernas.

—¿Mejor que un avión privado? —me pregunta divertido.

—Mucho mejor —respondo a punto de echarme a reír.

Empieza a caminar y yo me agarro a sus hombros. Sí, definitivamente esto es mucho más cómodo (y divertido).

Llegamos al césped que rodea la casa muertos de risa. Avery y su prometido sonríen desde el porche. Como gesto complementario, mi amiga nos observa y cabecea. Sí, sé que es difícil de creer que Jamie y yo estemos así ahora teniendo en cuenta todo lo que les dije a ella y a June la mañana siguiente de su fiesta de compromiso, y cualquier mañana de los últimos cuatro años siendo sincera, pero han pasado muchas cosas y otro montón han cambiado.

—Te lo dije —le recuerda Teagan risueño y orgulloso a Avery dando una palmada—. Te dije que esto era posible —continúa señalándonos.

Jamie avanza hasta dejarnos a unos metros de las escaleras. Yo me bajo de un saltito y nos miramos en plan «Di lo que quieras, doctor Seaver. No nos importa».

—Solo necesitaban un pequeño empujoncito —sentencia.

Frunzo el ceño, como Avery. ¿A qué se refiere?

—¿A qué te refieres? —le pregunto.

—¿Qué has hecho? —inquiere su futura mujer mucho más desconfiada.

—Nada —se disculpa veloz alzando las dos manos.

—Tío —le advierte Jamie clavando sus ojos en él. Está tenso y suena serio.

Vale. ¿Qué está pasando aquí?

—Yo solo hablé con aquí nuestro amigo, el señor Jamie McQueen, y le dije que tenía que comportarse con Pequeña Hannah. Ser amable y esas cosas. Le dije que para ti —continúa en referencia a Avery— era muy importante que ella estuviese cómoda porque es tu mejor amiga.

Estoy a punto de fliparlo, pero decido/me obligo/me suplico darlo todo para encontrar otra teoría a lo que han sido estas últimas semanas que no sea la que estoy imaginando ahora mismo.

—¿Cuándo hablaste con él? —indago.

—Hannah... —me llama Jamie, pero yo no levanto la vista de Teagan porque, si me contesta que fue hace unos días, no pasa nada, Jamie solo le siguió el rollo, pero, si fue antes de que me pidiese que lo ayudase con Jennifer, antes de que hablara con el DJ, de que cuidase de mí en la fiesta de compromiso...

—Lo llamé por teléfono nada más salir del hotel cuando me llevé a Avery a cenar la noche que se inundó el salón y todos os quedasteis trabajando.

Lo cambia todo.

—Tengo que irme —afirmo en un murmullo caminando deprisa hasta los escalones de la casa.

—Hannah —sale disparado tras de mí en cuanto oye mis palabras.

Pero yo ya no pienso detenerme nunca más.

Todo fue mentira. Por eso cuidó de mí cuando tuve el ataque de ansiedad, por eso me trajo el *brownie,* por eso nuestro trato terminaba al marcharnos de la casa del lago, ¡y por eso todo! Solo se estaba comportando por Teagan y Avery. ¡Haciéndole un maldito favor a un amigo! ¿De qué me sorprendo? Él mismo lo dijo cuando estábamos limpiando el patio. «Es por Avery y por Teagan. Así que, te guste o no, vamos a tener que trabajar juntos.» Recuerdo esas palabras y siento ganas de vomitar. ¡Y de darme una maldita paliza! ¡¿Cómo he podido ser tan tonta?! ¡¿Cómo he podido caer otra vez en la trampa?! ¡He vuelto a confiar en él!

—Hannah —me llama de nuevo a mi espada.

—¡No! —chillo girándome.

¡¿Cómo ha podido volver a hacerme algo así?! Los ojos se me llenan de lágrimas. Joder. Lo creí.

—Las cosas no son como piensas —dice acelerado.

—¿Y cómo son? Me mentiste.

Me llevo las palmas de las manos a los ojos a la vez que resoplo. Solo un segundo.

—No —contesta veloz, pero yo no quiero escucharlo.

—Has fingido todo esto...

—No... —me interrumpe.

—Yo no te importo —lo interrumpo yo—. No te importaba antes y no te importo ahora.

—¡No es verdad! —grita desesperado.

Solo está buscando que lo crea para poder seguir con su estúpido juego.

—¡Tú solo me odias!

—¡Yo no te odio! ¡Nunca te he odiado!

—¡Me estás mintiendo!

—¡Yo te quiero!

¿Qué?

Yo...

Mi corazón revive por un único segundo. Se hincha lleno de ilusión y late rápido y brilla, como si esas tres palabras pudieran con todo y con todo lo demás, como el «Ábrete, Sésamo» de Alí Babá, como pedirle un deseo a un genio, como el «Tú me completas» de Jerry Maguire.

Pero todo eso son historias de ficción. No son verdad, como lo que acaba de decir él.

Avery y Teagan nos observan alucinados. Las lágrimas ya me mojan las mejillas y Jamie las mira como si le doliera cada una de ellas... pero no lo creo. No voy a creerlo nunca más.

—Es cierto que Teagan me pidió que me comportase, pero acepté porque para mí

no cambiaba nada. Hannah, te lo dije en la cafetería: yo nunca te he odiado.

Ojalá fuese tan fácil, pero es que no lo es. Nosotros solo nos hemos odiado. Él ya lo hacía en el instituto. Las cosas son como son. Y los villanos son capaces de hacerte creer que pueden ser tan diferentes, soñar con que podéis tener una oportunidad. Por eso son tan peligrosos.

—No. —Mi corazón se parte en pedacitos más y más pequeños, da igual lo cortita que sea esa palabra—. Lo único que has hecho es comportarte como hace cuatro años y, si no me hubiese enterado ahora, habría sido dentro de unos días cuando nos hubiésemos marchado y yo hubiese intentado hablar contigo o hacer planes o contarte una tontería y tú hubieses pasado de mí.

El mundo se apaga porque todo se queda en silencio. Nos mantenemos la mirada. Mis ojos llenos de lágrimas, de rabia, de decepción. Los suyos, de arrepentimiento, de querer tener una máquina del tiempo y poder cambiar las cosas. ¿Está siendo sincero? Mi corazón me dice que sí, pero es muy difícil escucharlo cuando está hecho pedazos.

Yo también querría ese DeLorean y poder decirle a la Hannah de diecisiete años que fuese más lista. Hazle caso a Taylor Swift, hermana, los chicos del equipo de fútbol solo traen problemas.

—Nunca vas a olvidar lo que pasó, ¿verdad? —pronuncia demasiado triste.

—¡Me arruinaste la vida! —estallo dolida—. Ahora podría estar con Luke. Podríamos ser felices.

Tan pronto como suelto esas palabras, me arrepiento y me enfadan porque suenan demasiado a mentira. ¡Son mentira! ¡Las odio!

Nuestros ojos se quedan conectados un segundo más antes de que él los aparte y los clave en los árboles a un lado. Lo justo para ver que, la misma decepción que siento yo, ahora también la siente él.

Cabecea y pasa por mi lado camino de la puerta.

—Luke está ahí dentro —dice sin detenerse, sin mirarme, sin que seamos nosotros —, ¿por qué no corres a decírselo? Le encantará saberlo.

La puerta se cierra a su espalda y el sonido rebota dentro de mí mil veces.

—Han-Han... —murmura Avery acercándose a mí.

Trago saliva obligándome a tragarme las lágrimas y ahora soy yo quien niega con la cabeza.

—Me voy a la habitación. Tengo que hacer la maleta y me gustaría dormir algo. Mañana me vuelvo a Paradise —anuncio todo lo rápido que soy capaz.

No me quedo a escuchar lo que vaya a decirme. No quiero que se ofrezca a hacerme compañía ni a hablar ni a ver *Heartstoppers* ni a nada.

Subo las escaleras como si me estuviese persiguiendo una horda de vampiros, de los que dan miedo, no de los sexys. En el pasillo mi mirada se queda clavada en la

puerta de Jamie. El mejor actor de Hollywood se queda corto para lo bien que ha interpretado su papel. Nos recuerdo en el lago hace solo una hora...

Salgo corriendo hacia mi habitación y me tiro en la cama. El universo elige justo ese momento para recordarme que aún llevo su beisbolera y yo podría hacer muchas cosas, pero decido quedarme con lo único que puede hacerme sentir un poco mejor. Me envuelvo en la prenda hasta taparme la nariz y dejo que su olor me haga sentir que este calor es suyo, que son sus brazos, que no ha sido mentira.

Solo quiero que no sea mentira.

Y duele más que de lo que ha dolido nunca nada. Más que Luke.

Él siempre va a doler más que Luke.

Capítulo 57



Me duele mucho la cabeza cuando me levanto. No recuerdo cuándo llegué a quedarme dormida ni cuándo Avery se metió en mi cama, pero ahora está aquí. Me duelen los ojos. Problemas de conciliar el sueño llorando. Genial. Genial. Y genial.

—¿Ya estás despierta? —me pregunta Avery al notar que me muevo.

—Sigue durmiendo —le digo levantándome—. Me voy a la ducha.

—Espera —me llama incorporándose. Tiene que hacer un esfuerzo sobrehumano para abrir los ojos. Está muerta de sueño—. Vamos a hablar —me pide dando golpecitos en el colchón para que vuelva a sentarme a su lado.

Niego con la cabeza.

—Tengo que ducharme —insisto. Quiero largarme cuanto antes.

—Han-Han...

—Sigue durmiendo. Estás muy cansada.

Me escabullo al baño antes de que pueda añadir nada más. Al mirarme en el espejo casi siento pena de mí misma. Tengo un aspecto horrible, pero decido pagarlo con la beisbolera de Jamie. Me la quito con rabia y la dejo sobre el lavabo.

Me meto en la ducha y dejo que el agua me moje entera esperando a que mis problemas se vayan con ella por el sumidero. O, al menos, no sé, encontrar mágicamente una solución que lo arregle todo. Jamie tiene un gemelo malvado que le usurpó la identidad. Molaría.

Regreso a la habitación envuelta en una toalla y todavía de peor humor. Definitivamente la ducha resuelve problemas no ha funcionado.

Avery ya está perfectamente despierta y con las neuronas al cien por cien. Eso no es una buena noticia. Voy a tener que esforzarme más en escapar de su interrogatorio. Diría aquello de que necesito intimidad para vestirme, pero somos amigas desde hace demasiado tiempo. No iba a colar.

—¿Qué tal estás? —me pregunta.

Me quiero morir.

—Bien —respondo.

—¿Segura?

Para nada.

—Sí.

—Entonces, lo que pasó ayer con Jamie... —deja en el aire con cautela.

—Ayer con Jamie solo pasó que soy idiota por haber confiado en él otra vez, pero, créeme, me voy con la lección bien aprendida.

—Teagan dijo que ni siquiera tuvo que insistirle a Jamie ni un poquito.

Suelto algo parecido a una sonrisa, pero el gesto es irónico y fugaz y tenso y duele.

—Eso es porque Jamie es un amigo increíble y una muy buena persona con todos menos conmigo. Antes creía que un buen día todos despertaríais y lo veríais exactamente como es, ahora he entendido que simplemente es así conmigo porque me odia.

—No te odia.

—Sí, sí lo hace, pero no pasa nada. Está todo bien.

Pasa de todo y nada está bien porque nunca me había dolido tanto el corazón.

—Pues yo creo que...

Me preparo para aguantar el nuevo tirón, pero el teléfono de mi amiga suena salvándome. Ella lo recupera de la mesita indicándome que cuelga y lo silencia, pero al ver quién llama tuerce los labios.

—¿Te importa si lo cojo? —pregunta y la conozco lo suficiente para saber que ahora mismo se siente culpable—. Es la organizadora de bodas. Será solo un segundo.

Al final hizo caso a su futura suegra y entre las dos buscaron a una *wedding planner* con la que Avery se sintiera cómoda. Ganamos una profesional, pero perdimos a Noviazilla.

—No te preocupes.

Se lo agradezco muchísimo. Lo último que quiero es seguir con esta conversación.

Avery contesta a la vez que se baja de la cama y va hasta la puerta.

—Tardaré dos minutos, Han-Han —me dice justo antes de salir y cerrar tras ella.

Yo asiento y la verdad es que respiro aliviada por quedarme sola, pero, entonces, pasa y ni siquiera soy capaz de verlo venir: ya nunca volveré a ser solo Hannah. Ya nadie volverá a llamarme así. Han-Han, Hannitah, Hannah Banana. Pequeña Hannah. Ya no podré ser yo, solo yo, sin guardarme nada con nadie más. Los ojos vuelven a llenárseme de lágrimas. He perdido lo más bonito que tenía. A la única persona con la que soy capaz de sentirme así... ¡pero es que para él era mentira!

Meto con rabia lo que quiera que estoy guardando en la mochila, ni siquiera me fijo en qué es.

Avery llama a la puerta. Sí que debe pensar que estoy mal para ser tan educada. Recorro la pequeña distancia desde la cama.

Y abro.

Y no es Avery.

Capítulo 58



—¿Qué haces aquí? —pregunto agarrando con fuerza el pomo de la puerta porque mi cuerpo y mi corazón han decidido por libre y solo quieren lanzarse en sus brazos.

Estúpido cuerpo.

Estúpido corazón.

Estúpida Hannah Martínez por volver a caer.

Jamie traga saliva sin levantar sus ojos de mí. Si no fuera una locura, diría que todo esto también es demasiado difícil para él, pero es imposible que algo te importe cuando solo estabas fingiendo.

También es obvio que está enfadado y sé que es por lo que dije ayer de Luke.

—Tenemos que hablar.

No.

—Yo no tengo nada que hablar contigo —sentencio.

Más ganas de correr hasta él, de besarlo, de abrazarlo, de despertarme de esta pesadilla.

Cabeceo y me alejo de regreso a la cama y a mi maleta. Es lo más sensato y lo que nunca debí dejar de hacer: mantenerme alejada de Jamie McQueen.

Todo el tiempo creyendo que debía mantener la cabeza fría con Luke y con quien debí hacerlo fue con él.

—Hannah...

Mi nombre. Joder. Duele. Duele muchísimo.

Me detengo en seco aguantando el golpe y tragándome las lágrimas.

—No tenemos nada de que hablar —repito imprimiéndole toda la rabia que siento a esas palabras.

Una lágrima se me escapa. Jamie no duda y se come la distancia que nos separa dispuesto a consolarme como ha hecho cien veces. Mi corazón se agita contento, deseando exactamente eso, pero cuando aún está a tres pasos él también se detiene en seco, como si acabase de recordar que ya no puede hacerlo. Es como entrar en uno de esos túneles que atraviesan las montañas. Pensar que estás viendo la luz al final. Pero de pronto el túnel crece más y más y la oscuridad es mayor y mayor y te absorbe.

Me seco la lágrima enfadada y sigo con mi equipaje, fingiendo que ni siquiera está aquí porque no voy a dejar que vuelva a verme débil o triste o con miedo. No voy a darle esa satisfacción nunca más.

—Vamos a hablar de esto —me pide y también me ordena un poquito.

Otra vez queda claro que está enfadado, pero no me importa. Por lo que a mí respecta, solo ha vuelto a ser el Jamie que siempre ha sido hasta que vino a buscarme al taller. Engreído, displicente y hastiado de pasar más de dos segundos conmigo.

—Por favor, podrías no ser tan terca por una vez.

Estoy a punto de caer y saltar y empezar a discutir con él, pero en el último momento me doy cuenta de que eso es lo que quiere. Por eso lo ha dicho.

Da una bocanada de aire. Se pasa las manos por el pelo sin levantar su vista de mí.

—Hice todas esas cosas porque quise hacerlas —dice dando un paso de esos tres. Mi cuerpo lo siente como si los hubiese dado todos y las mariposas se despiertan.

Estúpidas mariposas también.

—No tuvo nada que ver con Teagan.

Me muerdo el interior de las mejillas para no llorar. No es verdad. Solo está jugando conmigo.

—Hannah —me llama desesperado y da otro paso y yo lo siento más cerca y las mariposas comienzan a volar—, te juro que todo fue de verdad.

—¡Deja de mentir! —le pido girándome hacia él. ¡Yo también estoy desesperada, maldita sea!

Necesito que se vaya, que no me lo ponga tan difícil. ¡Quiero odiarlo! ¡Me merezco poder hacerlo! Pero lo miro a los ojos, me veo reflejada en ellos... y todo se vuelve un millón de millones más complicado.

—No estoy mintiendo. Cuidé de ti en la fiesta porque quise, porque lo habría hecho todos los días desde que el profesor decidió que teníamos que hacer el trabajo de Historia juntos y hablamos por primera vez. Te compré chocolate porque sería capaz de cualquier cosa con tal de que sonrieras y te besé...

—Jamie, no... —lo interrumpo.

Por favor, no soy tan fuerte.

—Porque besarte es la mejor sensación de todo el condenado mundo, Hannah —sentencia sin una sola duda.

Dios. Nunca voy a poder olvidarlo.

—Y si después de esto decides que no quieres volver a verme, tendré que aceptarlo, pero no pienso cometer el mismo error que en el instituto. Esta vez voy a luchar por ti.

—¿De qué estás hablando?

—De que llevo cuatro años arrepintiéndome de no habértelo dicho y ahora tal vez no me creas, pero con diecisiete años yo ya estaba loco por ti.

¿Q... Qué?

El corazón empieza a latirme muy deprisa. El alivio empieza a viajar por mis venas curándome, haciéndome sentir bien, y recuerdo las charlas en el Meredith's mientras él limpiaba, lo especial que me hacía sentir solo con estar cerca, cuántas sonrisas dibujó en mis labios.

Fue de verdad.

Pero entonces, a la misma velocidad, llega el recuerdo de mis pies mojando el porche de la casa del lago mientras lo oía reírse por lo que Luke me había hecho y él ideó.

Una nueva lágrima cae por mi mejilla.

He aprendido la lección.

—Tienes razón, no te creo.

No puedes estar enamorado de una persona y hacerle todo ese daño.

Cojo mi maleta y mi mochila de la cama y salgo de la habitación. Jamie no me sigue.

Bajo las escaleras mientras el dolor se va haciendo cada vez más grande. Cruzo la pequeña parte del salón que necesito para llegar hasta la puerta principal.

Salgo.

Cierro.

Me apoyo en la pared y rompo a llorar. No puedo hacer otra cosa. Lo he perdido. He perdido a mi Jamie y sé que suena absurdo porque las personas nunca pueden poseerse y de todas formas él nunca ha sido mío, pero yo creía que sí y ahora... yo... nunca voy a dejar de echarlo de menos... Porque estoy enamorada de él.

Dios.

Acabo de entender que lo quiero.

¿Cómo he podido ser tan tonta? No es que hayas caído con todo el equipo, es que tú misma lo has llevado al guardarropa y has quemado el *ticket* con un mechero mientras bailabas un montón de canciones de Harry Styles.

El ruido de la puerta me reactiva. Me seco las lágrimas con las manos lo mejor y más rápido que puedo, tiro del asa de mi maleta y echo a andar hacia... ¿el coche? Yo qué sé. Ni siquiera tengo claro cómo voy a salir de aquí. Nota mental: antes de escapar, asegurarte de que tienes vehículo de huida. Tengo que llamar a Avery para que le pida las llaves a Teagan.

—Pequeña Hannah —me llama Luke cuando estoy en mitad de las escaleras del porche.

Finjo no oírlo. Lo cual es casi tan ridículo como pretender fugarme andando, pero paso de todo.

—Pequeña Hannah —insiste.

Reacciono igual. Luke acelera el paso, me agarra de la muñeca y me obliga a

girarme. Odio que haga eso, ¡no puede tratarme como si fuera su juguete!, y me suelto en cuanto estamos frente a frente.

—Ahora no quiero hablar —le dejo claro.

No quiero hacerlo con nadie, pero mucho menos con él. Sé que suena egoísta porque no tiene la culpa de lo que está pasando, pero es lo que siento.

—Pues yo sí tengo que hablar contigo.

Resoplo. Es lo último que necesito.

—Lo siento, Luke. No estoy de humor.

Reanudo el camino hacia el coche de Teagan a la vez que me saco el móvil del bolsillo y le escribo un whatsapp a Avery para que le pida las llaves prestadas a su prometido.

—Vuelve conmigo —suelta Luke de pronto.

Me quedo paralizada. Joder. En *shock*. *¿A-qué-demonios-viene-esto-ahora?*

—No puedes estar hablando en serio —acierto a decir girándome.

¿Se ha vuelto loco? Puede ser. Tal vez ha tragado demasiada agua del lago. ¡Hasta este momento ni siquiera me dirigía la palabra!

—Claro que sí —responde casi enfadado de que yo no pille a la primera que va completamente en serio.

—Llevas días sin hablarme —replico realzando lo obvio.

—Estaba enfadado.

—¿Por qué?

No voy a dejar que haga lo mismo que la última vez que hablamos. Si quiere que tengamos una conversación, tiene que comunicarse.

—No lo sé, ¿vale? —contesta a la defensiva—. Pero tenía un montón de cosas en la cabeza y no sabía cómo lidiar con ellas.

—¿Y eso es culpa mía? —protesto prácticamente gritando.

¡Es el colmo!

—¡No! —chilla también.

—Pues, entonces, ¿por qué te comportas como si lo fuera?

¿Y yo por qué estoy tan cabreada? ¡Siempre ha sido así! Me ha apartado cuando lo ha necesitado y ha intentado traerme de vuelta cuando ha querido, y yo en cierta manera se lo he estado permitiendo... igual que lo hacía cuando teníamos diecisiete años y se olvidaba de mí durante todo el día, dejándome con gente con la que sabía que no me sentía cómoda, y venía a buscarme cuando le daba la gana.

Acabo de tener una revelación.

Una de iluminaciones místicas para Hannah Martínez, por favor.

—Vete a la mierda, Luke —sentencio.

Se acabó dejar que me traten como si no valiese nada porque todos valemos

exactamente lo mismo y todos merecemos que nos traten con respeto.

Nada de lo que ha pasado ahora ni hace cuatro años ha sido culpa mía y ya va siendo hora de que YO lo entienda.

No lo dudo y reanudo mi camino.

—Traté de explicártelo —me recuerda.

—No —contesto sin volverme ni dejar de andar—. Tú solo me dijiste que era complicado y te largaste como haces siempre.

—Es que lo es.

—Pues buena suerte con eso.

Unos segundos de silencio. Mis pasos resuenan en la tierra entremezclándose con el sonido de las ruedas de mi maleta moviéndose con cierta dificultad.

—Es muy difícil saber que nunca vas a estar al nivel de la chica de la que llevas enamorado cuatro años.

Vaya. Eso sí que consigue dejarme clavada al suelo.

—¿Qué? —pregunto girándome.

He tenido que oír mal. No hay otra.

Luke se revuelve incómodo. Nunca le ha gustado hablar. Nunca lo ha necesitado.

—Tú eres increíble, Hannah —dice con la respiración acelerada— y yo ni siquiera valgo lo suficiente como para que mis padres quieran quedarse conmigo.

Suelto un suspiro lleno de empatía y compasión.

—Eso no es verdad, Luke —respondo y mi tono de voz cambia por completo—. Tus padres te quieren.

—Puede ser —replica muy triste—, pero también tienen mejores cosas que hacer.

Siempre he sabido que esto le dolía. Era imposible que no lo hiciera. Y acabo de confirmar que Luke solo se comporta de esa manera tan despreocupada porque piensa que, si no le importa nada, el creer que no es una prioridad para sus padres dejará de importarle también.

—Tú te mereces a alguien que haga bien las cosas —continúa—, que cuide de ti y no que se agobie pensando que él no lo hará bien, se largue y deje que otro se ocupe.

De pronto una bombilla se enciende en el fondo de mi cerebro. Cómo me miró cuando estábamos jugando a ese estúpido juego de Quién soy, cómo lo hizo cuando regresé a la casa después de que me dejaran encerrada en el embarcadero y, con toda probabilidad, cuando me emborraché en la fiesta de compromiso.

—Jamie es así —sentencia—. Él tiene el valor de ponerte como su prioridad.

Los pedacitos de mi corazón vibran al oír su nombre.

—No quiero hablar de Jamie —pronuncio.

—¿Crees que yo sí?

Supongo que no, pero tampoco quiero darle vueltas a cómo se siente o a si está

celoso porque acabaría dándole vueltas a cómo se siente Jamie y, si quiero pasar página, eso está en la primera parte de la lista interminable de cosas que no me puedo permitir. Volver al embarcadero y la música de los noventa ocupan el puesto de honor.

—Pero es muy difícil competir con él —concluye.

Yo le mantengo la mirada y me muerdo el labio inferior pensativa. No sé si ellos han hablado de esto o si han discutido, pero para mí son como dos galaxias diferentes. Con Luke todo han sido incógnitas y, sí, el corazón latiéndome muy rápido, pero también muchas dudas y no saber qué suelo estaba pisando, como caminar por un alambre sin saber si vas a caerte o si siquiera hay una red debajo de ti. Con Jamie ha sido completamente distinto. Claro que ha habido dudas porque nunca puedes saber qué siente el otro hasta que las cartas están puestas sobre la mesa, pero también he sentido que podía ser yo misma y es la mejor sensación del mundo.

—Si de verdad quieres a alguien —empiezo a decir— y crees que no te la mereces, tienes que luchar por mejorar y merecértela. No hay que ser perfecto ni por dentro ni por fuera para hacer feliz a otra persona. Solo hay que quererla, respetarla y demostrarle que te importa, que contigo puede ser ella misma. Y tú nunca hiciste eso por mí, Luke.

—No podía.

Niego suavemente con la cabeza.

—Eso solo son excusas. Las cicatrices, sean por las heridas que sean, solo demuestran que has sido lo suficientemente fuerte para salir adelante. Al contrario de lo que muchos piensan, un jarrón que se ha roto y han pegado es más fuerte y puede que incluso más bonito porque esas marcas cuentan una historia.

—¿Me hubieras querido si te hubiese hablado de mis padres o de todo esto?

Una suave sonrisa se cuela en mis labios.

—Últimas noticias, Luke Davis: yo ya sabía que había cosas que te dolían y te quería como una tonta.

Quise a Luke con todo el corazón y por eso siempre será mi primer amor, pero no he aprendido lo que es enamorarse de verdad hasta que volví a poner los pies en la casa del lago, hasta que esta mañana he entendido que quiero a Jamie.

Aprieto los dientes. Genial. ¿Quién tiene ganas de volver a llorar? Maldita sea, porque yo tengo un montón.

—Entonces, ¿por qué no volvemos a intentarlo?

—Porque tú no me conoces —contesto.

Nunca lo hizo.

La puerta suena y Joy Ann aparece en el porche. No abre la boca, pero algo me dice que tiene claro de qué va toda esta historia.

—Pequeña Hannah —llama mi atención Luke comiéndose un poco de la distancia

que nos separa—, sé que no siempre me he portado bien contigo, empezando por hace cuatro años. Fui un cabrón y lo siento.

—Luke, para —lo interrumpo a la vez que niego con la cabeza.

No quiero volver a hablar de eso por enésima vez.

—Déjame decírtelo —insiste—. Nunca jamás tendría que haberme comportado así. Fue una estupidez. Nunca debí contarles a todos que me habías dicho que me querías, ni mentirles con eso de que yo te lo dije solo para que te acostaras conmigo y, sobre todo, nunca debí permitir que Jennifer y los demás se rieran de ti.

—Fue una putada —sentencio porque obviamente lo fue— y no moló nada que lo hicieras, pero no te preocupes, ya sé que no fue idea tuya.

Luke frunce el ceño.

—Claro que fue idea mía —me rebate sin una sola duda.

¿Qué?

—¿De quién se supone que iba a ser sino?

—De Jamie.

—Jamie ni siquiera lo supo hasta mucho tiempo después, Pequeña Hannah.

Pero ¿qué coño...?

Capítulo 59



De pronto lo veo claro.

—¿Te ha enviado él?

—¿Quién? —pregunta Luke confuso.

—Jamie te ha pedido que vinieras —doy por hecho. Tiene que ser eso—. Y te ha dicho que montes este numerito. Mierda... —murmuro increíblemente nerviosa porque conforme más hablo más me doy cuenta de que es bastante improbable que mi propia teoría sea cierta, así que ¿qué está pasando?

La puerta se abre y precisamente Jamie sale al porche. Nuestras miradas se encuentran como han hecho un millón de veces antes. Él ni siquiera necesita un segundo para saber que estoy al límite de todo. Aprieta los dientes. Da un paso adelante. Va a sacarme de aquí. A protegerme. Pero yo niego con la cabeza. No soy la Hannah frágil. Soy la Hannah combativa. Quiero saber qué ocurrió y me da igual estar asustada o agobiada porque pienso quedarme aquí hasta averiguarlo.

Luke se da cuenta de a quién miro y él también lo hace, solo que su gesto apenas dura un momento antes de apartar su vista malhumorado.

—Créeme —pronuncia con rabia, pero también con algo parecido a la tristeza—, yo sería la última persona a la que Jamie le pediría un favor.

La puerta vuelve a sonar y Avery, con las llaves del coche, y Teagan también aparecen.

—Entonces, ¿de qué vais? —prácticamente grito—. Porque Jennifer me dijo que fue cosa de Jamie, que te convenció, y él lo admitió, ¡así que no entiendo nada!

—¡¿Y qué quieras que te diga?! —contesta Luke—. No tengo ni idea, pero yo sé muy bien cómo pasaron las cosas.

—Voy a volverme loca —me sincero pasándome las manos por el pelo.

Estoy a punto de romper a llorar de pura frustración. No entiendo nada. Y otra idea cruza mi mente como un condenado ciclón.

—¿Es otro maldito jueguecito? —escupo y los miro a los dos porque estoy hablando con los dos.

—No —contestan casi a la vez.

—¿Así es cómo pretendéis reíros de mí ahora?

—Hannah... —trata de calmarme Jamie.

—Porque, que os quede claro, no os lo pienso consentir —les advierto señalándolos por turnos.

Nunca debí volver aquí. Nunca debí dejar que las cosas terminaran así hace cuatro años. Tendría que haber entrado aquella noche cuando Jennifer me abrió la puerta y haberles gritado lo miserables que son.

—Tenemos que hablar —la voz de Joy Ann bajando las escaleras y cruzando el camino de tierra hasta mí no admite réplicas. Es la misma que usaba cuando ponía orden entre las animadoras.

Yo la miro. Necesito explicaciones y ella tiene pinta de poder dármelas, así que, sí, me apunto a esa charla.

Nos apartamos un poco para ganar algo de privacidad, aunque no tiene mucho sentido. Todos siguen escuchando.

—Hannah, no tienes ni idea —me suelta.

Vaya. La conversación empieza fuerte.

—No paran de mentirme —me quejo—. ¿Cómo quieres que la tenga?

—Escúchame bien porque yo no voy a mentirte. Puede que tuviera que haber hablado contigo antes, pero no voy a mentirte.

Frunzo el ceño (¿a qué se refiere?). La miro esperando a que continúe. Creo que casi se lo suplico.

—¿Quieres decirme lo que sea de una vez? —Pongo en palabras porque ya no puedo más.

—Jamie no hizo nada —sentencia sin una sola duda—. Fue Luke.

—Pero Jennifer...

—Jennifer lleva teniendo celos de ti desde que os mandaron ese estúpido proyecto de Historia. Quería asegurarse de que te mantendrías alejada de Jamie.

—Pero yo le pregunté... y él dijo que lo hizo.

No puedo evitar girarme para buscar la mirada de Jamie. Él me la mantiene y traga saliva conteniéndose para no venir hasta mí, como un animal al que han encerrado en una jaula. Deseé que hubiese respondido que no había tenido nada que ver, incluso me negué a creerlo, como si las interferencias sensoriales fuesen reales y yo estuviese sufriendo una, pero Jamie me lo dejó muy claro.

—¿Por qué no repasas esa conversación en tu mente? —me pide Joy Ann. Yo tardo un segundo de más, pero acabo centrándome de nuevo en ella—. Jamie solo aceptó llevarse la culpa porque creyó que era lo que tú necesitabas, poder pensar que el amor de tu vida no era un cabrón total —añade apuntando vagamente con la mano abierta a

Luke—. Yo le dije que era una estupidez, aparte de muy injusto para él mismo y, sobre todo, para ti.

Por Dios... todo esto es una locura.

—Todo fue cosa de Luke —continúa Joy Ann—. Jamie ni siquiera lo sabía. Se enteró cuando todos volvimos a Paradise por Navidad aquel año y cuando lo hizo le dio una paliza a Luke. No se hablan desde aquel día.

Abro la boca dispuesta a desmentir eso, pero entonces hago memoria y, por mucho que me esfuerzo, no doy con una sola ocasión desde que nos reencontramos en la que Jamie y Luke hayan intercambiado aunque sea una sola palabra. Ni siquiera soy capaz de recordarlos saludándose.

Vale, Hannah. Intenta pensar. Sé que es MUY complicado ahora mismo, pero lo necesitas para tener claro de una maldita vez qué ocurrió y cómo ocurrió. Piensa. Ata cabos. Joder. La cabeza va a estallarme de lo rápido que me está funcionando.

—Yo volví aquella noche a la casa del lago. —Es uno de los cabos más desatados de mi vida—. Quise hablar con Jamie, pero él estaba dentro riéndose con Luke de lo que había pasado.

—¿Qué? —murmura el propio Jamie.

Trato de que no me afecte esa única palabra y toda la preocupación que había implícita. Es aún más difícil que todo lo demás.

—¿De qué estás hablando? —me devuelve confusa Joy Ann a la conversación.

Esto es una maldita putada. Me siento expuesta, vulnerable.

—La noche después de que todos os rierais de mí —digo obligándome a que mi voz suene firme—, volví al lago. Necesitaba hablar con Jamie.

—¿Y quién te dijo que se estaba riendo de lo que había ocurrido?

Solo necesito pensarlo un segundo y... *Soy-i-dio-ta.*

—Jennifer —respondo sabiendo perfectamente lo que significa eso.

Bajo la cabeza sobrepasada.

—Joder —gruñe Jamie a mi espalda enfadado como nunca lo he visto—. Hannah, te juro por Dios que eso es mentira.

Creo que no puedo con más. Una lágrima cae por mi mejilla. De verdad que no puedo. Aquella noche lo único que quería era hablar con él, sentir que quedaba una persona en esa casa que estaba de mi lado y ni siquiera se trataba de eso. En realidad, necesitaba que él, incluso si había decidido dejar de hablarme o ya no éramos amigos, estuviera de mi lado.

Jamie sale disparado hacia mí, pero Joy Ann lo frena con una mano. Intercambian una mirada en la que estoy segura de que ella le dice que ahora le toca esperar porque yo necesito saberlo todo de boca de una persona imparcial.

Jamie se detiene en seco, gruñe un juramento inteligible entre dientes al tiempo que

se pasa las manos por el pelo y se las deja allí, sin levantar los ojos de mí, odiando esta situación, todo lo que pasó, odiando no poder abrazarme con fuerza tanto como lo odio yo.

—Jamie nunca habría hecho algo así. No se lo habría hecho a nadie. Jamás —sentencia la exjefa de animadoras dando un paso hacia mí—. Pero es que no hay ninguna posibilidad en todo el planeta, por muy diminuta que sea, de que te lo hubiese hecho a ti.

Dios...

Yo...

Ni siquiera sé... sé qué...

Me giro hacia él como todos los girasoles lo hacen hacia el sol. Todas las veces que he dicho que estaba confusa no están próximas ni a acercarse a parecerse a esta. Si me quería cuando estábamos en el instituto, ¿por qué se alejó de mí de esa manera?, ¿por qué me dijo que no podíamos ser amigos?, ¿por qué ha dejado que lo creyese los cuatro años siguientes?

¿Por qué eligió mentirme en vez de confiar en mí?

Porque solo he sido un juego. De él. De Luke. De Jennifer. Incluso de Joy Ann y ese es el motivo de que no me haya contado antes lo que estaba pasando. Las amigas se protegen.

—No tenías ningún derecho a ocultarme cómo fueron las cosas —le digo a Jamie—. Ni a decidir por los dos que necesitaba que me mintiesen.

—¿Y qué querías que hiciera? —replica bajando los brazos, entregándose con todo lo que tiene y tocando mi corazón de más maneras de las que ni siquiera puedo comprender. Dios... ya no sé qué creer—. Estabas destrozada. No parabas de repetir que Luke era el amor de tu vida y que te sentías como una idiota porque siguiese siéndolo a pesar de lo que te hizo. Quería que te sintieras mejor.

—¡Tendrías que haber sido sincero conmigo! —grito acercándome más a él—. ¡Ahora y hace cuatro años!

Llevo echándolo de menos cuatro malditos años, negándome a sentirme así porque pensaba que quería en mi vida a alguien al que no le importaba absolutamente nada. Y desde que volvimos a Paradise, quisiese o no, lo odiase o no, no he podido dejar de pensar en él un solo segundo. Me he pasado estas últimas semanas soñando con besarlo y repitiéndome que no aprendo, que no entiendo las cosas, ¡que todo sería demasiado complicado porque pensaba que él era el responsable de todo lo que pasó!

—¡Lo siento!

—¡Eso no me vale!

¡Me hizo pensar que quererlo era el peor error de mi vida!

—¿Crees que no lo sé? —replica y en sus ojos castaños puedo ver cuánto le duele.

Los dos vamos a acabar destrozados—. Pero sé sincera tú. ¿Por qué fuiste a buscarme a la casa del lago aquella noche?

—Tú fuiste a buscarme a mí a mi casa —lanzo la pelota a su tejado.

—Y no creo que a estas alturas haya alguien que no sepa por qué —responde vehemente diciéndome que está siendo sincero, que va a serlo hasta el final—. Necesitaba verte. Hablar contigo para contarte que aquel día en los pasillos me comporté como un capullo y que mentí al decirte que no éramos amigos. Tú no tenías culpa de nada y no te merecías que te hiciese daño alejándote de mí sin ni siquiera darte una explicación. Además —hace una pequeña pausa, tocándome por completo el corazón—, te echaba de menos como un idiota.

Me muerdo el interior de las mejillas tratando de no llorar. Yo me sentía exactamente así. Todos los días.

—Así que ¿por qué fuiste tú a la casa del lago aquella noche, Hannah? —repite su pregunta con la voz ronca, dando un paso adelante, envolviéndome con ella.

Mi respiración es un caos e igual de rápido me late el corazón.

—Ya sabes por qué.

—No, joder. No lo sé —replica con la respiración trabajosa, tan entregado a la causa como yo, con todos los sentimientos al mil por mil como yo.

—Porque dolía que Luke me hubiese hecho eso pero no podía soportar que tú también.

Luke me gustaba. Lo quería. Fue mi primer amor. Pero no confiaba en él. Nunca fui yo misma. Nunca me atreví a hablar de todo con él. Ese siempre fue Jamie.

Él traga saliva como si algo le dijese exactamente eso, que lo que teníamos, aunque solo tuviésemos diecisiete años, era especial.

—Hannah...

Mueve la mano para coger la mía, pero yo doy un paso atrás.

—Y lo estropeaste todo —sentencio con la tristeza llenando mi voz—. Tuviste cuatro años en Stanford para contarme la verdad y aquí nunca tendrías que haber decidido por mí. No sé si todo ha pasado porque en el fondo no te importo nada y he sido solo un juego en ti...

—No —niega sin dudar.

—Pero si algo he aprendido es que no pienso dejar que nadie vuelva a hacerme sentir como si no valiese nada —les dejo claro. Nunca más.

Observo un instante su mano, recuerdo que dentro es capaz de conservar el calor más bonito del mundo y necesito un segundo para no llorar.

Las cosas son como son.

—Se acabó, Jamie.

Ya no sé si puedo confiar en él por mucho que mi corazón me grite a pleno pulmón

que sí.

—Hannah...

—Ya no quiero que luches por mí —lo interrumpo y siento el momento exacto en el que alguien apaga la música dentro de mí y se lleva todas las estrellas con él.

—¿Eso es lo que quieres?

—Sí.

Una sola palabra, dos letras y mi corazón cae hecho pedazos.

Nos miramos a los ojos una última vez y todo duele mucho más.

Cojo mi maleta y camino los pasos que me separan del coche de Teagan.

Si mi miedo tiene razón, Jamie es el villano de mi historia y, si la tiene mi corazón, decidió por mí y me mintió. No puedo ganar de ninguna de las maneras.

—¿Me llevas? —le pido a mi amiga.

Avery sale disparada y me coge de la mano para que vayamos hasta el Audi.

—Pequeña Hannah —me llama Joy Ann.

—No —digo negando también con la cabeza. Avery mete mi maleta en los asientos traseros—. Las amigas de verdad se protegen y son sinceras las unas con las otras. Si de verdad lo fuéramos, me habrías contado todo lo que estaba pasando mucho antes.

—Lo siento.

Me encojo de hombros. Los populares tienen que aprender a dejar de joderle la vida a los demás.

—Adiós —me despido.

Otra putada porque también pensaba que realmente éramos amigas. Cuando quieras, puedes dejar de ser la idiota que confía en todo el mundo, Hannah.

Cuando cierro la puerta, levanto la cabeza y a través de la luna delantera mis ojos se encuentran con unos castaños que, da igual lo que haya pasado, serán mis preferidos SIEMPRE. Jamie no dice nada y yo tampoco, pero creo que con la mirada nos lo decimos todo.

El coche empieza a moverse. ¿Estoy tentada de bajarme aunque esté en marcha y marcarme un final de *El guardaespaldas* modalidad casa del lago? Sí. ¿Lo hago? Lo siento, corazón, pero no puedo. Creo que nos va a tocar aprender a latir así de rápido por otro motivo. No te preocupes. Voy a comprarnos cantidad de libros.

Me concedo un segundo más de poder mirarlo solo a él y que el mundo deje de importar y aparto la mirada.

Adiós, Jamie McQueen.

Capítulo 60



Los siguientes días son un asco. Solo quiero llorar, pero como sé que no me lo puedo permitir sin levantar sospechas en el clan de los Martínez Martín, lo disfrazo de gripe. Finjo que me encuentro mal y solo aparezco de vez en cuando para comer cereales, aunque mi madre insiste en que tengo que comer fruta, sobre todo plátanos porque los plátanos curan todos los males. Si los romanos hubiesen comido plátanos, el Imperio romano todavía seguiría en pie. Eso que no lo dude nadie.

Echo de menos a Jamie, pero no algo normal, no como echo de menos temporadas nuevas de *Modern family,* lo echo de menos a morir. En plan eres lo último en lo que pienso antes de quedarme dormida, eres lo primero en lo que pienso cuando abro los ojos... y puede que me quiera... y puede que jugase conmigo y lo que sí está claro es que lo complicó todo hasta el infinito y más allá.

Avery no para de repetirme que Jamie me quiere de verdad, que nadie actúa tan bien y no tiene al menos un Globo de Oro. También me ha dicho muchas muchas veces que parecíamos muy felices cuando estábamos juntos y eso tampoco se puede fingir. Mi corazón la apoya completamente. Yo sigo tratando de hacer eso de mantener la cabeza fría.

Mood actual: ganas de mimetizarme con mi propio pijama y después con mi cama y quedarme así para siempre.

Avery, June y también Callie han estado conmigo personal o virtualmente 24/7, manteniéndome al día de todo lo que pasaba en el exterior. Si alguna vez tengo que resguardarme en un búnker postapocalíptico y ellas están fuera luchando contra la radiación, será a quienes llamaré para que me cuenten cómo va todo.

Jamie tampoco se quedó en la casa del lago. Le dejó las cosas claras a Jennifer, desde que él se arrepentía de que hubiese formado parte de su vida hasta que ella se arrepentiría si volvía a hacerme daño de la manera que fuese. Después se largó, da igual que Teagan intentara convencerlo de lo contrario.

También hubo un cisma en la era postanimadoras. Joy Ann le soltó de todo, incluido que ya no eran amigas.

Avery quiso contarme cómo estaba Jamie después de que Teagan viniese a verlo a

Paradise, pero le afirmé que no quería saberlo. Lo penúltimo que necesito es tener claro que él lo está pasando tan mal como yo y que está mezquinamente guapo, gruñendo en la cafetería mientras carga con cajas superpesadas. Lo último, Dios sabrá por qué va así el orden si yo fui la que dijo «se acabó» (putas palabras), es que él ya ha pasado página y ni siquiera se acuerda de mí.

Mi móvil suena en la mesita. Lo miro y le lanzo un mensaje telepático de «déjame en paz». Estoy viendo una serie coreana. Es la tercera que me trago en maratón en tres días. Pero el muy maldito no me hace caso y sigue tentándome.

Espera... ¿Y si es Jamie? A lo mejor me ha mandado un whatsapp porque quiere contarme algo importante, ¡algo que lo solucione todo! Aunque no tengo ni la más remota idea de qué podría ser. También podría ser un camello para ofrecerme la droga esa de la serie de la mujer tatuada que aparecía en una bolsa y no recordaba absolutamente nada de su pasado. Estoy segura de que no puedes comprarla por tu cuenta. Son ellos los que te buscan porque saben exactamente las personas que la necesitan...

Hannah, tía, deliras.

Me incorporo deprisa y cojo el teléfono con el corazón latiéndome a mil por hora. Sin embargo, tan pronto como subo, bajo o, mejor dicho, caigo en picado. Es un email. De la Escuela de Negocios de Harvard.

Lo abro y lo leo con voz temblorosa. Me recuerdan que en dos días se acaba el plazo para formalizar la prematrícula. Básicamente tengo dos días para saber QUÉ demonios voy a hacer con mi vida. Qué quiero ser. Dónde quiero estar.

Y no tengo ni idea.

El agobio y el miedo lo inundan todo tan rápido que colapsan dentro de mí. Me falta el aire.

No...

Puedo....

Respirar...

—Enana, necesito que me prestes tu cargador.

Mi hermana entra en mi habitación sin llamar concentrada en su teléfono, pero entonces levanta la cabeza y me ve.

—¡Enana! —grita corriendo hacia mí.

—No les digas nada a mamá y a papá...

Es lo único que logro pronunciar.



Que mi hermana Clara me guarde el secreto de que sufro ataques de ansiedad me cuesta varias cosas. La primera, contarle cuándo empezaron y cuántos he tenido. Se pone en plan sicaria de la mafia para que le explique por qué, pero yo le digo que no puedo y me mantengo firme, lo que es superdifícil. Consigo que acepte no preguntar más a cambio de prometerle que seguiré yendo al psicólogo. El precio de su silencio también incluye que me vaya esta tarde de compras con ella y con mamá esta tarde.

Salir es lo que menos me apetece en el mundo, pero no me queda otra. Si Clara le cuenta a algún Martínez Martín por lo que estoy pasando, tendré a ese Martínez Martín (y a todos lo demás) preocupándose por mí MUY insistentemente hasta el día que me muera.



—Vamos a ir ahí, donde Susan, que me dijo que esta semana iban a llegarle bobinas de hilo nuevas —comenta mi madre tirando de mi mano para que crucemos la calle principal de Paradise y entremos en la mercería de la señora Evans.

—¿A cuántas tiendas hemos ido ya? —me quejo.

—No a tantas —responde ella pasando un poco de mí. Ya hemos puesto los pies en el local y la pared repleta de bobinas se ha quedado con toda su atención.

—¿Qué tal estás? —me pregunta Clara en un susurro.

—Estoy bien —contesto y pongo mi mejor sonrisa para que no le queden dudas. Un segundo después me doy cuenta de cómo me está mirado, preocupada de verdad, y no puedo evitar sonreír de verdad. Estoy rodeada de personas maravillosas y mi hermana es una de ellas—. Estoy bien, de verdad.

—Vale —responde devolviéndome la sonrisa.

—Son todos divinos —le dice mi madre a la señora Evans.

—Pues ven, que te enseño los que aún no he colocado —le ofrece ella.

—Claro que sí —responde mi madre encantada, yendo hacia ella y entrelazando su brazo con el de la dueña—. Después le digo a una de mis niñas que te suba unas torrijas.

Las dos nos miramos.

—Pido no —decimos a la vez, pero yo me toco la nariz más rápido que Clara.

Ella maldice y yo sonrío, casi río.

Creo que necesitaba esto, aunque no supiese que lo necesitaba.

Siete tiendas después y muchas súplicas por mi parte y la de mi hermana para comernos un helado en la heladería de Lorelai, María del Mar Martínez Martín acepta.

—Sí, pero no vamos ahí. Vamos donde Meredith.

Es decir, a la cafetería de los McQueen, donde hay muchísimas posibilidades de que esté Jamie.

—Mamá, creo que me voy a casa —anuncio.

Pero ella, otra vez, ni siquiera me escucha y me hace un gesto con la mano para que la siga. Estamos a solo unos pasos del local y yo vivo en una *madrecracia* impasible con su pueblo.

—En serio, no me siento muy bien.

—Pero es porque no has merendado. Un cafelito con leche y un plátano y como nueva.

—No quiero plátano —contesto a la desesperada, y «plátano» es la traducción de «no puedo verlo, por favor».

Pero ni el universo ni lady Martínez Martín están de mi parte y abre la puerta del Meredith's. Tendría que habérselo contado todo: «Mamá, lo quiero tanto que me duele el corazón, pero no podemos estar juntos porque me mintió y ahora no sé si me quiere de verdad o solo jugó conmigo y de todas formas ya no puedo confiar en él».

—Pues tienen mucho potasio —me recuerda—. Hola, guapa —saluda mi madre a la señora Thelophalakis, que está sentada en una de las mesas junto a la puerta.

Yo miro a todos lados comprobando si Jamie está aquí mientras pienso en la manera de huir o en cuántas explicaciones tendría que dar después si lo hiciera. Una a mi madre, a mi padre, a mi hermana, a cada una de mis tías y de mis tíos. Maldita sea, eso ya son algo así como unas quinientas.

Hannah escapista, piensa, rápido.

—Déjala que se pida un trozo de la tarta esa horrorosa que le encanta —trata de ayudar mi hermana a la vez que nos sentamos en una de las mesas.

La misma que Jamie se encargó de que su padre no quitara de la carta por mí. Quiero llorar. En serio. Mucho. Es el idiota más mono del mundo. Es mi idiota.

—Bueno, pues un trozo de tarta

—Hola, chicas —nos saluda la dueña del local deteniéndose a nuestro lado.

—Hola, guapa —le devuelve el saludo mi madre.

—Hola, señora McQueen —hacemos lo propio mi hermana y yo y mi madre nos mira encantada de que seamos tan educaditas, da igual que ya tengamos más de veinte años.

—¿Qué tal estás? —empieza mi madre—. ¿Qué tal le fue a Joe en el médico la semana pasada?

Mi madre jamás ha entendido que los americanos no son como los españoles y que no hablan de cosas como lo que les ha contado el médico con un vecino, pero, en vez de acostumbrarse, María del Mar Martínez Martín ha conseguido que todo Paradise se acostumbre a ella.

—Todo ha ido bien. Muchas gracias por preguntar.

Observo la barra, la puerta del pequeño almacén, y el estómago me da un vuelco porque hace cuatro días, tres horas y unos quince minutos, sí, llevo la cuenta, estaba allí con Jamie descubriendo lo alucinante que puede ser besar la sonrisa del chico que te vuelve loco el corazón.

—Que sepas que le recé a san Judas Tadeo por él. Ese cuida de todo el pueblo —comenta mi madre con una sonrisa.

Meredith le devuelve el gesto. La puerta se abre. Y Jamie aparece hablando con unos repartidores mientras revisa un albarán de entrega. Maldita sea, está guapísimo. Más que eso. Todo mi cuerpo se subleva exigiéndome que no sea tonta, que me olvide de todo y corra hasta él.

Mi corazón me suplica lo mismo.

Capítulo 61



Jamie alza la cabeza como si algo le dijese que debe hacerlo y nuestras miradas se encuentran. ¿Cómo vamos a poder escapar de esto? Es imposible. Llevo días sintiéndome fatal y solo con tenerlo cerca todo parece más fácil. Cuando puse los pies de vuelta en Paradise me pregunté si había un botón para apagar la conexión que tenemos. Entonces descubrí que no lo hay. Hoy puedo decir que, aunque hubiera mil, sería imposible.

—Más le vale —responde divertida la señora McQueen, pero en ese momento me mira a mí y a lo que miro yo con cara de idiota y tengo la sensación de que suma dos y dos porque, cuando me obligo a apartar la mirada de Jamie y me encuentro con la de su madre, veo que Meredith me observa con ternura y algo parecido a la compasión.

Genial.

Centro mis ojos en la carta, luchando por no llorar y tragarme la bola que tengo en la garganta. Mi madre pide cafés con leche y tarta para las tres y yo me concentro muchísimo en eso de desear que la tierra me trague. Molaría que ahora mismo se hiciese realidad.

Puedo sentir sus ojos castaños todavía sobre mí. Eso me complica irremediablemente la vida porque la verdad es que me muero por verme reflejada de nuevo en ellos.

—¡Chico! —lo llama uno de los clientes habituales, el señor Ocean, sacándolo de su ensoñación—. Tu padre ya me lo ha contado —añade con una sonrisa de oreja a oreja —. Felicidades. Tienen suerte de tenerte.

Espera. Eso significa que ya ha elegido equipo.

La señora McQueen resopla muy bajito, tratando de disimular. Sí, ha elegido equipo.

—Tienes que dejar bien alto el pabellón de este pueblo —sentencia el hombre.

Jamie le da una suave sonrisa por toda respuesta y una pequeñita, pero muy poderosa porque estoy pensando en él, se cuela en mis labios. Nunca ha llevado demasiado bien ser el centro de atención y estoy segura de que ahora mismo lo último que quiere es hablar de eso, pero siempre va a elegir ser amable con quien tiene enfrente, respetarlo.

—Estarás muy orgulloso, Joe —mete el sheriff Riordan en la conversación al señor McQueen cuando sale de la cocina.

El hombre sonríe. Es obvio que lo está y mucho.

—Sería mejor si hubiese elegido a los Chiefs —contesta.

No ha elegido a los Kansas City Chiefs. Eran el equipo grande. La opción segura. Eso significa que se ha quedado con el pequeño «que quería hacer las cosas diferente». Mi sonrisa se hace más grande y doy un suspiro disfrazándolo de bocanada de aire sin poder controlar ninguna de las dos cosas, obligándome a no levantar la vista de la carta. Jamie McQueen, eres increíble.

—Esté donde esté, va a ser el mejor —interviene nuestra alcaldesa (y responsable directa de que yo vaya a ser Pequeña Hannah hasta el fin de mis días)—. Le espera un futuro increíble.

Como siempre, esa palabra me hacen pensar, pero esta vez en el de Jamie. Estoy de acuerdo con todos ellos. Es maravilloso y un jugador excepcional. Llegará muy lejos y conseguirá grandes cosas en la NFL.

—Seguro que acaba sacándose una novia supermodelo.

Seguro que se lo rifan, señor Ocean. De pronto estoy de malhumor. Aunque no sé qué es lo que espero que pase, ¿que se quede soltero toda la vida? Qué egoísta, tía.

—Seguro que sale en las portadas de las revistas.

—Gracias a todos —responde Jamie tratando de terminar con este tema de conversación—, pero tengo que volver al trabajo.

—No te conviertas en un hombre importante con una novia alucinante y te olvides de nosotros —le pide socarrona la alcaldesa.

—Tened muchos niños —interviene el señor Scafallino, el padre de Joey.

Cada vez me siento más incómoda. Imágenes de Jamie con una chica guapísima y también superinteligente empiezan a torturarme. Será modelo y tendrá tres doctorados por la NASA y será divertida y tendrán unos niños guapísimos y él se olvidará de mí porque ¿por qué iba a acordarse de una fracasada sin futuro que ni siquiera fue capaz de superar una estúpida cosa?

—Qué orgullosos estamos de ti por tener tan claro lo que quieres para tu futuro y luchar por ello —le dice el sheriff.

—Eres un ejemplo para todos los jóvenes en Paradise —añade la alcaldesa.

Lo es. De verdad.

—Yo siempre digo lo mismo —comenta el señor Scafallino—: tienes que saber lo que quieres ser y dónde quieres llegar. Eso es lo único importante en esta vida.

—Desde luego que sí —contesta la señora Thelophalakis.

Desde luego que sí.

—Tener claro el futuro —añade la señora alcaldesa.

—No hay nada más importante —sentencia el señor McQueen.

—Y mucho más si vas a ser una estrella y vas a casarte con otra —dice el señor Ocean y todos rompen a reír.

NO PUEDO MÁS.

—¡Basta! —grita Jamie callándolos a todos.

De inmediato todas las miradas vuelan hacia él atónitas y el silencio se hace en la cafetería. Acaba de enfrentarse al mundo por mí. Los ojos se me llenan de lágrimas.

Necesito salir de aquí.

—Estoy muy cansada —pongo la primera excusa que se me ocurre levantándome —. Os espero en casa.

—¿Te acompaño? —se ofrece mi hermana.

—No —respondo sin dudar.

Salgo disparada conteniéndome para no correr, andando lo más deprisa que puedo.

En el fondo, que yo me marchase de la casa del lago y de la vida de Jamie es lo mejor que podría hacer por él. Va a ser una estrella. Todos lo tienen claro y todos tienen razón. Ha luchado muchísimo por ello y francamente dudo mucho que haya una persona que merezca conseguir lo que quiere más que él. Yo solo sería un lastre. No sé lo que quiero. No sé dónde voy a estar. Solo sería un quebradero de cabeza para él. Algo de lo que tener que ocuparse. Por mucho que duela y por muy claro que tenga que voy a estar pensando en él toda la vida, Jamie se merece esa novia supermodelo superdotada.

Me muerdo el interior de las mejillas para no llorar.

Maldita sea. Ya lo estoy echando de menos otra vez.

—Hannah —me llaman a mi espalda.

El corazón me da un salto en el centro del pecho.

Me giro y lo veo caminar hacia mí con el mandil corto y blanco todavía anudado a la cintura.

—¿Estás bien? —me pregunta—. Lo que ha pasado ahí dentro, no les hagas caso. Tú...

—Felicidades —lo interrumpo porque no puedo permitirme hablar de esto con él—. Es genial que al final eligieras el equipo que pretende hacer las cosas mejor.

Jamie me mantiene la mirada diciéndome sin palabras que sabe lo que estoy tratando de hacer y no va a funcionarme.

—Supongo que dentro de poco te veremos en la tele. —Pero yo no me rindo. No puedo dejar que me consuele y arregle mi corazón porque después solo sabe latir por él.

—Hannah...

—E imagino que tendrás que irte pronto. Los entrenamientos empiezan a finales de

agosto, ¿no? Es una suerte que la boda de Avery y Teagan sea a finales de julio. Va a ser preciosa, ¿verdad?

Nuestras miradas vuelven a encontrarse y creo que él es capaz de ver cómo me siento ahora mismo. Jamie alza la mano dispuesto a coger la mía, a tirar de mí para que nos abracemos, a sacarme de aquí. Yo me contengo para no hacer el proceso más rápido y directamente colgarme de su cuello. Pero en el último segundo cierra la mano con rabia obligándose a alejarla y yo me controlo para quedarme donde estoy. Supongo que los dos hemos perdido porque ha ganado el sentido común.

—Sí, va a ser una boda preciosa —responde.

Me fuerzo a sonreír y asiento y otra vez me muerdo las mejillas para no llorar.

Toca despedirse. *Arrivederci. Ciao. Au revoir.* Las odio todas.

—Nunca llegaste a preguntarme cuál era el equipo pequeño —dice.

Yo asiento. Tiene razón y si no lo hice antes fue porque pensé que tendría mucho tiempo para hacerlo. Todo el del mundo, si me hubiesen dejado elegir.

—¿Cuál es?

Una suave sonrisa se cuela en los labios de Jamie.

—Los Giants.

Mi equipo.

Yo también sonrío, aunque también es pequeñita.

—Nueva York —pronuncio—. Va a encantarte.

Y de pronto este momento que ya era nuestro se vuelve un poco más así y hay un montón de cosas que me gustaría decirle, pero no soy capaz porque ni siquiera yo las entiendo. Una parte de mí sigue enfadada y dolida por lo que hizo, la otra me llama idiota unas ciento diecisiete veces al día e incluso ha hecho pancartas para recordármelo. Y me gustaría confiar en él, ¡pero no puedo!

—Además, hay un montón de supermodelos allí —añado... a ver, básicamente porque soy idiota, las pancartas siempre se hacen por algo, pero también porque necesito romper el momento o lo de colgarme de su cuello va a dejar de ser una ansiada hipótesis para convertirse en realidad.

Por otra parte, pretendo que sea un comentario gracioso, pero no tengo claro haberlo conseguido.

I'm patética. Superpatética.

—Deberías dejar de bromear. Creo que no terminas de pillarle el punto, ¿sabes? —contesta con una sonrisa triste.

Incluso ahora me doy cuenta de que de alguna manera nuestra conexión siempre sale a relucir. Comentario estúpido que pretende ser gracioso porque en el fondo lo que estás es muerta de miedo. Persona que pase lo que pase va a entender ese «en el fondo» y va a encontrar la manera de decirte que no estás sola porque lo tienes a él.

Él es mi persona. Siempre va a serlo. Siempre voy a querer que lo sea.

—Tengo que irme —susurro señalando vagamente a mi espalda y dando el primer paso hacia atrás.

Tengo que poner un poquito de distancia o no voy a tener ninguna posibilidad de superarlo, pasar página, seguir adelante con mi vida... esas cosas de estantería de libros de autoayuda de librería que suenan tan importantes y que parecen tan estúpidas/imposibles (depende de cómo de cerca estés de mandarlo todo a la mierda) cuando uno está con la cabeza en el pozo.

—Hannah, hazme un favor, ¿quieres? —me pide y yo levanto la cabeza y él me mira con esos ojos alucinantes que tienen todos los otoños dentro y no sé decirle que no.

—Claro

—Eres increíble. No dejes que lo que ellos piensen te importe.

No tiene dudas. Ni una pequeñita. Es la gasolina que mi corazón necesita para volver a latir rápido, para calentarme porque estoy muerta de frío.

Sonrío aunque también tengo los ojos llenos de lágrimas (se han escrito muchas canciones sobre esta combinación) y asiento tragando saliva para que el resto del llanto baje, para tragarme también las ganas de abrazarlo, de besarlo, de pedirle que estemos juntos para siempre. Y tragarme los «te quiero». De eso sí que deberían sacar un libro de autoayuda. ¿Cómo callarte que lo quieres cuando lo haces con todo lo que tienes?

Duele. Y, sin quererlo, te conviertes en un personaje de Netflix. Eres Steve contándole a Nancy que en esa autocaravana llena de niños siempre la has visto a ella en *Stranger Things.* Eres la línea más triste de una novela. Eres esa canción que siempre te hace llorar. Solo que ahora no necesitas escucharla porque eres... tú. Y ya no habrá ni él ni nosotros. Solo tú.

Me giro y camino deprisa. Y suspiro. Y me aguanto las ganas de llorar. Y no sé si funciona. Y sigo caminando

Y.

Solo.

Tú.

Capítulo 62



¿Dónde quiero estar? No lo sé. ¿Qué quiero hacer? No lo sé. ¿Que quién quiero ser? *No-lo-sé.*

He rechazado mi plaza en la Escuela de Negocios de Harvard. Anoche les envié un email. Así que, teniendo en cuenta que son casi las cuatro, ya deben de haberlo leído, haberse reído de mí por desperdiciar una oportunidad así y haberme sacado de su sistema. ¿Por qué lo he hecho? Porque si ese fuese el camino que quiero tomar, lo sabría y si no lo sé es porque no es... o quizá me esté equivocando y acabe de tirar mi futuro por la borda... Sí. ¿Ataques de ansiedad en las últimas dieciséis horas? Cuatro.

Resumiendo: ya no hay Harvard y tampoco Stanford. ¿Y qué hay? Un miedo que hace que me asuste hasta salir de la cama.

—Mamá —la llamo entrando en la cocina. Ella está empezando a preparar la cena y mi padre acaba de llegar del taller. Hoy cierra mi primo Lolo—, ¿podemos hablar?

—Sí, claro —contesta con una sonrisa después de que mi padre la haya hecho reír justo cuando entraba yo.

—Cuéntanos —toma el relevo mi padre.

Yo doy una bocanada de aire. Si me daba miedo salir de la cama, decírselo a mis padres es otro nivel, pero tengo que hacerlo. Mi madre está a muy poco de buscar una casa en Boston, grandecita para que quepan todos mis primos, y mudarnos todos allí.

—Se trata de la escuela de negocios —empiezo a decir... y me callo. Vamos, Hannah. ¡Hazlo!—. No voy a ir a Harvard.

Cinco segundos completos de silencio. Eso en casa de los Martínez Martín es plusmarca mundial.

—¿Has cambiado de universidad? —inquiere prudente mi padre—. ¿Te quedas en Stanford?

Niego con la cabeza.

—No. No habrá más universidad. Al menos de momento —rectifico porque no tengo ni puñetera idea de lo que voy a hacer.

Los dos me miran superconfusos.

—¡Ay, Dios de mi vida! —grita de pronto mi madre—. Te han hecho un reclutamiento

de esos. ¡Te han llamado de Google! —sentencia superfeliz.

—No... —trato de explicarme.

—Tu prima Amalia tenía razón y te han llamado de la NASA —me interrumpe aún más contenta—. Si es que tengo la niña más inteligente del mundo.

—No, mamá.

—¿De la CIA?

Abro la boca dispuesta a contestar a eso, pero ¿qué se contesta cuando tu madre cree que te han llamado para trabajar en la agencia de inteligencia?

—De la CIA, no, ¿eh? —da su opinión—. Que esa gente son espías e investigan a Gobiernos y cosas así y eso es muy peligroso.

«Pero no te preocupes, mamá, toman mucho plátano», me contengo para no decirlo justo a tiempo.

—No voy a trabajar en la CIA ni —añado veloz antes de que se me adelante y siga imaginando por su cuenta— nada de eso. No voy a ir a la escuela de negocios ni tengo trabajo. —Vale. Ahora me miran aún más perdidos—. Todavía no sé qué es lo que voy a hacer.

Y justo ahora como si estuviera loca.

—¿Cómo que no sabes lo que vas a hacer? —plantea incrédulo mi padre—. Se supone que lo tenías claro.

—Lo sé...

—Nena, te has dejado las pestañas estudiando.

—Lo sé...

—Lo sé, no —replica mi madre un poco al límite—. Entonces, ¿qué? ¿Qué vas a hacer?

—Es lo que estoy intentado deciros —contesto y cada vez estoy más nerviosa, más triste, tengo más miedo porque está pasando exactamente lo último que quería que pasara: los estoy decepcionando—. No sé qué es lo que quiero hacer.

—Pero es que tienes que saberlo —estalla mi madre.

Lo sé. Algo no me funciona por dentro. Es que no hay otra explicación.

—Solo quiero tomar la mejor decisión. Yo... sé que esto no... no es lo que queríais, pero tengo que hacer lo que quiera hacer y puede que aún no sepa qué es, pero no puedo elegir el camino seguro solo porque esté asustada. Tengo que luchar por mis sueños y, si fueran estudiar Económicas y acabar trabajando en un banco, lo sabría.

—¿Y tu futuro, entonces?

Una pregunta y no veo decepción, veo tristeza.

—No lo sé —respondo tragándome las lágrimas.

Mis padres intercambian una mirada con la que sustituyen una conversación entera y yo me siento HORRIBLEMENTE mal, peor que eso, aunque ni siquiera haya una

palabra para describirlo.

—Yo... —añado bajito—... tengo que volver a mi habitación.

Giro sobre mis talones y prácticamente corro de vuelta a mi dormitorio. ¿Estoy huyendo? Sí. ¿Estoy escondiéndome? También. «Y, Hannah Martínez, ¿quiere contarles a nuestros televidentes qué es lo peor? Claro que sí, Jimmy. Me encanta estar en tu programa. Lo peor es que no tengo ni idea de cómo arreglar esto.»

Devolvemos la conexión.

Capítulo 63



No salgo de mi habitación en el resto del día. No me quedo llorando. Pienso un montón y también busco información. Quiero darles a mis padres algo respecto a mi futuro que pueda tranquilizarlos. Un plan. Me daré unos meses para tomar una decisión, pero no estaré de brazos cruzados. Trabajaré y ahorraré dinero por si necesito volver a la universidad o mudarme de ciudad. Colaboraré con los gastos de la casa y me encargaré de ordenar y gestionar las facturas de mi padre en el taller.

Les demostraré que no tienen de qué preocuparse, porque puede que esté perdida, pero no voy a rendirme.

Bajo las escaleras decidida, pero cuando me faltan un par de peldaños la conversación de mis padres desde la cocina me llega a la perfección. La casa vuelve a estar en silencio y vuelve a ser demasiado raro.

—¿Qué va a hacer, Antonio?

Cierro los ojos mortificada con los pies clavados con cemento al escalón. Mi madre está llorando.

—Es una niña muy lista. Encontrará lo que quiere hacer —trata de consolarla mi padre.

—Ha dejado la universidad. Lleva cuatro años esforzándose tantísimo...

—No ha perdido esos cuatro años. Se ha graduado en Stanford.

—¿Sabes cuántos se gradúan en la universidad y no llegan a nada? Necesita tener una profesión.

—La tendrá.

Un sollozo cruza el aire vacío y llega hasta mí haciendo que todo se vuelva negro a mi alrededor.

—¿Tú no estás preocupado? —le pregunta mi madre entre lágrimas.

—Muchísimo —contesta resignado.

Muchísimo. Esa palabra también me hunde un poco más.

—Yo solo quiero que tenga un buen futuro. Eso es lo único que le pido a Dios, por favor, que mi niña no se me pierda.

De pronto mi plan se me queda muy pequeño y muy inútil y solo tengo ganas de

llamar a Harvard, decir que ese email ha sido un virus y recuperar mi plaza solo para que mis padres se sientan mejor... aunque lo odie con todas mis fuerzas.

Pero es que los conozco y tampoco querrían que fuese infeliz. Yo no lo quiero.

Mi propio sollozo me cruza el pecho. Me tapo la boca justo a tiempo y salgo disparada. No quiero que me vean llorando y preocuparlos aún más. Ya han tenido bastante por hoy.

Empiezo a andar sin rumbo fijo, solo caminando y pensando y tratando de buscar una solución. Ni siquiera me doy cuenta de que llego hasta la calle principal y... oh, genial.

He acabado delante del Meredith's.

Supongo que eso pasa con los lugares felices, que aparecen cuando menos te lo esperas... Aun así, no voy a entrar, pero... reduzco el paso y como si fuera, no sé, una ninja... o imbécil, me agazapo detrás de la pared que hace esquina con el aparcamiento y me asomo para ver el interior. Ya han cerrado. Y parece que Jamie está solo, limpiando.

Los músculos de la espalda y de los hombros se le tensan de una manera alucinantemente guay bajo su camiseta mientras pasa la bayeta por la barra.

Quiero estar ahí con él, donde sea con él. Contárnoslo todo. Verlo hacer el tonto. Sonreír. Reír. Besarlo. Follar... Me muerdo el labio inferior. Son cantidad de cosas para olvidar cuando tengo claro que voy a estar recordando esos ojos castaños hasta el fin de mis días.

Una lágrima me baja por la mejilla.

¡Maldita sea! Mi vida será horrible. Y lo echaré de menos siempre. Su novia supermodelo superdotada saldrá en *Bailando con las estrellas* con su cuerpo de escándalo y sus innumerables dotes para el baile y allí estaré yo, pegada a la tele comiendo Cheetos, rezando porque Dilo, el bailarín con el que la han emparejado, se olvide de cogerla cuando la lance en una de sus acrobacias, pero no lo hará y ella caerá perfecta con su vestido de lentejuelas y ganará la edición y Jamie le entregará el ramo y estará guapísimo con su uniforme de gala de los Giants (estoy desvariando) o con esmoquin o con el uniforme normal porque ya es hora de admitir que la ropa de los jugadores de fútbol es supersexy.

Por mi parte, yo viviré con doscientos gatos y a mi preferido lo llamaré Jamie. ¿Será mi preferido porque lo llamaré Jamie o lo llamaré Jamie porque será mi preferido?

Patética y sin futuro.

Y sin Jamie.

Ya nunca podré decirle que lo quiero.

Las lágrimas me abarrotan los ojos tan rápido como dejo de poder respirar.

No. No. No.

Me llevo la mano al pecho agarrándome a mi propia camiseta, rezando para que esto pase y no tenga un ataque aquí. Vamos, Hannah, tía, las ninjas no tienen ataques de ansiedad. Dejo caer mi espalda contra la pared. Cierro los ojos. Los aprieto con fuerza. Eres una ninja... eres una ninja... Una ninja que se está ahogando.

Me duele el estómago. El corazón me late tan deprisa que me da miedo. Las piernas me tiemblan.

Todo vuelve a mi cabeza y llena hasta el último rincón: mi madre llorando por mi culpa, lo triste, lo culpable, lo perdida que me siento y justo en la cima de la lista de cosas que me aterran hasta impedirme respirar: no voy a volver a tener cerca a Jamie. El verano se acabará y no volveré a verlo ni siquiera de lejos, escondida detrás de una pared como una acosadora de serie de Netflix. Lo echo de menos más que a nada, más que nunca, con la fuerza de un maldito huracán.

Sin futuro. Sin Jamie. Sin futuro. Sin Jamie. Sin futuro. Sin Jamie.

—Pequeña Hannah —me llama una voz trayéndome de vuelta—, ¿estás bien?

Asiento. Mierda. Es la señora Thelophalakis. No puedo dejar que me vea así.

—Sí —contesto sin aliento.

Ella me mira tratando de evaluar si necesito una ambulancia o no y está ganando el sí. ¡Tengo que esforzarme más!

—Estoy bien, señora Thelophalakis —continúo, dándolo todo para que no me tiemble la voz y separándome de la pared—. Solo es que he salido eh... a dar una vuelta y me he mareado un poco. El calor —afirmo con una sonrisa nerviosa.

La mujer frunce el ceño.

—¿El calor? —replica y yo asiento muy concentrada—. En 1957 sí que hizo calor. Esto no es nada. Lo que tú necesitas es un vaso de agua y sentarte un poco.

¿Me da opción a negarme o marcharme? Por supuesto que no.

—Señora Thelophalakis —trato de frenarla, pero ella me agarra del brazo haciéndome caminar hacia delante e importándole muy poco mi opinión—, estoy bien, en serio.

—De eso nada. Estás blanca como el papel.

Empuja la puerta del local y no puede ser la heladería de Lorelai o la mercería o cualquier otro sitio. No, tiene que ser el Meredith’s. Donde solo está Jamie. *Odio-mi-vida.*

—Chiquillo —lo llama cuando la campanita de la puerta aún está sonando.

Jamie se vuelve con el ceño suavemente fruncido y el flequillo cayéndole revuelto sobre los ojos castaños. Ahora ya tengo dos motivos por los que el corazón me late descontrolado.

—¿Qué ha pasado? —pregunta prácticamente corriendo hacia nosotras sin levantar los ojos de mí.

Me mira de verdad, preocupándose, cuidándome, protegiéndome, y no es que yo necesite nada de eso, pero justo en este momento de mi vida en el que todo está del revés, él, solo con estar aquí, consigue que oiga su voz diciéndome «No te preocupes, vas a estar bien», aunque no haya abierto la boca, incluso si él, técnicamente la ausencia de él, haya sido uno de los motivos por los que estoy teniendo un ataque de ansiedad delante de una señora griega que en 1957, al parecer, ya era fan del hombre del tiempo.

—Pequeña Hannah no se encuentra para nada bien —explica la señora Thelophalakis, rompiendo nuestra burbuja y tirando de mí hacia uno de los asientos corridos de la cafetería—. Necesita agua y descansar un poco.

—No, solo he dicho que tenía calor —trato de salvar la situación.

—Y no hace calor, imagínate —replica la anciana mirando a Jamie.

Cierro los ojos mortificada dejándome caer en el asiento de cuero. No hay nada que hacer.

—Tal vez deberíamos llamar a tus padres o a una ambulancia —me dice la anciana escrutándome con la mirada.

—De verdad, estoy bien —contesto luchando por sonar así, bien, cuando creo que voy a morir de un infarto ahora mismo.

—¿Al sheriff? ¿Un cura? —propone.

Me tapo los ojos con las palmas de las manos. Cerrarlos no es suficiente.

—No se preocupe, señora Thelophalakis —interviene Jamie facilitándome las cosas —. Yo me encargo. Seguro que llega tarde a su partida de bingo.

Ella echa a andar (gracias a Dios) bajo la atenta mirada de Jamie.

—Los españoles son católicos —le recuerda desandando lo que ya se había alejado y dándole unos golpecitos con la palma de la mano en el pecho—. Si quieres un cura, tienes que llamar a uno católico. Ya sabes, los del papa.

Jamie asiente fingiendo que esa información es crucial.

—Así lo haré, señora Thelophalakis.

Ella le devuelve el gesto satisfecha. Todos en Paradise creen que Jamie es el chico más responsable y, por supuesto, digno de confianza. Así que, si garantiza un cura católico, eso habrá.

—Deseadme suerte —nos pide justo antes de salir.

—Suerte —contestamos al unísono, aunque yo un poco más desanimada.

En cuanto la anciana se marcha, suelto un resoplido y vuelvo a llevarme la mano al pecho. Va a darme un infarto. Es lo mínimo que se puede esperar.

—¿Estás bien? —pregunta Jamie agachándose frente a mí.

—No —murmuro.

Jamie aprieta los labios.

—No sé qué ha ocurrido —dice con la voz dulce moviendo la mano y metiéndome un mechón de pelo tras la oreja—, pero va a pasar. Te lo prometo.

—Me gustaría pensar que tienes razón...

—Pues piénsalo. Siempre la tengo —replica solo para hacerme sonreír y lo consigue y mi sonrisa se mezcla con mis lágrimas y las dos cosas son de verdad.

—No creo que esto vaya a pasar.

No creo que vaya a dejar de estar enamorada de ti.

—Podemos cantar tu canción favorita.

Sonrío.

—Creo que ya es nuestra canción —confieso—. Ahora, cada vez que la escucho, solo puedo pensar en nosotros en la casa del lago.

Fue alucinante. Cada segundo.

—No sé cómo me hace quedar que una de mis canciones sea de los 5 Seconds of Summer —yo arrugo los labios indignada—, pero lo aceptaré.

Nos miramos a los ojos. Él sonríe solo para que yo haga lo mismo y su gesto viaja hasta mis labios. Jo. Qué fácil es.

«Qué bien volver a verla, Hannah Martínez. ¿Podría contarnos qué echará de menos del señor Jamie McQueen? Claro que sí, Jimmy. Lo que más echaré de menos es sentir que había encontrado a la persona que era capaz de entenderme de verdad, incluso si yo no era capaz de hablar.»

—¿Has hablado con tus padres? —me pregunta con cautela porque sabe que la respuesta es sí.

—Les he dicho que he rechazado la plaza en la Escuela de Negocios de Harvard y que tampoco voy a volver a Stanford. Jamie, acabo de tirar por la borda mi futuro. —Rompo a llorar completamente desconsolada.

Él no lo duda y me abraza con fuerza. Yo hago lo único que quiero hacer y rodeo su cintura uniendo mis manos en su espalda, mojándole su camiseta con mis lágrimas.

—No has tirado nada por la borda —me recuerda—. Solo has hecho lo que necesitabas hacer.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Bromeas? —contesta con una sonrisa, como si le resultara imposible que alguien no viera absolutamente claro lo que acaba de decirme—. Porque eres jodidamente lista, Hannah.

Yo me separo un poquito porque el impulso de verlo ha sido más grande que todo lo demás.

—Puede que ahora no lo creas —continúa conectados sus ojos y los míos. La mejor conexión del planeta—, pero encontrarás tu camino y, cuando lo hagas, lo sabrás. No habrá dudas.

—Eso es muy fácil como idea, pero en la práctica hay como un millón de cosas que pueden salir mal —me desahogo—. ¿Y si resulta que acabo eligiendo un camino de mierda? ¿Y si lo que quiero hacer es trabajar en un circo domando tigres de Bengala?

Jamie se encoge de hombros. Otra vez no vacila ni un poquito.

—Serás la mejor haciendo que salten por un aro. Estoy seguro.

Yo suelto una carcajada indignada.

—Estoy intentando demostrar una teoría —protesto, pero no se arrepiente ni de una sola letra. Está bien, McQueen—. ¿Y si quiero montar una granja de caracoles? —planteo buscando los trabajos más disparatados que se me ocurren.

—Me preocupa seriamente que alguno de ellos sea más rápido que tú y se escape —replica y tengo que torcer los labios para no sonreír—, pero, quitando eso, saldrá perfecto.

Cero dudas y mi corazón empieza a agitarse contento y aliviado y, sí, feliz.

—¿Salvar a las ballenas?

—Las que queden van a quererte toda la vida.

—¿Bailarina de hula?

—Vivir en Hawái va a ser la hostia —sentencia con una sonrisa macarra y divertida.

Y los dos rompemos a reír.

—Eres idiota —le digo cuando nuestras risas empiezan a calmarse, pero es nuestra palabra. Nuestro código.

Jamie se muerde el labio inferior.

—Sí, sí que lo soy.

Nuestras miradas vuelven a encontrarse. Ahora mismo no necesito nada más. El mundo ha dejado de importar.

—Lo que intento decir es que eres maravillosa, aunque tú no seas capaz de verlo —añade. Chico listo. No lo veo— y acabarás haciendo algo que te llenará y te hará feliz y ya no podrás dejar de sonreír, que, por cierto, no sé si tengo voz o voto en este asunto, pero es lo más increíble del mundo. —Un segundo de silencio lleno de magia—. Cuando sonríes, suena música, Hannah.

Cada una de las mariposas se despierta. ¿Posibilidades de olvidar a Jamie McQueen? Cero patatero. Desechemos esa pésima idea, por favor. Quiero seguir mirándolo a los ojos, pero bajo la cabeza porque hacerlo sería el primer paso, y con toda probabilidad el último, que necesito para besarlo.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —planteo alzando la mirada de nuevo.

Jamie asiente.

—Dispara.

—¿Por qué no me contaste lo que sentías cuando estábamos en el instituto?

—¿La verdad?

—Siempre —respondo y ahora es mi turno de no dudar. No quiero más mentiras.

Jamie sonríe, pero es un gesto triste y sobre todo lleno de rabia con él mismo porque han sido precisamente las mentiras las que lo fastidiaron todo.

—Porque di por hecho que no me elegirías a mí. Estabas enamorada de Luke, tú misma me lo habías dicho, y creí que no tenía ninguna posibilidad.

—Eso nunca lo sabremos.

Jamie sonríe socarrón.

—¿De verdad no sabes lo que hubiera pasado si te lo hubiese contado? —inquiere burlándose un poquito de mis supuestas dudas.

—No lo sé.

Y va en serio. Puede que él tenga muy claro que le habría dicho que no, pero lo cierto es que yo no lo sé. Lo que teníamos era diferente, especial. Tal vez nunca me plantee que estuviésemos juntos, pero la idea de pasar más tiempo con él parecía un sueño.

—Entonces, supongo que me equivoqué —sentencia y hay un toque de tristeza en su voz.

—¿Por eso me mentiste diciéndome que no éramos amigos?

—No es excusa y me arrepiento muchísimo —me explica perdiendo su mirada en la ventana a mi espalda—, pero dolía. Joder, dolía un montón —sus manos, que han vuelto al sillón, a ambos lados de mis caderas, aprietan con fuerza el cuero, como si el recuerdo también doliese— y no supe cómo gestionarlo. Quería tenerte cerca, pero estaba celoso de Luke y demasiado cabreado con él y contigo y conmigo y lo único que se me ocurrió fue poner distancia entre los dos.

Mueve la mirada y vuelvo a encontrarme con el otoño más bonito del mundo, aunque estemos a mediados de julio.

—Lo siento —dice tan sincero que mi corazón pierde un latido—. Siento haberte hecho sufrir.

—Está todo bien —susurro y quiero llorar por lo que pudimos ser, pero también quiero sonreír porque lo que sentimos entonces fue real y eso es lo que acabo haciendo. Da igual si es un gesto suave o pequeñito. Sé que Jamie sabe ver todo lo que encierra.

Él niega con la cabeza.

—No, no lo está —contesta—, pero encontraré la manera de compensarte. Te lo prometo.

Y su promesa vuela a mi alrededor hasta alcanzar mi corazón y curarlo. Es el poder de las palabras, las promesas y las personas adecuadas, y él es todo eso para mí.

Más miradas. Más sonrisas casi robadas llenas de magia. Mis ojos viajan de los suyos a los labios y todas las sinapsis nerviosas de mi cuerpo se sumergen en el

recuerdo perfecto de sus besos, de sus manos en mi piel, del refugio que construyó para nosotros bajo la colcha. Sabía a hogar y a ser feliz cada día del resto de nuestras vidas.

Jamie también se pierde en mis labios. Todo son mariposas.

Quiero besarlo.

—¿Con una casa en Hawái? —bromeo—. He oído que no son baratas y quizá no estén al alcance de una bailarina profesional de hula.

Pero sé por qué no puedo hacerlo. Puede que hayamos resuelto el pasado, pero el presente sigue siendo igual de confuso.

Jamie sonríe y cabecea fingiendo sopesar mi petición.

—Me parece justo —contesta al fin.

—¿Y una moto de agua? —tiento a la suerte divertida.

—¿Qué tal un flotador en forma de pato? —contraoferta.

—La moto de agua más rápida del mercado —replico sin dudar, como si acabase de dar con la mejor idea de la historia.

Quiere contestar, pero no puede más y rompe a reír. Y yo tampoco puedo más. El sonido me nubla la razón. Me inclino hacia él y lo beso. Me moría de ganas de besar su sonrisa.

Jamie reacciona en cuanto nuestros labios se tocan. Rodea mi cintura. Me estrecha contra él y el beso se vuelve lo que necesitamos los dos: sentirnos más cerca, dejar de echarnos de menos... condenarnos porque después dolerá un millón de veces más, pero ahora mismo no nos importa.

Se deja caer de rodillas para tener más control sobre su cuerpo y se alza, haciéndome levantar la cabeza para perseguir sus besos. Me aprieta más fuerte, rodeo su cuello con mis brazos. No nos separamos ni un segundo.

Más besos.

Y el mundo deja de existir.

Y somos nosotros.

Somos felices.

—Hannah... —me llama separándose con la respiración trabajosa.

Lo miro. Él aún tiene los ojos cerrados. Los abre despacio, buscando los míos.

—¿Y qué pasa con Luke? —inquiere con la voz ronca.

Ni siquiera necesito pensarlo.

—Que no eres tú.

Mis palabras explotan a nuestro alrededor, dentro de él, y vuelve a besarme aún más salvaje, más alucinante y más todo porque acabamos de olvidarnos de todas las reglas de la física y estamos aún más cerca.

Es mejor que en la casa del lago, que en el embarcadero, que en este mismo lugar

hace seis días porque no he dejado de echarlo de menos un solo segundo desde entonces.

—Esto no es una buena idea —dice alejándonos de nuevo.

Nos estrellamos de vuelta contra la realidad.

¡Hannah! ¡En serio! ¡¿Cuál es tu puto problema?! ¡No puedes estar con él! ¡No puedes ponerle tan fácil que vuelva a jugar contigo! Y, más que nada, no puedes permitirte besarlo y después pretender olvidarlo. No sobrevivirás.

—Tienes razón —respondo rápido, levantándome—. Debería marcharme —añado bajito señalando la puerta. No sé si él ha llegado a oírme porque ya estoy caminando directa a la salida con la mirada clavada en mis Converse blancas.

—Hannah, no, espera —me pide levantándose, pero no me detengo. No puedo.

¿Por qué lo he hecho? ¿Por qué lo he complicado todo aún más?

—Eh... adiós, Jamie —me despido ignorando sus palabras.

—Hannah.

Noto sus dedos tomarme de la mano con dulzura, girarme suavemente para que nos quedemos frente a frente.

—Te estaría besando hasta que se acabara el mundo —dice con la voz trabada, dando un paso hacia mí, cerrando los ojos y apoyando su frente en la mía. Mi corazón me pide que por favor nos deje estar así un segundo, toda la vida, y yo digo que sí porque es imposible que quiera estar en otro lugar que no sea este—. Pero no puedo hacerlo así. No quiero ser algo de lo que te arrepientas.

Una lágrima cae por mi mejilla.

—Jamás me arrepentiría de estar contigo.

Es lo que más deseo...

—Pero no puedo —sentencio separándome, obligándome a caminar deprisa, a alejarme de él. Duele tanto que puedo sentirlo abrasándome la piel.

Desoigo todas las veces que me llama y prácticamente salgo corriendo calle arriba.

Tengo que acabar con esto. Tengo que rendirme. Tengo que olvidarme de él.

—Por favor, olvídate de él —me pido en un susurro.

Estoy muerta de frío.

Porque ya no tengo su *hoodie* roja.

Capítulo 64



No tengo ni idea de a qué hora regreso a casa y, aunque sería genial que ya estuviesen todos dormidos, sé que no voy a tener esa suerte.

—Hannitah, ¿dónde estabas? —me pregunta mi madre en cuanto cierro la puerta principal tras de mí.

Viene de la cocina. El centro neurálgico del hogar de los Martínez Martín.

—He ido a dar una vuelta —sintetizo. Había olvidado lo bien que se me da.

Mi madre asiente, aprobando que haya decidido salir a despejarme un poco.

—Ven a hablar con nosotros —me pide—. Tu padre está en la cocina.

Ahora es mi turno para mover afirmativamente la cabeza y echo a andar hacia allí.

Mi padre está sentado en uno de los taburetes de la isla, con una taza con una infusión entre las manos. En esta casa solo se toman infusiones por dos motivos: estás enfermo o nervioso. Una vez mi prima Bea dijo que quería tomar té como los One Direction para desayunar y los Martínez Martín se estuvieron riendo de ella a coro durante dos semanas. Eso sí, esa misma tarde se encontró con cuatro cajitas de Twinings, English Breakfast Tea, una de mi madre, otra de la suya, otra de Clara y mía y otra de la prima Jasper. Siempre nos estamos metiendo los unos con los otros, pero cuando se trata de ir de Reyes Magos de las pequeñas cosas somos los primeros.

Ahora mi padre está ahí sentado bebiendo tila. Es muy fácil sacar conclusiones.

—¿Qué tal estás? —me pregunta.

—Bien —miento. No quiero preocuparlos más.

Mi padre suelta algo parecido a un resoplido. Creo que no ha terminado de creerme.

—Hannah Banana, siento muchísimo cómo ha ido la conversación antes —dice inclinándose hacia mí y agarrándome la mano—. Nos has pillado desprevenidos. Queremos que sepas que vamos a apoyarte absolutamente en todo.

—No habéis dicho nada malo —los disculpo encogiéndome de hombros.

Tienen derecho a estar preocupados y enfadados. Yo lo estoy.

—Os he oído después —añado y automáticamente se miran aún más consternados. Lo último que quiero es que se sientan peor, pero tienen que saber que lo he hecho y que los entiendo—. Ha sido sin querer —aclaro—. Os preocupa que me quede tirada

sin saber qué hacer o descubriéndolo demasiado tarde y lo comprendo porque yo también estoy muerta de miedo, pero no podía seguir con la universidad y con Económicas como si eso fuese lo que quiero hacer el resto de mi vida. No os hacéis una idea de cuánto me duele decepcionaros, pero tampoco puedo decepcionarme a mí misma.

Vaya. Esto es nuevo.

Tomo aire, forzándome a relajarme para perseguir la idea que está a punto de escapárseme: la única persona que tiene que estar de acuerdo con mis propias decisiones soy yo misma. Ufff... asusta, pero también sienta bien, como si una pieza enorme acabase de encajar en su lugar. Me importa muchísimo lo que mis padres y la gente a la que quiero tengan que decir, pero sé que he tomado la decisión correcta parando con todo y no debo cambiar de opinión.

Hannah Martínez, acabas de dar un paso de gigante.

—¿Yo qué te he enseñado siempre? —me pregunta mi madre en mitad de mi viaje trascendental.

La miro sin comprender a qué se refiere.

—Si escuchas detrás de una puerta —me advierte—, quédate hasta el final, que te pierdes el contexto.

En contra de mi voluntad, sonrío.

—Mamá... —me quejo.

—¿Te crees que no sabemos que asusta?

—Joder, asusta un montón —le doy la razón.

—Pues que asuste —sentencia con vehemencia pillándome por sorpresa, llena de seguridad y contagiándomela a mí como solo una madre puede hacer—. Tú eres Hannah Martínez Martín y los Martínez Martín podemos con todo.

Justo en ese momento suena su móvil.

—Qué inoportuno —protesta justo antes de descolgar y alejarse unos pasos para que podamos seguir hablando tranquilos.

—Odio estar tan perdida —confieso bajando la mirada y clavándola en mis manos, que juegan nerviosas una con otra en la encimera—. Nunca me había sentido así.

Mi padre sonríe.

—Me recuerdas a mí.

Frunzo el ceño. ¿A qué se refiere? Siempre ha parecido tenerlo todo muy claro.

—Me sentí exactamente igual antes de que decidiéramos dejar España y mudarnos aquí.

Me quedo mirándolo. Esa idea me hace sentir mejor porque sé que fue muy duro empezar de cero lejos de casa, los dos solos, pero también que los llenó de ilusiones y consiguieron que les fuera muy bien.

—La vida a veces se nos complica justo antes de darnos la posibilidad de luchar por todo lo que queremos.

—Eso es muy bonito, papá —digo con una sonrisa.

—Qué gran poeta se ha perdido la literatura —bromea. Me pilla desprevenida otra vez y yo sonrío, casi río—. Oye, ¿me cuentas dónde has estado?

No sé muy bien a dónde mirar y solo le pido a Dios no sonrojarme justo ahora.

—He estado en el Meredith's. Con Jamie.

Mi padre me observa un par de segundos y asiente. Tengo la sensación de que va a decir algo más, pero cuando está a punto de abrir la boca parece cambiar de opinión. Mi madre hablando por teléfono, moviendo las manos, nos roba por un segundo la atención.

—Hannah Banana —me llama de nuevo él—, nosotros dejamos atrás todo lo que conocíamos y nos mudamos aquí porque esta es la tierra de las oportunidades, y odiaría verte desperdiciar las tuyas por miedo.

El miedo es la peor emoción de todas y tengo que reconocer que ahora mismo tengo un montón.

—¿Por qué la señora Thelophalakis acaba de preguntarme si te ha ido bien con el cura? —inquiere mi madre regresando hasta nosotros con el teléfono en la mano.

Y ya sí que no me queda otra que romper a reír.

Le explico, más o menos, lo que ha pasado en la puerta del Meredith's. Me esfuerzo muchísimo en dejar claro que lo que realmente tenía era calor y que la señora Thelophalakis ha pasado de mí y ha pensado que necesitaba ayuda divina.

Seguimos charlando de todo un poco y riéndonos mucho también hasta que, como en la mayoría de las conversaciones buenas, volvemos al tema que nos ha traído hasta aquí en primer lugar.

—¿Estoy preocupada? —dice mi madre cogiéndome la mano que tengo sobre la encimera—. Sí, mucho. En esta cocina no estamos para engañar a nadie —me deja claro—. Pero vamos a confiar en ti hasta el final.

Sonrío. Si los tengo a ellos de mi lado, todo parece más fácil.

—Tienes que perseguir tus sueños siempre —sentencia mi padre—, sean los que sean.

Justo en ese momento pienso en Jamie. No en lo que hemos hablado, sino en él, y un poquito más de fuerzas parecen llegar solas.

Capítulo 65



—Esta noche va a ser alucinante —comenta Avery frotándose las manos.

—No quiero saberlo —replica June—. Todavía tengo resaca de la última noche alucinante que pasamos.

Sin duda alguna habla de la despedida de soltera de Avery en Atlanta la semana pasada.

—Aquí tenéis, chicas —anuncia Lorelai dejando en nuestra mesa tres helados llenos de *tippins*, que diría María del Mar Martínez Martín.

Le damos las gracias al unísono y empezamos a comer.

—Dios —murmuro de pura satisfacción—, esto está riquísimo.

El mío tiene una bola de chocolate y otra de *brownie,* con pepitas de chocolate por encima y sirope de chocolate. «Hannah Martínez, ¿ha olvidado pedirles que le echen una cucharada de azúcar por encima? Sí, mi adición al chocolate y yo vivimos nuestro mejor momento. Déjame en paz, Jimmy.» Además, voy a morir sola. Ya lo he asumido. Así que me merezco un poco de consuelo en forma de delicioso helado.

—¿Podríamos llevarnos un par de estos para la fiesta de pijamas? —propone June.

Yo asiento con los ojos muy abiertos y sin dejar de masticar, entregadísima a la causa.

Esta noche, la noche preboda, haremos una fiesta de pijamas las tres en casa de Avery. Teagan se irá con los chicos a la casa del lago. No pienso ahondar ni en ese «chicos» ni en la «casa del lago». Es por salud mental.

—Sería interesante poder entrar en el traje de novia. Más que nada porque ya está pagado —nos recuerda la novia.

—Pero eso solo te afecta a ti, ¿no? Las damas de honor quedamos fuera de esto —planteo y efectivamente lo hago con la boca llena de chocolate. Es para que mi argumento gane fuerza.

—Está claro que tú sí —responde burlona June.

—Tu traje de dama de honor también lo he pagado yo, así que de ninguna manera, esto —dice señalando con los dos índices la mesa—, no te afecta a ti.

—Noviazilla ha vuelto —interviene June.

—Noviazilla nunca se fue —nos deja claro la aludida.

—Noviazilla tiene la culpa de todos mis problemas —sentencio yo y empiezo a imitarla, diría que una imitación flipantemente acertada; seguro que ellas dicen otra cosa solo para negar mi talento—. Siéntate en la mesa conmigo, asegúrate de que Jamie tiene el discurso, ven a la casa del lago.

Habla con él, pasad un tiempo alucinante juntos, enamórate de él. Eso no lo digo. Todavía tengo un poco de dignidad. No sé dónde, pero la tengo.

—Claro —se ríe mi amiga de mí en mi mismísima cara—, porque todo el mundo sabe que me necesitabais a mí como excusa para pasar todo el día juntos.

Yo la miro mal, pero ella me devuelve la mirada y vuelve a reírse, como June. Sí, definitivamente necesito amigas nuevas.

Buenoooo, valeeee, en su defensa debo decir que las dos han intentado convencerme por activa y por pasiva de que Jamie y yo podemos estar juntos, que no he sido ningún juego para él y que me quiere de verdad. Francamente, de eso ya estoy muy convencida. Es la parte de la puta confianza, de que decidera por mí y me mintiera, la que está siendo una enorme putada. Sí, dos palabrotas de la misma familia, pero es que es todo muy JODIDO.

No he vuelto a verlo, ni agazapada detrás de una pared ni como una adulta. Ni he preguntado por él. Y les he pedido a las chicas que no le den ninguna información sobre mí. Cero contacto, como cortar algo con un bisturí. Es lo mejor.

—Hablemos de otra cosa —propongo.

—No —responde June.

—No —añade casi a coro Avery.

Por supuesto, que les haya pedido que no hablen con Jamie de mí, cosa que han respetado al máximo, no significa que no lo hagan sobre él conmigo.

—Os odio un montón —les dejo claro.

Las dos sonríen. Decidido. Me vengaré.

—¡Avery! —gritan a mi espalda.

Estamos sentadas en la terraza de la heladería de tal manera que yo soy la única que no ve la calle. Lo soluciono girándome justo a tiempo de ver a Teagan salir de su Audi con una sonrisa de oreja a oreja e ir directo hasta Avery.

Por supuesto, no está solo en ese SUV. Eso sería ponérmelo demasiado fácil. Luke y Joe están en la parte de atrás, y el primero también se baja, aunque más despacio, no le guía la fuerza del amor, claro. Y Jamie... Jamie está sentado en el asiento del copiloto. Está recostado en el asiento, con la planta de su deportiva apoyada en el salpicadero y la muñeca en la rodilla que la postura le levanta. Se ha dejado caer hasta que su cabeza descansa en el asiento y sin separarla la ha girado para poder seguir a su amigo con la mirada desde detrás de sus gafas de sol.

—Te echaba de menos y quería darte un último beso antes de estar tantísimo tiempo separados —le dice el doctor Seaver a Avery con una sonrisa traviesa en los labios.

—Estás chalado. Va a ser solo una noche —responde ella fingiendo que no lo entiende cuando la verdad es que se está muriendo de amor.

Y él le roba un beso. Buah... son superempalagosos... y no los envidio nada, bueno, puede que sí, un poquito, pero es envidia sana de amiga.

Ni siquiera sé por qué lo hago —ja, qué mentira—, pero busco la mirada de Jamie con la mía. En realidad, ni siquiera lo pienso. Es una especie de acto reflejo brutal para mi corazón que lo hace estar triste y feliz al mismo tiempo. Él no aparta su mirada y yo empiezo a imaginarme cómo sería estar con él versión doce mil cuatrocientos treinta y ocho. Nos he imaginado en nuestra propia comedia romántica, con uno de nosotros avisando a nuestros yoes de diecisiete años para que no pierdan el tiempo, siendo espías internacionales, salvando al mundo en un futuro distópico. Cualquier peli, pero siempre juntos y con cantidad de escenas de sexo.

—Pequeña Hannah, ¿podemos hablar?

La voz de Luke me saca de mi ensoñación. Tardo un segundo de más en apartar la mirada de Jamie y llevarla hasta él, que está de pie junto a mi silla.

—Eh... sí, claro.

No sigue hablando, así que doy por hecho que no quiere hacerlo aquí delante de June. Teagan y Avery ya están pasando de todo. Me levanto y nos alejamos un par de pasos para ganar algo de privacidad.

—Solo quería decirte que después de la boda me marcharé. Los Jets empiezan los entrenamientos a finales de agosto y antes necesito un par de días para instalarme.

Asiento. Me callo el comentario de que va a mudarse a Nueva York como Jamie y que ahora serán algo así como superenemigos porque, aunque no jueguen en la misma conferencia, los Jets y los Giants son rivales al compartir la misma ciudad. Mi padre es del Sevilla y mi tío Marco Antonio, del Betis. Sé de lo que hablo.

—Espero que te vaya muy bien —le deseo.

—Sí, yo también.

Aunque lo disimula con una capa de seguridad en sí mismo que se le da muy bien poner, yo soy capaz de ver que está nervioso.

—No te preocupes. No lo he dicho por decir —añado con una sonrisa—. Vas a triunfar y Nueva York es una ciudad increíble.

—Puedes venir cuando quieras —plantea.

Sonrío.

—Gracias. No voy a negar que me lo voy a pensar y casi seguro acabe aceptando tu oferta.

Los dos nos quedamos callados. Luke parece muy pensativo y yo está claro que tuve que ser una malísima persona en otra vida, una Borgia o algo así, porque una puerta suena al cerrarse, llevándose toda mi atención. Jamie ha salido del coche y se apoya en la carrocería con los brazos cruzados. Tiene la vista clavada en un punto en el suelo al frente, pero no tarda más que un par de segundos en levantarla y mirar hacia nosotros.

El viento le levanta el flequillo oscuro. Se ha quitado las gafas de sol y sus ojos están llenos de impaciencia y enfado. Tengo la sensación de que quiere decirme «olvídate de él y ven conmigo» y yo quiero gritar que me iría con él ahora mismo y siempre.

—¿Tú estarás bien?

La frase me pilla fuera de juego. No se trata de que no estuviera para nada en la conversación, es que creo que es la primera vez que Luke me lo pregunta.

Una sonrisa se apodera de mis labios.

—No estoy en mi mejor momento —contesto sincera—, pero sé que pasará.

Mi corazón se agita contento, pura amistad, matizo, pero es que me encanta ver un Luke diferente.

—Mola que lo hayas preguntado.

—Me estoy esforzando —me cuenta y los dos volvemos a sonreír—. Sé que es importante para ti y yo quería hacerlo. Además, ¿es raro que quiera que te sientas orgullosa de mí?

Otra vez me pilla por sorpresa su confesión y otra vez tengo que sonreír.

—Puede que un poco —respondo antes de que los dos rompamos a reír—. Pero empiezo a estarlo, ¿sabes? —añado cuando nuestras risas se calman.

—En cualquier caso, te lo debo a ti.

Yo frunzo el ceño esperando a que continúe.

—Tú has sido esa chica para mí. La que te da el mazazo brutal cuando la pierdes y al fin comprendes que te has estado comportando como un gilipollas y no puedes seguir así.

Ahora la que se queda callada y dándole un poco de vueltas a todo soy yo. Luke es un buen tío. Puede que no se estuviera comportando de diez, pero lo es, así que me alegro muchísimo de que haya comprendido que tiene que enfocar las cosas de otra manera. ¿Quería ser esa chica? La verdad es que no. Quiero que Luke y yo seamos amigos. Creo que ya estamos empezando a serlo. Y no te gusta ser la que le rompió el corazón a un colega para que espabilase. No obstante, pienso quedarme con lo positivo y es que algún día Luke hará muy feliz a una chica con mucha suerte.

—Ahora sí que estoy orgullosa de ti.

No lo dudo. Doy el par de pasos que nos separan y lo abrazo con fuerza. Luke siempre siempre siempre será muy importante para mí.

—Muchas gracias —responde estrechándome contra él—. ¿Puedo tentar un poco más la suerte? —pregunta travieso, algunas cosas nunca cambian, cuando nos separamos.

Yo finjo sopesar sus palabras y finalmente asiento.

—¿Quieres ser mi acompañante en la boda?

¿Qué? ¿En serio? ¿Por qué?

—A ver —se apresura a aclarar levantando suavemente las dos manos sonriendo, casi riendo—, solo como amigos.

Yo abro la boca sin saber muy bien qué decir.

—A ver —repito para hacerme un poco la graciosa y para quitarle un poco de hierro al asunto—, como amigos, iría contigo a cualquier sitio, Luke Davis, pero en esta ocasión tengo que decir que no.

Ni puedo ni quiero hacerle eso a Jamie. Todo está muy reciente y me da igual que sea como amigos. Si él apareciera en la boda con una amiga de Joy Ann que ahora es amiga suya también, montaría una escena en plan la niña de *Ojos de fuego.* Eso sí, sin arruinarle el vestido a Avery o aquello iba a convertirse en una lucha entre Ojos de fuego y Noviazilla.

Luke asiente con una sonrisa que no quiero preguntarme si le llega o no a los ojos. Hay cosas con las que no puedo enfrentarme todavía.

—Lo pillo.

Sonrío.

—Gracias.

—A ti, Pequeña Hannah.

Luke se da media vuelta y se acerca a la mesa para fastidiar al doctor Seaver.

Yo doy una bocanada de aire muy larga. Mola que algunas cosas se estén arreglando en mi vida.

¿Y estás lista para ver que Jamie se ha largado?

Desde luego que no.

Capítulo 66



¿Dónde está? Intercambio una mirada con June y ella me hace un gesto con la cabeza para señalarme el interior de la heladería.

Ni siquiera lo pienso y echo a andar hacia allí.

—Gracias —oigo que le dice a Lorelai cuando le da el cambio. Se ha comprado una botellita de agua, aunque está claro que solo ha sido una excusa para no tener que vernos a Luke y a mí.

¡No podría estar más equivocado! ¡Luke y yo solo somos amigos! ¡Y lo último que quiero es que lo malinterprete y se siente mal por ello!

—Jamie —lo llamo.

Mi voz tensa todo su cuerpo. No tengo ni la más remota idea de si para bien o para mal. Mira un momento hacia delante y finalmente se gira despacio hasta dejarnos frente a frente.

—No sé qué crees que ha pasado ahí fuera —le explico—, pero entre Luke y yo...

—Déjalo, Hannah —me interrumpe echando a andar, pasando por mi lado y yendo hacia la salida.

¡No puede hacer esto otra vez!

—Lo estás haciendo otra vez —me quejo, hay quien diría que estallo. Él se detiene de nuevo y se vuelve a regañadientes. Hemos regresado de golpe a cómo eran antes las cosas, conmigo enfadada y frustrada y con él resoplando hastiado por tener que pasar dos segundos conmigo. *Los vengadores* tenían razón. El tiempo es circular—. No puedes dar por hecho cómo son las cosas entre Luke y yo y largarte sin ni siquiera darme la oportunidad de contártelo.

—¡¿Y qué quieres que haga?!

—¡Que me escuches! ¡Luke y yo solo somos amigos!

¡Nunca, jamás, podré querer a nadie que no seas tú!

—¡¿Y te crees que no lo sé?!

Lo miro sin entender absolutamente nada, con el corazón latiéndome desbocado, sin poder apartar mis ojos de los suyos.

—Hannah —me llama. Su voz suena más ronca, más calmada, pero ni por un

microsegundo menos llena de todo lo que nos está sacudiendo por dentro—, yo te quiero. Te voy a querer toda la vida —sentencia resignado. Eso también sé verlo porque me siento exactamente igual— y aceptaría a cualquier tío con el que quisieras estar si eso te hiciera feliz porque eso es lo más importante para mí, incluyendo a Luke.

Vuelvo a soltar todo el aire de mis pulmones conteniéndome por no llorar. Lo quiero. Lo quiero. Lo quiero.

—Lo que no puedo soportar —continúa dolido, enfadado, triste— es que para nosotros no quede nada, que ni siquiera podamos ser amigos. ¿Crees que solo echo de menos tocarte? Porque, sí, joder, lo echo de menos hasta morirme, pero también echo de menos hablar contigo, hacerte sonreír. Echo de menos tenerte cerca de la manera que sea y tú nos has quitado todo eso.

Jamie.

Tiene razón. Y yo también lo echo de menos de todas esas maneras. Fastidiarlo, obligarlo a escuchar mis canciones, llamarlo «gruñón» y morirme de risa con él. Sé que nos he quitado eso, pero es que es la única manera que he encontrado de sobrevivir. No puedo estar cerca de él y no querer más.

Él aprieta la botella con fuerza y lleva su vista a la calle tratando de controlar todo lo que lo arrasa por dentro. Otra vez lo sé porque otra vez es lo mismo que siento yo.

—Supongo que al final solo está siendo como siempre tendría que haber sido —dice.

No. No. No.

Aparta su mirada de la mía y sale de la heladería.

¡Imbécil, haz algo! ¡Síguelo! ¡Dile que tú también lo echas de menos y lo necesitas y lo quieres!

—¿Estás bien? —me pregunta June entrando en la heladería.

Jamie se monta en el coche. Luke y Teagan ya lo han hecho. Y se marchan.

Yo me encojo de hombros aguantándome las ganas de llorar.

—No —respondo.

—Espero que sepas lo que haces.

—Evidentemente la respuesta a eso también es un no —contesta Avery caminando hasta mí y pasándome el brazo por los hombros para obligarme a dejar mi cabeza contra la suya—, pero da igual porque nosotras siempre vamos a estar a tu lado.

—¿Bebemos? —plantea June.

—Bebamos —respondemos al unísono.

Capítulo 67



Avery Thorne y Teagan Seaver
tienen el placer de invitarlos a su boda.

—¿Segura? —pregunta Avery girándose hacia nosotras.

June y yo la miramos alucinadas y el pecho se me llena de amor de amiga.

—Claro que sí —respondo—. Estás preciosa.

Ella sonríe nerviosa. Está a punto de darle un ataque. Es su día soñado y creo que aún no termina de creérselo.

—El doctor Seaver no sabe la suerte que tiene —me apoya June.

Las tres sonreímos.

—Voy a casarme con Teagan Seaver —dice con una mezcla de incredulidad absoluta, muchos nervios y un poco de susto, como si acabase de recordar que solo tiene veintidós años.

—Eso parece, si no, ¿por qué llevo esta pasada de vestido? —digo girándome sobre mí misma para que pueda ver el traje que ella misma ha elegido en colores tierra muy suaves mezclado con algo de violeta en un estilo *boho chic* superguay. ¡Hasta llevo una corona de flores en el pelo! June se ha pasado todo el día metiéndose conmigo, pero solo es envidia de corona.

Avery sonríe de oreja a oreja.

—Va a ser lo más.

June y yo asentimos y sonreímos. Van a ser superfelices. Creo que no hay ni una sola persona en Paradise que lo dude.

Llaman a la puerta. Es la organizadora de bodas. ¡A sus marcas! Esto va a empezar.

—He olvidado mi ramo de flores —caigo en la cuenta mortificada.

—¿Dónde? —inquiere alarmada, casi a nivel Noviazilla, Avery.

—En mi habitación. —El señor Seaver ha vuelto a reservar habitaciones, esta vez para los mejores amigos de Teagan y Avery y así poder dormir aquí esta noche—. Tardo un minuto —añado con una seguridad absoluta.

—Te esperamos en la entrada del salón —responde la organizadora de bodas—. June, la cola.

Las dos asentimos obedientes y salgo disparada hacia mi habitación, cinco puertas a la derecha.

Sonrío al ver mi ramo de margaritas y girasoles. Tiene un rollo entre rústico y romántico que casa genial con el vestido.

Estoy bajando las escaleras cuando oigo unas voces, mejor dicho unos susurros. Sonrío otra vez. Dicen que, de una boda, sale otra, y a lo mejor hay dos personas en uno de los salones poniéndolo en práctica.

Llego a la planta baja, sigo caminando y a unos metros del pasillo que debo tomar los susurros se vuelven un poco más intensos. Mi intención no es mirar, pero tengo que pasar justo por delante de la puerta y...

La curiosidad mató al gato.

Jamie está en el centro del salón, con el pelo negro peinado hacia atrás, aunque algunos mechones han decidido seguir siendo rebeldes y le caen sobre la parte izquierda de la frente. Sus ojos marrones destacan como dos malditos faros en mitad de una noche de tormenta y el alucinante esmoquin hace el resto para provocar desmayos.

Pero no está solo.

Jennifer está frente a él, con un vestido de esos que parecen sacados de una alfombra roja, con el pelo y el maquillaje perfectos. Esto es como un *spoiler* de mi propio futuro: Jamie y su maravillosa novia supermodelo. Solo falta mi paquete de Cheetos y el decorado de *Bailando con las estrellas* (y los tres doctorados de la NASA).

Debería marcharme y dejar de contemplarlos, pero es que es como cuando ves un accidente de tráfico y no quieres mirar pero miras y quieres apartar la cabeza pero no lo haces.

—Pequeña Hannah —me llama Joy Ann confusa. Supongo que esperaba encontrarme en el pasillo con Avery y June.

Al oírme, Jamie y Jennifer se giran hacia mí y yo cabeceo con rabia apartando la mirada. No estoy enfadada por ellos, bueno, sí, pero sobre todo estoy enfadada por mí, por haber dejado que los dos me pesquen aquí.

Jamie y yo nos miramos a los ojos y la conexión que tenemos brilla cuando yo solo quiero que se apague para siempre.

—Hannah, tenemos que hablar —dice Jamie dando un paso hacia mí.

—Me importa una mierda lo que tú creas que tenemos que hacer —le dejo claro.

Después de todo lo que ha pasado, de lo que Jennifer nos ha hecho, está aquí, en el maldito salón, hablando con ella.

—Claro que sí —sentencia él tan enfadado como yo.

Parece ser que sí hemos sido capaces de volver a odiarnos después de la tregua.

—Al final las cosas sí que son como siempre tenían que haber sido —le escupo

antes de girarme y largarme de aquí.

Lo que nunca podría haber imaginado es que dolería así.

—¿Qué demonios ha pasado? —oigo que le pregunta Joy Ann.

—Solo quería disculparme —responde Jennifer a la defensiva—, con Jamie y con ella.

Suelto una carcajada irónica y muy cabreada sin dejar de caminar. Por mí puede pudrirse en el infierno.

—Os comportáis como dos cabezotas orgullosos —riñe Joy Ann a Jamie ignorando a Jennifer porque obviamente eso va por Jamie y por mí.

Me da igual. Paso de todos los estúpidos populares.

—Ya estoy aquí —digo con una sonrisa caminando hasta Avery y June. Me niego a que me vea ni un poquito afectada. Es su día y va a ser perfecto.

Mi amiga sonríe nerviosa.

—Quiero disfrutarlo todo y al mismo tiempo quiero que pase muy rápido para poder llegar al convite y al baile y al alcohol y relajarme por fin, ¿es normal? —nos pregunta.

June y yo asentimos.

—Claro que sí —contesto sin dudar—. Seguro que es supernormal sentirse así.

—Si yo os contara —interviene la organizadora.

Avery, June y yo llegamos a la conclusión telepática de que claramente esta mujer tiene que explicarnos un montón de anécdotas truculentas luego.

—¿Ves? —comenta June para terminar de tranquilizar a Avery—. Todo bajo control.

Nos miramos entre las tres una vez más. June asiente y tras lanzarle un beso a Avery va a hasta la puerta que comunica el salón con el pasillo.

—Suerte —nos desea—, aunque está claro que no la necesitáis.

Nos guiña un ojo y se marcha a su asiento.

Avery y yo nos colocamos en nuestros sitios.

—Allá vamos, chicas —anuncia la organizadora.

—Si quieres fugarte, es ahora o nunca —bromeo en un susurro.

—Ahora, Han-Han. Acabemos con esto —sentencia valiente sacudiendo los hombros.

Las dos sonreímos. Hemos estado juntas desde siempre. Es una de mis mejores amigas y me alegra muchísimo poder formar parte de esto.

La organizadora abre la puerta y la música de los violines comienza a sonar. Le doy un apretón en la mano a Avery y echo a andar por el pasillo central.

Los invitados sonríen desde sus asientos. Mis padres, superorgullosos.

Dios, aquí Hannah Martínez. ¿Estás en línea? Espero que sí. Esto es importante. Asegúrate de que mi amiga y el doctor Seaver son felices para siempre. Sé que no vas a tener que intervenir, pero no estará de más que estés atento.

Teagan me observa y sonríe. Está impaciente y con la felicidad saliéndole por los cuatro costados. Su actitud es contagiosa y yo también sonrío.

Dios, Hannah de nuevo. Otra cosita, si no es abusar y no estás muy ocupado, ¿puedes hacer que el esmoquin de Jamie McQueen se convierta en un chándal, uno feo y que no sea de su talla? Es como el milagro del agua en vino pero al revés, de lo caro a lo barato. Por favor. Por favor. Por favor. No es por fastidiarlo a él, bueno, vaaaleee, quiero fastidiarlo, un poco, pero sobre todo es por mí, por ponerme las cosas más fáciles. Gracias. Molas mucho.

Sigo concentrada en los invitados con los que me voy cruzando, en lo bonitas que son las flores que decoran las sillas, pero llega un momento en el que no me queda otra que levantar la cabeza y... verlo y tenerme que contener para no suspirar porque Dios estaba *offline* y Jamie McQueen de esmoquin hace que la palabra *alucinante* sea tan injusta que suene a chiste.

Él también me mira a mí con una habilidad que también tiene que ser casi divina porque, da igual cuánto lo odio ahora mismo, consigue que me sienta especial, que cuando nos miramos así pueda oler las flores silvestres que rodean el embarcadero del lago.

La ceremonia es preciosa y está llena de momentos superbonitos, como cuando Teagan le da su pañuelo a Avery porque no deja de llorar o cuando el futuro doctor Seaver le dice a Jamie que lo quiere como a un hermano al cumplir con su tarea de padrino y darle los anillos.

Nos saltamos un poquito el protocolo, se lo pedí a Avery hace unos días y a ella no le importó, y en esta boda el padrino y la dama de honor no recorren el pasillo juntos detrás de los novios. Vamos por libre.

El banquete es en otra de las salas del hotel. Me toca sentarme en la mesa principal con los novios, sus padres y el padrino, pero disimulo superbién y Jamie ni siquiera vuelve a mirarme, así que, sí, las cosas están yendo como siempre tendrían que haber ido.

—Hola. Hola —trata de llamar la atención el señor Thorne, el padre de Avery, mientras golpea suavemente su copa con uno de los cubiertos. La hora de los discursos—. Prometo ser breve —anuncia entre risas. Está feliz. Avery es su ojito derecho.

La sala poco a poco se queda en silencio y el señor Thorne empieza a contar la primera vez que su hija llevó a Teagan a casa.

—Pequeña Hannah —me llaman en un susurro.

Me giro con el ceño fruncido justo a tiempo de ver a Joy Ann agacharse a mi lado.

—¿Qué haces aquí? —inquiero confusa murmurando también.

—Tenemos que hablar.

Paso de esto.

—No, no tenemos —contesto—, y de todas formas seguro que puede esperar.

Miro a mi alrededor, para asegurarme de que no hemos llamado la atención de nadie. Todos parecen concentrados en el discurso y nosotras hemos hablado muy bajito.

—Pequeña Hannah —me llama ignorando eso de que ahora no quiero hablar—, te estás equivocando con nosotros y sobre todo con Jamie.

Vale. Oficialmente he tenido suficiente. Me giro y devuelvo mi vista al señor Thorne para dejarle claro a Joy Ann que esto no me interesa. Sin embargo, la rabia y esa vocecita que no para de gritarme «Ya no te vas a callar delante de ninguno de ellos» que se activó en cuanto entendí que tienen el poder sobre mí que yo quiera darles deciden por su cuenta.

—Me arruinasteis el último verano antes de la universidad y desde que volví habéis aprovechado un estúpido juego para reíros de mí, me encerrasteis en la casita del embarcadero y jugasteis conmigo otra vez. No sois para nada buenas personas y no me estoy equivocando. Érais unos capullos con diecisiete años y seguís siéndolo.

—No todos.

Vuelvo a centrarme en el discurso. No pienso discutir ni aquí ni ahora.

—Pequeña Hannah, Jamie te quiere.

—Jamie me odia —le dejo claro mirándola y, maldita sea, cómo duele decirlo en voz alta—. Solo le estaba haciendo un favor a Teagan.

Después de haberlo visto hablando con Jennifer ya no tengo dudas.

—Es imposible que creas eso.

Lo dice llena de seguridad y se alía con mi corazón, que piensa exactamente lo mismo.

—Jugó conmigo y decidió por mí —sentencio y no sé si lo hago para que ella lo oiga o para que lo haga yo.

—Se equivocó al decidir por ti, pero no te mintió cuando te dijo que te quería ni que en el instituto estaba loco por ti.

Tuerzo los labios conteniéndome para no mordérmelos. Da igual cuántas veces lo haya oído, cuántas haya repetido la escena en mi cabeza, cada vez que oigo esas palabras el número de mis latidos se multiplica por mil.

—Nunca lo he visto tan feliz como cuando está contigo. Y ya sé que crees que no somos amigas, pero tampoco te he visto nunca tan feliz a ti como cuando estás con él. Ni siquiera con Luke.

Cabeceo. No sé si tiene razón, pero tampoco quiero planteármelo.

—Yo estaba enamorada de Luke —me agarro a ese clavo ardiendo—. Siempre fue Luke.

—Pues yo creo que siempre fue Jamie.

La misma idea a la que llevo dándole vueltas en contra de mi voluntad se hace brillante. No puedo ignorarla más. Siempre fue Jamie, aunque no lo entendiera. Por eso solo podía ser yo misma con él incluso cuando no éramos nada. Por eso me dolió tanto lo que pasó. Por eso nunca pude perdonarlo.

Pero eso, ahora, no es algo por lo que estar feliz. ¡Maldita sea! ¡Es una putada! Siempre fue Jamie, pero en estos momentos Jamie y yo ni siquiera nos hablamos. Es como volver de golpe al puto verano antes de la universidad y que me rompan el corazón otra vez.

No puedo más.

—No quiero escuchar nada de esto.

—Pequeña Hannah.

Paso de ella estoicamente (hay palabras que siempre vuelven).

—Pequeña Hannah —vuelve a susurrar con más intensidad, llamando la atención de su madre.

Yo la fulmino con la mirada, a Joy Ann, no a la señora Seaver, claro, y clavo mi vista en el padre de Avery esperando a que la exjefa de las animadoras se dé por aludida.

La oigo resoplar.

—Los tres pavos del buen samaritano —dice de pronto.

Arrugo la frente perdidísima. ¿A qué viene eso ahora? Aun así mantengo el tipo y no me giro hacia ella.

—No es ninguna tradición. Jamie se ha pasado cuatro años dejando esos tres dólares para ti porque sabe que nunca recuerdas llevar dinero para la máquina de *vending* y necesitas chocolate mientras estudias.

Ahora tengo que mirarla sí o sí.

¿Qué?

Eso no...

Siempre cuidó de mí.

—¿Por qué estás haciendo esto? —murmuro sin saber qué otra cosa hacer.

—Porque tenías razón en lo que me dijiste. Está claro que me equivoqué y debí contarte lo que estaba pasando, pero de verdad quiero arreglarlo y que podamos ser amigas.

La gente aplaude. El discurso del señor Thorne ha acabado y ahora toca el siguiente.

—Si no quieres creerme, también lo entenderé, pero tú... solo enciende el móvil de Jamie, ¿vale?

¿Y eso qué es? ¿Otro maldito mensaje cifrado? Ya he tenido suficiente.

—Tengo que irme —digo encogiéndome en la silla para quitarme los zapatos,

levantándome y saliendo disparada con ellos en la mano.

Necesito aire fresco.

—Pequeña Hannah —trata de retenerme Joy Ann, pero ni siquiera la escucho.

Camino entre las mesas sin llamar la atención. Todos están muy ocupados brindando de nuevo.

—Hannah —su voz.

Su maldita voz.

Me quedo muy quieta. Es el hechizo. Se ha hecho tan fuerte que ya no puedo escapar de él... o tal vez sea mi corazón decidiendo por mí.

Me giro mientras todos los ojos de la sala se posan en mí. Una muestra más de que Jamie siempre ha sido el único que me ha visto cuando para todos los demás era invisible.

—Sé que este no es lugar perfecto para hacer esto, pero necesito decirte algo —continúa—. Necesito decíroslo a todos.

Se queda callado por un segundo mientras el salón está en un absoluto silencio.

—Hace unas semanas conseguí que la chica más increíble del mundo aceptara pasar tiempo conmigo —empieza a explicar—, una tregua, porque había sido tan estúpido como para que ella se pasase odiándome cuatro años. Fui tan feliz que hasta daba miedo, pero la jodí y ella ya no confía en mí.

Lo observo con el corazón cada vez más acelerado.

—Yo también estaba muy cabreado, todavía lo estoy, pero llevo desde los diecisiete años arrepintiéndome de no haber sido sincero y no quiero seguir sintiéndome así ni un solo segundo más. Te quiero, Hannah —dice mirándome a los ojos, olvidándose del mundo, haciendo que yo también lo haga—. Lo quiero todo de ti y esto no tiene nada que ver con hacerle un favor a Teagan. Habría hecho todas las cosas que hice aunque él no hubiese hablado conmigo, porque solo necesité tenerte cerca un segundo en la cafetería cuando volviste a Paradise para darme cuenta de que tenía dos opciones: o hacía algo y conseguía que me perdonaras o esos cuatro años iban a convertirse en toda la vida porque sé que va a ser imposible olvidarte.

Le mantengo la mirada. La mía se llena de lágrimas.

—Me encanta tu sonrisa, la forma en la que arrugas la frente cuando hago el payaso para contenerla y cómo rompes a reír justo después. Ese sonido. Creo que podría reconocerlo en cualquier parte. Estoy enamorado de ese sonido —sentencia encogiéndose de hombros, entregándose con todo lo que es, macarra, engreído, divertido, bueno—, de todos tus sonidos, de que me llames «idiota» y todo lo que significa cuando lo haces. Quiero ser tu idiota toda nuestra vida.

Las mariposas salen disparadas, haciendo giros imposibles.

—Eres alucinante. ¿Lo sabíais? —les pregunta a todos, pero solo me mira a mí.

Nuestra conexión brilla como si estuviese hecha de luces de neón y esas palabras, no sé cómo, me curan un poquito por dentro, y no hablo de estar juntos o de nuestra historia de amor, me recuerdan que sí que valgo aunque no sepa qué quiero hacer, que él tenía razón cada vez que ha intentado convencerme de que lo importante es lo que llevamos dentro, no el saber o no dónde, qué o cómo vamos a ser.

—Le encanta el chocolate pero siempre te ofrece el último bocado. —Sonrío y automáticamente nos recuerdo en aquella terraza de Lakeside—. Haría cualquier cosa por la gente que le importa, por su familia, por June y, gracias a Dios, por Avery —añade y ahora el que sonríe es él mientras mi amiga saluda encantadísima—. Incluso aceptó ayudarme a mí cuando ni siquiera me soportaba. Y sabe cuidarse muy bien a sí misma, no lo dudéis jamás, y, joder, es valiente —dice con vehemencia para que yo lo recuerde siempre— y sincera y tiene el corazón más bonito del mundo. Hoy me han dicho que somos dos cabezotas orgullosos —Joy Ann sonríe— y tienen razón, pero es que hasta eso me encanta de ti porque no te rindes.

Nos miramos a los ojos un poco más. Mi corazón, mi respiración, mis sinapsis nerviosas, tengo la sensación de que ya no controlo nada y que al mismo tiempo son más míos que nunca.

—Sé que me pediste que no luchara por ti, pero tenía que intentarlo una última vez. Hannah, ¿sabes por qué nunca te he odiado? Porque llevo cuatro años enamorado de ti.

La sala se queda en un silencio todavía mayor, si es que eso era posible. Una lágrima resbala por mi mejilla, pero no es de tristeza.

—¿Te escapas conmigo? —me pregunta y en mi cabeza se reproducen una tras otra todas las veces que me lo ha pedido, lo bien que me he sentido, que con él, mi corazón y yo hemos llegado a casa.

Sonrío. Ya no puedo no hacerlo. ¡Ya no quiero no hacerlo!

—Sí —contesto a la vez que dejo caer los zapatos y salgo disparada hacia él.

Jamie me devuelve la sonrisa. Corre en mi dirección y nos abrazamos con fuerza, con ganas, con todas las cosas bonitas. Todos comienzan a aplaudir y a vitorearnos. Sus manos rodean mi cintura, mis brazos, su cuello. Y, maldita sea, SOMOS FELICES.

Nos separamos lo justo para que pueda perderme en sus ojos castaños, mi mapa para poder regresar siempre a casa, y nos besamos como si estuviésemos cantando el estribillo de nuestra canción favorita.

No sé cuándo decidimos que es buena idea separarnos. Jamie acaricia mi nariz con la suya y, sí, me muero de amor.

—Dime la verdad —lo pido con mis dedos escondidos al final de su pelo, en su nuca —. ¿Quién te ha escrito ese discurso? ¿El doctor Seaver?

—Nadie —responde orgulloso—. Ha sido todo improvisado. Así de flipante soy —

sentencia achinando los ojos sobre mí.

Es un payaso y yo tuerzo los labios conteniendo una sonrisa.

—Creo que te sobrevaloras un montón —replico.

—Ha sido una declaración de amor en toda regla.

Yo finjo meditar sus palabras.

—No, no ha sido para tanto —suelto mi veredicto.

—Superromántico. De película —continúa ignorando lo que le he dicho.

—He visto whatsapps más entregados.

—Nah —contesta sin dudar y sin arrepentirse ni un poquito—. No es verdad. Ha sido alucinante. Después pienso buscar a alguien que lo haya grabado en vídeo y sacar una copia para que lo emitan en Netflix.

—Eres idiota —le digo sin poder contener mi sonrisa, a punto de ser risa.

Jamie da una bocanada de aire dibujando mi cara con sus ojos.

—Creí que no iba a oírtelo decir nunca más —confiesa buscando de nuevo los míos.

El corazón me late muy deprisa ahora mismo. Yo también lo he echado muchísimo de menos.

—Yo también puedo grabártelo en vídeo para que lo veas cada noche —le ofrezco burlona.

—Prefiero el encanto del directo —susurra con sus labios muy cerca de los míos, engreído y exasperante como, desgraciadamente, me encanta que sea.

—Eres idiota. —Se lo ha ganado otra vez.

—He sentido hasta un escalofrío.

—Y un poco payaso —añado con una sonrisa. Eso también se lo ha ganado.

—Y tú estás encantada.

Abro la boca indignadísima, pero tardo algo así como dos segundos en sonreír.

—Jamás lo admitiré.

—Tendré que conformarme con eso.

Ahora es él quien sonríe, tan cerca que su sonrisa enamora a mis labios y los contagia. Nos miramos un poco más. Parece que también somos un poco adictos a estar así de pegados, al segundo antes del beso, cuando la emoción y las ganas podrían luchar cualquier guerra y ganarla.

—¡A la pista de baile! —grita Teagan animando a los invitados a que pasen al salón contiguo, donde está el grupo de música y la barra de las bebidas.

Todos empiezan a levantarse y obedecer.

—Voy a por mis zapatos —digo separándome de Jamie.

Una canción empieza a sonar desde la otra sala. Es *Teenage dream* en la versión de Stephen Dawes.

—Espera —me pide Jamie tirando de mi mano para que vuelva donde estaba.

—¿Qué? —pregunto con una sonrisa enorme que no soy capaz de guardarme para mí, viéndome reflejada en todos los otoños del mundo.

Jamie también me mira y me guarda un mechón de pelo tras la oreja.

—Te quiero, Hannah.

Suelto todo el aire de mis pulmones, me muerdo el labio inferior, sigo sonriendo, el corazón me late desbocado, la música nos envuelve y todo pasa a la vez.

Acabo de comprender eso del encanto del directo.

—Te quiero, Jamie.

Soy feliz. Soy feliz. Soy feliz. No es que elija serlo. ¡Es que lo soy de verdad! Y sigo teniendo dudas y aún estoy buscando un plan. Pero un corazón que no está roto es más fuerte y uno que está en el único lugar donde quiere estar lo es un millón de veces más.

Voy a conocerme a mí misma.

Voy a quererme a mí misma.

El futuro ya no me asusta.

Epílogo



—Podría ser locutora de radio. En uno de esos programas donde la gente llama pidiendo consejos —dice abriendo la boca inmediatamente después para demostrarme que acaba de tener la mejor idea de su vida.

Yo sonrío. Sonreír. Ese es el primer impulso de mi cuerpo cada vez que la veo. Felicidad en estado puro. Bueno, ese y tocarla. Podría pasarme la vida tocándola y viéndola sonreír. La puta combinación perfecta.

—Investigadora marina —propongo mientras nos mezo suavemente. No nos movemos al ritmo de la música, pero ¿a quién le importa?— y convertirte en la primera humana en comunicarte con los delfines.

—¿Como Aquaman? —pregunta burlona.

Me muerdo el labio inferior y cierro un ojo esforzándome al máximo por no romper a reír.

—Mejor que Aquaman —le dejo claro.

—Puedo llamarme Seagirl Martínez.

—Seagirl Martínez Martín —le recuerdo—. No queremos que tu madre se enfade.

Nos miramos y tardamos algo así como un segundo en romper a reír.

Joder, qué bien sienta.

Suena *Daylight,* de Taylor Swift.

—Esta es la canción por la que me preguntaste —dice señalando suavemente hacia arriba, como si pudiese apuntar directamente a la música.

Tardo un segundo en saber a qué se refiere, pero cuando lo recuerdo sonrío de medio lado.

—Sí, te pregunté por la letra cuando íbamos a salir hacia la casa del lago y no supiste contestarme.

Habíamos quedado en la casa de los Seaver y de golpe se encontró con todos: Joy Ann, Teagan, Luke, Joey... Estaba nerviosa y muerta de miedo y aun así no dio ni un solo paso atrás. Hannah es la persona más valiente que he conocido nunca.

—Vamos. Es Taylor Swift —la pico divertido.

—Creo que ha llegado el momento de que reconozcas que Taylor Swift es tu cantante preferida de todos los tiempos y por eso escuchas toda esa música de los

noventa. Solo buscas poder olvidarla.

La miro fingiéndome amenazante y conteniendo una nueva sonrisa.

—Si lo admito, ¿esta puede ser nuestra canción?

—Debe serlo —contesta con la sonrisa más bonita del mundo—. *We are golden* —parafrasea la canción tarareándola bajito.

Sonrío. Enamorado de ella hasta las trancas porque es verdad lo que dice la canción. Da igual todo lo que hubiese creído hasta que la besé por primera vez, todo lo que hubiese imaginado. El amor tiene que ser exactamente como es cuando estamos juntos.

Después de bailar sin despegarnos ni un poquito las tres primeras canciones, Hannah me explica que habló con sus padres después de que se marchara de la cafetería la noche que nos besamos, que ellos la entendieron y la apoyaron y que el alivio que sintió fue increíble.

También me da las gracias, aunque no tenía por qué, por las veces que le he dicho que al final todo saldrá bien, que tiene que ver todo esto como una posibilidad para descubrir sus sueños y perseguirlos, porque fue así cómo poco a poco consiguió dejar de estar asustada. Me siento la hostia de orgulloso con cada palabra que pronuncia, por las ganas que tiene de descubrir todo lo que le espera.

—¿Puedo robártela un momento?

Nos giramos hacia la voz y sonrío al ver a Joy Ann. Supongo que tengo que agradecerle mucho a esa metomentodo. Si no me hubiera gritado que me estaba comportando como un gilipollas por no ir a buscar a Hannah y hacerlo ya cuando nos vieron hablando a Jennifer y a mí, ahora no estaría aquí y sí en la barra, observando a Hannah, cabreado con el mundo y al mismo tiempo buscando alguna excusa para poder acercarme... ¿A quién pretendo engañar? Habría acabado pidiéndole perdón en todos los idiomas con la primera canción. Da igual lo enfadado que esté con ella. Es mi maldito talón de Aquiles y a la vez lo que me da la fuerza necesaria para enfrentarme a cualquier cosa.

Hannah también la mira y asiente. Sé que está molesta con ella porque no le contara lo que estaba pasando, pero también le agradece que nos diera el último empujón para arreglar todo esto.

—Claro —contesta Hannah, separándose y girándose para tener a Joy Ann de frente.

—Lo que te he dicho antes iba en serio. Tienes todo el derecho a estar enfadada conmigo por no haberte contado lo que estaba pasando, pero quiero que lo arreglemos. Te prometo sinceridad absoluta.

Sonrío. Conozco a Joy Ann y no va a rendirse. No voy a negar que la entienda. Es imposible pasar dos segundos con Hannah Martínez Martín y no quererla en tu vida,

aunque ni siquiera la propia Hannah se dé cuenta del efecto que tiene en las personas.

—Eso es importante —le da la razón Hannah.

El tono que usa no se le escapa a Joy Ann. No ha habido ni una pizca de rencor.

—Entonces, ¿me perdonas? —inquiere impaciente.

Hannah finge meditar su respuesta.

—No lo sé —la tortura un poco, pero está clarísimo que se está aguantando las ganas de sonreír, así que no sé hasta qué punto le está funcionando—. Creo que tengo que pensármelo.

—¿Nos bebemos una copa mientras tanto? —propone Joy Ann divertida.

—Claro —responde y sonríe del todo, igual que la exjefa de animadoras.

Se dan un abrazo y dan el tema por solucionado. Me alegro. Mola muchísimo que podamos ser todos amigos.

Vamos a la barra a buscar esa copa. Por el camino, el teléfono me suena y de pronto tengo como unos veinte mensajes diferentes de números que no controlo. Los abro con el ceño fruncido. Todos son de primos o primas de Hannah y un par de su hermana Clara y básicamente en todos me amenazan con cortarme una parte muy concreta de mi cuerpo si no me comporto con ella.

Cuando Hannah se da cuenta de lo que pasa, sigue bebiendo de la pajita de su cóctel con una sonrisa, mirando completamente a propósito a todas partes menos a mí con una mezcla perfecta de «no tengo ni idea de lo que está pasando» y un «más te vale hacerles caso, McQueen».

—¿Cómo han conseguido mi número de teléfono tan rápido?

—Los Martínez Martín somos como ninjas —se ríe descaradamente de mí.

—Entonces, es una suerte que yo sea un buen chico —digo enarcando las cejas, retándola a que me diga lo contrario.

Hannah me mantiene la mirada, puede que quedándose un pelín hechizada, lo que hace que pueda que me sienta la hostia de orgulloso, otra vez.

Finalmente, resopla y cabecea con una sonrisa.

—Eso no te lo crees ni tú, McQueen. De buen chico no tienes nada —me pica.

Y no me queda otra que comérmela a besos para demostrar mi teoría.

No sé si soy o no un buen chico. Lo que sí tengo claro es que me esfuerzo en hacer lo que creo que es justo y cuidar de la gente que me importa. Sin embargo, con Hannah, ella es diferente y quiero cuidarla, aunque tengo clarísimo que no me necesita para eso, y quiero que consiga sus sueños cuando los encuentre y quiero que sea feliz, y sobre todo y por encima de cualquier otra cosa quiero que cada vez que Hannah piense en ella, en su vida, suene música.

—¿Cantante *country?* —plantea.

Lo pienso un momento.

—¿Tienes sombrero de vaquero?

—No, pero me sientan de cine y podría aprender a tocar el banjo.

Sonrío.

—Las posibilidades son infinitas —auguro entrecerrando los ojos.

—Te dedicaré mi primer Grammy.

—Y yo me aseguraré de que nadie grite que se lo merece Beyoncé.

Hannah me mira aguantándose la risa. No se esperaba para nada mi comentario, pero, por mucho que lucha, no puede más y rompe a reír.

Yo la miro con la sonrisa más boba en los labios. Siento dos emociones tirando de mí con una fuerza sobrehumana. Quiero hacerla reír una y otra vez y también quiero llevármela a una habitación y hacerla gritar mi nombre hasta que cambiemos de estación. Objetivo: conseguir las dos cosas.

—¿Qué tal diseñadora de montañas rusas? —propone cuando sus carcajadas apenas se calman.

—El otro día vi en Internet que intentaron levantar una en mitad del agua.

—Entonces, seré muy útil como Seagirl Martínez Martín.

—Defendiendo a los delfines de día, diseñando la diversión de todos de noche. Vas a tener una vida superemocionante —sentencio burlón.

Rompe a reír otra vez y ya no puedo más. Su risa hace bailar mi puto corazón. Entrelazo nuestras manos y tiro suavemente de ella para que me siga.

Atravesamos la pista de baile y salimos del salón. Sin embargo, cuando estamos a punto de llegar a las escaleras, caigo en la cuenta de algo y automáticamente frunzo el ceño.

Sin soltarla, me giro y nos dejo frente a frente.

—No me has preguntado a dónde vamos.

Ella sonríe y juro por Dios que es la sonrisa más bonita del mundo.

—No lo necesito.

Parezco aún más confuso.

—¿Por qué?

—Porque confío en ti.

Joder. Otra vez no puedo más y, tomando su cara entre mis manos, la beso con fuerza. Ella reacciona en el mismo instante en el que mis labios tocan los suyos, me agarra de las solapas de mi chaqueta y me estrella contra su cuerpo y ese vestido de ensueño.

La levanto a pulso. Hannah rodea mi cintura con sus piernas y yo me encargo de que no haya un maldito gramo de aire entre los dos.

—Vamos a encargarnos de descubrir todos tus sueños y que los cumplas —le prometo contra sus labios mientras el eco de la puerta cerrándose aún resuena en la

habitación— porque tú acabas de hacer realidad el mío desde que tengo diecisiete años.

La llevo contra la pared sin separarnos un solo centímetro, asegurándome como cada vez de que mi mano llega primero para que Hannah no se haga el más mínimo daño. Sus piernas me estrechan contra ella un poco más. Le acaricio la mejilla. Mi mano baja y rodea su cuello apretando lo justo para hacerla gemir.

—No podía dejar de pensar en ti —susurro contra su boca.

Hannah vuelve a gemir. Mi otra mano también desciende. Encuentra la piel de su muslo bajo el vestido.

—De imaginar todas las cosas que te haría si tenía la suerte de mi vida y volvías a dejar que estuviésemos así.

Mis dedos alcanzan el encaje de sus bragas.

—De cómo te haría gritar.

—¡Jamie! —hace precisamente eso cuando mis dedos se cuelan bajo la tela y la acaricio.

—Joder —gruño.

La beso salvaje porque ella es el oxígeno que necesito, mi alimento, toda mi felicidad.

Han sido días de mierda, creyendo que la había perdido, pensando en ella hasta quedarme dormido, siendo la primera idea nítida antes siquiera de que abriera los ojos. Hannah Martínez se me metió bajo a piel mucho antes de que la besara por primera vez, de que durmiéramos juntos, antes de que nos reencontráramos en Paradise. Tenía diecisiete años cuando ella llegó allí.

Sin separar mi boca de la suya ni un solo segundo, nos dejo caer en la cama. Me quita la chaqueta. Me desanudo la pajarita y me desabrocho la camisa más rápido que en todos los días de mi vida.

Y entre los dos nos deshacemos del vestido que me ha puesto muy complicado dejar de seguirla con la mirada. Es dulce y sexy como ella, como se vestiría un hada de Shakespeare. Solo que esta hada, al terminar sus asuntos en el bosque, se monta en su moto y se va al club de moda.

Tenemos que dejar de besarnos para que pueda sacárselo por la cabeza. Hannah maldice bajito y en español y yo no puedo evitar sonreír. Cuando nuestras miradas vuelven a encontrarse, me observa de esa manera valiente y entregada al mismo tiempo, demostrándome que confía en mí sin decir una sola palabra más, mordiéndose el labio sin darse cuenta de que lo hace, siendo jodidamente sexy sin ni siquiera pretenderlo. Y mi sonrisa se diluye despacio sin poder apartar los ojos de ella. Y las ganas y la complicidad y el puto amor toman el mando.

Estrello mi boca contra la suya mientras mis manos dibujan su cuerpo y las suyas

me acarician haciendo que el deseo se multiplique por mil.

—¿Cómo quieres que sea? —le pregunto.

Hannah va a contestar, pero yo muevo las caderas entre sus piernas de una manera muy concreta, haciendo que cierre los ojos por el subidón de placer que acaba de sentir y por un segundo le sea muy complicado pensar lo necesario para hablar.

—Dios —jadea.

Nunca me he sentido más orgulloso de lo que puedo hacer en una maldita cama.

—Parece que te está costando un poco decidirte —susurro burlón justo después de morderle la oreja, torturándola.

—Eso es porque eres idiota incluso en estas circunstancias.

Rompo a reír y no pasa un segundo cuando el sonido se mezcla con su risa y, maldita sea, tengo que volver a besarla. Estar juntos es alucinante.

—Quiero que sea duro —dice cuando nuestras carcajadas se calman mirándome a los ojos, jodidamente dulce, jodidamente sexy.

Nuestra conexión, esa de la que he intentado librarme sin ningún tipo de éxito los últimos cuatro años, brilla entre los dos, como si una vocecita nos estuviese diciendo lo que en el fondo los dos ya sabemos: lo del embarcadero no fue una casualidad ni una noche y nada más. Follar juntos va a ser la hostia *ca-da-vez.*

Mis manos bajan por sus costados, relío el encaje de sus bragas en mis dedos y las rompo. Hannah gime por la sorpresa, porque esto le ha gustado más que todo lo demás y yo estoy teniendo que hacer el esfuerzo de mi vida para no correrme aquí mismo solo con los sonidos que hace y con la forma en que me mira.

Cojo sus manos y tiro de ellas hasta colocarlas en el colchón por encima de su cabeza, con mis ojos clavados en los suyos para no perderme ni una sola pequeña reacción.

Hannah gime entre los centímetros de espacio entre nuestras bocas y yo sonrío canalla.

Los pantalones me sobran. Los bóxers. Me pongo el condón y todos los planetas se alinean. Las jodidas estrellas. Porque por fin entro en ella.

Empiezo a moverme como Hannah me ha pedido que lo haga. Es imposible controlar nuestras respiraciones, lo deprisa que nos late el corazón ahora mismo. Somos ella y yo. Y es intenso. E increíble. Y perfecto.

—Pienso follarte duro cada vez que me lo pidas, Hannah —pronuncio contra su boca —. Pienso hacerlo bonito cada vez que sea lo que quieras. —Sigo entrando y saliendo, dibujando con los dedos y su piel el mejor mapa del mundo—. Dos minutos a escondidas o toda la noche en nuestra cama. Te prometo que tú siempre vas a ser la protagonista y que siempre, cada puta vez, sea como sea, voy a hacerte el amor.

Ella es lo más importante para mí.

Se corre gritando mi nombre. Susurrándolo una y otra vez con los ojos cerrados mientras deja de volar y vuelve a esta cama. Yo sigo el mismo camino apenas un par de segundos después con la cara enterrada en su cuello.

Me separo sin aliento, con la respiración trabajosa y el pelo cayéndome sobre la frente. Busco sus ojos y nos quedamos hechizados como siempre que nuestras miradas se encuentran. Nunca he sido tan afortunado como cuando el profesor Woo nos mandó hacer juntos el trabajo de Historia.

—¿Qué pasa, McQueen, te has quedado sin palabras? —me pica con una sonrisa.

—Desde luego que sí —contesto sincero.

Mi confesión la pilla por sorpresa y se sonroja hasta las orejas. Joder. Necesito un respiro porque Hannah Martínez va a volverme completamente loco.

Me inclino sobre ella hasta que mis labios están muy cerca de su oreja.

—No hagas eso o te juro por Dios que no vamos a poder salir nunca de esta habitación —bromeo en un susurro.

Ella rompe a reír de nuevo y yo me tomo muy en serio el besar cada una de sus risas. Sí, está claro que vamos a tener que quedarnos a vivir en esta cama.



—Cremallera, acabas de convertirte en mi enemiga mortal —protesta delante del espejo de cuerpo entero, donde también nos hemos divertido bastante, intentando subírsela.

Yo sonrío y camino hasta su espalda. Aparto sus manos y me concentro en hacerla subir. Es un poco más complicado de lo que parece.

Hannah sonríe a mi reflejo. El pelo castaño le cae ondulado un poco por debajo de los hombros y ha vuelto a ponerse la delgada corona de flores.

—Podría ser veterinaria —apunta torciendo los labios pensativa—. Me gustan mucho los animales.

Levanto la mirada de lo que mis manos hacen y sonrío. Sería una veterinaria increíble.

—O, no sé, periodista.

—Reportera de guerra —especifico.

—¿Crees que podría? —me pregunta.

Nuestros ojos vuelven a encontrarse en el espejo. La conozco y sé que está pensando otra vez que no es suficiente.

—Espera —digo alarmado mirando a mi alrededor.

Hannah me observa confusa y por inercia lleva la vista a todos lados como yo.

—¿Dónde estoy? —indago dando un paso atrás y contemplándolo todo como si

acabara de despertarme en una cápsula espacial. Me cuesta un mundo no sonreír, sobre todo por cómo está reaccionando ella.

—¿Cómo que dónde estás?

Achino la mirada sobre Hannah.

—¿Quién eres?

Hannah sonríe conteniéndose por no reír.

—Jamie, ¿qué haces?

—¿Eres Hannah Martínez?

Ella resopla divertida y exasperada a punto de llamarme idiota y echarme de la habitación.

—Sí.

—¿Hannah Martínez Martín?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué demonios dudas? —replico lleno de seguridad, recortando la distancia que nos separa—. Puedes hacer cualquier cosa que te propongas.

No aparta la mirada de la mía y poco a poco puedo ver cómo mis palabras la convencen. No soy estúpido. Sé que todavía tiene miedo y que no vamos a vencer todos los fantasmas de su futuro de un chasquido solo porque ahora estemos juntos. Pero también tengo claro que algo ha cambiado. Como la chispa de una revolución. Y mi chica no va a permitir que esa llama se apague. Si en algún momento vuelve a dudar, no pasa absolutamente nada. Yo estoy aquí para recordarle que es increíble.

—Pintora profesional —decide—, de cuadros en gran formato, rollo murales, y desde ya me niego a exponer en galerías de arte. Viviré en una fábrica reconvertida en estudio donde trabajaré y la gente que quiera comprar mi obra tendrá que venir a verme. Sin zapatos y vestidos de blanco, por deseo expreso de la artista.

Yo sonrío y asiento.

—El blanco me sienta de miedo —respondo—. Gracias por pensar en mí.

Ella aprieta los labios al tiempo que aspira el aire con una expresión tan culpable que es obvio que no se siente culpable para nada.

—Tú tendrás que ir desnudo. Siempre —me explica—. Lo siento. Eso también es por deseo expreso de la artista. Eres mi muso.

La explicación me pilla por sorpresa y no me queda otra que echarme a reír.

Volvemos a besarnos y la llevo de nuevo contra la pared. Estás paredes molan muchísimo y a mí ya se me están ocurriendo un montón de cosas.

—Tenemos que terminar de vestirnos —protesta contra mis labios sin esforzarse mucho ni dejar de sonreír—. Si no volvemos a la fiesta, van a pensar que nos han secuestrado.

—Dejémosles que lo piensen —murmuro contra su cuello. Caliento la piel con mi

aliento, la muerdo y beso la zona que acabo de enrojecer. Hannah gime encantada y una media sonrisa se dibuja en mis labios—. Podemos pedir un rescate.

Rompe a reír, pero tras un par de carcajadas que no puede controlar se frena para no dejarme ver que le he hecho gracia y pueda salirme con la mía.

—Tenemos que bajar.

Me separo y me quedo frente a ella.

—Sin más besos —digo por dejar claro la situación en la que nos encontramos.

—Sin más besos —responde sin dudar.

—Ni uno solo —planteo entrecerrando los ojos divertido y acercándome un poco más a ella.

Hannah niega con la cabeza conteniendo una sonrisa.

—Vas a tener que comportarte como un buen chico, McQueen —susurra mientras su mirada se pierde de mis ojos a mis labios.

Me inclino sobre ella. Su respiración vuelve a acelerarse, como si estuviésemos hechos de ganas de tocarnos y ser felices. Me detengo a un centímetro de sus labios. Ella los entreabre... pero en el último segundo me enderezo y me meto las manos en los bolsillos.

—¿Nos vamos o qué? —pregunto.

Hannah se queda hechizada un segundo de más antes de reactivarse, mirarme mal y, cuando sonrío, girarse hacia la cama y tirarme una almohada. Yo rompo a reír.

Va a tirarme otra, pero soy más rápido, la cojo de la mano y la atraigo hasta mí.

—Me encanta estar contigo. Me da igual lo que estemos haciendo.

Ella sonríe y el corazón se me agita contento porque es una sonrisa llena de amor.

Hannah recuerda que ahora mismo no le caigo muy bien y contiene el gesto. Demasiado tarde.

—Siento no poder decir lo mismo —me advierte entrecerrando los ojos.

—Eres muy dura.

—Lo sé.

—Supongo que tendré que acostumbrarme a tener una novia superdura.

La palabra nos hace sonreír a los dos. Qué bien sienta.

—Harás bien.

Nos besamos porque no queremos hacer otra cosa.

—¿Bajamos? —digo acariciando su nariz con la mía, entrelazando los dedos de nuestras manos.

Hannah sonríe. Su gesto se imita en mis labios. He perdido la cuenta de cuántas veces ha pasado desde que le he pedido que nos escapáramos juntos en el convite.

—Bajamos —responde.

Hemos avanzado un par de pasos cuando Hannah tira de mi mano al tiempo que se

detiene, provocando que yo haga lo mismo.

—¿Puedo pedirte algo? —pregunta con cautela cuando me vuelvo.

—Lo que quieras.

¿Qué está pasando?

—¿Podría encender tu móvil?

Creo que esa es la última pregunta que me esperaba. Me meto la mano en el bolsillo de los pantalones y le tiendo mi teléfono.

Ella suspira armándose de valor y pulsa el botón del lateral. En cuanto lo hace, la pantalla se enciende. Otro suspiro mucho más corto, una mezcla de sorpresa y emoción, se escapa de sus labios.

Yo sonrío. Acabo de entender por qué me lo ha pedido y tengo una ligera idea de quién es la responsable.

—Me encanta esa foto —digo.

Hannah vuelve a pulsar el botón para que la pantalla se ilumine y su foto con la mirada sorprendida, emocionada y divertida observando la corona de lucecitas encendidas que June acababa de ponerle el día que estábamos arreglando el patio para la fiesta de compromiso de Teagan y Avery aparezca como mi fondo de pantalla.

—Te quejaste de que estábamos perdiendo el tiempo —pronuncia sin poder entenderlo.

Sonrío sintiéndome un poco estúpido y bastante culpable.

—Lo siento. Fue un mecanismo de defensa desesperado. Si hubieses seguido jugando con esa corona, te habría suplicado que me dejases comerte a besos allí mismo.

Hannah tuerce los labios escondiendo una sonrisa.

—Joy Ann me ha dicho que encendiera tu móvil.

—Lo sé. Me echó una buena charla sobre lo imbécil que estaba siendo por no ir a buscarte cuando la vio.

Su sonrisa por fin irrumpe en sus labios y se contagia en los míos.

—Al final vamos a tener que tatuarnos su nombre o algo así —bromea.

—No se lo digas a ella. Le va a parecer una idea genial —sentencio socarrón.

—Vamos a poner una nueva regla ahora mismo —decide de pronto.

Frunce el ceño.

—¿Seguimos teniendo reglas? —planteo burlón.

—Claro que sí —contesta sin dudar—. Cada vez que resoples, me debes veinte pavos.

Finjo sopesar sus palabras.

—No termino de verlo claro.

Los dos sonreímos.

—¿Cuál es esa nueva norma? —indago.

Hannah me mira a los ojos con los suyos verdes y jodidamente bonitos.

—Cuando algo nos duela o nos enfade, hablaremos con el otro. Siempre.

Le mantengo la mirada. El corazón me late como un loco en el centro del pecho. Vamos a ser la hostia de felices.

—Siempre.



—¿Podrías dejar de mirarla y sonreír en algún momento? Es de lo más molesto —claramente se ríe de mí Joy Ann, pero no podría importarme menos.

Levanto mi mirada de Hannah y la centro en ella. Puede que un poquito a regañadientes. Pero es que Hannah está bailando con Avery y June y cantando y riendo y creo que soy adicto a eso.

—Cuando os caséis, yo seré tu padrina. Lo digo por si te quedaban dudas —me advierte.

Estamos sentados en una de las mesas redondas que ya no están perfectamente dispuestas ni montadas como antes. Me he quitado la pajarita y me he desabrochado los primeros botones de mi camisa blanca.

—¿Y qué pasa con tu hermano? —inquiero para picarla.

—El doctor Seaver ya habrá muerto por autorrecetarse tanto tequila.

Sonrío.

Nos pasamos el siguiente par de minutos en silencio hasta que Joy Ann echa un vistazo al enorme salón y suspira pensativa.

—¿Estás bien?

—Era una zorra cuando estábamos en el instituto, ¿verdad? —pregunta mirándome de nuevo.

Yo me contengo para no sonreír otra vez. El proceso de «tengo que cambiar» de Joy Ann no ha empezado ahora. Hace mucho tiempo que se dio cuenta de que no podía comportarse como lo hacía y que debía empezar a preocuparse de verdad por cómo trataba a los demás. Pero también sé que, desde que volvimos a reencontrarnos en Paradise, darse cuenta de cómo la veían Hannah, June y, más que nada, Avery ha hecho que se arrepienta de no haber comenzado con todo esto de no ser una arpía mucho antes o directamente no haberlo sido jamás.

—Un poco —respondo socarrón.

Ella resopla.

—Éramos unos capullos.

—¿Por qué me metes a mí también? —me quejo divertido.

—Se me olvidaba con quién estoy hablando —replica desdeñosa y me mira aún peor, lo que no me deja otra que volver a sonreír.

—¡Joy Ann! —la llaman a coro Hannah y las chicas desde la pista de baile.

—Baila con nosotras —le pide Avery haciéndole un gesto con la mano para que se acerque.

—Pensaba que las animadoras tenían más aguante —se burla June.

—Sobre todo, la jefa —apunta Hannah con una sonrisilla.

Ella finge poner los ojos en blanco, pero ya está sonriendo cuando se levanta.

—Lo estás haciendo bien —le digo.

Y la prueba es cómo ha encajado con Hannah, Avery y June, incluso si estuvieron unas semanas peleadas porque Joy Ann no pusiera al tanto a Hannah de lo que estaba pasando. Le debo una por esa. Ella quiso contárselo desde el principio y me llamó imbécil como un millón de veces por haberle mentido.

—Tú también —responde antes de echar a andar hacia ellas—. Bonito discurso, por cierto —se burla.

Yo la miro con cara de estar por encima de las circunstancias, ella a mí y los dos acabamos sonriendo.

La observo llegar hasta las chicas, cómo la reciben con aplausos y las cuatro se ponen a bailar.

Joder. Estoy feliz. Dos palabras que parecen muy fáciles de pronunciar pero que son muy difíciles de conseguir. No es que haya ido como un alma en pena por ahí toda mi vida. He estado bien la mayor parte del tiempo. Me he divertido. He tenido días geniales y he estado contento, mucho... Pero esto es otra cosa. Otro nivel. Como ir a comprarte tu peli favorita y descubrir que existe una edición *deluxe*.

—Ya tienes a la chica. Podemos volver a ser amigos.

Es Luke. Plantado delante de mí. Con la mirada apagada, la pajarita suelta y la chaqueta colgada del brazo.

Yo resoplo.

—En serio, tío, ¿a estas alturas de la película aún no lo entiendes? —replico levantándome y quedándome frente a él. No grito. No monto una escena porque nunca haría nada que les arruinara la boda a mis amigos. Pero eso no significa que por dentro no esté hirviendo de rabia por esta puta conversación—. Yo no me cabreé contigo porque estuvieras con Hannah. Estaba jodido, pero ella era feliz y con eso me bastaba. Me cabreé contigo porque le hiciste daño.

Me pasé los cuatro primeros meses evitando a Hannah en Stanford, convencido de que, si no me había buscado después de que fuera a su casa y si se había marchado sin despedirse, era porque la había perdido de todas las maneras posibles. ¿Quién podía culparla de no querer verme? Me había comportado como un capullo.

Pero entonces regresé a Paradise esa Navidad. Luke y yo estábamos en la calle principal, perdiendo el tiempo, y ella se cruzó con nosotros con su hermana Clara. Hubiese entendido que ni siquiera me mirara a la cara, pero lo que pasó fue un millón de veces peor. Hannah no dijo una palabra y nos mantuvo la mirada porque es valiente, mucho más incluso de lo que ella cree. Estaba enfadada pero también triste. Se sentía culpable. Y lo que más dolió de todo, estaba un poco asustada. De Luke y de mí. No podía ser verdad. Pero es que sabía que no me equivocaba. Le pregunté a Luke y me dijo que no tenía ni idea, que había roto con ella y que no se lo había tomado bien.

No lo creí, pero tampoco tenía tiempo que perder con él. Si Hannah estaba mal, necesitaba saber qué había pasado. Me planté en casa de los Seaver, entré sin llamar en la habitación de Joy Ann y le cerré el portátil de golpe mientras ella no paraba de protestar.

Me contó todo lo que había hecho Luke, que se había acostado con Hannah aprovechándose de que ella lo quería y haciéndole creer lo mismo, que después se lo había contado a ellos y que había dejado que Jennifer, Zoe y Joey se rieran de ella.

Salí disparado hacia la casa de Luke, otra habitación a la que entré sin llamar, y le di una paliza. ¿Me siento orgulloso? A ver, claro que no, joder. Era mi mejor amigo y sé que las cosas no se arreglan a puñetazos. Pero no iba a permitir que le hiciese daño a Hannah, que ella se sintiese así incluso cuatro meses después, y que no pagara por ello. No volví a hablarle.

Después de aquello quise arreglar las cosas con Hannah, pero cada vez que me acercaba a ella me dejaba claro cuánto me odiaba, y mi propio enfado salía como mecanismo de defensa, haciéndonos discutir una y otra vez.

—Lo pillo. Soy el cabrón de esta historia —responde alzando suavemente las manos.

—Yo no lo habría expresado mejor.

Echo a andar. No quiero tenerlo cerca. Luke no es un mal tío, pero tiene que aprender de una maldita vez que lo que hace tiene consecuencias no solo para él, sino para todos los que mete en sus líos. En el instituto, incluso en los primeros meses de universidad, perdí la cuenta de cuántas veces me llamó porque la había liado y necesitaba ayuda.

Sin embargo, solo me he alejado un par de pasos cuando me detengo en seco. Hannah no querría que hiciera esto. Luke es importante para ella. Me llevo las manos a las caderas y resoplo mirando al techo. No se merece que le ponga las cosas fáciles, pero no lo hago por él, lo hago por ella.

—Que te hayas comportado como un cabrón una parte de la historia no significa que tengas que serlo el libro entero, pero tienes que cambiar, tío.

Luke parece escuchar mis palabras de verdad y asiente.

—Estoy en ello —responde.

Ahora es mi turno para asentir.

—En serio espero que te vaya bien.

Que aprenda la lección.

—Yo también.

Asiento una última vez y me alejo con otro resoplido en los labios. Ha sido mi mejor amigo la mayor parte de mi vida y, si no llevara casi cuatro años tan cabreado con él, lo echaría de menos.

Solo quiero que cambie de verdad y empiece a hacer las cosas de otra manera.

Voy a la barra a por una copa. La necesito. Mientras espero a que el camarero me atienda, mi mirada se cruza con la de Hannah. Sonríe y me hace un gesto con la mano para que vaya con ella. Yo le devuelvo la sonrisa y niego con la cabeza. Mi chica me pone morritos y empieza a mover las caderas pretendiendo demostrarme lo guay que es bailar. Yo vocalizo la palabra «whisky» para dejarle claro que lo mío también es muy divertido y Hannah rompe a reír. Misión cumplida. «Por favor» me pide solo moviendo los labios como yo he hecho antes, ofreciéndome su mano y mirándome de esa manera por la que sería capaz de bajarle la luna si la quisiera.

Resoplo, por aquello de seguir pareciendo inaccesible y mantener el misterio, pero tardo dos segundos en sonreír y echo a andar hacia ella.

—Tú también eres muy duro —se burla cuando ya tengo mis manos en sus caderas, y ella entrelaza las suyas en mi nuca y nos movemos suavemente al ritmo de la música.

—Tengo que serlo, muñeca —replico con la voz ronca, como si de pronto me hubiese convertido en un detective de película en blanco y negro.

Los dos sonreímos hasta casi reír. Al final va a ser verdad que me gusta hacer el payaso.

—¿Cuándo tienes que marcharte a Nueva York? —me pregunta.

—Los entrenamientos empiezan en dos semanas.

Ella tuerce los labios y asiente. Sí, yo tampoco quiero que nos separemos todavía. Ojalá aún nos quedara todo el verano por delante.

—¿Y tú has decidido dónde vas a vivir?

Me responde encogiéndose de hombros.

—Pequeña Hannah, ¿ya estás recuperada?

Los dos nos giramos hacia la voz. Es la señora Thelophalakis bailando con su marido.

Hannah sonríe y asiente.

—Sí, muchas gracias. Ya estoy bien.

La ancianita la mira a ella perspicaz, después a mí y se vuelve hacia su mirado.

—Ya te dije que no era un golpe de calor —le recuerda.

Hannah se pone roja hasta las orejas y yo sonrío macarra mientras me muerdo el labio inferior.

—Es que es muy intuitiva —me burlo en un susurro.

Hannah se esfuerza en contener la sonrisa.

—No bromees con esto —me pide tratando de parecer muy seria y fracasando estrepitosamente—. Quería llamar a un cura.

—Una mujer previsora.

Hannah me da un manotazo en el hombro y yo sonrío encantado. Fastidiarla es muy divertido.

En ese momento la alcaldesa Wheeler rompe a reír por algo que le ha dicho el sheriff, que levanta las manos haciéndose el inocente.

Los señores Martínez Martín están bailando también, como los Thorne y mis padres. Miro al techo sin ningún motivo y me quedo embobado con sus lucecitas diminutas, como si lo hubiesen llenado de estrellas que brillan junto a la preciosa lámpara de araña un poco más abajo. El Bluebelle es un sitio increíble.

—Creo que de momento voy a quedarme en Paradise —dice Hannah haciendo que baje la mirada y vuelva a prestarle toda mi atención—. Aquí está mi familia y es donde siempre vuelven mis amigos. Además, están todos ellos —añade y sé que se refiere a todos nuestros vecinos.

Yo sonrío y la beso sin poder contenerme un solo segundo más.

—Me parece una idea genial —sentencio contra sus labios.

Paradise siempre será nuestro hogar.

Epílogo + 1



Miro la puerta de madera blanca esperando a que me abran.

—Ya estás aquí —dice entusiasmada en cuanto aparece al otro lado.

Yo sonrío. Hannah mira veloz al interior, da un paso hacia adelante, obligándome a girarme para seguir teniéndola de frente, y mueve la puerta hasta casi cerrarla.

No me deja decir nada, toma mi cara entre sus manos y me besa. Yo no necesito más para reaccionar y, recordando milagrosamente que no puedo tirar las tartas que llevo entre las manos para tenerlas libres y tocarla, putas tartas, le devuelvo el beso.

Hannah se echa hacia atrás para separarse y yo tengo que reconocer que me quedo un momento con los ojos cerrados y la expresión entregada. Por Dios, podría comérmela a besos ahora mismo.

—¿Estás preparado? —me pregunta con la voz más dulce del mundo.

—Para todo.

Hace dos días los padres de Hannah me invitaron a comer con ellos y con todos los Martínez Martín. Esto tiene un poco de emboscada. Estoy seguro. Pero no me importa. Entiendo que quieran asegurarse de con quién sale Hannah.

Entramos en la casa. Se oye una voz. Alguien hablando en la cocina en español. Todo parece muy tranquilo hasta que esa persona termina de decir lo que tiene que decir y otras diez rompen a reír. De pronto suena música, las voces se superponen en una conversación superrápida y unos cuatro niños entran corriendo desde el jardín.

Hannah me mira y sonríe recordándome que ya me advirtió de dónde me metía cuando me hice el valiente y les dije a sus padres que estaba deseando venir.

—Qué bien que ya estás aquí —dice una mujer que se parece mucho a la señora Martínez Martín. Me habla a mí, pero sigue haciéndolo en español—. ¿Qué tal estás, chiquillo? ¿Un tintito con limón?

Esto no puede ser tan difícil. Estudié español en el instituto. Hannah lleva enseñándome palabras desde la boda de Teagan... Vale, el noventa por ciento de lo que he aprendido con ella no puedo usarlo ahora si no quiero quedar como el rey de los pervertidos. Pero me bajé esa app para aprender idiomas. Lo tengo todo controlado.

Voy a decir que sí, que me tomo un tintito con limón, porque supongo que tintito será el diminutivo de tinto.

—¿O prefieres una clara? —me interrumpe la misma mujer.

Bam Bam, de Camila Cabello y Ed Sheeran, comienza a sonar desde el jardín.

Abro la boca dispuesto a contestar, pero la cierro completamente perdido. Clara es la hermana de Hannah, ¿qué pinta en esa pregunta?

—Sí, tía, una clara —me salva Hannah.

La mujer asiente.

—Me tienes que hablar más, chiquillo —me dice antes de girarse—, que aquí somos todos muy charlatanes —añade con una sonrisa—. Vamos, venid.

Yo le devuelvo el gesto y la seguimos.

—Una clara es una cerveza con refresco de limón —me explica Hannah en un susurro mientras caminamos.

Suena bien y seguro que sabe mejor.

—Te va a encantar —continúa guiñándome un ojo.

—¿Me has robado el gesto? —planteo haciéndome el indignado.

—Puede ser —contesta socarrona.

—¡Hola! —nos reciben las quince personas que hay en la cocina.

—Familia, este es Jamie —me presenta Hannah—. Jamie, ellos son...

Me dice los nombres de todas las mujeres que son sus tías, el de sus dos tíos que están arreglando una de las tuberías bajo el fregadero con el señor Martínez y el de su prima. Su madre y su hermana también están aquí.

—He traído tartas —digo acercándome a la mesa para dejarla en el centro—. Una es la preferida de Hannah y la otra, de queso.

—Gracias, tío —me dice Clara agradecida de verdad—. El gusto de mi hermana para las tartas deja mucho que desear.

Hannah protesta y yo sonrío.

A partir de ese momento empieza un auténtico interrogatorio solo que con quince polis, más en español que en inglés y con muchas historias que empiezan porque mi respuesta les recuerda a algo que pasó no sé dónde o a quién. Es que hablan muy rápido.

—¿Y qué van a hacer tus padres cuando te marches a Nueva York? —me pregunta una de sus tías—. Porque tú les echas una mano en la cafetería, ¿verdad?

Asiento.

—En realidad ya tienen una camarera nueva —explico con una sonrisita.

Hannah me la devuelve.

—Empecé a trabajar ayer —anuncia a su familia.

Su madre le da un codazo a la mujer que tiene al lado y asiente muchas veces orgullosa.

—Mientras esté en Paradise trabajaré en el Meredith’s —les cuenta—. Así reuniré

dinero para pagarme la universidad o lo que decida hacer.

Mi sonrisa se hace más grande. Hannah sigue dándole vueltas a cuál va a ser su futuro, pero ya no hay ataques de ansiedad. A veces un poco de miedo y a veces mucho, pero siempre acaba diciéndose a sí misma que esto es un camino y al final lo conseguirá.

No sé exactamente de quién fue la idea, si de ella o de mi madre, pero una noche, mientras nos ayudaba a recoger la cafetería, empezaron a hablar de lo que Hannah quería hacer a corto plazo. Ella estaba preocupada porque tendría que pedir otra beca si decidía seguir estudiando y dudaba mucho que fuese a lograr otra completa, así que necesitaría dinero. Mi madre no dejaba de repetir que quería a alguien de confianza y que le preocupaba no encontrarlo.

Esa misma noche cuando cerramos, el Meredith's ya tenía nueva camarera y yo no podía estar más contento.

—Pues mi Stephanie necesita trabajo también —comenta otra de las mujeres—. El bar donde trabajaba en Lakeside acaba de cerrar.

—No te preocupes, mujer. Seguro que encuentra otra cosa.

—Es que acaba de tener un bebé y ya sabes cómo son a veces los jefes, no quieren gente que tenga un niño tan pequeño.

Yo lo pienso un momento.

—El señor Ocean estuvo ayer en la cafetería —les digo—. La chica que tenía contratada en la tienda se marcha en septiembre a la universidad y está buscando a alguien. Su hija, que trabaja con él, tiene un niño de un año y medio y el señor Ocean le ha preparado una sala de juegos en la trastienda para que pueda estar con ellos mientras trabajan. Lo sé porque mi padre y yo lo ayudamos a montar los muebles. Seguro que no le importa que... Stephanie —hago memoria con el nombre de su hija— se lleve también a su bebé.

Todos me miran un segundo hasta que la señora Martínez Martín da una palmada.

—Qué buena idea, Mari Jose.

La otra mujer sonríe encantada.

—Es que es perfecto —me dice—. Muchas gracias, chiquillo.

Y de pronto todos vuelven a hablar muy rápido en español, olvidándose del poquito en inglés. Pierdo el hilo a los treinta segundos.

Triana, la perra de Hannah, se acerca a mí y me empuja con la cabeza para que le haga caso y la acaricie.

Me agacho y lo hago. Ella me recompensa con un lametón y yo le doy un montón de besos en la cabeza

—¿Cómo va eso, bola de pelo?

Me encanta esta perra.

—Buena suerte —dice Hannah arrodillándose a mi lado—. Tal vez ella sí se acuerde de hablarte en inglés —se ríe de mí.

Yo me muerdo el labio inferior fingiendo que no la he oído para nada. Le cojo la cabeza a la perra y la muevo a la vez que le hago carantoñas. Ella me chupa las manos contenta y mueve la cabeza para que la acaricie otra vez. Oído cocina.

—Jamie —me llama el señor Martínez saliendo de debajo del fregadero—. ¿Has dicho que tú montaste los muebles, ¿no?

Asiento.

—Sí, señor.

—Pues ven conmigo —dice echando a andar hacia la puerta de la cocina que da al jardín trasero—. Vamos a ver qué tal se te dan los coches.

—Buena suerte otra vez —se burla Hannah de mí.

Yo le guiño un ojo con una media sonrisa. Lo tengo todo controlado.

En cuanto salimos, el señor Martínez intercambia una mirada con, imagino, uno de sus cuñados, que está jugando una partida de cartas con dos chicas más o menos de mi edad. El hombre se levanta y viene con nosotros hasta uno de los laterales de la casa.

—Estamos arreglando este coche para la hija de mi hermano Benja —me explica deteniéndose frente a un Ford. Es un poco antiguo, pero se ve que lo han cuidado bien —. Lo necesita para ir a estudiar a Atlanta. El carburador está fallando en alguna parte, pero no vemos dónde y ya sabes lo que dicen: cuatro ojos ven más que dos.

No se me olvida que el señor Martínez es mecánico y uno muy bueno. No me necesita para nada. Solo me está poniendo a prueba. Me meto bajo el capó mientras repaso todo lo que mi padre me ha enseñado de mecánica cuando lo he ayudado a reparar su camioneta o cuando yo he tenido que hacer lo mismo con mi Jeep.

—Creo que lo primero es asegurarnos de que la válvula de aire está funcionando bien y después que no sea cosa de la cubierta del ahogador.

El señor Martínez asiente y entre los tres empezamos a trabajar.

—Hannah nos ha contado que te marcharás la semana que viene —me dice su padre con la cabeza en el motor como yo, pero al otro lado del capó.

—Sí, señor. Los Giants empiezan los entrenamientos.

—¿Ya tienes dónde vivir?

Me paso la muñeca por la frente y creo que me mancho la sien con un poco de grasa.

—Al principio me quedaré en casa de Teagan y Avery —el doctor Seaver estudia Medicina en Columbia y Avery ha entrado en la Escuela de Derecho de la Universidad de Nueva York—. El club me ha ofrecido una casa, pero no va conmigo. Quiero encontrar algo por mi cuenta.

Era una casa demasiado grande. No quiero vivir en tres plantas y cuatrocientos metros útiles. No lo necesito.

—¿Y qué va a pasar con Hannah?

Lo miro. Quiero que sepa que hablo completamente en serio.

—Vendré a verla todas las veces que pueda y ella puede venir a Nueva York todas las que quiera.

—Tienes partidos todas las semanas y entrenamientos, así que ¿cuándo será eso de «las veces que pueda» exactamente?

Aprieto los labios. Tiene razón. El nivel de exigencia de un equipo de fútbol profesional es altísimo en temporada. No tiene sentido mentir y decir que voy a tener la libertad de venir todo lo que me gustaría, pero vamos a hacer que funcione y si tengo que coger un avión, dormir un par de horas y dejarme la piel entrenando para poder verla, lo haré. Además, tenemos el teléfono, los mensajes y las videollamadas. Lo conseguiremos.

—Es cierto que mientras dure la temporada regular será un poco más complicado, pero la Super Bowl es a mediados de febrero y volveré a estar libre hasta finales de agosto.

—¿La Super Bowl? —repite—. ¿Ya das por hecho que vas a jugarla?

—Y a ganarla, señor. Si no, ¿qué sentido tiene?

Siempre he pensado que, si vas a hacer algo, tienes que intentarlo con todas tus fuerzas y creer que podrás con ello.

El cuñado del señor Martínez Martín sonríe encantado por mi respuesta. Él también, pero disimula el gesto rápido.

—Seamos claros —me advierte dejando la bujía que estaba limpiando a un lado y saliendo del capó. Yo hago lo mismo y nos quedamos frente a frente—. No quiero que mi hija se quede esperando aquí por ti y que después tú decidas que Paradise se te ha quedado pequeño.

—Con todos mis respetos, señor Martínez, Hannah no se queda esperándome a mí. Cuando descubra lo que quiere hacer, va a hacerlo y nadie va a detenerla. Seré yo quien la espere a ella aquí, en Nueva York o donde decidamos estar. Además, Paradise es mi hogar. Nunca va a quedárseme pequeño.

No hay ni una sola duda.

—Ahí te ha dado, Antonio —lo pica su cuñado con una sonrisita.

El señor Martínez lo mira mal y yo doy un paso adelante.

—Sé que está preocupado —pronuncio demostrándole todo el respeto que siento por él— y que lo único que quiere es proteger a Hannah, pero le juro que esto no es ningún juego para mí ni algo con lo que entretenerme hasta que me vaya a Nueva

York. La quiero, señor Martínez, y aunque ella no me necesita para eso voy a cuidarla porque lo que más me importa en el mundo es que sea feliz.

El padre de Hannah me observa en silencio. Sabía que esta comida tenía mucho de emboscada y lo del coche, mucho de ponerme a prueba, pero no imaginaba que estaría tan nervioso. Quiero que esté contento con esto. Por mí y, sobre todo, por Hannah.

—¿Vas en serio?

—Sí, señor.

—¿Hasta el final?

—Para toda la vida.

—Más te vale comportarte como un hombre —me amenaza señalándome con el índice— porque, si le haces daño a mi pequeña de la manera que sea, tú y yo vamos a tener un problema de los buenos. ¿Queda claro?

—Cristalino.

El señor Martínez me estudia un poco más con la mirada y finalmente asiente mucho más relajado y me da una palmada en el hombro.

—Vamos a terminar de arreglar ese carburador —dice señalándome el coche con un golpe de cabeza.

Cuando me da la espalda, dejo escapar todo el aire que sin darme cuenta había retenido. Sonrío. Conseguido.

De camino al Ford, mi mirada se cruza con la de su cuñado, que me sonríe y asiente, diciéndome sin palabras que lo he hecho bien.

—Vas a necesitar esto —anuncia Hannah entrando en la cocina con un bote de algo que no puedo identificar.

Su madre la ha mandado a buscarnos hace unos minutos para que entráramos ya y nos laváramos las manos. Comeremos en el jardín. Ya están todos allí.

—Es un jabón casero que hace mi tío Ernesto —me explica echándome un poco en las manos—. Es lo único que va a quitarte las manchas de grasa sin que tengas que pasarte dos días frotando.

Obedezco y me lavo las manos. La verdad es que es sorprendentemente eficaz y las tengo impolutas en cuestión de segundos.

Hannah me da un trapo para que me seque y echa un poco del líquido milagroso en otro.

—Trucos de los Martínez Martín —me asegura con una sonrisa burlona.

Acerca el trapo a mi frente y me limpia la mancha de grasa que tengo cerca de la sien.

—Se te da muy bien lo de mecánico sexy, ¿lo sabías?

La conozco lo suficiente como para saber que otra vez se está riendo de mí.

Me muerdo la punta de la lengua conteniendo la sonrisa y ella me observa haciéndose la inocente.

—Pues que sepas que tu tío Ernesto está pensando en vender ese jabón a nivel nacional y va a contratarme como modelo.

Ahora es su turno para aguantarse las ganas de reír.

—En ese caso, seré tu mánager —decide.

Yo estiro suavemente los labios al tiempo que chasqueo la lengua.

—No creo que sea una buena idea mezclar lo personal con lo profesional —le explico preocupado.

Ella cabecea meditando mis palabras.

—En ese caso, hemos terminado, McQueen —anuncia ceremoniosa—. Tu carrera como modelo profesional es demasiado importante para mí. A partir de ahora seremos solo representante-representado.

Me tiende la mano para que se la estreche y lo hago, pero aprovecho para tirar de ella hasta mí. Hannah rompe a reír por la sorpresa. Le robo un beso y le robaría otro de no ser porque estamos en mitad de la cocina y ya me ha costado ganarme a su padre.

—¿Qué tal ha ido con mi padre? —me pregunta.

—Bueno, sigo vivo, ¿no? —apunto con una sonrisilla macarra.

—No cantes victoria tan rápido.

Entrecierro los ojos fingiéndome indignado y ella se encoge de hombros haciéndose otra vez la inocente.

—Hay algo que quería decirte —llama mi atención buscando mi mirada.

Yo la acerco colocando mis manos en sus caderas. Me la estoy jugando, pero es que no sé tenerla cerca y no querer que lo esté un poco más.

—Dispara —respondo.

—En la boda... —empieza a decir y guarda un segundo de silencio. Yo frunzo el ceño. ¿Qué ocurre?— ... Joy Ann me hizo darme cuenta de algo. Es importante, ¿sabes?

—¿Estás bien?

Es lo primero que me sale preguntar. Necesito saber que lo está.

—Sí, es solo que es algo que... bueno, yo... —Se muerde el labio inferior preocupada.

—Hannah, ¿qué pasa?

Ella da una bocanada de aire, apoya las manos en mi pecho y se alza de puntillas.

—En la boda comprendí que con diecisiete años yo también estaba colada por ti —susurra en mi oído.

¿Qué?

Se separa y busca mi mirada y, joder, yo estoy alucinando. Una sonrisa nerviosa se

escapa de mis labios.

—Es la mejor noticia que me han dado nunca.

Que le jodan a la carta con la beca para Stanford, a la llamada del entrenador de los Giants.

—Ahora tenemos que irnos a comer.

¿Qué? No.

—Tenemos que celebrarlo —digo y mi sonrisa se transforma en una media. Se me están ocurriendo muchas cosas—. Prometo que vendremos a comer todos los días los próximos diez años, pero ahora tenemos que irnos.

Hannah rompe a reír, casi ríe por mi propuesta, pero sin un solo gramo de arrepentimiento niega con la cabeza y echa a andar hacia la puerta del jardín.

—¿Vas a irte después de decirme eso?

—Bueno, te debía una por susurrarme con voz de bajabragas que nunca me habías odiado justo antes de salir del almacén de la cafetería —me recuerda—. Donde las dan, las toman, McQueen —sentencia con una sonrisa satisfecha y se larga dejándome con el corazón rebotándome contra el pecho y las ganas de besarla y tocarla hasta que grite mi nombre poniéndome muy difícil concentrarme en nada más.

Pero no me queda otra que salir. Toca ser un buen chico, McQueen.

Me acerco a la mesa y me siento donde me indica la señora Martínez Martín, al lado de su hija. En cuanto lo hago, Hannah empieza a explicarme lo que es cada plato. Hay carne en salsa, una cosa que se llama carrillada; una ensalada de patata que ellos han llamado de otra manera, papas no sé qué; una especie de puré de tomate con huevo picado, taquitos de jamón y aceite de oliva por encima.

—Se llama salmorejo —me cuenta Hannah.

—*Salmonejo* —repito.

—Más o menos —responde con una sonrisa dulce—. Salmorejo —pronuncia despacio para que yo capte cada sonido.

—Salmorejo —repito otra vez, está hablando más lento para que no se me escape ninguna letra.

Hannah tarda un segundo de más en apartar sus ojos de mi boca y, cuando lo hace, cabecea a punto de sonrojarse.

—Creo que vamos a tener que dejar las clases para otro momento. —Se muerde el labio inferior y se gira hacia mí sin poder creerse lo que está a punto de decir—. Me pone muchísimo oírte hablar en español —susurra para que solo yo pueda oírla.

—Bienvenida a mi mundo.

Ayer en mi coche, cuando empezó a murmurar en español lo bien que la hacía sentir y cuánto le gustaba lo que le hacía, estuve a punto de aullar.

Hannah sonríe sin poder creerse tampoco lo que he dicho yo y justo dos segundos

después los dos empezamos a reír.

—Va a ser una comida interesante, entonces —se burla.

—Ni que lo digas —sentencio.

Volvemos a centrarnos en la mesa por nuestro propio bien. También hay calamares fritos, gambas, queso y jamón, que todos me aseguran que está de vicio. El plato estrella es la paella, que ya tengo claro que no es lo mismo que el arroz con pollo. Además, esta es de marisco.

Observo a Hannah escuchándola atentamente y, cuando está distraída señalándome un plato con aceitunas, me inclino para que nadie más pueda oírnos.

—Te quiero —susurro.

Ella se calla de golpe y yo sonrío encantado porque esta ha sido una pequeña venganza por lo que ha pasado en la cocina, pero entonces se gira hacia mí. Sus increíbles ojos verdes se llenan de un montón de cosas bonitas y sonríe. Esa sonrisa hace que el corazón me lata como un maldito loco.

—Te quiero —responde.

La broma se me vuelve en contra y ahora soy yo el que se queda hechizado. ¿Siempre va a ser así? ¿Siempre voy a sentir que todo a nuestro alrededor se esfuma cada vez que la oiga decir esas palabras?

—Tortolitos —se ríe de nosotros Clara—, ya podemos empezar.

Los dos tardamos un segundo de más en romper el contacto entre nuestras miradas y acabamos sonriendo, flipándolo un poco. Estábamos en nuestra propia burbuja. Y un montón de canciones alucinantes que solo oíamos nosotros habían comenzado a sonar.

—Ey, Jamie —me llama uno de los primos de Hannah—. ¿Ya has ido al estadio de los Giants?

—Todavía no, pero la verdad es que me muero de ganas.

—Va a ser una pasada —sentencia.

Sonrío. Estoy seguro de que sí.

—Un brindis —dice la señora Martínez Martín levantándose y alzando su tinto con limón—. Por esta familia, porque nos pasen cosas buenas. Porque el mundo se arregle, que vaya lío. Y por el guiri. ¡Chinchín! —grita.

Yo asumo que ese chinchín es como nuestro *cheers* y lo repito lo mejor que puedo cuando todos lo hacen.

—Tienes que apoyar el vaso en la mesa antes de beber —me explica Hannah veloz antes de que pueda llevarme la clara a los labios.

Frunzo el ceño, pero hago lo que me dice mientras me fijo en que todos sus primos y primas, su hermana y algunos de sus tíos y tías también lo hacen con una sonrisita.

—Es que, ya sabes, el que no apoya...

Hannah se sonroja hasta las orejas y yo me hago una ligera idea de cómo sigue ese dicho aunque en inglés no rime.

—Por cierto —llamo su atención en un susurro mientras empezamos a servirnos la comida—, ¿quién es el guiri?

Ella sonríe.

—Pues me temo que tú.

La miro confuso, pero no puedo evitar sonreír al mismo tiempo.

Comemos y después tenemos una sobremesa que se alarga hasta la hora de la merienda, cuando sacan cafés con leche y las tartas que he traído de la cafetería.

No paran de hablar, de reír y de incluirme en la conversación, echándole toda la paciencia imaginable a mi español. Es una locura, pero es imposible no sentirse como en casa. Tienen el don de hacerte sentir que perteneces a algo. Eso es muy bonito y dice mucho de ellos. Son calidez y se quieren de verdad y están dispuesto a querer al que llega.

—Podría ser maestra de primaria —plantea Hannah mientras recogemos la mesa.

—Vamos a tener la casa llena de manzanas. Todos los enanos se van a enamorar de ti.

Hannah sonríe.

Entramos en la casa. Dejo los platos sucios en la pila. Dos de sus primos están fregando y secando.

—¿Tú estabas enamorado de tu profe? —me pregunta Hannah cerrado la nevera después de guardar un táper con restos de comida.

—La señorita Jones.

—¿Nuestra profe de Ciencias de tercero? —inquiere a punto de echarse a reír mientras caminamos de vuelta al jardín.

Yo asiento sin dudar.

—Era muy guapa, muy amable y siempre nos dejaba jugar los últimos veinte minutos de clase. ¿Qué más se puede pedir? —pregunto casi a la vez que llegamos a la mesa.

Una versión acústica de la misma canción que sonaba cuando he llegado lo hace ahora más bajito desde el móvil de una de las primas de Hannah.

Dos de sus tías empiezan a hablar cada vez más alto, pisándose la una a la otra, creo que están contando una historia de cuando todavía vivían en España, y todos, más que nadie ellas dos, estallan en carcajadas.

—Creo que me va a gustar formar parte de esta familia —le digo mientras recogemos los vasos.

—¿Y torturar al guiri nuevo que llegue? —indaga divertida.

Me ha parecido una palabra genial.

—Eso va a ser lo mejor —sentencio.

El universo de Hannah Martínez Martín es una pasada y lo es aún más poder formar parte de él.

Epílogo + 2



—¿Adónde me llevas? —me pregunta divertida.

Yo sigo caminando por el pasillo del último piso del número 2257 de Park Avenue. Nuestros dedos están entrelazados y tiro suavemente de ella, que camina unos pasos por detrás fijándose en cada detalle.

Estoy emocionado.

E impaciente.

La hostia de impaciente.

Nunca pensé que me sentiría así por compartir algo con una chica, pero con Hannah siempre siento más de lo que imaginé que sentiría y es una puta pasada.

Me paro delante de una de las dos puertas que hay en toda la planta y tecleo un código en la pequeña consola que prácticamente está escondida sobre el pomo.

Una sonrisa enorme se cuela en sus labios.

—Estoy feliz y ni siquiera sé qué hacemos aquí —confiesa.

Su gesto se contagia en mis labios. Yo me siento exactamente igual, nena.

Abro la puerta y la empujo suavemente para que pueda pasar primero. Ella me mira y su sonrisa se transforma en una más traviesa. La misma que pondría si le ofreciera meternos dentro de un videojuego y vivir una aventura increíble. Finalmente da una bocanada de aire sin levantar sus ojos de mí y entra.

Cuando llega al salón, la enorme terraza con vistas a Central Park y, gracias a la altura a la que estamos, prácticamente de toda la ciudad la dejan boquiabierta.

—Supongo que debería decir «bienvenida a casa» —pronuncio y además de emocionado e impaciente tengo que reconocer que estoy muerto de miedo.

Llevo semanas mirando pisos, preguntando a Avery, June y Joy Ann, sin que Hannah se entere, qué cosas querría ella que tuviera una casa. Una cocina grande pero que esté comunicada con el salón, que las vistas sean fantásticas, que esté cerca del parque, que pueda moverse en transporte público, que el edificio admita mascotas.

Todo para conseguir que ella se sienta cómoda aquí, que pueda llegar a considerarlo un hogar... si quiere, cuando quiera, nuestro hogar, y da vértigo pero también es alucinante.

Hannah se vuelve rápido hacia mí y sus ojos buscan veloces los míos.

—¿Es tu casa? —pregunta con una sonrisa sin poder creerlo del todo.

—Sí. Bueno, aún no he firmado los papeles —le aclaro—. Quería que tú la vieras primero.

Su sonrisa se ensancha entendiendo perfectamente por qué lo digo.

—Es preciosa —contesta—. Ni siquiera la he visto entera y ya me encanta.

Corre hasta mí y tomándome por sorpresa me abraza colgándose de mi cuello. Yo no necesito más para reaccionar y la estrecho con fuerza con mis manos rodeando su cintura, levantándola del suelo.

—Gracias por hacerme sentir parte de esto —susurra en mi oído.

Y así de fácil el miedo se esfuma. Hannah Martínez es mi superheroína. Ella consigue que sea así, fácil y bonito y jodidamente increíble.

—Donde yo esté, da igual dónde sea y cómo sea, tú siempre formarás parte.

Y nunca nada había sido tan de verdad.

Hannah separa su cara de mi cuello, lo justo para encontrar mis labios y nos besamos, lento al principio, pero la cosa se vuelve más y más intensa como cada vez que estamos juntos.

—Debería enseñarte el resto de la casa.

Eso digo, pero ¿qué hago? Llevarla contra la pared, asegurándome como siempre de que mi mano llega primero para que no sufra ni el más mínimo rasguño.

Ella asiente, pero ¿qué hace? Toma mi cara entre sus manos para que siga besándola y no se me ocurran cosas con sentido común como parar.

Me encanta cómo aprieta mis caderas entre sus piernas, el sabor de la piel de su cuello, sus sonidos, su sonrisa, cómo se derrite cuando pierdo la mano entre los dos. Lo alucinante que es verla con los ojos cerrados, la respiración agitada, susurrando mi nombre una y otra vez.

Y sentirla debajo de mí en el parquet del salón de nuestra futura nueva casa es una puta pasada.

—Vale, oficialmente así no es cómo se ven las casas —comenta burlona poniéndose la camiseta.

Yo sonrío abrochándome los vaqueros.

—Imagínate lo guay que sería entonces trabajar en una inmobiliaria —respondo.

—Y lo en forma que tendrías que estar. Tres visitas como esta y ya no te quedaría energía para nada más.

Se saca el pelo que se le ha quedado atrapado con la camiseta y deja que le caiga ondulado sobre la espalda. Es preciosa.

—Para eso inventó Dios el Gatorade —sentencio.

Ella me mira mal y divertida.

Yo finjo que no pasa nada mientras me pongo mi camiseta.

—Eres idiota. Total y absolutamente idiota.

—Hummm... —Hago como el que medita sus palabras entrecerrando los ojos y caminando hacia ella—. Total y absolutamente idiota significa que estás total y absolutamente enamorada de mí.

La tomo de la cintura y la atraigo hacia mi cuerpo.

—O que te lo tienes total y absolutamente creído —replica rodeando mi cuello con sus brazos.

—Una cosa no tiene por qué excluir la otra.

—Es cierto —admite echándose a reír.

Yo sonrío por su reacción. Me gusta demasiado hacerla reír.

Ella me da un beso rápido y nos movemos con toda la naturalidad del mundo para quedar costado con costado, que mi brazo rodee sus hombros y entrelazar al final mi mano con la suya.

Empezamos a caminar y le enseño el resto del piso: la cocina, el dormitorio principal, con vestidor, baño y las mismas vistas al parque, un cuarto de invitados con baño propio y...

—Esta es la última habitación —digo deteniéndome frente a la puerta. Mi chica es demasiado lista para no haberse dado cuenta de que es la única que está cerrada—... y, bueno, es para ti.

Hannah frunce el ceño risueña.

—¿Vamos a tener habitaciones separadas? —plantea burlona—. Sé que eso suena como muy neoyorkino, pero, vamos, McQueen, acabas de mudarte.

Rompe a reír encantada con su propia broma. Yo me muerdo el labio inferior conteniendo la sonrisa. La verdad es que ha tenido gracia.

—¿Quién está haciendo el payaso ahora?

Ella alza la barbilla orgullosa y en absoluto arrepentida y me sonríe enseñándome todos los dientes.

Otra vez tengo que contenerme para no sonreír, pero esta vez fracaso con todas las letras.

—No tienes remedio —me quejo—. Abre la puerta de una vez —protesto divertido.

Ella sonríe, agarra el pomo, abre y...

—Jamie, ¿de verdad es para mí? —pregunta atónita.

Una cocina grande y abierta al salón, las vistas, el parque, el transporte público y un sitio donde pueda tener sus libros y sentarse a leer. Esas eran las indicaciones que recopilé de las chicas y la propia Hannah.

La habitación está llena de luz y la he llenado con estanterías que monté ayer mismo con Teagan. El doctor Seaver no paró de repetirme que me estaba arriesgando mucho

porque, si no le gustaba la casa, tendría que desmontarlo todo, pero no me importó. Quería que ella lo viera.

Compré un sillón orejero precioso en una tienda de muebles del centro, grande y muy cómodo, y un taburete donde apoyar los pies a juego y lo coloqué al lado del ventanal. Junto a él hay una mesita redonda de madera clara y una lámpara de pie con el foco de luz orientable y con un pequeño regulador que te da la posibilidad de elegir la intensidad de la luz y el tono.

Una de las noches que Hannah y yo pasamos en la cafetería mientras hacíamos el trabajo de Historia, me contó que le encantaban esos bancos acolchados que siempre se ven en las series bajo las ventanas. Yo lo había olvidado, pero ayer mientras trabajaba con Teagan lo recordé. Fue difícil, y muy a contrarreloj, pero conseguí montar uno.

Hannah mira a su alrededor y sonríe, casi ríe, emocionada sin poder creerlo.

Entonces, se da cuenta de que en una de las baldas de una de las estanterías hay algo. Me mira y yo sonrío diciéndole que no es que haya olvidado el manual de instrucciones de montaje de los muebles, que es un regalo y también es para ella.

—Dios mío... —susurra llevándose la mano a la boca cuando coge el libro impreso y encuadernado con una espiral negra—. Es de mi autora favorita... Pero esta novela ni siquiera ha salido todavía.

Yo doy una bocanada de aire, feliz hasta las orejas porque ella lo esté siendo.

—La mujer de nuestro quarterback trabaja en la editorial. Creo que he sido la persona más pesada que ha conocido nunca —confieso socarrón—. Pero al final conseguí que te metiera en el grupo de lectoras cero.

Sus ojos se abren aún más.

—¿Qué? ¿Voy a ser una de sus lectoras cero?

Asiento.

—Sí, al final del libro tienes su email y el de la editorial.

Hannah ya no es capaz de contenerse más y suelta un grito emocionado. Mi sonrisa se ensancha hasta el infinito por lo contenta que está e imaginando lo que va a hacer la cojo cuando literalmente salta sobre mí y rodea mi cintura con sus piernas.

—Eres consciente de lo que significa esto, ¿verdad, Jamie McQueen? —plantea feliz mirándome a los ojos.

—Soy todo oídos.

—Que nunca jamás podrás librarte de mí —responde a escasos centímetros de mi boca.

—Tendré que arriesgarme —contesto yo justo antes de besarnos.

—No habría una manera de que esto fuera más perfecto.

Una sonrisa macarra se cuela en mis labios.

—Hay *brownies* en la nevera.

—Jamie McQueen, te quiero

—Libros y chocolate. Me lo voy a apuntar en la palma de la mano.

—Gran idea.

Una idea cojonuda.



—¿Astronauta? —pregunta mientras caminamos hacia la entrada reservada para los jugadores del MetLife, el estadio de los Giants.

—Directora de la NASA.

Sostengo la bolsa del equipo con dos dedos sobre el hombro. Mi otra mano está entrelazada a la suya.

—No eres el primero que me ve en ese puesto —replica con una sonrisa—. De Google.

—De Amazon.

—Presidenta del país.

—Eso me convertiría a mí en el primer caballero. Mola —comento con una sonrisa.

Hannah rompe a reír y mi gesto se hace un poco más grande.

—¡Ya están aquí! —grita Avery emocionada.

Corre hacia Hannah y la separa de mí cogiéndola por las dos manos.

—¿Qué te ha parecido el apartamento? —le pregunta.

June, más tranquila, se acerca a ellas. Joy Ann me da un abrazo antes de acompañarlas.

—Es una pasada.

—Lo sabía —sentencia Avery con una sonrisa enorme.

Saludo a Teagan mientras las chicas se alejan un poco para seguir hablando.

Hannah no solo ha venido por la casa, hoy es mi primer partido con los Giants. Por eso están todos aquí... incluido Luke.

—¿Qué hay? —lo saludo.

—Todo bien —responde.

¿Somos amigos? No. ¿Vamos a serlo? No tengo ni la más remota idea. Supongo que es cuestión de tiempo. Le agradezco que esté aquí, pero todavía hay cosas que me cabrean y tengo que superar. Hannah ha podido perdonarlo y me parece genial, pero es que ella es mucho mejor persona que yo.

—Ey, McQueen —oigo la voz de mi chica llamarme.

Me giro y juro que el corazón comienza a latirme como un puto motor. Si antes estaba preciosa, ahora creo que no voy a poder quitarme esta imagen de la cabeza en

lo que queda de vida. Lleva mi camiseta, con mi número, el noventa y cuatro.

Es mi fantasía hecha realidad.

—La camiseta te la he robado yo. Espero que no te importe —comenta Avery.

—No —contesta Teagan por mí—. Yo diría que no le ha importado ni un poquito.

Voy hasta Hannah con la respiración hecha un caos y el corazón desbocado y tomando su cara entre mis manos la beso con fuerza. ¿Quién quiere contenerse? Yo desde luego que no.

—Te quiero —le digo mirándola a los ojos.

—Te quiero —responde ella.

Un beso más, todas las emociones explotando dentro de nosotros, todas las putas canciones sonando. Es el amor de mi vida. La persona de mi vida. La suerte de mi vida.

—Tengo que entrar —recuerdo a regañadientes. No me movería de aquí por nada del mundo.

—Gana ese partido por nosotros —me pide con una sonrisa cuando empiezo a caminar hacia atrás alejándome.

Los dos estiramos los brazos para que nuestras manos puedan permanecer entrelazadas el máximo tiempo posible.

—Desde luego que sí —respondo cuando ya estamos completamente separados justo antes de girarme y acelerar el paso.

—¡Jamie, espera! —grita.

Me vuelvo a tiempo de verla correr hacia mí.

Me mira a los ojos y ya sé que lo que va a decir puede que le asuste un poco, pero es esa clase de miedo que también te da el valor necesario para hacer lo que necesites hacer. La sensación de vértigo que sientes justo antes de saltar para perseguir tus sueños.

—Enfermera —dice.

Acaba de encontrar su camino.

—Alucinante —sentencio con una sonrisa.

Ella. Con ella. Por ella. Todo va a ser alucinante.

Agradecimientos

Me he enamorado de este libro. Sé que lo digo siempre, pero es que siempre es verdad. Me ha costado muchísimo (aún estoy en proceso) despedirme de Hannah y Jamie. Me parece que las canciones de los noventa se van a quedar un poquito más conmigo para hacerme compañía. No creo que pueda volver a cantar *Ironic* dándolo todo, que es como hay que cantar *Ironic,* sin acordarme de ellos. *Daylight* tampoco va a ser lo mismo para mí.

Quiero darle las gracias a mi marido y «mi marido» se me queda pequeñito. Es el amor de mi vida, mi mejor amigo, mi persona y el que tiene la magia de convertir mis días malos en buenos con estar y que las cosas alucinantes lo sean aún más en el momento en que se las cuento. Me ayudas, me apoyas, me haces reír y consigues que me arriesgue y sea valiente y logre cosas que me parecían muy muy difíciles. TE QUIERO.

A nuestros enanos, Pasquale, Matteo y Mia. Os quiero de aquí a la luna ida y vuelta.

A mi madre, por mantener la logística y la cordura en casa. Eres superimportante para mí. A mi hermana Paula, por estar siempre conmigo y por conseguir que te eche de menos tantísimo cuando no estás. Has tenido una época más que complicada, pero ahí estás luchando como una campeona. Estoy muy orgullosa de ti. A mi hermano José, por proporcionarme los *stickers* más divertidos del mundo y por hacer que parezca mucho más inteligente de lo que soy cuando lo sigo en una conversación (a cambio yo te hago parecer mucho más divertido a ti, estamos empatados 😊). A mi hermana Mari y a mi hermano Juanca. Puede que no nos veamos mucho, pero, ya lo sabéis, lo que importa es la calidad, no la cantidad, y de eso nos sobra.

A mis hermanas de Italia, porque moláis muchísimo. A mis padres de allí, porque moláis todavía más.

Y al resto de mi familia de allí y de aquí. Os quiero hasta el infinito.

A mi padre. Espero que seas muy feliz allí arriba, que estés viendo todos los partidos en un sillón muy cómodo sin que nadie coma pipas cerca, que hayas admitido por fin que eres del Barça para poder disfrutar que vais primeros y que sepas que aquí todos nos acordamos mucho de ti, te echamos de menos y no hemos dejado de quererte ni un poquito.

A mi *sister* Carmen. Te quiero tres mil y estoy esperando ansiosamente que inventen la teletransportación para merendar contigo todas las tardes. No te preocupes, yo llevo

la Coca-Cola Zero sin hielo y el té (negro y sin flores, por favor).

A mis amigas Auro, Inma, Sarah, Aroa y Rocío. Y a Julián.

A mi socia Tiaré. Esta portada es cosa tuya como no podría ser de otra manera y es imposible que fuera más bonita. Muchas gracias por estar siempre que te necesito, por el ratito tan guay que echamos la última vez que estuvimos juntas y por ser tan guay como eres.

A Sara (sin h) y a Noemi (Poni). Hace poco tiempo ni siquiera nos conocíamos y ahora somos amigas aunque solo nos hayamos visto dos veces en directo. ¿Qué importa? Lo que mola es cuánto nos reímos, lo bien que trabajamos juntas, cómo nos ayudamos y las cosas tan bonitas que hemos hecho y vamos a hacer. Hoy soy yo, pero mañana eres tú y sé que sabes de qué estoy hablando, ja, ja, ja.

A Esther, mi editora y la que le da al botón de las aventuras locas. Que sepas que cada día que pasa, MatchStories mola más y que todo es obra tuya por haber confiado, haber puesto todo tu talento e ilusión y haber peleado por nosotros con uñas y dientes. Eres magia, amiga. No lo olvides nunca.

A Mireia. Aquí estamos otra vez preparadas para enfrentarnos en la guerra de las comas y el pretérito perfecto simple. Lo adornamos un poco y de ahí nos sale una novela distópica flipante. Me encanta trabajar contigo y lo sabes y solo espero poder seguir haciéndolo mucho mucho tiempo.

A MatchStories, sobre todo a María, Sarah, María y Sergio. Sois una pasada. Nos solucionáis la vida un montón de veces, nos ayudáis y conseguís que nuestras historias vuelen mucho más alto y lleguen mucho más lejos. MUCHAS GRACIAS.

A la gente de Booket, gracias por confiar en mí otra vez.

A todxs mis lectorxs. Os quiero un montón.

Banda sonora

Somebody to you, ℗ 2020 UMG Recordings, Inc. FP, interpretada por The Vamps.

Ghost of you, un lanzamiento de Capitol Records en el Reino Unido; ℗ 2018 One Mode Productions Limited, bajo licencia exclusiva de Universal Music Operations Limited, interpretada por 5 Seconds of Summer.

Best years, ℗ 2020 5 Seconds of Summer, bajo licencia exclusiva de Interscope Records, interpretada por 5 Seconds of Summer.

As it was, ℗ 2022 Erskine Records Limited, bajo licencia exclusiva de Columbia Records, una división de Sony Music Entertainment, interpretada por Harry Styles.

Best song ever, ℗ 2013 Simco Limited bajo licencia exclusiva de Sony Music Entertainment UK Limited, interpretada por One Direction.

Maybe you're the problem, ℗ 2022 Atlantic Records Group LLC, interpretada por Ava Max.

Locked out, ℗ 1993 Capitol Records Inc., interpretada por Crowded House.

Ironic, ℗ 1995 Maverick Recording Company. Comercializada por Rhino Entertainment Company, de Warner Music Group Company, interpretada por Alanis Morissette.

Juice, ℗ 2019 Nice Life Recording Company y Atlantic Recording Corporation para Estados Unidos y WEA International Inc. para fuera de Estados Unidos, interpretada por Lizzo.

Stay (I missed you), ℗ 1994 Furious Rose Productions, interpretada por Lisa Loeb.

Gorgeous, ℗ 2017 Apollo A-1 LLC, interpretada por Taylor Swift.

Cruel summer, ℗ 2023 Taylor Swift , interpretada por Taylor Swift.

Too loud, ℗ 2013 Believe Recordings, interpretada por Mina Tindle.

There she goes, ℗ 1990 Go! Discs Ltd., interpretada por La's.

All I want is you, un lanzamiento de An Island Records; ℗ 2023 Universal Music Operations Limited, interpretada por U2.

2 be loved (Am I ready), ℗ 2022 Nice Life Recording Company and Atlantic Recording Corporation, interpretada por Lizzo.

Music for a sushi restaurant, ℗ 2022 Erskine Records Limited, bajo licencia exclusiva de Columbia Records, una división de Sony Music Entertainment, interpretada por Harry Styles.

Up&Up, ℗ 2015 Parlophone Records Limited, a Warner Music Group Company, interpretada por Coldplay.

Sky full of stars, ℗ 2021 Universal Pictures, una división de Universal City Studios LLC,

bajo licencia exclusiva de Republic Records, una división de UMG Recordings, Inc., interpretada por Coldplay.

Chandelier, ℗ 2014 Monkey Puzzle Records, bajo licencia exclusiva de RCA Records, interpretada por Sia.

Wildest dreams, ℗ 2020 Lakeshore Records, interpretada por Duomo.

(Everything I do) I do it for you, ℗ 2022 Badams Music Limited, interpretada Bryan Adams.

You are in love, ℗ 2014 Apollo A-1 LLC, interpretada por Taylor Swift.

Tissues, ℗ 2022 Locomotion Recordings Limited, bajo licencia exclusiva de Geffen Records, interpretada por Yungblud.

There you are, ℗ 2017 RCA Records, una división de Sony Music Entertainment, interpretada por ZAYN.

Ever since New York, ℗ 2017 Erskine Records Limited, bajo licencia exclusiva de Columbia Records, una división de Sony Music Entertainment, interpretada por Harry Styles.

Daydream, ℗ 2021 LILKOI PRODUCTIONS, LLC, interpretada por Lily Meola.

Teenage dream, ℗ 2023 Stephen Dawes Music, LLC, bajo licencia exclusiva de Republic Records, una división de UMG Recordings, Inc., interpretada por Stephen Dawes.

Daylight, ℗ 2019 Taylor Swift, interpretada por Taylor Swift.

Bam Bam, ℗ 2022 Epic Records, una división de Sony Music Entertainment, interpretada por Camila Cabello con la colaboración de Ed Sheeran.

Bam Bam (acoustic), ℗ 2022 Stamptown Records/The Fuel Music, interpretada por Joey Stamper y Jacquelyn George.

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

Nosotros juntos siempre
Cristina Prada

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Diseño de la cubierta: Tiaré Pearl
© Ilustración de la cubierta: Tiaré Pearl
© Fotografía de la autora: archivo de la autora

© Ilustraciones del interior: Shutterstock

© Cristina Prada, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2023

ISBN: 978-84-08-27477-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!


FRONTAL_PROVISIONAL_epub_cover.jpg